

Iain M. Banks
Contra la oscuridad



se

Lectulandia

Antes Sharrow lideraba un equipo de combate de personalidad sincronizada en una de las pequeñas y esporádicas guerras comerciales de la civilización que tiene su base en el planeta Golter. Ahora la persiguen los huhsz, un culto religioso que piensa que ella es el obstáculo final que los separa de la apoteosis de su fe. Así que su única vía de escape es encontrar la última de las apocalípticas Pistolas Vagas antes de que los huhsz la encuentren a ella. Su viaje a través del exótico sistema de Golter es una odisea destructiva y salvaje que la llevará de vuelta a su propio pasado, al de su familia y al del mismo sistema.

Lectulandia

Iain M. Banks

Contra la oscuridad

ePub r1.0

libra 18.05.16

Título original: *Against a Dark Background*

Iain M. Banks, 1993

Traducción: Pilar Ramírez Tello

Editor digital: libra

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Dave McCartney

Prólogo

Apoyó la barbilla en la madera bajo la ventana. La madera era fría, brillante y olorosa. Se arrodilló en el asiento; también olía, pero distinto. El asiento era tan amplio y rojo como la puesta de sol, y tenía pequeños botones que formaban profundas arrugas y le daban el aspecto de una barriga. Estaba nublado y el teleférico tenía las luces encendidas. Había gente esquiando en las escarpadas pendientes que se extendían bajo ellos. Su reflejo en el cristal le devolvía la mirada; empezó a hacerse burlas a sí misma.

Al cabo de un rato, el cristal frente a ella se empañó. Lo limpió con la manga. Alguien la saludó con el brazo desde el interior de otra cabina que bajaba la pendiente. Ella hizo caso omiso. Las colinas y los árboles blancos se inclinaban ligeramente a uno y otro lado.

El teleférico se balanceó suavemente al elevarse a través del aire de la montaña en su camino hacia la base de las nubes. Los árboles y pistas que cubrían las colinas de abajo también estaban blancos; la nieve recién caída y la niebla helada que había soplado desde el valle por la noche habían cubierto las ramas y agujas de los árboles de una crujiente capa de cristales. Los esquiadores cortaban y atravesaban la nueva hinchazón de la nevada, y grababan un texto de líneas blancas azuladas en la repleta página en blanco de la nieve.

Observó a la niña durante un instante. Estaba arrodillada en el asiento de piel y miraba afuera. Su traje de esquí era rosa chillón, con ribetes de piel. Los guantes, que colgaban de las mangas unidos a cordones, eran de un malva discordante. Las botitas eran naranjas. Era una combinación horrorosa (especialmente allí, en Frelle, el complejo supuestamente más exclusivo, y sin duda más esnob, de Caltasp) pero, sospechaba, probablemente era menos dañino para su psique que la inevitable rabieta de su hija si no le hubiera permitido escoger su traje de esquí. La niña frotó la ventana y frunció el ceño.

La madre se preguntó por qué estaría frunciendo el ceño, se dio la vuelta y vio otro teleférico que pasaba en dirección contraria, a unos veinte metros de distancia. Sacó una mano y la movió entre el pelo negro de la niña para apartarle algunos rizos de la cara. No pareció darse cuenta; se limitó a seguir mirando por la ventana. Tenía una cara muy seria para una niña tan pequeña.

La madre sonrió al recordarse a sí misma con esa edad. Podía recordar sus 5 años; tenía recuerdos que llegaban hasta los 3, pero eran vagos e incipientes; fogonazos de recuerdos que iluminaban el oscuro paisaje de un pasado olvidado.

Pero podía recordar ser consciente de tener 5 años; incluso recordaba la fiesta de su quinto cumpleaños y los fuegos artificiales sobre el lago.

En aquellos tiempos deseaba con toda su alma ser mayor; crecer, quedarse hasta

tarde e ir a bailes. Odiaba ser joven, odiaba que siempre le dijeran lo que tenía que hacer, odiaba que los adultos no se lo contaran todo. Y también odiaba algunas de las cosas que sí le decían, como, «estos son los mejores años de tu vida». Claro que, entonces, no podías creerte que los adultos tuvieran ni la más remota idea de lo que estaban hablando; creías que te tomaban el pelo. Había que ser un adulto, con todas las obligaciones y responsabilidades que ello supone, para poder apreciar la penosa ignorancia que los adultos entendían como inocencia y (normalmente olvidando cómo se habían sentido ellos mismos) atreverse a llamar «libertad» al cautiverio de la infancia, por mucho cariño que se recibiera.

Era una tragedia muy común, suponía, pero no por ser más corriente resultaba menos lamentable. Como una pista, como un anticipo del dolor, se trataba de una experiencia original, incluso única, para todos los afectados, al margen de las muchas veces que la hubieran sufrido otros en el pasado.

Pero ¿cómo evitarla? Se había esforzado mucho para no repetir con su hija los mismos errores que creía que sus padres habían cometido con ella, pero a veces se oía a sí misma regañarla y pensaba, eso es lo que me decía mi madre.

Su marido no opinaba lo mismo, pero a él lo habían educado de una forma distinta y, de todos modos, tampoco tenía mucho que decir en la educación de la niña. Aquellas antiguas familias. La de ella era rica, influyente y probablemente bastante insoportable a su manera, desquiciada por el poder; pero nunca había llegado al nivel de excentricidad casi premeditada que la de Kryf demostraba generación tras generación.

Miró la pantalla de muñeca y apagó la calefacción de las botas, que ya estaban lo bastante caldeadas. Mediodía. Kryf debía de estar levantándose en aquellos momentos, pediría el desayuno y haría que su mayordomo le leyera las noticias, mientras un lacayo le presentaba una selección de trajes para que eligiera el atuendo de la tarde. Ella sonrió al pensar en él, y después se dio cuenta de que estaba mirando a Xellpher, sentado al otro lado de la cabina. El guardaespaldas (el tercer y último ocupante de la telecabina) era robusto y oscuro como una vieja estufa, y también sonreía un poquito.

A ella se le escapó una risita y se tapó la boca con la mano.

—¿Señora? —dijo Xellpher. Ella sacudió la cabeza. En el exterior, detrás de Xellpher, un afloramiento de rocas se erguía sobre los árboles, cubierto de blanco pero surcado de roca negra desnuda, un oscuro cuerpo extraño entre las sábanas y almohadas de la nieve. El teleférico subió para unirse a las nubes y quedó rodeado por ellas.

Una torre pasó gris y veloz junto a ellos, y el teleférico zumbó y se sacudió sobre sus ruedas durante un segundo más o menos, después continuó su ascenso silencioso y suave, como un ronroneo; parecía asentir para sí mismo conforme lo izaban, dejando atrás filas de árboles, como si fueran fantasmas de un gran ejército que descendiera por la colina.

Todo se hizo gris. Un poste gris pasó por su lado y el coche se meció. La vista siguió siendo gris. Había algunos árboles, y podía ver otra cabina, pero nada más. Miró a su alrededor, enfadada. Xellpher le sonrió. Ella no le devolvió la sonrisa. Había un precipicio detrás de él, trocitos negros en la nieve blanca.

Se volvió hacia la ventana y la frotó con la esperanza de ver mejor. Observó cómo salía un teleférico de las brumas de más arriba para dirigirse hacia ellos por el otro cable.

El teleférico comenzó a frenar.

El teleférico frenó y se paró.

—Oh, vaya —dijo ella mientras levantaba la vista hacia el techo esmaltado de la cabina.

Xellpher se levantó con el ceño fruncido. Observó el otro teleférico que se acercaba por el cable descendente y que se había detenido casi a su misma altura. Ella también lo miró. La cabina se balanceaba, igual que la suya. Parecía vacía. Xellpher se dio la vuelta y miró el precipicio del otro lado, visible a través de la niebla a unos treinta o cuarenta metros. Ella notó que entrecerraba los ojos, y experimentó la primera punzada de miedo al seguir su mirada hacia el precipicio.

Tenía la impresión, quizá figurada, de que algo se movía entre los árboles en lo alto del precipicio. Xellpher volvió a mirar la cabina que colgaba junto a ellos y sacó unos multivisores de su chaqueta de esquí. Ella seguía observando el precipicio, como él. Algo se movió entre los árboles, más o menos a su misma altura. Xellpher ajustó un control del lateral del visor.

La niña pegó la nariz a la ventana. Estaba muy fría. Mamá le había contado una vez la historia de una niña mala que había pegado la nariz a una ventana muy fría y se le había quedado pegada; ¡helada! Qué niña tan estúpida. La cabina del otro cable había dejado de moverse. Vio a alguien dentro. Estaba mirando afuera y sostenía algo largo y oscuro; después volvió a agacharse para que no pudiera verlo.

Xellpher se agachó, apartó el visor y alargó ambas manos para tirar de ella. Miró a la niña mientras decía:

—Estoy seguro de que no hay nada de qué preocuparse, señora, pero quizá sea mejor que nos sentemos en el suelo un momento.

Ella se agachó sobre las tablas rozadas del suelo, con la cabeza por debajo de la altura de las ventanas. Levantó un brazo y tiró con suavidad de la niña, para bajarla del asiento. La niña forcejeó un segundo.

—Mami... —dijo con su tono exigente.

—Schist —susurró mientras la apretaba contra su pecho. Todavía agachado, Xellpher avanzó en cuclillas hacia las puertas de la cabina y sacó el comunicador del bolsillo. Todas las ventanas estallaron a la vez y los rociaron de cristales. La cabina tembló.

Se oyó gritar a sí misma mientras se aferraba a la niña y caía al suelo de la cabina. Se mordió los labios para no gritar más. La cabina tembló, sacudida por más disparos. Se hizo un silencio súbito y Xellpher murmuró algo; después se produjo una serie de violentas sacudidas. Levantó la mirada y vio que Xellpher disparaba su pistola a través de la ventana destrozada, en dirección al precipicio. Más disparos se estrellaron contra la cabina; hicieron saltar astillas de madera en el aire y levantaron nubes de humo y trocitos de espuma de los asientos de piel.

Xellpher se agachó, saltó para disparar un instante, y después volvió a echarse al suelo para cambiar el cargador de la pistola. Los disparos desgarraron la cabina, se incrustaron en el metal, e hicieron que zumbara. Ella podía saborear el olor que producía la pistola de Xellpher, un perfume acre y quemado en el fondo de la garganta. Bajó la vista para mirar a la niña, que tenía los ojos abiertos de par en par, pero que seguía ilesa.

—Código cero, repito, código cero —dijo Xellpher al comunicador durante una breve pausa del tiroteo—. Voy a abrir la puerta por el lado de sotavento, pero tranquila —le dijo a ella en voz alta, sobre el ruido del metal perforándose y el silbido de las balas al rebotar—. La caída es solo de diez metros sobre nieve. Puede que sea más seguro saltar que seguir aquí. —Los disparos golpeaban la cabina y hacían que temblara. Xellpher hizo una mueca y bajó la cabeza cuando una nube de fragmentos de madera voló de la pared junto a una ventana—. Cuando abra la puerta —le dijo a la mujer— empuje primero a la niña y después tírese usted. ¿Lo entiende?

Ella asintió, la asustaba intentar hablar. El sabor que notaba al fondo de la garganta no era el humo de la pistola; era miedo.

Él retrocedió por el suelo de madera hacia la puerta; los disparos continuaron, ráfagas esporádicas de ruido furioso y vibración. Xellpher rompió algo, alargó la mano y tiró; la puerta se abrió hacia dentro. La mujer pudo ver los esquís en sus contenedores sobre la cabina; los disparos los habían cortado a la altura de las ventanas. Xellpher miró afuera.

Se le abrió la cabeza de golpe; fue como si una bala de cañón invisible lo hubiese atravesado y lanzado de espaldas desde la puerta abierta, para aterrizar con fuerza sobre la otra pared del teleférico.

La mujer no podía ver bien. Solo empezó a gritar cuando se dio cuenta de que la cosa cálida y pegajosa que tenía en los ojos era la sangre de Xellpher.

Otro disparo desde aquel lado arrancó algunos de los asientos y tiró a madre e hija al suelo dando tumbos; toda la cabina se sacudía y balanceaba. Abrazó a la niña, la oyó gritar y oyó sus propios gritos; levantó la mirada cuando otra explosión hizo que

la cabina volviera a mecerse de un lado a otro. Se arrastró hacia la puerta.

El golpe fue asombroso, incomprensible. Era como si la hubiera atropellado un tren, un martinete, un cometa. La alcanzó en algún punto bajo el pecho; no tenía ni idea de dónde. No se podía mover. Le llevó tan solo un instante comprender que estaba muerta; no le hubiera extrañado nada estar partida por la mitad.

La niña gritaba bajo ella. Casi junto a la puerta. Sabía que la niña gritaba por la forma de su boca, por su cara, pero no podía oír nada. Todo parecía volverse muy oscuro. La puerta estaba muy cerca, pero no podía moverse. La niña se arrastró para salir de debajo de ella, y la mujer tuvo que hacer grandes esfuerzos para mantener la cabeza levantada, mientras usaba uno de los brazos para sostenerse.

La niña se quedó allí quieta, gritando algo, con la cara hinchada y surcada de lágrimas. No podía moverse, pero estaba tan cerca de la puerta... El fin. No es forma de educar a una niña. Gente tonta, estúpida y cruel, como niños. Perdonarlos. Ni idea de lo que hay después, si es que hay algo. Ni ellos. Pero perdonarlos. Pobres niños. Todos nosotros, pobres niños asustados. Por todos los destinos, no hay nada en vuestro asqueroso credo que se merezca todo esto...

La granada atravesó la puerta, golpeó el cuerpo de Xellpher y aterrizó con un clic en el suelo de tablones detrás de la niña. La niña no la había visto. Quería decírselo, coger la granada y tirarla lejos, pero no lograba mover la boca. La niña seguía gritándole, se agachaba y le gritaba.

La mujer se levantó y, con sus últimas fuerzas, empujó a la niña que gritaba hacia la puerta un segundo antes de que la granada explotase.

Sharrow cayó en la nieve con un aullido.

Parte 1

Desde una orilla de cristal

1

Obertura

—La, la, la, la-la;

»¿Se ve todo más claro-o desde una orilla de cristal?

»Hmm, hmm, hmm, hmm-hmm...

Solo podía recordar una línea. Estaba de pie en una playa fundida, con los brazos cruzados; los tacones de las botas raspaban aquella superficie granulosa, mate de tantos arañazos, mientras barría con la mirada los llanos horizontes, y susurraba y cantaba a medias la única línea que podía recordar de la canción.

Eran las aguas mansas de la atmósfera, el momento en el que los vientos del día que soplan hacia tierra firme ya han muerto, mientras que la brisa nocturna, retrasada por unas nubes que aprisionaban el calor, todavía no había nacido de la inercia del aire del archipiélago.

Mar adentro, al borde de un oscuro dosel de nubes, el sol se ponía. Olas teñidas de rojo caían sobre la playa de cristal, y la espuma bañaba la erosionada pendiente, para después retirarse a lo largo de la hoja curvada de la orilla hacia una distante línea de dunas de brillo pálido. El olor a salitre saturaba el aire; respiró hondo y comenzó a caminar por la playa.

Era un poco más alta de lo normal. Sus piernas parecían esbeltas bajo los pantalones y la ligera chaqueta; una negra cabellera, espesa y pesada, se le derramaba por la espalda. Al girar un poco la cabeza, la luz roja de la puesta de sol hizo que parte de la cara pareciera ruborizarse. Las pesadas botas, que le llegaban a las rodillas, hacían un ruido áspero al andar. Y, al andar, cojeaba; una leve inclinación en su paso, como una debilidad.

—... más claro-o... —Cantaba en voz baja para sí misma mientras recorría impaciente la orilla de cristal de Issier, y se preguntaba por qué le habrían pedido que acudiera y por qué habría aceptado ir.

Sacó un reloj antiguo y miró la hora, después chascó la lengua con irritación y volvió a meterse el reloj en el bolsillo. Odiaba esperar.

Siguió caminando hacia la hidroala por el banco inclinado de arena fundida.

Había dejado aquella anticuada embarcación de segunda mano amarrada (quizá de forma algo endeble, ahora que lo pensaba) a un trozo de chatarra indescriptible a unos cuantos cientos de pasos de aquella orilla inverosímil. La hidroala, una mancha en forma de flecha en la penumbra, brilló de repente mecida por las pequeñas olas

que golpeaban la playa, las líneas de cromo reflejaban el resplandor rojizo de la luz moribunda del día.

Se detuvo, bajó la mirada hacia la heterogénea superficie de cristales rojos y negros, y se preguntó cuál sería el grosor de la capa de sílice fundida. La golpeó con la punta de la bota. Se hizo daño en los dedos del pie, y el cristal siguió pareciendo intacto. Se encogió de hombros, se dio la vuelta y caminó en dirección contraria.

Desde lejos, parecía tranquila; solo alguien que la conociera bien podría haber detectado cierto deje ominoso en aquella placidez. La piel se veía pálida bajo el reflejo rojo del crepúsculo. Las cejas eran curvas negras bajo la amplia frente y la media luna de pelo negro peinado hacia atrás, tenía ojos grandes y oscuros, y una nariz larga y recta; una columna para soportar los arcos oscuros de aquellas cejas. La boca (comprimida en una línea tirante) era fina. Unos pómulos anchos ayudaban a compensar la orgullosa mandíbula.

Volvió a suspirar y cantó de nuevo entre dientes las palabras de la canción. La tirante línea de su boca se relajó y se convirtió en unos labios pequeños y carnosos.

Delante de ella, a unos doscientos pasos, podía distinguir la alta caja de una vieja máquina automática limpia playas. Caminó hacia ella mirándola con recelo. Estaba sentada sobre sus surcos de goma, silenciosa y oscura, al parecer desactivada por la falta de basura y a la espera de que la siguiente marea le proporcionara un nuevo estímulo. La carcasa estaba abollada y decrepita, manchada de excrementos de pájaros que brillaban con tonos rosas a la luz del crepúsculo; mientras la observaba, un pájaro blanco como la espuma se posó en la tapa plana, se quedó allí sentado un instante y después voló hacia el interior.

Volvió a sacar el viejo reloj, lo examinó y dejó escapar un gruñido desde el fondo de la garganta. Las olas batían al borde de la tierra y susurraban como electricidad estática.

Decidió que andaría hasta llegar a la máquina limpia playas, y que después se daría la vuelta y volvería a la hidroala para marcharse. Fuera quien fuera el que había preparado el encuentro, probablemente no pensaba aparecer, después de todo. Al mirar la línea de dunas, pensó que podría tratarse de una trampa y sintió renacer los viejos temores. O de una broma; alguien que se creía gracioso.

Se acercó a veinte pasos de la máquina, se dio la vuelta y se alejó con su ritmo ligeramente lisiado, cantando su monótona canción, reliquia de alguna melodía posatómica.

El jinete apareció de repente sobre la cresta de una gran duna, cincuenta metros a su derecha. Ella se detuvo y lo observó.

El animal de color arena era tan alto como un hombre a la altura de sus anchos y musculosos hombros; tenía una cintura estrecha con una montura brillante, y la gigantesca grupa estaba cubierta con una tela plateada. Echó la amplia cabeza parda hacia atrás, y las riendas tintinearón; resopló y estampó las patas delanteras en el suelo. El jinete, oscuro sobre oscuro bajo el embotado peso de las nubes, espoleó al

animal para que siguiera avanzando. El animal bajó la cabeza y volvió a resoplar, mientras tanteaba el contorno de fragmentos en el que la arena de la cima de la duna se convertía en cristal. La bestia sacudió la cabeza y después, a instancias del jinete, caminó con cuidado por el filo de arena hasta el hueco entre dos dunas; la capa del jinete se inflaba tras él como si fuera casi tan ligera como el aire que la movía.

El hombre murmuró algo y clavó los talones en las ijadas de la bestia; el animal dio un respingo al sentir las puntas de las espuelas, y unos temblores involuntarios le recorrieron los músculos de la enorme grupa. Puso una tímida pata en el cristal, después dos; el jinete hacía ruiditos para animarlo. Todavía resoplando con nerviosismo, el animal dio un par de pasos sobre la cubierta inclinada de la orilla; después, con un ruido muy similar al de un enorme quejido, patinó, se tambaleó y aterrizó de golpe sobre la grupa, casi tirando al jinete. El animal echó la cabeza atrás y rugió.

El hombre saltó rápidamente del animal; la larga capa se enganchó un instante en la alta montura, y aterrizó con torpeza en la superficie de cristal, a punto de caer. Su montura realizaba repentinos e inestables intentos por volver a ponerse en pie, pero las patas le patinaban en la resbaladiza superficie. El hombre se recogió la capa y caminó con decisión hacia la mujer que estaba de pie con una mano bajo la axila del brazo opuesto y la otra mano sobre la frente, como si se protegiera los ojos del sol para mirar al otro lado de la playa. Sacudía la cabeza.

El hombre era alto, delgado bajo los pantalones de montar y la chaqueta ajustada, y tenía una cara pálida y estrecha, coronada de rizos negros y rodeada por una barba negra de corte elegante. Se acercó a ella. Quizá fuera unos cuantos años mayor.

—Sharrow —dijo sonriente—. Prima; gracias por venir.

Tenía una voz refinada y educada, tranquila y segura a la vez. Alargó las manos en su dirección y apretó brevemente las de Sharrow antes de soltarlas.

—Geis —dijo ella, tras mirar por encima de su hombro a la rugiente montura, que por fin había conseguido ponerse en pie, aunque no parecía muy estable—. ¿Qué estás haciendo con ese animal?

Geis volvió la mirada hacia la bestia.

—Domarlo —respondió con una sonrisa que después desapareció lentamente—. Pero la verdad es que solo es un medio para llegar hasta aquí y decirte... —Se encogió de hombros y dejó escapar una risita de disculpa—. Joder, Sharrow, es un mensaje melodramático; estás en peligro.

—Quizá una llamada de teléfono hubiese sido más rápida.

—Tenía que verte, Sharrow; es más importante que una simple llamada.

Ella miró el animal ensillado, que olisqueaba con prudencia la hierba que rodeaba la duna más cercana.

—Entonces, un taxi —sugirió. Tenía una voz suave y una entonación muy tranquila.

Geis sonrió.

—Los taxis son tan... vulgares, ¿no te parece? —dijo con cierta ironía.

—Hmm; pero, ¿por qué el...? —hizo un gesto hacia el animal.

—Es un bandamyion. Un bello animal.

—Sí, bueno; ¿por qué el bandamyion?

Geis se encogió de hombros.

—Acabo de comprarlo. Como te he dicho, lo estoy domando. —Hizo un gesto desdenoso con la mano enguantada—. Oye, olvida al animal. Se trata de una emergencia real.

Ella suspiró.

—Vale. ¿Qué es?

Él respiró hondo y después musitó:

—Los huhsz. Sharrow guardó silencio durante un instante; después se encogió de hombros y desvió la mirada.

—Ah, ellos. —Arañó la playa de cristal con la punta de la bota.

—Sí —contestó Geis en voz baja—. Mis contactos en el Tribunal Mundial dicen que están preparando un acuerdo mediante el cual podrán conseguir sus... sus Pasaportes de Caza, seguramente dentro de poco. Quizá sea cuestión de días. —Sharrow asintió sin mirar a su primo. Cruzó los brazos y comenzó a andar lentamente por la playa. Geis se quitó los guantes y, tras echarle un vistazo al bandamyion que rumiaba en la duna, la siguió—. Siento ser yo el que te dé la noticia, Sharrow.

—No pasa nada —respondió ella.

—No creo que podamos hacer nada más. Tengo a los abogados de la familia trabajando en la apelación, y la gente de la empresa está ayudando todo lo posible (existe la posibilidad de que podamos obtener un requerimiento alegando la falta de notificación adecuada), pero parece que los de Stehrin han abandonado sus objeciones, y que el Consejo de la Iglesia de Nul está retirando su petición de abandono del procedimiento. Se rumorea que los huhsz han llegado a un acuerdo de compra de tierras en Stehrin, para repartirse un enclave, y que han comprado a la Iglesia, ya sea directamente con créditos u ofreciéndoles una reliquia. —Sharrow no dijo nada; siguió andando por la playa, con la mirada baja. Geis hizo un gesto de resignación y siguió hablando.

—Todo ha explotado de repente; creía que íbamos a tener a esos gilipollas inmovilizados durante años, pero el Tribunal ha acelerado el tema, ha dejado a un lado otros casos que llevan aparcados varias generaciones —suspiró—. Y, por supuesto, en la próxima sesión le toca a Llocaran elegir presidente. Su candidato es de Ciudad Labio, ni más ni menos.

—Sí, Ciudad Labio —dijo Sharrow—. Supongo que todavía seguirán molestos por aquella maldita Pistola Vaga. —Miró al frente, hacia la forma ligeramente brillante de la hidroala.

(Y en su mente vio de nuevo la hilera de colinas desiertas más allá de la balaustrada de piedra del balcón del hotel, y la débil línea de la luz del alba, de

repente inundada por los intermitentes pulsos de fuego silencioso que llegaban desde el horizonte. Había observado, aturdida, deslumbrada y asombrada, cómo aquel distante brote de aniquilación iluminaba la cara de su amante).

La voz de Geis sonaba cansada. —Lo cierto es que creo que los huhsz deben de haber llegado hasta uno de los jueces superiores. Se dice que encontraron a uno de los viejos en un salón de rapé hace unos días. No me extrañaría nada que los huhsz lo hubieran arreglado todo para comprar a un juez.

—Vaya —comentó Sharrow mientras se pasaba una mano por la espesa mata de pelo (Geis la observó, siguió con la mirada aquellos dedos pálidos que surcaban los campos negros)—. Cuánta energía e iniciativa tienen nuestros simpáticos huhsz.

Geis asintió.

—También han tenido suerte con los últimos reclutamientos e inversiones —dijo—. Muy solventes; probablemente sean la orden más rentable de Golter en estos momentos. Todo eso los ha ayudado a reunir sus fondos para la guerra —frunció el ceño—. Lo siento, Sharrow. Me siento como si te hubiera fallado.

Ella se encogió de hombros.

—Tenía que pasar tarde o temprano. Has hecho todo lo que has podido. Gracias. —Lo miró; después levantó una mano para tocarle brevemente el antebrazo—. Te lo agradezco, Geis.

—Deja que te esconda, Sharrow —respondió él de repente.

Ella negó con la cabeza.

—Geis...

—Tengo intereses que no pueden...

—Geis, no; yo...

—No; escucha; tengo sitios que nadie...

—No, yo...

—Pisos francos; oficinas; propiedades enteras que no aparecen en ningún inventario, aquí y en otros planetas; sociedades interpuestas que no conocen ni mis directores generales...

—Agradezco la oferta, Geis, pero...

—Hábitats; asteroides enteros; minas en Fian y Speyr; barcazas, isla en Trontsephori...

—Geis —insistió ella; se dio la vuelta para mirarlo y le cogió las manos un momento. El rostro delgado de Geis brillaba pálido bajo la luz roja, cada vez más profunda—. Geis; no puedo. —Se obligó a sonreír—. Sabes que al final me localizarían y solo lograríamos que te metieras en líos por encubrimiento. Usarán los pasaportes. Si quisieran, si les diéramos cualquier excusa para que pensarán que me estás protegiendo, podrían destrozarte, Geis.

—Puedo cuidar de mí mismo.

—No me refiero a ti personalmente, Geis; me refiero a este imperio comercial que has trabajado tanto por construir. Veo las noticias; ya tienes a los antimonopolio

encima.

Geis movió una mano.

—Burócratas. Puedo ocuparme de ellos.

—No si los huhsz usan los pasaportes para abrir tus bases de datos y examinar tus archivos. Todas esas valiosas compañías, todos esos... intereses; podrías perderlo todo.

Geis la miró fijamente.

—Lo arriesgaría todo —dijo en voz baja. Ella negó con la cabeza—. Lo haría —insistió—. Por ti. Si me dejaras, haría cualquier cosa...

—Geis, por favor —dijo ella; le dio la espalda y caminó en dirección contraria, hacia la silueta distante de la antigua máquina limpia playas. Geis la siguió. Se detuvo, se miró los pies y después apretó el paso para alcanzarla.

—Vale —dijo cuando estuvo a su altura—. Lo siento; no tendría que haberte dicho nada. No quería avergonzarte —recuperó el aliento—. Pero no quiero ver cómo te persiguen. Yo también sé jugar sucio. Tengo agentes en lugares que no te puedes ni imaginar; en lugares que nadie se imaginaría. No dejaré que esos maníacos te cojan.

—Soy yo la que no va a dejar que me cojan —repuso ella—. No te preocupes. Él se rio con amargura.

—¿Cómo no me voy a preocupar? Ella se detuvo para mirarlo.

—Inténtalo. Y no hagas nada que nos lo ponga mucho más difícil a los dos.

Inclinó la cabeza a un lado, mirándolo. Al final, él apartó la vista.

—Vale —dijo.

Siguieron andando.

—Entonces —dijo Geis—, ¿qué vas a hacer?

Ella se encogió de hombros.

—Correr —respondió—. Solo tienen un año; y...

—Un año y un día, para ser más exactos.

—Sí. Bueno, solo tengo que intentar estar un par de pasos por delante de ellos durante un año... y un día. —Le dio una patada a la superficie de cristal sobre la que andaban—. Y supongo que tendré que intentar encontrar la última Pistola Vaga. La que quieren los huhsz. Es la única forma de acabar con esto.

—¿Vas a reunir de nuevo al equipo? —preguntó Geis en un tono de voz neutro.

—Los necesitaré para encontrar esa maldita Pistola —le respondió—. Y, de todos modos, tengo que intentarlo. Si los huhsz logran llegar hasta uno de ellos... les será más fácil encontrarme.

—Ah. Entonces, ¿es cierto que no desaparece con el tiempo?

—¿El SNV? No, Geis, no desaparece. Como ciertas enfermedades exóticas y por el contrario que el amor, el sincroneurovínculo es para siempre. Geis bajó la mirada.

—Antes no eras tan cínica respecto al amor.

—Como suele decirse, la ignorancia se paga. Geis parecía a punto de añadir algo más, pero sacudió la cabeza.

—Entonces necesitarás dinero. Deja que...

—No soy una indigente, Geis —le respondió ella—. Y, quién sabe, quizá haya todavía algún contrato de Antigüedades en vigor. —Juntó las manos y se las masajeó de forma inconsciente—. Si la tradición familiar es correcta, para encontrar la Pistola Vaga hay que encontrar primero los Principios Universales.

—Sí, eso si la tradición familiar es correcta —dijo Geis con escepticismo—. He intentado averiguar el origen de ese rumor, y nadie sabe cómo empezó.

—Es todo lo que tengo, Geis.

—Bueno, si necesitas ayuda para encontrar a los demás miembros del equipo...

—Lo último que sé es que Miz estaba de negocios en la Troncada, que los Franck estaban criando camadas de sarflet en Caltasp Menor y que Cenuij estaba escondido en algún lugar de Caltasp Menor; quizá en Udeste. Lo encontraré.

Geis respiró hondo.

—Bueno, según mis fuentes, sí, Cenuij Mu está en Caltasp, pero un poco más al norte.

Sharrow inclinó la cabeza y levantó una ceja.

—¿Mmm-hmm?

Geis sonrió con tristeza.

—Parece ser que está en Ciudad Labio, primita.

Sharrow asintió y apretó los dientes mientras avanzaba. Miró hacia el mar, donde el último brillo del sol se desvanecía con rapidez sobre la curva desnuda del horizonte.

—Vaya, genial —respondió.

Geis se examinó el dorso de las manos.

—Tengo una empresa de seguridad que trabaja para ciertas instalaciones de clientes corporativos en Labio; no sería descabellado que Mu... viajara sin darse cuenta a algún punto más allá de los límites de la ciudad...

—No, Geis —lo cortó ella—. No funcionaría; si lo secuestramos sólo conseguiremos ponerlo en nuestra contra. Yo encontraré a Cenuij. Quizá pueda convencer a mi querida hermanastra para que me ayude; creo que siguen en contacto.

—¿Breyguhn? —Geis parecía tener dudas—. Puede que no quiera hablar contigo.

—Merece la pena intentarlo. —Sharrow parecía pensativa—. Incluso puede que tenga alguna idea sobre el paradero de los Principios Universales.

Geis miró a Sharrow.

—Eso era lo que buscaba en la Casa del Mar, ¿no?

Sharrow asintió.

—Me envió una carta el año pasado, repleta de estupideces confusas sobre cómo llegar hasta el libro.

Geis parecía sorprendido.

—¿Ah, sí?

Sharrow levantó una ceja.

—Sí, y también afirmaba haber descubierto el sentido de la vida, si mal no recuerdo.

—Ah —dijo Geis.

Se detuvieron no muy lejos del bulto oscuro de la vieja máquina limpia playas. Ella respiró hondo y se dio la vuelta para observar la débil curva de la playa; estaba lo bastante oscuro como para que la fosforescencia de las olas creara fantasmales líneas verdes que se rizaban en la orilla.

—En fin, Geis, ¿tienes más buenas noticias para mí, o eso era todo?

—Bueno, creo que ya es suficiente por hoy, ¿no? —respondió él con una pequeña y triste sonrisa.

—Bueno, te agradezco que me lo hayas contado, Geis. Pero creo que voy a tener que moverme bastante deprisa a partir de ahora; puede que lo mejor para ti y para el resto de la familia sea que os apartéis de mi camino durante un año. Necesitaré sitio para maniobrar, ¿entiendes lo que quiero decir?

—Si insistes.

—Parecía dolido.

—Todo irá bien —le dijo Sharrow mientras le ofrecía la mano. Él la miró y después la cogió—. De verdad, Geis, estaré bien. Sé lo que me hago. Gracias de nuevo. —Se inclinó hacia él y le dio un beso rápido en la mejilla. Sharrow retrocedió unos pasos y le soltó la mano. La sonrisa de Geis era pálida. El hombre asintió y tragó saliva.

—Siempre a tu servicio, prima. —Geis consiguió que aquella afirmación artificial sonara triste y sincera al mismo tiempo. Dio un paso atrás, hacia el agua; una ola le bañó la bota, y el terminal de su espuela lanzó una pequeña chispa de luz azul al cortocircuitarse. Sharrow soltó sin querer una pequeña carcajada. Geis sonrió decepcionado y se rascó la cabeza.

—Está claro que mis salidas dramáticas nunca salen bien cuando estoy contigo —suspiró Geis—. En fin, si me necesitas alguna vez, si puedo hacer cualquier cosa por ti... solo tienes que llamarme.

—Lo haré. Adiós.

—Hasta la vista, Sharrow. —Se dio la vuelta de golpe y caminó a paso ligero hacia el bandamyion.

Ella lo observó alejarse camino de las dunas. Lo oyó llamar al animal y se rio en silencio cuando lo vio perseguir a la torpe bestia por la cima de una duna distante.

Finalmente, sacudió la cabeza y se dio la vuelta para dirigirse a la hidroala, que estaba amarrada en la orilla desierta, a unos cuantos cientos de metros.

—Ah, saludos —dijo una voz justo detrás de ella.

Se quedó helada; después se giró lentamente, mientras deslizaba la mano izquierda en el bolsillo de la chaqueta.

Había un par de luces rojas diminutas en la parte superior del frontal de la máquina limpia playas, a diez metros; las luces parpadeaban lentamente, se encendían y se apagaban. No habían estado allí hacía unos segundos.

—¿Sí? —dijo ella.

—¿Tengo el placer de hablar con lady Sharrow? —preguntó la máquina. Tenía una voz profunda, con aquel inconfundible tono antes de cada palabra que se suponía que alertaba a la gente de que estaba hablando con una máquina.

Ella entrecerró los ojos. La máquina notó cómo tensaba el brazo izquierdo.

—Creo —respondió ella— que ya sabes quién soy.

—Bueno, así es. Permítame que me presente...

—La máquina emitió un zumbido y se tambaleó hacia ella, pisando las olitas con las bandas de goma de los surcos de su lateral izquierdo. Ella retrocedió; dos pasos largos y rápidos. La máquina se detuvo de repente.

—Oh; lo siento mucho. No era mi intención sobresaltarla. Un segundo... —La máquina rodó hacia atrás un par de metros, hasta llegar a donde estaba antes—. Bien. Como iba diciendo; permítame que me presente; yo soy un...

—No me importa lo que seas; ¿qué haces aquí espiándonos a mi primo y a mí?

—Un subterfugio necesario, querida señora, para asegurarme de que había identificado correctamente a los personajes relevantes, es decir, a usted y al conde Geis. Además, al encontrarme de manera involuntaria tan cerca de su parlamento, me pareció prudente y, de hecho, también cortés, retrasar mi presentación hasta que el mencionado caballero se hubiese despedido ya que, dejando a un lado la importancia de las buenas maneras, mis instrucciones son revelarme únicamente ante usted, al menos en principio.

—Le das mucho a la lengua para ser un limpia playas.

—Ah, querida señora, no deje que esta ruda apariencia la engañe; bajo este disfraz harapiento se esconden los flamantes componentes de un Equipo de Escolta Personal Suprotector (marca registrada) Mark Diecisiete, Clase Cinco, certificado para uso legal en espacio civil en casi todas las jurisdicciones, y limitado a uso militar en el resto de ellas. Y yo (es decir, el ya mencionado sistema en su totalidad, junto con la asistencia técnica de varios operadores humanos altamente cualificados) estoy a su servicio, mi señora, en exclusiva, durante todo el tiempo que desee.

—¿De verdad? —a Sharrow parecía divertirse, aunque empezaba a cansarse.

—Ya lo creo —respondió la máquina—. Una simple limpia playas, por ejemplo, no podría decirle que la pistola que en estos momentos sostiene dentro del bolsillo izquierdo de la chaqueta, con el dedo índice en el gatillo y el pulgar listo para quitar el seguro, es un cañón manual de diez milímetros con silenciador de FrintArms, con once cartuchos coaxiales multiusos de núcleo de mercurio y cubierta de uranio empobrecido siete-diez, más uno en la recámara, y que tiene otro cargador (doble) en el otro bolsillo, con cinco cartuchos antiblindaje y seis cartuchos de dardos metálicos.

Sharrow soltó una carcajada, sacó la mano del bolsillo y giró sobre sus talones. Se

alejó por la playa. La máquina se arrastraba tras ella, manteniéndose unos cuantos pasos por detrás.

—Me veo en la obligación de señalar —siguió diciendo la máquina— que FrintArms Inc. desaconseja totalmente llevar las pistolas con un cartucho en la recámara.

—La pistola tiene —dijo Sharrow con aspereza— un seguro.

—Sí, pero creo que si lee el manual de instrucciones...

—Entonces —lo interrumpió ella—, estás a mis órdenes, ¿no? —le preguntó.

—... totalmente.

—Maravilloso. Bien, ¿para quién trabajas?

—¡Para usted, señora, por supuesto!

—Sí pero, ¿quién te contrató?

—Ah, querida señora, me avergüenza terriblemente admitir que, en este asunto (con un grado de angustia que puede que le resulte difícil de imaginar), debo renunciar a mi absoluto compromiso con todos y cada uno de sus deseos. Dicho de otra forma, no se me permite divulgar esa información. Bien, ya lo he dicho. Por favor, olvidemos cuanto antes este desafortunado cuanto de desobediencia y volvamos al estado fundamental de acuerdo sobre el que confío que se construirá nuestra futura relación.

—Vamos, que no me lo vas a decir —asintió Sharrow.

—Mi querida señora —dijo la máquina, que seguía rodando lentamente tras ella—, diciendo lo mismo pero en menos palabras... correcto.

—Vale...

—¿Debo entender que de hecho desea mis servicios?

—Gracias, pero lo cierto es que no necesito ayuda para cuidar de mí misma.

—Bueno —la voz de la máquina tenía un tono casi de diversión—, la última vez que visitó la ciudad de Arkosseur contó con los servicios de una unidad de escolta, y tiene un contrato con una empresa militar comercial para que proteja su vivienda en Jorve.

Ella se dio la vuelta para mirar a la máquina.

—Vaya, mira qué bien informados estamos.

—Gracias; es lo que me gusta pensar.

—Entonces, ¿cuál es mi color favorito? —El ultravioleta, según le dijo una vez a uno de sus tutores. Se detuvo y la máquina también lo hizo. Se dio la vuelta y observó la maltratada carcasa de la máquina limpia playas. Sacudió la cabeza.

—Mierda, hasta a mí se me había olvidado eso. —Miró la playa de cristal—. Ultravioleta, ¿eh? Ja, sí que lo dije —se encogió de hombros—. Es casi ingenioso. —Se dio la vuelta y siguió andando, con la limpia playas en los talones—. Pareces conocerme mejor que yo misma, máquina —dijo—. ¿Hay algo más sobre mí que deba saber? Quiero decir, por si se me hubiera olvidado.

—Se llama Sharrow...

—No, eso casi nunca se me olvida.

—... de la primera casa de Dascen Mayor, en Golter. Nació en el 1965, en la casa Tzant, en el estado del mismo nombre, que fue vendida junto con el resto de la fortuna de Dascen Mayor tras la liquidación exigida por el Tribunal Mundial tras la desmembración de la red comercial (y desgraciadamente ilegal) de su abuelo Gorko, que se dice fue la más importante de su tiempo.

—Nuestra familia siempre ha pensado a lo grande. Sobre todo cuando se trata de desastres. —Tras la desafortunada muerte de su madre...

—Creo que «asesinato» es el término técnico. —Aminoró el ritmo y juntó las manos tras la espalda.

—... asesinada por fanáticos huhsz, la crío su padre en lo que creo podría denominarse una... existencia itinerante.

—Cuando no estábamos dando la lata en casa de algún pariente rico, dividíamos el tiempo a partes iguales entre los casinos y los tribunales; mi padre estaba obsesionado con la idea de sacarle el dinero a cualquiera de las dos instituciones. La mayoría de las veces sucedía lo contrario.

—Tuvo... varios tutores... —Todos ellos con una extraordinaria falta de sentido del humor—... y lo que podríamos llamar, siendo generosos, un accidentado historial académico.

—La verdad es que no deberías prestar demasiada atención a muchos de esos historiales.

—Sí, existe una discrepancia ciertamente notoria entre los informes escritos y la mayoría de los archivos informáticos asociados. Varias de las instituciones a las que asistió parecen pensar que puede existir un vínculo causal entre este fenómeno y su inusitada afición por la informática.

—Coincidencia; no pudieron probar nada.

—Por supuesto, no creo saber de nadie más que haya denunciado al anuario de la escuela.

—Es cuestión de principios; el honor de la familia estaba en juego. Y, de todos modos, nuestra familia lleva la litigación en la sangre. Gorko solicitó una orden judicial para que su padre le subiera la paga cuando tenía 5 años, y Geis ha estado a punto de demandarse a sí mismo en varias ocasiones.

—En la escuela femenina de educación social de Claäv le empezó a interesar la política y se hizo... popular entre los jóvenes locales.

Ella se encogió de hombros.

—Había sido una niña difícil, así que me convertí en una chica fácil.

—Para sorpresa de todos salvo, quizá, al parecer, de usted misma, consiguió entrar en la Facultad de Diplomacia de la Universidad de Yadayeypon, pero lo dejó a los dos años, al inicio de la Guerra del Cinco por Ciento.

—Otra coincidencia; el profesor al que me estaba tirando para conseguir buenas notas se me murió encima, así que no tenía ganas de empezar de nuevo desde cero.

—Se enroló en un crucero de combate antiimpuestos que operaba sobre TP 105, una luna de Roaval; después (junto con un grupo de otros siete subalternos) se convirtió en uno de los primeros humanos que, después de trescientos años, probaba el redescubierto simbiovirus SNVv3. Usted lideró a su equipo de compañeros «sincroneurovinculados» en un escuadrón de voladores monoplaza de impuestos, con base en PorFinEnCasa, un hábitat militar-comercial situado en una órbita cercana a Miykenns, y se convirtieron en el mejor escuadrón de los diecisiete que operaban en el sistema medio.

—Por favor; me voy a ruborizar.

—Tres miembros de su equipo murieron en el último enfrentamiento, justo al final de la guerra, mientras se estaba negociando la rendición. Su propia nave quedó gravemente dañada y se estrelló en Fantasma de Nachtel; usted sufrió heridas casi mortales, que se sumaron a la extrema radiación y a las heridas ya de por sí importantes recibidas durante el combate original.

—Nada a medias; debería ser el lema de la familia.

—Consiguieron sacarla de entre los restos y la trataron de acuerdo con las reglas de internamiento militar en el hospital neutral de una empresa minera de Fantasma de Nachtel...

—Una comida horrorosa.

—... donde perdió el feto del hijo que esperaba, fruto de su relación con otro miembro del equipo, Miz Gattse Ensil Kuma.

Ella se detuvo un instante y levantó la mirada hacia la hidroala, que estaba a veinte metros. Frunció los labios, respiró hondo y siguió caminando despacio.

—Sí; una forma muy complicada de hacerse un aborto. Pero también me esterilizaron, así que al final resultó ser un chollo.

—Pasó los primeros meses tras la guerra en el hospital militar de Tenaus, Nachtel. La liberaron en su vigésimo cumpleaños, según los términos del Acuerdo de Bar; usted y los cuatro miembros supervivientes del equipo formaron una sociedad limitada a través de la que realizaban trabajos, a veces legales, de vigilancia comercial y espionaje industrial, hasta que se pasaron al negocio de la investigación y recuperación de Antigüedades, una profesión que compartía con su hermana, Breyguhn.

—Hermanastra. Y que conste que a nosotros no nos cogieron nunca.

—El último contrato que su equipo cerró con éxito fue la localización y entrega de la que se considera la penúltima Pistola Vaga, que acabó con la autodestrucción de la Pistola mientras la desmontaban en el departamento de Física de la Universidad de Ciudad Labio.

—Su metodología había sido muy criticada en los últimos años.

—La detonación resultante destruyó aproximadamente el veinte por ciento de la ciudad y causó la muerte a casi medio millón de personas. —Ella dejó de andar. Habían llegado al fragmento ruinoso con forma vagamente cilíndrica e incrustado en

la sílice fundida de la playa al que estaba amarrada la hidroala. Sharrow se quedó mirando el bulto oscuro de metal medio derretido.

—Su equipo se separó justo después —siguió diciendo la máquina—. Ahora es dueña de la tercera parte de un negocio de cría y venta de peces tropicales en la isla de Jorve.

—Hmm —dijo ella pensativa—. Esa última parte suena tan banal. La llegada de la mediana edad; estoy perdiendo mi estilo. —Se encogió de hombros y caminó por el agua mientras las olas le salpicaban las botas. Soltó la amarra de la hidroala y dejó que la cuerda se volviera a enroscar en la carcasa de proa. Miró a la máquina limpia playas—. Bueno, gracias, pero creo que no —le dijo.

—¿Cree que no qué? Ella se subió a la hidroala, introdujo las piernas en el hueco del suelo y bajó el volante de maniobra.

—Creo que no deseo tus servicios, máquina.

—Ah, bueno, espere un momento, lady Sharrow... Ella encendió varios interruptores; la hidroala cobró vida, las luces lucían, los zumbadores zumbaban.

—Gracias, pero no.

—Pero espere un momento, por favor. —La máquina parecía casi enfadada.

—Mira —dijo ella mientras arrancaba el motor de la hidroala y lo hacía rugir. Tuvo que gritar—, dile a Geis que gracias, pero que no, gracias.

—¿Geis? Mire, señora, parece estar haciendo ciertas suposiciones sobre la identidad de...

—Vamos, cállate ya y empújame, ¿quieres? —Aceleró de nuevo el motor y la popa de la pequeña barca lanzó una nube de espuma. La parte delantera bajó a nivel del mar y cortó las olas.

La máquina limpia playas le dio un empujón a la hidroala hacia el interior del mar.

—Mire, tengo que confesarle algo...

—Ya basta. —Le dedicó una breve sonrisa a la máquina—. Gracias.

Encendió las luces principales de la barca, con lo que creó un sendero reluciente que se balanceaba entre las olas.

—¡Espere! ¡Quiere hacer el favor de esperar!

Algo en la voz de la máquina hizo que se diera la vuelta para mirarla.

Una parte de la maltratada carcasa delantera de la limpia playas subió y se deslizó hacia atrás para dejar al descubierto un interior iluminado de rojo, lleno de brillantes pantallas y lecturas. Sharrow frunció el ceño; metió la mano en el bolsillo de la chaqueta mientras la cabeza y los hombros de un hombre salían del compartimento.

Era joven y musculoso, llevaba una camiseta oscura de manga corta, y estaba bastante calvo; la luz roja le proyectaba sombras oscuras en la cara y en los ojos, que parecían dorados en la penumbra. La piel de la suave cabeza reflectora parecía cobriza.

—Tenemos que... —comenzó a decir, y ella escuchó al mismo tiempo la voz

mecánica de la máquina y la propia voz del hombre. El hombre se sacó una bolita diminuta del labio superior—. Tenemos que hablar —dijo. Su voz tenía un logrado tono grave, del tipo que a Sharrow le resultaba tremendamente atractivo cuando era más joven.

—¿Quién coño eres tú? —dijo ella mientras accionaba un par de interruptores de la cabina de la hidroala, sin quitarle los ojos de encima y sin quitar la otra mano de la pistola del bolsillo.

—Alguien que necesita hablar con usted —respondió el joven mientras enseñaba los dientes en una sonrisa encantadora. Hizo un gesto hacia la carcasa de la máquina limpia playas—. Siento el disfraz —dijo con un vago gesto de vergüenza y menosprecio—. Pero se pensó que...

—No —lo interrumpió ella con una sacudida de cabeza—. No; no quiero hablar contigo. Adiós.

Tiró de los controles y la hidroala dio un salto creando un impulso de espuma que inundó la parte delantera de la limpia playas; el agua salpicó el borde de la escotilla y cayó al interior de la máquina.

—¡Cuidado! —gritó el joven dando un salto atrás y mirándose los pies—. Pero ¡lady Sharrow! —la llamó desesperado—. Tengo algo que decirle...

Sharrow empujó el acelerador; el motor de la hidroala chirrió y salió disparado de la orilla de cristal.

—¿Ah, sí? —le respondió a gritos—. Pues díselo a tu...

Pero la grosería se perdió en el batir del agua y los rugidos de los escapes. El barco se adentró en el mar, se elevó rápidamente sobre sus alas, y se alejó a toda velocidad.

La Galería de las Cadenas

Issier era la isla principal del archipiélago MedioMar, que se encontraba a mil kilómetros de distancia de cualquier tierra firme, cerca del centro de Phirar, el tercer océano de mayor tamaño de Golter.

La pequeña hidroala con forma de punta de flecha se alejó de la orilla de cristal, al oeste de la isla, y se dirigió al norte, hacia Jorve, la siguiente isla del grupo. Atracó media hora más tarde en un puerto deportivo junto a Lugar Issier II, la ciudad más grande del archipiélago y su capital administrativa.

Sharrow despertó a un guarda de seguridad de la oficina del puerto, que se deshizo en disculpas, y dejó una nota para el patrón en la que le pedía que pusiera en venta la hidroala. Recogió su moto y tomó la carretera costera oriental hacia el norte. No se puso el casco y condujo sólo con las gafas protectoras, así que el viento le sacudió el pelo con fuerza; la nube que cubría el cielo se estaba deshilachando, y la luz de la luna y de la chatarra espacial desplegó una estela azul grisáceo sobre los campos y huertos que rodeaban la ciudad.

Apagó los faros de la moto y condujo a toda velocidad, tomando muy cerradas las curvas amplias y abiertas de la carretera ascendente, su superficie convertida en un débil lazo serpenteante azul acerado que se desenrollaba delante de ella. Los barrancos más allá de las barreras de seguridad dejaban vislumbrar la desigual costa rocosa de abajo, en la que la marejada del océano terminaba en brillantes líneas blancas de espuma. Solo encendía los faros cuando se acercaban otros vehículos, y se estremecía cada vez que regresaba la paralizante sensación de oscuridad total del instante posterior al apagado de los faros de la vieja moto.

Una hora después de salir de la orilla de cristal de Issier llegó a su solitaria casa en forma de torre, sobre el acantilado.

—¡Sharrow, no puedes hacer esto!

—Querrás decir que no puedo hacerte esto —murmuró ella.

—¿Qué?

—Nada. —Cogió una cámara del tamaño de un dedo meñique de un cajón del tocador y la sujetó dentro de uno de los bolsillos interiores de la bolsa de viaje que había preparado.

—¡Sharrow!

Ella frunció el ceño y se apartó de la bolsa, abierta sobre la enorme cama redonda

del enorme dormitorio redondo que daba al mar.

—¿Hmm?

Jyr parecía angustiado; había estado llorando.

—¿Cómo puedes irte sin más? —Abrió los brazos de par en par—. ¡Te quiero!

Ella lo miró. Las zonas pálidas de su cara parecían enrojecidas; aquel verano se había puesto de moda en la isla llevar la piel blanca y negra, como si fuera camuflaje, y Jyr (convencido de que le sentaba bien aquel estilo) parecía decidido a mantener sus dos tonos durante todo el año.

Ella lo empujó a un lado y desapareció dentro del vestidor; cuando volvió a salir llevaba un par de guantes largos que añadió a la pila de ropa que se salía de la bolsa atiborrada.

—¡Sharrow! —gritó Jyr detrás de ella.

—¿Qué? —le preguntó ella mientras se daba golpecitos en los dientes con un dedo y observaba el interior de la bolsa, sumida en sus pensamientos. Había reservado billete en un vuelo al oeste que salía por la mañana temprano, había llamado a su abogado y a sus socios para concertar una reunión, y se había puesto en contacto con el banco para organizar sus finanzas. Pero estaba segura de que se le olvidaba algo.

—¡No te vayas! —gritó Jyr—. ¿Es que no has oído lo que he dicho? ¡Te quiero!

—Ajá —dijo ella; se arrodilló en la cama para ver si lograba cerrar la bolsa.

—Sharrow —dijo Jyr en voz baja detrás de ella, con la voz entrecortada—. Por favor... —Le puso las manos en las caderas. Ella se las quitó de encima entre gruñidos, mientras forcejeaba con los cierres de la bolsa. Consiguió cerrarlos por fin y se puso en pie. Entonces Jyr la giró de golpe, cogiéndola por los hombros, y la sacudió.

—¡Deja de hacerme esto! —le gritó a Sharrow—. ¡Deja de ignorarme!

—¡Pues deja de sacudirme! —le gritó ella.

Él la soltó y se quedó allí de pie, temblando, con los ojos hinchados. El pelo, totalmente blanco, parecía enredado.

—Al menos explícamelo —le pidió a Sharrow—. ¿Por qué estás haciendo esto? ¿Por qué tienes que irte?

—Es una larga historia.

—¡Dímelo!

—¡Vale! —le soltó ella—. Porque —dijo ella hablando más rápido— había una vez, hace mucho tiempo y en un lugar muy lejano, una jovencita que había sido prometida por sus padres a un gran templo. Pero conoció a un hombre, a un duque, y se enamoraron. Juraron que nada los separaría, pero los engañaron y acabaron llevándola al templo a pesar de todo.

»El duque fue a rescatar a la chica; ella se escapó y se llevó con ella el mayor tesoro del templo. Se casaron y ella tuvo gemelos: un niño y una niña. En un intento por recuperar el tesoro del templo, los agentes de la fe mataron al duque y a su hijo.

»El tesoro fue escondido, nadie sabe dónde, y la duquesa juró que haría todo lo posible por vengar las muertes de su marido y de su hijo, y que se enfrentaría a aquella fe de todas las formas posibles. Juró que el gemelo superviviente, una niña, y todas sus descendientes serían fieles a aquella promesa.

»La fe le pagó con la misma moneda; un profeta tuvo una visión y decidió que el Mesías no podría nacer hasta que los fieles hubieran recuperado el tesoro, o hasta que la línea femenina de la familia hubiese desaparecido; lo que ocurriera primero. Y, fuera como fuese, tenía que suceder antes de que llegara el décimo milenio. — Estudió la cara confundida y llorosa de Jyr unos instantes y después sacudió la cabeza—. Bueno —añadió, irritada—, tú has preguntado.

—Llévame contigo —gimió Jyr.

—¿Qué? No.

—Llévame contigo —repitió mientras cogía una de las manos de Sharrow entre la suyas—. Haré cualquier cosa por ti. Por favor.

Ella retiró la mano.

—Jyr —dijo mirándolo directamente a los ojos—. Ha sido un verano estupendo y me lo he pasado muy bien; espero que tú también. Pero ahora tengo que irme.

Puedes quedarte en la casa hasta que expire el arrendamiento, si quieres. Jyr la abofeteó. Ella lo miró; le zumbaban los oídos y sentía el impacto de la bofetada como un eco en el rostro. Nunca le había pegado antes. Sharrow no sabía qué era lo más sorprendente, si el hecho de que hubiera logrado sorprenderla, o que se le hubiera ocurrido pegarle.

Él se quedó delante de ella, con los ojos como platos. Ella sacudió la cabeza, sonrió alegremente y dijo:

—Muy bien. —Después le dio un buen puñetazo en la mandíbula. La cabeza de Jyr se dobló hacia atrás; cayó con estrépito sobre el tocador que tenía detrás y esparció por el suelo botellas, tarros, jarras y cepillos. Se resbaló hasta dar con el suelo; los perfumes y lociones se derramaron de las botellas rotas y dejaron manchas oscuras en las baldosas.

Ella se dio la vuelta, recogió la bolsa y se la colgó al hombro. Recogió una pequeña mochila de la cama y se la puso en el otro hombro. Jyr gimió, con la cara sobre el suelo. La habitación empezaba a oler a perfume caro.

Sharrow se examinó los nudillos de la mano izquierda y frunció el ceño.

—Sal de mi casa, ahora —le ordenó a Jyr—. ¿Teléfono? —dijo dirigiéndose a la habitación.

—Listo —zumbó una voz.

—En espera —le dijo ella.

—En espera.

Le dio un golpecito a Jyr en la espalda con la bota.

—Tienes dos minutos antes de que llame a la policía e informe de un intruso.

—Dios, mi mandíbula —gimió Jyr mientras se ponía de rodillas y se sostenía la

barbilla. Le sangraba la nuca. Trocitos de cristal llovieron de su cuerpo al levantarse, tembloroso. Ella se alejó un par de pasos y lo observó con cuidado. Jyr estuvo a punto de volver a caer, pero puso una mano en el tocador para mantener el equilibrio—. ¡Me has roto la mandíbula!

—No lo creo —dijo ella—. No con un gancho como ese. —Le echó un vistazo al reloj de la mesita de noche—. Esto te deja con un minuto y medio, diría yo.

Él la miró.

—Eres una puta sin corazón. —Tenía la voz bastante firme.

Ella negó con la cabeza.

—No, Jyr, nunca me ha gustado que me digas guarrerías. —Apartó la mirada de él—. ¿Teléfono?

—En espera.

—Por favor, llama a la policía loc...

—¡Vale! —Bramó Jyr; después hizo una mueca y se sostuvo la mandíbula mientras se tambaleaba en dirección a la puerta— ¡Me voy! ¡Me voy! ¡Y no pienso volver nunca! —Abrió de un golpe la puerta del dormitorio y dio un portazo al salir; ella escuchó sus pasos bajando las escaleras, después el tremendo portazo de la puerta principal; la torre se estremeció. El golpe final fue el de la puerta de su coche, seguido del ruido del motor, que se introdujo chirriando en la noche.

Ella se quedó muy quieta un momento, después dejó caer un poco los hombros y cerró los ojos.

Se meció un poco, tragó saliva y después exhaló al mismo tiempo que volvía a abrir los ojos y se sorbía los mocos. Se limpió los ojos, volvió a respirar hondo y se alejó de la cama. Se detuvo un instante junto al tocador y colocó un par de botellas.

—En espera —dijo la habitación.

Ella miró su propio reflejo en el espejo de la mesa.

—Cancela —dijo; después metió un dedo en el espeso charco de aromas formado sobre la superficie de madera de la mesa y se perfumó con él detrás de las orejas mientras caminaba hacia la puerta.

Condujo la moto de vuelta a la ciudad, con el casco puesto, el visor nocturno activado y todos los faros encendidos.

Llegó a una casa alta, hogar de los Bassidge, la pareja que era dueña de los otros dos tercios del negocio de peces tropicales. Su abogado ya estaba allí; Sharrow firmó los papeles necesarios para venderles su parte de la tienda. Había dejado su teléfono personal en la casa del acantilado, porque sabía que sería demasiado fácil de localizar. Después de que su abogado se fuera a casa y los Bassidge se hubieran acostado, se sentó en la antigua terminal de escritorio de la casa y se quedó allí hasta el alba, con un par de tabletas energéticas para mantenerse despierta, e intentó ponerse al día de ocho años de noticias y cotilleos sobre Antigüedades.

Había varios contratos pendientes para el Principios Universales: algunos de universidades, otros de grandes corporaciones conocidas por invertir en Antigüedades de alto valor, unos cuantos de ricos coleccionistas particulares especializados en libros únicos perdidos y un solo contrato anónimo. Este último ofrecía la mejor oferta económica, aunque solo para investigadores de Antigüedades con historiales aceptables. Se sintió casi tentada de preparar una oferta y enviársela al apartado postal anónimo, pero antes tenía que arreglar muchas cosas.

Sospechaba que acabaría buscando el libro de una forma u otra. Según uno de los rumores más insistentes que habían circulado por la familia Dascen y las ramas familiares que la atendían en el caótico periodo posterior a la caída de su abuelo Gorko, los agentes de Gorko habían descubierto el paradero de la última Pistola Vaga (la que la duquesa le había robado a los huhsz y había escondido tras la muerte del duque, siete generaciones antes) y, de alguna forma, su ubicación se indicaba en el libro único llamado Principios Universales, que a su vez llevaba mucho más tiempo desaparecido.

Para Sharrow, aquel rumor siempre había sido lo bastante estrafalario como para ser cierto, aunque le costaba comprender tanto como a los demás cómo era posible dejar un mensaje en algo que todos sabían que llevaba perdido muchos siglos más.

Durante la noche, en los momentos más oportunos teniendo en cuenta las diferencias horarias, telefoneó a los Franck en Regioner, le dejó un mensaje a Miz en la Troncada, no consiguió localizar a nadie llamado Cenuij Mu en lo que quedaba de la base de datos de Ciudad Labio, y rellenó una solicitud de visita en el Servicio de Diseminación de la Verdad de los Hermanos Tristes del Peso Mantenido, en la Casa del Mar, provincia de Udeste, Caltasp.

También comprobó el estado oficial de Antigüedad de la última Pistola Vaga, solo por gusto. Por supuesto, solo había un contrato, el del Tribunal Mundial, en el que se ofrecía un programa gradual de recompensas por información que pudiera conducir a la captura del arma, junto con una escala descendente igual de impresionante de enormes multas y truculentos castigos para cualquiera que poseyera dicha información y no se la proporcionara al Tribunal.

Nueve años antes había decenas de contratos; el de los huhsz era único, ya que pedía sola y exclusivamente la Pistola que les había quitado la familia de Sharrow hacía más de doscientos años, mientras que todos los demás pedían cualquiera de las dos Pistolas Vagas. Ella y el resto del equipo habían aceptado uno de los contratos anónimos más lucrativos, que pedía la captura o la destrucción de cualquiera de las dos Pistolas Vagas. Habían cumplido el contrato, pero hasta el momento ninguno de ellos sabía quién les había pagado (o quien les había pagado a todos menos a uno; Cenuij Mu había rechazado su parte después de que la Pistola barrera del mapa gran parte de Ciudad Labio).

Poco después de la explosión de Ciudad Labio, el Tribunal Mundial había decidido prohibir la posesión de la última pistola aunque, por supuesto, todos los

equipos y especialistas en Antigüedades del sistema sabían muy bien que los huhsz (a pesar de que no pudieran decirlo oficialmente) superarían cualquier recompensa que el Tribunal Mundial ofreciera por aquella arma de fábula.

Pasó de largo las mutilaciones irreversibles que el Tribunal Mundial amenazaba con infligir a quien osara obstruir la legítima confiscación de la última Pistola, y después salió de los Contratos de Antigüedades para intentar rastrear a Cenuij Mu de otra forma en Ciudad Labio, de nuevo sin éxito.

Tansil Bassidge se despertó temprano y preparó el desayuno; las dos mujeres comieron juntas delante de la pantalla de la cocina, mientras veían el servicio de noticias veinticuatro horas; después, Tansil la llevó al aeropuerto para coger el estratocrucero del alba.

Se echó una siesta durante el vuelo y aterrizó en la Estación Intercontinental de Ciudad Udeste un par de horas después, justo antes de que llegara el alba hasta allí.

La región de Udeste estaba justo dentro de la zona templada del sur de Golter, que se extendía hacia el este hasta Phirar y hacia el oeste hasta Farvel, el mayor océano de Golter; al norte limitaba con la meseta de Seproh, al sur con la estrecha franja de la Franquicia de Seguridad, que protegía los bosques y fiordos de las Áreas Embargadas; y, más allá, las montañas, la tundra y el frío desierto de la provincia históricamente rebelde de Lantskaar, que se extendía hasta llegar al banco de hielo.

La Casa del Mar estaba al final del último promontorio de la Bahía de Farvel, un golfo que formaba una curva casi continua de unos dos mil kilómetros de largo desde las Áreas hasta la Casa.

Alquiló un coche y cogió el autopeaje para dejar atrás y rodear las ciudades estado, los obispados, las Corpozonas, los enclaves y los estados familiares de Udeste Interior; después se unió a una interestatal que atravesaba los pueblos y granjas de las marcas occidentales de Udeste Exterior, a través de los páramos, hacia la costa. El tiempo empeoró de forma gradual a lo largo del camino, y las crecientes nubes compensaban la salida del sol, de modo que le parecía estar conduciendo en una eterna media luz marrón grisáceo. La lluvia iba y venía en rachas. En los límites de la casa, la única entrada de la gran cerca de malla de cadena se extendía sobre la carretera en un desorden de destartalados edificios de vigilancia por un lado, y en una variopinta abundancia de viejas y tristes tiendas de campaña por el otro. Los relámpagos jugaban sobre las colinas rotas del norte, mientras que las nubes bajas cubrían los arenosos acantilados que se elevaban al otro lado de la puerta.

Había una corta cola junto a la entrada; los esperanzados peticionarios de siempre. Condujo hasta el comienzo de la fila e hizo sonar el claxon para apartar a los

hombres y mujeres demacrados y de ojos vacíos. Un guarda contratado, vestido con una capa de camuflaje empapada, se acercó hasta ella con el ceño fruncido y la apuntó con una carabina.

—Eh; ¿cómo te llamas? —dijo con voz indignada. Miró de arriba abajo el turbinador iluminado por la lluvia.

—Sharrow —le respondió ella.

—El nombre completo —exigió el otro en tono desdeñoso.

—Sharrow —repitió ella sonriente—. Creo que me esperan.

El guarda pareció dudar.

—Espere aquí —dijo; después añadió—, señora.

Desapareció en la caseta de los guardas.

Instantes después apareció un capitán, que se colocaba la túnica y la gorra mientras avanzaba hacia ella; el guarda con el que había hablado Sharrow sostenía un paraguas sobre el capitán, que se retorció las manos al inclinarse sobre la ventanilla para mirarla.

—Mi señora; vemos tan pocos nobles por aquí... lo siento muchísimo... los nombres simples nos cogen por sorpresa... tenemos que lidiar con tanta chusma... Ah, ¿sería tan amable de enseñarme la identificación? Ah, claro; un Pasaporte de Casa Noble... gracias, gracias. Excelente; gracias, gracias. Un honor, si me permite decirlo...

—Bueno, no se quede ahí parado, soldado. ¡La puerta!

Tardó otra media hora en atravesar el acantilado y caer detrás, bajo las nubes, sobre las colinas de caliza cubiertas de verde con sus pueblos vacíos y en ruinas, para cruzar después los llanos divididos por el canal y llegar a la playa de gravilla y a la gran bahía. El tiempo mejoró de forma inexplicable cuando llegó al final de la carretera, donde el lazo color crema se ensanchaba hasta convertirse en una pista en forma de espátula, que al lado del mar se desintegraba en pedazos podridos de hormigón corroído, esparcidos como gruesas hojas sobre el terreno arenoso. Más allá se encontraba la Bahía de Gravilla, un escabroso semicírculo bisecado por la curva baja de la gran carretera elevada de piedra y medio colmado por el vasto volumen de la Casa del Mar. Las pendientes superiores de la bahía eran de color marrón y crema sobre gris; allí las algas en descomposición y la suciedad de la espuma llevada por el viento yacían destrozadas y desparramadas como harapos sobre la gravilla gris.

Salió del coche con su mochila; un viento frío le tiró del pelo e hizo que se le agitara la falda pantalón. Se abrochó la vieja chaqueta de montar y se puso los guantes largos.

Al final de la carretera elevada había dos altos obeliscos de granito colocados a ambos lados del istmo artificial de la casa; entre ellos se extendía una enorme cadena de hierro oxidado que hubiera impedido el tráfico rodado incluso si la pista de hormigón hubiera conectado con las antiguas losas pulidas por el tiempo de la carretera elevada. Una ráfaga de viento frío le llevó un hedor a algas podridas y aguas

residuales que le produjo náuseas.

Levantó la mirada. Un pequeño relámpago incendiario jugaba sobre las torres, torrecillas y antenas más altas de la Casa del Mar. La base de nubes, gris oscuro y de aspecto sólido, colgaba justo por encima. Solo había estado allí dos veces, y en ambas ocasiones la niebla y la lluvia no le habían permitido ver más que los primeros cincuenta metros de la enorme masa elevada de la Casa del Mar. Aquel día podía observar todos y cada uno de sus trescientos metros alzarse oscuros en dirección a las nubes.

Se puso una bufanda con perfume a flores sobre la boca y la nariz, se colgó la mochila al hombro, comenzó a andar a través de los muñones de hormigón podrido, pasó por encima de la gran cadena de hierro y (cojeando un poco, pero caminando rápido a pesar de ello) bajó por la superficie ranurada y combada de la carretera.

Al menos, se dijo a sí misma, ha dejado de llover.

La Casa del Mar era, probablemente, tan vieja como la misma civilización de Golter; se decía que en algún punto cercano a su núcleo, tiempo atrás enterrado, descansaban los restos de un antiguo castillo o templo que era incluso anterior al año cero de la Primera Guerra. Con el paso de los milenios, el edificio había crecido y había acumulado a su alrededor nuevas paredes, patios, torrecillas, parapetos, salones, torres, hangares, barracas, puertos y chimeneas.

La historia del planeta, incluso del sistema, estaba escrita en sus pisos cargados de piedras ancianas; se veía el punto en el que la época había exigido defensas, porque se habían añadido almenas y murallas; en otro momento se había enfatizado la gloria de los dioses, por lo que había columnas helicoidales con inscripciones, ídolos mutilados y cien símbolos religiosos más esculpidos en piedra y forjados en metal, la mayoría de los cuales llevaba siglos resultando incomprensible; en otro lugar los habitantes de la casa habían decidido que resultaba adecuado honrar a sus benefactores políticos, lo que trajo consigo estatuas, columnas en relieve y arcos del triunfo sobre calzadas amuralladas; y en otro momento el comercio había sido el orden del día, por lo que se depositaron grúas y embarcaderos, diques secos, pistas de aterrizaje y torres de lanzamiento, que flotaban como restos de naufragio alrededor de las distintas capas de muros de la casa; en algún momento habían imperado la información y la comunicación, por lo que había un vertedero de antenas oxidadas, parabólicas rotas y cúpulas agujereadas cubriendo las desperdigadas cimas de la enorme estructura.

Los actuales titulares de la Casa del Mar (que afirmaban habitarla desde el principio, a pesar de las muchas pruebas en contra, pero que ciertamente llevaban dirigiéndola los últimos quinientos años, más o menos) eran los Hermanos Tristes del Peso Mantenido, una de las multitudinarias órdenes religiosas antiguas y arcanas de Golter. Eran exclusivamente hombres y afirmaban creer en la abstinencia, la

continencia y la aquiescencia a la voluntad de Dios.

Comparados con otros en Golter, eran cooperadores y sociables hasta el extremo de permitir que los eruditos seculares estudiaran en los muchos archivos, bibliotecas y depósitos que la casa había acumulado a lo largo de los milenios. La pretensión de ecumenismo hacía posibles las visitas de monjes de otras órdenes, y numerosos prisioneros de todo el sistema, convictos según una gran variedad de leyes religiosas, estaban encerrados en la casa. No se alentaba cualquier otro tipo de visitas.

A Sharrow la dejaron entrar en la casa porque seis años antes su hermanastra Breyguhn se había colado en la estructura intentando encontrar y robar el Principios Universales, uno de los muchos legendarios libros únicos del sistema. Breyguhn había fallado en el intento; la habían capturado y encerrado en la Casa del Mar y, como Sharrow era su pariente más cercana, le permitían visitarla.

Con lo que podría considerarse (aunque fuera discutible) una rara muestra de un oculto sentido de la ironía, los Hermanos Tristes habían puesto como condición para la liberación de Breyguhn que se recuperara el Principios Universales. Aventurar que lo habían hecho porque no tenían el libro pero deseaban tenerlo, o porque ya lo tenían y sabían que la tarea era imposible, era mera conjetura.

En el extremo más alejado de la carretera elevada, el camino de losas de piedra se inclinaba hacia arriba hasta llegar a una enorme y destrozada puerta de entrada, que era la única abertura que daba a tierra firme del liso muro de granito cubierto de algas de la casa. La cima de la puerta, abarrotada de matacanes, colgaba como una dentadura descolorida gigante sobre una garganta bloqueada por una herrumbrosa puerta de hierro macizo de diez metros cuadrados. La enorme puerta (y toda la entrada en general) se inclinaba sobre el extremo de la carretera elevada, de un modo que parecía indicar o un grave problema de hundimiento, o ganas de intimidar.

Sharrow cogió una roca de la superficie fracturada de la carretera arañada por las ruedas y golpeó con ella varias veces, tan fuerte como pudo, el impasible hierro de la puerta. El ruido que producía era monótono y sordo. Polvo de roca y escamas de óxido flotaron con la brisa. Soltó la piedra con el brazo dolorido por los impactos.

Al cabo de un minuto oyó unos ruidos metálicos deslizarse y arañar el suelo junto a la puerta. Después se detuvieron. Al cabo de otro minuto, Sharrow siseó entre dientes, irritada, cogió de nuevo la piedra y la estrelló contra la puerta unas cuantas veces más. Se frotó el brazo y miró los oscuros arcos de mampostería en busca de caras, cámaras o ventanas. Tras un momento, regresaron los ruidos tintineantes.

De repente, se abrió una rejilla en la puerta, a la altura del pecho; cayeron más escamas de óxido. Sharrow se agachó.

—¿Sí? —dijo una voz aguda y rasposa.

—Déjame entrar —le dijo Sharrow a la oscuridad detrás del agujero de hierro.

—¡Ja! «Déjame entrar», ¿no? ¿Cómo te llamas, mujer? Ella se bajó la bufanda de la boca.

—Sharrow.

—Nombre compl...

—Ese es mi nombre completo, soy una puñetera aristo. Y ahora déjame entrar, cucaracha.

—¿Qué? —chilló la voz. Ella retrocedió y se metió las manos en los bolsillos mientras la rejilla se cerraba de golpe y un ruido, entre chirrido y crujido, pareció sacudir toda la puerta. Finalmente apareció la silueta de una entrada mucho más pequeña bajo las escamas de óxido y, con otro crujido, se abrió una puerta lo bastante grande para que un humano entrara por ella agachado. Un hombrecillo con una asquerosa sotana con capucha la miraba airado. Ella sostuvo el pasaporte en la mano derecha y lo agitó delante de su cara gris y enfermiza antes de que pudiera decir nada. Él se quedó mirando el documento.

—Corta el rollo —le dijo ella—. Ya pasé por esto la última vez. Quiero hablar con el señor Jalistre.

—¿Ah, sí? Bueno, pues tendrás que esperar. Él... —comenzó el pequeño monje mientras intentaba cerrar la puerta con una mano esposada. Ella dio un paso adelante y colocó la bota en el umbral. El hermano bajó la vista con los ojos como platos.

—Quita... tu... asqueroso... pie de mujer de mi p... —dijo el monje mientras levantaba la vista; al hacerlo se encontró con el cañón de una gran pistola. Ella se lo apretó contra la nariz. El hombrecillo se puso bizco al fijarse en el rechoncho silenciador. Al final abrió la puerta lentamente, haciendo sonar su cadena—. Entra —graznó.

La boca del silenciador dejó un pequeño círculo blanco marcado en la carne gris de la punta de su nariz.

—¡Pero padre! ¡Me amenazó!

—Estoy seguro. Sin embargo, pequeño hermano, no estáis herido; un estado fácilmente corregible si vuelve a contestarme de esa forma. Se llevará el arma de lady Sharrow, le entregará un recibo y después escoltará a nuestra huésped hasta la Galería de las Cadenas, donde le proporcionará una cadena de visitante. De inmediato. —La imagen holográfica de la cabeza del señor Jalistre, que brillaba en la oscura y húmeda celda del guardián de la puerta, se volvió hacia ella. La cara ancha y aceitosa del Señor le dedicó una breve sonrisa—. Lady Sharrow, su hermana la recibirá en la Salón Doloroso. La estaba esperando.

—Hermanastra. Gracias —dijo Sharrow—. El holograma se desvaneció.

Se dio la vuelta y le entregó la pistola al furioso guardián de la puerta, que la esperaba con el ceño fruncido. Él la cogió, la soltó en un cajón, garabateó rápidamente en una tira de plástico, se la tiró y se dio la vuelta con brusquedad.

—Por aquí, mujer —le gruñó—. Creo que te buscaremos una bonita y pesada cadena. Oh, sí. —Se escabulló entre murmullos; su propia cadena repiqueteaba a lo largo de los raíles de las paredes de camino hacia la entrada, con Sharrow detrás.

El monje cerró con un chasquido la esposa en torno a la muñeca derecha de Sharrow, e hizo sonar con energía la pesada cadena de hierro para tensarla contra el muro unas cuantas veces, mientras le tiraba del brazo.

—Ya está —comentó con sorna—. Esto debería bastar para mantenerte en el buen camino, ¿no, mi señora?

Ella miró tranquilamente la pesada esposa de color negro azulado y recorrió suavemente con los dedos los bastos eslabones de la cadena.

—¿Sabes qué? —dijo ella bajando la voz y sonriéndole—. Alguna gente paga bastante dinero por este tipo de tratamiento. —Al acabar de hablar, arqueó una ceja.

Los ojos del monje se abrieron de par en par; se agarró los lados de la capucha, se cubrió con ella los ojos y después, con una mano temblorosa y esquelética, señaló el otro extremo de la larga galería en penumbra.

—¡Fuera! ¡Sal fuera de mi vista! ¡Al Salón Doloroso, y que te vaya bien!

La Casa del Mar era una prisión sin puertas. Era una prisión por encima de todas sus demás funciones.

Todo el mundo en la Casa del Mar, desde sus abades y señores superiores hasta el más forzado y castigado prisionero, estaba esposado y encadenado. Cada cadena terminaba en un vagón en miniatura: un conjunto de cuatro pequeñas ruedas conectadas que corría a lo largo de los raíles embridados incrustados en las piedras de todos los pasillos, habitaciones y espacios exteriores. Estas vías, que constituían el esqueleto del sistema de cadenas, solían estar hundidas en los muros, a menudo se empotraban en los suelos, a veces cruzaban techos y, de vez en cuando, apoyadas en pequeñas barandas o raíles en forma de puente, atravesaban grandes espacios abiertos.

La vía más profunda tenía menos de un dedo de ancho; conectaba a los hermanos superiores a la casa mediante mecanismos con intrincados adornos y bellas cadenas, que variaban entre una surtida gama de metales preciosos, cuyo elemento exacto indicaba todavía más subdivisiones de rango.

La vía más exterior se usaba para los visitantes y para los prisioneros seculares y respetados; sostenía un pesado chasis de acero, unido a una cadena de hierro fabricada con eslabones gordos como pulgares.

Las vías intermedias ofrecían dos niveles de hermanos menos importantes: los novicios de la casa y sus sirvientes. Los prisioneros sujetos a regímenes más duros arrastraban a veces cadenas unidas a los tobillos y pasaban por otras vías todavía más seguras; a los más bajos de los bajos se limitaban a encadenarlos a las paredes de las mazmorras. La leyenda también decía que había lugares secretos (antiguos y profundos, o altos y, para lo normal en la casa, relativamente modernos) en los que el sistema de cadenas no funcionaba, y que los oficiales más importantes de la orden

llevaban en ellos vidas de incomparable libertinaje detrás de puertas en principio inexistentes... Pero la Casa del Mar y el sistema de cadenas en sí mismo no animaban a la investigación de dichos rumores.

Las ruedas que guiaban la cadena de Sharrow tintineaban al avanzar por un pasillo oscuro que, según recordaba, ascendía hasta el Gran Salón.

Solo se encontró a una persona por el camino; un sirviente que llevaba un abultado fardo de ropa y que se dirigía a ella usando la misma vía. Se detuvo junto a un circuito de paso de la pared, movió la guía de su cadena a través de una serie de puntos de cerámica para subirla dos vías más arriba y esperó (moviendo impaciente los pies) hasta que Sharrow estuvo casi a su nivel. Después ella se agachó y él pasó su cadena sobre la cabeza de Sharrow, volvió a la línea principal de la vía y siguió su camino entre murmullos.

Un calcetín mugriento cayó al suelo del pasillo; ella se dio la vuelta para decirle algo al monje, pero ya había desaparecido en las sombras.

El Salón Doloroso era enorme y oscuro, y no tenía eco. El techo se perdía en la oscuridad, las paredes estaban envueltas en grandes banderas grises y pancartas desvaídas que desaparecían en la brumosa distancia; el gran espacio resultaba frío como el hielo y olía a humo funerario. Sharrow temblaba y mantenía la bufanda perfumada sobre la nariz, mientras atravesaba el salón y la cadena repicaba sobre las vías del suelo con un sonido agudo, como el de un insecto monstruoso.

Breyguhn estaba sentada en una silla de piedra de respaldo alto, junto a una maciza mesa de granito que parecía capaz de soportar el peso de una pequeña casa. Había una silla similar para ella al otro lado de la mesa, a siete metros. Un pedazo de cristal más grande que la mesa sobresalía de las sombras y colgaba amenazante sobre Breyguhn, escondiendo el techo del salón. La ventana rayada e inclinada proyectaba una luz amarilla y legañosa sobre la superficie de la plataforma de granito.

La severa cara de Breyguhn parecía todavía más pálida de lo que Sharrow recordaba; tenía el pelo recogido en un moño prieto y llevaba un vestido suelto de color gris pizarra hecha con algún material basto y grueso.

Sharrow se sentó en la silla de piedra vacía, con las piernas colgando. Los ojos oscuros de Breyguhn la miraron.

—Sharrow —dijo con la voz monótona y débil, al parecer ahogada por el penetrante silencio del Salón.

—Breyguhn —asintió Sharrow—. ¿Cómo estás?

—Estoy aquí.

—Aparte de eso —dijo Sharrow sin inmutarse.

—No hay nada aparte de eso. —Breyguhn levantó las manos del regazo para apoyar los antebrazos en la superficie pulida de la mesa, con las palmas hacia arriba—. ¿Qué es lo que querías? Creo que me lo dijeron, pero lo he olvidado.

Breyguhn era dos años menor que Sharrow. Tenía una constitución más corpulenta y era un poco más baja, con los ojos hundidos en una cara que antes deba la impresión de ser fuerte, pero que en aquellos momentos parecía demacrada y gastada.

—Tengo que encontrar a Cenuij —le dijo Sharrow—. Y... quizá puedas ayudarme a encontrar algo; una Antigüedad.

—¿Qué quieres de Cenuij? —Breyguhn parecía recelosa.

—Los huhsz han conseguido sus pasaportes; están a punto de empezar la caza. Necesito tener a Cenuij de mi lado.

Breyguhn sonrió con sorna.

—Pues buena suerte.

—Si no viene conmigo voluntariamente, los huhsz lo obligarán a trabajar con ellos. Lo usarán para encontrarme.

Los ojos de Breyguhn se abrieron como platos.

—Quizá sea eso lo que él quiere.

Sharrow se encogió de hombros.

—Puede —le respondió—. Puede que no; pero, al menos, tengo que avisarle de que cuando los huhsz se enteren de que me he marchado, quizá vayan a buscarlo. —Sharrow señaló a Breyguhn con la cabeza—. Eres la única persona que parece saber exactamente dónde está.

Breyguhn se encogió de hombros.

—Llevo seis años sin ver a Cenuij —dijo ella—, aquí no permiten visitas de seres queridos. Solo dejan venir a las personas a las que no quieres ver; visitas que saben que te atormentarán. —Torció la boca en una sonrisa sin humor.

—Pero estás en contacto con él —le dijo Sharrow—. Te escribe.

Breyguhn sonrió, como si le costara por falta de práctica.

—Sí, me escribe; cartas de verdad, en papel. Es mucho más romántico... —Se le ensanchó la sonrisa y a Sharrow se le puso la carne de gallina—. Vienen de Ciudad Labio.

—Pero ¿vive allí?

—Sí. Creía que lo sabías.

—¿En qué parte de la ciudad?

—¿No está empadronado en el ayuntamiento? —le respondió Breyguhn con una sonrisa.

Sharrow frunció el ceño.

—Aquel sitio es un mísero barrio, Brey; lo sabes perfectamente. Hay zonas que no tienen ni electricidad.

La sonrisa de Breyguhn era glacial.

—¿Y de quién es la culpa, Sharrow?

—Limítate a decirme dónde está Cenuij, Brey.

Breyguhn se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Tengo que enviar mis cartas a una lista de correos. —Miró la superficie de la mesa. La sonrisa se desvaneció rápidamente—. Parece sentirse solo —dijo en voz muy baja—. Creo que ahora tiene otros amores, pero parece sentirse solo.

—¿Hay algo en alguna de sus cartas...?

Breyguhn levantó la vista y la miró con ojos penetrantes.

—Calle Eco —dijo de repente.

—Calle Eco.

—No le digas que te lo dije.

—Vale.

Breyguhn tembló. Retiró los brazos de la superficie de la mesa de granito y dejó que las manos volvieran a caer al regazo. Pareció dudar un instante.

—¿Qué más era?

—Información sobre una Antigüedad.

—¿Tienes en mente alguna en concreto?

—El PU.

Breyguhn echó la cabeza atrás y se rio; el débil eco del ruido regresó hasta ellas desde arriba segundos después. Breyguhn frunció el ceño y se puso una mano en la boca.

—Oh, vaya; pagaré por esto después. —Miró a Sharrow con ojos entrecerrados—. ¿Quieres ir a por el Principios Universales?

—Sí.

—Vaya —dijo Breyguhn—. Ese es el precio que los Hermanos han fijado para mi liberación; ¿estás haciendo esto por mí, Sharrow? —le preguntó con la voz cargada de sarcasmo—. Qué encantador.

—Es por las dos —respondió Sharrow. Notó que bajaba el tono de voz, aunque sabía que daba igual que los maestros de la Casa del Mar estuvieran escuchando—. Necesito la información... secundaria, las instrucciones que se supone que contiene la obra. Una vez que las tenga, te garantizo que les entregaré el libro a los Hermanos Tristes. Podrás irte de aquí.

Breyguhn se puso una mano extendida sobre el pecho y pestañeó de forma teatral.

—¿Y por qué crees que puedo ayudarte? —le preguntó con una voz artificialmente aguda.

Sharrow apretó los dientes.

—Porque —respondió— la última vez que estuve aquí me dijiste que te dejaron usar las bibliotecas. Pensabas que por fin estabas sobre la pista. Y...

—Sí. —Breyguhn entrecerró los ojos—. Y te envié —siseó— una carta. —Miró a su alrededor y se inclinó para acercarse más a Sharrow—. Te dije que había encontrado la forma —susurró—. La forma de descubrir... ese libro.

Sharrow suspiró. Recordaba la carta de Breyguhn; escrita a mano, a duras penas legible, confusa y llena de locas acusaciones, incoherentes invectivas políticas y

páginas de incomprensibles divagaciones pseudorreligiosas. Breyguhn afirmaba saber cómo encontrar el libro perdido casi como un aparte en medio de un apasionado ataque contra el sistema político-legal en general y contra el Tribunal Mundial en particular. En su momento, Sharrow lo había descartado como literalmente increíble.

—Sí, Brey —dijo—. Y yo te respondí diciendo que ya no estaba en el negocio de las Antigüedades.

—¡Pero te dije que solo tú podías encontrarlo! —Breyguhn escupió las palabras. Sharrow asintió lentamente y desvió la mirada.

—Sí que lo hiciste.

—Y tú no me creíste.

Sharrow se encogió de hombros.

—Tú eras la que pensabas que el libro estaba aquí.

—Quizá lo esté —dijo Breyguhn mientras volvía a entrecerrar los ojos—. Quizá estén todos aquí; el PU., el Gnost, el Análisis de Viajes Importantes; todos ellos; todos los libros que Golter ha tenido y que desaparecieron hace diez mil años o más. Puede que todos estén aquí; un millón de únicos, un millón de tesoros, todos enterrados aquí, perdidos, tirados para que se pudran en este montón de mierda. —Le dedicó una sonrisa pequeña y breve a Sharrow—. No los he encontrado, pero puede que estén aquí. Ni los mismos Hermanos lo saben. La casa tiene secretos que ni siquiera ellos imaginan.

—Estoy segura —dijo Sharrow mientras tamborileaba sobre la mesa de granito—. Pero... Breyguhn entrecerró los ojos. —Ambas sabemos adónde se supone que lleva el libro; ¿qué vas a hacer con eso?

—Dársela a los huhsz —respondió Sharrow. Soltó una risa breve y miró las vastas sombras que las rodeaban—. Las dos tenemos cultos... excéntricos a los que pagar. —Miró de nuevo a Breyguhn—. Entonces, ¿qué tienes? ¿Qué es lo que sabes que...?

—Lealtad de sangre —respondió Breyguhn de repente.

Sharrow frunció el ceño.

—¿Qué?

—Lealtad de sangre —repitió Breyguhn—. El círculo interno de ayudantes y criados del abuelo estaban vinculados genéticamente a él; él hizo que les programaran patrones de comportamiento.

—Lo sé; fue una de las razones por las que el Tribunal Mundial cayó sobre él con tanta violencia.

—Ajá —Breyguhn suspiró, y los ojos le brillaron por un instante—. Sí; si hubiera conseguido acceder a un par de sus jueces o a los directores ejecutivos de alguna Corpo con ese tipo de poder... —sacudió la cabeza.

Sharrow suspiró.

—Así que está prohibido.

—Por supuesto. Prohibido —asintió Breyguhn—. Embargo total; no lo utilizan ni en caso de guerra. —Empezó a hablar más deprisa y las palabras caían las unas sobre las otras—. Pero así fue como el viejo halcón escondió la información —le brillaban los ojos—. Cuando se enteró de que esos buitres del Tribunal se cernían sobre él, ¡hizo que escondieran las cosas más valiosas donde solo sus descendientes pudieran encontrarlas! ¡Lo hizo! Lo sé; he visto los archivos de los laboratorios de la familia; ¡están aquí! —Se inclinó hacia delante en la enorme silla y apoyó los brazos en la superficie de la mesa. Bajó la voz hasta convertirla en un susurro.

—Los Hermanos se adueñaron de mucho de lo que construyó nuestro abuelo, Sharrow; como aves de rapiña, por instinto. No hacen nada con ello, no parece importarles el mundo exterior; solo lo recogen por recogerlo... pero lleva pudriéndose aquí cincuenta años, ¡y solo mis investigaciones han conseguido desenterrarlo!

Sharrow se inclinó hacia ella.

—¿El qué? —preguntó, intentando mantener la calma.

—¡El secreto! ¡Todos los secretos! Todas las cosas que encontró, todas las Antigüedades; las que recogió y las que simplemente había localizado, aunque todavía no había conseguido que se las llevaran. ¡Ubicaciones programadas en sus criados para que nosotras las reproduzcamos!

Sharrow se echó hacia atrás de nuevo.

—¿Estás segura?

—¡Segura!

—La cara cetrina y enloquecida de Breyguhn bajó casi hasta la superficie de la mesa. Convirtió las manos en puños y golpeó la superficie de la mesa para enfatizar sus palabras, haciendo que su cadena de hierro se sacudiera y tintineara—. La «línea femenina» puede acceder a estos secretos —siseó—. Es lo único que sé, y no sé si me incluye a mí; yo nací después de que lo derribaran, mientras esperaba el juicio, y probablemente no pudo pasarle las instrucciones a sus médicos, pero tú tienes que haber heredado los genes de acceso de tu madre... si no los revolvió toda esa radiación, o tu preciado SNV.

Sharrow hizo un gesto con la mano para descartarlo.

—No es problema; pero, ¿qué tengo que hacer?

Breyguhn pareció sentirse súbitamente recelosa; se sentó derecha y miró a su alrededor con rapidez.

—¿Me prometes que le devolverás el libro a los Hermanos cuando tengas lo que deseas de él?

—Sí.

—¿Me lo prometes de verdad? Le diré a Cenuij que me lo prometiste. Sharrow levantó una mano.

—Mira, te lo prometo.

Breyguhn se inclinó hacia delante y tocó la mesa de granito con la barbilla, con los ojos muy abiertos.

—¿Para el PU? —susurró—. Bencil Dornay.

—¿Qué? —dijo Sharrow, que casi no pudo oír el nombre—. ¿Tansil...?

—¡No! ¡Tansil no! Un hombre; Bencil; Bencil Dornay, de Vernasayal.

—De acuerdo —dijo Sharrow asintiendo con la cabeza—. Entonces, ¿tengo que preguntarle o qué?

Breyguhn soltó una risita y se puso la mano sin esposar sobre la boca en un gesto infantil bastante inquietante.

—No, Sharrow —dijo con una sonrisa boba—. No basta con preguntarle.

—Entonces, ¿qué?

—Tenéis que intercambiar fluidos corporales.

—¿Qué? —exclamó Sharrow mientras se echaba hacia atrás.

Breyguhn soltó otra risilla y miró a su alrededor nerviosa mientras lo hacía.

—Oh —Breyguhn agitó una mano y la sonrisa fue desapareciendo—. Bastará con un beso; aunque tendrás que morderle. O arañarle con saliva fresca bajo la uña. Cualquier cosa que le haga sangrar; que le infecte —reprimió otra risa—. Y creo que la idea es que, además, tengas que hacerlo en público. ¿No es delicioso?

Sharrow parecía desconfiar.

—¿Estás hablando en serio?

Breyguhn se encogió de hombros con los ojos muy abiertos.

—Del todo; pero, de todos modos, ¿qué tienes que perder, Sharrow? Antes te encantaba disfrutar de un poquito de voyeurismo duro con las clases bajas, ¿no?

—Joder, sí; o con sus mascotas.

—Bencil Dornay —siseó Breyguhn—. ¡No lo olvides!

—Lo juro. Por mi muy compartido honor.

—¡Sharrow! No tiene gracia. ¿Es que no ves lo que el mundo necesita? ¿No ves por lo que esta familia lleva generaciones luchando? ¿Lo que consiguió Gorko? ¿Lo que podría conseguir Geis si le permitieran hacerlo, si le dieran la oportunidad? —Sharrow cerró los ojos.

»¡Eres un bufón egoísta, Sharrow! ¡No lo ves! Eres como todos los demás; con la oreja pegada a la hierba, esperando que llegue la cosecha. ¿Cuánto tiempo tenemos que seguir así? Estos ciclos eternos; prosperidad y recesión, pobreza y frivolidad, mientras la mano de la muerte de las Corpsos y los Colegios, de las Iglesias y del Tribunal manejan los hilos; ¿para qué? ¡Estancamiento! ¡Sinsentido! —gritó Breyguhn—. ¡Nuestro destino está más allá! Necesitamos Antigüedades; como pancartas, como puntos de unión, como sobornos, si es necesario; ¡como armas, si es lo que son! ¡Romper el círculo! ¡Necesitamos soldados, no abogados! ¡Un hombre o una mujer fuerte con la voluntad necesaria, que no complazca al mínimo denominador común con interminables compromisos nimios!

—Breyguhn... —dijo Sharrow al abrir los ojos, sintiéndose muy cansada de

repente.

—¿Cuánto hace que podemos viajar por el espacio? —gritó Breyguhn mientras estrellaba los puños sobre la mesa; la cadena dio un latigazo sobre ella y arrancó lascas de granito. Breyguhn no pareció darse cuenta—. ¡Siete mil años! ¡Siete mil años! —rugió; se puso de pie, abrió los brazos de par en par y el eco de su voz cayó desde arriba. Sharrow oyó un timbre en alguna parte.

—¡Setenta siglos, Sharrow! Siete milenios de dar vueltas por este sistema miserable, arrastrándonos de roca en roca, perdiendo dos veces el don y, después de todo este tiempo, ¡la mitad de lo que una vez lográramos ya no es más que magia! — Las gotas de saliva que salían de los labios de Breyguhn creaban pequeños arcos en el aire; brillaban a la pálida luz amarillenta que caía sobre la ancha superficie de la gigantesca mesa—. ¡La evolución se ha detenido! ¡Los débiles y los tullidos se reproducen y diluyen la especie! ¡Nos arrastran a todos hacia el lodo! ¡Tenemos que liberarnos!

Sharrow captó movimiento a lo lejos, detrás de la otra mujer, y oyó un ruido rápido y metálico.

—Brey... —dijo haciendo un gesto tranquilizador con la mano, para que se sentase.

—¿Es que no lo ves? ¡Las nebulosas deberían ser nuestras, pero solo tenemos polvo! ¡Barrámoslos! —gritó Breyguhn—. ¡Se acerca el decamilenio! ¡Quememos la paja!

Sharrow se puso de pie cuando dos monjes fornidos y vestidos con hábitos blancos sucios aparecieron detrás de su hermanastra; el primero cogió el extremo de una de las cadenas de Breyguhn y, con un tirón experto, se la enrolló alrededor de la cabeza y de los brazos; tiró con fuerza y la retiró del gran asiento de madera (ella tenía los ojos cerrados, con una repentina expresión de felicidad en la cara pálida), mientras que el segundo monje le ponía una bolsa brillante sobre la cabeza; se oyó una especie de suspiro, la bolsa se infló y después cayó; la retiraron de la cabeza de Breyguhn justo cuando ella también caía, flácida e inerte, en los brazos del primer hermano. La metieron en un abrigo de fuerza con la forma de un saco de dormir estrecho y bien atado, y después la arrastraron por el suelo, entre el tintineo de las cadenas.

Toda la operación no había durado más de doce segundos, y la pareja de monjes no había mirado a Sharrow ni una vez. Ella los observó marcharse, entumecida. El trío desapareció en las sombras, y el ruido de sus cadenas se desvaneció hasta que solo pudo oír el débil gemido del viento en algún conducto de más arriba. Se estremeció, recogió la mochila y caminó de vuelta por la extensión vacía del oscuro salón.

El señor Jalistre sonreía alegre en la pantalla holográfica, en medio de la oscura

oficina del guardián de la puerta.

—Hmm; el Principios Universales a cambio de sus gastos razonables y de la libertad de su hermana...

—Hermanastra.

—Claro, claro —dijo el Señor, mientras se acariciaba despacio la gorda barbilla—. Bueno, le plantearé su propuesta a mis hermanos, lady Sharrow.

—Gracias —respondió ella.

—Por supuesto, debe comprender que no puedo asegurarle de ninguna forma que vayamos a aceptar su sugerencia... Normalmente no nos inclinamos por la financiación de contratos de Antigüedades, y con el mantenimiento de este magnífico aunque antiguo edificio no somos lo que se dice una orden rica, como estoy seguro de que podrá apreciar. Pero estoy convencido de que su propuesta será tratada con la seriedad correspondiente. Estaremos en contacto, sin duda.

—Quizá sea mejor que lo llame yo —le dijo Sharrow a la imagen holográfica.

—Como desee. ¿Me permite sugerir que nos dé unos cuantos días para considerar su propuesta?

—Llamaré dentro de tres o cuatro días. ¿Le parece bien?

—Eso sería perfecto, lady Sharrow. Solo siento que la premura de sus negocios impida que nos reunamos en persona.

—Puede que en otra ocasión.

—Por supuesto, por supuesto —asintió lentamente el Señor—. Hmm. Bueno, que pase un buen día, lady Sharrow. Le agradecería que le comunicara al hermano guardián que ya puede recuperar el uso de su oficina.

—Sin duda. Adiós.

Sharrow abrió la puerta; el pequeño guardián de la puerta estaba de pie, junto a la poterna de la puerta principal, con el ceño fruncido y el cañón manual cogido bocabajo en una mano mugrienta. La pantalla holográfica de la oficina se oscureció mientras ella descendía los escalones hasta donde se encontraba el pequeño monje. Le entregó la tira de plástico que le había dado antes.

—Recibo —dijo ella.

—Pistola —contestó el guardián—. Cógela y vete. El pequeño monje abrió la poterna e hizo un gesto hacia el mundo exterior; entró una ráfaga de lluvia y viento que le agitó el hábito—. Date prisa, mujer; ¡saca de aquí tu asqueroso cuerpo hendido!

Ella dio un paso hacia la puerta; después se detuvo y miró al pequeño monje.

—¿Sabes? —le dijo—. Tu actitud es bastante objetable para un recepcionista; le enviaré una nota muy seria a la Guía de Hoteles de Udeste.

—Métete tus comentarios de listilla donde solo las mujeres pueden, furcia.

—Y realmente no es necesario usar ese tipo de lenguaje.

—¡Fuera, menstruadora!

Ella se quedó en el umbral de la puerta. Sacudió la cabeza.

—No estoy menstruando —sonrió con deleite—. ¿Eres un castrado?

Los ojos del guardián de la puerta se abrieron como platos.

—¡No! —le gritó.

Ella levantó un pie y le dio una patada en la entrepierna a través del peso de la gruesa casaca negra; él se dobló en dos y cayó sobre las losetas del patio, entre resuellos, con la cadena armando ruido a su alrededor.

—No —dijo ella mientras atravesaba la pequeña puerta para salir al frío y a la lluvia—. Por alguna razón, ya me lo imaginaba.

Se alejó andando por la ancha curva gris de la carretera elevada; la lluvia le salpicaba la cara mientras el viento fétido le revolvía el pelo, y se dio cuenta con cierta sorpresa de que, después de casi ocho años de pacífica banalidad, acababa de golpear a dos hombres en menos de veinte horas.

La vida volvía a resultar interesante.

Calle Eco

Aproximadamente el diez por ciento de la superficie terrestre de Golter era estado autónomo; países, en el sentido aceptado del término. El resto era técnicamente Tierra Libre, en forma de ciudades estado, zonas dormitorio, complejos comerciales e industriales, colectivos agrícolas, dependencias eclesiásticas, franquicias bancarias, reservas familiares, estados familiares arrendados o con derechos de dominio absoluto, excavaciones de sociedades de anticuarios, dominios de embajadas de servicios diplomáticos por contrato, protectorados de grupos de presión, jardines benéficos, sanatorios sindicales, zonas de tiempo compartido, corredores de canales, vías y carreteras, y accesos protegidos; enclaves del Mundo Unido con docenas de creencias diferentes; terrenos de hospitales, colegios y facultades, condados privados y públicos de entrenamiento militar, y parcelas de terreno (normalmente ocupadas ilegalmente) que eran el centro de disputas legales de siglos de antigüedad, y que de hecho pertenecían a los tribunales correspondientes.

Los habitantes de estos muy diversos territorios debían su lealtad no solo a la autoridad o administración definida geográficamente, sino también a los gremios, órdenes, disciplinas científicas, grupos lingüísticos, corporaciones, clanes y demás organizaciones que los administraban.

Por lo tanto, mientras que el mapa físico de Golter constituía una representación relativamente simple de la variada aunque ordinaria geografía del planeta, los mapas políticos tendían a parecerse a algo encontrado entre los restos de la explosión de una fábrica de pintura.

De modo que, aunque Udeste era un área reconocida y la ciudad del mismo nombre era, a efectos prácticos, la capital de servicios de la provincia, no tenía por qué haber ningún vínculo ni de propiedad, ni administrativo, ni jurisdiccional entre la ciudad y el campo que la rodeaba. De forma similar, la provincia de Udeste no rendía tributo a ninguno de los cuerpos que representaban al continente de Caltasp Menor, ni siquiera a Entero, excepto por la Autoridad de Autopistas de Peaje Continentales.

La AAPC mantenía una red impresionante, aunque cara, de carreteras de peaje, que se extendía desde la Franquicia de Seguridad en el sur, hasta Ciudad Polo, en el norte. En su camino desde la Casa del Mar, Sharrow usó el dispositivo de pantalla del parabrisas del turbinador para comprobar los precios de las pujas por asientos en los estratos de la tarde desde Udeste Transcontinental hasta Capitaller, a seis mil kilómetros al nordeste, y decidió quedarse con el coche de alquiler.

Maldijo con ganas una disputa legal de atroz complejidad que había dejado en

tierra durante un mes todo el tráfico aéreo del sur de Caltasp, a la AAPC por haber ganado la batalla contra los ferrocarriles hacía ya dos milenios, a los jueguistas en general y a los abogados que se dirigían a conferencias en particular. Después tomó la Ruta Cinco que salía de Ciudad Udeste.

La autopista de peaje rodeó el borde de la meseta de Seproh durante mil ochocientos kilómetros; los carriles aumentaban de número conforme los trenes de carretera, los autobuses y los coches privados entraban en ella desde las ciudades del litoral oriental de Caltasp, y los arrecifes de muro de cortina del norte fueron disminuyendo en altura desde los nueve kilómetros a los dos.

Dejó el coche en automático y usó su terminal para meterse en las bases de datos de todo el sistema, ponerse al día de las noticias y buscar todo lo posible sobre la fortuna de los huhsz y la ubicación de los vestigios del legado de Gorko. Dormitó durante una hora con música tranquila de fondo y vio la pantalla un rato.

Se encontró con un descansomóvil; subió por la rampa para entrar en el ruidoso aparcamiento del aerodeslizador y dejó el coche para que le llenaran el depósito mientras estiraba las piernas. Se quedó de pie en un pasaje cerrado de cristal de la parte superior del aerodeslizador y observó cómo dejaban lentamente atrás el lejano paisaje y cómo los adelantaba el tráfico en dirección norte; los trenes de carretera iban despacio, pero los vehículos privados iban tan rápido que parecía como si el alto aerodeslizador no se moviera.

De vuelta a la carretera, cambiaba el automóvil a manual de vez en cuando; se hacía cargo de los controles y aceleraba el motor al máximo, mientras el coche rugía y las sombras de las nubes que cubrían la carretera volaban bajo las ruedas del turbinador.

Ya era media tarde cuando la autopista de peaje se agrupó para introducirse en el Túnel de Seproh. Durante el viaje de dos horas hubo tanta luz como al mediodía; cuando la carretera salió a la selva tropical de Waist, ya era de noche. Le hizo señales a otro descansomóvil para reservar un camarote y alcanzó al aerodeslizador una hora más tarde. Hizo maniobras con el coche para acercarse a él a través del cañón formado por dos de los trenes de carretera a los que remolcaba.

Demasiado cansada para aceptar las atenciones de un conductor de tren de carretera bastante guapo al que había conocido en el bar, durmió de un tirón y sola en un pequeño camarote exterior, envuelta en un leve zumbido.

Observó el paso del desierto mientras desayunaba. Nubes lineales desaparecían en la distancia azul por encima de la ruta de la autopista, como tramos de un rastro de vapor.

Más allá del desierto y de la Sierra de Callis apareció la maleza, después las granjas de regadío; al llegar a la Gran Bahía la tierra volvió a recuperar su exuberancia. Al final de la tarde llegó a las coloridas y golpeadas señales de tráfico

que le daban la bienvenida a Regioner.

Regioner (como su capital, Capitaller) le debía su increíblemente prosaico nombre a una disputa interlingüística bastante sangrienta que había tenido lugar hacía tanto tiempo que un idioma había cambiado hasta resultar irreconocible y el otro había muerto por completo, salvo en las bases de datos de los departamentos lingüísticos universitarios.

Dejó la autopista de peaje en el crepúsculo y tomó una carretera de dos vías más recta que un láser, por la que atravesó praderas listas para la segunda cosecha; voló a través de la cálida oscuridad de los cultivos maduros con la radio bien alta, cantando a voces mientras las estribaciones de la Sierra Litoral se elevaban sobre la llanura de más adelante.

Tras una hora de subir por colinas con carreteras retorcidas como tripas y de atravesar túneles oscuros y puentes estrechos, tras dejar atrás huertos y rodear numerosos pueblos y asentamientos más pequeños, llegó a un anodino pueblecito de bonitas casas encaladas, que se encontraba a un par de valles de Capitaller.

Zefla Franck, a la que Miz Gattse Kuma describiera en una ocasión como casi dos metros de pura voluptuosidad con cerebro, paseaba desde la parada del autobús por el camino que conducía entre las casas bajas pintadas de blanco cercanas a la cumbre de la colina; tenía un cabello largo y dorado, que le caía suelto hasta la cintura de un ajustado vestido, y llevaba los zapatos colgados del hombro. Tenía la cabeza un poco echada hacia atrás, con el largo cuello curvado.

La noche era cálida. La suave brisa que se alzaba desde los huertos del valle olía a dulce.

Silbó y observó el cielo reluciente, donde Doncella (la segunda luna de Golter), brillaba generosa, con una luz gris azulada; un gran barco de piedra y plata escoltado y rodeado de un banco de luces parpadeantes; hábitats y fábricas, satélites y espejos, y naves que partían y llegaban.

Las naves eran puntos rápidos y afilados, que a veces dejaban estelas; los satélites y hábitats cercanos a la órbita se movían con suavidad, algunos moderadamente rápido, otros muy lentos, y daban la impresión de ser motas de luz fijas en un conjunto concéntrico de claras esferas giratorias; los grandes espejos y la mayoría de las unidades orbitales lejanas, tanto industriales como pobladas, colgaban quietos del cielo, luces fijas sobre la oscuridad.

Zefla pensaba que era algo realmente bello, y que la luz proyectada por todos los satélites, tanto naturales como humanos, parecía suave, seductora e, incluso (a pesar de su palidez helada, azul polar), cálida. La luz de la luna y la luz de la chatarra. La luz de chatarra. Un nombre duro y vil para algo tan bonito, y ni siquiera era un término preciso. Ni un solo trozo de chatarra era lo bastante grande como para verlo desde la superficie y, de todos modos, ya no quedaba mucha chatarra real; la habían

recogido, barrido, capturado, bajado y soltado para quemarla.

Observó un satélite titilante que se movía con una majestuosidad perfecta y firme a través de la bóveda. Siguió su avance sobre ella, hasta que se desvaneció detrás de los aleros de una casa en el lado oeste del camino, donde unas suaves luces brillaban detrás de tonos pastel y se oía una música tranquila. Reconoció la melodía y la silbó mientras subía algunos escalones para llegar a un nivel más alto del camino. Mantuvo la cabeza baja para evitar tropezar.

De repente, le entró hipo.

—¡Mierda! —exclamó. Quizá fuera por mirar abajo.

Volvió a mirar al cielo y volvió a hipar.

—¡Mierda, mierda, mierda!

Encontró otro lento satélite y decidió olvidarse del estúpido hipo y concentrar se en seguir la pequeña luz por el cielo. Otro hipo. —¡Mierda! Ya estaba casi en casa y odiaba entrar en casa con hipo; Dloan siempre se reía de ella. Otro hipo. Gruñó y centró toda su atención en el satélite. Se dio en la barbilla con algo duro.

—¡Ay! ¡Joder!

Zefla empezó a dar saltitos a la pata coja, agarrándose la barbilla.

—¡Ay, ay, ay! —Miró con furia a la cosa con la que se había chocado; la luz de la luna, la luz de la chatarra y el cálido resplandor de las hojas de la maleza luminosa junto a la puerta de su casa revelaron un enorme coche pálido que ocupaba casi por completo el estrecho camino de la casa. Zefla miró con rabia el morro cubierto de insectos muertos del auto y murmuró.

Los zapatos que llevaba al hombro aterrizaron sobre los adoquines; saltó sobre los zapatos, perdió el equilibrio y cayó con un aullido entre los arbustos luminosos.

Estaba tirada sobre las matas, apoyada en las crujientes ramas y rodeada de hojas que emitían un suave brillo. Los insectos, inquietos, zumbaban alrededor de su cabeza y le picaban en las piernas y antebrazos desnudos.

—Ay, coño —suspiró Zefla, mientras la puerta se abría y su hermano se asomaba al exterior. Otra cabeza apareció tras la puerta, mirando a uno y otro lado; la mirada pasó por su lado, después se alejó, y después volvió a acercarse.

—¿Zef? —preguntó una voz femenina.

—Por las caries del demonio —gruñó Zefla—. Tenía que haberlo sabido. Supongo que es tu coche, ¿no?

—Me alegro de verte, Zefla —respondió Sharrow con una sonrisa, mientras Dloan Franck salía del portal y le ofrecía una mano a su hermana. Zefla la cogió y se levantó, casi sin tambalearse delante de Sharrow, que tenía los brazos cruzados y le sonreía burlona.

Zefla dejó que Dloan le sacudiera el polvo y le quitara algunas hojas luminosas del enredado cabello rubio.

—Bonito coche —le dijo a Sharrow; Dloan seguía con su faena y chasqueó la lengua con desaprobación mientras le sacaba una ramita de la manga del vestido.

Zefla se apoyó en su hermano, a la pata coja, y se acarició la barbilla magullada—. Creía que tenían radares anticolidión.

—Está apagado —dijo Sharrow mientras se agachaba para recoger los zapatos de Zefla de los adoquines.

Zefla suspiró.

—El mío también.

Sharrow le ofreció los zapatos, pero ella los apartó a un lado con suavidad y cogió a la otra mujer entre sus brazos.

—Siento lo de tu pierna —le dijo Sharrow a Zefla, abrazándola a su vez.

—No importa; me ha curado el... ¡hip!... ay, mierda...

Tras ducharse, secarse, empolvase y perfumarse, Zefla Franck estaba espléndidamente tumbada en un relajante; la piel marrón rojizo de la mujer relucía en aquellos lugares que no cubría la toalla; otra toalla le sujetaba el pelo, amontonado sobre la cabeza. Bebía un reconstituyente en un vaso largo y miraba el valle iluminado por la luz de la chatarra y las luces de los pueblos y casas distantes; el cristal del viejo jardín de invierno reflejaba su imagen y las de Sharrow y Dloan.

Sharrow estaba de pie junto a la pared de cristal, con una bebida en la mano, mirando afuera.

Dloan estaba sentado en una hamaca, con las manos hundidas en el pelo del cuello de un sarflet para acariciarle la piel parda, mientras que el animal permanecía allí sentado con una expresión de profundo placer en su ancha cara de hocico negro.

Zefla sacudió la cabeza.

—No lo creo, Shar; podrían intentar destrozar a Geis con los pasaportes, pero consumiría mucho tiempo; tu primito tiene tantos abogados como otra gente tiene pecas, y puede permitirse contratar a verdaderos genios; magos legales de primer grado con mentes como cuchillos afilados. Si metes a algunos de estos chicos en la refriega pueden tener a los huhsz atascados durante décadas; enredarlos tanto que no podrían ir a mear sin pedir una orden judicial... —Zefla hipó—. ¡Maldita sea! —tragó saliva—. Lo siento; más zumo para despejarme. —Volvió a darle un buen trago al vaso alto.

—... Mierda —continuó—, aunque logaran un descubrimiento evidente, Geis podría mantenerse por delante de ellos con solo generar nuevas compañías; hacer que menearan sus asquerosos culitos al ritmo de un Laberinto Sin Retorno de lagunas fiscales, cambiando responsabilidades, usando apoderados anónimos, propiedades interpuestas... Les llevaría meses averiguar lo que tiene realmente, por no hablar de lo que podría crear si quisiera montar una cortina de humo. Lo que hay que recordar es que solo tienen un año; con esa limitación tan sólida, ni siquiera la imagen pública de Geis sufriría más que un... ¡hip! mierda... ápice cuando los accionistas se dieran cuenta de que no es más que una acción sin importancia que se evaporará como un

pedo en un huracán cuando se detenga el reloj. —Zefla dio otro trago y después añadió—. ¿Por qué sonrías?

Sharrow se había dado la vuelta mientras Zefla hablaba y estaba frente a ella.

—Te he echado de menos, Zef.

—Muchas gracias —dijo Zefla mientras extendía una pierna para observar el moratón—. Me gustaría poder decir lo mismo de tu coche.

Sharrow bajó la vista y pasó un dedo por el borde del vaso.

—Entonces, ¿me estás diciendo que debería dirigirme a Geis?

—Joder, no; solo digo que, si alguna vez tienes que hacerlo (sobre todo como último recurso después de que hayas mareado a los huhsz durante unos cuantos meses, sin estar más cerca de la Pistola), no tendrás que preocuparte por hacerle daño, legalmente hablando.

—Aún así —dijo Sharrow mirando la bebida con el ceño fruncido—. Pero justo por eso... quizá debería aceptar su oferta ahora.

—¿Es lo que... hip... quieres? —le preguntó Zefla alzando las cejas.

—No —admitió Sharrow tras mirarla.

—Entonces —dijo una voz profunda, sorda y razonable desde el otro lado del jardín de invierno— no lo hagas.

Sharrow miró a Dloan. Era todavía más alto que Zefla y mucho más ancho. También era rubio, y llevaba un preciso corte de pelo a cepillo que se fundía suavemente en una barba rubia igual de cuidada; vestía un chándal arrugado e irradiaba buena forma física. Seguía haciéndole cosquillas al sarflet; levantó la vista para mirar a Sharrow un instante con una sonrisa tímida y después volvió a bajarla.

—Y no olvidemos que la ley es solo una de las opciones que tienen los huhsz para lograr su objetivo —le dijo Zefla a Sharrow—. Supongo que lo que de verdad debería preocuparle a Geis si te protegiera no sería una maniobra legal, sino la simple traición. Un solo empleado descontento, un espía, un converso huhsz en el sitio adecuado, y ninguna ley del sistema serviría para nada; te cogerían y destruirían a Geis.

Sharrow asintió.

—De acuerdo, pero la alternativa es volver a empezar de nuevo y pedirnos a vosotros que vengáis conmigo.

—Shar, chica —dijo Zefla—. Nunca quisimos dejarlo.

—Pero creo que estoy siendo egoísta; sobre todo si tengo la opción de volver corriendo con Geis para solucionarlo todo. Zefla suspiró exasperada.

—Geis es un coñazo, Sharrow; ese tipo tiene una fachada encantadora pero, básicamente, es un marginado social cuyo verdadera misión en la vida sería asaltar pensionistas, timar a incautos y maltratar novias; y si tuviera tres nombres más y lo hubieran criado en una colonia de El Meg en vez de en una guardería de la casa Tzant, eso sería lo que estaría haciendo ahora. Como no puede, se esconde en el equivalente legal de los callejones oscuros y salta sobre las compañías para

desnudarlas y joder a sus empleados. No tiene ni idea de cómo trabaja la gente real, así que se dedica a jugar en el mercado; es un niño rico que piensa que los bancos, los tribunales y las Corps son su juego de construcción, y no quiere que nadie más juegue con él. Te quiere como a una compañía sexy, como una chuchería, como una cabellera, algo de lo que presumir. Nunca te endeudes con alguien así, se meará en ti y después te cobrará cuota de irrigación. Si te arrastras bajo las faldas de ese cerdo, no volveré a hablarte jamás.

Sharrow sonrió y se sentó en una sillita junto a la pared de cristal. —Entonces, ¿volvemos a la carretera? Zefla bebió y asintió.

—Solo tienes que mostrarnos la rampa de salida, chica.

—¿Estás segura?

Zefla fingió una expresión dolida.

—Shar, llevo cinco años enseñando derecho en Capitaller; ya he dicho todo lo que tenía que decir y sigo escuchando las mismas preguntas de siempre; de vez en cuando aparece un estudiante listo, pero cada vez me resulta más duro esperar en las épocas de barbecho intermedias; para mí, un día emocionante es que un estudiante buenorro se esfuerce por complacerme, o que uno de los profesores se deje barba. Se me está atrofiando el cerebro. Necesito algo de acción.

Sharrow miró a Dloan, que estaba reclinado en la hamaca meciéndose un poquito y sorbía su bebida, mientras el sarflet dormitaba a sus pies.

—¿Dloan? —le preguntó.

Dloan se quedó allí sentado un rato, mirándola. Al final respiró hondo y dijo:

—Hace unos días estaba viendo la pantalla —se aclaró la garganta—. Una serie de aventuras. Los malos estaban disparando proyectiles bipropulsantes de alto explosivo con unas FA300, con silenciador.

Se calló.

Sharrow miró a Zefla, que puso los ojos en blanco.

—Me tienes en ascuas, Dloan —dijo Sharrow.

Dloan miró al animal que estaba a sus pies.

—Bueno, está claro que no tiene sentido usar un silenciador cuando disparas bipropulsantes; la etapa de cohete hace... mucho ruido.

—Ah, sí —dijo Sharrow—. Claro.

—Vamos, Dlo —añadió Zefla—. Esas cosas siempre te han molestado. ¿Y qué?

—Sí —respondió Dloan—. Pero no me di cuenta hasta el tercer acto.

Se mordió los labios y sacudió la cabeza.

Zefla y Sharrow intercambiaron miradas. Dloan bajó la mano para acariciar al sarflet dormido.

—Creo —dijo Zefla— que lo que quiere decir es que se está oxi-¡hip!-dando una barbaridad, y que ya es hora de ver algo de acción antes de que se le olvide cuál es el extremo de la pistola que tiene que apoyarse en el hombro.

Sharrow volvió a mirar a Dloan, que se quedó allí sentado, tan rubio como

siempre, asintiendo con aire sabio.

—Vale —dijo Sharrow.

Zefla volvió a beber.

—Bueno; a por la Pistola a través del libro. ¿Crees que los huhsz realmente cancelarán la caza si les das la Pistola Vaga?

—Así está escrito —respondió Sharrow con énfasis sarcástico.

—Y la pista de Breyguhn, sea lo que sea, ¿funcionará?

—Suena medio posible —respondió Sharrow encogiéndose de hombros—. Por ahora es lo mejor que tengo.

—El Principios Universales —suspiró Zefla. Parecía pensativa—. Se supone que está en algún punto del centro del sistema, si es que se le puede dar algún crédito a los rumores de un milenio de antigüedad. ¿Es una excusa para poner tierra de por medio entre tú y los huhsz?

Sharrow sacudió la cabeza.

—Como he dicho, tengo una pista. —Miró a Dloan, que seguía acariciando al sarflet—. Ya os contaré los detalles sangrientos —le dijo a Zefla.

—Estoy impaciente —dijo Zefla moviendo las cejas rubio oscuro y flexionando los perfectos dedos de los pies. Sharrow levantó el vaso.

—Por el equipo —brindó Sharrow. Zefla levantó su vaso.

—Brindo por eso. Dloan hizo lo mismo.

—Por el equipo. Zefla frunció el ceño y miró el vaso, como si contuviera algo asqueroso.

—Esto se merece algo más fuerte —dijo—. Y, de todos modos, me estoy poniendo demasiado sobria. —Dejó el vaso bajo su asiento, palpó alrededor y sacó un tubo de inhalación con una expresión de expectación victoriosa en la cara—. ¡Pongámonos algo que nos abra la mente!

Se quedó de pie en el portal y miró la noche, temblorosa. Estaba lloviendo, y el viento corría por la calle en penumbra llenando el aire de trozos de papel, como si se tratara de una bandada de pájaros heridos agitando levemente las alas. El agua de las alcantarillas estaba espesa y negra, y olía a rancio; la vertían desde alguna de las minas de basura de la parte superior de la colina.

Tenía una estatura media e iba vestida con ropa barata, pero chillona; tacones altos, una microfalda y un top que le marcaba la figura. Estaba agarrada a un bolsito negro brillante de piel falsa y llevaba un pequeño casquete en la cabeza, con un velo negro de encaje que, incluso con el maquillaje, no podía esconder del todo la masa de tejido cicatrizado y retorcido que le cubría el lado izquierdo de la cara. Se tapaba con un parasol de plástico transparente, pero algunas de las varillas estaban rotas, y el viento seguía soplando y rociándole la cara de lluvia de vez en cuando. Olía como si alguien hubiera usado el portal como urinario aquella misma noche.

La calle estaba bastante tranquila para ser la hora que era. De vez en cuando pasaba un coche con ventanas de espejo. Algunas personas chapoteaban por la acera, abrazadas a sus capas o paraguas. Había pocos clientes. Los que había ya la conocían; siempre se podía distinguir a los nuevos, porque pasaban por el portal en el que estaba ella, reaccionaban (o se quedaban mirando) y después se acercaban observándola de arriba abajo y sonriendo con aquella expresión de felicidad que decía «¡esta es mi noche de suerte!».

Pero cuando miraban bajo el velo retrocedían avergonzados y se disculpaban, como si el incidente hubiera sido culpa suya... Pero solo habían venido dos nuevos aquella noche.

El viento sacudía los escuálidos cables colgados entre las casas bajas, producía un sonido sibilante y hacía que las tenues farolas amarillas se balancearan y parpadearan.

Un tranvía traqueteó por la calle, su delgado trole arañaba los cables que pendían sobre él y hacía que saltaran chispas azules. Dos chicos se habían colado en el guardabarros trasero; tenían que quedarse callados para que el conductor no los oyera, pero cuando las chispas azules revelaban a una chica de pie en un portal o en un callejón con un cliente, la señalaban y movían la entrepierna.

Ella esperaba que el tranvía no soltara chispas al pasar por su lado, pero lo hizo. Se estremeció al ver la dura explosión de luz y oír el chisporroteo. Esperó a que los chicos le hicieran algún gesto obsceno, pero estaban mirando a alguien de pie en el callejón frente al suyo. La línea eléctrica del tranvía volvió a brillar y pudo echarle otro vistazo a la figura del callejón opuesto. Alguien con un abrigo largo y oscuro. Durante un momento le pareció que la observaba. Empezó a latirle con más fuerza el corazón; ¡no, la policía no! ¡Esta noche no!

Entonces la figura (altura media, la cara escondida por un sombrero y una máscara con filtro) dejó el callejón y caminó por la acera del otro lado de la calle, con un paso algo extraño y rígido, como alguien que intentara disimular un cojeo.

Entonces, dos policías uniformados pasaron por su portal, con las largas capas chorreando. Ella retrocedió, pero no estaban de ronda aquella noche. Probablemente pretendían llegar a la comisaría del distrito y esconderse en la cantina. Se volvió a relajar.

De repente, tenía a la figura delante.

Ella contuvo la respiración.

—Hola —dijo el hombre mientras se quitaba la máscara.

Ella se relajó. No era la persona del otro lado de la calle; era un cliente habitual, el que había estado deseando que apareciera. Llevaba una capa corta y pálida, y un sombrero ancho. Era un hombre más bien bajo y delgado, con piel de aspecto embarrado, y unos ojos profundamente azules que era imposible mirar durante demasiado tiempo.

—Oh —dijo ella; sonrió. Tenía los dientes un poco prominentes, algo tocados ya por las caries—. Hola, encanto.

—Encanto... —dijo él con sorna. Se quedó de pie en el portal con ella y metió suavemente una mano bajo el velo de encaje para acariciar la rugosa superficie de la vieja quemadura de la radiación. Los dedos eran delicados y esbeltos. Ella intentó no dar un respingo—. Hueles distinta esta noche —le dijo él. La voz era como los ojos; penetrante y exigente.

—Nuevo perfume. ¿Te gusta?

—Servirá —respondió él. Retiró la mano de su cara destrozada y suspiró—. ¿Nos vamos?

—Vale.

Dejaron el portal y caminaron juntos por la calle, sin tocarse; ella tenía que andar rápido, haciendo equilibrios sobre los tacones para poder seguirle el paso. Un par de veces, tras mirar su reflejo en los escaparates, le pareció que la figura que había visto antes en el callejón los seguía con aquel paso extraño y rígido.

—Aquí —dijo él tras entrar en un callejón estrecho. Estaba oscuro, y ella casi tropezó con la basura que habían dejado en los ladrillos oscuros e irregulares del suelo.

—Pero cielo —dijo ella mientras lo seguía por el callejón y se preguntaba lo que estaría pasando—. Este no es tu...

—Cállate —le dijo él. Comenzó a subir un tramo de escalones desvencijados de madera. Ella miró atrás y vio cómo la figura de piernas rígidas entraba en el callejón tras ellos. Su silueta quedó recortada sobre la calle ligeramente más iluminada que acababan de dejar, pero después desapareció entre las sombras—. ¡Date prisa! —le siseó su cliente desde lo alto de los escalones. Ella miró hacia la oscuridad en la que se había desvanecido la figura y después corrió escaleras arriba todo lo que le permitieron sus tacones.

Había un ancho andamio de madera en lo alto de los escalones, salpicado de pequeñas leñeras y escaleras; se extendía a lo largo de la pared de la húmeda casa inclinada. Ella no podía ver a su cliente, pero entonces una mano salió de las sombras y la empujó hacia el refugio de un pequeño cobertizo. Le cubrió la boca, y ella dejó que él la atrajera hacia sí; notaba su cálida respiración en la nuca. Algo brillaba en la otra mano y señalaba hacia el suelo del andamio de madera. Ella abrió mucho los ojos y notó que se le aceleraba el corazón. Apretó el bolsito contra su pecho, como si pensara que aquello pudiera protegerla.

Ella oyó un crujido, después pasos lentos. La mano que le cubría la boca se la tapó con más fuerza.

La figura del abrigo largo y oscuro apareció, todavía cojeando un poco; después se detuvo justo frente a ellos. La figura metió la mano en el abrigo y sacó, de lo que parecía ser una pistolera en la pierna, una pistola muy larga con un visor delgado sobre el cañón. El hombre que la sostenía se tensó.

Ella notó un crujido por encima y por detrás. La figura se giró hacia ellos y los apuntó con la pistola. El hombre que tenía detrás de ella gritó algo; disparó la pistola,

y una explosión de luz y sonido iluminó todos los rincones mugrientos del callejón y recorrió toda su extensión con un enorme bramido. La figura del rifle cayó de espaldas y se dobló en dos; la gran pistola larga rugió suavemente y algo pasó volando por encima de ella mientras la figura atravesaba la barandilla al borde del andamio de madera y caía en llamas sobre las piedras del callejón.

Ella levantó la mirada; sobre el andamio de madera había una pequeña red colgada de un trozo de canaleta rota. La red se balanceaba con el viento, y chisporroteaba y brillaba con una extraña luz verde.

El hombre siguió su mirada.

—Por la sangre del profeta, solo era una red aturdidora —susurró. Ella se tambaleó hasta llegar a la barandilla rota y miró abajo; la figura estaba casi partida por la mitad y ardía entre las cajas y la basura, contra el muro de la casa de enfrente. Un olor a carne quemada subía desde el cuerpo; se sintió mareada.

El hombre la cogió de la mano.

—¡Vamos! —dijo. Corrieron.

—Que dios me ayude, casi me ha gustado —dijo él mientras se tambaleaba por la entrada de servicio del tranquilo bloque de apartamentos. Sacó la llave, después se detuvo, con la respiración entrecortada, y la miró—. Espero que todavía estés interesada.

—Nunca le digas que no a un hombre con una pistola —dijo ella intentando apartarse de la brillante luz que iluminaba las cestas de la lavandería.

Él sonrió y se quitó la capa corta con una floritura.

—Cojamos el montacargas.

Ella se arregló el maquillaje en el montacargas, de cara a la esquina, echando breves vistazos al pequeño espejo, pero con el velo bajado y una mano metida bajo él. Captó un reflejo de la cara del hombre; parecía divertirse.

Entraron en su piso. Era sorprendentemente lujoso, iluminado con paneles de pared tenues pero caros, lleno de antiguas obras de arte y equipos de aspecto elegante. La alfombra de la habitación principal (diseñada para parecerse a uno de los primeros chips electrónicos) tenía un pelo largo, profundo y exuberante. Encendió un cigarrillo recortado y se sentó en un gran sofá.

—Desnúdate —le dijo a la chica.

Ella se quedó de pie delante de él y, todavía sujetando con fuerza el bolsito, se apartó el velo lentamente y lo dejó caer al suelo. La quemadura de radiación parecía lívida y en carne viva, incluso bajo el maquillaje. El hombre del sofá tragó saliva y respiró hondo. Chupó el cigarrillo y después se lo dejó en la boca para cruzar los

brazos.

Ella cogió el casquete y se lo quitó también. El pelo, que había llevado recogido bajo el sombrero, cayó derramándosele por la espalda.

Él pareció sorprendido.

—¿Cuándo...? —comenzó, con el ceño fruncido.

Ella lo calló con un gesto de la palma de la mano y sacudió la cabeza, después se llevó esa misma mano a una mejilla. Cogió el borde superior de la cicatriz de radiación y tiró lentamente de ella hasta arrancarla por completo de la cara con un pegajoso ruido de ventosa.

El hombre abrió los ojos como platos y dejó caer la mandíbula. El cigarrillo se le resbaló de los labios y cayó sobre la camisa.

Ella soltó el bolso negro que llevaba en la otra mano, que ahora sostenía una pequeña pistola regordeta sin abertura para el cañón. Escupió los dientes falsos; botaron sobre la alfombra de circuito impreso.

—Hola, Cenuij —dijo ella.

—¡Sha...! —tuvo tiempo de jadear él antes de que la pistola zumbara, se le cerraran los ojos, se quedara flácido y se resbalara del sofá para caer en el suelo.

Ella olisqueó el aire y se preguntó qué se estaría quemando, después dio dos pasos rápidos hacia él y le quitó el cigarrillo del agujero de la camisa antes de que le quemara más vello del pecho.

Se despertó al oír la lluvia caer; estaba tirado sobre el asiento trasero de un alto todoterreno y fuera era de noche. Sharrow estaba sentada en el asiento de enfrente. Le cosquilleaba todo el cuerpo, tenía la cabeza dolorida y no le pareció buena idea intentar hablar; miró a su alrededor como drogado.

A través del cristal manchado por la lluvia, a la derecha, pudo ver una gigantesca mina a cielo abierto iluminada por puntos de luz. La mina se había comido la mitad de una enorme colina cónica y seguía limpiando la otra mitad. Al mirar con más atención, distinguió una variopinta colección de camiones, dragalinas y filas de personas con palas, todas trabajando la inclinada superficie gris de la colina seccionada e iluminada con proyectores. Al menos no tenía problemas para enfocar la vista.

—¿Cenuij? —le dijo ella. Él la miró. Decidió intentar hablar.

—¿Qué? —respondió. Parecía que la boca le funcionaba bien. Buena señal.

Flexionó los músculos de la cara, que todavía le hormigueaban. Sharrow frunció el ceño.

—¿Estás bien?

—Me fríe las sinapsis con un neuroaturdidor con la garantía vencida desde los tiempos del Skytube, y después me pregunta si estoy bien —respondió él; intentó reírse, pero solo consiguió toser.

Sharrow vertió algo marrón y fragante de un termo en una taza; él la cogió y olió a alcohol; le dio un sorbo, y después se lo tragó de un golpe y se relamió. Casi lo

vomitó de inmediato, pero consiguió retenerlo y sintió cómo aquello lo calentaba.

—Una vez me dijiste —le dijo ella— que si alguna vez te tenían que dejar inconsciente, te gustaría que te lo hicieran así, con una cosa de estas.

—Lo recuerdo —respondió él—. Fue la mañana después de que Miz casi chocara contra aquel destructor fiscal. Estábamos en una taberna de Malishu y tú te quejabas de la resaca; llevabas un vestido de escote redondo y Miz te había dejado una hilera de chupetones que conducían hasta tu teta izquierda, como si fueran huellas. Pero no creo que tuvieras que tratar una observación inocente como una petición expresa.

—Como puedes ver —sonrió Sharrow— el aturdidor ha puesto patas arriba tu perfecta memoria.

—Solo lo estaba comprobando —dijo Cenuij. Se estiró. No parecía estar atado de ninguna forma y Sharrow no llevaba la pistola aturdidora.

—De todos modos —añadió ella—. Lo siento.

—Por supuesto. Puedo ver cómo el arrepentimiento te rezuma por los poros. Ella señaló la mina abierta con un gesto de cabeza.

—¿Sabes dónde estamos?

—Mina Siete; un poco al oeste de la carretera del perímetro de la ciudad. —Se masajeó los músculos de las piernas; todavía sentía hormigueo y debilidad.

—Estamos justo en los límites de la ciudad —dijo Sharrow. Asintió—. Si salgo por esa puerta, estoy fuera de la jurisdicción; si sales por tu lado, vuelves a Ciudad Labio.

—¿Qué intentas hacer, Sharrow? ¿Impresionarme con tu gran sentido de la orientación?

—Te estoy dando la oportunidad de elegir; te estoy pidiendo que vengas conmigo... pero si no lo haces, te dejaré ir.

—¿Primero me secuestras y después me preguntas? —Cenuij sacudió la cabeza—. La jubilación te ha confundido las neuronas.

—¡Joder, Cenuij! No quería secuestrarte; solo quería llegar hasta ti. Pero ese entusiasta con la red aturdidora me sobresaltó. Teníamos que salir de allí lo antes posible.

—Bueno, felicidades —respondió él—. Un plan fenomenal.

—Vale —dijo ella alzando la voz—. ¿Qué querías que hiciera? —Consiguió controlar de nuevo el tono de voz—. ¿Me hubieras escuchado? Si hubiera intentado ponerte en contacto contigo, ¿me habrías dado el tiempo suficiente para decir algo?

—No; hubiera colgado al momento de saber que eras tú.

—¿Y si hubiera escrito?

—Igual. Hubiera apagado la pantalla, o roto la carta en pedazos, según correspondiera —asintió con rapidez—. Y si te hubieras acercado a mí en la calle, me habría alejado; habría corrido; habría cogido un taxi; habría saltado a un tranvía; le habría dicho a un policía quién eras; cualquier cosa. De hecho, todas las cosas que pretendo hacer ahora mismo o, al menos, cuando sienta que mis piernas vuelven a

funcionar.

—Entonces, ¿qué se supone que debía hacer, cabrón insufrible? —le gritó Sharrow inclinada sobre él.

—¡Dejarme en paz de una puta vez! ¡Eso es lo que deberías hacer! —le rugió él en la cara.

Se miraron con odio, nariz contra nariz. Después ella volvió a sentarse en el asiento y miró la oscuridad al otro lado del coche. Él también se enderezó.

—Tengo a los huhsz detrás —dijo en voz baja, sin mirarlo—. O los tendré dentro de muy poco. Con un Pasaporte de Caza. Una orden de ejecución legal...

—Sé lo que es un Pasaporte de Caza —le cortó él.

—Puede que intenten usarte para llegar hasta mí, Cenuij.

—Sharrow; ¿es que no puede entrarte en esos cuidadosamente despeinados rizos negros que no quiero tener nada que ver contigo? No te consentiré ningún intento patético por volver a reunirnos a todos, para que seamos colegas y finjamos que no ha pasado nada, si es eso lo que tienes en mente. Pero también te aseguro que no tengo ningún interés en ayudar a los huhsz a averiguar tu próximo paso; eso sería casi tan malo como estar contigo de verdad.

Sharrow parecía estar intentando mantener el control pero, de repente, volvió a echarse hacia delante.

—¿Nada que ver conmigo? Entonces, ¿por qué te estás tirando a la única puta de toda Ciudad Labio que podría ser mi clon?

—No me la estoy tirando —respondió Cenuij, con aspecto de estar realmente sorprendido—. ¡Solo me divierte humillarla! —se rio—. Y, de todos modos, ella es bastante más guapa que tú —sonrió—. Aparte de esa desafortunada quemadura de radiación que se hizo hace ocho años. Pobre chica, me pregunto cómo pasaría...

—Cenuij...

—¿Y dónde está? ¿La chica de verdad? ¿Qué has hecho con ella?

Sharrow agitó una mano.

—Teel está bien; está colocada en Zonk, viendo la pantalla desde el jacuzzi de una suite. Está pasando una noche estupenda.

—Más te vale que sea cierto —dijo Cenuij.

—¡Oh! Disfrutas humillándola, pero estás todo preocupado por su bienestar —lo miró con burla—. Sé coherente, Cenuij.

Él sonrió.

—Lo soy. Pero tú no lo entenderías.

—¿Y qué tipo de diversión enfermiza te produce humillarla?

Cenuij se encogió de hombros, lánguido.

—Llámalo venganza.

Sharrow se volvió a echar atrás en el asiento y sacudió la cabeza.

—Mierda, estás enfermo.

—¿Yo estoy enfermo? —Cenuij se rio. Cruzó los brazos y miró el revestimiento

del techo del coche—. ¡Ella asesina a cuatrocientas sesenta y ocho mil personas y dice que yo estoy enfermo!

—Joder, por última vez —gritó Sharrow—. ¡No sabía que iban a empezar a cortar la Pistola en pedazos en esa puta ciudad!

—¡Tenías que haberlo sabido! —respondió él con otro grito—. ¡Ahí es donde tenían sus laboratorios! ¡Ahí es donde anunciaron que iban a desmontar esa cosa!

—¡Creía que se referían a los laboratorios del desierto! ¡No sabía que lo harían en la ciudad!

—¡Tenías que haberlo imaginado!

—¡No me podía imaginar que hubiera gente tan estúpida!

—¿Es que no lo han sido siempre? —rugió Cenuij—. ¡Tenías que haberlo imaginado!

—¡Bueno, pues no lo hice, joder! —chilló Sharrow. Se volvió a sentar derecha y resolló con fuerza.

Cenuij se quedó en silencio y se masajeó las piernas.

Al final Sharrow dijo:

—El tipo de la red aturdidora debía de ser algún cazador a sueldo. Si lo hubiera hecho bien, al alba habrías estado en una satrapía de los huhsz, atado y exprimido, y no habrías tenido más remedio que decirles dónde podrían encontrarme a cada momento.

—Entonces dejaré de hablar con extraños —dijo Cenuij. Probó una pierna, la flexionó. De repente, se inclinó hacia delante—. ¿Dónde están mis zapatos? —exigió saber.

Sharrow metió la mano bajo el asiento y se los tiró. Él se los puso y se los abrochó.

—¿Has sabido algo de Breyguhn últimamente?

Él dejó de abrocharse una correa del tacón y la miró.

—No. Los buenos hermanos tienen lo que podríamos llamar una actitud juguetona con respecto al correo. Espero que me llegue otra carta dentro de un mes, más o menos.

—La vi hace cuatro días.

Cenuij parecía receloso.

—Mmm-hmm —dijo echándose atrás—. ¿Y cómo... cómo está?

Sharrow desvió la mirada.

—No demasiado bien. Es decir, físicamente sigue viva, pero...

—¿No te dio... una carta ni nada para mí? —le preguntó Cenuij.

—No —Sharrow negó con la cabeza—. Mira —siguió—, si encontramos el Principios Universales podemos sacarla de ahí. Solo necesito el mensaje que lleva; podemos darles a los Hermanos el libro en sí.

Cenuij parecía perturbado; se enderezó y esbozó una sonrisa de desprecio.

—Eso es lo que dices tú —respondió. Tenía la capa a su lado; se la puso sobre los

hombros y se abrochó, mientras se reía—. Un rumor de origen desconocido que forma parte del folklore de la familia Dascen dice que tu abuelito dejó de algún modo un mensaje en un libro que nadie ha visto en un milenio, y ni siquiera se sabe que alguna vez lo buscara, ¿y tú te lo crees? —sacudió la cabeza.

—Maldita sea, Cenuij, es lo mejor que tenemos para empezar.

—¿Y si ese rumor es, por algún milagro, solo cierto a medias y necesitas el libro entero? —le preguntó Cenuij.

—Haremos todo lo que podamos —respondió ella con un suspiro—. Lo he prometido.

—Lo has prometido. —Cenuij se quedó quieto un momento. Flexionó las dos piernas—. Vale —le dijo a Sharrow—, me lo pensaré. —Puso una mano en la puerta del vehículo.

Sharrow puso una mano sobre la de Cenuij. Él la miró a los ojos, pero ella no quitaba la mano.

—Cenuij —le dijo—. Por favor, ven conmigo ahora. Te cogerán si intentas quedarte. Te estoy diciendo la verdad, lo juro.

Él miró la mano. Ella la apartó. Cenuij abrió la puerta y saltó del todoterreno. Sostuvo la puerta un instante, mientras comprobaba si sus piernas podían aguantarlo cuando intentara andar.

—Sharrow —dijo, mirándola—. Ya casi estoy empezando a pensar que realmente dices la verdad sobre lo que pasó con la Pistola Vaga y Ciudad Labio —soltó una especie de risa entrecortada—. Pero me ha llevado ocho años; no precipitemos las cosas, ¿vale?

Ella se inclinó hacia delante y le imploró.

—Cenuij; te necesitamos; por favor... en nombre de... —la frase se quedó en el aire.

—Si, Sharrow —sonrió Cenuij—. ¿En nombre de qué? —Ella se quedó mirándolo. Él negó con la cabeza—. No existe nada que respetes o que te importe lo suficiente como para jurar en su nombre, ¿no? —sonrió—. Salvo tú misma, quizá, y eso no sonaría bien, ¿verdad? —Dio un paso atrás y soltó la puerta—. Como he dicho, me lo pensaré. —Se cerró la capa—. ¿Dónde puedo encontrarte?

Ella cerró los ojos con cara de desesperación.

—La Troncada, con Miz —dijo.

—Ah, claro. —Se dio la vuelta para marcharse, en dirección a la gran mina a cielo abierto de la oscura ladera. Entonces se detuvo y se dio la vuelta, con la lluvia soplando a su alrededor. Hizo un gesto con la cabeza hacia la mina—. ¿Ves eso, Sharrow? ¿La mina? Están excavando una antigua montaña de escombros; escudriñan entre lo que ya habían tirado, en busca de un tesoro en lo que antes era basura... y quizá ni siquiera sea la primera vez. Vivimos en el polvo de nuestros antepasados; los insectos se arrastran por su mierda. Espléndido, ¿no?

Se dio la vuelta y se alejó por la orilla de una vieja piscina para residuos. Después

de dar unos cuantos pasos, volvió a darse la vuelta y gritó:

—Por cierto; sí que resultaste muy convincente con algo... hasta que te quitaste la cicatriz de radiación.

Se rio y siguió caminando hacia el montón de escombros a medio consumir.

Troncada

Como muchas otras rarezas golterianas, la Troncada era básicamente una pirueta fiscal.

Jonolrey, el segundo continente de mayor tamaño de Golter, se extendía sobre Phirar desde Caltasp. La región de Pipfram le debía la raíz de su nombre a la misma palabra de un idioma perdido que había servido para bautizar el océano de Phirar. Tiempo atrás, Pipfram había sido un estado poderoso, la primera nación comercial del planeta, que controlaba casi toda la marina mercante del mundo. Pero de aquello hacía ya mucho tiempo; después había pasado a ser otra pieza más del mosaico de enredadas Áreas Libres autónomas, no menos próspera ni llamativa que cualquiera de las demás.

La capital administrativa de Pipfram, que por pura coincidencia resultaba estar dentro del área que cubría su contrato, era la Troncada.

La tierra bañada por el sol se deslizaba bajo el pequeño reactor, verdes y marrones fluían bajo las alas en forma de uve, mientras el avión desaceleraba y ajustaba su posición en el centro de la pendiente cónica de descenso.

Sharrow observó a Dloan a los mandos del avión; estaba sentado en el asiento del piloto del reactor alquilado y estudiaba las pantallas de instrumentos. Había pilotado manualmente el avión durante el despegue y el ascenso desde Regioner y había querido aterrizarlo también; pero en la Troncada ya conocían demasiado bien a la gente que intentaba aterrizar sin ayuda en el Campo de Transporte, e insistían en los aterrizajes automáticos. Dloan iba a asegurarse de que todo fuera bien.

Zefla, en un asiento frente al de Sharrow, jugueteaba con los controles de la pantalla de la pequeña cabina; saltaba de un canal a otro para producir una sucesión confusa de imágenes y explosiones de sonido.

Sharrow miraba por la ventana la tierra moteada de nubes que se movía lentamente bajo ellos.

—... ado con el doctor Fretis Braäst, presidente del Colegio Universitario Huhsz de la Facultad Eclesiástica de Yadayeypon.

—Vaya, vaya —dijo Zefla; subió el volumen. Sharrow levantó la mirada hacia la pantalla y vio a un presentador muy acicalado que hablaba con la cámara; detrás de él, en la pared del estudio, había un gigantesco y ligeramente granuloso holograma de la cara de Sharrow—. Eres una estrella, chica —dijo Zefla con una sonrisa radiante.

Dloan se dio la vuelta para mirar. Sharrow miró la pantalla con el ceño fruncido.

—¿Y esa es la mejor foto que han podido conseguir? Debe de tener diez años; mirad mi pelo. Agh.

La ampliación de la cara de Sharrow fue reemplazada por el holograma en directo de un anciano de aspecto cuidado, pelo blanco y barba blanca. Tenía ojos brillantes y una sonrisa comprensiva. Llevaba una toga académica gris claro, adornada con discretos aunque numerosos distintivos a un lado del cuello.

—Doctor Braäst —dijo el presentador—. Es algo terrible, ¿no? Aquí estamos, a punto de comenzar el segundo decamilenio, y su fe quiere cazar y matar (de hecho, someter a una muerte ritual) a una mujer que nunca ha sido convicta de nada, cuyo único crimen parece ser haber nacido, y haber nacido mujer.

El doctor Braäst sonrió brevemente. —Bueno, Keldon, creo que ya sabrá que lady Sharrow tiene una serie de antecedentes por diversos crímenes en Malishu, Miykenns, de hace...

—Doctor Braäst —el presentador sonrió con pesar y miró la pantalla que tenía apoyada en la rodilla—. Se trata de delitos menores de alteración del orden público; no creo que se puedan usar unas multas de hace quince años por pelearse e insultar a un policía como excusa para...

—Lo siento, Keldon —sonrió el hombre de pelo blanco—. Solo intentaba que la información fuera lo más precisa posible.

—Bien, de acuerdo; pero, volviendo a...

—Y me gustaría recordarle que el uso de estos pasaportes no es un dogma de los huhsz; se trata de un proceso civil con un pedigrí de más de dos milenios; lo que nos dice (y lo que tenemos que aceptar) es que se trata de una respuesta civilizada al problema del asesinato y a los posibles trastornos que acarrea.

—Bueno, creo que mucha gente diría que todos los asesinatos deberían ser ilegales... —Quizá, pero se descubrió que su codificación causaba menos trastornos que las acciones paralegales.

—Bueno, bueno; no estamos aquí para discutir sobre la historia legal de... sobre la historia legal, doctor; estamos hablando del destino de una sola mujer a la que parecen decididos a perseguir y acosar hasta la muerte usando todas las influencias y recursos de su fe, que son muchos.

—Bueno, estoy de acuerdo en que, a primera vista, puede resultar un hecho terriblemente desafortunado para la dama...

—Sospecho que la mayoría de la gente lo diría de forma algo más fuerte...

—Aunque estamos hablando de una dama relacionada con el Incidente ocurrido en Ciudad Labio hace ocho años...

—Pero son solo rumores, ¿verdad, doctor Braäst? Tácticas de desprestigio. No la han condenado por nada de eso... De hecho, ganó dos demandas contra otros tantos servicios de pantalla por haberla implicado en el Incidente de Ciudad Labio...

—Puedo entender que les asuste que les pase lo mismo...

—Pero nada de esto cambia el hecho de que quiera a esta mujer muerta, doctor Braäst. ¿Por qué?

(—Eso está mejor —dijo Zefla mientras asentía con la cabeza).

—Keldon, se trata de un desafortunado asunto que se remonta a varias generaciones atrás, a un acto de profanación, violencia y violación llevado a cabo contra una de nuestras antepasadas...

—Una versión de los hechos que siempre ha negado enérgicamente...

—Claro que la han negado, Keldon —dijo el pequeño doctor, al parecer irritado—. Si me deja terminar...

—Lo siento, continúe.

—En el que las tropas del clan Dascen secuestraron a una joven virgen del templo, hirieron de gravedad a varios miembros de nuestra orden y llevaron a cabo numerosos actos de profanación destructiva, algunos de ellos de una naturaleza tan obscena y depravada que no puedo repetirlos aquí...

—Como he dicho antes, lo niegan todo...

—Por favor, déjeme terminar; esta desgraciada chiquilla fue violada y golpeada por el duque Chlea, que la obligó a casarse con él y a darle hijos. Cuando esta pobre criatura mancillada intentó volver junto con sus gemelos a la seguridad del templo que conocía desde niña...

—Bueno, ahora de verdad, doctor Braäst; la historia es bastante clara en este punto; los huhsz... los partidarios de los huhsz, mejor dicho, simplemente atacaron...

—La historia es la gente, los archivos y la memoria humana y, por lo tanto, no es infalible, Keldon; nosotros contamos con la guía divina, y eso es lo único que hay.

—Pero doctor Braäst, seguro que, independientemente de la versión que usted se crea de esta trágica historia, no existe necesidad alguna de seguir adelante con esta deuda de sangre.

—Pero no somos nosotros —respondió el hombre de pelo blanco con voz razonable—. Esta confundida y desgraciada mujer juró enemistad eterna a nuestra fe; juró, de hecho, que asesinaría al próximo Profeta Encarnado si apareciera durante su vida y, además, comprometió a toda su línea al mismo juramento; que la violaran y después la adoctrinara la tribu Dascen en una atmósfera de odio y ateísmo bien podría explicar tal abominación, pero no puede excusarla.

»Al principio, nuestro Patriarca estaba dispuesto a hacer caso omiso de este ultraje, pero el mismo Dios, en una visitación de las que suceden menos de una vez por generación, le habló y le dijo al santo Patriarca que solo le quedaba una opción; la sangre debía pagarse con sangre. Sin lugar a dudas, la tolerancia debe pagarse con tolerancia pero, del mismo modo, la intolerancia debe pagarse con intolerancia.

»El Mesías no puede nacer hasta que esta amenaza haya desaparecido, o hasta que se haya reparado la profanación. Se realizó un juramento, se inició una vendetta, y todo partió de la línea femenina de la familia Dascen. Puede que piensen que pueden rescindir su imprudente maldición sacrílega (de hecho, entiendo

perfectamente que quieran hacerlo), pero me temo que no se puede jugar con la palabra de Dios. Hay que hacer lo que hay que hacer. Incluso si no obtenemos los pasaportes, aunque estoy seguro de que los obtendremos, no es un tema en el que podamos transigir.

—Por supuesto, doctor Braäst, los cínicos podrían decir que el verdadero objetivo de todo esto es asegurar la recuperación de la que es ahora la última Pistola Vaga, el tesoro principal robado de...

—La naturaleza exacta del tesoro es irrelevante, Keldon, pero fue un acto de piedad que Dios, a través del Patriarca, permitiera que la devolución de este dispositivo (que, debería añadir, nunca fue usado por los huhsz, para los que tiene un valor meramente ceremonial) pudiera poner fin a esta trágica deuda de sangre, al menos por nuestra parte.

—Pero doctor, al final todo se reduce a lo siguiente: ¿puede este tipo de razonamiento, ya sea histórico o no, justificar realmente una práctica bárbara a estas alturas del milenio? Sea breve, por favor.

—El barbarismo siempre está con nosotros, Keldon. Ciudad Labio sufrió un acto de barbarismo sin precedentes hace ocho años. Lo que nos vemos obligados a hacer no es algo bárbaro; es la voluntad y la piedad de Dios. Tenemos tan poco derecho a rechazar este deber como a descuidar nuestra adoración del Altísimo. Lady Sharrow, aunque podamos sentir lástima por ella como persona, representa un insulto viviente para todos aquellos seguidores de la Creencia Verdadera y Sagrada. Su destino no está abierto al debate. Es la última de su línea; una criatura triste, estéril y desfigurada cuya miseria ha durado demasiado tiempo. Cuando finalmente liberemos su espíritu, cantará de alegría al verse rescatada de su tormento precisamente por nosotros. Espero con ansia el eterno instante en el que su voz se una a la de los Bienaventurados cuya conversión se produce después de la muerte; la suya será una exaltación contenida y, sin embargo, eterna. Sin duda, todos debemos desearle lo mismo.

—Doctor Braäst, se nos ha acabado el tiempo. Gracias por sus palabras.

—Gracias, Keldon.

—Bueno —dijo el presentador tras volverse de nuevo hacia la cámara, con las cejas alzadas y un leve movimiento de cabeza—. Ahora, la guerra en Imthaid...

Zefla apagó la pantalla. Dloan se volvió hacia los mandos del reactor. La Troncada era un enorme cristal de hielo metálico que brillaba en la distancia, al borde de la tierra y el mar.

Zefla se dio la vuelta para mirar a Sharrow, pasando una larga pierna por encima del asiento.

—Vaya puñado de gilipollas religiosos. —Sacudió la cabeza y el pelo rubio se balanceó sobre ella—. Cuando acabe todo esto serás una puñetera heroína, Sharrow, y ellos van a quedar como los capullos hijoputas histéricos que son.

Sharrow miraba desconsolada la pantalla oscura y asentía.

—Solo si no me cogen —dijo; se dio la vuelta y miró por la ventana, donde la periferia de la Troncada se elevaba hacia el avión en descenso como un conjunto de enormes dedos relucientes.

El avión aterrizó en el Campo de Transporte sin incidentes.

Cuando el estado de Piphram entró en declive tras su era de esplendor y riqueza, hacía ya siglos, muchos de los barcos que habían compuesto su flota mercante se habían vendido, otros muchos se habían desguazado, y cientos de ellos habían acabado almacenados. A casi todos los barcos almacenados (de todo tipo, desde graneleros de millones de toneladas hasta los más delicados y exquisitos yates privados) los habían llevado a casa, para depositarlos en una ancha laguna en la costa de la provincia Phirarian de Piphram, donde esperaban la llegada de mejores condiciones comerciales.

Más tarde, un modesto auge inmobiliario en la cercana franja costera que ocupaba desde las Montañas Nevadas a la costa salpicada de lagunas hizo que subieran los precios de las propiedades, y los impuestos sobre la vivienda de Piphram, punitivos a lo largo de toda su historia, exageraron los efectos. Entonces alguien, tras descubrir un agujero en la situación fiscal de las lagunas, pensó en usar un par de viejos transbordadores de coches como residencias flotantes temporales.

Los dos transbordadores varados o, mejor dicho, su situación marginal, resultaron ser una semilla; dentro del caos de la increíblemente complicada ecología económica de Golter, las finanzas (junto con sus relevantes manifestaciones materiales) tendían a concentrarse y cristalizarse casi de forma instantánea alrededor de cualquier región en la que las condiciones para la obtención de beneficios fueran tan solo un milímetro más prometedoras que en las demás.

De este modo, la Troncada había pasado de ser unos cuantos cascarones oxidados a convertirse en toda una ciudad en menos de cien años; al principio los barcos estaban amarrados formando grupos y la gente se movía entre ellos en pequeñas embarcaciones, pero después los barcos se unieron entre sí. Algunos estaban soldados; también se habían añadido unidades secundarias de alojamiento, oficinas y fábricas encima y entre ellos, de modo que la identidad individual de la mayoría de los barcos comenzó a desaparecer entre la emergente topología de la ciudad en continua conglomeración.

La Troncada se componía ya de muchos cientos de barcos y cada pocas semanas se les añadía uno nuevo; se había extendido hasta los límites de la primera laguna, para después salir al mar y tomar posesión de otras tres lagunas a lo largo de la costa y, finalmente, convertirse en el hogar de más de dos millones de personas. Su principal aeropuerto (que podía moverse como una sola unidad para que siempre estuviera en las afueras) consistía en cuarenta petroleros unidos por los laterales, con las cubiertas desnudas, pulidas y reforzadas para soportar a los estratos y al resto de transportes aéreos. Su puerto espacial, arrumbado desde hacía tiempo, era una colección de antiguas plataformas petroleras que se elevaba sobre el extremo

meridional de la ciudad; sus muelles eran unas cuantas docenas de diques secos, graneleros con grúas y barcos auxiliares obsoletos de la flota militar.

Ocho antiguos portaaviones, restos de una armada comercial, formaban el Campo de Transporte, donde aterrizó el reactor ejecutivo de alas en forma de uve.

Remolcaron rápidamente el pequeño avión y lo bajaron para almacenarlo en las entrañas de uno de los superpetroleros que servían como hangares complementarios de los antiguos portaaviones.

Sharrow, Zefla y Dloan observaron el viejo barco mientras un auxiliar de vuelo bastante alto, encorvado y de barba cerrada cargaba su equipaje en un ruidoso carrito. El tiempo era cálido y húmedo, y el sol estaba alto en un cielo ligeramente brumoso.

—Días, señores —dijo el auxiliar respirando con dificultad y señalándolos con la cabeza—. Su primera visita en la Tronca, ¿eh?

—No —dijo Sharrow con el ceño fruncido.

—La mía sí —dijo Zefla con una sonrisa radiante.

—Vaya, que una dama tan encantadora no se haya pasado antes por aquí es casi pecado, si me permite decírselo, señora —le dijo el auxiliar a Zefla. Cogió el mando de la parte delantera del carro y comenzó a alejarse con el carro chirriando detrás—. Hace ya unos buenos años que no tenemos el privilegio de recibir a dos damas tan bellas en la vieja Tronca. Se le alegra a uno el día solo de ver a dos muestras tan encantadoras del género femenino, vaya que sí, y ya era un día de los buenos. Pero solo con verlas lo han mejorado del todo, preciosas damas, como digo. Y en serio.

—Es usted demasiado amable —se rio Zefla.

—Y hablador —murmuró Sharrow.

—¿Decía, señora?

—Nada —respondió Sharrow. Siguieron al alto auxiliar de vuelo por la cubierta del campo, en dirección a la superestructura que había sido el puente de mando de uno de los viejos portaaviones, reconvertido en la zona de llegadas. Una fila de carros cargados de equipaje les bloqueaba el camino. Dloan los miraba con recelo.

Zefla miró a su alrededor con el ceño fruncido. —Creía que Miz dijo que... Un sonoro acorde musical reventó tras los carritos de equipaje; una bandada de aves marinas de color blanco, inmutables ante la llegada del reactor, salió volando entre chillidos al llegar hasta ella el eco del sonido. Los carritos se pusieron en movimiento cuando una pequeña unidad de tracción empezó a tirar de ellos desde un extremo, para dejar a la vista a una banda ceremonial de veinte miembros que estaban sentados detrás, todos vestidos con uniformes rojo brillante y oro, soplando instrumentos relucientes y extremadamente ruidosos.

Sharrow reconoció la melodía, pero no podía recordar el nombre. Miró a Zefla, que se encogió de hombros. Dloan, pendiente de todo, estaba de rodillas con una enorme pistola en las manos aunque, por el momento, apuntaba al suelo. La banda se levantó y comenzó a avanzar hacia ellos, todavía tocando. Dloan había pasado a centrar su atención en el auxiliar alto y barbudo, que ya no andaba encorvado y se

estaba quitando la chaqueta. Tiró el sombrero al aire y se arrancó la barba.

Dio un paso adelante, hincó una rodilla en el suelo delante de Sharrow y tomó su mano entre la suyas.

—¡Mi señora! ¡Nuestra líder! —exclamó, y le besó la mano. La banda los alcanzó en tropel y los dejó atrás, con los instrumentos oscilando de un lado a otro, arriba y abajo. Dloan se había puesto de pie y se guardaba la pistola. Zefla se reía con las manos puestas sobre las orejas. Sharrow sonreía y sacudía la cabeza; Miz se metió la mano en la camisa y sacó un ramo de flores para entregárselo. Ella las aceptó y se las llevó a la nariz, mientras Miz se ponía en pie de un salto.

Era alto, de extremidades ágiles, y la cara marrón pálido (enmarcada por un pelo liso y rubio) parecía más joven de lo que se merecía y casi resueltamente despreocupada. Tenía ojos chispeantes y hundidos en una red de finas arrugas, una pequeña nariz aguileña y una gran boca sonriente de labios generosos y dientes irregulares.

—¡Idiota! —le gritó Sharrow entre risas; la banda rugía y daba vueltas a su alrededor.

Él extendió los brazos con una mirada inquisitiva. Ella se puso los tallos de las flores en la boca para sostenerlos con los dientes y fue a abrazarlo.

—¡Qué tal, preciosa! —le gritó por encima del ruido de la banda, tras lo cual la cogió en volandas. Dio una vuelta con ella, y le guiñó un ojo a Zefla y después a Dloan mientras lo hacía. Su sonrisa resplandecía a la luz del sol y parecía rivalizar en tamaño con la cubierta del portaaviones.

Dejó a Sharrow en el suelo, sin soltarla; ella inclinó la cabeza para depositar las flores en el hombro de Miz con un gesto extrañamente animal que hizo que a él le temblara un poco la cara; un leve gesto entre el deseo y la desesperación. Desapareció en un instante y solo lo vio Zefla. Las flores cayeron entre Miz y Sharrow, acunadas entre sus pechos.

—¡Me alegro de verte, jovencita! —le gritó él.

—Ya no soy tan joven —le dijo Sharrow.

—Sabía que dirías eso.

—Bueno, nunca he podido ocultarte gran cosa.

—Había muchas cosas que no querías ocultarme —Miz la miró con lascivia. Movié las cejas.

—Oh —dijo ella chasqueando la lengua y apartándose de él. Las flores cayeron sobre la cubierta; él las recogió con un movimiento diestro y, con una expresión de falsa ofensa, se las llevó al pecho. Cerró los ojos y se giró para inclinarse formalmente ante Zefla y entregarle las flores. Zefla las cogió y se las tiró a Sharrow; mientras Miz observaba la trayectoria, Zefla dio un paso adelante y lo abrazó. Lo cogió en volandas y empezó a dar vueltas con él en brazos, en medio de la ruidosa y reluciente banda que los rodeaba.

—¡Guaaa! —lloriqueaba Miz mientras Zefla giraba cada vez más rápido.

Dloan sonreía; Sharrow reía.

—Ah, lady Sharrow.

—Hermano Señor.

—Supongo que deseará conocer el resultado de nuestras deliberaciones con respecto a su propuesta.

—Sí, por favor.

—Me alegra poder comunicarle que los Hermanos han accedido. Cuando se nos entregue la propiedad, su hermana será liberada.

—Hermanastra. ¿Y los gastos?

—Bueno, lo que suele llamarse Escala Comercial Dos, si no me equivoco. ¿Le parece aceptable?

—Supongo que sí.

—Haremos que una agencia redacte el contrato en sí; ellos aclararán los detalles con usted o con su abogado. Encontrará su número adjunto a la grabación de este mensaje.

—Gracias. Los llamaré ahora mismo.

—Por supuesto. A sus pies, mi señora.

El ancho rostro del holograma sonrió con hipocresía.

Soplaba un viento fresco que hacía que las hileras de banderines se agitaran en alegres filas sobre el impresionante cielo azul. El mar temblaba, como cubierto de lentejuelas, y los pequeños yates rozaban las brillantes crestas de las olas como piedras planas, con las velas hinchidas y blandiendo rayas chillonas y brillantes diseños frente a la masa de espectadores. La multitud que llenaba las barandillas de los barcos o que se sentaba en las selectas barcazas gritaba a la brisa y agitaba sombreros y pañuelos; tiraban serpentinas y encendían ruidosos fuegos artificiales.

Los yates doblaban la boya de señalización, escorándose hasta que sus bordas tocaban el agua; después se enderezaban, volvían a colocar sus velas para el nuevo tramo y volaban hacia la siguiente boya con el viento justo detrás de ellos. Los spinnakers florecían, uno por uno, cerrándose y llenándose como los pechos de exóticos pájaros tropicales. Algunas tripulaciones encontraban el momento para saludar a la multitud; la gente rugía de nuevo, como si intentara llenar las alegres velas con su aliento.

Miz condujo a Sharrow entre los grupos de gente que charlaba en la barcaza, mientras saludaba con la cabeza a las caras que reconocía y, de vez en cuando, intercambiaba algunas palabras, pero no se detenía para presentarla. Estaba vestido con unos pantalones cortos tan brillantes que hacían daño a la vista y con una camisa de manga corta solo un poquito más discreta que los vítores de la multitud que abarrotaba las barcazas de espectadores. Sharrow llevaba un vestido largo de gasa de color verde pálido, gafas de sol y una sombrilla; Miz le llevaba la mochila.

Muchas de las personas a las que adelantaban se daban la vuelta para mirarlos, preguntándose quién sería la nueva acompañante de Miz. Nadie parecía conocerla, aunque algunos pensaban que les parecía extrañamente familiar. Miz cogió un par de bebidas de la bandeja de un camarero, dejó una moneda y después señaló con la cabeza un bar de pontones, en el que unas cuantas barquitas redondas estaban amarradas como capullos en sus ramas; pagó una, caminó por la rampa hasta la cubierta flotante (sin dejar de saludar con la cabeza a los ocupantes de algunas de las otras barcas) y colocó las bebidas en la mesa central de la barca. Ayudó a subir a Sharrow.

Se sentaron y observaron un rato el bullicio de la regata, mientras sorbían sus bebidas y probaban los dulces y canapés que les traían los camareros; los vendedores de refrescos en canoas y sampanes también se deslizaban entre las barcas para vender sus propios productos.

Sharrow había descrito brevemente la situación durante la cena en el hotel la noche anterior, y le había pedido que lo consultara con la almohada. Ellos y los Franck habían cenado juntos en el restaurante situado en la chimenea circular de un viejo barco de crucero, y habían disfrutado de las luces de la Troncada que parecían girar bajo ellos.

Habían bailado, habían subido a tomar unas copas y algunos inhalantes a la impresionante suite de Miz, con vistas a un puerto deportivo inundado de luz, y después, mientras los Franck daban un paseo por la cubierta, él la había acompañado a su habitación, le había dado un beso en la mejilla y se había marchado, caminando de espaldas y lanzándole besos al aire. Ella casi deseaba que se hubiera intentado quedar, o que le hubiera pedido que volviera con él a su habitación, pero no lo había hecho.

Sharrow apartó la vista de la llamativa regata y miró la cara sonriente y bronceada de Miz; hizo girar su parasol.

—Entonces, ¿qué has decidido, Miz? ¿Vienes con nosotros?

—Sí —le respondió él asintiendo con rapidez. Ajustó el toldo de la barca y después se quitó las gafas de sol—. Pero primero tengo un pequeño negocio que atender aquí. —Le dedicó una amplia sonrisa, mientras sus ojos azul acero centelleaban.

Ella se rio al ver su expresión; era de una picardía tan infantil...

Sharrow pensó que parecía tan joven, saludable y guapo como siempre. Había una especie de energía dentro de él, como si su vida llevara un impulso más fuerte que la de los demás; el niño pobre de los barrios de Speyr había salido de la nada y seguía subiendo, rebosante de ideas, de planes y de travesuras en general.

—¿Qué tipo de negocio? ¿Llevará mucho tiempo? —le preguntó ella mientras hacía girar el parasol para observar el dibujo de luces y sombras que proyectaba en la cara abierta y ansiosa de Miz.

Él se mordió los labios, sacó una mano por el lateral de la barca y mojó los dedos

en el agua.

—Solo es una pequeña operación de limpieza —dijo él, mirándola—. En realidad, quizá pueda acelerarla ahora que estáis todos aquí; adelantarla un poquito, si me ayudáis.

Ella frunció el ceño con la mirada fija en el agua, donde la mano de Miz formaba estelas.

—¿Una operación de limpieza? ¿Te has metido en el negocio del acondicionamiento marítimo?

Parecía desconcertada.

Miz se rio.

—No, no me refería a ese tipo de limpieza —dijo, casi avergonzado.

Ella asintió.

—Oh... esa otra clase de limpieza.

—Sí —respondió él.

—¿Qué es lo que quieres limpiar?

Él se deslizó sobre el asiento circular hasta llegar a su lado, lo que hizo que se inclinara la barca. Le puso la barbilla en el hombro y le habló con suavidad al oído, que quedó al descubierto tras apartar la masa de pelo negro. Miz respiró su perfume con los ojos cerrados y después notó que ella se apartaba. Él suspiró y abrió los ojos. Ella se había girado para mirarlo de frente por encima de las gafas oscuras, con los ojos como platos.

—Repíteme eso —dijo. Él miró más allá del asiento de Sharrow y después formó las palabras con los labios sin llegar a decirlas en voz alta.

Ella hizo lo mismo, y él observó cómo movía los labios.

«¿El Apéndice de la Estrella de la Corona?», decían sus labios. Abrió los ojos más todavía. Él asintió. Sharrow le apuntó al pecho con un dedo y movió los labios para formar las palabras: «Estás como una puta cabra».

Él se encogió de hombros y se retrepó en el asiento.

Ella soltó el parasol y dejó las gafas oscuras en la mesa, después se puso una mano bajo la axila y la otra sobre los ojos.

—Debe ser temporada alta para los buscadores de Antigüedades imbéciles —dijo ella en voz baja.

—¿No admiras mi ambición? —se rio Miz.

Ella lo miró.

—Creía que nosotros íbamos a por algo difícil. Creía que el... artículo del que estás hablando era imposible de robar.

—Susurra esa última expresión —dijo él en voz baja mientras le echaba un vistazo a las otras barcas que los rodeaban—. Aquí solo se aplica a una cosa.

—¿Qué vas a hacer con él cuando lo tengas?

—Bueno, todo empezó cuando un comprador anónimo se puso en contacto conmigo —dijo Miz alegremente—. Pero creo que pediré un rescate por él a las

autoridades competentes. Puede que sea más seguro.

—¡Más seguro! —dijo ella entre risas. Él pareció dolido—. ¿Por qué? —le preguntó Sharrow—. ¿Por qué lo haces? Creía que te iba bien aquí.

—Y me va —respondió él, al parecer sintiéndose insultado. Hizo un gesto con la mano—. Soy rico; no necesito hacerlo.

—¡Pues no lo hagas! —dijo ella entre dientes.

—Demasiado tarde para echarse atrás —replicó él—. Tengo pillado a un oficial que me va a ayudar; está muy emocionado con todo el tema.

—Oh, por todos los cielos —gruñó ella.

—Es muy, muy fácil —dijo él mientras se acercaba de nuevo a ella—. Yo también pensaba que era una locura cuando me lo sugirieron por primera vez, pero cuanto más lo analizaba, cuando descubrí dónde y cómo lo guardan, me di cuenta de lo fácil que iba a ser. Sería una locura no hacerlo.

—En otras palabras —dijo ella—. Te aburrías.

—Na —respondió él mientras agitaba una mano y ponía cara de sentirse adulado.

—Entonces —siguió ella—. ¿Cómo propones organizar esta misión probablemente suicida?

—Oye, pequeña —respondió él con una sonrisa radiante y abriendo los brazos—. ¿Soy o no soy el Tecnorrey?

—Claro, después de todo, eres el Tecnorrey, Miz —le dijo ella algo indecisa—. Pero...

—Mira; está todo organizado —volvió a bajar la voz y se sentó más cerca—. La parte técnica está terminada, de verdad; solo hace falta reunir los últimos toques de la parte humana que he estado preparando —la miró con cuidado, para ver cómo lo estaba haciendo—. Mira —dijo tras probar su mejor sonrisa—, todo irá bien. Te lo digo en serio; joder, ni siquiera armaremos follón. Ni siquiera sabrán que la cosa ya no está hasta que yo se lo diga; tengo un plan realmente precioso, y cuando acabe me agradecerás que te haya dejado formar parte de lo que no es tanto un robo como una obra de arte en sí misma, de verdad. Te lo juro. Y, como te he dicho, hasta puedo adelantarle ahora que estáis aquí, de modo que todo habrá acabado para cuando tengamos que empezar a huir de los huhsz. Si me ayudáis. ¿Me ayudaréis?

Ella parecía desconfiar en extremo.

—Si me puedes convencer de que el plan es viable y de que no nos pasaremos el resto de nuestras vidas comiendo plancton y empujando las bombas de mano de algún buque-prisión, sí.

—Ah —Miz se rio y se dio una palmada en la rodilla—. No hay ningún peligro de que ocurra eso.

—¿No?

—Na —sacudió la cabeza con convicción—. Nos matarían a los tres y a ti te entregarían a los huhsz para cobrar la recompensa.

—Vaya, gracias.

Él pareció sentirse súbitamente presa del más profundo arrepentimiento.

—Jo, perdona. Ni siquiera ha tenido gracia, ¿verdad?

—¿Me ves reírme? —Se volvió a poner las gafas de sol y sorbió su bebida.

Miz frunció los labios.

—Todo este tema de los huhsz —dijo—. ¿No existe otra solución?

—O consigo ir por delante de ellos durante todo un año o les consigo su Pistola Vaga —se encogió de hombros—. Eso es todo.

—¿Se los puede comprar?

—Claro que sí; dándoles la Pistola.

—¿Pero no con dinero, por ejemplo?

—No, Miz. Es un dogma; fe.

—Ya —respondió él—. ¿Y? —Parecía realmente desconcertado.

—La respuesta es no —respondió Sharrow con paciencia—. No se les puede comprar.

—De todos modos —dijo Miz mientras le daba golpecitos en el hombro con un dedo y ponía cara de sabio—. El Tecnorrey ha encontrado la forma de frenar a los chicos malos. —Le guiñó un ojo.

—¿Ah, sí?

—¿Has estado alguna vez en el desierto de K'lel?

Ella negó con la cabeza.

—¿Y en la ciudad de Aïs? —le preguntó Miz con una sonrisa.

—Demasiado árida para mi gusto —respondió ella, también con una sonrisa, mientras recorría con los dedos el pie de la copa—. Lo cierto es que, muy en el fondo, soy una chica húmeda.

Miz cerró los ojos un instante.

—Por favor —dijo con un suspiro teatral. Se aclaró la garganta—. Hablo en serio —se volvió a acercar a ella—. Esos pasaportes son de los extra-especiales del Tribunal Mundial, ¿no? ¿De los imperdibles esos, con esa extraña especie de agujero arremolinado?

Ella frunció el ceño.

—Me estás perdiendo con tanta jerga técnica, Tecnorrey. Él le dio una suave palmada en el muslo.

—Ya sabes a lo que me refiero; los agujeros de nanoeventos que quedaron después del accidente del ITA. Cada uno de los pasaportes incorpora uno de ellos, ¿no?

—Sí —respondió ella.

—¿Y saldrán de Yada para ser iniciados en el Santuario Mundial de los huhsz?

—Supongo que sí, pero...

Él se echó hacia atrás y se dio un golpecito en la sien.

—Tengo un plan maquiavélico, mi líder —le dijo a Sharrow. Ella sacudió la cabeza con un suspiro.

—Y yo que pensaba que habrías ganado sensatez con la edad.

—Dios no lo quiera —respondió Miz con una sonrisa—. Y, de todos modos, tú eres la que quiere ir a por un libro del que no se sabe nada desde hace un milenio, sin tener siquiera el incentivo de un contrato lucrativo, con la mera esperanza de que te lleve de algún modo a una Pistola Vaga.

—Sí —repuso ella bajando la voz y acercando la cara a la de Miz—. Pero el libro solo está perdido; no se trata de la joya mejor guardada del puto planeta. Miz descartó la distinción con un gesto de la mano, como si fuera una mosca molesta.

—¿Acordaste un contrato con los chicos de la Casa del Mar?

—Hablé con ellos esta mañana. Escala Dos.

—Ajá. ¿Lo llevan ellos mismos?

Ella negó con la cabeza.

—Una agencia llamada El Torreón.

—¿El Torreón? —Miz frunció el ceño—. Nunca había oído hablar de ellos. —Yo tampoco; deben de ser nuevos. Parecen saber de lo que hablan.

—De todos modos, ¿qué se supone que es ese maldito libro? —preguntó Miz enfadado—. El PU; ¿de qué va? Sharrow se encogió de hombros.

—La única parte del texto conocida es la dedicatoria; eso te da una pista muy vaga pero, cuando se puso de moda que las casas nobles encargaran libros únicos, la idea era que el contenido permaneciera en secreto. Si te sirve de algo, por los nombres que se mencionan, se supone que este «único» es el mejor de todos.

—Hmm. Esperaré a que hagan el holograma —se encogió de hombros—. Y, de todos modos, ¿por qué piensas que puedes encontrarlo, cuando nadie más lo ha conseguido?

—Gorko —respondió Sharrow—. Y Breyguhn.

—¿Qué? ¿Tu abuelo?

—Sí. Según Breyguhn, Gorko descubrió dónde estaba el libro, pero no intentó cogerlo. Se supone que ha dejado algo que indica dónde está o dónde estaba. Breyguhn afirma que ella sabe cómo acceder a la información.

Miz se lo pensó y después dijo:

—Mierda, sí, el libro. Eso es lo que buscaba cuando se coló en la Casa del Mar, ¿no?

—Sí. Y ahora piensa que está tras la pista —Sharrow se encogió de hombros—. O puede que me esté gastando una buena broma.

—¿Una broma? —Miz parecía intrigado.

Ella sacudió la cabeza.

—Espera a escuchar cómo se supone que tengo que acceder a la información que ha encontrado Breyguhn.

—Dímelo ahora; odio que me atormenten así.

—No.

—¡Dímelo! —dijo él acercándose más y haciéndole cosquillas en la cintura.

Ella ahogó un chillido e intentó alejarse mientras le golpeaba la mano.

—¡Déjalo! ¡Compórtate! —Sostuvo el vaso delante de ella—. Mira esto. ¿Ves? Vacío.

Él dejó de intentar hacerle cosquillas y miró a su alrededor en busca de un camarero, con una enorme sonrisa en la cara. Su expresión cambió cuando volvió a mirar la rampa de la barcaza.

—Ah —dijo—. Hay alguien que quiero que conozcas. Será un segundo. —Saltó de la barca, que se balanceó.

Ella lo observó marcharse y caminar por el pontón mientras saludaba a la gente que lo llamaba desde otras barcas.

Sharrow se acomodó en el asiento y fijó la vista en un punto lejano, donde otro brazo de la Troncada relucía bajo el sol, reflejando la luz de las mil ventanas de un bloque de apartamentos flotante. El Apéndice de la Estrella de la Corona, pensó. Dios mío. Tenía la desconcertante sensación de que todos se estaban perdiendo; Miz intentaba permanecer joven involucrándose en aquel plan absurdo para robar uno de los tesoros más seguros del sistema; Cenuij perseguía a chicas con cicatrices en Labio; Zefla se colocaba todas las noches y Dloan se estaba convirtiendo en un adicto a la pantalla. En cuanto a ella, simplemente se estaba haciendo vieja, enfangada en banalidades.

Apareció un camarero con una bebida en una bandeja. Ella miró a su alrededor y vio que Miz estaba en el otro extremo de la rampa, hablando con un hombre alto y rechoncho que llevaba una toga ceremonial azul y dorada; los colores de la Troncada. Los dos hombres caminaban hacia las barcas, mientras el oficial asentía tolerante con la cabeza ante las bromas de Miz. Un pequeño séquito de oficiales menores los seguía. Ella sorbió su bebida mientras el grupo se acercaba. El oficial hizo un pequeño gesto con una mano enguantada y llena de anillos; sus adláteres se detuvieron en el pontón, unos cuantos metros más atrás, y se quedaron allí bajo la luz del sol, intentando parecer dignos, mientras él y Miz caminaban hasta la barca donde ella estaba sentada.

—Lady Sharrow —dijo Miz—. El honorable vicevigilante Ethce Lebmellin. El oficial se inclinó lentamente, con el grado justo de atención que indicaba que no estaba acostumbrado a hacerlo. Sharrow asintió.

—Mi señora, es un placer conocerla —dijo el Vicevigilante. Su voz era alta y suave; la cara era más esbelta que el cuerpo que se insinuaba bajo la larga toga formal. Los ojos eran oscuros y fríos.

—¿Cómo está? —dijo ella.

—¿Me permite que le dé la bienvenida a nuestra humilde ciudad?

—Por supuesto que sí —contestó ella—. ¿Se unirá a nosotros, señor?

—Nada me haría más feliz, querida señora, pero me temo que tengo que atender algunos asuntos de estado que requieren mi presencia. Quizá en otra ocasión.

—Quizá —respondió ella con una sonrisa.

—Señor Kuma —dijo Lebmellin volviéndose hacia el otro hombre.

—Por triplicado, señor Lebmellin —dijo Miz en voz baja. Sharrow frunció el ceño y se preguntó si habría oído bien. ¿Triplicado?, pensó.

No hubiera podido oír la palabra, de no ser porque Miz la había pronunciado con mucho cuidado. El oficial de la toga no parecía desconcertado en absoluto; se limitó a mirar un segundo al otro hombre y a decir:

—Triplicado —también en voz muy baja.

Miz sonrió.

El oficial se volvió hacia ella, se inclinó de nuevo y después volvió por el pontón hasta la barcaza, momento en el que su séquito se giró para seguirlo como pollitos a su madre. Miz se sentó otra vez en la barca, con aspecto de estar muy satisfecho de sí mismo.

—¿Es ese el oficial que has comprado? —dijo Sharrow en voz baja. Miz asintió.

—Un cabrón muy astuto; no le confiaría ni a mi perro. Pero es el tipo que puede estar en el lugar correcto en el momento correcto, y está deseándolo.

—Entonces es verdad que vas a seguir adelante con esto, ¿no?

—Por supuesto que sí.

—Y el, ah... la palabra que empieza por T; ¿una contraseña?

Miz soltó una risita tonta.

—Algo así —la miró—. Ji, ji, ji —dijo.

—Estás loco —le dijo Sharrow.

—Tonterías. Funcionará.

—Desbordas un optimismo ilimitado, Miz —dijo ella; sacudió la cabeza.

—Bueno —dijo él encogiéndose de hombros—. ¿Por qué no? —Entonces le pasó por la cara el asomo de una duda—. Solo hay un detalle ligeramente preocupante que he observado hace poco. Bueno, las últimas semanas. —Se tiró del labio inferior con los dedos—. No estoy seguro de que sea una filtración de seguridad de por sí, pero me preocupa un poco.

—¿El qué?

Él se giró para colocarse de nuevo frente a ella.

—Ya sabes que tienen esas carreras de siales en Tile, ¿no?

—Sí —respondió ella—. Les sacan los cerebros a los animales y los reemplazan con cerebros humanos.

—Sí, cerebros de criminales, Tile sigue estando poco civilizado. En fin —tosió—. Alguien parece estar fijándose en mis meteduras de pata para ponerles nombre a los siales.

—¿Qué?

—Por ejemplo, hace tres semanas tuve un cargamento de, em... antiguos circuitos electrónicos, de naturaleza legal delicada, para trasladar en un todoterreno desde Deblissav hasta Meridian. Cuando el coche atravesaba el paso de una sierra llamada Los Dientes, fue atacado con minas y lo saquearon. Los asaltantes escaparon —se

encogió de hombros—. Dos días más tarde, el ganador de las carreras de Tile se llamaba Dolor de Dientes Eléctrico.

Ella se lo pensó.

—Un poco cogido por los pelos, ¿no? —dijo con sorna.

—Ha habido otros —contestó él. Parecía realmente preocupado—. He hecho que mi agente lo investigue, pero no podemos averiguar cómo lo hacen. Los establos mantienen los nombres en secreto hasta la carrera, y después deciden un nombre en el mismo día; se supone que para evitar las trampas. Alguien está consiguiendo que los nombres de los caballos tengan que ver con las cosas que me salen mal. Y no entiendo por qué.

Ella le dio una palmadita en el hombro.

—Trabajas demasiado, querido.

—Ya sabía yo que no debía contártelo —dijo él tras apurar su copa. Señaló la de ella con un gesto—. Vamos; coge tu copa y vayamos a ver el final de la carrera.

Abandonaron la pequeña barca, que se quedó meciéndose sobre las olas. Sharrow hacía girar el parasol mientras caminaban de vuelta hacia la barcaza; el agua parecía dar palmadas y tragar saliva sobre los listones y boyas de la pasarela, y sobre los cascos circulares de las barcas.

Thrial era el sol. Rafe era poco más que una gota fundida, mientras que M'hlyr era macizo en la única cara que siempre daba al exterior. Fian estaba lo bastante frío cerca de sus inamovibles polos como para que existiera hielo, a pesar de que la mayoría de los metales fluirían como agua en su ecuador. Trontsephori era más pequeño que Golter; un mundo nublado de agua cuyos sistemas meteorológicos eran de una simplicidad tan clásica que parecían una mala simulación. Speyr era casi tan grande como Golter, terraformado cinco milenios antes. Y después estaba Golter, con sus tres lunas, seguido de un cinturón de asteroides; después Miykens, colonizado incluso antes que Speyr, seguido de los gigantes del sistema; Roaval (con anillo y luna) y Phrastesis, rodeado de escombros todavía sin depositar tras la enigmática destrucción de sus lunas durante la Segunda Guerra. Después estaba el pequeño gigante, Nachtel, con su fría y casi inhabitable luna, el Fantasma de Nachtel. Plesk, Vio y Prenstaleraf formaban el sistema exterior, cada uno de ellos más frío, rocoso y diminuto que el anterior, a modo de puntos suspensivos al final de una frase. Escombros y cometas variados completaban el sistema.

Thrial era un anillo de oro blanco puro con venas de platino engarzado; se abría sobre unas bisagras ocultas hechas de lo que parecía ser diamante .13 extrusionado. Los planetas colgaban de lazos de un mercurio alotrópico igualmente inverosímil, y cada uno estaba representado por una muestra perfecta de la piedra preciosa relevante según la astrología piphrámica, calibrada de forma precisa para indicar el tamaño del planeta a escala logarítmica. Las lunas eran diamantes rojos, los asteroides eran polvo

de esmeraldas y los cometas un fleco de fibras de carbono oscuro acabadas en esferas microscópicas de oro blanco. La distancia de Thrial estaba representada mediante líneas de ancho molecular, grabadas de algún modo en los lazos ambivalentes de mercurio.

El Apéndice de la Estrella de la Corona, que era como se llamaba el collar desde hacía cuatro o cinco milenios, era sin lugar a dudas la joya más preciada de todo el sistema, contando tanto las existentes como las extraviadas. Por sí solo, gracias a su valor totalmente incalculable, el Apéndice de la Estrella de la Corona era el aval teórico para la moneda de la Troncada, para las garantías comerciales y para los bonos de las compañías de seguros. Solo su valor fundido y fragmentado podría haber mantenido a una familia noble de extravagancia media durante un siglo, más o menos, o incluso haber comprado el nombre de una casa menor, pero ese elemento de su precio era insignificante comparado con su valor intrínseco como algo precioso y misterioso que había sobrevivido de algún modo (y, en la medida de lo posible, había sido a menudo parte de) la frenética, enredada y febril historia de Golter.

Nadie sabía exactamente quién o qué lo había creado, para quién, cuándo o cómo.

Ni tampoco sabía nadie lo que era la Estrella de la Corona en sí, si es que había existido alguna vez. En Golter era igual de probable que, de haber existido, la Estrella estuviera escondida, rota o simplemente perdida.

Dondequiera que hubiese acabado la Estrella de la Corona, fuera lo que fuese, no cabía ninguna duda sobre el paradero de su Apéndice; estaba guardado en una cámara blindada especial dentro de un acorazado cerca del centro de la Troncada. Solo lo sacaban en contadas ocasiones, bajo fuertes medidas de seguridad; nunca jamás lo llevaba nadie puesto, y la inexpugnabilidad de su cámara (que en realidad era una caja de seguridad giratoria gigantesca, fabricada con tres mil toneladas de blindaje) se había convertido en los últimos años en una leyenda casi tan fabulosa como la del mismo collar.

Ethce Lebmellin observó desde su lujoso asiento en la tribuna cómo los dos ganadores de la regata recibían los vítores de la multitud mientras ascendían los escalones hacia él. El primer premio era una antigua y recargada copa de plata; estaba dispuesta delante de él, reluciente a la luz reflejada de las olas. El toldo de alegres rayas ondeaba y se agitaba en la brisa.

Lebmellin miró la copa, estudió su propio reflejo en su superficie curva y pulida. Un premio bastante estúpido para un pasatiempo bastante estúpido, pensó. El tipo de cosas con las que solían perder el tiempo las clases medias, con la idea de que así lograban algo en la vida.

Dentro de él creció un sentimiento familiar de asco y amargura. Se sentía usado e injuriado. Era como aquella copa; aquella chuchería decorativa y decorada en exceso. Como ella, lo habían sacado para atender a ciertas tareas ceremoniales, lo admirarían

un instante, lo usarían y después lo volverían a empaquetar sin pensárselo dos veces. Los dos estaban emperifollados, tenían poca utilidad aparente y estaban huecos. ¿Para eso había trabajado tanto?

Había pasado varios años en las Facultades de Diplomacia de Yadayeypon, había estudiado con dedicación mientras los listillos de clase baja se reían de sus laboriosos avances, y los educados herederos de las casas principales (y de las casas menores mejores que la suya) se mofaban de su ropa pasada de moda.

Y, ¿qué había recibido tras todas aquellas largas noches de estudio, tras todas las vacaciones no disfrutadas, tras todas aquellas burlas y miradas maliciosas? Una calificación mediocre, mientras que unos se habían abierto paso a través de borracheras, ronquidos y fornicaciones hasta llegar a un éxito extraordinario, y a los otros les daba lo mismo, ya que su simple nombre les garantizaba un puesto en algún negocio de la familia.

Dudaba que alguno de ellos lo recordara.

Un sinecura; un puesto de suma insipidez en una pequeña ciudad-estado de excentricidad pueblerina. Probablemente era justo lo que sus brillantes compañeros esperaban de él.

Se levantó para entregar la copa a las dos caras frescas y sudorosas. Dejó que le tocaran los guantes y que le besaran los anillos ceremoniales, aunque lo que realmente deseaba era apartar la mano y limpiársela, mientras sentía que todo el mundo lo miraba y pensaba en lo estúpido que parecía. Pronunció unas cuantas palabras predecibles y vacías, y después les entregó a los dos hombres su premio hueco. Ellos lo sostuvieron en alto y recibieron más vítores. Él miró a la multitud con desprecio.

Algún día me aplaudiréis a mí, pensó.

Se dio cuenta de que estaba sonriendo, pero supuso que era lo más apropiado, dado el regocijo general.

Pensó en aquel ladronzuelo venido a más de Miz Gattse Kuma y en aquella altiva aristócrata de ojos burlones y desdeñosos. ¿Queréis usarme para conseguir nuestro tesoro?, pensó, todavía sonriente, con el corazón latiéndole cada vez más rápido. ¿Creéis que podéis comprar mi toga y mi cooperación sin comprar al hombre que hay dentro, con sus propios deseos, ambiciones y planes? Bueno, pensó. ¡Tengo una pequeña sorpresa para vosotros, amigos míos!

Partida de limpieza

El Módulo de Reparación de Planta Procesadora de Nódulos de la Llanura Abisal se levantó un segundo antes de la medianoche, y sus circuitos y sensores establecieron rápidamente su posición, su estado interno y sus circunstancias externas, así como las instrucciones que tenía programadas.

Estaba en Golter, en una laguna poco profunda junto a la costa de Piphram, bajo la ciudad flotante llamada la Troncada; estaba totalmente operativo y recién puesto a punto, con todas las reservas, tanques, recámaras y baterías a un noventa y nueve por ciento o más de su capacidad; un subconjunto de instrucciones volvieron a familiarizarlo con el equipo y las armas extra que había recibido, y comprobó que dichos equipos también estaban preparados.

Su sensor de cúpula estaba a una profundidad real de veintisiete con diez metros; sus orugas se encontraban dos metros más abajo, hundidas en el lodo hasta una profundidad de cuarenta centímetros. Suponiendo que su cronómetro funcionara bien, la marea debería de estar a mitad de su reflujo. La quilla de un gran barco parado se encontraba ochos metros por encima del módulo. La luz era escasa y se filtraba a través de los huecos que, de vez en cuando, se abrían entre las naves distantes, en rayos que casi ni iluminaban el lodo; la firma de la luz indicaba que era artificial. Había una débil corriente, tan solo unos cuantos milímetros por segundo. El fondo marino estaba tranquilo; la misma agua retumbaba con un sonido incipiente y distante, una amalgama de ruidos que provenía de los barcos que se extendían a lo largo de kilómetros en todas las direcciones.

La calidad del agua era salobre, pobre en oxígeno y moderadamente contaminada con un amplio espectro de productos, aunque era relativamente transparente. Había un confuso revoltijo de basura y de restos, en su mayoría metálicos, desde los nueve metros de profundidad hasta casi la superficie del lodo. Los campos magnéticos lo rodeaban por todas partes con sus patrones estáticos; las fluctuaciones distantes eran motores. La actividad eléctrica era dispersa y omnipresente en los barcos de más arriba.

La radiación era normal, para Golter.

Sus instrucciones estaban claras. Se enderezó, después ajustó su flotabilidad soltando dos largos pesos de los costados; cayeron unos cuantos centímetros y se empotraron en el lodo, casi sin perturbar la superficie. El lodo todavía lo sujetaba, pero los motores lo liberarían. Arrancó de la forma más silenciosa posible, alimentando los motores en varios impulsos, de modo que pudo alejarse en un primer

momento con una lentitud mucho mayor que la de la corriente, para salir del lodo conforme la flotabilidad elevara sus orugas sobre la superficie del fondo.

Usó sus orugas e impulsores para acelerar con suavidad y prácticamente en silencio hasta alcanzar un paso de tortuga; después dibujó un amplio giro que lo llevaría hacia el destino que ya podía sentir. Era la quilla de un barco largo, cuyo perímetro, junto con el ángulo de la vela desde la manga y de proa a popa, y la profundidad del agua en la que se encontraba el barco, indicaba que era, o que había sido, un gran buque; probablemente de guerra.

En la parte superior de la superestructura de un trasatlántico de quinientos metros que antes surcara las lucrativas rutas entre Jonolrey y Caltasp, Ethce Lebmellin entró en la suite estatal cuando la recepción estaba en pleno apogeo. Iba vestido con todo el traje ceremonial; ropajes incómodos y suntuosos de color rojo, oro y azul, cubiertos de dibujos de criaturas marinas míticas y extintas, que hacían que cada paso se convirtiera en una batalla entre coloridos monstruos.

Los ayudantes de Lebmellin comenzaron a presentarlo a los invitados. Se podía escuchar a sí mismo respondiendo automáticamente conforme avanzaba a través de las etapas de saludos, preguntas y adulaciones. Dos décadas de formación y de asistencia a recepciones, banquetes y fiestas, primero en las academias y facultades de Yadayeypon, y después en la misma Troncada, le habían proporcionado a Lebmellin amplias reservas de la perfecta e intuitiva cortesía que exigían tales ocasiones.

Podía ver a Kuma al otro lado de la habitación; estaba presentándole gente a la aristócrata y a sus otros dos amigos; el hombre llamado Dloan (tan voluminoso y callado como todos los guardaespaldas que había conocido Lebmellin) y su hermana, de una belleza fascinante.

Resultaba patético lo ansiosa que parecía la gente por conocer a la noble que, quizá en tan solo unos días, se encontraría huyendo de los huhsz para salvar la vida. La aristócrata, de pie bajo las luces de brillantes colores que se encontraban cerca del centro de la sala de recepciones, se había quitado los zapatos; los pies desnudos estaban medio sumergidos en el espeso pelo de la suntuosa alfombra. Lebmellin odiaba aquella afectación aristocrática. Tuvo que reprimir una sonrisa burlona mientras compartía un chiste con un cortesano popular e influyente con quien no era sabio enemistarse.

Se rio con ganas, echando la cabeza atrás. Bien; Kuma estaba haciendo las presentaciones entre la mujer Franck y el Vigilante Jefe.

Unos minutos después de la medianoche, el trabajo de reparación de rutina de un buque factoría, a un par de barcos de distancia del que antes fuera el buque insignia

de la Armada Imperial Tiliana, el Devastador, acabó con una pequeña explosión en las sentinas del barco de fabricación.

El módulo de reparación sintió las débiles alteraciones en la borrosa silueta colgante de un barco lejano, después registró las ondas de choque al pasar a través de los cascos unidos de más arriba y, finalmente, oyó y sintió la explosión que se propagaba por el agua que lo rodeaba, mientras él seguía avanzando con silencio y suavidad a través del lodo, hacia el viejo buque de guerra.

La detonación del gas rompió varias placas exteriores del buque factoría y fracturó el aislamiento de un cable de potencia principal, de modo que cuando el agua se introdujo a través de los huecos en el casco del barco, se produjo un cortocircuito en el suministro eléctrico que afectó a varias docenas de barcos cercanos al corazón de la Troncada. Aquella parte de la ciudad se sumió en la oscuridad.

El módulo sintió cómo se debilitaban y morían los campos eléctricos que lo rodeaban, hasta dejar tan solo las firmas magnéticas de la misma estructura de los barcos.

Las luces de emergencia iluminaron los barcos durante unos cuantos segundos, hasta que sus generadores de reserva se hicieron cargo del trabajo y, uno a uno, las embarcaciones parpadearon hasta regresar a la luz. El centro de suministro eléctrico de la Troncada (que alimentaba los reactores de docenas de viejos submarinos y cuatro de los ocho buques nucleares que componían el Campo de Transporte) inició las comprobaciones necesarias para determinar dónde se había producido el cortocircuito, antes de empezar a redirigir la electricidad al área afectada.

El suministro eléctrico del Devastador tardó un poco más en restablecerse, ya que tenían que comprobar las alarmas. Cuando los sistemas del viejo buque de guerra volvieron a encenderse, gran parte del cableado de emergencia (reemplazado hacía unos cuantos meses como parte del programa de reacondicionamiento continuo del navío, llevado a cabo por una compañía eléctrica propiedad indirecta de Miz Gattse Kuma) se fundió al instante e inició numerosos incendios de escaso tamaño por todo el viejo barco. El sistema se volvió a cerrar. Los ingenieros de servicio del Devastador (quienes, junto con los guardias, constituían todo el personal nocturno del barco, unas cincuenta personas) se dispusieron a redirigir el suministro del generador, mientras los sistemas de control de incendios alimentados por baterías se encargaban de las llamas; consiguieron apagar la mayoría en unos pocos minutos.

El módulo se abrió paso flotando hasta el espacio oscuro bajo el silencioso buque de guerra, cuyo fondo ancho y plano colgaba suspendido tan solo a un puñado de metros por encima del suelo de lodo suave y negro.

Lebmellin luchó contra el deseo de mirar su reloj o de preguntarle la hora a un ayudante. Observó al viejo Vigilante Jefe caer bajo el hechizo de la mujer de cabello dorado. La aristócrata quedaba bastante eclipsada en su compañía. Zefla Franck

irradiaba luz; llenaba el espacio que la rodeaba de vida y belleza, y de una atracción que casi se podía saborear.

Sharrow tenía una especie de belleza tranquila y oscura, discreta a pesar de la fuerza de sus rasgos, y también inalcanzable, incluso para quien ignorara que formaba parte de una casa principal; era como un planeta oscuro y cubierto de nubes, envuelto en un misterio silencioso y frío.

Pero la Franck era como Thrial; como el sol; un resplandor que Lebmellin podía sentir en la cara al verla jugar y bromear con su superior inmediato. Y el viejo imbécil se lo estaba tragando todo, estaba picando, picando en su cebo.

Mía, pensó Lebmellin mientras la observaba hablar y reír, mientras saboreaba la forma en la que echaba la cabeza atrás y la forma exquisita de aquel cuello largo y tentador; mía, se dijo a sí mismo mientras fijaba la vista en la mano de Zefla, que tocaba los delicados bordados de la tela del brazo del Vigilante Jefe.

Serás mía, le dijo Lebmellin a la generosa masa de pelo dorado, a sus pícaros ojos, a su perfecta, ágil y hasta ligeramente contoneante y cambiante figura, y a la sugerente suavidad de su voz y de su boca. Mía, cuando esto acabe y pueda tener lo que desee. Mía.

El Vigilante Jefe se ofreció a enseñarle la Troncada a los Franck desde su yate. Ella aceptó; su hermano declinó la oferta con elegancia, ante el evidente alivio del Vigilante Jefe. Salió de allí con rapidez, con Zefla del brazo, y sólo se llevó consigo a sus dos guardaespaldas, a su secretario privado, a su mayordomo, a su chef y a su médico; dejó al resto de miembros de su séquito atrás, al principio un tanto incómodos, pero después relajados y dispuestos a divertirse.

La energía principal se volvió a conectar a través de una ruta distinta antes de volver a enganchar el generador del Devastador al circuito. Cuando los circuitos del buque de guerra cobraron vida de nuevo, muchas de las alarmas saltaron. Todavía quedaban docenas de pequeños incendios a bordo y, aunque también pudieron extinguirlos poco después de que regresara la luz, había humo en muchos de los espacios del barco; consiguieron extraer el humo del buque poco a poco cuando su sistema de ventilación volvió a funcionar a regañadientes.

Las alarmas siguieron sonando, se negaban a ser reiniciadas sin dispararse. Los ingenieros y técnicos de guardia se rascaron la cabeza y realizaron varias comprobaciones.

Tardaron algunos minutos en darse cuenta de que no estaban tratando con una serie de persistentes alarmas falsas entrelazadas y de que algo iba realmente mal.

Para entonces, el módulo ya había usado un cordón térmico para cortar el blindaje antiminas del barco, un poco a babor de la quilla del buque, justo bajo la cámara del Apéndice. Retrocedió un poco para dejar que el disco de tres metros, de metal con bordes al rojo blanco, cayera al lodo y desapareciera; después entró a través de la

espesa nube de lodo removido hasta encontrarse bajo el agujero. Reconfiguró sus orugas y el chasis del motor para obtener una forma de mínimo corte transversal, de tubería de gran diámetro, y después flotó hasta el interior de la sentina inundada.

El Apéndice de la Estrella de la Corona estaba en lo que había sido el polvorín de la torreta B. El polvorín y la torreta que tenía encima habían sido diseñados para rotar como una sola unidad y apuntar con las tres pistolas de cuarenta centímetros; ya había sido blindado para su primera función, pero al convertirlo de polvorín en cámara lo habían reforzado con una armadura extra de titanio, además de sellar todas sus entradas menos una, de modo que una vez que lo habían hecho girar para alejarlo de la abertura en el manguito del cilindro del polvorín, solo se podía entrar atravesando al menos un metro de chapa blindada.

El módulo colocó bajo la base de la cámara del polvorín una carga bastante más grande que cualquiera de los proyectiles que el Devastador hubiera disparado. Después se arrastró hacia un lado del compartimento inundado, introdujo todos sus sensores superficiales en el caparazón blindado y apagó por completo sus dispositivos de escucha.

La detonación hizo temblar todas y cada una de las sesenta mil toneladas del Devastador. Hizo que la gente enarcara las cejas y que tintinearan los cubitos de hielo de los vasos de los barcos cercanos. Dos técnicos senior de la sala de control de seguridad del buque se miraron el uno al otro, y después pulsaron el botón de máxima emergencia. Todas las alarmas del barco que todavía no habían sonado, lo hicieron de inmediato.

Lebmellin recibió la llamada unos tres cuartos de hora después de la medianoche; estaba esperándola, así que notó cómo se paralizaba su ayudante de comunicaciones al escuchar algo más importante que la cháchara normal de noticias internacionales e informes sobre los sistemas de la Troncada que solían llegarle a las conexiones del tímpano. La ayudante cerró un ojo para comprobar la pantalla del párpado.

El hombre de comunicaciones del Vigilante Jefe ya estaba hablando a través de un broche telefónico. La ayudante de Lebmellin le dio un golpecito en el hombro y pronunció el código que él ya estaba esperando.

—Señor; un representante del Tribunal se ha presentado de forma imprevista. Está a bordo del Princesa de Caltasp.

—Vaya por Dios —dijo Lebmellin. Se dirigió al empresario con el que estaba hablando para disculparse.

—¡Está en la cubierta F! —dijo el jefe de seguridad mientras daba un golpe en la consola y miraba a su alrededor, en la atmósfera nublada por el humo de la sala de control, donde la mayoría de las superficies emitían luz y todos los asientos estaban

ocupados por personas que pulsaban botones y hablaban muy deprisa por teléfono, mientras pasaban las páginas de los manuales—. Oh, disculpe, Vicevigilante —dijo tras levantarse de un salto.

Lebmellin dejó a sus ayudantes en el pasillo, entró en el centro de la sala y recorrió con la mirada los paneles y paredes de luces parpadeantes.

—Bueno —dijo con su mejor tono de voz, una mezcla de calma y decisión—. ¿Qué está ocurriendo, jefe?

—Algo ha entrado en la cámara, señor. Se ha introducido directamente después de un apagón; está a tan solo dos mamparas (unas mamparas bastante finas) de la cámara central. Debería activarse el último foso, pero como nada ha conseguido detenerlo... —se encogió de hombros—. Ha bloqueado la cámara, señor, pero no puede salir; tenemos dos microsubmarinos bajo el agujero y cuatro (dentro de poco seis) unidades de orugas en espera a un lado del casco, además del submarino de guardia, que está de camino al espacio accesible más cercano, con sus submarinistas preparados, y todas las cubiertas en un radio de doscientos metros están vigiladas. Hemos informado a la infantería de marina de la ciudad, y nos han confirmado que tienen aviones y más hombres a la espera. El Vigilante Jefe está...

—Indispuesto, según creo —dijo Lebmellin con suavidad.

—Sí, señor. No está disponible, señor, así que nos pusimos en contacto con usted.

—Muy bien, jefe —dijo Lebmellin—. Por favor, vuelva a su puesto.

El módulo se introdujo en la cámara central en medio de una nube de humo, con el caparazón al rojo vivo. Una ametralladora surgió de la pared y lo acribilló; la máquina siguió avanzando a pesar de todo, arrastrando una oruga destrozada tras de sí. Tenía arrancado uno de los brazos, y la carcasa estaba abollada y rajada en varios puntos.

El gas entró a borbotones en el espacio circular y lo llenó de humos invisibles que hubieran matado a un humano en segundos. La máquina rodó con dificultad y chirrió hasta llegar al centro de la cámara, donde un manguito de titanio había descendido del techo para cubrir la vitrina de cristal transparente del Apéndice.

El módulo lanzó un pasador de fusión de carga conformada al punto en el que el manguito de titanio desaparecía en el interior del techo; penetró en el blindaje y bloqueó el descenso del manguito. Se disparó un arma de impulsos que llenó de chispas la cámara brumosa y gaseada, pero que no consiguió desbaratar los circuitos electrónicos del módulo.

La máquina extrajo lo que parecía una alfombra muy gruesa, de un metro de ancho, de un compartimento blindado bajo su caparazón; envolvió con torpeza la columna de titanio en la alfombra usando su único brazo fuerte operativo, y después activó el impulso de luz que disparaba el cortador; la carga abrió cuatro grietas microscópicas en el metal, y un metro de manguito de titanio cayó al suelo para dejar

al descubierto la cúpula intacta de cristal que había dentro, en la que se encontraba el Apéndice de la Estrella de la Corona, como un racimo de semillas dentro de una fruta partida por la mitad.

El módulo sacó su brazo más delicado de una rendija del costado y lo acercó a la cúpula de cristal, con un cortador hipersónico zumbando en la punta del brazo larguirucho. Realizó una incisión alrededor de la base de la gruesa cúpula, la levantó con cuidado y la depositó en el suelo; después se dispuso a coger el Apéndice, que estaba sobre una pendiente de tela negra con forma de cuello.

Los tres dígitos multiarticulados se cerraron en torno al collar, girándose y ajustándose conforme se acercaban, como si no estuvieran muy seguros de cómo cogerlo.

Entonces frenaron y se detuvieron.

El módulo emitió una especie de jadeo chirriante y pareció derrumbarse sobre sus orugas. El brazo que pretendía coger el Apéndice cayó laxo y desequilibrado, con los dedos de metal y plástico a tan solo unos centímetros de su objetivo. Los dedos temblaron, se flexionaron una última vez y cayeron.

Del caparazón del módulo salió humo, que se unió al gas y a los demás humos que ya llenaban la cámara. La máquina destrozada dejó escapar algo semejante a un gruñido.

Tuvo que pasar un cuarto de hora para que los motores de emergencia pudieran ponerse de nuevo en movimiento y hacer girar la cámara, de forma que su puerta y la puerta del manguito del polvorín quedaran alineadas, y para que la cámara central estuviese lo bastante fresca y limpia de gases como para que entraran Lebmellin, el Jefe de seguridad y los otros guardias.

Llevaban máscaras de gas; pasaron por encima de trozos de metal todavía ardiente y encontraron el módulo donde se había detenido, con el delgado brazo metálico extendido para coger el Apéndice. Los guardias lo miraron con recelo; su jefe observó los destrozos de la cámara con una expresión de furia incrédula.

Lebmellin pisó con cautela un trozo de titanio rebanado mientras se sostenía la toga para mantenerla lejos de la cubierta llena de escombros. —Quizá tengamos que cambiarle el nombre al barco y ponerle el Devastado, ¿no, jefe? —dijo mientras se reía detrás de la máscara. El Jefe de seguridad le dedicó una fría sonrisa. Lebmellin fue hasta el collar y lo miró atentamente sin tocarlo.

—Será mejor que tenga cuidado, señor —le dijo el Jefe de seguridad con la voz sofocada por la máscara—. Todavía no sabemos si esa cosa está realmente muerta.

—Hmm —respondió Lebmellin. Miró a su alrededor y después le hizo un gesto con la cabeza al Jefe de seguridad, que hizo que los guardias salieran de la cámara.

Los dos hombres fueron hasta un puesto de mangueras de metal situado en la pared, y ambos insertaron unas pequeñas llaves en lo que parecía un tirador normal,

sin cerradura. El dentado armario de acero dulce se abrió de golpe, y Lebmellin metió la mano bajo los restos de una antigua manguera de tela para extraer un paquete envuelto en trapos limpios.

Lebmellin apartó los trapos para revelar el verdadero Apéndice de la Estrella de la Corona que, por supuesto, era demasiado valioso como para dejar la cámara o colocarlo exactamente donde la gente pensaba que debía estar. Los dos hombres cogieron las lupas que llevaban en el bolsillo y miraron el collar. Ambos suspiraron a la vez.

—Bueno, jefe —dijo Lebmellin. Se metió en la toga la mano que no llevaba el Apéndice y se rascó el pecho—. Está aquí, pero vamos a tener que rellenar un buen montón de impresos, probablemente por triplicado.

Justo en ese momento, el módulo emitió un ruido parecido a un disparo y se movió brevemente sobre sus orugas antes de volver a quedar en silencio. El jefe de seguridad se dio la vuelta, con los ojos muy abiertos y el inicio de un grito en la garganta. Al cabo de un momento, se volvió de nuevo.

—Probablemente se esté enfriando —dijo con una sonrisa avergonzada.

El Vicevigilante no parecía impresionado.

—Sí, jefe. —Cubrió el collar que tenía en la mano con los trapos y lo puso de nuevo en el puesto de mangueras; lo cerraron juntos.

Lebmellin señaló la máquina.

—Que los hombres saquen esa cosa por donde ha venido —dijo—. Que las unidades bajo el barco se la lleven; no queremos que pase ninguna tontería, como autodestrucciones o algo por el estilo, ¿verdad?

—No, señor —el Jefe de seguridad parecía dolido—. Aunque, por supuesto, puede que haga justo eso si intentamos moverlo.

Lebmellin miró con intención el armario de las mangueras.

—Solo el Vigilante Jefe y cinco miembros del Consejo de la Ciudad pueden mover lo que está ahí dentro; por esta noche, no tenemos más remedio. Tiren a esa maldita cosa por el agujero por el que entró y asegúrense de que este lugar esté muy bien vigilado.

—Sí, señor.

—Y ahora vayámonos; aquí dentro el olor es realmente lamentable, incluso con la máscara, el pelo me va a apestar días y días. Dígales a los guardias que entren.

—Señor.

Supervisaron la retirada del collar que el módulo había estado a punto de coger; Lebmellin fue hacia los cincuenta marines armados que escoltaban a dos nerviosos vicepresidentes de banco hacia la segunda cámara acorazada más segura de la Troncada, en la rama local del Primer Banco Internacional, en una barcaza de hormigón construida a medida sobre una antigua plataforma petrolífera.

Lebmellin dejó el banco en su aerodeslizador oficial, junto a sus ayudantes. El Jefe de seguridad lo llamó desde el Devastador. Habían izado el módulo para llevarlo

hasta la parte inferior del barco sin ningún incidente, y un vehículo de orugas de la marina lo estaba arrastrando bajo el casco para alejarlo de allí.

—Muy bien —dijo Lebmellin mientras miraba a través de la cubierta de la cabina hacia las nubes iluminadas por la luz de la chatarra. Sonrió a su ayudante de comunicaciones y a su secretario oficial, mientras se preguntaba cuál de ellos trabajaría para Kuma. Probablemente ambos.

Respiró hondo y mantuvo una mano bajo el pecho al hacerlo, como si se quedara sin aliento. Sonrió con beatitud.

—Creo que el señor Kuma había organizado una fiesta tras la recepción; vayamos a ver lo que queda de ella, ¿de acuerdo? No tenéis por qué quedaros; os podéis marchar a disfrutar de un bien merecido descanso.

—Señor.

La fiesta de Miz Gattse Kuma en el viejo transbordador de tráfico mixto empezaba a perder fuelle. En la cubierta superior de coches del transbordador había una pista de baile; en la cubierta inferior de trenes había media docena de vagones de tren equipados con bares. El transbordador era una adquisición reciente, amarrada en el borde exterior de la Troncada, con vistas al saco terreno de la laguna y al mar más allá de la misma, unido al resto de la ciudad tan solo a través de planchas corrientes. Gracias a sus estabilizadores, el barco podía mecerse de lado a lado para simular una corriente oceánica moderada, lo que a todos los invitados, salvo a los más sensibles, les había parecido realmente divertido.

Lebmellin subió al puente del viejo transbordador, hizo caso omiso de la fiesta que se dispersaba y saludó con la cabeza a los fornidos miembros del equipo de seguridad de Kuma. Tenía la boca seca y se dio cuenta de que temblaba, en parte como reacción retardada ante el robo del Apéndice y en parte por la expectación de lo que estaba a punto de ocurrir.

El ancho puente de luces rojas estaba casi vacío; habían quitado casi todos los instrumentos de navegación. Los otros estaban allí; la mujer noble, Kuma y Dloan Franck. Todos llevaban ropas de calle. La aristócrata llevaba una pequeña mochila al hombro. Le hizo un gesto a Kuma (que estaba relajado, con una copa en la mano) y se movió hacia un charco de luz sobre una mesa de navegación que sostenía una bandeja de bebidas, con relucientes copas de cristal.

—¿Tiene la pieza, señor Lebmellin? —preguntó Kuma.

—Aquí —respondió Lebmellin tras sacarla de la toga. La puso sobre la mesa y abrió la tela. Los tres se acercaron para mirarla.

Observó a los miembros del grupo mientras ellos observaban a su vez la joya con la boca abierta. Intentó ver qué los hacía diferentes, cómo aquel virus SNV, aquel antiguo fragmento de sabiduría científica, los había cambiado, los había infectado a unos con los otros de algún modo, los había hecho capaces (de vez en cuando, según se rumoreaba) de anticipar las reacciones de los otros mejor que los gemelos idénticos. Había investigado bien al señor Kuma; conocía su pasado y sabía cómo

aquella droga viral lo había alterado (a él y a los otros) para siempre. Pero ¿cómo se mostraba? ¿Se podía ver? ¿Se podía detectar en sus voces? ¿Estaban reaccionando de forma similar en aquellos momentos? ¿Pensaban las mismas cosas todo el tiempo? Frunció el ceño mientras los miraba e intentaba ver algo que sabía que no podía verse.

Total, pensó mientras reprimía una sonrisa; a pesar de todos sus fabulosos poderes, no eran menos inmunes que los demás al hechizo del collar.

El Apéndice de la Estrella de la Corona no decepcionaba. Relucía, la luz se deslizaba por sus imposibles lazos de mercurio como si creara su propio brillo, puro y limpio; como si fuera parte de algo todavía más fabuloso, perteneciente a un plano de la existencia más bello, que se hubiera introducido en el universo mundano por accidente.

Lebmellin los miró con una sonrisa de satisfacción. Hasta la aristócrata se había dignado a sentirse impresionada. Por el rabillo del ojo percibió movimiento al otro extremo del puente y le pareció escuchar un golpe ahogado en la parte de arriba. Franck, el que parecía un guardaespaldas, levantó la mirada.

—Es precioso —dijo Sharrow en voz baja.

—Pero puede que le resulte más fácil gastar esto —dijo Kuma mientras soltaba una bolsa escondida en la mesa, junto al collar. Tiró de la cuerda, abrió la bolsa y dejó al descubierto una docena de esmeraldas de tamaño medio.

—Bastante más —dijo Lebmellin. Levantó la bolsa y miró las piedras verdes con una sonrisa.

—Esto se merece una copa —dijo Kuma; alzó una de las licoreras de cristal. Le sirvió a Lebmellin un licor con vetas doradas de Speyr.

—Deje que le enseñe un brindis de Yadayeypon, señor Kuma —dijo Lebmellin tras meterse la bolsa de esmeraldas en la toga. Cogió la copa del otro hombre, se sirvió su contenido en su propia copa (las vetas doradas giraban en el líquido celeste) e invirtió el proceso hasta finalmente verter la mitad del líquido de nuevo en su propio vaso. Le devolvió la copa a Kuma, que sonreía con tolerancia.

—¿Por qué brindamos? —Preguntó Kuma—. ¿Por los envenenadores ausentes?

—Por supuesto —sonrió Lebmellin.

Las ventanas a ambos lados del puente se resquebrajaron y rompieron justo cuando la puerta del puente se abrió de par en par; de repente, el puente estaba lleno de hombres con monos negros y pistolas de aspecto inverosímil. Dloan Franck iba a coger su pistola, pero se detuvo. Levantó los brazos lentamente.

Lebmellin ya había sacado su pistola. Kuma se volvió hacia él, todavía con la copa en la mano, con aspecto de estar algo molesto.

—Lebmellin —dijo—. ¿Has perdido la puta cabeza?

—No, señor Kuma —respondió Lebmellin tras coger el Apéndice y volver a metérselo en la toga, mientras sus hombres desarmaban a los tres amigos—. Aunque puede que usted pueda perder mucho más.

Uno de los hombres de negro le entregó a Lebmellin un dispositivo con forma de media luna, como una tiara; Lebmellin se lo puso en la cabeza. Los otros hombres estaban haciendo lo mismo. Dloan Franck miró con un profundo surco en el ceño la pistola del hombre que tenía más cerca. Una pequeña luz roja parpadeó en el visor nocturno de la pistola.

—Lebmellin, viejo amigo —dijo Kuma con algo parecido a la tristeza—, a no ser que tengas un ejército ahí afuera, esto podría acabar siendo muy desagradable. ¿Por qué no vuelves a dejar la pieza sobre la mesa y nos olvidamos de lo ocurrido?

Lebmellin sonrió; le hizo un gesto con la cabeza a otro de los hombres de negro que tenía un cubo de metal liso de unos treinta centímetros. Colocó la caja sobre la mesa de navegación; tenía un gran botón rojo en la parte superior.

—Esto —dijo Lebmellin— es una Bomba Mental. —No parecían muy impresionados. La aristócrata y Kuma miraron a Dloan Franck, que se encogió de hombros—. Esto —siguió Lebmellin— hará que cualquier persona a cincuenta metros a la redonda pierda la consciencia durante media hora; a no ser que lleve puesta una de estas cosas —añadió tocándose la tiara. Kuma miró a Lebmellin, al parecer horrorizado. Dloan miró a Sharrow, que sacudió ligeramente la cabeza—. Infelices sueños, amigos —dijo Lebmellin. Pulsó el botón rojo con fuerza.

Sharrow se aclaró la garganta. Miz Gattse Kuma se rio por lo bajo.

Dloan Franck todavía miraba la pistola del hombre de Lebmellin. La pequeña luz roja del lateral acababa de apagarse. El hombre también miraba la pistola. Tragó saliva.

Lebmellin se quedó mirando a las tres personas, que todavía seguían en pie, junto a la mesa de navegación; después dio un paso adelante y volvió a apretar el botón rojo lo más fuerte que pudo.

Como si fuera una señal, la mujer y los dos hombres se apartaron de la mesa al mismo tiempo y se giraron para, respectivamente, golpear con el puño, la pierna y la cabeza a los tres hombres que tenían más cerca; Dloan y Sharrow derribaron a los dos hombres que les habían quitado las armas, mientras estos todavía intentaban hacer funcionar sus rifles. Miz intentó coger a Lebmellin, pero este se apartó de la mesa, cayó hacia atrás y avanzó a tumbos por la cubierta del puente iluminado de luz roja.

Cuatro cuerpos con trajes negros yacían en el suelo detrás de la mesa de navegación; todos los demás parecían estar luchando; otro hombre cayó sobre cubierta; la aristócrata se sentó sobre él, lo golpeó y le arrancó algo de la ropa. Lebmellin vio a dos de sus hombres en la entrada del puente; apuntaban con los rifles a la melé, pero empezaron a sacudirlos cuando vieron que no funcionaban. Sharrow disparó la pistola que había recuperado, y uno de los hombres de la puerta cayó al suelo entre gritos, agarrándose el muslo; el otro tiró la pistola y salió corriendo.

Lebmellin también corrió; llegó al final del puente y pasó a través de la ventana destrozada. Alguien gritó detrás de él. Cayó sobre la cubierta, a popa de la ventana rota, y se dio un buen golpe al aterrizar.

Sharrow se puso de pie y corrió detrás de Lebmellin; lo vio cojear por la cubierta exterior. Saltó por la ventana y aterrizó sobre algo pequeño y duro que había tirado sobre la cubierta de metal, como un guijarro. Una lancha motora a propulsión, grande e impecable, estaba atada al casco del transbordador. Apuntó con el cañón manual a Lebmellin, que estaba a veinte metros. Alguien gritó un desafío desde el otro extremo de la cubierta; la voluminosa figura del Vicevigilante derrapó y se detuvo; Lebmellin volvió la vista atrás, dudó y se tiró por la barandilla hacia la oscuridad.

Sharrow lo observó dar tumbos; rebotó en la góndola del motor de estribor de la lancha y cayó laxo al agua negra. Un segundo más tarde se desplegó una puerta a medio camino de la cabina del navío y salió una figura, que también se lanzó al agua.

—¿Qué está pasando? —preguntó Miz desde la ventana rota del puente. Sharrow lo miró y se encogió de hombros.

—Muchas cosas —respondió, y miró a cubierta para ver qué tenía bajo el pie. Era el Apéndice de la Estrella de la Corona—. Oh —dijo—, he encontrado la pieza. —La recogió con elegancia.

—Bien —dijo Miz. Los motores amortiguados de la lancha se revolucionaron; la lancha comenzó a moverse hacia delante, y después los motores chillaron y se alejó entre las olas, lanzando espuma desde el casco al acelerar y elevarse sobre dos grupos de patas con forma de «A»; era una hidroala.

Miz y Dloan se unieron a Sharrow en la barandilla; la hidroala negra se alejó en la noche, con los dos conos gemelos de luz azul y rosa que emitían sus motores. Dloan sostuvo la caja metálica que Lebmellin había llamado «Bomba Mental» (la tapa se abría con bisagra) y que llevaba uno de los hombres de negro.

—Mira —le dijo a Miz, mientras Sharrow forzaba la vista para escudriñar el agua oscura. Dloan abrió la culata del rifle y sacó algunos cables—. Aturdidores sinápticos normales con un interruptor controlado por radio. —Dloan sostuvo en alto la Bomba Mental, que estaba vacía, salvo por un diminuto circuito electrónico—. Y un transmisor de radio...

Miz paseaba la mirada perplejo entre Dloan y la caja vacía.

—Creo que veo a alguien... —dijo Sharrow haciendo visera con la mano.

—¡Hola! —una débil voz de mujer surgió de las olas.

—¿Zefla? —preguntó Dloan tras dejar la pistola y la caja en el suelo.

Una voz le respondió con sarcasmo.

—No, pero puede dejarle un mensaje.

A Sharrow le pareció ver a Zefla, su cabeza rubia se movía sobre el agua.

—¿Qué haces ahí? —le preguntó.

—¿Esperar una cuerda, quizá?

—Si te vas a poner tonta, puedes buscar a Lebmellin. Está por ahí abajo. ¿Lo ves?

—No. Y sobre esa cuerda...

Justo antes de que le tiraran una escala de cuerda, Lebmellin se chocó con Zefla. El cadáver pasó flotando por su lado, bocabajo, con el cráneo distorsionado y

rezumando sangre.

Zefla retuvo el cadáver un momento. Miz frunció el ceño.

—¿Qué haces, Zefla? —le preguntó.

—Ver si este traicionero hijo de puta tiene las esmeraldas.

—Na, no te molestes —le dijo Miz—. De todos modos, eran falsas.

Zefla gruñó. Sharrow miró con expresión severa a Miz, y este le respondió con una amplia sonrisa.

—¿No es genial? —dijo Miz con un sonoro suspiro—. ¡Igual que en los viejos tiempos!

Sharrow sacudió la cabeza, aseguró la escalera y le tiró el otro extremo a Zefla.

La ayudaron a pasar por encima de la barandilla: solo llevaba unas braguitas y una combinación corta negra.

—¿Estás bien? —le preguntó Sharrow.

—Sí, bien —respondió Zefla, chorreando—. Mataron al Vigilante Jefe, le hundieron el yate y me secuestraron. —Comenzó a escurrirse el pelo—. ¿Cómo os ha ido la noche a vosotros?

—Te lo contaremos más tarde —respondió Miz tras darle la espalda a uno de sus hombres—. Las fuerzas de seguridad de la Troncada y los marines están en camino —le dijo a Sharrow.

Ella se metió el Apéndice en la mochila.

—Vámonos.

Su ruta los llevó a las entrañas del barco, donde dejaron atrás a dos de los pistoleros a sueldo de Miz, que parecían nerviosos; les dijo a los guardias que detuvieran a cualquiera que intentara seguirlos.

Una plancha justo por encima del nivel del mar conducía desde la popa del transbordador a un barco de pasajeros más grande; mientras cruzaban oyeron disparos y el ruido de los helicópteros. Miz le dio una patada al extremo de la plancha para que cayera al agua una vez al otro lado.

Corrieron a través del espacio sonoro y desierto que antes fuera la sala de máquinas del barco. En el otro extremo había una puerta abierta con soplete, con la pintura del metal recocado todavía medio quemada y pelada en la zona donde habían aplicado la llama.

Un corto pasillo de tuberías de diámetro grande llevaba hasta otra puerta similar; cuando Miz la cerró detrás de ellos, se encontraron en el fondo de un espacio enorme, alto y con mucho eco; las paredes de metal desnudo se elevaban hacia la oscuridad. Una sola bombilla amarilla lucía débilmente, colgada de la punta de un cable que descendía desde las sombras. El aire olía a rancio y a metal.

—Un viejo petrolero —dijo Miz sin aliento mientras abría la marcha a través del suelo encharcado del enorme tanque. Sus sombras oscilaban sobre el suelo del tanque como las manillas de un reloj—. Hay barcas en un muelle unos cuantos tanques más adelante.

—Espero que sean rápidas —dijo Zefla.

—Nop —respondió Miz—. Mis hombres se quedaron con esas; nosotros tenemos un antiguo velero con motor eléctrico. Nos llevará al puerto deportivo de la orilla. No se lo esperarán.

—Eso es lo que dices tú —dijo Sharrow.

Siguieron corriendo, saltaron los perfiles metálicos que constituían los nervios del barco y se agacharon para atravesar un par de puertas abiertas con soplete que daban a otros tanques.

Sharrow sintió un dolor agudo en las costillas inferiores que la hizo jadear.

Siguió corriendo con la mano en el costado.

—¿Estás bien? —le preguntó Zefla. Sharrow asintió y les indicó a los demás que siguieran avanzando.

—Es solo flato; seguid. Entonces se apagaron las luces.

—Mierda —oyó Sharrow decir a Miz. El sonido de las pisadas que la precedían se frenó. Una luz muy débil surgió delante de ellos, al parecer en algún punto a un par de tanques de distancia.

—Probablemente sea un fusible, no acción enemiga —dijo Miz—. Tened cuidado con los perfiles. ¡Ay!

—¿Has encontrado uno? —le preguntó Zefla. Se oyó una explosión amortiguada detrás de ellos, seguida de unos golpes distantes.

—¡Joder! —gritó Miz.

—Es una de esas noches, ¿verdad? —dijo Zefla.

—Sí —respondió Miz—. Te apuesto lo que sea a que cuando llegemos a Aïs está lloviendo. Venga, vamos.

Corrieron. El dolor que Sharrow sentía en el abdomen fue a más, y también empezó a dolerle la pierna; eran unos puñales que se le clavaban con cada paso.

—¿Sharrow? —oyó decir a Dloan en la oscuridad, mientras la silueta de Miz atravesaba la pared para subir a otro tanque.

—Aquí —jadeó mientras se tambaleaba—. Seguid avanzando, joder; estoy aquí, estoy aquí.

Los otros se alejaron más. Cruzaron a otro tanque, corría dando bandazos entre los perfiles metálicos y pisando invisibles charcos de agua. Las piernas le ardían de dolor; apretó los dientes y se le escaparon algunas lágrimas. Zefla y después Dloan atravesaron la puerta que daba al siguiente tanque. El dolor se hacía cada vez peor. Oyó cómo uno de ellos le preguntaba algo.

—¡Seguid avanzando! —chilló ella; luchaba contra el deseo de gritar, aterrada por lo que le estaba pasando, pero decidida a enfrentarse a ello.

De repente, sintió como si le aplastaran la cabeza en un torno, y una ola de dolor la barrió de los hombros a las pantorrillas, como si alguien la estuviera desollando viva. Se tambaleó y se detuvo; notaba sangre en la boca.

Notó un ruido de metal deslizándose con pesadez sobre metal, después una fuerte

detonación de dolor dentro de la nuca. Se derrumbó sobre la fría cubierta de metal, inconsciente antes de tocar el suelo.

Sabía que no llevaba mucho tiempo inconsciente; quizá un minuto o dos. Podía oír algunos golpes a lo lejos y le parecía escuchar a alguien gritando su nombre. El dolor había desaparecido. Estaba encogida en posición fetal, sobre la cubierta, apoyada en el costado derecho dentro de un charco poco profundo. La mochila abierta yacía en otro charco, a un metro de distancia. Le dolían las rodillas y la frente, y le daba la sensación de que se había mordido la lengua. Había vomitado; los restos se esparcían lentamente por el charco que tenía delante. Gruñó y se incorporó vacilante, con el pelo húmedo sobre la cara. Sacó la mochila del charco, escupió y miró a su alrededor. De repente había mucha luz en el tanque; mucha más de la que había antes del apagón.

Miró detrás de ella. Sentados en un par de tumbonas de colorines había dos jóvenes idénticos. Tenían unas caras frescas, relucientes, de color rosa cobrizo, en unas cabezas totalmente calvas, y llevaban unos sencillos trajes grises ceñidos. Tenían los iris de color amarillo. Uno sostenía lo que parecía ser una muñeca desnuda de plástico. Sharrow tenía la vaga sensación de que los conocía. Sonrieron los dos a la vez.

Ella desvió la mirada, pero cuando volvió a mirar seguían estando allí. El tanque se había quedado en silencio. Una estrecha escalera de metal apoyada en una pared del casco conducía a través de una serie de tramos escalonados al nivel de cubierta del barco.

Miró las dos puertas del tanque; ambas estaban selladas con compuertas de metal unidas a algún tipo de mecanismo deslizante. Algo que parecía un cilindro de gas presurizado yacía en el suelo del tanque junto a los dos jóvenes; una manguera se retorció por el suelo hacia el mamparo que llevaba al siguiente tanque. Podía oír un siseo. Se dobló fingiendo náuseas y se palpó la chaqueta en busca de la pistola.

No estaba.

Un impresionante dolor en la espalda y en los hombros la obligó a gritar y a enderezarse de golpe. Desapareció casi al instante; cayó de nuevo al charco y se quedó mirando las crueles luces blancas del techo del tanque.

—¿Estás buscando tu pistola, lady Sharrow? —le preguntó uno de los amables jóvenes. El eco de su voz resonó en el tanque.

Sharrow se obligó a volver a sentarse. Los dos jóvenes sonreían encantados, sentados con las piernas cruzadas exactamente en el mismo ángulo. Las luces del techo se les reflejaban en las calvas y hacían que les brillaran los ojos dorados. Un joven seguía con la muñeca en la mano; el otro llevaba la pistola de Sharrow.

Sharrow recordó en aquel momento dónde había visto a uno de ellos; en la orilla de cristal de Issier, en el vehículo disfrazado de limpia playas. Sonrieron otra vez, al

unísono. —Hola de nuevo —dijo el que llevaba la pistola—. Gracias por dejarte caer por aquí. —Esbozó una sonrisa radiante y realizó un movimiento circular con la pistola—. Te marchaste de forma tan precipitada de nuestra anterior reunión, lady Sharrow, que me pareció que no habíamos tenido la oportunidad de hablar de verdad, así que se me ocurrió organizar otro encuentro.

—¿Dónde están mis amigos? —preguntó ella con voz ronca.

—Deben de estar ya en su pequeño barquito, supongo —dijo el hombre de la pistola—. O, si no, los habrán gaseado y asesinado al otro lado de esta pared —dijo mientras señalaba con la cabeza al mamparo, sin dejar de sonreír.

—¿Qué queréis? —dijo ella con cansancio. El olor de su propio vómito le llenó las fosas nasales y sintió náuseas de nuevo. Los dos hombres se miraron el uno al otro; era como ver a alguien mirarse en un espejo.

—¿Que qué queremos? —preguntó el mismo de antes—. Bueno; nada que no tengamos ya, en cierto sentido, supongo. —Se metió la pistola en un bolsillo interior de su sencilla chaqueta gris, sacó el Apéndice de la Estrella de la Corona, sonrió con felicidad delante del collar y volvió a introducirlo en la chaqueta—. Tenemos la baratija, que es lo principal —sonrió—. Y, por supuesto, te tenemos a ti, preciosa dama. —Señaló con la cabeza a su gemelo, que sostenía la muñeca; este pinchó con un dedo la entrepierna de la figura.

Un dolor increíble e imposible se extendió por las ingles y la barriga de Sharrow. Gritó, se volvió a doblar de dolor y gimió mientras temblaba, sacudida por las convulsiones sobre la cubierta.

El dolor disminuyó poco a poco.

Se quedó allí tumbada, respirando con dificultad, con el corazón a cien. Después se dio la vuelta a rastras hasta que pudo ver de nuevo a los dos jóvenes. El que había estado hablando antes se reía en silencio.

—Seguro que eso ha tenido que picar, ¿eh? —Sacó un pequeño pañuelo de un bolsillo del pecho y se secó los ojos. Lo guardó y recuperó la compostura—. Bueno, pasemos a los negocios. —Formó un cilindro con el puño, se lo llevó a la boca y se aclaró la garganta con aire teatral—. El cuerpo es un código, mi querida lady Sharrow, y nosotros tenemos el tuyo. Podemos hacer lo que mi atractivo ayudante acaba de hacerte en cualquier momento, en cualquier parte. —Inclinó la cabeza hacia un lado—. Y si no haces lo que te pedimos, como una niñita buena, tendremos que darte unos azotes. —Miró al otro joven—. ¿Verdad?

El otro asintió y le dio un capirote al trasero de la muñeca.

—No, por favor... —se oyó Sharrow decir antes de que llegara el dolor.

Era como si la hubieran golpeado en la espalda con la hoja plana de una espada, con suficiente fuerza como para romperle las piernas. Sintió que se le abría la boca al volver a tener náuseas, con la cara contra el frío metal del suelo del tanque. Se le escaparon unas lágrimas.

—Gracias por el collar —dijo el joven, con pragmatismo—. Me gustaría que

supieras lo mucho que os agradecemos a ti y al señor Kuma vuestros esfuerzos por protegerlo. Pero creo que podríais hacerlo aún mejor, ¿sabes? Verás, tenemos la impresión de que quizá pienses iniciar la búsqueda de otra Antigüedad. ¿Adivinas cuál? —Ella levantó la mirada con la respiración agitada. Tuvo que parpadear con insistencia para poder verlos bien, todavía sentados en las tumbonas, con sus serios trajes grises, las piernas cruzadas, las calvas brillantes. No podía hablar. En vez de ello, sacudió la cabeza.

—Oh, vamos; tienes que saberlo —la reprendió el hombre—. Te daré una pista; ya habías encontrado otra antes, es la última de su clase y todos, pero todos los que son alguien en el mundo quieren una. ¡Vamos, es fácil! —Ella bajó la cabeza de nuevo hacia el tanque y asintió—. También —siguió el joven— se supone que es la única arma fabricada con una especie de sentido del humor.

Sharrow levantó la cabeza.

—La Pistola Vaga —dijo con voz débil.

—¡Justo! —dijo el joven con alegría—. ¡La Pistola Vaga! —Se inclinó hacia delante en la tumbona, con una sonrisa radiante—. Por supuesto, somos conscientes de que tienes tus propias razones para encontrar esa arma extraordinaria y, ahora, única, y que probablemente desees devolver la Pistola a tus amigos los huhsz con la esperanza de que abandonen sus intentos de cazarte y matarte. Un deseo comprensible por tu parte, claro, pero que, tristemente, entra en conflicto con los planes que tienen para el arma los intereses a los que representamos.

»Resumiendo, preferiríamos que nos entregaras el arma a nosotros. Te haremos saber los detalles de esta pequeña conspiración más adelante, pero ya puedes hacerte una idea general. O nos das la Pistola a nosotros, o nos sentiremos muy contrariados y te lo haremos saber a través de uno de estos pequeños aunque perfectos maniqués —el joven hizo un gesto en dirección a la muñeca—. ¿Lo pillas?

Ella asintió, tragó saliva y tosió.

—Sí —graznó.

—Oh, y te aconsejamos que no vayas corriendo a pedirle ayuda a ese espantoso primo tuyo. Ni siquiera el ingenioso de Geis podrá ayudarte contra la gente para la que trabajamos, ni protegerte lo bastante para evitar que nos pongamos en contacto contigo a través del maniquí. Además, lo cierto es que también tenemos planes para el viejo Geisy. Así que, en general, realmente pensamos que lo mejor sería que siguieras con nosotros. ¿Qué dices? —Hizo una pausa y se puso una mano en la oreja—. ¿Perdón? —añadió—. No te he oído bien...

Ella asintió. —Sí —respondió—. De acuerdo. —Genial. Estaremos en contacto, lady Sharrow —le dijo el joven—. De vez en cuando nos haremos sentir. Lo justo para que sigas convencida de que esto no ha sido un sueño y de que vamos bastante en serio. —Sonrió y abrió los brazos de par en par—. Te aconsejo encarecidamente que hagas todo lo posible por cooperar con nosotros, lady Sharrow. Es decir, piénsalo un poco; ¿qué pasaría si estas cositas comenzaran a caer en manos de tus enemigos?

—Miró la muñeca que el otro gemelo tenía en sus manos, después volvió a mirar a Sharrow a los ojos y sacudió la cabeza—. Me imagino que tu vida podría volverse hartamente desagradable, sí. Supongo que estarás de acuerdo. —Ella asintió—. ¡Excelente! —El joven dio una palmada y se tiró de la manga de la chaqueta gris para mirar su muñeca. Comenzó a silbar mientras la observaba. Al cabo de un minuto asintió unas cuantas veces, cruzó los brazos y volvió a sonreír—. Bueno, querida; creo que ya has tenido tiempo para que todo esto se te grabe en la memoria. —Esbozó su sonrisa más radiante y miró a su reflejo, que sostenía la muñeca entre ambas manos; este la colocó con cuidado en la cubierta de metal, entre ambos pies—. Gemelo —dijo el joven—, las luces, por favor.

El que no había hablado levantó el talón de la bota derecha sobre la muñeca. Sharrow tuvo tiempo de coger aire, pero no de gritar, antes de que la bota cayera sobre la cabeza de la muñeca. Algo más allá del dolor le estalló en el cráneo.

Se despertó en la penumbra. Las puertas de los tanques adyacentes todavía estaban cerradas con las compuertas de metal. No había ni rastro de los dos jóvenes, ni de sus tumbonas, ni del cilindro de gas. La muñeca desnuda de plástico con la cabeza aplastada estaba junto a su pistola, sobre el metal.

Puso las manos en el suelo para levantarse y se quedó un rato en esa postura, medio echada, medio apoyada en los brazos.

Recogió la pistola y la muñeca. La pistola todavía estaba cargada; se la metió en la chaqueta y probó a tocar con cuidado la muñeca. Parecía haber dejado de funcionar. La espuma de los circuitos brillaba mortecina dentro de la cabeza rota.

Se metió la muñeca en la mochila y logró ponerse en pie, vacilante. Se metió la mano en un bolsillo y sacó el viejo reloj heredado. Estaba aplastado, con el cristal roto. Lo sacudió, después hizo lo mismo con la cabeza y se lo volvió a meter en el bolsillo.

Se limpió la boca en un charco de agua de aspecto relativamente limpio.

Como no pudo encontrar la forma de abrir las compuertas, trepó por la ruidosa escalera de metal hacia la cubierta superior del petrolero, aunque tenía que detenerse a descansar en todos los rellanos.

Subió a cubierta cuando el alba aparecía rosa y brusca sobre ella. Caminaba con paso tembloroso por la cubierta, en dirección a la distante superestructura del petrolero, cuando surgieron unas cuantas luces. Respiró profundamente e intentó no balancearse demasiado al andar.

Entonces un hombre saltó de la parte de atrás de un grupo de tuberías a unos diez metros de ella. Estaba vestido como un refugiado de la peor fiesta de disfraces de la historia, con un traje holgado de estridentes rayas verdes y rojas. Levantó lo que

parecía una pierna artificial y la apuntó con ella mientras la amenazaba con dispararle si no se detenía.

Ella lo miró durante un instante, después se rio con ganas y le dijo dónde podía meterse su tercera pierna.

El hombre disparó.

6

Solo

Ruido y vibraciones constantes. Pero aquellas sensaciones que la rodeaban tenían algo calmante, tranquilizador, reconfortante, como si fueran la continuación más aceptable al ajetreo externo percibido desde la matriz, un recordatorio reconfortante de que todo estaba bien y en su sitio.

Poco a poco fue dándose cuenta de que sentía algo cálido, de que estaba bocabajo y de que (cuando movió las extremidades cansadas y dormidas) estaba desnuda bajo algún tipo de tela suave. Intentó abrir los ojos, pero no podía. El ronroneo del ruido la invitaba a dormir de nuevo; el temblor que la rodeaba se convirtió en una cuna, en los brazos de alguien que nunca había conocido.

Le hormigueaban los dedos y las manos.

Había estado jugando en la nieve de los campos de Tzant; ella y Geis le habían estado tirando bolas de nieve a Breyguhn y a los niños de los Higres y Frenstechow, una batalla veloz que había transcurrido alrededor del gran laberinto hasta llegar a los jardines convencionales. Aquel invierno había hecho un frío sorprendente; había días en los que, si escupías, podías oír cómo crujía y se congelaba el escupitajo antes de caer en la nieve, y en los que la enorme casa olía a la cinta con la que los criados habían sellado las ventanas, para evitar las corrientes.

Geis tenía 15 o 16 años; ella tenía 11 y Breyguhn 9. Geis y ella habían acabado en el mirador, y desde allí rechazaban los ataques de los demás. Geis la miraba a los ojos, con la cara brillante; una bola de nieve pasa zumbando sobre su cabeza.

—¡A muerte, primita! —grita, y ella asiente; y él intenta besarla, pero ella suelta una risita tonta y lo aparta de un empujón para recoger más nieve, mientras Breyguhn grita imprecaciones a lo lejos y las bolas de nieve se estrellan contra las tablas de madera del mirador.

Se despertó lentamente y se dio la vuelta en el estrecho colchón. Se oían voces en algún lugar al otro lado de la pared. Las sábanas olían a antiséptico y a hospital. Recordaba algo sobre un charco y sobre devolver en él, pero se sentía bien, solo un poco hambrienta y algo mareada a la vez. Había luz detrás de ella; por eso se había dado la vuelta. El pelo, que estaba bajo ella sobre la delgada almohada, olía a limpio. Sus ojos insistían en cerrarse. Las voces del exterior de su cabeza seguían hablando.

La Pistola Vaga fue a hablar con ella en sueños.

En su sueño, la Pistola Vaga tenía piernas y una cabeza pequeña, como la de una muñeca (Sharrow comenzó a despertarse de nuevo al recordar a la muñeca; quería su muñeca. No intentó abrir los ojos, pero movió las manos a su alrededor para localizarla; bajo la almohada, a lo largo de los costados de su cuerpo desnudo, donde las sábanas estaban remetidas; contra la agitada pared de metal por un lado y contra las barras de metal del colchón por el otro... Pero no había muñeca. Se rindió).

La Pistola seguía allí cuando regresó al sueño. Ladeó un poco su diminuta cabeza de muñeca y le preguntó por qué la estaba buscando.

No lo recuerdo, le dijo a la Pistola.

La Pistola caminó de un lado a otro sobre sus patas larguiruchas mientras emitía ruidos enojados y metálicos. Después se detuvo y le dijo: No deberías hacerlo.

¿El qué?, le preguntó ella.

No deberías buscarme, le contestó la Pistola. Solo traigo problemas. Recuerda Ciudad Labio.

Ella se enfadó mucho y le gritó algo; la Pistola desapareció.

Antes había ocho Pistolas Vagas. Una Pistola Vaga tenía una longitud de poco más de un metro, unos treinta centímetros de ancho y veinte centímetros de alto. La parte delantera consistía en un par de cilindros cortos y rechonchos que sobresalían del cuerpo principal, suave y de color plata mate. Los cilindros acababan en unas lentes de cristal negro ligeramente abultadas. Un par de controles manuales sobre soportes, un visor que se doblaba sobre otra ampliación y una ancha correa de metal ajustable indicaban que habían diseñado las armas para dispararlas desde la cintura.

Había dos controles, uno en cada mango; una rueda de ampliación y un gatillo.

Mirabas a través del visor, ampliabas la imagen hasta que el blanco seleccionado llenara la pantalla y después el gatillo. La Pistola Vaga hacía el resto de forma instantánea.

Pero era imposible saber lo que pasaría a continuación.

Si habías apuntado a una persona, puede que se materializara una lanza para atravesarle el pecho, o puede que los colmillos venenosos de alguna serpiente se le clavaran en el cuello, o que el ancla de un barco le cayera encima y la aplastara, o que dos enormes electrodos aparecieran a ambos lados del desdichado objetivo para vaporizarlo.

Si apuntabas a algo más grande, como un tanque o una casa, el blanco podía implosionar, explotar, derrumbarse convertido en una pila de polvo, recibir el impacto de una ola gigante o de un río de lava, volverse del revés, o desaparecer del todo, con

o sin un puf.

Aumentar la escala parecía eliminar la poesía excéntrica de la Pistola Vaga; si la usabas contra una ciudad o una montaña, solía limitarse a soltar una bola de fuego nuclear o termonuclear del tamaño apropiado. La única excepción conocida había tenido lugar cuando lo que parecía el núcleo de un cometa había destruido una barcaza de hielo del tamaño de una ciudad en el mundo acuático de Trontsephori.

Se rumoreaba que, al menos, algunas de las primeras Pistolas Vagas habían demostrado algo sospechosamente parecido al sentido del humor; criminales salvados de pelotones de fusilamiento para ser utilizados en experimentos habían muerto bajo una lluvia de balas, dirigidas todas ellas al corazón; habían volado un submarino obsoleto con cargas de profundidad; un rey loco obsesionado con los metales había muerto ahogado bajo una avalancha de mercurio.

Los físicos más valientes (los que no intentaban negar sin más la existencia de las Pistolas Vagas) se atrevían a suponer que las armas accedían de algún modo a dimensiones diferentes; supervisaban otros continuos y se sumergían en uno para coger el método de destrucción preferido y transferirlo a este universo, donde llevaba a cabo su tarea y después desaparecía de inmediato para dejar solo sus efectos. O creaban lo que deseaban crear a partir del estado fundamental de fluctuación cuántica que envolvía la substancia del espacio, o que eran máquinas del tiempo.

Todas las posibilidades eran tan alucinantes por sus implicaciones y ramificaciones (suponiendo que alguien pudiera comprender o incluso utilizar la tecnología relacionada) que el hecho de que la Pistola Vaga fuera ligera pero compacta, y de que pesara exactamente el triple cuando estaba bocabajo resultaba casi trivial en comparación.

Desgraciadamente para el progreso científico, cuando alguien intentaba manipular una Pistola Vaga, la pistola se autodestruía; se producía algo parecido a una reacción materia/antimateria que hacía que las piezas de la pistola que no resultaban aniquiladas se convirtieran en plasma y generaran una explosión de las que solían asociarse a los dispositivos de fisión de rendimiento medio; una explosión de esas características era lo que había arrasado Ciudad Labio, aunque la mayor parte de las enfermedades y muertes posteriores causadas por la radiación no eran resultado directo de la detonación inicial, sino de la dispersión de material fisible de los núcleos de los reactores de investigación del departamento de Física de la Universidad de Ciudad Labio.

(Y se encontró de nuevo allí; apartada de aquel dulce y succulento golpeteo para mirar la línea de colinas desiertas más allá de las cortinas blancas hinchadas por el viento y de la barandilla de piedra del balcón del hotel. Observó la suave arruga de luz del alba inundarse de repente de temblorosos impulsos de fuego silencioso llegados del otro lado del horizonte. Asombrada, deslumbrada y curiosa, todavía

inmersa en un agitado instante de ignorancia y placer creciente, miró primero aquel distante estallido de luz y después la cara de Miz que se alzaba sobre ella, con los ojos cerrados con fuerza, la boca abierta en un grito silencioso, el brillo del sudor sobre las mejillas huecas, iluminadas por la vacilante luz de la aniquilación; y cuando la llenó la liberación —de conocimiento, de comprensión, tanto que su gemido necesario y convulso se convirtió en un grito de terror— experimentó un ápice de éxtasis que se desvaneció y derrumbó al instante, barrido y perdido en una tormenta de culpa y remordimientos).

Las Pistolas Vagas no había tenido una historia feliz; habían aparecido durante el Interregno tras la Segunda Guerra, al parecer productos de Halo: el enorme artefacto/hábitat de inteligencia artificial polar de Thrial, destruido por un arma misteriosa (al parecer desaparecida) desde las lunas de Phrastesis, el planeta gigante de gas. Las Pistolas habían flotado a la deriva como pompas de jabón en sus botes salvavidas, por lo demás vacíos, a través del espasmódico caos del sistema asolado por la guerra, y una a una habían sido capturadas, robadas, usadas, abusadas, escondidas, perdidas, redescubiertas, usadas y abusadas de nuevo.

Y una a una habían llegado a su fin; un teócrata demente había apuntado con una a Thrial; el arma se había negado, o no había sido capaz de destruir el sol, así que Pistola y teócrata desaparecieron sin más. Dos Pistolas se habían autodestruido al intentar desmontarlas; otra había sido derribada durante un ataque aéreo; se creía que otra había sido atacada a posta por un asesino suicida en la armería de una familia noble que la había descubierto y que otra (cuyas lentes apuntaban a un par de microscopios electrónicos) había creado una serie de agujeros matriciales nanoexplosivos en el Instituto Tecnológico del Tribunal Mundial en Anifrast, antes que se produjera el extraño acontecimiento que había hecho que el Instituto y todo lo que contenía (salvo los veintitrés agujeros que emitían una suave radiación), junto con un círculo perfecto de tierra de aproximadamente tres mil metros de diámetro, desaparecieran y fueran reemplazados por un atractivo lago de agua salada perfectamente hemisférico y provisto de una amplia variedad de plancton, peces y mamíferos del océano polar.

Quizá se tratara tan solo de mala suerte, pero a pesar de que la simple capacidad de las Pistolas podría haberle asegurado a su dueño el gobierno de todo el sistema, las armas siempre resultaban ser la perdición del que las poseía.

Las Pistolas tenían hasta su propio culto, pequeño y cismático; la Hermandad de la Pistola creía que los dispositivos eran unos regalos ambiguos, en forma de prueba, dejados por una civilización alienígena superior, y que cuando se encontrara y venerara la última Pistola (adorada más que usada), los alienígenas aparecerían finalmente ante la gente del sistema para conducirla al paraíso. Por otro lado, la Hermandad Libre de la Pistola creía simplemente que las Pistolas eran dioses y que

(ahora) la única Pistola restante era «el Dios».

La fe huhsz consideraba ambos cultos como idólatras por naturaleza; por lo que les concernía, la Pistola que les había robado el antepasado de Sharrow no era más que un tesoro, aunque se tratara del más importante. La querían porque la consideraban de su propiedad y porque se había convertido en un artículo de fe que, si no recuperaban (o si no borraban del mapa a la línea femenina de los Dascen), haría que el Mesías no naciera a tiempo, es decir, antes o durante la llegada del decamilenio.

Abrió los ojos medio adormilada para centrarlos en un hombre sentado a menos de un metro. Llevaba un uniforme que dañaba la vista; violeta brillante y amarillo chillón. La cara era redonda, oscura y muy seria.

—¿Quién eres? —susurró Sharrow.

—Soy Dios —respondió él con un educado movimiento de cabeza.

Ella lo miró un rato, mientras escuchaba el zumbido que la rodeaba. El lugar en el que estaban daba tumbos.

—¿Dios? —repitió ella.

El hombre asintió.

—Dios —dijo.

—Ya veo —añadió ella mientras volvía a quedarse dormida.

El zumbido se convirtió en nana.

Se despertó lentamente y se dio la vuelta en el estrecho colchón. Alguien hablaba al otro lado de la pared. Las sábanas olían a antiséptico y a hospital. Recordaba ser una burbuja, disparada a través del sistema por los frentes explosivos de las violentas energías de la guerra. Ahora era parte del equipo. Podía recordar lo que les había dicho el doctor antes de que los infectaran; cada palabra...

—La mayor parte del tiempo no lo notaréis —les había dicho el doctor—. No es telepatía y no es ninguna sensación soñolienta de unidad mística con vuestros compañeros; solo es una habilidad que os permitirá saber cómo reaccionará alguien en una situación dada. Es un atajo; una forma de establecer un entendimiento inmediato sin tener que esperar unos cuantos años (quizá más de los que dure la guerra), quizá para no conseguirlo nunca porque la tasa de desgaste sea tan alta que nunca lleguéis a convertirlos en una unidad de combate estable. ¿Queréis saber la verdad? Es un agente anticagadas. ¿Alguna vez habéis visto en la pantalla tonta esas series en las que los de operaciones especiales siempre se comportan según el plan y

nadie dispara a nadie por error? Eso es lo que consigue el SNV. Hace que la guerra sea un poco más como se supone que debe ser: menos entrópica, menos caótica; más ordenada. Confío en que algunos de vosotros seáis lo bastante maduros para daros cuenta de que esto lo convierte en un sueño húmedo de primera clase...

—Esa soy yo —susurró Sharrow para sí—. Ahora soy parte del equipo. Somos ocho.

Se despertó en un espacio blanco sin paredes, pero con un techo bajo; había una Pistola Vaga. No sabía cuál de ellas.

Solo problemas, cantaba la Pistola mientras bailaba a su alrededor sobre unas patas larguiruchas y débiles. Solo muerte, destrucción y problemas. Sharrow intentó coger la Pistola; el arma intentó alejarse bailando, entre risitas, pero consiguió cogerla, sostenerla y abrocharse la correa. Una pared de espejo apareció en cuanto tocó el arma. Los controles de la Pistola Vaga eran tal y como los recordaba; en cierto modo delicados y hermosos. Los laterales y la superficie superior estaban cubiertos de complicadas y fabulosas volutas, grabadas en la carcasa de plata. Era (se dio cuenta al darse la vuelta con ella) una pistola de caza. Apuntó con ella al espejo, se sonrió a sí misma y apretó el gatillo.

Se despertó y miró el pequeño camarote que la rodeaba; era un cubo de poco menos de dos metros cuadrados. Había otra litera sobre la suya, una cajonera de metal ligero con su ropa doblada dentro, una silla de plástico, una puerta cerrada con una sola cerradura de plástico y un conducto de ventilación. Nada más; no había ventanas.

Fuese lo que fuese aquel vehículo, seguía moviéndose. Podía oír algo parecido a motores de combustión y, por la forma que tenía el suelo de vibrar y todo el camarote de moverse de vez en cuando, le pareció que estaba en un aerodeslizador. Le gruñía el estómago.

Pensó en la posibilidad de volver a dormirse, pero ya había dormido bastante. Sacó su ropa y miró en los bolsillos; no tenían nada. Tampoco veía su mochila por ninguna parte.

Salió de la camita; se sentía agarrotada y hambrienta. Se examinó; tenía unos débiles moratones en las rodillas y notaba una diminuta úlcera en la lengua producida por un mordisco, pero no había ninguna otra herida. Se vistió y después golpeó la puerta hasta que llegó alguien.

—¿Dios? —le dijo al hombre con la cara oscura y redonda que había visto antes, aunque había supuesto que se trataba de un sueño. El hombre se retorció incómodo sobre el pequeño asiento de plástico y se limpió un polvo imaginario del muslo de sus estridentes pantalones amarillos y violetas.

—Bueno —dijo—. Técnicamente, sí. —Una expresión dolida le asomó a la cara.

—Vale —dijo Sharrow—. Ya veo.

—Solía llamarme Elson Roa —le concedió el hombre, con el ceño fruncido. Era alto y delgado, y estaba sentado muy quieto, con una expresión de ligera sorpresa en la cara. El pelo rubio se le pegaba en la frente, lo que se sumaba a la imagen general de desconcierto.

—Elson Roa —repitió ella.

—Pero después me convertí en Dios —asintió él—. O, mejor dicho, me di cuenta de que siempre había sido Dios. Dios en el sentido monoteísta de que soy lo único que realmente existe. —Se quedó en silencio un momento—. Veo que eres una apariencia que va a necesitar una explicación.

—Una explicación —repitió ella—. Sí. Puede que sea buena idea.

Sharrow se comió las raciones E reconstituidas de la bandeja de aluminio recalentada como si fueran el mejor banquete jamás dispuesto delante de una mujer. La chica que le había llevado la comida era la misma que la había escoltado hasta el lavabo; estaba vestida con un traje marrón y amarillo, y observaba fascinada a Sharrow desde el pequeño asiento de plástico del camarote, mientras esta exprimía las últimas gotas de la bolsita dulce, se lamía los labios y le devolvía la bandeja.

—Delicioso; ¿podrías traerme otro, por favor?

La chica se fue en busca de más comida y cerró la puerta detrás de ella. El viejo aerodeslizador siguió zumbando e inclinándose de forma rítmica durante unos instantes, mientras surcaba unas olas más altas de lo habitual.

A Sharrow la habían capturado unos solipsistas.

Eran una banda de unos cincuenta miembros de corsarios autorizados por las leyes de Shaphet, dedicados a la satisfacción personal, al alquiler de servicios de seguridad según las tarifas vigentes del sindicato y, siempre que fuera posible, a robar a los ricos. Sin embargo, normalmente solían contratarlos las compañías de seguros y las sociedades financieras para asustar a clientes reacios y recuperar el material sin pagar. Su aerodeslizador (un barco patrulla para pantanos, excedente de guerra de tercera mano de la Franquicia de Seguridad) había sido también un trabajo de recuperación; los solipsistas se habían hecho cargo de los pagos y lo habían renombrado como el Solo.

Su ataque a los límites de la Troncada no había sido un éxito rotundo. Habían oído que habría una convención de artistas circenses en un barco-hotel de la Troncada, así que se habían hecho pasar por una compañía de mutantes de tres piernas para poder esconder las pistolas dentro de las piernas huecas... de ahí el miembro artificial con el que habían disparado a Sharrow. Pero se habían equivocado de fecha; la convención comenzaba el mes siguiente.

Habían intentado colarse en la fiesta de Miz a bordo del transbordador, pero había

demasiada seguridad, así que se habían dividido en busca de los invitados que se alejaran de la fiesta, con la esperanza de poder sorprenderlos y robarles; en vez de eso, varios solipsistas habían sido sorprendidos y capturados por los servicios de seguridad de la Troncada tras la reyerta en el transbordador, y un par habían recibido disparos de los marines. El resto había conseguido escapar por los pelos con el aerodeslizador, y había salido a toda prisa del saco terrero de la laguna formando su propia tormenta de arena al alba, mientras que los marines y la armada discutían sobre la jurisdicción antes de dispararles a la amura.

Aparte de algunas tarjetas de crédito y débito, de un puñado de pasaportes y de una pequeña cantidad de joyas, Sharrow había sido su único premio real; probablemente la hubieran dejado allí también, pero se dieron cuenta de que llevaba pasaporte de una de las casas principales.

Los solipsistas la habían dejado ver un periódico en el que se mencionaban las muertes del Vigilante Jefe y del Vicevigilante de la Troncada, además de unos cuantos heridos en las fuerzas de seguridad, pero no decía nada sobre cadáveres gaseados en los tanques de viejos petroleros.

No la dejaban llamar a nadie; pretendían llevarla más al norte, a la Ciudad Libre, al tradicional punto de intercambio de rehenes de Ifagea, en el Mar Pilla, para ver si desde allí podían sacarle un rescate a su familia.

—No tengo familia cercana —le dijo a Roa.

—Tiene que haber alguien que quiera pagar por ti —dijo Roa con cara de perplejidad—. O debes de tener dinero propio.

—No demasiado. Tengo un primo que quizá pagaría un rescate. No sé...

—Bueno, quizá podamos solucionarlo más tarde —dijo Roa mientras se miraba una uña.

—Ya sé —dijo Sharrow—. Llévame a Ais, en Nasahapley, no a Ifagea.

Las cejas de Roa se juntaron.

—¿Por qué?

—Bueno, tengo que encontrarme allí con unos amigos. Ellos llevarán el dinero.

Roa parecía vacilar.

—¿Cuánto?

—¿Cuánto quieres? —le preguntó ella.

—¿Cuánto sugieres? —contraatacó Roa.

Ella lo miró.

—No tengo ni idea. ¿No habéis hecho esto antes?

—La verdad es que no —admitió Roa.

—¿Qué tal cien thriales? —dijo ella, en broma.

Roa se lo pensó. Puso una bota sobre la otra rodilla e intentó sacar el lodo adherido.

—Hay otras cuarenta y seis apariencias a bordo —dijo, algo avergonzado e intentando no mirarla a los ojos—. Digamos cuatro mil seiscientos... Quiero decir,

cuatro mil setecientos.

Ella lo miró y decidió que se lo decía en serio. La suma era algo menos del sueldo medio anual en Golter.

—Bueno, qué demonios —dijo ella—. Dejémoslo en cinco mil.

Roa sacudió la cabeza.

—Eso podría causar dificultades.

—Entonces, ¿solo los cuatro mil setecientos?

—Sí —asintió Roa rotundamente.

—Trato hecho —dijo ella—. Haz una llamada de red a un tipo llamado Miz Gattse Kuma y dile que me encontraré con él en Aïs en cuanto puedas llevarnos hasta allí.

Roa murmuró algo.

—¿Perdón? —le preguntó Sharrow.

—Tendremos que pensar sobre ello —dijo Roa tras aclararse la garganta—. La última vez que estuvimos en Aïs tuvimos algunos problemas con ciertos (aparentes) pequeños navíos que resultaron dañados en el puerto.

—Bueno —le dijo Sharrow—. Haz lo que puedas.

—Se lo diré a mis apariencias —dijo Roa; se levantó con aspecto decidido.

Salió y cerró la puerta. Sharrow se tumbó en el colchón y sacudió la cabeza.

Al menos Aïs estaba más cerca que Ifagea. Esperaba llegar allí antes de que los (aparentemente) poco informados solipsistas supieran que pronto se convertiría en objetivo de los huhsz y que valía mucho más de cuatro mil setecientos.

El aerodeslizador Solo, ruidoso, cubierto de sal y manchado de óxido, se había dirigido al norte desde la Troncada por la costa de Pipfram. Sus escapes agujereados balbuceaban, su ruta quedaba señalada por líneas gemelas de humo expulsado por los motores rotativos de alcohol, agitado en amplias hélices por los propulsores dentados y vibratorios. Llenó el depósito en un petrolero comercial del estuario de Omequeth y cruzó la península de Shiyl sobre el Corredor de Omequeth, todavía en dirección norte hacia la sabana al sur de Nasahapley.

—Pero si tú eres Dios —le decía Sharrow a Elson Roa—, ¿por qué necesitas a los otros?

—¿A qué otros? —preguntó Roa. Sharrow parecía irritada.

—Venga ya.

Elson Roa se encogió de hombros.

—¿A mis apariencias? Son la prueba de que mi voluntad todavía no es lo bastante fuerte para sustentar mi existencia sin ayuda ajena. Estoy trabajando en ello —Roa tosió—. De hecho, es un indicio muy alentador y real el que hayamos perdido a seis de los nuestros en la Troncada, ya que ello indica que mi voluntad se hace más fuerte.

—Ya veo —dijo Sharrow mientras asentía pensativa. Era su tercer día a bordo, el

segundo después de despertarse tras aquel ataque demasiado entusiasta con un rifle neurálgico en la cubierta del petrolero de la Troncada. Era la tercera vez que hablaba con el larguirucho, serio, inmóvil y sobriamente excéntrico líder solipsista.

Tenían previsto llegar a Aïs al día siguiente.

La ruta noroeste del Solo había sido indirecta, determinada por estuarios, corredores terrestres, mares, lagos y discusiones entre Roa y sus apariencias sobre la realidad o no de obstáculos aparentes, tales como islas y pequeñas embarcaciones. A pesar de todo, en parte avanzaban lentamente porque los solipsistas parecían incapaces de hacer funcionar los principales aparatos de navegación y detección del aerodeslizador, por lo que no podían viajar por la noche ni con niebla.

—Entonces —dijo Sharrow—, ¿eres inmortal? Roa parecía pensativo.

—No estoy seguro —respondió—. Puede que la idea no sea relevante; el mismo tiempo puede ser un concepto redundante. ¿Qué opinas? Puede que te haya creado como plataforma para responder parte de esa pregunta.

—La verdad es que no tengo ni idea —confesó ella. Agitó una mano hacia el mamparo a su espalda—. ¿Y qué pasa con los otros? ¿Todas las apariencias se llaman también a sí mismas «Dios»? —le preguntó.

—Al parecer —dijo Roa sin asomo de sonrisa.

—Hmm —Sharrow se mordió el labio. Roa parecía incómodo. Pareció acordarse de algo y metió la mano en un bolsillo de su túnica violeta y amarilla para sacar un trozo de papel sucio.

—Ah —dijo tras aclararse la garganta—. Tu amigo, el señor Kuma, envió una señal para decir, em... —Roa entrecerró los ojos para leer la hoja de papel, frunció el ceño, le dio la vuelta y finalmente hizo una pelota con ella y se la volvió a meter en el bolsillo—. Bueno, decía que se encontraría contigo en Aïs, en el... eh... Hotel Continental... ha ingresado el dinero en la cuenta que le indicamos y... eh... te mandaba recuerdos.

—Oh —dijo ella—. Bien.

Roa pareció súbitamente desconcertado.

—Mm, salvo uno, que es ateo —dijo de repente.

—¿Perdona?

—Todos nos llamamos Dios, salvo una apariencia, que es atea.

—Ajá —dijo ella con un lento gesto con la cabeza—. ¿Y cómo se llama a sí misma esa persona?

—Yo.

—Ajá.

Roa se aclaró la garganta, después cerró los ojos y emitió un extraño ruido con la garganta, mientras hacía girar la cabeza sobre los hombros.

Después abrió los ojos. Ella le sonrió.

Él parecía disgustado; se levantó y salió de la habitación.

Sharrow sospechaba que el hombre tenía la esperanza de que, al abrir los ojos,

ella hubiese desaparecido.

La Pistola acudió de nuevo a sus sueños aquella noche. Estaba leyendo uno de los pasaportes de los huhsz. Los pasaportes parecían libros, así que Sharrow intentó leer lo que el libro decía, pero cada vez que miraba por encima del hombro de la Pistola, esta se apartaba, se agachaba y la esquivaba sobre sus patas larguiruchas, flexibles y telescópicas, y después seguía leyendo los pasaportes y riéndose para sí de vez en cuando; hiciera lo que hiciese, Sharrow no conseguía ver lo que a la Pistola le parecía tan divertido, así que la siguiente vez le dio una patada en las patas, y la Pistola tropezó y cayó; ella cogió el pasaporte, pero la Pistola se puso en pie de un salto, muy enfadada, y le disparó antes de que pudiera abrir el libro para ver lo que decía.

Se despertó aterrada en el pequeño colchón, con las palmas sudorosas. Estaban de camino a Aïs, cerca del Santuario Mundial de los huhsz. Ella y los pasaportes iban a estar en el mismo sitio. Estaba cabreada; ¿en qué estaría pensando Miz? Probablemente morirían todos.

Pensó que quizá debería entregarse. Se quedó mirando la oscuridad mientras el aerodeslizador susurraba a su alrededor, negro como una tumba.

¿Qué podía hacer contra los pasaportes? ¿Qué podía hacer nadie? Miz estaba loco, o pensaba montar una trampa. Los pasaportes no se podían destruir; llevaban uno de los agujeros nanoexplosivos que quedaron después del accidente del Instituto Tecnológico, y cada uno de ellos emitía una pequeña cantidad de radiación y una gran cantidad de neutrinos, lo que hacía que fuese imposible esconderlos. Aunque destrozaran la materia del pasaporte, el agujero sobreviviría y el Tribunal Mundial lo sabía. Loco, loco, loco, pensó mientras daba vueltas y más vueltas sobre el colchón y se enredaba en la fina sábana. Los huhsz tenían que contentarse con darle caza; el Tribunal Mundial podría arrestarla prácticamente en cualquier parte si destruía los pasaportes (pero, ¿de qué serviría destruir la materia y dejar el agujero?). ¿Qué estaría tramando Miz? ¿Qué podría hacer? ¿Meterlos en una nave rápida y enviarlos al sol? El Tribunal Mundial podría requisar una nave aún más veloz... Los pasaportes no se podían esconder, no se podían guardar, no se podían destruir...

Al final se quedó dormida, con aquellos pensamientos repitiéndose, dándole vueltas y retumbándole en la cabeza, dibujando desgarradas piruetas de desesperación y angustia.

Aparte de algunos problemas con un grupo de campesinos okupas y una línea de tendido eléctrico, el viaje del Solo hasta Aïs transcurrió con tranquilidad. Habían dejado salir a Sharrow del camarote. Le devolvieron el pasaporte y la mochila, llena de sus efectos personales (incluida la pistola, la tarjeta de crédito y el dinero, para su sorpresa). Había observado la última parte del viaje desde la cubierta de vuelo del

viejo aerodeslizador y había hablado con otros solipsistas.

Descubrió que a los otros solipsistas no les parecía contradictorio ser parte de un grupo del que no eran el líder; asumían que lo eran y que Roa era algo que se habían imaginado para encargarse de las partes más aburridas del trabajo. Todavía se producían discusiones, pero el sistema de dejar a Roa al cargo parecía funcionar (la democracia estaba fuera de toda cuestión; se hubieran limitado a votarse a sí mismos otra vez).

Roa era lo bastante listo como para no elegir a un segundo de a bordo, por si aquello era entendido como una señal de que se volvía inseguro. Ya había ocurrido antes, y la persona/espejismo en cuestión había estado a punto de asesinar a Roa mientras dormía. Roa había sido duro con dicha persona, de ahí al menos una de las abolladuras de la hélice de popa estribor del Solo.

El viejo aerodeslizador avanzaba por la costa de Nasahapley hacia Aïs. Una hora antes de llegar, observó desde la cubierta de vuelo cómo pasaban por el acantonamiento religioso del territorio, el asentamiento amurallado y cada vez mayor de la planicie aluvial de la costa, dominado por las agujas negras y doradas del Santuario Mundial de los huhsz.

Esperó a que empezaran las palabras de arrepentimiento, las explicaciones, las disculpas y el cambio de rumbo que llevaría al aerodeslizador directo hasta el Santuario, pero no pasó nada.

El Solo era demasiado grande para viajar por el Gran Condado de Aïs, que tenía leyes que impedían ese tipo de cosas. Elson Roa y un par de los otros descargaron un pequeño vehículo semioruga del garaje del aerodeslizador y la llevaron a la ciudad en él, mientras las demás apariencias discutían con las autoridades portuarias sobre las tasas de desembarco, las tasas de amarre y las descargas de aguas residuales sin tratar.

El pequeño semioruga entró con estruendo en la polvorienta plaza mayor de Aïs; por todas partes podían verse edificios de color ocre con columnatas e inclinados. Habían recorrido la mitad del camino por la mediana de un bulevar, con lo que se ganaron un par de arbustos en las defensas y una multa de tráfico. El conductor del semioruga (un joven albino antes llamado Keteo, que conducía con más entusiasmo que habilidad y con más velocidad que precisión) derrapó con el vehículo y frenó justo delante de la fuente central de la plaza; después se quedó sentado observando con malicia los arriates de flores del otro lado de la plaza.

Hacía calor; el sol brillaba en un cielo despejado. La estación terminal del Monorraíl Transcontinental estaba justo detrás de los arriates que Keteo miraba con tanta atención. Sharrow observó la plaza, en la que el tráfico (sobre todo autobuses) se movía, y la gente (casi todos completamente desnudos) caminaba.

—Ay, mierda —dijo Sharrow—. Qué suerte la mía, llegar justo en la Semana Nudista.

Roa, que hasta ese momento se había mostrado algo tenso, se relajó y sonrió.

—Semana Nudista —dijo con alivio—. Sí; lo están, ¿verdad? Claro.

Sharrow miró a su alrededor de nuevo y se preguntó si Miz y los Franck habrían llegado ya.

—Bueno —le dijo Roa—. Aquí estamos. No tengo ni idea de si volveré a necesitarte en el futuro, pero espero imaginarte bien, si volvemos a encontrarnos. — Se quedó callado y se miró las uñas.

Ella lo miró a él y después a los otros dos solipsistas; el hombre sentado junto a Roa tenía los ojos cerrados con fuerza. Keteo, el conductor, aceleraba el motor y murmuraba algo mientras observaba con rabia el arriate. Roa desvió la mirada y cerró los ojos. Hizo un ruido gutural con la garganta, como una letanía, y comenzó a girar la cabeza.

Sharrow salió del semioruga y se quedó de pie en la calle. Los autobuses pasaban, ruidosos; la gente (casi toda desnuda, algunas personas con maletines) caminaba junto a ella.

Elson Roa abrió los ojos. Al principio parecía encantado, pero después la vio de pie en la calle y dio un respingo. La miró con el ceño fruncido.

—Oh —dijo—, educación. —Extendió una mano. Ella la cogió—. Adiós —dijo.

—Adiós —le respondió ella, y se dio la vuelta para marcharse.

Cuando volvió la vista atrás, Roa y el solipsista del asiento de atrás discutían con vehemencia con el conductor y gesticulaban primero hacia el arriate y después hacia el bulevar.

Caminó con timidez hasta la estación de monorraíl. Mientras subía los escalones, el semioruga de los solipsistas rugió al salir de la plaza, pasó a escasos centímetros del arriate e hizo volar por los aires a varios peatones casi desnudos al botar por el bulevar de vuelta al puerto.

Sharrow se sentía cada vez más incómoda caminando vestida entre tanta gente desnuda en el vestíbulo de la estación, así que se detuvo para quitarse la ropa en una cabina, momento en el que la arrestaron de inmediato por desnudarse en público, un delito contra la decencia.

Dificultades operativas

El desierto de K'lel era un millón de kilómetros cuadrados de karst; piedra caliza erosionada sin suelo vegetal. El karst se forma cuando el dióxido de carbono disuelto en la lluvia reacciona con la piedra caliza porosa, al penetrar la humedad en su camino hacia la capa subyacente de roca impermeable. Golter había pasado por varias edades de industrialización extendida y bastante primitiva, y en todas ellas uno de los principales centros industriales se había localizado a sotavento de K'lel, un área de vegetación exuberante, aunque llana, ya vulnerable a la erosión de los vientos de Belt; la sucesión de niveles crecientes de dióxido de carbono y lluvia ácida había destruido poco a poco los bosques y erosionado la roca, mientras que los vientos de Belt habían creado una zona semidesértica en el suelo restante, lo que había producido un cambio climático que no hizo más que acelerar la desertificación.

Al final solo había quedado la roca, raída y esculpida en lanzas y pináculos de karst afilados como cuchillas; un bosque de espadas de roca agujereadas que se extendía de un extremo al otro del horizonte, cocido al calor del sol ecuatorial y salpicado de cuevas derrumbadas, de las que colgaban algunas plantas resacas en oasis oscuros y hundidos, surcados por destrozados lazos de terreno en apariencia llano, en el que las ondulaciones de karst tenían una escala de centímetros y no de kilómetros.

Siempre surgían planes para revivificar el corazón muerto del continente, pero nunca llegaban a nada; hasta el prometedor plan para sustituir el principal puerto espacial del hemisferio oriental de Golter, Ikueshleng, por un nuevo complejo en el desierto había fallado. Aparte de unas cuantas ruinas, algunos viejos silos de residuos, varios parques de energía solar enormes y el Monorraíl Transcontinental (también solar), K'lel estaba vacío.

Se puso en cuclillas a la sombra de la pata de soporte del monorraíl, con la culata del rifle apoyada en las polvorientas ondas de piedra y la pistola agarrada entre las rodillas, mientras se ajustaba la bufanda alrededor de la cabeza metiendo un extremo en el cuello de su chaqueta ligera.

Era mediodía; los altos cirros estaban colocados como arcos de plumas sobre la calurosa extensión de karst, y el aire inmóvil chupaba el sudor de la piel expuesta con un entusiasmo rayano en la cleptomanía. Se quitó la máscara que le cubría la boca y la nariz, y volvió a colocarse el visor oscuro sobre los ojos; después se sentó con la

pistola en la mano y empezó a darle golpecitos en la culata. Le dio un trago a la botella de agua y miró el reloj. Giró la cabeza hacia Dloan, que estaba agachado junto a la otra pata de soporte del monorraíl con el rifle cruzado en la espalda; le salían unos cables de la bufanda de la cabeza, que llevaban hasta una caja de conexiones abierta en la pata de soporte. Levantó la mirada y negó con la cabeza.

Sharrow se echó atrás para apoyarse en la ya incómoda y caliente pata de soporte. Movi6 la mochila para colocarla entre su espalda y el metal caliente del soporte del monorraíl. Volvió a mirar la hora. Odiaba esperar.

Se habían encontrado en el Hotel Continental de Aïs, después de que Sharrow hubiera pagado la fianza para salir de la perrera de la brigada antivicio de Aïs y hubiera sobornado al oficial de recepción para que perdiera los archivos de su arresto.

Finalmente llegó al hotel (vestida de nuevo y con velo, aunque llamara la atención), pero allí no había nadie registrado con el nombre de Kuma, ni con ningún otro nombre que pudiera imaginarse para los otros.

Se quedó de pie dando golpecitos con los dedos en la fresca superficie del mostrador de recepción, mientras el recepcionista, sonriente y bastante desnudo, se rascaba una axila con delicadeza. Se preguntó si debería preguntarle si había algún mensaje para ella; empezaba a preocuparle que los huhsz pudieran averiguar su situación. Tendría que pensárselo. Compró un periódico para ver si los huhsz tenían ya sus pasaportes y se dirigió al bar.

La primera persona que vio fue a un Cenuij Mu completamente vestido.

—Mi reloj me dice que ya deberíamos estar viendo esa puñetera cosa —dijo Miz, que transmitía por haz estrecho desde lo alto de la línea del monorraíl, a dos kilómetros de distancia, más allá de la curva superficial que las vías gemelas tomaban para evitar una región de cuevas derruidas.

—El mío también —dijo Sharrow dentro de la máscara. Escudriñó la distancia e intentó distinguir el punto diminuto que era Miz, sentado sobre la ardiente superficie superior del monorraíl; la última vez que había mirado había podido verlo a él y al bulto del todoterreno camuflado a sus pies, pero el calor había aumentado tanto en los últimos diez minutos que le resultaba imposible distinguirlo; a simple vista, la línea blanca de la vía se retorció, brillaba y emborronaba los detalles. Intentó ajustar el aumento y la polarización del visor, pero se rindió tras un rato.

—¿Nada en los auriculares? —preguntó Sharrow.

—Solo ruidos de dilatación —contestó Miz.

Volvió a mirar el reloj.

—Bueno, ¿qué te ha hecho cambiar de idea? —le preguntó a Cenuij en el ascensor que los llevaba a la planta donde esperaban los otros. Él suspiró y se subió la

manga izquierda de la camisa. Ella se inclinó para mirar—. Desagradable. ¿Láser?

—Creo que sí —respondió él tras bajarse de nuevo la camisa—. Esta vez eran tres. Destrozaron mi piso. Lo último que oí (antes de tener que huir) es que mi compañía de seguros se negaba a pagar. —Cenuij aspiró por la nariz y se apoyó en la pared del ascensor, con los brazos cruzados—. Cuando acabe todo esto te pediré que cubras esos gastos.

—Lo prometo —dijo Sharrow con una mano levantada.

—Hmm —dijo Cenuij mientras el ascensor frenaba—. Mientras tanto, Miz parece pensar que merece la pena organizar... —Cenuij miró a su alrededor, después se encogió de hombros— el robo de un tren. —Sharrow alzó las cejas. El ascensor se detuvo—. Para obtener unos... artefactos —añadió Cenuij mientras las puertas se abrían y salían del ascensor— que son indestructibles, que no pueden esconderse y que sería un suicidio guardar. —Sacudió la cabeza mientras avanzaban por el pasillo—. ¿Es que la Troncada hace que a la gente se le reblandezca el cerebro?

—Sí, sobre todo cuando caes de cabeza sobre un aerodeslizador desde una altura de veinte metros —le respondió Sharrow.

Se quitó la máscara; el aire era una explosión de calor en el fondo de la garganta.

Le hizo un gesto a Dloan. Él se quitó los tapones de los oídos e inclinó la cabeza.

—¿No coges nada? —le preguntó Sharrow. Él se encogió de hombros.

—Solo la señal portadora; no dice que el tren vaya con retraso ni que esté ya en este tramo de la vía. Ella se dio la vuelta con el ceño fruncido.

—Mierda —dijo, y apartó una mota de polvo del cañón del rifle de caza. Se volvió a poner la máscara.

Miz estaba de pie junto a la ventana de la habitación del hotel, mirando con furia los polvorientos suburbios occidentales de Aïs. Miró a Cenuij, que estaba desmontando la muñeca sobre la mesa, con una lupa prendida sobre los ojos.

—Me tendieron una trampa —dijo Miz casi sin creérselo. Agitó los brazos al volverse hacia los otros—. Algún cabronazo ha hecho que robe el puto collar por él y ha dejado que Lebmellin pensara que iba a engañarme, pero lo tenían todo organizado; la puta mierda de la Bomba Mental y las pistolas se desconectan. Y la trampa en el petrolero; lo hicieron todo ese mismo día; yo mismo comprobé la ruta por la mañana... —Dejó la frase en el aire mientras se sentaba en el sofá junto a Sharrow—. ¡Y mira esto! —Alargó la mano para coger de la mesa de centro un periódico que había llevado Sharrow—. ¡Joya Rerrobada gana la primera carrera de ayer en Tile! ¡Cabrones!

—Eh —dijo Sharrow; le puso un brazo sobre los hombros.

—De todos modos —siguió él—, ya está bien de quejas. Tú lo pasaste peor —la

miró con los ojos entrecerrados—. ¿Dos tipos idénticos? —le preguntó.

—Totalmente idénticos. —Sharrow asintió con la cabeza y apartó el brazo—. Idénticos como clones.

—O como androides —añadió Cenuij desde la mesa, tras dejar la lupa.

—¿Eso crees? —le preguntó Sharrow.

Cenuij se levantó y se estiró.

—Solo es una idea.

—Pensaba que los androides eran bastante caros —dijo Sharrow mientras agitaba su bebida—. Es decir, ¿quién coño ha visto un androide últimamente?

—Bueno, no sé. Yo creo que he salido con algunos —gruñó Zefla de camino al bar de la habitación para servirse un trago.

—Es cierto que suelen quedarse en Vembyr —coincidió Cenuij—. Pero viajan de vez en cuando y, como todo el mundo —le dedicó una sonrisa helada a Sharrow—, tienen su precio.

—Dloan estuvo una vez en Vembyr —dijo Zefla tras darle la espalda a los frascos y botellas de la nevera—. ¿No, Dloan?

Dloan asintió.

—Subasta de armas.

—¿Y cómo es? —le preguntó Miz.

Dloan se quedó pensativo un instante, y después asintió y dijo:

—Tranquilo.

—En fin —dijo Zefla mientras sacaba una botella de la nevera—, a la mierda los androides; ¿qué pasa con esa muñeca?

Cenuij miró la muñeca, que estaba tendida en la mesa.

—Podrían haberla fabricado en cualquier parte —les dijo—. Cuerpo de PVC con galgas extensométricas y un haz de cables ópticos; paquete de baterías y espuma de circuitos en general redundante, más un codificador-transmisor electrónico que trabaja al límite de la onda larga de las frecuencias de red normales —Cenuij miró a Dloan—. ¿Es posible que la muñeca estuviera conectada con alguna forma de pistola neurálgica que pueda hacer lo que dice Sharrow?

Dloan asintió.

—Un aturdidor modificado podría causar esos efectos. Ilegal en casi todas partes.

—Yo no vi ninguna pistola —dijo Sharrow mientras intentaba recordar—. Estaban los dos tíos, las dos sillas, el cilindro de gas...

—¡Cloro! —dijo Miz; se dio una palmada en las rodillas y saltó del sofá para dirigirse de nuevo a la ventana, mientras se pasaba una mano por el pelo—. ¡Cloro, joder! Hijos de puta.

—Las pistolas podrían haber estado en cualquier parte del tanque —dijo Cenuij tras dirigir una mirada a Dloan, que asintió—. Probablemente con la unidad maestra que controlaba a los androides, si es eso lo que eran. O —añadió Cenuij, con un gesto de cabeza hacia Sharrow— puede que la muñeca estuviera transmitiendo

directamente.

Nadie dijo nada. Sharrow se aclaró la garganta. —¿Quieres decir que puede que tenga algo dentro que reciba las señales de la muñeca?

—Es posible —respondió Cenuij mientras recomponía los trocitos de muñeca—. Este transmisor de onda larga no es lo que se suele utilizar para controlar una pistola desde un remoto. Es... raro.

—Pero ¿cómo voy a tener algo dentro? —Preguntó Sharrow—. ¿En la cabeza? Cenuij tiró los restos de la muñeca en una bolsa desechable.

—¿Alguna operación neuroquirúrgica reciente? —le preguntó a Sharrow con una sonrisa sin pizca de humor.

—No —respondió Sharrow mientras sacudía la cabeza—. No he ido al médico desde hace... ¿catorce, quince años? Cenuij rascó los últimos restos de muñeca de la mesa y los metió en la bolsa.

—De hecho, desde Fantasma de Nachtel, desde el accidente —dijo Cenuij. Selló la bolsa de basura—. Entonces, tuvo que ser una pistola neurálgica.

—Espero que sí —dijo Sharrow mientras se dirigía a la ventana desde la que Miz miraba la polvorienta ciudad.

—¿Quieres esto? —le preguntó Cenuij a Sharrow; llevaba la bolsa con los restos de la muñeca. Ella negó con la cabeza y cruzó los brazos, como si tuviera frío.

Reservaron un compartimento privado en el Ais-Yadayeypon Limited del alba. Cuando llevaban tres horas de viaje, el tren dejó atrás los últimos vestigios de las praderas de Jonolrey Exterior y frenó en los primeros afloramientos irregulares de karst para hacer su última parada antes de llegar a la costa oriental. Desayunaron y observaron cómo en el paisaje gris pálido, salpicado de agujas, comenzaban a aparecer casas, paneles solares y recintos vallados.

Fueron los únicos en bajarse. La ciudad desparramada parecía un territorio fronterizo, abierto, perezoso y a medio terminar. El vendedor de coches local tenía preparado el todoterreno de seis ruedas en el aparcamiento de la estación; Miz firmó los papeles, compraron los últimos suministros en una ferretería y después se internaron en el karst, a lo largo de una carretera de parques de energía solar, polvorienta y llena de baches, que iba más o menos paralela a la valla de enormes letras «U» invertidas que soportaban las delgadas líneas blancas de los monorraíles.

Sharrow levantó la mirada cuando sintió que algo se movía sobre ella en el monorraíl. Cenuij bajó la mirada; la cabeza envuelta en la bufanda sobresalía por encima del borde de la vía, unos ocho metros más arriba.

—¿Qué está pasando exactamente? —preguntó Cenuij. Ella se encogió de hombros.

—Ni idea —miró a Dloan, que todavía escuchaba los circuitos del monorraíl, y después a la siguiente pata de soporte, donde Zefla estaba sentada a la sombra, con la cabeza inclinada.

—Bueno, no pasa nada —dijo Cenuij con irritación—. Me quedaré aquí sentado hasta que me dé un ataque al corazón, ¿vale? —volvió a desaparecer.

—Una idea excelente —murmuró Sharrow; después se comunicó por haz estrecho con el punto de la vía en el que estaba Miz, a dos kilómetros de ella—. ¿Miz?

—¿Sí? —respondió la voz de Miz.

—¿Sigues sin tener nada?

—Nada.

—¿Cuánto falta para que pase el siguiente en la otra dirección?

—Veinte minutos.

—Miz, ¿estás totalmente seguro...? —comenzó a preguntar Sharrow.

—Mira, niña —dijo Miz con tono molesto—. Es el puto exprés de línea regular, ayer emitieron los pasaportes y mi hombre en Yada dice que una compañía que actúa como tapadera de los huhsz ha alquilado un vagón privado en este tren, hoy, unos cinco minutos después de que se terminara la vista de los Pasaportes. ¿A ti qué te parece?

—Vale, todo... —comenzó Sharrow.

—¡Guau! —dijo Miz. Se quedó callado unos instantes y después volvió a hablar con prisa—. Tengo algo en los auriculares... una vibración, sin duda... tiene que ser. ¿Listos?

Ella miró a Dloan, que se había llevado una mano a la oreja. La miró y asintió.

—Aquí viene —dijo.

—Listos —le dijo Sharrow a Miz. Silbó a Cenuij, que sacó la cabeza de nuevo—. Está de camino —le dijo.

—Ya era hora.

—¿Tienes listo el otro papel?

—Claro; le estoy poniendo la porquería —sacudió la cabeza—. Parar un monorraíl con pegamento; ¿cómo me meto en estas situaciones? —la cabeza volvió a desaparecer.

Sharrow miró a la figura agachada que estaba cien metros más adelante.

—¿Zef?

Zefla dio un respingo. Levantó la cabeza; miró a su alrededor y saludó con la mano.

—¿Trabajo? —dijo su voz soñolienta en los oídos de Sharrow.

—Sí, trabajo. Intenta mantenerte despierta, Zef.

—Bueno, vale.

Dloan cerró la caja de conexiones de la pata del monorraíl y comenzó a trepar por los asideros hacia la parte superior de la vía.

Sharro sintió que el corazón se le aceleraba. Comprobó de nuevo el rifle. Sacó el cañón manual y también lo comprobó. Tenían pocas armas para una operación como aquella, pero no habían tenido tiempo para reunir todo lo que querían.

La mañana después de que los solipsistas la dejaran en Aïs y se encontrara con los demás, oyeron que los pasaportes serían emitidos en las siguientes veinticuatro horas.

Miz les contó a los otros su plan; Cenuij le dijo que estaba loco. La opinión experta de Zefla sobre sus implicaciones legales era que se trataba de «echarle morro».

Tenían el tiempo justo para preparar la compra del todoterreno para el día siguiente y atravesar Aïs a toda prisa en varios taxis a la busca de material para el desierto, equipos de comunicaciones y los rifles automáticos de caza (más munición) más grandes que permitieran las leyes del condado de Aïs. Si hubieran tenido un día más, Miz podría haber hecho que le enviaran por avión armamento más pesado a través de una de las compañías que le servían de tapadera, pero emitieron los pasaportes a tiempo aquel mismo día, así que no tuvieron más remedio que ponerse en movimiento.

Sus últimas compras fueron tres enormes discos de papel de aluminio reforzado y revestido (piezas de repuesto para un horno solar portátil) y pegamento. Mientras Dloan y Miz los compraban, Sharro se había quedado en el hotel y había llamado a un descendiente de uno de los criados de la familia Dascen, un hombre lo bastante rico para tener su propio mayordomo y una secretaria personal, con los que tuvo que hablar Sharro para poder llegar hasta Bencil Dornay, que invitó cordial y amablemente tanto a ella como a sus amigos a su casa de montaña.

—¡... ido! —oyó Sharro decir a Miz.

—¿Qué? —le respondió ella, nerviosa por su tono de voz. No hubo contestación. Sharro miró a lo lejos, donde la línea blanca del monorraíl desaparecía en el brillo del desierto.

—¡Puedo verlo! —le gritó Cenuij desde arriba.

Una línea de silencio infinitesimal apareció en el horizonte líquido, casi invisible a través del aire tembloroso. La diminuta línea brillante se alargó; el sol se reflejó en ella por un instante, parpadeó y volvió a desaparecer.

Sharro se levantó y ajustó el aumento de su visor a veinte. Era como mirar un tren de juguete reflejado en una piscina de mercurio en movimiento. El tren todavía estaba a un par de kilómetros del punto en el que Miz estaba tumbado sobre el monorraíl. Sharro observó las sombras de las patas de soporte, que parpadeaban sobre el morro del tren conforme corría bajo la vía, una vertiginosa línea de plata que se doblaba por el calor.

Contó.

—Mierda —se oyó decir. Las sombras que pasaban sobre el estilizado morro de

avión del tren iban a casi tres por segundo; los soportes estaban colocados a una distancia de varios cientos de metros, y los trenes exprés solían avanzar a unos dos metros veinte por segundo; esa era la velocidad que habían utilizado para realizar sus cálculos. Sharrow estaba cogiendo aire para decirle a Miz que echara el papel antes de tiempo, cuando vio un destello sobre el monorraíl.

—¡El papel está puesto! —oyó chillar a Miz.

Si el plan de Miz funcionaba, el radar de aguja del tren captaría el eco de la pantalla de aluminio y utilizaría los frenos de emergencia.

—Va demasiado rápido —le transmitió a Zefla—. Se pasará.

—Voy para allá —le respondió Zefla, y comenzó a correr hacia Sharrow.

Un ruido mezcla de rugido y chirrido surgió del transmisor; los gritos de Miz eran apenas audibles sobre el estrépito

—¡Parece que está frenando! ¡Ahí viene!

—¡Empieza a correr! —le gritó Cenuij a Sharrow.

—Estoy corriendo, estoy corriendo —murmuró ella, mientras atravesaba a toda velocidad el karst arrugado en dirección a la siguiente pata de soporte.

A dos kilómetros de allí, Miz estaba tumbado sobre el monorraíl, con la mejilla a escasos centímetros de la superficie ardiente. La vibración y el ruido lo atravesaban; el murmullo bajo él se convirtió en un doloroso zumbido que amenazaba con lanzarlo volando de la vía. Se estiró para intentar asirse al raíl con manos y pies. Bajo él, el círculo de aluminio que había soltado delante del tren vibraba suavemente sobre sus puntales de plástico, y la superficie revestida reflejaba el radar del tren. El ruido y la vibración llegaron a su punto culminante cuando el tren, en plena frenada violenta, pasó chillando bajo él.

—¡Mie-e-e-rda! —dijo Miz; le castañeteaban los dientes, parecía como si le vibraran todos los huesos del cuerpo. El vórtice de aire subía sobre él y le tiraba de la ropa.

El morro en forma de bala del tren en frenada chocó con el centro del papel de aluminio, lo rompió al instante y lanzó los trozos arrancados por el aire como una bandada de pájaros plateados que cayeran del cielo.

El tren se alejó rugiendo, todavía frenando. Miz se puso de pie de un salto.

—¡Yo de vosotros bajaría ahora mismo el segundo papel, chicos! —transmitió Miz; después corrió hacia la segunda pata de soporte y comenzó a descender hacia el todoterreno.

Sharrow frenó y bajó la vista hacia la línea curva de las patas de soporte; la luz y las sombras parpadeaban en los extremos. Siguió corriendo a través del aire reseco, todavía frenando un poco, y esperó a que el segundo círculo de aluminio cayera sobre ella. Ya podía oír el tren; un rugido distante.

—Va rápido, ¿eh? —dijo Zefla con una sonrisa al pasar como un rayo por su lado.

El segundo reflector de papel de aluminio cayó y se extendió a diez metros de Sharrow. Se detuvo, jadeante, con un horno en el fondo de la garganta. Zefla siguió

avanzando, cincuenta metros por delante de ella. Sharrow miró atrás; el tren se acercaba, todavía desacelerando; el ruido permanecía casi constante conforme la estela disminuía y el gemido de protesta de los superconductores iba apagándose poco a poco al acercarse el tren.

Y de repente lo tenía encima, los vagones pasaban como flechas a tan solo unos metros de su cabeza; el estilizado morro del tren golpeó la segunda pantalla de aluminio y se agarró a ella; la arrancó de sus puntales, la membrana reluciente envolvió el morro del vagón delantero, y chasqueó y crujió a su alrededor hasta que el tren se detuvo por fin.

Sharrow estaba justo detrás de la trasera del último vagón; estaba colgado de la línea blanca de la vía y se balanceaba ligeramente. Siguió corriendo, saltó las crestas de piedra caliza y siguió a Zefla, con la pistola preparada delante de ella. Zefla miró atrás.

De repente, algo saltó del penúltimo vagón del tren entre Sharrow y Zefla. En el mismo instante en que cayó revoloteando de la compuerta todavía en movimiento, Sharrow se dio cuenta de que la forma dorada y negra era un uniforme huhsz. Sharrow sabía el punto exacto en el que Zefla se pondría a cubierto. Fue en la misma dirección, se ocultó en una ondulación del karst y apuntó con la pistola al uniforme que caía del tren.

La capa del oficial huhsz llegó al suelo tan vacía como había salido del tren. Levantó polvo. Sharrow apuntó a la compuerta abierta. Aparecieron una pistola y una cara. Ella esperó. La pistola y la cara volvieron a retirarse.

Un movimiento a su derecha hizo que el corazón se le acelerara brevemente, antes de darse cuenta de que era la sombra del tren sobre una larga cresta de karst junto a las vías; lo que estaba viendo debían de ser las sombras de Dloan y Cenuij, que se ponían en posición sobre el tren.

Sharrow cambió de postura y se colocó unos cuantos metros más adelante de la pequeña trinchera, para lograr una mejor protección. Algo más cayó del tren, junto al morro; la pantalla de aluminio brilló un instante y cayó al suelo con un crujido. —Mierda —dijo Sharrow entre dientes. Se tocó el lateral de la máscara—. Se ha caído el aluminio —transmitió—. Romped algo.

—Vale —respondió la voz de Dloan.

Habían puesto pegamento en la segunda pantalla, de modo que se quedara pegada al morro del tren, pero estaba claro que no había funcionado; los técnicos y controladores del ferrocarril estarían mirando las pantallas y lecturas en Yadayeypon, y tendrían una vista clara de la parte delantera del tren, en la que probablemente no apreciarían ningún daño. Pronto empezarían a pensar en dejar que el tren siguiera avanzando.

Se produjo una pausa, después se oyó un fuerte estruendo sobre el tren. Sharrow se relajó un poco; tenían que ser Dloan y Cenuij, estarían haciéndole algún daño irreparable a la alimentación del tren. Oyó un breve chirrido arriba y vio que el

penúltimo vagón bajaba un poco más y se quedaba muy quieto, mientras que los demás vagones se balanceaban un poco, lo que confirmó que sus superconductores ya no lo sostenían dentro del monorraíl; el tren estaba atrapado.

Ella miró atrás, al final del tren y más allá. Una línea de polvo aproximadamente a un kilómetro, que era Miz con el todoterreno. Volvió a mirar la compuerta; apareció una pistola más grande y una cara; la pistola relucía.

Un millar de diminutas explosiones atravesaron la piedra quebradiza y erosionada de la cresta de karst en la que antes había estado agachada Sharrow; se disolvió en una nube de polvo y un áspero bramido. Sharrow estaba demasiado cerca, así que solo pudo acurrucarse e intentar protegerse de las astillas de metralla de piedra que salían despedidas de la devastación. Los escombros la golpearon en la espalda; un par de impactos la pincharon como agujas. Intentó rodar para alejarse; después, al ver que se había acabado el ruido pero que oía disparos de rifle, dio un salto y disparó.

Las balas lanzaban chispas alrededor de la compuerta vacía; la compuerta en sí tintineaba, saltaba y se balanceaba al recibir los disparos de Zefla, que la atravesaban desde el otro lado.

Se oyó un estruendo dentro de la compuerta; algo cayó al suelo y explotó. Un crujido resonó en el aire, y el suelo bajo la compuerta brincó y bailó con explosiones diminutas, que levantaron polvo sobre el lugar de la explosión original; Sharrow tuvo la sensación de que se producía un movimiento borroso, zumbante y violento en el aire.

Se agachó soltando palabrotas. Sacó una pequeña bengala de su mochila, la encendió y la lanzó a un lado de la creciente onda de explosiones.

Habían lanzado una ráfaga de pulgas en racimo. Cada una de las microgranadas tenía doce rebotes explosivos al azar que buscaban la firma de calor de cualquier ser humano que se encontrara cerca; si no lo encontraban, explotaban de todas formas. Si se usaban bien, resultaban devastadoras, pero el cartucho estaba diseñado para su lanzamiento, no para dispararlo directamente al suelo; calculaba que menos de la mitad de las microgranadas habrían sobrevivido al impacto inicial.

Sharrow se mantuvo agachada y esperó a que uno de los mortíferos guijarros aterrizara a sus pies, ya que dudaba que el calor de la bengala pudiera despistarlos. Entonces una onda intermitente de sonido anunció que las diminutas granadas se habían autodestruido. Echó un vistazo, con la pistola preparada.

Una cabeza apareció en la compuerta para mirar abajo. Ella disparó. La cabeza del hombre dio una sacudida, como si asintiera a algo; después se quedó allí colgada y un brazo flácido salió de la compuerta. La sangre comenzó a caer sobre la capa oscura que yacía sobre el karst. Alguien tiró hacia dentro del brazo y de la cabeza. Ella disparó el resto de la recámara y observó cómo la mayoría de las balas rebotaban y arrancaban chispas de los bajos del tren.

—A la mierda —dijo Sharrow. Con una mano mantuvo el rifle apuntando a la compuerta, lo recargó y después sacó el cañón manual del bolsillo, se lo llevó a la

boca y soltó el cargador, que recogió con los dientes; le dio la vuelta con la mano que llevaba la pistola y volvió a meterlo en su sitio. Lanzó una transmisión hacia el lugar donde suponía que estaba Zefla.

—¿Zef? —Nada—. ¿Zef? —volvió a llamar.

—Buenos días —dijo Zefla arrastrando las palabras, casi con pereza.

—Cúbreme.

—Vale.

Zefla comenzó a disparar de nuevo a la compuerta. Sharrow disparó también, después salió arrastrándose de la trinchera de karst y corrió, saltando sobre las ondulaciones, hacia el pequeño cráter en el que había aterrizado la ráfaga de pulgas en racimo. Llegó a ponerse casi debajo de la compuerta; Zefla dejó de disparar. Sharrow apuntó el rifle a los bajos del vagón del tren, justo frente a la compuerta, y después disparó una docena de balas al metal. Algunas rebotaron; una pasó rozándole el hombro izquierdo. Sacó el cañón manual y disparó con él hacia la misma zona; el retroceso le golpeó la mano e hizo que le temblara todo el brazo mientras la pistola rugía; los proyectiles perforantes dejaron pequeños agujeros en el revestimiento del vagón.

Algo se movió en la compuerta; ella vació la pistola en aquella dirección y el ruido pasó de los crujidos agudos de los perforantes al gemido de los dardos metálicos. Después echó a correr, hacia atrás y a un lado, para salir de la parte baja del tren. Rodó por el suelo hasta ponerse a cubierto y gritó cuando un filo cortante de karst le atravesó la chaqueta y le cortó el hombro. Se sentó, se frotó el hombro un instante y después volvió a cargar la pistola, mientras Miz llevaba el todoterreno justo bajo el último vagón del tren.

Desde allí Sharrow podía ver la parte superior del tren y el monorraíl en sí. Dloan y Cenuij habían desaparecido; se intuía una sección abierta en el tejado del último vagón.

De repente, el vagón de los huhsz tembló; sus ventanas explotaron en pedazos. Se oyó un zumbido agudo y frenético que reconocía, y una serie de pequeñas explosiones y crujidos; un par de pulgas cayeron del vagón destrozado y saltaron unos segundos sobre la superficie de karst, como pequeños petardos; después explotaron. El destrozado vagón huhsz se quedó en silencio; echaba un humo gris.

—¿Qué coño ha sido eso? —transmitió Miz desde el todoterreno.

—Pulgas en racimo —dijo Sharrow—. ¿Cenuij? ¿Dloan? —llamó con urgencia.

—Aquí —suspiró Cenuij.

—¿Estáis bien, chicos? —preguntó la voz de Zefla.

—Los dos bien; intentaron tirarnos unas pulgas en racimo. Nuestro amigo grandote se las devolvió y cerró la puerta. Acaba de ir a echar un vistazo.

—¡Bien por Dloan! —gritó Zefla.

—Puede que sea esto —dijo Dloan. Sharrow lo vio junto a una de las ventanas rotas del vagón huhsz; estaba manipulando algo.

—¿Qué estáis haciendo ahora? —les preguntó, extrañada.

—Le estamos atando un trozo de cuerda a este maletín —respondió Dloan, como si fuera obvio—. ¿Hay alguien bajo este vagón?

—Despejado —le dijo Sharrow. Dloan tiró el enorme maletín por la ventana destrozada; se abrió de golpe al tensarse la cuerda atada dentro del vagón; se oyó el crujido y el gemido de los dardos; el maletín botó en el aire en una nube de humo; después cayó hacia atrás y se quedó colgado del extremo de la cuerda. De él cayó una especie de grandes libros negros, que aterrizaron sobre el karst levantando polvo.

—Ajá —dijo Sharrow.

Estaba de pie sobre el silo de residuos; un montículo amarillo polvoriento en el lateral de una colina amarilla polvorienta, con el desierto de karst detrás, un campo de llamas pálidas y heladas bajo la furiosa luz del sol de mediodía. Miz estaba sentado en el todoterreno y hablaba por el transceptor. Las cabezas de válvula del silo estaban protegidas mediante un pequeño búnker cubierto de antiguos símbolos desvaídos de radiación y calaveras. Dloan puso una carga térmica en el cierre de la puerta; la carga ardió con más fuerza que el sol de la tarde, y Dloan abrió la puerta de una patada.

El interior del búnker parecía negro tras el brillo de la carga y el sol cegador; además, hacía un calor asfixiante. Sharrow tenía los cinco pasaportes. Eran sólidos y pesados, a pesar de estar hechos, principalmente, de titanio y fibra de carbono entretejida. El texto externo estaba grabado en láminas planas y delgadas de diamante pegadas a las cubiertas; estaba dirigido a los oficiales e individuos responsables de cualquier zona y exigía su total cooperación según las leyes del Tribunal Mundial, a la vez que amenazaba con castigos innominables a quienes intentaran destruir los pasaportes. Los agujeros matriciales eran carbuncos azules incrustados en una esquina de los compactos documentos; una secuencia de botones integrados en los lomos controlaba los circuitos de los pasaportes, que podían reproducir un holograma de los jueces del Tribunal Mundial y una grabación de sus voces, en los que también se exigía una cooperación total de todo el mundo antes de entrar en detalles sobre su suprema autoridad política y su procedencia legal.

Cenuij apartó un cilindro de un metro de largo, con forma de bala, de la parte superior del pozo de acceso al silo. El monitor de radiación que llevaba en la muñeca zumbó suavemente.

Cenuij y Dloan abrieron juntos la tapa del pozo; la enorme compuerta crujió a modo de protesta y la alarma del monitor de radiación subió de volumen. Sharrow se acercó al agujero negro del pozo.

—Bueno —le dijo Cenuij—, no te quedes ahí admirándolos; tíralos antes de que nos friamos.

Sharrow soltó los pasaportes en el pozo. Hicieron un ruido metálico al desvanecerse. Ayudó a Cenuij a sostener la compuerta; Dloan preparó el fardo de

cargas explosivas, térmicas y proyectiles variados, los selló dentro del cilindro de inspección y maniobró el cilindro con forma de bala para volver a colocarlo sobre el pozo, mientras el monitor de Cenuij cantaba como loco.

El cilindro encajó en su sitio y aseguró la compuerta; la dejaron caer mientras el cilindro desaparecía pozo abajo y el cable se desenrollaba de una bobina del techo.

—Vale —dijo Dloan de camino a la puerta.

Volvieron al fresco interior del todoterreno.

Miz hizo una mueca.

—¿Hecho? —le preguntó a Sharrow.

—Sí —respondió ella mientras se secaba el sudor de la cara.

—Genial —dijo Miz; accionó los controles del coche para alejarlos del silo. Saltaron de su cumbre abovedada y volvieron al camino que llevaba a las colinas.

—¿Está ya en camino ese avión? —quiso saber Cenuij desde la parte de atrás del agitado todoterreno.

—El piloto tuvo un problema con las aduanas de Ciudad Hapley —dijo Miz—. Pero ya está resuelto; se reunirá con nosotros a dos clicks al norte de aquí. Volará bajo para mantenerse fuera del alcance del radar de superficie; hay cierto alboroto por la lluvia.

—¿Y qué pasa con los satélites? —preguntó Cenuij.

—Para cuando procesen lo que tienen, ya estaremos fuera —respondió Miz—. En el peor de los casos, confiscarían el avión —se encogió de hombros—. De todos modos, íbamos a dejarlo en el Campo de Chanasteria.

—Cinco segundos —dijo Dloan. Miz detuvo el todoterreno en el camino justo antes de entrar en un cañón poco profundo; todos observaron la silueta del silo de residuos.

Notaron un ruido; una conmoción casi subsónica en el aire y desde el suelo. De la puerta del búnker salió una pequeña nube de polvo.

—Eso servirá para frenar a esos cabrones —dijo Miz; volvió a arrancar el vehículo. Sharrow asintió.

—Con suerte.

—Espero que haya merecido la pena —dijo Cenuij.

—Bueno, un hurra por nosotros —bostezó Zefla—. Esto se merece un trago.

—Quizá Bencil Dornay te prepare un cóctel si se lo pides con amabilidad —le dijo Miz tras acelerar el todoterreno para introducirse en el cañón. Sharrow miró la nube de polvo por la ventana.

El mensaje mortal

Nadaba sobre el paisaje. El agua tenía un relajante color azul lechoso; el paisaje de abajo brillaba en tonos verdes. Al bucear hacia él, podía ver carreteras y casas diminutas, lagos relucientes y parches de bosque. Tocó el frío cristal mientras las extremidades desnudas la impulsaban, la forzaban, la mantenían en el fondo; el pelo negro le flotaba alrededor de la cabeza, una lenta nube de oscuridad que formaba lánguidos remolinos.

Paró brazos y piernas, y se elevó con suavidad a través del agua templada.

Al llegar a la superficie se dio la vuelta y se quedó flotando; observó la vaga sombra de su cuerpo proyectada sobre los azulejos rosa pálido del techo. Movi6 las extremidades de varias formas para observar la respuesta de la borrosa figura del techo. Después nadó hasta llegar al borde, lo subió para salir de la piscina y cogió una toalla de la mesa. Fue hasta el parapeto, donde soplab a una brisa que subía del valle, con un suntuoso aroma a final de verano. El aire fresco fluía sobre el parapeto, rodeaba su cuerpo mojado y la hacía temblar. Apoyó los brazos en la barandilla de madera con panel de cristal y observó cómo los pelos de los antebrazos se le despegaban de las perlas de humedad y se ponían de punta, cada uno sobre su propio montículo diminuto de carne.

La vista se extendía desde el valle hasta los bosques de hoja perenne y los altos pastos de verano. Las montañas que se alzaban sobre ellos todavía no tenían ni rastro de nieve aunque, más allá, pasando el horizonte, el núcleo de la sierra escondía picos con campos de nieves perpetuas y pequeños glaciares. Detrás del pico de roca, unas altas vetas de nubes y estelas de vapor cruzaban la bóveda azul pálido como si se tratara de rocío de mar.

Se puso la toalla sobre los hombros y caminó hacia el borde de la piscina, con la mirada fija en las tranquilizadoras aguas de color verde. El paisaje bajo ellas temblaba y se sacudía, como si sufriera convulsiones causadas por un terrible terremoto.

La casa de Bencil Dornay se había construido sobre el saliente de una gran montaña de la sierra de Morspe, con vistas al valle de Vernasayal, a trescientos cincuenta kilómetros al sur de Yadayeypon; casi se podía ver la costa oeste de Jonolrey y las olas de Sureño, el cuarto océano de Golter. La casa colgaba bajo un contrafuerte tallado, como un crustáceo marino especialmente cabezota, decidido a mantenerse pegado a su roca aunque la marea se hubiese marchado hacía tiempo. La característica más inquietante de la casa era la piscina, que estaba en el más bajo de

los cinco pisos de la vivienda y tenía fondo de cristal.

Se decía que, enfrentada al brillo verde que surgía de la piscina y a la vista tenue aunque clara que ofrecía del valle inferior, la gente de carácter nervioso que llegaba allí por primera vez solía ponerse de un color muy parecido. Los invitados más duros y aventureros, dispuestos a demostrar su confianza en las técnicas de construcción modernas, casi nunca dejaban pasar la oportunidad de bañarse en la piscina, aunque solo fuera para decir que lo habían hecho.

Sharrow se quedó allí y esperó un rato hasta que el agua que le perlaba la piel se hubo secado casi por completo y el agua picada de la piscina se hubo quedado inmóvil. Al final, la vista del valle, quinientos metros más abajo, volvió a ser clara y sobrecogedora, momento en el que se sumergió de nuevo en la piscina.

El dolor llegó cuando nadaba de vuelta al borde; justo bajo las costillas, después en las piernas. Intentó hacer caso omiso, seguir nadando, apretar los dientes. Llegó al borde de la piscina, puso las manos sobre los azulejos ondulados, tensó los brazos. Otra vez no. No podía estar pasando otra vez.

El dolor se le introdujo en los oídos como un par de espadas al rojo; se oyó jadear. Intentaba agarrarse al bordillo cuando llegó la segunda oleada y la abrasó desde los hombros a las pantorrillas. Gritó, cayó de nuevo al agua, tosió y se ahogó al intentar nadar y acurrucarse al mismo tiempo. Otra vez todo, no. ¿Qué sería lo siguiente? ¿Para qué tenía que prepararse ahora? El dolor disminuyó; se volvió a agarrar al borde de la piscina. De repente, se sentía débil, incapaz de salir; palpó un lateral con el pie para localizar los escalones. La mano derecha encontró un asidero empotrado en los azulejos. Se agarró a él, consciente de lo que ocurriría; sufrió convulsiones cuando el dolor la atravesó, como si su cuerpo fuera un enchufe y el dolor alguna clavija enorme y obscena que transmitiera una terrible corriente de agonía.

Se dobló sobre sí misma en el agua, concentrada en mantenerse agarrada al asidero, aterrorizada de soltarlo. Sintió cómo la cabeza se le hundía e intentó contener la respiración mientras el dolor seguía y seguía, y se le escapaba un gemido entre los labios, con una cadena de burbujas. Quería respirar, pero no podía dejar la posición fetal que había adoptado. Sentía un rugido cada vez más fuerte en los oídos.

Entonces el dolor la soltó, se evaporó.

Entre resoplidos, toses y agua, tiró de su cuerpo hacia el asidero y se dio con la cabeza en el lateral de la piscina. Salió a la superficie y respiró por fin; sacó la otra mano, encontró el asidero, los dos asideros. Introdujo un pie en uno de los escalones bajo el agua. Con los ojos cerrados, se arrastró hacia el exterior con sus últimas fuerzas. Sintió de nuevo el borde de la piscina contra la barriga y se derrumbó sobre los cálidos azulejos de plástico, con las piernas todavía flotando en el agua.

Después sintió unas manos fuertes que tiraban de ella, que la levantaban, que la sostenían, unos brazos que la abrazaban. Abrió los ojos lo bastante para ver las caras preocupadas de Zefla y Miz, y empezó a decirles algo, que no se preocuparan, pero entonces la gran espada le golpeó la espalda, sufrió otra convulsión y se desmayó; la

sostuvieron de nuevo, aguantaron su peso y sintió cómo la levantaban, con un dedo del pie deslizándose sobre los azulejos; después la pusieron sobre algo suave y la sostuvieron con sus cuerpos cálidos, le murmuraron al oído y seguían allí cuando el último y breve instante de dolor explotó en su cabeza y acabó con todo.

Se despertó al oír la canción de un pájaro. Todavía estaba tumbada junto a la piscina, cubierta de toallas. Zefla estaba tumbada junto a ella y le acunaba la cabeza suavemente. Un pájaro gorjeó y ella lo buscó con la mirada.

—¿Sharrow? —dijo Zefla en voz baja.

El pájaro de color azul estaba sentado en el parapeto de madera de la terraza. Sharrow lo observó observarla y después se volvió a Zefla.

—Hola —le dijo. Su voz sonaba débil.

—¿Estás bien? —le preguntó Zefla.

El pájaro de color azul se alejó volando. Apareció Miz, con bañador, y se agachó junto a ella.

—He llamado a... —comenzó a decirle a Zefla, después se dio cuenta de que Sharrow tenía los ojos abiertos—. Vaya, hola —le dijo con voz amable; acercó una mano y le tocó la mejilla—. Estás de vuelta con nosotros, ¿no? —le preguntó con una sonrisa.

—Estoy bien —dijo Sharrow; se dio la vuelta e intentó sentarse. Zefla le puso un brazo en la espalda para ayudarla. Sharrow tembló y Miz le puso una toalla sobre los hombros.

—Esto no ha sido algo muy natural, ¿no? —preguntó Zefla.

Sharrow negó con la cabeza.

—Ha sido lo mismo que la última vez. En el tanque. Igualito. Una grabación —intentó reírse—. Dijeron que seguirían en contacto.

Miz miró la piscina.

—Podría haber una pistola neurológica o algo así ahí abajo, en el valle; apuntando directamente arriba.

—O algo en la casa —dijo Zefla mientras le secaba el pelo a Sharrow con una toalla.

—Quizá —dijo Sharrow—. Quizá.

—Como les ponga las manos encima a los que están haciéndote esto —dijo Miz — los mato, pero antes...

Sharrow levantó una mano, le cogió el brazo a Miz y se lo apretó.

—Schist, schist —susurró.

Miz suspiró y se puso de pie.

—Bueno, voy a echar un vistazo por la casa, empezaré por el piso de arriba; haré que Dlo y Cen le echen una ojeada al valle. —Se agachó, le puso la mano en la cabeza a Sharrow un momento—. ¿Estarás bien?

—Estaré bien.

—Buena chica —Miz se alejó a paso rápido.

—Chica —repitió Sharrow sacudiendo la cabeza.

—Vamos a meterte en la cama, ¿vale? —le dijo Zefla.

Sharrow usó los hombros de Zefla para levantarse. Al final se puso de pie, apoyada en la otra mujer.

—No; estaba nadando. Ya ha pasado; me siento bien.

—Estás loca —dijo Zefla, pero dejó que Sharrow se quitara la toalla que llevaba en los hombros y caminó con ella hasta el borde de la piscina. Sharrow se quedó allí un momento, recuperó la compostura, se puso derecha y flexionó los hombros. Se tiró al agua de cabeza; fue una zambullida bastante irregular, pero salió a la superficie y comenzó a nadar con fuerza hacia el lado opuesto.

Zefla se sentó en el bordillo de la piscina; las oscuras piernas de color marrón rojizo colgaban sobre el agua. Sonrió a la pálida y ágil figura que se abría paso a través del agua de brillo lima y sacudió la cabeza.

—¿Cómo está nuestra paciente, doctor Clave? —preguntó Bencil Dornay.

—Sana y en forma, diría yo —respondió el anciano doctor al entrar en el salón con Sharrow a su lado.

Bencil Dornay era un hombre compacto y recortado al final de la mediana edad, con unos pequeños ojos verdes en una piel ligeramente aceitunada; tenía una barba cuidada y una perfecta manicura en las manos. Su estilo de vestir era informal, casi descuidado; usaba ropa que era de la mejor calidad, aunque no se tratara del último grito. Su padre había dejado el empleo con Gorko, el abuelo de Sharrow, después de que el Tribunal Mundial ordenara la disolución de las propiedades del anciano; Dornay padre se había metido en negocios y había tenido mucho éxito, con lo que había logrado comprarse un nombre más corto. Bencil había tenido todavía más éxito que su padre y había reducido sus propios nombres de tres a dos. No tenía hijos, pero había realizado una solicitud ante las autoridades competentes para que le permitieran clonarse a sí mismo y esperaba que la siguiente versión de su persona fuera capaz de permitirse ir un paso más allá y soltar un nombre más para iniciar una casa noble menor.

—¿Y está lista para bailar, doctor Clave? —le preguntó Dornay; le brillaban los ojos al mirar a Sharrow, que sonrió—. Tenía pensado organizar una pequeña fiesta en honor de la dama para mañana por la noche. Este pequeño vahído no le impedirá bailar, ¿verdad?

—Claro que no —respondió el doctor Clave. Era regordete, tenía barba cerrada y aspecto de distraído amigable. Se parecía tanto a la imagen del médico perfecto, que Sharrow se preguntó si estaría representando un papel—. Aunque yo... —el doctor se aclaró la garganta— recomendaría que hubiera asistencia médica disponible en esa

fiesta, naturalmente.

Bencil Dornay sonrió.

—Bueno, doctor, ¿acaso se imaginaba que se me ocurriría montar una velada sin usted?

—Diría que no. —El doctor miró una pequeña tablilla—. Bueno, será mejor que compruebe si esos perezosos técnicos han llevado todo de vuelta al avión...

—Deje que le acompañe —le ofreció Bencil Dornay—. Lady Sharrow —dijo.

Ella asintió. Él y el médico caminaron hasta el ascensor. Ella los observó marchar.

Sharrow solo recordaba al padre de Bencil Dornay de una de aquellas temporadas en las que visitaba la gran casa de Tzant, cuando la propiedad todavía pertenecía técnicamente a la familia Dascen, aunque su administración (y destino) estuviera en manos del Tribunal.

Dornay padre había dejado de trabajar para Gorko hacía veinte años y ya se había convertido en un rico comerciante; para él resultaba un verdadero placer volver como invitado de honor a la residencia en la que había servido como secretario. Era un hombre encorvado y amable al que Sharrow recordaba ya muy mayor (pero, claro, entonces ella era muy joven), con una memoria perfecta para todos los artículos de la enorme montaña medio vacía y casi sin usar que era la casa Tzant. Ella y los otros niños habían estado jugando con él, le preguntaban qué había en un cajón o en un armario de alguna habitación olvidada de algún ala distante y descubrían que casi siempre respondía bien, hasta la última cuchara, hasta el último botón y el último palillo de dientes.

Breyguhn había dicho que pensaba que era un mago y que tenía todas las motas de polvo numeradas y archivadas. Le encantaba cambiar las cosas de cajón en cajón, de armario en armario y de habitación en habitación para intentar confundirlo, mientras los demás llegaban corriendo con la noticia de que se había equivocado.

Sharrow no podía decir con sinceridad que recordara a Bencil Dornay; lo habían enviado a la universidad antes de que ella naciese, y si se habían encontrado alguna vez, había olvidado la ocasión.

Por aquel entonces, Dornay padre debía de llevar vinculado genéticamente a Gorko más de cuatro décadas. El código que le diría a Sharrow (según Breyguhn) dónde estaba el Principios Universales se había añadido al mensaje de sus células poco antes de que Gorko cayera; solo por el simple hecho de ser su padre, Dornay le había pasado el mensaje a su hijo, y dentro de él esperaba (si Breyguhn estaba en lo cierto) medio siglo después.

Y todo lo que necesito, pensó Sharrow con cierta amargura, es un beso.

Sharrow se dio la vuelta y caminó hacia el otro lado del salón, donde había una terraza acristalada que daba a un océano de nubes. Los demás miraban una pantalla holográfica.

—¿Y bien? —dijo Miz mientras intentaba llevarla a una silla. Ella lo rechazó irritada con un movimiento de brazo y se sentó en otro asiento.

—¿Qué noticias tenemos? —dijo con un gesto hacia la pantalla, que mostraba un mapa con todo el aspecto de un gráfico de guerra.

—Los huhsz están quitándole importancia al asunto —dijo Cenuij—. Se han disculpado por el accidente de tren; dicen que algunas municiones explotaron accidentalmente; niegan que fuese un ataque. Dicen que los pasaportes se iniciarán en unos días, después de un periodo de luto por los Benditos muertos en el tren.

—Eh —le dijo Zefla a Sharrow—. Hemos visto esa casa que tenías en la isla. Parecía muy bonita.

—Gracias —respondió Sharrow—. Todavía está en pie, ¿no?

—Joder, Sharrow; ¿qué te ha dicho el doctor?

Ella se encogió de hombros con la mirada en el mapa de guerra de la pantalla.

—Hay algo aquí dentro —se dio un golpecito en la cabeza—. Aquí.

—Oh, no —dijo Zefla en voz baja.

—¿Qué es, exactamente? —preguntó Cenuij mientras se inclinaba hacia delante en el asiento.

—Probablemente algún virus de cristal —respondió Sharrow, mirándolos—. Del grosor de una molécula en casi todas las zonas, crece alrededor y dentro de mi tronco cerebral. Una rama baja por mi columna y llega hasta el pie derecho. El resto se divide... —se encogió de hombros— por el cráneo.

—Dios bendito, Sharrow —murmuró Zefla.

—Un virus de cristal —dijo Cenuij con los ojos como platos—. Eso es tecnología bélica. —Miró el pasillo que llevaba al ascensor—. ¿Cómo sabía ese viejo zoquete...?

—Ese viejo zoquete sabe muy bien de lo que habla —le dijo Sharrow—. Y tiene el mejor equipo. Fue médico en la armada de los Comerciantes Libres de Trontsephori durante la Guerra de las Barcazas y se ofreció voluntario para ayudar a los metaplégicos después de la Guerra del Cinco Por Ciento. No sabía qué era lo que estaba buscando (ni siquiera sé si me creía), pero siguió buscando y apareció en una resonancia magnética nuclear. El doctor quiere que visite un hospital especializado para hacerme más pruebas; le he dicho que me lo pensaría.

—¿Podrán quitártelo? —le preguntó Miz, con aspecto preocupado—. ¿Operártelo o algo? Sharrow negó con la cabeza.

—Esa cosa no —dijo Cenuij, a todas luces impresionado—. Crece menos de un centímetro al mes, pero una vez que está dentro, está dentro. Para sacarlo hace falta el virus original, y eso estará guardado en un recinto del Tribunal, en algún hábitat militar. Si estalla otra guerra y el Tribunal cree que resulta justificado subir a ese nivel, puede que vuelvas a verlo. Si no, nada.

—¿Podríamos robarlo? —preguntó Miz.

—¿Estás loco? —le preguntó a su vez Cenuij. Dloan negó con la cabeza.

—Complicado —dijo. Zefla se llevó una mano a la boca y miró a Sharrow con los ojos brillantes.

—Entonces, eso es lo que estaba captando la señal de onda larga de la muñeca —dijo Cenuij, que tenía la mirada perdida y asentía con la cabeza—, un virus de cristal. —Soltó una risita y miró a Sharrow—. Joder, sí, es lo único que te hace falta. Si te lo pusieron en el hospital de Fantasma ha tenido tiempo suficiente para crecerte por todo el cuerpo; la ramificación del pie debe de ser la antena. Podrías tener la red dentro toda la vida y no darte cuenta; probablemente necesita menos potencia que un iris; entonces alguien introduce el código correcto y ¡chas!

—«Ay» sería una descripción más adecuada —dijo Sharrow.

—Y con onda larga —añadió Cenuij—. Perfecto; no necesitas mucha definición, y penetra...

—Entonces, estas señales vienen de la red de comunicaciones —dijo Zefla—. ¿Satélites y esa mierda? —Cenuij no respondió; estaba mirando la alfombra de nubes que se extendía más allá de la terraza iluminada por el sol. Sharrow asintió. Zefla extendió los brazos—. ¿Y no podemos averiguar quién envía las señales?

—Es cuestión de suerte —le dijo Dloan.

—No sirve —dijo Cenuij tras descartar la idea con un gesto de la mano.

—Bueno, entonces, ¿cómo coño lo paramos? —dijo Miz en voz alta—. ¡No podemos dejar que vuelva a suceder!

—Quizá si viviera en el pozo de una mina —sugirió Cenuij—. O si encontrara algún lugar fuera de la red. Aunque, incluso fuera de la red, si alguien sabe dónde estás podría transmitirme una señal por haz; esa muñeca que tenían en el petrolero no era más que un transmisor de corto alcance...

—¿Y qué me dices de un collar inhibidor del dolor? —le preguntó Zefla.

—Olvídalo —respondió Cenuij. Chasqueó la lengua—. Mierda, me gustaría haber hablado con ese viejo doctor. —Sacó su teléfono del bolsillo—. Me pregunto si debería llamarlo.

—Pregúntaselo mañana por la noche —le dijo Sharrow—. Viene a la fiesta.

—¿No se ha cancelado? —le preguntó Miz.

—¿Por qué? —Sharrow se encogió de hombros y miró hacia el lugar por donde Bencil Dornay había salido para acompañar al médico hasta el ascensor—. Solo ha invitado a gente en la que confía y no le ha dicho a nadie que estamos aquí —le sonrió—. Estaba deseando montar una fiesta en nuestro honor; no podía negarme.

Miz parecía escéptico.

—Entonces, ¿lo vas a hacer en la fiesta? —le preguntó Cenuij con una sonrisa extraña y perturbadora.

Ella miró su cara delgada e inquisitiva.

—Sí, Cenuij; lo haré en la fiesta.

Zefla se levantó, se arrodilló frente a Sharrow y la abrazó.

—Pobre niña; estás de vuelta a la guerra, ¿verdad?

Sharrow pasó una mano por el pelo rizado de Zefla y le tocó la cabeza con las puntas de los dedos.

—Lo cierto es que una guerra es justo lo que necesito.

Estaba de pie en su habitación, de cara al espejo, con la ropa interior y exterior sobre la cama junto a ella, las luces encendidas. Se miró a sí misma. Todavía tenía un leve moretón en las rodillas de la caída en el tanque de la Troncada, aunque ya había desaparecido la sombra de la mancha que se había hecho en la frente en la misma caída. Tenía un corte en el hombro, del karst, y dos uñas rotas por haberse agarrado al asidero de la piscina por la mañana.

Puso los brazos sobre la cabeza y observó cómo se elevaban los pechos, y después cómo bajaban al dejar caer de nuevo las manos. Se puso de lado, se relajó, y frunció el ceño al ver el bulto de la barriga. Fijó la vista en los muslos reflejados en el espejo, después se los miró directamente y se preguntó si estaría empezando a salirle piel de naranja. No podía ver nada. Quizá también se estaba quedando sin vista.

Nunca había sufrido alteraciones (aparte de la ortodoncia cuando era niña) y nunca había usado ninguna droga antigériátrica, ni legal ni ilegal. Se había jurado a sí misma que nunca lo haría. Pero en aquel momento, incluso antes de que hubiera signos evidentes de vejez en su cuerpo, le pareció entender cómo debía de sentirse la gente mayor; ese deseo de no cambiar, de no deteriorarse. ¿O era simplemente que quería seguir siendo atractiva? Se miró a los ojos.

Sobre todo, pensó, quiero seguir resultándome atractiva a mí misma. Incluso si ningún hombre volviera a mirarme, seguiría queriendo verme bien. Cambiaría cinco, diez años de vida por seguir teniendo este aspecto hasta el final.

Sacudió la cabeza, con el ceño ligeramente fruncido.

—Vale, pues muere joven, narcisista —se susurró a sí misma. Al menos los huhsz podrían asegurarse de que nunca creciera. Se dio la vuelta para vestirse. El cuerpo es un código, pensó mientras cogía la combinación. Y se quedó helada al pensar en el momento en el que había escuchado aquella frase, en lo que se suponía que descubriría gracias a Bencil Dornay aquella tarde y en cómo lo haría.

En el pasillo en curva, junto a una ventana con vistas a un abismo de oscuridad ensartado y perlado por las luces de carreteras lejanas y por los racimos de joyas de las ciudades y pueblos, frente a la amplia escalera que llevaba al piso de entrada a la casa, cuyas profundidades estaban ya iluminadas y llenas de charlas, música y risas, se encontró con Cenuij Mu sentado en un sofá y vestido con una toga formal, mientras leía lo que parecía ser una carta.

Él levantó la vista cuando la sintió acercarse. La examinó y después asintió.

—Muy elegante —le dijo. Volvió la mirada a la carta, la dobló y se la metió en la túnica.

Ella comprobó su imagen en las ventanas, sobria con un estricto vestido negro. El

vestido llegaba hasta el suelo y era de manga larga, decorado con sencillas joyas de platino alrededor del cuello alto y en las manos enguantadas. Llevaba el cabello recogido en una reddecilla negra con una constelación de diamantes.

—Negro profiláctico —dijo ella tras volverse para mirar su perfil—. Estilo remilgado y estreñado —siguió diciéndole. Sacudió la cabeza frente a su reflejo—. Es una puta pena que tenga este aspecto tan arrebatador con él.

Esperaba que Cenuij le replicara, pero él no parecía escucharla. Tenía la mirada perdida en la distancia. Ella se sentó junto a él en el sofá; el vestido y el collar la obligaban a sentarse muy derecha, con la cabeza recta.

—¿Es una carta de Breyguhn? —le preguntó. Él asintió, todavía mirando la curva del pasillo.

—Sí, acaba de llegar.

—¿Cómo está? Cenuij sacudió la cabeza y después se encogió de hombros.

—Te menciona —dijo.

—Ah —respondió Sharrow—. ¿Y menciona algo sobre ese mensaje que se supone que le sacaré a Dornay?

Cenuij volvió a encogerse de hombros. Parecía cansado.

—No directamente —dijo.

—No puedo evitar preguntarme qué forma adoptará —admitió Sharrow. La música y las voces del piso de abajo aumentaron brevemente y después disminuyeron antes de que Cenuij contestara.

—Si es el tipo de cosa de la que creo que está hablando —dijo él—, podría expresarse de muchas formas. Puede que no se limite a decir lo que sabe; quizá esté codificado en un dibujo, en algún tipo de pose en un baile de signos, una melodía silbada. Hasta podría variar según las circunstancias en las que esté cuando se inicie la programación.

—No tenía ni idea de que fueras un experto, Cenuij.

—Solo un aficionado —respondió él, al parecer más recuperado—. Breyguhn sabe más.

—La sacaremos de ahí —le dijo Sharrow.

Él pareció enfadarse.

—¿Por qué os odiáis tanto? —le preguntó a Sharrow.

Ella lo miró un instante y se encogió de hombros.

—En parte es la típica rivalidad entre hermanas —le dijo—. Y el resto es... —sacudió la cabeza—. Una historia demasiado larga. Brey te la contará en su momento, supongo. —Sharrow le cogió una mano—. Pronto, Cenny; te lo diré pronto. Esta tontería de Dornay debería ponernos en la pista del libro; lo encontraremos. Ella estará fuera pronto.

Cenuij bajó la mirada y movió la mano, como si pretendiera volver a sacar la carta.

—Es lo único que quiero —susurró. Ella le puso un brazo sobre los hombros—.

¿Y tú, Sharrow? —Le dijo él tras apartarse para mirarla a los ojos—. ¿Qué quieres? ¿Qué es lo que quieres realmente? ¿Lo sabes?

Ella sostuvo su mirada.

—Vivir, supongo —dijo con algo que esperaba que sonara a sarcasmo.

—No vale; demasiado común. ¿Qué más?

Ella sentía el impulso de apartar la vista de aquella mirada intensa y severa, pero se obligó a seguir mirándolo.

—¿De verdad quieres saberlo? —le preguntó.

—¡Claro! Te lo he preguntado, ¿no?

Ella se encogió de hombros. Frunció los labios y desvió la vista adrede, para mirar la oscuridad al otro lado de las ventanas.

—No quiero estar sola —dijo; lo miró y levantó un poco la barbilla, como si lo desafiara—. Y no quiero decepcionar a nadie.

Él soltó una carcajada cruel y se levantó del sofá. Se puso de pie delante de ella y se alisó la toga.

—Qué graciosa es nuestra pequeña Sharrow —le dijo. Después le dedicó una amplia sonrisa y le ofreció un brazo—. ¿Me permites?

Ella sonrió sin ganas, lo cogió del brazo y descendieron por la escalera hacia la fiesta.

Había unos cien invitados. La banda era acústica y, por tanto, extremadamente moderna; el propio personal de cocina de Bencil Dornay había preparado las mesas con varias exquisiteces. Dornay la llevó entre los invitados para presentarla. Eran colegas de negocios, ejecutivos de su empresa de comercio, unos cuantos dignatarios y próceres locales, amigos ricos de casas cercanas y algunos artistas de la zona. A Sharrow le apetecía imaginar que daba la coincidencia de que todos los amigos de Bencil Dornay fueran igual de educados, pero suponía que les había dicho que no hicieran preguntas vergonzosas, cómo: ¿qué se siente cuando te persiguen los huhsz?

—Es usted muy valiente, lady Sharrow —le dijo Dornay. Estaban de pie junto a una de las mesas cargadas de comida y observaban a un grupo de malabaristas que actuaban en el pequeño escenario montado en el centro de la pista de baile del salón de recepciones. La gente había dejado un discreto espacio alrededor del anfitrión y su invitada.

—¿Valiente, señor Dornay? —le preguntó. Estaba vestido de blanco puro.

—Mi señora —le dijo Dornay mientras la miraba a los ojos—. Les he pedido a mis invitados que no digan nada sobre las lamentables circunstancias en las que se encuentra. Yo tampoco lo haré, pero déjeme decirle que su compostura me asombraría, si no fuera porque conozco la familia de la que proviene.

Ella sonrió.

—¿Cree que el viejo Gorko estaría orgulloso de mí?

—Por desgracia solo me encontré una vez con aquel gran hombre —dijo Dornay—. Un pájaro no puede posarse una sola vez en un árbol y afirmar que lo conoce.

Pero creo que sí lo estaría, sí.

Ella observó las varitas giratorias de los malabaristas, que subían y bajaban bajo los focos.

—Creemos que los pasaportes que mis... perseguidores necesitan están a salvo, por ahora.

—Gracias al cielo —dijo Dornay—. Parece ser que no los han iniciado, pero me temo una trampa, y no estamos tan lejos de su escrofuloso Santuario Mundial. He tomado todas las precauciones posibles, claro, pero... Bueno, quizá debería haber cancelado esta velada.

—Bueno, señor Dornay, creo que yo le prohibí...

—Por supuesto —Bencil Dornay se rio un poco—. Por supuesto. ¿Qué iba a hacer yo? Mi familia ya no existe para servir a la suya, querida señora, pero soy su más humilde servidor de todos modos.

—Es usted demasiado amable. Como dije, creo que estoy segura por ahora. Y le agradezco su hospitalidad.

—Mi casa es su casa, querida señora; estoy a sus órdenes. Ella lo miró en ese momento, mientras los malabaristas arrancaban exclamaciones de los presentes con su complicado número final.

—¿Lo dice de verdad, señor Dornay? —le preguntó, mirándolo a los ojos.

—Absolutamente, querida señora —dijo, con los ojos brillantes—. No me limito a ser educado; todas estas cosas las digo en un sentido literal. Sería un placer y un honor para mí servirla de cualquier forma que me sea posible.

Ella desvió la mirada un instante.

—Bueno —dijo, y le sonrió vacilante. Las luces aumentaron de intensidad al terminar los malabaristas, recibidos con unos aplausos entusiastas, pero decorosos—. Yo... tengo que pedirle un favor—. Tuvo que alzar la voz para hacerse oír. Dornay parecía encantado, pero Sharrow vio por el rabillo del ojo que los invitados (liberados del hechizo del grupo de malabaristas) se acercaban a ellos, esperanzados. Ella dejó que él viera cómo miraba a la gente.

—Quizá más tarde —dijo, con una sonrisa.

Estaba en la terraza, con una bebida en la mano; apoyada en el parapeto que le llegaba al hombro tenía la oscuridad a sus espaldas, y el salón de recepciones parecía una luminosa pantalla gigante frente a ella. La gente bailaba en el interior. Las nubes escondían la luz de la chatarra estelar.

Miz salió y cruzó la terraza mientras fumaba algo dulce con un pequeño hervidor. Se apoyó junto a ella y le ofreció la taza humeante, pero ella la rechazó con la cabeza.

—Todavía no te he visto bailar —le dijo, tras una respiración profunda.

—Es verdad.

—Solías bailar muy bien —dijo, mirándola—. Solíamos bailar muy bien.

—Lo recuerdo.

—¿Recuerdas aquella competición de baile en Malishu? ¿La de resistencia, en la que el premio era ir a cenar con los valientes y heroicos pilotos de los escuadrones voladores? —se rio al recordarlo.

—Sí —respondió ella—. Me acuerdo.

—Joder —dijo él tras darse la vuelta para mirar el oscuro valle—. Habríamos ganado, si no llega a ser por aquellos policías militares que nos andaban buscando.

—Estábamos ausentes sin permiso; me enseñó a no volver a confiar en ti con las fechas.

—Me confundí; habíamos cruzado la línea del cambio de día durante la fiesta de la noche anterior. —Miz parecía desconcertado y observaba las nubes oscuras con los ojos entrecerrados—. Varias veces, de hecho, creo.

—Hmm —dijo ella.

—De todos modos —siguió él—, ¿quieres probar otra vez? —Señaló con la cabeza el salón y a la gente que bailaba—. Este grupo parece debilucho; dales unas cuantas horas y caerán como gotas de lluvia.

Ella negó con la cabeza.

—Creo que no —dijo—. Ahora no.

Miz suspiró y se dio la vuelta mientras volvía a esnifar el hervidor.

—Bueno, si se acaba la noche —dijo, fingiendo arrogancia— y nadie se ofrece para llevarte a casa, no me vengas llorando. —Asintió una vez con la cabeza, con un énfasis remilgado, y se dirigió de vuelta al salón de recepciones; practicaba sus pasos de baile por el camino, con la bebida en una mano y el humeante hervidor en la otra. Ella lo observó alejarse.

Estaba recordando un baile en la casa del padre de Geis, en Siynscen, cuando tenía 15 o 16 años. Breyguhn se había enamorado de Geis aquel verano (o creía que se había enamorado de él, por lo menos), cuando habían estado todos juntos en la finca. Sharrow le había dicho que era tonta y demasiado joven; Geis tenía casi 20 años. ¿Qué iba a querer con una niña como ella? Y, de todos modos, Geis era una persona totalmente insufrible; un idiota torpe y demasiado ansioso, de ojos extraños y culo regordete. De hecho, ella misma estaba bastante harta de que quisiera bailar con ella en aquel tipo de recepciones, y de que quisiera besarla y darle regalos estúpidos.

Sin embargo, Breyguhn estaba decidida a declararle a Geis su amor eterno durante el baile y afirmaba con cabezonería que Geis era amable y elegante, poético y listo. Sharrow se había burlado de todo aquello, pero entonces, de pie en el vestidor y rodeada de atareados sirvientes (y disfrutando de la atención y el lujo de todo, porque

su padre había perdido mucho dinero aquel año y había despedido a todo su personal, salvo a su mayordomo androide), había visto a su hermanastra con su primer vestido de noche (aunque prestado, como el de Sharrow, por una prima segunda mejor situada), con el pelo recogido como una mujer, con los pechos incipientes empujados por el corpiño para crear un canalillo en el escote, y con los ojos maquillados y resplandecientes de seguridad y una especie de poder. Y Sharrow pensó (divertida por la idea, aunque con una pizca de celos) que, después de todo, quizá el querido y aburrido viejo Geis encontrara atractiva a Breyguhn aquella noche.

Había observado a Geis cuando él y algunos de sus amigos cadetes entraron en la fiesta. Llevaban el uniforme de la Armada de la Alianza; el baile en sí era un acontecimiento para recaudar fondos para la Alianza Fiscal, y Geis había estado un par de meses en el espacio, en una nave de guerra de la Alianza.

Se dio cuenta en aquel momento de que llevaba un par de años sin fijarse realmente en Geis; no se había fijado de verdad.

Nunca le habían gustado los uniformes, pero Geis parecía casi guapo con el suyo. Se movía con menos torpeza; llevaba una barba oscura bien recortada que le quedaba bastante bien y que le hacía parecer mayor; había perdido la grasa de cachorro que había soportado durante la adolescencia. Sharrow se había acercado a él sin ser vista al inicio de la noche, antes de que comenzara el baile propiamente dicho, y lo había escuchado reír ante las picardías de sus amigos, y los había escuchado a ellos reírse de lo que él decía, y (quizá, se dijo a sí misma después, debido al hechizo de aquellas carcajadas masculinas), decidió no tratar a Geis con su desprecio habitual si la intentara sacar a bailar. Mientras se alejaba de los jóvenes, pensó que sería buena idea ver qué pasaba. No haría algo tan mezquino y rastrero como intentar atrapar a su primo solo para probarle algo a su tonta hermanastra, pero si realmente había mejorado tanto y si, en algún momento, llegara a pedirle un baile...

Él le pidió el primer baile. Durante el resto de la noche, prácticamente no se separaron entre un baile y otro, ni tampoco durante los bailes.

Mientras seguía los pasos, se movía, la sostenía, la giraba, la mostraba y admiraban en la pista de baile, Sharrow observaba: los ojos de Breyguhn primero parecieron sorprendidos; después la sorpresa se fue convirtiendo poco a poco en dolor, hasta que aparecieron el desprecio y lo que a ella debió parecerle entendimiento; entonces se le llenaron los ojos de lágrimas y, finalmente, de odio.

Ella siguió bailando, triunfante, despreocupada. Geis estaba tan elegante y guapo como había dicho Breyguhn. Había cambiado, tenía más cosas de las que hablar, parecía más un hombre que un niño. Hasta la torpeza que le quedaba se asemejaba al entusiasmo; a la pasión, de hecho. Ella lo escuchaba y lo miraba, bailaba con él y pensaba en él, y decidió que, de no ser ella quien era, si hubiera sido más como las personas normales y un poco menos difícil de complacer, puede que se hubiera enamorado de su primo.

Breyguhn dejó el baile temprano con su padre y su querida, envuelta en un mar de

lágrimas. Le dejaron una carabina a Sharrow. Ella y Geis bailaron hasta que la última pareja dejó la pista y la banda empezó a cometer errores a posta y a dejar largas pausas entre las melodías. Hasta dejó que Geis la besara (aunque no le correspondió) cuando salieron al jardín iluminado por el alba para tomar aire fresco (su carabina tosió con discreción desde una pérgola cercana); después hizo que la llevaran a casa.

Solo había visto a Geis en persona dos veces en los dos años siguientes; Sharrow había estado en la escuela femenina, después ingresó en la Universidad de Yadayeypon y en ambos sitios descubrió los nuevos, sorprendentes e inesperados placeres del sexo, y el poder que su aspecto y sus derechos de nacimiento (bien empleados) podían tener sobre los hombres jóvenes (y no tanto) que tenían una personalidad mucho más interesante e intelectualmente atractiva que el primo Geis, el exitoso geniecillo de los negocios, matón de la armada a tiempo parcial.

Al año siguiente, durante el funeral de su padre, intercambiaron unas palabras (aunque había oído por ahí algunas más) y, cuando finalmente accedió a encontrarse con él en una situación más apropiada (en el lanzamiento de una nave espacial... ¡a la que le había puesto el nombre de Sharrow! ¡Qué vergüenza!), había sido bastante seca con él y le había dicho que había estado demasiado ocupada para contestar sus cartas y que no soportaba hablar por teléfono. Él pareció sentirse dolido, pero a ella le dieron unas ganas terribles y crueles de reírse a carcajadas.

Ella lo había visto una vez antes de la guerra, unos cuantos meses después, en una fiesta de Nochevieja que él había organizado en una villa de las Colinas Azules, en Piphram.

Después estalló por fin la Guerra del Cinco por Ciento y ella se unió a las fuerzas antiimpuestos, en parte porque su causa parecía más romántica, en parte porque consideraba que era el lado más progresista en términos políticos y en parte como una especie de venganza.

Y, aunque no hubiera servido para mucho más (pensó mientras apuraba su vaso y sonreía con arrepentimiento ante la enorme pantalla que era la ventana que daba a la fiesta de Bencil Dornay), la guerra por fin había supuesto el final de su niñez, tercamente alargada y resueltamente licenciosa.

Y de más cosas, siguió pensando mientras observaba a la gente del otro lado de la ventana con una sonrisa triste y recordaba aquel último combate frenético, terrible y despiadado en el frío y el silencio de los oscuros segundos de espacio entre Nachtel y el Fantasma de Nachtel.

Y de más cosas. Intentó apurar la bebida, pero el vaso ya estaba vacío. Regresó a la fiesta un poco después.

—Su abuelo era un gran hombre, mi señora. Los mediocres siempre ven a los grandes como una amenaza; no pueden evitarlo. No es solo envidia, aunque había mucho de eso en el caso de su padre. Es una reacción instintiva; saben (sin saber que

lo saben) que hay algo asombroso entre ellos y que deben abrirle paso. Esto les hace sentir rencor; una emoción vil y mezquina, como la envidia, e igual de endémica. Su abuelo fue derrocado por una gran masa de gente pequeña, querida señora. Eran gusanos; pero él era un ave rapaz. Tenía la visión suficiente para mirar más allá de nuestro terruño y el valor para hacer lo que tenía que hacerse, pero los gusanos temen los cambios; piensan sus pensamientos de gusano, siempre cavando y reciclando, sin levantar la cabeza de la marga. ¿Sabe? Su abuelo podría haber llevado la vida de un gran duque; podría haber mantenido el valor de su casa y hacerla cada vez más grande, podría haber sido un mecenas de la ciencia, del arte, haber construido grandes edificios, financiar fundaciones, convertirse en Consejero Mundial y ayudar a controlar el Tribunal; y estoy seguro de que podría haber disfrutado de toda la felicidad personal que le correspondiera. Pero lo apostó todo; como debe hacer la gente verdaderamente importante si no quiere verse en su lecho de muerte y saber que ha malgastado su talento, que ha llevado la vida que podría haber llevado cualquier hombre mediocre. Llamamos fallo a los resultados, pero le aseguro que ese fallo sirvió para inspirar a los que lo guardamos en la memoria. Sigue viviendo en nuestros corazones y algún día recibirá el respeto que se merece, cuando el mundo y el sistema hayan cambiado hasta convertirse en un templo adecuado para venerar su recuerdo.

Sharrow estaba de pie frente a un retrato gigante de su abuelo, en una habitación privada de la casa colgante. Bencil Dornay se había ofrecido a enseñarle su altar personal mientras un grupo de mimos actuaban en la sala de recepciones.

Gorko estaba representado como un hombre gigantesco con una enorme cara tallada y grandes bigotes de punta; el cuerpo parecía en exceso musculoso bajo una ajustada túnica de montar y el bandamyion que montaba parecía no estar a escala. Algo parecido al fuego brillaba en los ojos abiertos de Gorko. El retrato estaba en el extremo de una habitación estrecha, tapado con unas lujosas colgaduras. Aparte del cuadro, la habitación estaba vacía.

—Hmm —dijo Sharrow—. El destino nos guarda de la grandeza. Dornay negó con la cabeza.

—Querida señora, no deje que los malvados la infecten. —Miró el alto retrato—. La grandeza es su legado y nuestra esperanza.

—¿De verdad necesitamos la grandeza, señor Dornay? —le preguntó Sharrow.

Él se volvió lentamente y caminó hacia las puertas que se encontraban al otro extremo de la habitación; ella lo siguió.

—Tenemos que necesitarla, mi señora. Es lo único que nos hace avanzar. Nos permite soñar. Sin ella, nos limitaríamos a subsistir.

—Pero muchas veces —repuso ella— la gente que consideramos grandiosa parece conducirnos a la destrucción.

—De hecho, a la suya propia —dijo Dornay tras abrir las puertas y hacerla pasar a un pequeño vestíbulo—. Y a la de los que los rodean, me atrevería a decir. Pero la

destrucción también puede ser un acto positivo; la limpieza de la podredumbre, la extirpación del tejido enfermo, apartar lo viejo para hacerle sitio a lo nuevo. Somos muy reacios a ofender, a causar dolor. Los grandes tienen una visión que les permite ver más allá de esa pobreza de espíritu; ¿le echamos la culpa al médico por causarnos un pequeño dolor cuando eso nos ahorra uno más grande? ¿Culpa algún adulto que se precie a sus padres por alguna bofetada que recibiera de pequeño?

Descendieron en el ascensor hasta la fiesta.

—Sus preguntas retóricas me desarman —le dijo Sharrow.

—Creo que iba a pedirme algo, mi buena señora —le dijo Dornay mientras entraban en la poco iluminada parte de atrás del salón. En el centro se desarrollaba un complicado baile formal; la gente caminaba y brincaba en nudos que se ataban y desataban por todo el suelo. A Sharrow le pareció que la banda se aburría.

—Sí —le dijo ella. Se detuvo y lo miró. A él le brillaban los ojos y parpadeó con rapidez. No había nadie cerca. Ella tomó aire—. Mi abuelo le dejó cierta información a su padre; él se la pasó a usted.

Dornay parecía desconcertado.

—¿A mí? —le preguntó.

—Mediante lealtad de sangre —le dijo ella.

Él se quedó en silencio unos momentos. Entonces se le abrieron mucho los ojos. Respiró hondo.

—¡Dentro de mí! —dijo con voz entrecortada—. ¡Dentro de mí, mi señora! —La miró a los ojos—. ¿Cómo? ¿Qué tengo que...? Pero querida señora; ¡es un privilegio! ¡Un honor singular! ¡Dígame, dígame qué tengo que hacer! —Ella bajó la mirada un segundo y pensó en cómo decírselo. Todas las frases que había estado ensayando para aquel momento parecían poco adecuadas. Entonces Dornay tragó saliva—. ¡Por supuesto! Querida señora... —Ella levantó la vista y él se mordió el labio inferior. Brotó sangre. Sacó un pequeño pañuelo de su túnica y se lo ofreció—. Si le parece bien, señora —le miró los labios e hizo un delicado gesto de cabeza. Ella lo entendió; se llevó el pañuelo a la boca y mojó la punta. Cuando notó que la punta del pañuelo estaba ya empapada de saliva, se lo devolvió. Él se lo llevó rápidamente al corte. Sharrow quiso desviar la mirada, pero siguió mirando con los dientes apretados. Dornay chupó el pañuelo un rato y se lo llevó al labio hasta que dejó de fluir sangre—. Sea lo que sea lo que deba decirle, señora, solo se lo diré a usted —le dijo Dornay. Respiró profundamente unas cuantas veces—. Ahora, ¿entramos...?

Los invitados estaban repartidos por la pista de baile como la membrana de una burbuja; a ella y Dornay los dejaron avanzar para que pudieran ver mejor a los bailarines.

Observaron cómo se desarrollaba el baile durante un minuto aproximadamente. Dornay miró a su alrededor como si buscara algo, cada vez más nervioso. Finalmente dijo:

—Querida señora, ¿bailamos? —y la cogió de la mano.

—¿Cómo? —dijo ella—. Pero... Él la sacó de la línea de gente que observaba al grupo de bailarines; la atrajo hacia él y la cogió de la cintura. Ella le puso las manos en torno al cuello de forma casi automática. Tenía un brillo extraño en la cara y una expresión vacía en los ojos. Ella sintió un escalofrío.

Él dio un paso atrás y comenzó a moverse hacia el interior de los grupos formales de baile; se chocaba contra la gente, sin darse cuenta, e inició protestas entre los bailarines contra cuyas espaldas se daba, hasta que se daban cuenta de que habían estado a punto de reprender a su anfitrión.

Él siguió moviéndose, tiraba de ella, empujaba de ella y la maniobraba mientras ella hacía lo posible por seguirlo con su paso cojo y vacilante; volaron por la amplia pista e interrumpieron y destruyeron los cuidadosos patrones de la antigua danza que habían invadido.

Mientras Dornay tiraba y empujaba de ella, la hacía girar por un lado y balancearse por otro, y Sharrow intentaba mantener sus pies fuera del alcance de los de su compañero de baile, no tuvo mucho tiempo de notar las reacciones de los demás, pero ella y Dornay consiguieron que el resto de bailarines se detuvieran para mirarlos, incrédulos y perplejos. La banda vaciló, la música paró. Bencil Dornay siguió bailando, una vuelta por aquí, una vuelta por allá. La líder de la banda los observaba intentando seguir el ritmo de alguna forma e hizo que los músicos intentaran tocar alguna melodía adecuada. Algunos de los observadores empezaron a formar parejas y a bailar también.

Sharrow miró la cara sudorosa e inexpresiva de Bencil Dornay y sintió un asco que casi la hizo devolver.

Su recorrido se convirtió en una espiral que se reducía cada vez más, mientras Dornay giraba, giraba y giraba en un remolino cerrado y concéntrico de movimiento. Llegaron al centro de la espiral de su figura y se detuvieron. De repente, Dornay la soltó, dio una sola vuelta sobre sí mismo con la túnica blanca al viento y cayó al suelo como si lo hubieran derribado de un hachazo. Su cabeza golpeó la madera dura con un crujido; ella sintió el impacto en los pies y en los huesos de las piernas. Alguien gritó.

Sharrow se quedó allí quieta, con la boca abierta; apartó a la gente que se acercaba al cuerpo blanco que yacía bajo las luces de la pista de baile. Lo miró y sacudió la cabeza varias veces.

—Perdonen... —dijo el doctor Clave, que se abría paso entre la gente. Sharrow se miró las manos. Miz llegó hasta ella y la sacó.

—Sharrow, ¿estás bien? ¿Sharrow?

Los invitados siguieron acercándose desde todos los rincones, agrupándose y girando en torno a la multitud como si estuvieran atrapados en un vórtice.

—¿Qué? —dijo ella—. ¿Qué?

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —su cara flotaba delante de ella, sincera y preocupada.

—Estoy... estoy...

Se oyeron jadeos entre la gente. Vio cómo la miraban y después desviaban la vista. Miz se la llevó más lejos. Dloan apareció de repente entre ella y la multitud. Zefla estaba al otro lado y le puso un brazo sobre los hombros.

Ella vio a otra persona que se abría paso para salir del grupo de gente que se amontonaba en el centro de la pista y que caminaba hacia ella. Era Cenuij; parecía escribir en un pequeño cuaderno.

Llegó hasta donde estaba, flanqueada por Zefla y Miz. Escribió un último punto enfático en el cuaderno, cerró el bolígrafo y se lo metió en la túnica. Miró a la multitud y se encogió de hombros.

—Muerto —les dijo. Sacó un cigarrillo recortado de la túnica y lo encendió—. Pero nos dijo lo que necesitábamos saber —miró más allá de Zefla—. Hmm —asintió con la cabeza—. Mirad, el bar está vacío —dijo antes de alejarse.

Parte 2

Los síntomas del deterioro, las armas del engaño

Reencuentros

La galería panorámica estaba construida a modo de auditorio con empinadas gradas. Solo había unas doce personas repartidas por sus aproximadamente mil asientos, la mayoría dormidas. Ella se sentaba sola.

Su campo de visión lo llenaba casi por completo la pantalla gigante; la pantalla gigante la llenaba casi por completo Golter. El gran globo de la pantalla giraba con una certeza suave y majestuosa, con un trueno implícito en la monumental graduación de la superficie cambiante y rotatoria que le ofrecía a la oscuridad, y parte de su inmensa escala se podía apreciar en la linealidad de aquella vasta calma.

Brillaba; un disco gigante de azul y blanco, de ocre y verde, de una extensión divina y más bello que el amor.

Lo miraba desde el asiento. Era delgada y musculosa, de altura media, o quizá un poco más. Estaba totalmente calva; bajo las cejas rubias los ojos azules tenían forma de gota, tensados por unas pequeñas arrugas en los extremos exteriores; la nariz era ancha y de aletas abiertas. Llevaba un mono oscuro y agarraba una pequeña mochila contra el pecho, mientras observaba el planeta en la enorme pantalla.

El jefe de policía local había sido muy comprensivo. Conocía personalmente al señor Dornay y solo un compromiso profesional urgente le había impedido asistir a la fiesta. Tenía que haber sido una experiencia terrible para ella; lo entendía muy bien. Más adelante se llevaría a cabo una investigación, pero seguramente bastaría con que grabasen una declaración suya. El doctor Clave ya había determinado que la causa de la muerte había sido una hemorragia cerebral grave; era poco corriente en aquellos tiempos, pero sucedía. No debería culparse. Por supuesto, podía marcharse; comprendía perfectamente su deseo de no quedarse más tiempo en un lugar que le traería tan trágicos recuerdos. De todos modos, no deseaba retenerla más tiempo del necesario, teniendo en cuenta que era la presa oficialmente autorizada de la secta legal, aunque seguramente terriblemente equivocada y bastante inhumana, que la perseguía; no le causaría ningún placer que tan deplorable suceso ocurriera dentro de su jurisdicción. Estaba seguro de que lo comprendería.

La secretaria privada de Dornay era la siguiente interrogada; Sharrow dejó al jefe de policía en el estudio de Bencil Dornay y se unió a los otros en la biblioteca de la casa, donde Cenuij estaba haciendo ruiditos nerviosos sobre una pantalla de escritorio.

—¿Todo bien? —le dijo Miz mientras se acercaba a ella.

—No hay nada de qué preocuparse —respondió Sharrow—, pero me han pedido que salga de la ciudad. —Le hizo un gesto de cabeza a Zefla y Dloan, que estaban junto al hombro de Cenuij.

—¡Eso es! —exclamó Cenuij, y pulsó un botón para sacar una copia de lo que veía en pantalla. Tocó la pantalla con un dedo. Los glifos que aparecían en ella eran todos prácticamente iguales; variaciones sobre una espira elaborada y en zigzag formada por una sola línea. En el escritorio, junto a Cenuij, estaba el cuaderno en el que había estado dibujando justo antes de que Dornay muriera; su pequeña pantalla verde mostraba una forma similar a la de la pantalla de escritorio—. Este es —dijo entusiasmado. Le dio unos golpecitos al cuaderno y a los glifos, uno a uno—. Capital de Miykenns, en escritura cevesa, dinastía Ladyr.

Sharrow miró el patrón dibujado en la pantalla del cuaderno y vio la línea que se introducía en el complejo glifo, su estructura espiral y su cerrada vuelta final en el centro, que acababa en un punto.

—¿Eso es lo que... trazamos? —preguntó. Zefla notó el tono de voz de Sharrow y le puso un brazo sobre el hombro.

—Sip —respondió Cenuij; arrancó la hoja impresa que había salido de la ranura de la pantalla de escritorio y sonrió—. Un pulso un tanto inseguro; a cualquier escribiente cevés le daría un ataque...

—Cenuij, por amor de dios... —dijo Zefla.

—... pero ahí está —siguió Cenuij; le dio un golpe a la hoja con el dorso de la mano—. Podría tener algún error, por supuesto, dadas las circunstancias, pero al menos es la Cara Oscura de Miykenns, casi seguro la Capital de Miykenns y, si estos epiciclos son correctos... —señaló dos pequeños círculos en una espiral—... se trata de la época de la dinastía Ladyr.

—Entonces, ¿Malishu? —preguntó Miz. Cenuij sacudió la cabeza.

—Lo dudo, no en esos años. Después tenemos que mirar atrás para ver dónde estaba la capital durante la dinastía Ladyr —torció un poco el labio—. Podría ser cualquier parte. Conociendo a los Ladyr, se la venderían al mejor postor. —Se volvió hacia la pantalla de escritorio—. Biblioteca: Miykenns; historia; dinastía Ladyr. Mostrar; la capital de Miykenns.

La pantalla se dividió en texto y mapa holográfico multicapa. Miz lo miró con atención.

—¿Pharpech? —dijo—. Nunca había oído hablar de ella.

—Yo sí —dijo Zefla.

—Felicidades —le dijo Cenuij tras aumentar el tamaño del mapa de desconcertantes estructuras y volver a descender sobre la vista—. Probablemente seas parte de un club muy pequeño y exclusivo.

—Ya —respondió Zefla; miró al techo con cara de estar muy concentrada—. Uno de mis profesores lo empleó como ejemplo de un... nosequé degenerado.

—Bueno —dijo Cenuij—. Se supone que era capital de Miykenns con los Ladyr, hace ochocientos años —examinó el texto—. Y desde entonces no ha avanzado. La última entrada en la enciclopedia es (santo cielo) de hace veinte años; la coronación del rey Retar XVII. ¡Por la sangre del profeta! —Cenuij se retrepó en la silla, sorprendido—. No hay imágenes disponibles.

—¿Un rey? —se rio Miz.

—La periferia retro del planeta —dijo Zefla en voz baja.

—El último de los... —Cenuij bajó por la pantalla y después se rio— Reyes Inútiles —dijo—. Bueno, qué sinceridad tan encantadora.

—¿A cuánto está ese lugar de Malishu? —le preguntó Sharrow.

Cenuij lo comprobó.

—Tan lejos como se puede estar. La línea ferroviaria más cercana es... ¡ja! No me lo puedo creer; ¡dice a dos días de distancia... a pie! —miró a los otros—. Parece el lugar para el que inventaron la expresión «túnel del tiempo».

Zefla le dio un golpecito a Sharrow con la cadera.

—Bien lejos de los huhsz.

—Hmm —dijo Sharrow, no muy convencida—. ¿Dice cuál es su religión?

Cenuij bajó por el texto.

—Básicamente autóctono; culto a la monarquía y teofobia.

—¿Teofobia? —preguntó Miz.

—Oodian a los dioses —respondió Zefla.

—Me parece bien —dijo Miz asintiendo con la cabeza—. Si yo viviera en un lugar que no está ni a tiro de piedra de las afueras de ninguna parte, también querría tener a alguien con poder al que culpar.

Miz reservó billetes a Miykenns para todos. Una serie de llamadas de teléfono cruzadas sirvieron para asegurar que un ejecutivo de confianza de una de las sociedades de Miz en El Mega le pidiera a la mejor amiga de su hermana que reservara otro billete al mundo acuático de Trontsephori, a nombre de Ysul Demri.

Zefla le afeitó el pelo a Sharrow y le extendió una fina capa de aceite depilatorio por la cabeza. Miz se sentó en la cama detrás de ellas y fingió llorar. Sharrow se puso las lentillas, usó un poco de piel fundida para modificar la forma de sus ojos, se decoloró las cejas con spray y se insertó pequeños tapones en la nariz para levantar las aletas y abrirlas.

Se miró las orejas en el espejo del tocador.

—Mis orejas sobresalen —dijo con el ceño fruncido. Miró a Zefla, que estaba de pie detrás de ella—. ¿Crees que mis orejas sobresalen?

Zefla se encogió de hombros. Miz negó con la cabeza. Sharrow decidió que las orejas sobresalían, así que usó más piel fundida con ellas.

Dloan estaba sentado en la cama junto a Miz, con la mochila de Sharrow vuelta

del revés sobre el regazo. Deshizo las costuras y después metió la mano dentro para sacar sus nuevos documentos de identidad y enseñárselos a Sharrow. Ella miró el holograma de su nuevo carné mientras Zefla le quitaba con cuidado la capa de depilatorio.

—Ysul Demri, ¿no? —dijo Zefla tras mirar el nombre del nuevo carné de Sharrow, después de lo cual hizo una bola con la capa incrustada de pelitos y la tiró a la papelera. Miró el holograma con ojos entrecerrados—. Muy convincente. Siempre he querido ser calva, ¿tú no? —Empezó a extender crema para retrasar el crecimiento del cabello por el cuero cabelludo de Sharrow.

Sharrow asintió. —Se supone que se lo pasan mejor. Las manos de Zefla se deslizaban sobre la suave piel y la masajeban con cuidado para que absorbiera la crema. Miz empezó a hacer ruiditos sensuales por detrás.

—¿Geis?

—Sharrow. Espero que no te importe que te llame... ¿No podemos ponerle imagen a esto?

—No; me estoy vistiendo.

—Lo siento. ¿Te llamo después?

—No, no pasa nada. Me... alegre de oírte, Geis, pero, ¿te importa que te pregunte cómo me has encontrado?

—En absoluto. He hecho que mi personal de comunicaciones examine todas las bases de datos públicas en busca de tu nombre; pensé que quizá podría avisarte si me daba la impresión de que los huhsz se acercaban demasiado. Espero que no te importe...

—Supongo que no. Mi vida parece ser de dominio público últimamente.

—No quiero alarmarte; estamos bastante seguros de que los huhsz no tienen acceso a nuestro nivel de pirateo informático. Pero hay un informe en la base de datos local de la policía de pago en el que se dice que hubo un incidente anoche en la fiesta de un tipo. ¿No trabajaba antes para la familia?

—Su padre. Pero sí, hubo un incidente.

—La policía no estará reteniéndote, ¿verdad?

—No. Todo se ha aclarado. Pronto habré salido de aquí.

—Ya veo. De todos modos, Sharrow, te llamaba por un par de cosas. Hay muchos informes confusos de la Troncada en estos momentos, no te preguntaré sobre el tema... pero he oído lo que pasó en el monorraíl en K'lel y mis desplazados me dicen que hay mucha actividad huhsz alrededor de un viejo silo nuclear al borde del desierto. Solo quería decir... Bueno, será mejor que no diga mucho, incluso en este canal, aunque es bastante seguro... Pero quería felicitarte. A uno de mis mejores IA le llevó segundos enteros dar con el mismo plan, incluso después de orientarlo en la dirección adecuada. Fue brillante.

—Gracias. De hecho, fue idea de Miz. —Ah. De todos modos, estuvo bien. Pero claro, eso no los retrasará mucho. Entiendo que los agujeros de los pasaportes seguirán irradiando radiactividad durante un tiempo, pero los huhsz han encargado cámaras de inclusión magnética portátiles en Continental Fusion Inc. y, bueno, supongo que eso les complicará las cosas, ya que tendrán que transportar material de gran tamaño con ellos, pero solo quería decir que mi oferta sigue en pie; haré todo lo que pueda, absolutamente todo, para protegerte, si me das la oportunidad.

—Y yo sigo agradeciéndotelo, Geis, pero intentaré esquivarlos un poco más.

—Creo que eres muy valiente. Por favor, recuerda que si necesitas ayuda, la que sea, estoy a tus órdenes.

—La última persona que me dijo eso...

—¿Cómo?

—Nada. Sí, gracias. Lo recordaré.

Dejó la galería panorámica y, en las puertas dobles que había entre el auditorio y el pasillo principal, se chocó con un hombre que entraba. Empezó a disculparse, pero entonces vio la radiante sonrisa del hombre, su calva. Él miró la calva de la mujer y sonrió con más ganas, mientras las puertas se abrían tras ella y alguien más entraba en el estrecho espacio entre los dos conjuntos de puertas; la segunda persona le puso una pistola en la nuca.

—Ah, lady Sharrow —dijo el primer joven, al parecer encantado y con la vista todavía fija en la cabeza calva de Sharrow—. ¡No tenías que tomarte tantas molestias por nosotros!

Viajaron por separado a Ikueshleng, el puerto espacial del hemisferio este de Golter. Los otros ya se habían ido cuando llegó ella. Pagó en metálico para esperar una plaza a Stager. Vio la pantalla mientras esperaba; estaba nerviosa, pero no quería parecerlo. Golter había tenido algunas experiencias negativas con accidentes espaciales a lo largo del milenio y, por tanto, el tráfico espacial era una de las pocas cosas realmente controladas en el planeta; la gran mayoría de las naves comerciales estaban restringidas a dos puertos, cada uno de los cuales servía a uno de los hemisferios, y ambos cuellos de botella, aunque se tratara de Puertos Libres sin demasiados controles burocráticos, eran lugares peligrosos para los fugitivos.

Sobrevivió sin incidentes y cogió un transbordador espacial al mediodía; media hora después estaba en Stager, la estación espacial con forma de cinco ruedas de un kilómetro de diámetro que constituía la siguiente escala después de Ikueshleng para la mayoría de los viajeros.

Encontró una tienda de billetes rebajados al sistema medio en la quinta rueda y compró un viaje de ida de alto factor de rebote a los Hábitats de Phrastesis, a través

de la estación de Miykenns/Malishu. Observó cómo el dependiente metía la tarjeta de crédito en el lector, e intentó no parecer aliviada cuando se realizó la transacción. Tenía que firmar una cláusula de exención de responsabilidad para el seguro, así que garabateó algo que podría pasar por «Ysul Demri» con un poco de imaginación. Compró un teléfono desechable con un crédito de cien thriales, un modelo básico de pantalla de muñeca y un periódico, comió un almuerzo ligero en un café pequeño y caro, y después caminó por la curva del borde exterior de la rueda hasta llegar a la galería panorámica.

Se sentó entre ellos en la última fila de la galería. Se quedó mirando la pantalla.

El de la derecha era el único que hablaba.

—¡Tres calvos en fila! —se rio por lo bajo—. Qué risa, ¿verdad?

El de la izquierda observaba la pantalla con la chaqueta sobre el regazo. Tenía la pistola preparada bajo la chaqueta; apuntaba a un lugar bajo las costillas de Sharrow. Las pistolas no solían ser un equipaje muy popular entre los encargados de las estaciones espaciales (ella había dejado su cañón manual a regañadientes en una consigna de Ikueshleng) y Sharrow sintió la tentación de creer que la pistola que le apuntaba era falsa, pero no tenía intención de hacer nada para averiguarlo.

Miró el perfil del hombre silencioso que llevaba la pistola. Era idéntico al hombre que tenía a la derecha. No veía ningún indicio de que fueran androides.

—He dicho que qué risa, ¿no? —El de la derecha la pinchó con un dedo. La mano derecha de Sharrow salió disparada y le cogió la mano; lo miró con furia. La boca del hombre se abrió formando una «o». Parecía divertirse. La pistola bajo la costilla izquierda de Sharrow sobresalió brevemente.

Ella le soltó la mano. Estaba caliente; parecía una mano humana.

—Vaya, sí que estamos susceptibles —dijo el hombre de la derecha—. Casi desearía habernos traído uno de nuestros maniqués. —Se tiró del cuello de su ajustada chaqueta gris de ejecutivo y se ajustó los gemelos—. Creo que tuviste un pequeño flash-back hace un par de días, ¿no?

Ella observó el planeta un instante, bajó la mirada para ver lo que debería ser el mediodía de Issier (allí; unas pelusas de nube en el centro de Phirar cubrían el archipiélago) y asintió lentamente.

—Me pareció sentir algo en cierto momento —contestó ella.

—Solo para hacerte saber que no nos hemos olvidado de ti —dijo el joven—. He oído que estabas de visita en casa de un viejo amigo de la familia; es una lástima lo del viejo Bencil Dornay. Debió de ser un golpe terrible.

Ella buscó Caltasp del sur bajo su cubierta moteada de nubes, e identificó la enorme y suave curva de la Bahía de Farvel, su límite septentrional escondido bajo las nubes que, se decía, nunca desaparecían del cielo de la Casa del Mar.

—A nuestra familia le gusta que sus viejos criados sepan que no se ha olvidado de

ellos —le dijo al joven—. Ni de sus hijos.

—Claro —respondió él—. Así que ahora estás de camino a Miykenns, ¿no, lady Sharrow...? —Hizo una pausa—. Salvo que has perdido la nave en la que habías reservado plaza, la que cogió el resto de tu equipo.

Ella levantó la mirada y siguió con los ojos la ruta que la había llevado a casa de los Franck y después a Ciudad Labio.

—¿Ah, sí? —preguntó ella—. Vaya. Odio que me pasen estas cosas.

—Y en vez de eso, sales para Trontsephori, ¿no es cierto?

Sharrow observó la larga costa de Piphram y forzó la vista para intentar distinguir las lagunas y el punto que era la Troncada.

—¿Lo es? —preguntó ella a su vez.

—No, Ysul —contestó el hombre, casi con amabilidad—. No, no es cierto —suspiró—. Vas a Phrastesis, según tu billete. Pero por alguna razón, no creo que llegues hasta allí.

Ella levantó la mirada del ardiente corazón del desierto K'lel de Jonolrey y la clavó en los ojos del hombre.

—Estás muy bien informado para ser un simple chico de los recados —dijo—. Deberías meterte en el negocio de las agencias de viajes.

Él sonrió con frialdad.

—No seas desagradable, lady Sharrow —le dijo. Levantó una mano y le acarició el brazo con un dedo—. Nosotros podemos serlo mucho más contigo. —Ella bajó la mirada para observar aquel dedo y después volvió a mirarlo a los ojos. Él también observaba su dedo, como si no le perteneciera—. Ni siquiera —dijo en voz baja— ese pequeño emprendedor grasiento de tu primo podrá ayudarte si decidimos ser realmente desagradables contigo... lady Sharrow.

Ella levantó la mano para coger el dedo, pero él lo retiró y cruzó los brazos.

—¿Sabes? —dijo ella—. Estoy empezando a hartarme de verdad de vosotros y de todas vuestras atenciones —frunció el ceño—. ¿Quién demonios sois? ¿Por qué hacéis esto? ¿Supone una especie de diversión retorcida para vosotros? ¿O solo hacéis lo que os dicen?

Él sonrió benevolente.

—Déjame que te dé un consejo...

—No —lo interrumpió ella—. Deja que yo te dé un consejo. —Se inclinó sobre él, lejos de la pistola—. Dejad de hacer esto si no queréis que os haga daño (si es que eso es posible), o que os mate; que os mate o que os destruya a los dos... —El joven fingía sentirse asustado; estaba haciéndole muecas a su gemelo, sentado al otro lado. Le había metido la pistola con más fuerza en las costillas. Ella hizo caso omiso de la pistola y cogió la barbilla del otro hombre—. No, escúchame —dijo Sharrow cogiéndole la barbilla con fuerza, sintiendo la cálida suavidad bajo ella y metiéndole un dedo bajo un lado del cuello para tocar el pulso de la sangre bajo la piel. Olía a colonia barata. Él la miró e intentó sonreír, pero la forma en la que ella le sostenía la

barbilla hacía que le resultaba difícil. La pistola le hacía daño bajo las costillas, pero en aquellos momentos no le importaba. Le sacudió un poco la barbilla.

—Os haré todo lo que pueda a los dos —dijo—. Y no me importa una puta mierda lo que vuestros empleados me hagan; nunca me ha gustado que me traten como vosotros lo habéis hecho, miserables gilipollas, y no respondo bien a este tipo de persuasión, ¿lo entiendes? ¿Lo pillas? —Hizo toda una representación al mirarlo a los ojos—. ¿Lo pillas? ¿Lo pilla la persona que hay ahí dentro, sea quien sea? ¿Eh? Habéis dejado claro lo que queréis y tendréis vuestra Pistola. Ahora, largaos de aquí echando leches; o sufriremos todos —sonrió sin ganas—. Sí, yo sufriré más que nadie, no lo dudo —la sonrisa se desvaneció—. Pero al menos no seré la única.

Le soltó la barbilla lentamente y empujó la cabeza a un lado antes de dejarla. El joven se pasó una mano por la cabeza y se ajustó el cuello de la chaqueta. Se aclaró la garganta y miró a su imagen al otro lado de Sharrow.

—Por lo que veo, tu talento para la destrucción te incluye a ti misma, lady Sharrow —le dijo—. Qué democrático en alguien tan noble. Ella se levantó lentamente, con la mochila en la mano.

—Vete a la mierda, marioneta —le dijo ella. Se detuvo al pasar delante del que llevaba la pistola, lo miró a los ojos y después miró su regazo—. Confío en que el resto de vuestro armamento sea más intimidatorio.

Se alejó por el pasillo hacia la pasarela intentando no cojear; la parte de atrás de la cabeza desnuda y área entre los omoplatos le cosquilleaban y picaban a la espera del disparo que la mataría, o del comienzo del dolor, pero llegó al final del pasillo, después bajó los escalones y atravesó las puertas dobles sin que pasara nada.

En el pasillo exterior se derrumbó contra una pared, tragó saliva, respiró hondo y apoyó la cabeza en el suave mamparo. Cerró los ojos un instante. Después abrió los ojos tanto como pudo, infló las mejillas y, con una pequeña sacudida de cabeza, siguió caminando.

Aterrizó en Miykenns tres días después. El transbordador bajó sobre las amplias y tranquilas aguas del lago Malishu, mientras el casco, todavía caliente, dejaba escapar explosiones de vapor con cada beso rasante, de modo que el avance quedaba marcado por una serie de nubes pequeñas y definidas, todas ellas curvándose sobre ellas mismas como una hoja de gasa que se elevaba en el aire cálido e inmóvil; mientras, la nave siguió silbando hasta posarse finalmente en la superficie de espejo del lago, en una larga estela abierta de color blanco.

Más allá de las brumas matutinas de la costa, Entraxrln se elevaba distante por todas partes, como si el lago existiera en el ojo de alguna tormenta morada.

Subió ligera al embarcadero de Isla Embarque. La gravedad de Miykenns era poco menos del setenta por ciento de la de Golter; la nave en la que había viajado mantenía una «g» golteriana durante la aceleración y la desaceleración, así que en

Miykenns le daba la deliciosa impresión de estar a punto de alejarse flotando; dicha sensación era la culpable de más de una pierna o cabeza rota desde que la gente de Golter empezara a aterrizar en Miykenns y, de repente, se sintiera capaz de saltar altos edificios.

Miró a su alrededor y respiró hondo. El aire embriagador y afrutado la llenó al instante de un optimismo despreocupado y vertiginoso, y de una nostalgia que era dulce y triste a la vez.

Los jovencitos altos y sonrientes de la Agencia de Turismo les ofrecieron flores a ella y a sus compañeros de viaje y les mostraron el camino a la terminal de maglev; la sencillez natural de Malishu se hacía evidente en la ausencia de oficiales visibles entre el embarcadero del transbordador y la plataforma de maglev, y su famosa destreza en materia de organización quedó demostrada con el hecho de que saliera un tren vacío justo antes de que los pasajeros llegaran hasta allí.

La gente estaba de pie en la plataforma abierta; observaba la luz parpadeante de la trasera del tren que se alejaba por la carretera elevada que cruzaba el lago brumoso en dirección a la ciudad.

Entonces los gruñidos se convirtieron en vítores al ver que la luz parpadeante se había detenido y se acercaba. El regreso del tren fue recibido con aplausos.

Se sentó en el morro del vagón de observación con una enorme sonrisa en la cara y observó cómo se acercaban las grandes torres y membranas de la Entraxrln, mientras bandadas enteras de pájaros vagaban por el lago a ambos lados, como enormes nubes de perezosos copos de nieve bajo las nieblas de la mañana, cada vez más dispersas.

La Entraxrln tenía un par de kilómetros de altura alrededor del lago; para cuando se pudo ver la ciudad, acunada, embalada e incrustada alrededor y dentro de sus gigantescos troncos y cables, tuvo que inclinarse hacia delante en el asiento y estirar el cuello para ver las pálidas alturas de las agujas más altas y las membranas lentamente agitadas por el viento de la enorme estructura.

Se echó atrás de nuevo en el asiento.

—Bienvenidos a Isla Embarque —dijo una voz grabada cuando empezaban a frenar para entrar en la Estación Central de Ferrocarril de Malishu. No era tan divertido, pero se descubrió riendo como todos los demás pasajeros.

La Entraxrln de Miykenns había fascinado a los astrónomos de Golter desde hacía milenios, mucho antes de que la gente pisara el globo. Los registros de observación escritos en tablillas de barro trece mil años antes, que por algún motivo habían sobrevivido a la frenética historia de Golter y seguían siendo traducibles, hablaban de varias teorías que intentaban explicar la extraña apariencia de Miykenns; remolinos blancos y azules por un lado, y un aspecto extraño, oscuro y cambiante por el otro, a veces oculto por las marcas blancas que siempre manchaban lo que se suponía era el

océano, en el que (con un buen telescopio sobre una alta montaña en las noches claras) se podían distinguir patrones en espiral, como un goteo de pintura pálida sobre la superficie de una tinta más oscura, agitada para formar finas líneas y remolinos cremosos.

Cuando por fin se pisó Miykenns y se descubrió la verdad, ya habían pasado cinco milenios desde la escritura de la tablilla.

La Entraxrln era una planta; un único vegetal enorme que debía de llevar creciendo en Miykenns al menos dos millones de años; era, en muchos órdenes de magnitud, el ser vivo más viejo y grande de todo el sistema.

Cubría tres continentes, dos océanos, cinco mares de tamaño considerable y miles de islas. Controlaba el clima, soportaba tsunamis, domaba volcanes, desviaba glaciares, minaba minerales, irrigaba el desierto, drenaba mares y arrasaba montañas. Tenía una altura de tres kilómetros sobre la tierra, había cubierto montañas de ocho mil metros de altura y habían encontrado sus zarcillos en chimeneas volcánicas en las fosas oceánicas más profundas.

Sus raíces, troncos, membranas de hojas y cables de anclaje cubrían el terreno inferior como una enorme y ligera alfombra que producía algo que tenía cierto parecido con un bosque (con troncos y capas de vegetación), pero que estaba construida a la escala de un sistema meteorológico que abarcaba todo el planeta. Por tanto, realizar un mapa físico de Miykenns era tan complicado como realizar un mapa político de Golter.

La humanidad llevaba siete mil años colonizando el gran domacio de la Entraxrln; se repartía entre sus troncos montañosos y bajo sus capas oscuras y graduales, se alejaba de los claros en los que había aterrizado para habitar la generosa mancomunidad de niveles de la planta y tallar y darle forma a sus troncos para producir viviendas y artefactos, y para atrapar o criar a su variada fauna y flora parasítica y simbiótica para alimentarse de ella. Malishu, con la ventaja del gran lago que la Entraxrln no había cubierto por sus propias y misteriosas razones (y por su posición casi central en la enorme planta), llevaba casi todos esos siete milenios como capital del planeta.

Llamó a un rickshaw con un conductor con mucha labia y encontró una pequeña pensión en el Barrio de los Artistas, en la base de uno de los once grandes troncos compuestos de la ciudad. La pendiente acanalada de las columnas helicoidales se elevaba en la bruma y las nieblas de más arriba, mientras que las casas y las zigzagueantes calles estrechas y puentes desaparecían conforme la pendiente se hacía más inclinada.

Le echó un vistazo a los canales de noticias de la ciudad antes de salir; no decían nada ni sobre ella ni sobre los huhsz.

Caminó hacia el interior de la ciudad, a través de la muchedumbre de la hora del

almuerzo que inundaba los mercados y las galerías de arte entoldadas; le llegaron olores que había olvidado; frutas, bulbos, flores y tubérculos de las muchas plantas que coexistían en la Entraxrln; pescados con piel multicolor y crustáceos con bocas puntiagudas del lago, y guisos de carne y potajes hechos con los animales que vivían dentro de la gran planta; pájaros de gelatina, monos planeadores, abocinados, corredores de cables, flores trampa, babosas de túnel y cientos más. Pintores y escultores, siluetistas y auristas, aromistas y artistas holográficos la llamaban desde sus puestos y tiendas para decirle (como a todos los demás) que tenía un perfil, un cráneo, un aura o un aroma interesante.

Tras unas cuantas miradas y gritos, se convenció de que la calvicie no estaba muy de moda en Malishu aquella temporada, así que buscó una droguería y compró una peluca y un spray para las cejas; después siguió caminando.

Se cansó al cabo de un rato y pagó unas cuantas monedas para alquilar una bicicleta de ida al interior de la ciudad; pedaleaba con cierta vacilación e intentaba no distraerse como una turista con los edificios cada vez más altos y con los toldos brumosos de membranas de la Entraxrln que se encontraban a mil quinientos metros por encima, al acercarse a la columna de medio kilómetro de ancho alrededor de la que había crecido el interior de la ciudad, como casas de muñecas en la base de un gran árbol.

—¿Y te alejaste sin más? —dijo Zefla con una risilla, mientras se tapaba la boca con una mano. Estaban sentadas en una cafetería al pie de una torre Corpo en el distrito central de negocios de Malishu.

Sharrow se encogió de hombros.

—Bueno, me estaba empezando a hartar. Ni siquiera sé qué tenían que decirme —removió la sopa salada—. Quizá solo quisieran demostrarme lo listos que eran, que no habíamos podido engañarlos.

—Pero ¿no has vuelto a sentir ninguno de esos dolores? —le preguntó Zefla.

—Por ahora no.

Zefla asintió. Estaba vestida de la forma más sobria posible, con un traje de chaqueta de dos piezas. Su altura no llamaba la atención en Malishu, ya que la mayoría de la gente medía cerca de los dos metros. Se había recogido el pelo en un moño y llevaba un sombrero bastante soso.

—¿Tienes pistola ya?

—Eso es lo siguiente —respondió Sharrow—. ¿Cómo está el Central?

—CÓmodo —sonrió Zefla—. Lo han reformado desde entonces, pero el bar Bole sigue igual —la sonrisa de Zefla se ensanchó—. Oye, Grappsle todavía está allí. Nos recuerda. Preguntó por ti.

Sharrow sonrió.

—Muy amable por su parte.

—Sí; le dijimos que estabas huyendo —Zefla le dio un bocado al sándwich.

—Vaya, gracias.

—Obviamente no había oído las noticias —siguió diciendo Zefla mientras masticada—. Se pensó que huías de una esposa celosa —se encogió de hombros—. Hombres, ¿eh?

—Hmm —Sharrow sorbió su sopa—. Y, ¿dónde están los chicos?

—Cenny se llevó a Miz y a Dlo a la biblioteca de la ciudad antes de que pudieran deshacer del todo la maleta. Intentan descubrir más sobre ese Pharpech; hay un montón de cosas que solo están disponibles en bases de datos de formato no estándar, y algunas incluso están en papel cebolla y papel normal, por amor del cielo. —Zefla sacudió la cabeza ante un arcaísmo tan incontinente y le arrancó otro bocado al sándwich—. Probablemente me pase mañana por los estantes de la universidad —murmuró con la boca llena.

Sharrow sorbió la sopa mientras Zefla tragaba y después dijo:

—¿Has tenido tiempo para examinar la situación legal?

Zefla negó con la cabeza.

—Conseguí todo lo que había en las bases de datos públicas en cinco minutos. Según la Ley del Sistema, el Reino de Pharpech no existe; el área que lo rodea es, en teoría, Territorio Colonizado bajo los auspicios de la (Primera) Junta de Asentamientos Coloniales, ya desaparecida. Eso nos lleva hasta el tres mil trescientos, y desde entonces se ha vuelto mucho más complicado; hay al menos quince disputas compitiendo entre sí por la propiedad de los terrenos, todas inactivas durante más de un siglo, así que están técnicamente moribundas, pero puede que existan lagunas legales; puedo olerlas. Si nos retrotraemos hasta donde resulta sensato hacerlo, el reino fue creado como ducado por los Ladyr a cambio de unos derechos mineros en las afueras del territorio; se declaró capital cuando los Ladyr necesitaron un voto de calidad en la Junta Planetaria y los burgueses de Malishu no parecían dispuestos a cooperar. El entonces duque se declaró rey cuando cayó la dinastía Ladyr, el conglomerado de empresas que heredó los derechos mineros consiguió una escritura por derechos de uso de su parcela, que parece ser lo único que le importaba a todos (y que, de todos modos, lleva cerrada trescientos años), y... bueno, aparte de quitarle su puesto como capital del planeta, a nadie se le ocurrió aclarar el estado legal de Pharpech. Si quieres mi opinión, con los ocho siglos de existencia de hecho que lleva el reino, un grupo decente de expertos legales bien untados podría conseguir en menos de un año una Aceptación Diplomática Completa, e incluso un asiento en el Consejo Mundial de Miykenns, según el derecho consuetudinario. Pero mientras tanto —siguió Zefla—, está en territorio de ninguna parte. —Sonrió feliz y agitó los brazos—. Uno de esos pequeños brazos muertos en el gran lecho mayor de la ley del sistema. Hay trillones de ellos.

—¿Y has averiguado todo eso en cinco minutos? —dijo Sharrow con una sonrisa.

—Quizá diez; pierdo la noción del tiempo cuando me divierto —Zefla se encogió de hombros—. De todos modos, yo también me pasaré pronto por la Facultad de Derecho de la uni. Veré si hay algo que se le haya pasado a las bases de datos

públicas.

—No crees que haya nada que nos pueda resultar útil, ¿no?

—No —contestó Zefla—. Comprar unos derechos mineros extintos, falsificar documentos e intentar hacernos con el trono... —sacudió la cabeza—. Las complejidades de Pharpech parecen limitarse a su pasado lejano; no hay ninguna confusión más reciente que podamos explotar. A no ser que pueda desenterrar algo realmente inesperado, esto no lo vamos a solucionar por la vía legal. Pero seguiré mirando.

—Vale —dijo Sharrow—. Comprobaré las opciones de transporte pero, suponiendo que eso no me lleve mucho, dime si puedo ayudarte con algo a ti o a los chicos —metió la mano en la mochila—. Mira, tengo este teléfono...

—Vale. —Zefla marcó el código del teléfono desechable de Sharrow en el suyo—. ¿Cómo está tu hotel?

—CÓmodo. En el Barrio de los Artistas.

—¿Cómo está el barrio?

—Lleno de artistas.

—Entonces no ha mejorado mucho.

—Es todavía más cursi, si acaso.

—¿Y los buenorros?

—Tengo la horrible sensación de que eso tampoco ha cambiado; los guapos son gays y los interesantes resultan estar locos.

—La vida es dura —coincidió Zefla.

—Hmm —asintió Sharrow con una expresión de tristeza en la cara—. Ha pasado mucho tiempo —dijo—. Oigo palabras como «dura» y corro peligro de resbalarme del asiento. —Miró la suave y filtrada luz de la tarde—. Tampoco ayuda tener a esas putas torres por todas partes... —suspiró—. Puede que me vea obligada a tomar medidas desesperadas; llevo tanto tiempo sin ver una que empiezo a olvidar qué aspecto tienen.

—Bueno, oye —dijo Zefla con guasa—. Siempre te queda Miz. No te pondría ninguna pega.

Sharrow negó con la cabeza.

—Lo sé. Pero... —desvió la mirada.

—Viejas heridas, ¿no? —dijo Zefla; después bajó el sándwich con un poco de vino.

Sharrow desvió la mirada con una expresión perdida que Zefla ya había visto una década y media antes.

—Sí, viejas heridas —dijo Sharrow en voz baja.

—Buenas tardes, señora. ¿En qué puedo ayudarla?

—Buenas tardes. Quisiera un cañón manual de FrintArms, por favor.

—¿Un...? Bueno, vaya; es una pistola muy grande para una dama tan encantadora. Es decir, hay gente que piensa que las damas no deberían llevar armas, pero yo creo que tienen derecho a hacerlo. Pero creo... quizá... Vamos a echar un vistazo. Puede que tenga algo perfecto para usted. Sí; ¡aquí está! Mire esto, ¿no es preciosa? También es un producto FrintArms, pero es lo que llamamos un láser; una pistola ligera, como lo llaman algunos. Como ve, es muy pequeña; cabe fácilmente en un bolsillo o en un bolso; no le estropeará la caída de la chaqueta y no le parecerá estar cargando con una tonelada de hierro. Tenemos una amplia gama de accesorios a juego, incluida (si no le importa que se lo mencione) un ligero pistolera bastante picante; ¡ojalá pudiera hacérsela a medida! Ja, bromeaba. Y hasta tiene... aquí está; este paquete de presentación especial; pistola, batería cargada, cargador, una preciosa pistolera de piel ajustable para deslizarla por el hombro, con costuras en contraste, y un descuento en su siguiente batería. Instrucciones completas, por supuesto, y un vale por tres lecciones en su club o campo de tiro local. Y también está el paquete de presentación especial; tiene lo mismo que el otro, pero con dos baterías cargadas y un visor nocturno. Mire, toque... no se preocupe, es una batería falsa... ¿No es genial? ¿Ve lo ligera que es? ¿Suave, verdad? No tiene partes que sobresalgan y que se le puedan enganchar en la ropa, y tiene un equilibrio perfecto. Y, por supuesto, la belleza del láser es que no tiene retroceso. Porque dispara luz, ¿sabe? Una pistola preciosa, preciosa; mi esposa tiene una. De verdad. No le estoy soltando un rollo, de verdad que tiene una. Bien, puedo dejarle esa, con una batería y un cargador gratis, en noventa y cinco; o el paquete de presentación en una oferta especial por uno diecinueve, o este, el paquete de presentación especial, por uno cuarenta y nueve.

—Me llevaré el especial.

—Buena elección, señora, buena elección. Bueno, ¿quiere...?

—Y un cañón manual con el silenciador de ochenta milímetros, cinco cargadores de uso general, tres cargadores de seis proyectiles perforantes y cinco dardos metálicos, dos cargadores de proyectiles bipropulsantes de alto explosivo, dos cargadores incendiarios y un paquete de proyectiles especiales, si tiene; el que tiene los proyectiles autodirectores de inclusión, no el de los señalizadores. Supongo que el visor nocturno de este juguete será compatible.

—Aah... Sí, ¿y cómo desea pagar la señora? Ella puso la tarjeta de crédito en el mostrador. —Lo antes posible.

Se alejó de la armería; la mochila pesaba. Se compró un periódico y lo leyó en la parte superior descubierta del tranvía que cogió para volver al Barrio de los Artistas.

Examinó el endeble panfleto y pasó la colección de hojas a cámara rápida; solo se detuvo una vez para leer algo con más atención. Había visto los resultados de las carreras de Tile. Uno de los subcampeones del día anterior se llamaba Danza Mortal.

Solo un concepto

—Hmm. ¿Hola?

—Hola, muñeca. Oh, «muñeca» no ha sido muy... Mierda.

—No te enrolles, Zef.

—Perdona. Reúnete conmigo en la Estatua Doliente dentro de una hora; ¿qué tal así?

—Demasiado sucinto para una abogada.

—He perdido práctica.

—Sé cómo te sientes. En la Estatua Doliente, en una hora.

—Nos vemos allí, muñeca... Mierda.

Dos mujeres se alejaban de la Estatua Doliente del Barrio de los Artistas de Malishu por el arco abierto tallado del Puente Tubular, en dirección al Recinto de la Universidad. Sobre ellas, las nieblas del mediodía empezaban a disolverse en el aire entre las acechantes torres y los estáis de la Entraxrln, que oscurecían la distante vista suboceánica de las más altas capas de membrana.

Caminaban con prisa sobre las aceras todavía mojadas por la llovizna de la mañana. Sharrow, con un vestido oscuro largo, chaqueta y las botas de tacón alto que solía llevar cuando iba a alguna parte con Zefla, andaba decidida, con la cabeza alta, y una mirada seria y algo intimidatoria que no invitaba al contacto. La cara atractiva y serena, la impresionante cabellera castaña, y el porte erguido y preciso casi disimulaban el detalle de que, cada dos pasos, había una pequeña caída, un pequeño defecto en el patrón, un latido a destiempo en el ritmo de su cuerpo.

Zefla caminaba (a pasos largos, con una falda pantalón y una camisola ligera) con una soltura casi desarticulada, moviendo la cabeza de un lado a otro, sonriéndole a todo el mundo y a nadie a la vez; caminaba con una especie de familiaridad, como si perteneciera a aquel lugar, como si conociera a aquella gente, como si recorriera aquel camino todos los días.

Las cabezas se volvían para mirarlas al cruzar el puente sobre el estrangulado cauce del río Ishumin y entrar en el laberinto parcialmente amurallado de la universidad; los mercaderes perdieron el hilo de su cantinela en los puestos, la gente que estaba al teléfono olvidó de qué estaba hablando, los pasajeros de las paradas del tranvía se olvidaron de pulsar el botón para llamar al siguiente, así que el transporte pasó a toda prisa delante de ellos; al menos dos hombres que miraron atrás se

chocaron con otras personas. Sharrow comenzó a sentirse inquieta cuando pasaron por la Puerta Apófige para entrar en el oscuro desorden de la prefectura de la Facultad de Literatura.

—¿Estás segura de que no nos han seguido? —le preguntó a Zefla. Zefla parecía ligeramente incrédula.

—Claro que nos han seguido —dijo con desdén—. Pero no con intenciones letales. —Cogió a Sharrow del brazo y puso cara de satisfacción—. Supongo que todo lo contrario.

—Se me había olvidado que podemos resultar llamativas —admitió Sharrow, pero pareció relajarse un poco. Levantó la mirada de los apretujados adoquines de corteza de la calle Metonimia para observar la ligera extensión de los estáis que describían elegantes arcos sobre la lejana red de la Facultad de Matemáticas. Comenzó a silbar.

Siguieron andando cogidas del brazo. Zefla parecía pensativa, pero después sonrió; un joven que cruzaba la calle frente a ellas con los brazos llenos de libros quedó atrapado accidentalmente en el brillo de aquella sonrisa y soltó los tomos al instante.

—Huy —dijo Zefla mientras pasaba por encima de la cabeza del estudiante agachado; después miró a Sharrow.

—Silbas... —le dijo.

—¿Hmm? —Sharrow la miró. Se pararon en una esquina para estudiar un mapa de las facultades. Zefla se inclinó sobre el mapa con las manos en la espalda.

—Silbas —repitió—. Bueno, antes solo quería decir una cosa.

Cuando Zefla se dio la vuelta para mirarla, Sharrow esbozaba una gran sonrisa muy poco característica en ella. Sharrow se encogió de hombros y se aclaró la garganta mientras se daban la vuelta para subir una brusca pendiente que llevaba a la Facultad de Historia.

—Joder, ¿tan transparente soy?

—Y además pareces cansada. Sharrow se frotó los ojos con cuidado.

—Cualquier bolsa o arruga ha merecido la pena.

—¿Quién ha sido el afortunado?

—Un músico.

—¿Cuerda? ¿Viento? ¿Teclado? ¿Composición? —preguntó Zefla. Sharrow sonrió y alzó las cejas.

—Percusión —dijo con voz ronca.

Zefla soltó una risilla, pero después se puso seria, levantó la cabeza y habló con pronunciación cuidada:

—No presumas, querida; resulta muy impropio.

—Ah, la guerra es un infierno —dijo Miz Gattse Kuma, sentado cómodamente

entre las almohadas perfumadas del pequeño bote del canal. Levantó la copa de trax granizado de la mesa del bote y sorbió con delicadeza, mientras observaba la suave luz de los farolillos que flotaban junto a ellos. El farolillo del bote emitía una luz tenue y crujía colgado de la punta de una rama inclinada y larguirucha. Gente disfrazada pasaba por el pasaje del canal, que se encontraba a unos cuantos metros de ellos; tiraban serpentinas y se reían, con las caras escondidas bajo máscaras grotescas y fabulosas. Más arriba, sobre la oscura ciudad, los fuegos artificiales explotaban en la distancia, y sus fogonazos iluminaban las capas de la membrana de Entraxrln y, a veces, recortaban la silueta del trenzado descubierto de los troncos compuestos. El bote siguió emitiendo un suave zumbido en su camino por la sección abierta y elevada del canal.

Sharrow (que, en realidad, en aquellos momentos era la comandante Sharrow, del Decimoprimer Escuadrón de Voladores de las Fuerzas Irregulares de la Liga Antiimpuestos) estaba sentada frente a él, al otro lado de la mesita. Por primera vez desde que se conocieran hacía casi un año no llevaba uniforme, y no estaba vestida ni con mono de trabajo ni con ropa de calle desaliñada. Llevaba un antifaz con un espejo arco iris que le cubría solo los ojos y el puente de la nariz. Lo remataba con un sombrero de plumas de pájaro de lago blancas y teñidas de verde; el vestido era de color verde brillante, corto, de escote bajo, y pegado, y las piernas, a la moda del momento, estaban cubiertas de una lámina transparente de aceite perfumado polimerizado. Tenía unas piernas largas, de formas perfectas, y brillaban, relucían, lanzaban destellos bajo los farolillos que se balanceaban en sus ramas inclinadas sobre el oscuro canal.

Casi no podía apartar los ojos de aquellas piernas largas y sensualmente musculosas. Conocía el tacto seco y suave del aceite perfumado, la sensación tersa y deliciosa de aquella cobertura de espesor molecular, que se evaporaba poco a poco; lo había experimentado muchas veces con otras mujeres, así que ya no le resultaba una experiencia tan novedosa y erótica como antes. Pero allí sentado, a solas con ella en aquel botecito que ronroneaba y se mecía suavemente en la última noche del festival, lo que deseaba era tocarla, abrazarla, acariciarla y besarla; la deseaba más de lo que nunca había deseado a ninguna otra mujer. La urgencia y la necesidad eran tan atroces e intensas como las que recordaba haber sentido justo antes de su primer polvo; le quemaban dentro, lo infestaban, corrían brillantes y veloces por su sangre.

De repente, le resultó irrelevante que fuera su oficial superior y una aristo, cosas que en el pasado, por una especie de resentimiento y esnobismo a la inversa, habían evitado que pensara en ella como en una mujer (que, además, era atractiva e inteligente; el tipo de mujer que, tras la primera mirada, la primera palabra, estaba deseando llevarse a la cama), en vez de como en su oficial superior, tácticamente brillante, pero brusca y con un sarcasmo mordaz, o como en una mocosa arrogante y malcriada de Golter que tenía un aspecto impresionante y lo sabía.

—Un brindis —dijo Sharrow; descruzó las piernas brillantes y sedosas, y se

inclinó hacia delante. Alzó la copa.

—¿Por? —preguntó Miz mientras observaba el reflejo colorido y distorsionado de su cara en el espejo arco iris del antifaz. Miz tenía su máscara sobre el pecho, atada al cuello.

—El brindis de Iphrenil —dijo ella—. El brindis secreto; cada uno brinda por lo que quiera.

—Qué costumbre más estúpida —suspiró él—. Vale. Chocaron las copas. Unas figuras enmascaradas disfrazadas de bandidos corrían por el canal dando saltos y disparando sus pistolas de juguete. No les hizo caso y la miró directamente a los ojos mientras bebía de su copa. Brindo por poder meterte en mi cama, mi comandante, pensó para sí.

Los ojos oscuros y burlones de Sharrow lo miraron desde detrás de la máscara. Una pequeña sonrisa le plegaba los labios.

Una granada de flores aterrizó entre ellos, en el hueco del pequeño bote. Ella se rio con una risa marrón oscuro que lo electrizó. Le dio una patada a la granada para enviarla hacia él; él también le dio una patada para lanzársela a ella; el fusible perfumado ardía y humeaba. Ella atrapó la bola del tamaño de un puño bajo su pie desnudo, la observó (y él pudo sentir el SNV entrando en acción, ya que aquello se había convertido en una situación táctica para los dos, y supo las posibilidades y los rumbos de acción potenciales que ella estaría evaluando en aquellos momentos; esperó, en aquel largo instante, a ver lo que hacía) y entonces, justo cuando el fusible pareció fundirse, le lanzó la granada encima; él se rio, vencido, e intentó alejar la bola de una patada.

La granada de flores estalló con un fuerte pop y derramó una nube de colores a su alrededor, cubriéndolo de miles de diminutas flores en plena expansión. Algunas se le pegaron; otras eran tan pequeñas y secas que se le metieron en la nariz y le hicieron estornudar; el perfume hedía.

Tosió, estornudó e intentó apartar las flores, apenas consciente de que ella estaba aplaudiendo y riéndose de forma escandalosa. La gente de la orilla vitoreaba y silbaba.

Miz se sentó, se sonó la nariz en un pañuelo y se cepilló las pegajosas flores de la chaqueta. Algunas de ellas habían aterrizado en la copa; arrugó la nariz y tiró el licor contaminado por el perfume al agua.

—¡Túnel Streme! —gritó un oficial con toga de gala, sentado en una silla alta sobre el camino del canal—. ¡Túnel Streme! ¡Cincuenta metros! —Los saludó con la cabeza cuando ellos agitaron los brazos haciéndole saber que lo habían oído.

Miz se dio la vuelta y miró hacia delante por encima de la proa del botecito. El canal tubular entraba en una amplia cuenca en la que la mayoría de la gente salía de los botes.

El canal circular (de veinte kilómetros de largo y uno de los dos que rodeaban lo que antes era la ciudad exterior) era en realidad un tubo de transporte de las raíces de

la Entraxrln con la parte superior cortada; la sección a la que se acercaban no se había cortado y desaparecía en una masa oscura de alfombra de la Entraxrln del tamaño de una pequeña cordillera de colinas, cubierta por las casas de la prefectura de Streme; el Túnel de Streme tenía cinco kilómetros de largo, y un bote normal tardaba una hora en recorrerlo. La mayoría de la gente que no estaba dormida ni tenía intenciones amorosas solía bajarse allí.

Miz se volvió hacia ella, suspiró y se encogió de hombros.

—Bueno —dijo intentando añadir la cantidad correcta de pesar—, parece que ha llegado el momento de desembarcar.

Ella apretó los labios hasta formar una línea; él sabía que no era una expresión neutral, pero no sabía bien cómo interpretarla. Podría ser disgusto o simplemente aceptación. Pero algo en su pecho pareció soltarse como un resorte. Quizá, pensó.

Ella bebió de su copa con el ceño fruncido.

Él se echó hacia atrás, se relajó a posta y cruzó los brazos. Pensaba con rapidez; ¿quiero hacer esto? Sí. Pero rompe el código que todos habíamos seguido sin discutirlo ni acordarlo; nada de sexo entre neurovinculados. Con gente de otros grupos, sí; con cualquier otra persona de los hábitats militares en los que solían estar el noventa y cinco por ciento del tiempo, sí. Pero no dentro del grupo. Demasiada gente pensaba que podría alterar la delicada red de previsiones y respuestas que existía entre los equipos cuando volaban juntos en misiones de combate.

Lo sé, pensó, y me importa una mierda. Ella es la comandante; dejemos que ella decida; la deseo.

Así que descruzó los brazos, y miró la entrada del túnel conforme entraban en la cuenca y el canal se estriaba y abría a su alrededor. Él volvió a mirarla a los ojos y dijo con calma, no demasiado alto.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Salimos o entramos?

Sharrow apartó la mirada de los ojos de Miz para mirar el túnel, después volvió a él. Respiró.

Es mía, pensó él. ¡Por favor, que no me equivoque!

—¿Qué quieres hacer tú? —le preguntó ella.

Él se encogió de hombros, colocó una almohada que tenía junto a él.

—Bueno, aquí estoy cómodo...

—¿Quieres entrar? —dijo ella, mientras la máscara de espejo se elevaba al echar la cabeza hacia atrás, como retándolo.

Él se limitó a encogerse de hombros.

Ella miró a la gente de la orilla y después observó las esporádicas explosiones de fuegos artificiales sobre el oscuro centelleo de luces de la ciudad.

—No lo sé —dijo ella tras volver la mirada hacia Miz. Y, de repente, volvía a ser aquella arrogante noble de Golter, con la nariz levantada, autoritaria y rígida—. Convénceme.

Él sonrió. Un año antes aquello habría sido el fin; se hubiera mostrado molesto

por aquella arrogancia, se hubiera reído y hubiera dicho, «Na, el túnel sería aburrido; volvamos con los demás para divertirnos de verdad» (mientras en su interior hubiera deseado que ella quisiera entrar, de modo que se sintiera herida)... Pero en aquel momento era un poco mayor y mucho más sabio, y, además, la conocía mejor, por lo que estaba bastante seguro de saber lo que quería decir que ella volviera de repente al comportamiento de su vida anterior.

Pero incluso entonces, incluso en el instante en el que supo que estaba a punto de hacer algo que quería más de lo que había querido nada antes, y supo que iba a entrar en terreno nuevo y peligroso, y quizá a poner en peligro a él y a los otros, y supo que lo sabía y que no le importaba nada, porque la vida estaba allí para vivirla sólo una vez, y aquello significaba apostar, aprovechar todas y cada una de las oportunidades para ser feliz y progresar; incluso entonces, encontró tiempo para pensar, para sorprenderse al descubrir algo: lo viejo que se había hecho.

Ninguno de nosotros pasa de los 20; ella, esta impresionante y gloriosa criatura que tengo delante, solo tiene 19. Y, a pesar de ello, este último año nos hemos convertido en ancianos; de niños a cínicos veteranos quemados por la guerra y casi indiferentes, que matan a sus enemigos donde y cuando pueden, en la oscuridad, en la soledad de la batalla, uniéndose a ellos a través de microsegundos de espacio, luchando, provocando e insultando hasta que solo quedaba uno... y obtenían placer siguiendo el mismo modelo; una intervención total, intensa y furiosa, seguida de la más absoluta indiferencia.

Convencerte, pensó.

—Vale —le dijo con una sonrisa—. Entra conmigo en el túnel y te prometo que te confesaré mi brindis.

Ella puso una expresión extraña, bajó las dos comisuras de la boca y los tendones del cuello sobresalieron. Era una expresión que no le había visto nunca. Él sonrió a pesar de sí mismo al pensar en lo joven que había parecido en ese instante.

—No sé —dijo Sharrow mientras la máscara de espejo miraba la copa—. Entonces tendré que decirte cuál era mi brindis...

Ella lo miró a los ojos, y él se preguntó si era posible ver una mirada de desafío tras una máscara. Se retrepó en la suavidad de los cojines. Algo le cantaba en el alma. La entrada del túnel se acercaba cada vez más.

Los policías de los botes los llamaban y les recordaban que era su última oportunidad de bajar. La gente de la orilla hacía ruidos de complicidad y mugidos, y gritaba consejos obscenos. Él casi no los oía.

—¿Estás convencida? —le preguntó. Ella asintió.

—Estoy convencida. Él se quedó muy quieto. Ella se llevó las manos a la cabeza y se quitó la máscara de espejo arco iris, justo cuando la boca del túnel se acercó para tragárselos.

—Aquí es —dijo Zefla—. 31/3 de la calle Pequeña Beca.

La estructura de tres pisos era aún más oscura y destartada que las casas vecinas. Era de estilo vernáculo de Malishu, esculpida en la alfombra de color entre morado y azul, y apoyada en las vigas reforzadas por el fuego de la madera marrón del tallo. Daba a una calle estrecha y vallada con adoquines de corteza, y desde allí se veían los tejados inclinados (algunos de carpa, otros con tejas de corteza) del departamento de historia moderna y los barrios de las afueras septentrionales de la ciudad.

El lugar parecía muerto. El piso de abajo no tenía ventanas, y las altas ventanas de los dos pisos superiores estaban oscuras y sucias. La puerta, hecha de corteza mal curada que se había retorcido y rajado con los años, colgaba torcida de un marco sujeto con clavos. Zefla usó un tirador de cuerda. No pudieron oír ningún ruido en el interior. Probó a abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave o muy atrancada.

Sharrow miró el canalón de arriba; una parte estaba suelta y colgaba del techo, goteaba aunque el tejado y la calle ya se habían secado de la llovizna de la mañana. Le dio una patada a los fragmentos de una teja caída, y se metieron en un agujero de la acera lleno de malas hierbas; arrugó la nariz de asco.

—Por lo que veo, el ser el experto mundial en el Reino de Pharpech no atrae muchos fondos.

Zefla tiró con más fuerza de la cuerda y dio un paso atrás.

—A lo mejor sí —dijo ella—. Pero quizá este tipo se sienta más cerca de casa viviendo en una ruina anticuada como esta.

—¿Investigación de método? —dijo Sharrow con escepticismo—. Creo que más bien se trata de lo que Cenuij entiende por una broma.

Zefla sacudió la cabeza enérgicamente.

—Oh, no, te lo juro, estaba hablando en serio. Creo que quería venir él, pero consideró que nuestro hombre respondería mejor ante nosotras.

—Ajá —dijo Sharrow; frunció el ceño al ver el esqueleto de un animal diminuto tirado dentro del recoveco del portal—. Esa descripción podría esconder un montón de mierda.

En el tercer piso se abrió un poco una de las ventanas, y un hombre pequeño de pelo gris y barba sacó la cabeza por ella para mirarlas.

—¿Sí? —dijo.

—Hola —le gritó Zefla—. Buscamos a un caballero llamado Ivexton Travapeth.

—Sí —dijo el hombrecillo.

Zefla hizo una pausa y después dijo:

—Entonces, ¿no es usted?

—No.

—Bien. ¿Sabe dónde podemos encontrarlo?

—Sí.

Zefla miró a Sharrow, que había empezado a silbar.

—¿Puede decirnos dónde está? —preguntó de nuevo Zefla.

—Sí —respondió el hombrecillo, y parpadeó.

—Departamento equivocado —murmuró Sharrow, tras cruzar los brazos y darse la vuelta para mirar la ciudad—. Estamos en el edificio de Lógica Formal y están haciendo honor a su nombre.

—¿Dónde está? —preguntó Zefla intentando contener las risitas.

—Oh, aquí —asintió el hombre.

—¿Podemos verlo? —dijo Zefla.

—Oh, sí.

—Sigue —le dijo Sharrow a Zefla en voz baja—. Los pasaportes solo duran un año.

—Bien —dijo Zefla—, gracias. Habríamos llamado por teléfono o por pantalla, pero al señor Travapeth no parecen gustarle ese tipo de contactos.

—Sí.

—Sí. ¿Puede dejarnos entrar?

—Sí, sí —asintió el hombre. Sharrow comenzó a fingir fuertes ronquidos. Zefla le dio un codazo.

—Por favor, baje y déjenos entrar —le dijo Zefla al hombre con una sonrisa.

—Muy bien —respondió el hombre de barba gris antes de desaparecer. La ventana se cerró de golpe. Sharrow dejó caer la cabeza sobre el hombro de Zefla. Bostezó.

—Despiértame cuando se abra la puerta o se acabe el universo, lo que suceda primero.

Zefla le dio unos golpecitos en los rizos castaños. La puerta se abrió con un crujido. Sharrow se dio la vuelta para mirar. El pequeño hombre de barba gris se asomó, miró calle arriba y abajo, y después abrió la puerta del todo. Llevaba unos pantalones caídos con zapatillas de casa incorporadas; se ató el cordón y se metió la camisa en los pantalones mientras miraba a las dos mujeres con una amplia sonrisa. Era diminuto, incluso más bajo de lo que parecía en la ventana. A Zefla le pareció adorable.

—Buenos días —dijo ella.

—Sí —contestó él, y les hizo señas para que entraran. Zefla y Sharrow atravesaron el alto umbral y entraron en un espacio poco iluminado, pero no oscuro, que daba a un pequeño patio parcialmente cubierto por una sábana que colgaba del techo. El aire olía a sudor y grasa de cocina. Del otro lado de la sábana mugrienta surgió una especie de gruñido o resoplido masculino. Zefla miró a Sharrow, que se encogió de hombros.

—Espero que tú también lo estés oyendo —le dijo a Zefla—; si no es que estoy más cansada de lo que creía, o que estoy teniendo un flash-back de anoche.

El hombre de la barba gris entró delante de ellas, todavía subiéndose los pantalones y metiéndose los últimos pliegues de la camisa arrugada, mientras se apresuraba a pasar al otro lado de la sábana colgante. Lo siguieron. El patio era pequeño y estaba abarrotado; unos balcones recorrían los dos pisos de arriba y daban acceso a las otras habitaciones. Una ligera cobertura de membrana formaba un tejado de gasa.

El suelo del atrio estaba cubierto de alfombras y colchonetas, sobre las que descansaban media docena de estanterías sobrecargadas y un par de mesas llenas de capas y rollos de papel. Entre los fragmentos de antigua sabiduría había desperdigados varios accesorios de entrenamiento: mancuernas, pesas, palos pesados, barras flexibles y cosas por el estilo.

En el centro de todo aquello estaba la figura más bien alta y demacrada de un anciano casi desnudo, con una maraña de pelo blanco en el pecho y una mata de espeso cabello negro en la cabeza. Llevaba puesto un taparrabos asqueroso y sujetaba un par de mancuernas que levantaba de forma alterna, jadeando y gruñendo con cada levantamiento. Tenía la cara arrugada y morena cubierta de sudor. Zefla calculaba que tendría al menos setenta años, aunque su figura era relativamente juvenil; solo el pelo blanco del pecho y cierta distensión en la barriga revelaban su edad.

—Ja; ¡buenos días, hermosas damas! —dijo con voz profunda—. Ivexton Travapeth a su servicio. —Soltó las mancuernas sobre un libro enorme que parecía sujetar la esquina de un mapa marrón por la edad y, al hacerlo, levantó polvo e hizo que la mesa temblara—. ¿Cómo puede este humilde e indigno erudito ayudar a dos damas de belleza tan gentil y radiante? —Se quedó de puntillas, con los brazos cruzados marcando bíceps, y las miró; todavía respiraba con dificultad. Su expresión oscilaba entre la travesura y la lascivia.

—Buenos días, señor Travapeth —dijo Zefla; lo saludó con la cabeza y dio un paso adelante para ofrecerle la mano. Se la estrechó—. Mi nombre es señorita Franck; esta es mi ayudante, la señorita Demri. —Sharrow saludó con la cabeza cuando Travapeth la miró con una sonrisa—. Investigamos para una compañía de producciones independientes para pantalla, MGK Productions. Nuestra tarjeta. —Zefla le entregó la tarjeta de una de las compañías que le servían como tapadera a Miz.

Travapeth examinó la tarjeta con ojos entrecerrados.

—Ah, son de Golter. Eso pensaba por su acento, claro. ¿Cómo puede ayudarlas Travapeth, mis saxícolas damiselas?

Zefla sonrió.

—Nos gustaría hablarle de un lugar llamado Pharpech.

Ivexton Travapeth se balanceó un poco sobre los talones.

—¿Ah, sí? —les dijo.

En ese momento, el hombrecillo salió de las sombras detrás del erudito con una larga bata gris abierta. Empezó a saltar arriba y abajo para ponérsela al otro hombre,

más alto, en los hombros. Lo tuvo que intentar y fallar varias veces, mientras la voz de Travapeth retumbaba en el patio.

—¡Pharpech! Ah, querida y adorable dama, pronuncia usted una palabra, una palabra casi mágica que despierta una extraña mezcla de emociones en este pecho mío, que tantos kilómetros ha recorrido... —Se oyó un ruido hueco cuando Travapeth se golpeó el pecho cano con el puño—... Casi no sé dónde ni cómo empezar a responder.

El hombrecillo se puso la bata en un antebrazo y sacó una silla de debajo de la mesa para colocarla detrás de Travapeth. Se subió a la silla, y fue a ponerle la bata al erudito en los hombros justo cuando Travapeth se alejaba hacia un pedestal de madera que le llegaba al pecho, en el que había un juego de pesas. El hombrecillo de pelo gris cayó al suelo con un chillido.

Travapeth levantó las pesas del pedestal con un gruñido.

—¿Ha dicho productora de pantalla? —dijo mientras se esforzaba por llevarse las pesas a la barbilla. El hombrecillo se levantó, se sacudió el polvo, recuperó la bata que estaba tirada en la alfombra y miró a Travapeth de mal humor. Sharrow tenía los labios bien apretados.

—Eso es —dijo Zefla con una sonrisa.

El hombrecillo de pelo gris miró a Travapeth con el ceño fruncido, y después dejó la bata sobre una silla y volvió a las sombras, mientras murmuraba incoherencias y sacudía la cabeza.

—Hmm —dijo Travapeth, tras levantar finalmente las pesas a la altura de los hombros y quedarse allí jadeante durante un momento. Tragó saliva—. Resulta que conozco a Su Majestad el Rey Retar XVII bastante bien —dijo con voz potente. Sonrió a las dos mujeres con una especie de radiante humildad—. Estuve presente en su coronación, ¿saben?, cuando ustedes, bellas damas, todavía mamaban de los generosos globos de sus madres, imagino. —Suspiró meditabundo, quizá triste, pero después pareció ponerse serio mientras luchaba con las pesas, y al cabo de un rato se relajó—. Y debo decir —jadeó—, que Su Majestad ha demostrado... una coherente renuencia... a permitir cualquier tipo de registro pictográfico... de su reino... que el mundo moderno parece considerar... al borde de lo patológico.

—Lo entendemos —dijo Zefla—. Sin embargo, Pharpech parece ser un lugar fascinante, incluso romántico por lo que hemos podido leer, y creemos que valdría la pena y el esfuerzo (realizado por un equipo de personas de gran talento y experiencia, muy respetadas en sus respectivos campos) producir un informe real, factual y fiel de la vida en lo que es uno de los últimos vestigios de un tiempo pasado que, milagrosamente, sigue vivo en la actualidad.

Travapeth pareció tensarse de nuevo. Después gruñó; puso las pesas de nuevo en su pedestal y alargó una mano temblorosa para coger una toalla manchada que yacía arrugada sobre una estantería.

—Cierto es —dijo mientras sacudía la toalla hasta que se terminó de estirar—.

Pero intente explicárselo a Su Majestad.

—Permítame que sea algo cándida —dijo Zefla mientras Travapeth se limpiaba los sobacos y después la cara (Sharrow desvió la mirada)—. Nuestra intención es ir primero hasta allí sin equipo (sin cámaras siquiera, si es necesario) y, quizá, con sus buenos consejos, si a usted le parece adecuado, llegar a algún tipo de entendimiento con las autoridades que controlen los limitados derechos de acceso que necesitamos para realizar la producción del prestigioso documental que tenemos en mente, que sería extremadamente respetuoso y elegante.

Travapeth asintió, se sonó la nariz ruidosamente en la toalla y la volvió a poner en lo alto de la estantería. Sharrow tosió y estudió el balcón superior. Zefla siguió su avance con suavidad.

—Por supuesto, reconocemos las dificultades que esto supone, y esperamos que, siendo como es un gran erudito y el más importante experto en Pharpech de todo el sistema, acceda a colaborar con nosotros como asesor histórico y antropológico.

Las cejas de Travapeth se juntaron mientras flexionaba los hombros y se dirigía a un banco de abdominales, se tumbaba en él y metía los pies bajo las barras.

—Sí, ya veo —dijo mientras se ponía las manos en la nuca.

—Si accediera a hacerlo —siguió Zefla—, aparecería acreditado en los títulos de crédito, por supuesto.

—Ajá —dijo Travapeth, y después gruñó al hacer la siguiente abdominal.

—Y, naturalmente —dijo Zefla—, estaríamos hablando de unos honorarios substanciales que reflejaran tanto el peso académico aportado por su participación en este prestigioso proyecto, como la inversión de su valioso tiempo. Travapeth se sentó en el estrecho acolchado del banco de abdominales con un suspiro.

—Por supuesto —dijo—, los asuntos financieros no son mi principal preocupación.

—Por supuesto —coincidió Zefla—. Me lo imagino.

—Pero... solo por tener una idea aproximada... —hizo otra abdominal, y después cambió y empezó a tocarse las rodillas, primero con un codo y luego con el otro.

—¿Me permite sugerir diez mil, todo incluido? —preguntó Zefla. El erudito se detuvo con un codo en la rodilla contraria—. Cuatro en el acto —dijo Zefla—, si estuviera dispuesto a ayudarnos, después tres en el primer día de fotografía principal, y tres cuando se realice la retransmisión.

—¿Tarifas de reposición? —gruñó Travapeth, todavía cambiando de rodilla en rodilla.

—Tarifas estándar para Producciones Documentales de Prestigio de la Industria.

—¿Crédito único en pantalla?

—Del mismo tamaño y la mitad de la duración del director.

—Que sean quince.

Zefla tomó aire y puso tono de disculpa.

—La verdad es que no estoy autorizada para pasar de los veinte mil para una sola

persona.

Travapeth se sentó jadeante.

—¡Mayordomo! —gritó al aire, y su voz resonó en el atrio. Miró a Zefla de arriba abajo con la cara manchada de sudor—. Mi querida niña —dijo en voz baja—, no necesitarás a ninguna otra persona. Soy todo lo que necesitas; para todo lo que se te pueda ocurrir —dijo con mirada lasciva.

Por el rabillo del ojo, Zefla vio cómo Sharrow se daba la vuelta con una mano metida en la boca, justo cuando el hombrecillo aparecía de nuevo entre las sombras; intentaba tirar de un enorme cubo de piel lleno de agua.

—Quince —repitió Travapeth; cerró los ojos—. Seis, cinco, cuatro.

Zefla bajó la mirada, sacudió la cabeza y se frotó la barbilla.

—Bueno —suspiró Travapeth—, pues en tres partes iguales; no se puede ser más justo.

El hombrecillo cogió la silla que tenía la bata echada y la arrastró con él en su vacilante camino hacia Travapeth, que estaba tumbado y jadeante sobre el banco de abdominales; se subió a la silla, levantó el cubo de piel hasta el pecho y después tiró el agua encima de la figura cansada y desnuda al noventa por ciento de Travapeth. Zefla dio un paso atrás rápidamente para evitar las salpicaduras.

El erudito se estremeció con fuerza mientras el agua le chorreaba y se derramaba por la colchoneta que había debajo. Escupió y parpadeó, mientras el mayordomo bajaba de la silla y se alejaba.

Travapeth sonrió húmedo a Zefla.

—¿Tenemos un trato, querida niña?

Zefla miró a Sharrow, que asintió de forma casi imperceptible.

—¡Agh! ¡Dioses! ¿Viste cómo se le transparentaba y se le pegaba el taparrabos después de que el hombrecillo le echara el agua por encima? ¡Puaj!

—Por suerte, ya había apartado la vista.

—¡Y lo que dijo sobre «los generosos globos de sus madres»! —dijo Zefla en voz alta, después chilló, con la mano sobre la boca, mientras caminaban entre risas por la calle Imágenes, a través de los estudiantes solos y en grupo que se movían entre clases.

—Casi devuelvo —dijo Sharrow.

—Bueno, si no te hubieras intentado meter toda la mano en la boca... —le dijo Zefla.

—O lo hacía, o aullaba de la risa.

—Bueno, al menos parece que sabe de lo que habla.

—Hmm —dijo Sharrow—. Hasta ahora parece creíble; veremos si impresionamos a Cenuij. —Señaló con la cabeza un lugar a la derecha de la calle—. Bajemos por ahí. Recuerdo un sitio.

—Vale —dijo Zefla. Se metieron en la calle Estructuralista.

—Está por aquí, en alguna parte —dijo Sharrow mientras miraba a su alrededor. La calle estaba repleta, con cafeterías y pequeños bares a ambos lados.

—En realidad —dijo Zefla; cogió de nuevo a Sharrow del brazo y miró la alta membrana que se mecía suavemente dos kilómetros más arriba—, ahora que lo pienso, creo que admiro su descaro.

Sharrow miró a Zefla con rabia.

—Eres incapaz de odiar a alguien durante más de tres segundos, ¿verdad?

Zefla sonrió culpable.

—Bah, no era tan malo —se encogió de hombros—. Es un personaje.

—Esperemos que sea un personaje secundario —murmuró Sharrow.

Zefla se rio.

—¿Cuál es el propósito de este viaje sentimental? —Miró a su alrededor por la calle abarrotada—. ¿Adónde vamos ahora?

—Al Bistro Onomatopeya —le dijo Sharrow.

—Oh, recuerdo ese sitio —dijo Zefla. Escudriñó la distancia y fingió fruncir el ceño—. ¿Y cómo se deletrea eso? —le preguntó.

—Bueno —dijeron las dos a la vez—, tal y como suena.

Tenía la gorra sobre los ojos y las botas en el desvencijado asiento de enfrente. La chaqueta del uniforme colgaba del respaldo de su silla.

—Schlotch —dijo ella, y le dio otro trago al licor de trax.

—¿Schlotch? —preguntó Miz.

—Schlotch —confirmó ella.

—Lodo rascado de una bota —dijo Dloan tras darle unos golpecitos a la bota de Sharrow con la punta de la suya.

Ella negó lentamente con la cabeza y se miró las manos, que estaban sobre sus muslos uniformados. Eructó.

—Na —dijo.

El siguiente de la mesa era Cenuij.

—Una mierda que cae en un váter —sugirió, con los ojos brillantes aunque morados por un asunto de un par de noches antes—. Desde una distancia de mil metros.

—Casi —dijo ella, después soltó una risilla y agitó una mano mientras los otros empezaban a interrumpirla—. Na; na, no está ni cerca. Mentí. Mentí. Ja, ja, ja.

—El ruido que hace... ¡hip! mierda... un calcetín lleno de sesos triturados de pájaro de gelatina cuando un enano con un saltador en la cabeza lo usa para golpear con fuerza la escotilla de escape de un volador de impuestos.

Sharrow miró a Zefla y negó rápidamente con la cabeza.

—Demasiado prosaico.

Zefla se encogió de hombros.

—Cierto.

Cara se aclaró la garganta con cuidado.

—El ruido que hace un bicho moteado cuando... —comenzó con paciencia.

Todos se quitaron las gorras y se las tiraron mientras gritaban:

—¡No!

—¡Escoge otra cosa!

—¡No, no, no!

—¡Me cago en el puñetero bicho moteado!

—¡Piensa en otra cosa!

Cara se encogió, sonrió bajo la lluvia de gorras y puso los brazos sobre la mesa para evitar que le derramaran la bebida.

—Pero —dijo con tono razonable— alguna vez tendré que acertar...

—Na, te equivocas otra vez —dijo Sharrow. Le dio otro sorbo al trax. Se sentía más borracha de lo que debería. ¿Podría ser porque tenía el estómago vacío? Habían ido al Onomatopeya a curarse la resaca y almorzar pero, de algún modo (al ser el último día antes del siguiente viaje, a no ser que se declarara la paz), se había convertido fácilmente en otro baño de alcohol.

¿Había desayunado? Recogió la gorra que le devolvió alguien y se la puso sobre el pelo cortado al rape. No, no podía recordar si había desayunado o no.

—¡Siguiente! —dijo bastante fuerte tras vaciar el trax y señalar a Miz, al mismo tiempo que ponía el vaso sobre la mesa. Alguien se lo llenó.

Miz pareció pensativo. Después se le encendió la cara delgada y luminosa.

—Un crucero de combate fiscal que choca contra otro asteroide a la mitad de la velocidad de...

Todos empezaron a gritar y a tirarle las gorras.

—Esto empieza a ser demasiado tonto —dijo Froterin mientras Miz recogía las gorras. Froterin los miró a todos desde su enorme volumen—. Todo el mundo empieza a repetirse.

—¿Cómo dices?

—¿Qué?

—¿Eh?

Froterin se puso de pie, vacilante, su silla arañó la acera al echarse atrás, y él se tambaleó y casi cayó al suelo. Se puso una mano en el amplio pecho, sobre el corazón.

—Pero ahora —dijo con voz resonante—, creo que ha llegado el momento de una

pequeña canción... —empezó a cantar—. Oh, Caltasp, oh Caltasp...

—¡Por todos los dioses...!

—¡Mi gorra, mi gorra!

—¡Dadme mi gorra!

—¡La mía primero!

—¡Yo estoy menos borracho y apunto mejor!

—¡Tírale otra cosa!

—¡Ya sé!

—¡Mi bebida no, cretino; usa esto!

—Oh CAAALtasp, oh CAAALtasp...

—¡Mis oídos, mis oídos!

—¡No sirve, señor; las gorras le rebotan!

—¡Oh, no! ¡Tiene el vaso vacío!

Vleit se levantó de su asiento y fue de puntillas hasta Sharrow, mientras el resto intentaba hacer que Froterin dejara de cantar. Vleit tenía una sonrisa pícaro en la cara y, cuando llegó hasta Sharrow, se agachó y le susurró algo al oído.

Sharrow asintió con energía y las dos se dejaron llevar por un ataque de risa, y después de carcajadas profundas, entre toses.

—¡Sí! —asintió Sharrow, llorando de la risa—. ¡Sí!

—Oh CAAALtasp, Oh CAAAAAALtasp, oh, muchas gracias —dijo Froterin, y se sentó con la jarra de cerveza con especias que Miz le había traído. Se sentó y la sorbió feliz.

—¡Lo ha averiguado! ¡Vleit... (¡hip! mierda) lo ha averiguado!

—¿Qué?

—¿Qué era?

—¡Vamos!

Sharrow sacudió la cabeza y se secó los ojos en la manga de la camiseta, mientras Vleit se levantaba de la acera de la cafetería y se agarraba el estómago, todavía muerta de la risa.

—¿Qué?

—¡Estáis haciendo trampas!

—¿Cuál era la respuesta?

—No os lo diré —se rio Sharrow.

—Tienes que decirlo —protestó Miz—. Si no, ¿cómo sabemos que Vleit ha ganado de verdad?

Sharrow se volvió a poner la gorra y miró a Vleit; las dos se miraron, entre risitas, y después rompieron en carcajadas.

—¿Quieres decírselo? —le preguntó Sharrow.

—Yo no, comandante —Vleit sacudió la cabeza, todavía riéndose—. Díselo tú.

El rango tiene sus inconvenientes, ¿recuerdas?

—¡Sí!

—¿Qué era?

—¡Sí, vamos, dínoslo!

—Vale, vale —dijo Sharrow; se sentó derecha en la silla. Después, de repente, pareció preocupada; su frente suave y lisa se arrugó—. Mierda —dijo—. He olvidado la puta palabra —sacudió la cabeza.

Puso la cabeza en la mesa y fingió llorar. Al menos dos gorras le rebotaron antes de que Cenuij rugiera:

—¡Schlotch!

Sharrow levantó la mirada rápidamente.

—¿Estás seguro?

—Seguro —dijo Cenuij con exactitud.

Sharrow suspiró.

—Sí; schlotch.

—¿Y? —dijo Miz con los brazos abiertos—. ¿De qué cosa es schlotch la onomatopeya o lo que sea?

—Es el sonido —dijo Sharrow tras inclinarse en pose conspiradora sobre la mesa y mirar a ambos lados de la calle—. De... —sacudió la cabeza—. No puedo —dijo fingiendo pesar—. No estoy lo bastante borracha para decíroslo.

—¿QUÉ?

—¡Sharrow!

—Oh, vamos...

—No digas tonterías.

—Vleit; ¿qué coño era?

—Sharrow; has dicho que nos lo contarías; ¿qué es?

Sharrow sonrió, esquivó una gorra que le habían lanzado, y después echó la cabeza hacia atrás y se rio con ganas mientras los demás protestaban.

Un camarero de aspecto tímido se les acercó desde el interior del bistro. Sujetaba una bandeja contra al pecho, con aire nervioso, como si fuera un escudo. Se acercó a Sharrow; ella sonrió al joven camarero y se ajustó la gorra.

El camarero tosió.

—Em, ¿comandante Sharrow? —le preguntó.

—Se te da bien leer las chapas, chico —dijo Miz guiñándole el ojo.

—Sí —añadió Cenuij—. Quédate con nosotros, haremos de ti un camarero. Oh, ya eres un...

Sharrow les hizo un gesto a los dos para que se callaran.

—Sí —dijo mirando al camarero con ojos bastante legañosos.

—Una llamada para usted, comandante. Militar. —El joven camarero se escabulló de nuevo hacia el bistro.

Sharrow parecía sorprendida. Se metió una mano en el bolsillo de la chaqueta del uniforme, que estaba colgada del asiento. Hizo una mueca y sacó la mano cubierta de una porquería roja.

—¿Quién ha sido el guarro cabrón que ha llenado mi aparato de comunicaciones de salsa ghrettis? —rugió tras ponerse de pie y dejar que la salsa roja goteara sobre la acera.

—Mierda —dijo Miz con la boca pequeña—. Creía que se lo había hecho a la chaqueta de Dloan, en el mesón.

—¿Dloan? —le gritó Sharrow. Señaló el uniforme de Dloan—. ¿Cuántas barras ves en su chaqueta? ¡Una! ¿Cuántas ves en la mía? ¡Dos! —le gritó, mientras los señalaba con la mano limpia.

Miz se encogió de hombros con una sonrisa.

—Creía que estaba viendo doble.

—Te has ganado una guardia doble, joder —murmuró Sharrow mientras pasaba por su lado de camino al interior del bistro—. Saca esa mierda de mi bolsillo; ¡ahora!

—Debe ser fuerte esa salsa ghrettis —oyó murmurar a Dloan—. Se supone que los aparatos de comunicaciones son impermeables hasta una presión de... En el interior, el bistro estaba tranquilo y a oscuras; solo había empleados.

—Gracias, Vol —le dijo al propietario antes de coger el teléfono.

—Aquí la comandante Sharrow —dijo tras agradecerle a Vol con la cabeza el trapo que le daba para limpiarse la mano.

Cerró los ojos mientras escuchaba. Al cabo de un rato, dijo:

—Se rompió el aparato de comunicaciones, señor. Ni idea, señor —cerró los ojos con fuerza—. Probablemente acción enemiga, señor. Se limpió la mano y le hizo otro gesto con la cabeza a Vol, que se fue a sentarse al otro extremo del bistro, con el resto del personal.

Miró a través de las ventanas al grupo sentado en la calle, que intentaba decidir de quién era cada gorra. Sonrió mientras los observaba, después volvió a prestarle atención al teléfono.

—¡Sí, señor! En camino, señor —dijo, y fue a colgar el teléfono—. ¿Perdone, señor? —Fruunció el ceño delante de su imagen al otro lado de la barra, visible a través de los vasos y entre los barriles del revés—. ¿El doctor? Es decir el comandante médico... claro, señor.

Volvió a mirar su imagen y se encogió de hombros.

—Sí —le dijo al teléfono—. Hola, doc; ¿qué pasa? —Se apoyó en la barra, se levantó la gorra y se restregó la cara—. ¿Qué...? Oh, las revisiones —le sonrió a su imagen—. ¿Qué es? ¿Alguien con radiación o estamos hablando de alguna enfermedad exótica?

Escuchó durante medio minuto. Observó cómo su imagen en el espejo palidecía. Al cabo de un rato, se aclaró la garganta.

—Sí, eso haré, doc. Claro. —Empezó a colgar, pero después se detuvo para añadir algo más—. Gracias, doc. —Después volvió a poner el teléfono detrás del mostrador. Se quedó allí un momento, con la mirada fija en su imagen en el espejo. Se miró la camiseta.

—Mierda —susurró, y volvió a mirarse en el espejo—. Y encima estás emborrachando al pequeño mamón. Vol regresó del otro lado del bar con una bandeja llena de vasos sucios. Sharrow dio un respingo al verlo; después se inclinó sobre la barra y lo llamó.

—Vol; ¡Vol! —susurró.

El propietario con delantal, tan fortachón y plácido como siempre, se acercó a ella y le susurró:

—¿Sí, comandante?

—Vol, ¿tienes algo para echar la pota?

—¿La pota? —dijo él, perplejo.

—¡Sí! —susurró ella, tras echarle una mirada a los otros—. ¡Para vomitar como si me hubieran metido una granada en la tripa, hasta que se me despelleje la garganta y me vuelva del revés!

Vol se encogió de hombros.

—Normalmente se consigue con mucha bebida —dijo.

—¡No! —siseó ella—. ¡No, otra cosa!

—¿Meterse los dedos en la garganta?

Ella sacudió la cabeza rápidamente.

—Lo intenté de niña; con mi hermanastra funcionó, pero conmigo no. ¿Qué más? —miró otra vez a los demás—. ¡Rápido!

—Agua muy salada —dijo Vol abriendo las manos.

Ella le dio una palmada en el hombro.

—Sírreme como para dos.

Se dio la vuelta y atravesó la puerta, dudó, después se mordió el labio y se metió la mano en un bolsillo del pantalón. Sacó una moneda, la agarró con fuerza y fue a ver a los otros. La miraron. Miz todavía estaba raspando la salsa del bolsillo de su chaqueta; el aparato de comunicaciones estaba sobre la mesa, cubierto de rojo, como si lo hubieran masacrado.

Ella abrió los brazos.

—Bueno, todavía no han resuelto la situación, chicos —les dijo. Se oyeron varios murmullos, sobre todo de desaprobación—. Siguen hablando —dijo ella—. Pero mientras tanto, siguen las festividades; parece que tendremos que dar como mínimo otro viaje. Ahora deberíamos estar en Culo Embarque —suspiró—. Llamaré a un camión. —Dudó, después fue hacia Miz y le entregó la moneda—. Tírala —le pidió.

Miz miró a los otros. Después se encogió de hombros y tiró la moneda. Ella vio cómo aterrizaba en la mesa. Asintió y se dio la vuelta para marcharse.

—¿Y? —dijo Miz con mordacidad.

—Te lo diré después —le respondió ella, y volvió al bistro.

—Gracias, Vol —le dijo al propietario tras coger el vaso de agua turbia que le ofrecía y salir hacia el lavabo—. Llámanos a un camión militar, ¿vale? —le gritó. Le dio un sorbo tentativo al agua salada—. ¡Puaj!

—¡Comandante Sharrow! —la llamó Vol—. Dijo que quería para dos; ¿es todo para usted?

Ella sacudió la cabeza.

—No exactamente.

—¡Bleurchhj! ¡Aauullleurch! ¡Hooowwerchresst-t! —gritó por el váter y, durante unos momentos, mientras su estómago volvía a encogerse (y pensaba, joder, quizá esto le haga más daño al pequeño cabrón que la bebida), escuchó los ruidos que estaba haciendo, recordó el juego al que habían estado jugando y, la verdad, le pareció ridículamente divertido.

Zefla observó cómo Sharrow miraba la fachada de lo que había sido el Bistro Onomatopeya, y que ahora era una tienda de libros antiguos. Sharrow sacudió la cabeza. —Bueno —dijo. Miró la moneda que llevaba en la mano—. Supongo que esto lo prueba. —Se metió otra vez la moneda en el bolsillo—. No se puede volver atrás. —Se dio la vuelta y se alejó. Zefla siguió mirando durante un instante más el letrero de la librería, después corrió detrás de Sharrow.

—Oye —le dijo—. Mira el lado positivo; estamos buscando un libro y, ¿qué es lo que encontramos en uno de nuestros bares preferidos? ¡Una librería! —Le dio una palmada en los hombros a Sharrow—. Es una buena señal, de verdad.

Sharrow se volvió hacia Zefla mientras andaban.

—Zef —le dijo con cansancio—. Cállate.

En lo más profundo

Se sentó junto a la ventana del tren, que se balanceaba suavemente, y observó cómo pasaba la Entraxrln junto a ella, su inmensidad de ligeros cables curvados y enredados, y el puro tamaño de las redes retorcidas y acanaladas de los troncos compuestos, que hacían que se sintiera más diminuta que una muñeca; un soldadito de juguete dentro un tren colocado en el suelo de un bosque tranquilo y oscuro que no acababa nunca.

Allí la Entraxrln parecía mucho más misteriosa y extraña que en Malishu; se imponía, parecía existir en otro plano de la existencia distinto al de las simples personas, separado para siempre de ellas por la lentitud titánica y aplastante de su metabolismo de paciencia inexorable.

Desde aquella ventana la había observado pasar lentamente durante horas; había visto nubes distantes y pequeñas tormentas; había observado manadas de pisoteadores que se alejaban por la membrana del suelo; había contemplado cómo volaban por las altas membranas los balones de arrastre y los pájaros festivos que los acompañaban; había divisado las altas y oscuras pecas de las membranas superiores, que en realidad eran grupos de monos planeadores; había escudriñado indecisa las manadas de yemeres salvajes que saltaban entre los espacios abiertos con un paso extraño, con las patas rígidas, mientras pensaba en que pronto ellos mismos tendrían que montar la versión domesticada de aquellos torpes animales; y había visto un solo stom enorme (negro, feroz a pesar de no ser más que una mota lejana, y con una envergadura similar a la de un pequeño avión) que daba vueltas a mucha altura, abriéndose paso sin esfuerzo entre las cuerdas y lianas colgantes de los abundantes cables.

Zefla estaba sentada frente a Sharrow, con un codo en el antepecho de la ventana abierta y la cabeza apoyada en la mano. Entraba una brisa cálida que le movía la rubia cascada de pelo. En la otra mano tenía una pantalla portátil. La cabeza se le balanceaba al ritmo del vagón que crujía y se doblaba.

La puerta del compartimento se abrió con un chirrido y Cenuij se asomó por ella.

—Bienvenidas a ninguna parte —dijo con una amplia sonrisa—. Acabamos de dejar la red de comunicaciones —se retiró y cerró la puerta.

Zefla pareció levemente sorprendida, después volvió a su novela. Sharrow sacó su teléfono desechable. En la pantalla se leía «Problema de Transcepción». Probó a pulsar unos cuantos botones, después se encogió de hombros y guardó el teléfono en la mochila.

Sharrow miró el reloj. Otras cuatro horas en el tren, otro día en un segundo tren, y dos días después podrían estar en Pharpech, si todo iba según el plan. Volvió a mirar por la ventana.

—Y esta es la vista desde la parte de atrás del castillo; mira al sur. No; norte. Bueno, más bien nordeste, supongo. Creo. —Travapeth le entregó la copia del holograma a Zefla, que lo miró y volvió a sonreír.

—Encantador —dijo. Zefla le pasó la imagen a Sharrow, al otro lado de la mesa de conferencias, que casi ni se molestó en mirarla.

—Hmm —dijo ahogando un bostezo. Le pasó la imagen a Cenuij, que estaba sentado frente a ella. Él la miró. Tenía una expresión avinagrada y asqueada. Estudió el holograma como si intentara decidir si romperlo, escupir en él o prenderle fuego. Al final, lo puso boca abajo en una larga pila de copias que había sobre la mesa.

Habían alquilado una pequeña oficina en un edificio moderno del centro de la ciudad; Travapeth (vestido con una toga de profesor mugrienta y vieja que en sus tiempos debía de haber sido granate) los había visitado dos días seguidos, había bebido ingentes cantidades de vino de trax en cada ocasión, y había hablado largo y tendido (y en un volumen cada vez más alto) de todos y cada uno de los aspectos del Reino de Pharpech que a Zefla, Sharrow o Cenuij se le pudieran ocurrir.

Miz y Dloan, mientras tanto, estaban buscando más información sobre el reino en bases de datos y publicaciones; también estaban dándole los últimos toques a los preparativos del viaje.

A Zefla y a Sharrow les preocupaba que a Cenuij lo ofendieran los modales rimbombantes de Travapeth; Cenuij podía irse a uno u otro extremo cuando conocía a gente que, como él, tenía una elevada opinión de sí misma. Habían esperado a que Cenuij estuviera de buen humor para presentar a los dos hombres. Había funcionado; Cenuij casi parecía sentir cierta simpatía por el erudito, pero aquel día, tras almorzar en el reservado de un restaurante cercano, Travapeth había insistido en enseñarles las fotografías planas y holográficas que había tomado durante sus visitas al reino, desde la primera vez que había ido como estudiante hacía cincuenta años, hasta su última visita, cinco años atrás.

—Ah —dijo Travapeth. Cogió del suelo otra caja de fotos, la depositó sobre la mesa y hurgó en su interior—. Vaya, estas son especialmente interesantes —dijo, tras dejar caer con un ruido sordo el taco de imágenes sobre la mesa de corteza pulida. De los holos surgió una nube de polvo. Sharrow suspiró. Cenuij, con una mirada de terror en la cara, miró bajo la mesa para ver cuántas cajas más había metido Travapeth allí abajo.

—Estas son de hace veinte años —dijo Travapeth mientras cogía una fruta ampolla del cuenco.

Algo pequeño y rojo salió retorciéndose de un agujero del fondo de la caja en la

que estaban las fotografías, y corrió rápido y a ocho patas por la mesa hacia el borde. Travapeth aplastó al insecto con la mano en la que llevaba la fruta ampolla.

—Estas son de la época de la coronación de Su Majestad.

Zefla miraba fijamente la mano del erudito, que se movía adelante y atrás para asegurarse de que el insecto estaba bien espachurrado.

—Como decía —siguió hablando Travapeth mientras se limpiaba con aire ausente la mancha roja de la mano en una mancha de color diferente que ya le decoraba el muslo de la toga—, me invitaron personalmente a la coronación de Su Majestad. —Frotó la fruta de ampolla más o menos por la misma zona en la que se había limpiado el insecto, y después mordió la fruta y habló a través de la papilla amarillenta resultante, mientras agitaba de un lado a otro la fruta goteante—. Creo que eshta fprimera esh una eshpefie de fista general...

Sharrow se puso una mano bajo la axila y se llevó la otra a la frente.

—Encantadora —dijo Zefla; después se la pasó a Sharrow. Estaba pegajosa. Sharrow se la dio a Cenuij.

—Ah —dijo Travapeth al tragar—. Bueno; esto también es el día de la coronación, pero aquí tenemos la ceremonia en la que se saca el libro sagrado de la cámara acorazada.

Sharrow levantó la mirada.

—¿Libro sagrado? —dijo Zefla con alegría. Aceptó la imagen que le ofrecía la mano delgada y envejecida del erudito.

—Sí —dijo Travapeth, tras fruncir el ceño delante del holograma—. El monarca tiene que sentarse encima del libro, en el trono, cuando lo coronan. —Le pasó la imagen a Zefla, con una sonrisa lasciva—. Sentarse en él con sus fundamentos al aire, debería añadir —dijo—. El monarca tiene que desnudar sus zonas bajas para que toquen la cubierta de piel del libro. —El anciano erudito le dio otro mordisco a la fruta ampolla y sonrió a Zefla mientras masticaba.

—Fascinante —dijo Zefla, tras echarle un vistazo a la imagen y pasársela al siguiente. Sharrow la miró. Notaba que Cenuij estaba esperando, tenso, en el otro asiento.

El holograma, ligeramente borroso, mostraba a una multitud de hombres serios, aunque con ropa colorida, que sostenían los postes de un palanquín abierto en el que había algo de color marrón claro, del tamaño de un maletín, sobre un cojín blanco. Al fondo se veía la ya familiar mole destartalada del Castillo de Pharpech, al final de la pequeña plaza mayor de la ciudad. Sharrow puso rápidamente el holograma en todas las posiciones posibles, pero la imagen del libro en el palanquín no revelaba nada más desde otros ángulos.

—¿Qué tipo de libro sagrado es? —le preguntó Sharrow—. ¿Cuál de ellos? —Fingió ahogar otro bostezo y sonrió a modo de disculpa a Travapeth mientras lo hacía. Le pasó el holograma a Cenuij, que lo miró y después lo puso boca abajo. Apuntó algo en su cuaderno.

—Tengo que confesar, querida niña, que no lo sé —admitió Travapeth con el ceño fruncido. Le dio otro mordisco a la fruta—. Una especie de folumen anfiguo que fe fupone le fregaló... —tragó—... el emperador Ladyr al primero de los Reyes Inútiles. —Travapeth agitó la fruta chorreante de un lado a otro. Zefla dio un respingo, después se limpió un ojo con calma—. Por supuesto, me ofrecí a examinar el libro para Su Majestad, para determinar su identidad, proveniencia e importancia, pero rechazaron mi petición, lo que resultaba insólito —Travapeth se encogió de hombros—. Solo sé que está protegido por una caja de algún metal precioso, probablemente plata. Es del grosor de su mano, tan largo como su antebrazo, y de un ancho de unos veintiocho centímetros y medio.

Cenuij se echó atrás en el asiento y tamborileó con los dedos sobre la mesa. Sharrow se descubrió evaluando la escena, intentando calcular el interés que estaban demostrando. Demostrar poco sería tan sospechoso como demostrar demasiado.

Travapeth mordió el corazón de la fruta ampolla, frunció el ceño y escupió unas cuantas semillas en la caja de las holografías.

—El libro nunca se ha abierto —dijo—. Se rumorea que tiene una trampa pero, de todos modos, está cerrado y, naturalmente, no hay llave. Al menos habría podido establecer la identidad de la obra, si el viejo Rey no lo hubiera hecho recubrir (o, mejor dicho, añadir una cubierta nueva) hecha con la piel de un líder campesino revolucionario algunos años antes de que yo llegara al reino por primera vez —Travapeth suspiró.

—La coronación será una ceremonia muy pintoresca, ¿no? —dijo Zefla tras volverse hacia Sharrow y a Cenuij, mientras daba golpecitos en la superficie pulida de la mesa con la estilográfica de su cuaderno. Sharrow asintió (mientras pensaba, buena chica), y Zefla se volvió hacia Travapeth, que apuntaba con la fruta a la papelera de la oficina, colocada debajo de una ventana, en una esquina de la habitación. El hombre lanzó el corazón de la fruta ampolla; la fruta se estrelló empapada contra la pared de encima y cayó detrás de la papelera. Travapeth sacudió la cabeza.

—Quedaría muy bien en pantalla —le dijo Zefla. Miró a Sharrow y a Cenuij—. Me encantaría poder grabar una ceremonia como esa —dijo (tanto Sharrow como Cenuij asintieron)—. Es tan étnico —le dijo Zefla a Travapeth, poniendo las manos delante de ella como si aguantara dos esferas invisibles—. Tan... tan real.

Travapeth puso cara de entendido.

—Supongo —dijo Zefla— que el Rey no estará pensando en resignar ni nada, ¿no?

Travapeth se limpió las manos en la parte delantera de la túnica y sacudió la cabeza.

—Creo que no, querida niña. El abuelo del Rey actual abdicó; se fue a un monasterio a seguir una vida de desprecio sagrado. Pero el rey Retar... bueno, no es de los religiosos —Travapeth frunció el ceño—. Él cree en sus dioses, claro, pero

creo que sería justo decir que sus prácticas religiosas son más superficiales que asiduas.

—¿Y nunca rememoran...? —empezó Zefla. Pero Travapeth siguió hablando con energía.

—Por supuesto, se han visto algunas conversiones súbitas a la santidad extrema en esta familia real, normalmente tras sucesos traumáticos en la vida de la persona noble en cuestión... la participación en un golpe de estado sin éxito, ser descubierto con la esposa de otro o con la propia montura, ser nombrado general de un ejército enviado al interior para erradicar guerrillas y revolucionarios; ese tipo de cosas.

Pero es relativamente infrecuente que un monarca se una a una orden religiosa; suelen estar encima de sus súbditos hasta la muerte. —Travapeth levantó las cejas—. Literalmente en el caso del bisabuelo del Rey, que se estranguló por accidente en una postura muy inverosímil, colgado del techo de una de las habitaciones de una casa de reputación más que dudosa. —El viejo erudito soltó una especie de risa gutural y le dedicó una mueca ambigua a Zefla, mientras bebía de una copa de vino de trax y hacía gárgaras con él antes de tragárselo.

—Bueno —dijo Zefla—. Quizá podamos ver otra ceremonia. Si conseguimos el permiso para trabajar allí.

—Por supuesto —dijo Travapeth con un eructo—. Está la rededicación anual de la catedral, las maldiciones antes de la cacería anual de monos planeadores; esa es bastante pintoresca, y la cacería en sí es emocionante... Bueno, lo llaman cacería; es más bien un deporte espectáculo. Después está el día de las ejecuciones en masa de Año Nuevo, el festival de flagelación de morosos... y siempre hay algún acontecimiento para celebrar el nacimiento de un nuevo bebé real, o la adquisición por parte del Rey de algún nuevo aparato tecnológico moderno.

—Sí —dijo Zefla mientras volvía a dar golpecitos con la estilográfica en la mesa—. Estos aparatos tecnológicos modernos que el Rey compra de vez en cuando, supongo que tendrán un valor puramente simbólico, ¿no?

Travapeth sacudió la cabeza.

—Ni siquiera eso, dulce dama; solo se compran para eliminar cualquier excedente monetario de la economía del país. Este... eh... comportamiento aparentemente extraño está diseñado para mantener el reino estable quitándole todos los beneficios que pudieran llevarlo al progreso y, por tanto, a la inestabilidad. Esta es la primera razón por la que Pharpech también es conocido como la Corte de los Reyes Inútiles —Travapeth frunció el ceño e hizo unos gestos con las manos—. Puede parecernos una forma bastante excéntrica de gobernar un estado, pero creo que tenemos que respetar el derecho de los pharpechianos a dirigir su país como quieran, y no se les puede negar que funcione; no se ha producido ningún tipo de progreso en Pharpech desde hace casi ochocientos años. A su modo, es todo un logro.

Cenuij hizo un ruido casi inaudible y apuntó algo en el cuaderno.

—Por supuesto —suspiró Travapeth—, esta práctica puede llevarse demasiado

lejos; yo estaba presente en el reino cuando Su Majestad el Rey recibió su radiotelescopio.

—Creía que esa zona era radiopaca —dijo Cenuij.

—Oh, totalmente —dijo Travapeth—. Y, por supuesto, la cubierta vegetal no se rompe en cientos de kilómetros. Pero no ha captado la idea, mi querido señor. El telescopio no se compró para usarlo; no había nadie en el reino que supiera manejarlo y, de todos modos, no hay suministro eléctrico. Como les he contado, la tecnología moderna (con la excepción parcial de las armas de los guardias y del ejército) está estrictamente prohibida en el reino.

El viejo erudito pareció de repente muy triste y dejó caer un poco el tono de voz.

—Ni siquiera mi propia y modesta cámara se libró de esta regla tras el lamentable incidente en el que el Rey cayó de su montura mientras participaba en el paseo anual por los límites de la capital, durante mi última visita... —Travapeth pareció reponerse, se sentó derecho en el asiento y volvió a alzar la voz—. No, señor; el Rey compró el telescopio porque costaba justo la cantidad de dinero que debía gastar el tesoro y porque era totalmente inútil. Aunque creo que disfrutó deslizándose dentro del cuenco durante un rato, lo que va contra la letra del credo de la Inutilidad, pero no contra su espíritu... Pero no —dijo Travapeth casi con el ceño fruncido—. Mi queja es contra el emplazamiento que eligió el Rey para su telescopio, en la vieja biblioteca del castillo; hizo que la destrozaran y que quemaran todos los libros —Travapeth sacudió la cabeza—. Un comportamiento vergonzoso —murmuró dentro de su copa de vino.

Sharrow se quedó mirándolo, después anotó algo en su cuaderno, solo por hacer algo. Oh, mierda, pensó. Zefla estaba sacudiendo la cabeza y haciendo ruiditos de educada indignación. Cenuij se había puesto rígido. —¿Todos los libros? —dijo con la voz ronca—. ¿Quemados? Travapeth levantó la mirada, con las cejas en alto. —Me temo que sí —dijo asintiendo con tristeza—. Fueron a parar al horno del castillo; cubrieron toda la ciudad de cenizas y páginas negras a medio quemar. —El viejo erudito sacudió la cabeza—. Una tragedia, de verdad.

—Terrible —coincidió Zefla.

—Y para la gente de la ciudad, claro —dijo Travapeth—. Como he dicho, en Pharpech llueve en contadas ocasiones, y el impuesto sobre los tejados tiende a disuadir a la gente que desea cubrir el piso superior de sus viviendas, así que toda aquella ceniza organizó un terrible desorden.

—¿Destruyeron algunos libros valiosos? —preguntó Cenuij. Sonrió un poco—. Soy una especie de coleccionista de libros de anticuario en mi tiempo libre. Odiaría pensar...

—Para serle sincero, lo dudo —dijo Travapeth, mientras le hacía un gesto con la cabeza a Zefla, que le estaba llenando de vino la copa—. Gracias, querida niña —miró a Cenuij—. Podría decirse que Pharpech es un desierto para los bibliófilos, querido señor. No existe tradición literaria como tal; solo unos cuantos oficiales

superiores del reino, un par de tutores de la familia y, a veces, el monarca, saben leer. Aunque, como cabría esperar, esto ha generado una rica cultura oral. Pero no, señor; la biblioteca fue una compra inútil realizada unos cuantos siglos antes en una casa de subastas de aquí, de Malishu; había pertenecido a una familia noble que pasaba por tiempos difíciles.

»Todos los libros importantes y valiosos ya habían sido vendidos por separado; lo que el Rey destruyó fue solamente la colección estándar de clásicos que la mayoría de las familias nobles suele usar para cubrir alguna de las habitaciones de sus mansiones, en sustitución del papel pintado, aunque normalmente el papel pintado tiene más posibilidades de ser leído que los libros. Su compra como artículo inútil fue, posiblemente, un cambio muy leve en sus circunstancias. Dudo mucho que el bibliocontinuo del sistema perdiera nada irreparable en la conflagración vandálica. Pero maldita sea, señor, ¡es el principio subyacente! —dijo Travapeth en voz alta, mientras dejaba caer con fuerza la copa sobre la mesa y derramaba el vino sobre los hologramas y el trozo de mesa que tenía delante.

—No podría estar más de acuerdo —dijo Cenuij. Tomó otra nota.

—Como resultado —dijo el viejo erudito, tras limpiar unas gotas de vino derramado con el dobladillo de su toga—, el único libro que queda en todo el castillo probablemente sea el que usa el monarca para sentarse el día de la coronación. Sea lo que sea.

—Hmm —dijo Sharrow con un asentimiento de cabeza.

—Bien —dijo Zefla tras dejar su estilográfica—. Cuénteme algo sobre esos festivales, Ivexton; ¿cuáles diría usted que son los más vibrantes, los más pintorescos...?

—Entonces, ¿qué opinas? —le preguntó Sharrow.

Cenuij se encogió de hombros y removió las especias de su cerveza caliente.

—Supongo que podría ser lo que estamos buscando —respondió.

Estaban los cinco sentados en el reservado de una cafetería, cerca de la oficina alquilada. Miz y Dloan había organizado la ruta; tendrían que coger un barco volador de Malishu a Playa Larga, un maglev exprés a VidadeEsperanza, después dos trenes lentos a la frontera exterior de Pharpech, donde había un pequeño asentamiento en el que podrían contratar guías y comprar monturas. Todavía no habían comprado ningún billete.

—Creía que el libro llevaba perdido mucho más de los ocho siglos que han pasado desde los Ladyr —dijo Miz.

—Podrían ser hasta dos milenios, según la versión que te creas —dijo Cenuij mientras asentía con la cabeza—. Pero eso es solo el tiempo que hace que nadie admite tenerlo. Quizá los Ladyr se tropezaran con él cuando estaban quitándole sus propiedades a una familia poco cooperadora, o saqueando una Corporación que no

había pagado el tributo protector demasiado rápido; quizá nunca había estado realmente perdido. Quizá no sabían qué era lo que tenían, creerían que no era más que otro viejo libro sin abrir que quizá pudiera resultar útil algún día —Cenuij se encogió de hombros—. De todos modos, enviarlo a un coprolito como Pharpech cuando el calor antiimperial estaba en su punto álgido tuvo que parecerles una buena idea en su momento. —Sorbió su cerveza—. Después de todo, funcionó; nadie lo ha encontrado, aunque obviamente el viejo Gorko estaba sobre la pista.

—Entonces, ¿vamos? —preguntó Zefla. Estaba chupando un inhalante.

—Bueno —dijo Sharrow—. No creo que ni Breyguhn ni nadie pueda haber montado lo que le pasó a Bencil Dornay; el patrón que trazó era bastante inequívoco, y parece que en Pharpech solo hay un libro, precisamente —abrió las manos—. Creo que vamos a ir.

—Y también te mantiene fuera del alcance de los huhsz —dijo Miz mientras movía el licor de trax en su vaso—. ¿Habéis visto las últimas noticias? Dicen que dos misiones con carga pesada dejaron ayer Golter, una hacia Tront y la otra hacia aquí.

—Lo he oído —dijo ella—. Al menos parecen desconcertados. ¿Algún otro ganador interesante en las carreras de Tile?

Miz negó con la cabeza.

—Nada desde Danza Mortal.

—¿Qué tal vamos de fondos? —preguntó Zefla, que al parecer trataba de aguantar la respiración y hablar al mismo tiempo.

—Holgados —dijo Sharrow—. Hemos usado poco menos de un tercio de las dietas. El único inconveniente es el tiempo de respuesta; confundir el rastro del crédito para que sea difícil seguirlo. Pero no debería ser un problema, a no ser que necesitemos mucho efectivo en poco tiempo.

Miz levantó su vaso de licor de trax y lo puso al trasluz, con el ceño fruncido.

—¿Qué tipo de fondos nos llevamos a Pharpech? —preguntó.

—Dinero en metálico, oro, diamantes y baratijas —respondió Sharrow.

—Esto parece turbio —dijo Miz mientras le daba un codazo a Dloan y señalaba con la cabeza el vaso de trax—. ¿No te parece turbio?

—Gastaremos una buena cantidad para que nos dejen pasar los guardias de la frontera —le dijo Sharrow a Zefla—. Pero una vez que entremos, se supone que todo es más barato que el agua sucia.

—Que probablemente sea lo único que vendan —añadió Cenuij.

—Creo que eso es lo que hay en el vaso —murmuró Miz, y miró el trax con ojos entrecerrados. Se lo puso delante de las narices a Cenuij—. ¿A ti te parece turbio?

—Tendremos que improvisar en cuanto al equipo —dijo Sharrow—. Al parecer, lo que puedas pasar depende del humor de los guardias de la frontera.

—¿No hay otra forma de entrar en ese lugar? —preguntó Miz mientras olisqueaba el vaso—. Me parece que estamos haciendo esto demasiado «oficialmente». Es decir, hoy estaba hablando con un agente de viajes sobre el

seguro. Vamos, ¡seguro de viaje! ¿Tan bajo hemos caído? —Volvió a sostener el trax al trasluz y después lo movió delante de la cara de Sharrow—. Turbio, no turbio; ¿qué crees? —le preguntó.

—Hay muchas formas de entrar —dijo Sharrow tras apartar el vaso—. Pero son todavía más complicadas y suponen andar o cabalgar enormes distancias en compañía de gente que mata, secuestra y roba a otra gente para ganarse la vida; los guardias de la frontera son como profes de guardería en comparación.

—Sigo pensando que un piloto decente podría pasarnos en un helicóptero o un avión VTOL... —empezó a decir Miz, todavía mirando el vaso con el ceño fruncido.

—Bueno, pues intenta buscar tú un avión —le dijo Sharrow— por Miykenns. O barcos voladores o nada; es lo que hay.

—Sí, Miz —sonrió Cenuij—. Creo que comprobarás que mucha gente ha tenido la misma idea a lo largo de la historia de Miykenns; por eso hay tan poca acumulación de cables y membranas alrededor de Malishu, y por eso el gran Cementerio de Pilotos es una visita tan triste dentro de la ruta turística.

—Apuesto a que podría... —comenzó Miz.

—Otra cosa —dijo Zefla rápidamente, dando un manotazo en la mesa—. No nos vamos a llevar a Travapeth.

—Podría resultarnos útil —dijo Cenuij.

—Ya —dijo Zefla—. Y también una pierna rota, si quieres: para darte patadas en la nuca.

—Travapeth no —dijo Sharrow, después miró a Miz con el ceño fruncido. Este había sacado una pequeña linterna del bolsillo de la chaqueta y estaba iluminando con ella el vaso de trax.

Zefla suspiró.

—El viejo se va a disgustar un montón cuando vea que no hacemos el documental —dijo—. Estaba hablando de sacar también un libro. Y le vendría bien el dinero.

—De todos modos, él piensa que no podremos hacerlo —dijo Sharrow, con las cejas cada vez más juntas mientras observaba cómo Miz volvía a olisquear el vaso—. Tiene cinco de los grandes —le dijo a Zefla— por pontificar, flirtear como un gigoló, e hincharse de beber y comer durante tres días; el dinero más fácil que vaya a hacer nunca.

Miz hizo un ruidito de desaprobación y se llevó el vaso de trax a la oreja. Le dio un ligero capirotazo al borde con un dedo. Tenía cara de estar profundamente concentrado.

—¡Por dios, dame eso! —exclamó Sharrow, irritada. Le quitó el vaso de entre los dedos antes de que pudiera protestar, se lo llevó a los labios y lo apuró.

Entonces se le arrugó la cara en una expresión avinagrada, se dio la vuelta y escupió el trax detrás de ella, en los tablones manchados del reservado. Se limpió la boca con la manga.

—¿Qué has hecho, te has meado dentro? —le preguntó a Miz—. ¡Estaba horrible!

—Joder, eso ya lo sabía —dijo enfadado—. Pero ¿estaba turbio? —Miró la mancha en los tablones—. Nunca lo sabremos.

—Oh, deja de hacer el gilipollas y ve a por otra botella —le dijo Sharrow.

—No si piensas escupirlo por el suelo —dijo él, remilgado; después se puso de lado en el asiento y cruzó brazos y piernas.

—Yo iré a por una botella —dijo Zefla mientras se levantaba.

—Asquerosa conciliadora —dijo Sharrow.

—Oye, Zef; asegúrate de que no esté turbio...

El interior de la Entraxrln era como hundirse en la penumbra morada del anochecer. Las capas de membrana crecían allí más cerca unas de otras y más tupidas, y los troncos y tallos eran más delgados, pero mucho más numerosos; los cables daban vueltas y colgaban por todas partes, ensartando enormes pliegues de membranas de hoja destrozadas por el viento. Se perdía la sensación de tener un suelo más abajo; aunque el ondulante paisaje parecía una colina de caliza morada, era un paisaje en el que se habían abierto grandes agujeros y del que colgaban grandes madejas de material añadido; algunos de los agujeros se alargaban para convertirse en túneles y caían hacia capas más profundas y oscuras, mientras que otros se estrechaban y se doblaban hacia atrás, y a través de aquel desconcertante laberinto en tres dimensiones se extendían grandes ramas y tuberías que se retorcían a través de las capas granates, como enormes vasos sanguíneos que sobresalieran de la piel de algún enorme animal dormido.

El capitán estaba en el umbral de la cabina de guardia, y observaba al grupo de jinetes y animales mientras se adentraban a paso lento en la oscuridad creciente del camino que llevaba a la capital.

El capitán chupó su pipa unas cuantas veces y se rodeó a sí mismo de una nube de humo. El sargento de guardia se afanaba en subir los escalones que lo separaban del capitán, mientras tiraba de dos sacos.

—Dicen que no son turistas, señor —dijo el sargento—. Dicen que son viajeros. —Dejó los sacos a los pies del capitán—. Debo confesar que no había oído hablar de esa secta. —Abrió uno de los sacos—. Al menos uno de ellos iba vestido como un hombre sagrado; la Orden del Libro, según dijo; quiere intentar darle al Rey algunos libros, señor. Le dije que el Rey no podía con los libros, pero no pareció importarle.

El capitán removió parte del botín con el pie. Las botellas tintinearón; vio la colección de cámaras de siempre, un par de lupas, un visor nocturno civil y algo de dinero.

—Dos de ellos eran señoras, señor; y llevaban velo. No encajaban con ninguna de las descripciones de indeseables. Conocíamos a los guías; los tipos de siempre.

El capitán se agachó y le crujieron las botas. Empujó un equipo de aspecto misterioso con la boquilla de la pipa. El equipo empezó a emitir música. Volvió a

darle y se calló. Lo cogió y se lo metió en la camisa.

—La verdad es que han sido muy generosos. Está todo aquí, señor, naturalmente. El capitán metió la mano en una de las bolsas y sacó una botella; se metió de nuevo la pipa en la boca para sopesar la botella de trax en la mano. —Oh, cielos; yo no tocaría eso, señor. Diría que parece un poco turbio.

Se despertó por la noche. Tenía el trasero dolorido. La habitación estaba muy oscura, la cama parecía extraña, y el lugar olía raro. Había alguien allí con ella; podía sentir su respiración. Una temblorosa luz azul grisáceo pasó junto a la ventana e iluminó una discordante imagen de la habitación. Recordó. Estaba en una posada llamada El Cuello Roto, en la plaza bajo el castillo; un refugio tras el largo viaje sobre los bamboleantes, irascibles y apestosos yemeres, tras dos noches durmiendo en bastas pensiones comunales del oscuro interior de la Entraxrln. Cenuij había conseguido entrar en el hospicio del monasterio, y ellos se habían quedado con las dos mejores habitaciones de la posada y habían probado su comida, sospechosamente especiada, y un vino fuerte con el que se había quedado dormida en la mesa. Zefla la había acostado; ella era la que dormía en la otra cama llena de bultos que se encontraba al otro lado de la cámara.

Por supuesto, pensó mientras otra explosión silenciosa de luz parpadeaba en la ventana, y se calmó. Estoy en Pharpech.

Salió de la enorme cama crujiente e inclinada, con su pila de mantas ásperas y dos sábanas ligeramente más suaves, esperó a otro relámpago y después, con el recuerdo de la imagen de la habitación todavía impreso en la retina, cruzó la habitación hasta llegar a las altas ventanas. Tenían un balcón; no le había parecido muy seguro cuando entraron por primera vez en la habitación, pero confiaría en él. La ventana crujió un poco cuando la abrió. Salió fuera, cerró la ventana y se movió de lado, pegada a la pared cubierta de corteza, hasta llegar a la barandilla de ramas.

La oscuridad del exterior la mareó. Podía sentir, hasta oír de algún modo, que estaba al aire libre, pero no había luces por ninguna parte; nada en el cielo, donde la membrana cortaba cualquier luz celestial, y nada en (no podía pensar en aquel lugar como en una ciudad) el pueblo. Tanteó con los dedos en busca de la barandilla y la encontró. Se quedó allí esperando a otro relámpago, con miedo al balcón y a la caída de tres pisos hasta llegar al callejón del fondo.

El relámpago llegó; a lo lejos, al parecer entre las membranas más altas. La luz reveló parte de la zona medio despejada de cuatro o cinco kilómetros de ancho que rodeaba el pueblo de Pharpech, y parte de los troncos compuestos cercanos. El pueblo en sí era un revoltijo entrevisto de formas geométricas que se combaban bajo ella.

Y había algo más, algo que parecía estar a su derecha, a su mismo nivel, a tan solo unos metros de ella. Una figura; una persona. El corazón le dio un brinco.

—¿Sharrow? —oyó susurrar a Miz, dudoso.

Ella sonrió a la oscuridad,

—No —susurró a su vez—. Ysul.

—Ah, sí —Miz tosió bajito—. También se te está repitiendo la cena, ¿verdad?

—No —susurró ella con ganas de reír—. Los relámpagos.

—Oh.

Ella miró por el balcón para intentar verlo. Al final cayó otro relámpago. Estaba mirándola, miraba en su dirección como ella lo estaba haciendo en la de él. Ahogó una risilla.

—Se te ha olvidado el pijamita, ¿eh? —dijo Sharrow.

—Oye —dijo él; el susurro sonaba cercano en la más absoluta oscuridad—. Estos balcones no están tan separados. Seguro que podría llegar hasta el tuyo. —Rebosaba feliz inocencia, como un niño pequeño.

—¡Ni se te ocurra! —le susurró ella. Le pareció oírlo moverse; piel sobre cable delgado y curado por el calor.

Se quedó mirando al lugar donde estaba antes, como si intentara obligar a sus ojos a ver por pura fuerza de voluntad. Entonces desvió la vista aposta, esperando verlo por el rabillo del ojo. No podía.

—¡Miz! —susurró—. ¡No lo hagas! Te vas a matar. Son tres pi...

Surgió otro relámpago y allí estaba Miz, de pie en el exterior de su balcón, cogido a la barandilla con una mano y alargando la otra hacia ella. Ella tuvo tiempo de ver la expresión de su cara; entusiasmado, feliz y travieso; entonces la luz azul desapareció, y ella oyó la respiración de Miz y sintió la corriente de aire cuando saltó sobre el otro balcón. Sharrow fue hacia la barandilla y lo agarró rodeándolo con los brazos.

—¡Estás loco! —le siseó al oído. Él se rio, pasó por encima de la barandilla y la abrazó.

—¿No es romántico? —suspiró, feliz. Olía a dulce sudor masculino, a humo y, débilmente, a perfume.

—¡Vuelve a tu habitación! —le dijo ella mientras se desembarazaba de él—. ¡Y usa la puerta! Él se movió sensual contra ella, poniéndola de espaldas contra la pared de corteza; le acarició el cuello, le pasó las manos por los costados, los muslos y el trasero.

—Hmm, qué bien estás.

—¡Miz! —dijo ella mientras lo empujaba para alejarlo y le cogía las muñecas.

Él hizo un ruido lastimero y le lamió el cuello. Entonces consiguió soltarse de las manos de Sharrow, le cogió la cara y la besó. Ella se dejó hacer un momento, dejó que le explorara la boca con la lengua, pero entonces (tras ver de nuevo, sin desearlo, las cortinas hinchidas y la barandilla de piedra de otra habitación de hotel, a varios minutos luz y ocho años de distancia, y la cara de Miz sobre ella, bella, extasiada e iluminada por los espasmos de la luz exterminadora que inundaba el alba de Ciudad Labio) fue calmando poco a poco el ritmo de su beso y guió las manos de Miz hasta ponérselas tras la espalda a modo de abrazo, puso sus propios brazos tras la espalda

de Miz, le apartó la cabeza a un lado, y descansó la mejilla sobre su hombro mientras le daba palmaditas en la espalda.

Ella lo sintió exhalar un profundo suspiro.

—¿Qué tiene que hacer un pobre chaval como yo para volver a llegar hasta ti, Sha... Ysul? —dijo con voz triste y un poco perpleja.

Ella lo abrazó con más fuerza, se encogió de hombros y sacudió la cabeza, ya que sabía que él sentiría cada movimiento. El cielo de la Entraxrln se iluminó de nuevo al acercarse los relámpagos.

—Oye —dijo Miz levantando la cabeza—. ¿Recuerdas aquella vez en la posada de Malishu, en el piso de arriba, con los fuegos artificiales y todo eso? —Ella asintió—. Fue divertido, ¿verdad? —dijo con suavidad.

—Sí —respondió ella—. Sí, lo fue.

Ella siguió abrazándolo y él siguió abrazándola, y ella miró hacia donde jugaban los relámpagos y vio dos fogonazos más, y hasta escuchó el retumbar distante; y después, finalmente, Miz tembló en sus brazos y le besó la frente antes de soltarla.

—Será mejor que me vaya y me asegure de que Dloan sigue roncando —susurró.

—Entonces entra por la puerta —le dijo ella; le cogió del brazo e intentó empujarlo hacia las ventanas abiertas. Él se resistió y se quedó donde estaba.

—No puedo —dijo él—. Nuestra puerta está cerrada. O vuelvo por donde he venido o duermo contigo.

—O en el suelo —le dijo ella.

—O con Zef —susurró él con alegría—. ¡Eh, o con las dos!

—Tú te quedas con mi cama —dijo ella—. Yo dormiré con Zef.

—Eso ya lo hiciste una vez —dijo él fingiéndose dolido de forma poco convincente—, y me quedé muy contrariado.

—Solo porque no te dejamos mirar.

—Cierto —coincidió Miz—. ¿Acaso cambia algo?

—¿Vas a entrar por esta ventana o no?

—No. Vuelvo por donde he venido; los ronquidos de Dloan me necesitan.

—Miz... —Pero él ya había pasado una pierna por encima de la barandilla; ella sintió el viento en las mejillas cuando pasó por encima de la otra—. ¡Estás pirado! —susurró ella—. Ten cuida...

Cayó un relámpago y Miz saltó; dio un gritito, y después Sharrow volvió a escuchar el ruido de piel sobre barandilla; él susurró triunfante:

—Ya está. Casi ha sido demasiado fácil.

—Estás loco, Kuma.

—Nunca lo he negado. Pero soy tan elegante... Buenas noches, mi señora.

—Buenas noches, loco.

Ella lo oyó mandar un beso y después irse. Esperó. Un momento después oyó un golpe sordo.

—¡Ay! —oyó decir a Miz.

Ella sonrió en la oscuridad, bastante segura de que había chocado contra algo a propósito, solo para hacerla reír, solo para ella.

Los relámpagos barrieron el cielo e inundaron el paisaje cerrado de una luz rápida, aguda y monocroma que pareció extinguirse antes incluso de comenzar y, al ofrecer aquellos breves instantes de contraste, no hicieron más que intensificar la oscuridad.

Caída en la nieve

Eran amantes desde hacía unos cuantos meses. Era la segunda vez que volvían a Miykenns desde el festival del perfume y su viaje en el pequeño bote a través del largo, oscuro y perfumado nervio del canal. Estaban encantados de su suerte; Malishu estaba de nuevo en fiestas cuando llegaron, acababa de empezar una juerga retro de disfraces antiguos, y de comida y drogas esporádicamente baratas para celebrar la Semana Conmemorativa Número 7021 de la Fundación.

Habían cenado, bailado y bebido; habían dado un corto viaje por el canal, y habían visto unos intensos hologramas parpadear y moverse por el aire sobre la ciudad, en los que se mostraba la llegada de los primeros exploradores, científicos y colonos, hacía siete mil años. Los hologramas siguieron mostrando una breve historia de Miykenns, que ambos observaron mientras paseaban cogidos de la mano por las estrechas calles de camino a su posada, que se encontraba bajo la colina desnuda cerca del Museo de Señales de la ciudad.

La última parte de la exhibición holográfica consistía en los momentos culminantes, convenientemente editados, de la guerra que estaba teniendo lugar. Se quedaron mirando desde el umbral de la posada. Sobre la ciudad pudieron ver flotas brillantes y oscuras de voladores de impuestos liberados que volaban en formación; el bombardeo de pozos láser en las bases de asteroides de Phrastesis-Nachtel; mineros sublevados en Fantasma de Nachtel; y un crucero de combate fiscal volando en pedazos.

—Eh —dijo Miz mientras la luz floreciente de la muerte del crucero se desvanecía lentamente sobre Malishu—. ¿No es el que atacamos nosotros al pasar el Fantasma?

Ella observó la explosión de las detonaciones secundarias, que eran como flores brillantes dentro de la esfera de destrucción luminosa de lo que antes fuera el crucero de combate.

—Sí —dijo ella, tras abrazarse más a él y encajarse en su cuerpo—. Cierto, es uno de los que destrozamos nosotros. —Frotó la pechera de la chaqueta del uniforme de Miz—. De todos modos, volvamos a la habitación, ¿vale? —Se dio la vuelta y lo cogió del hombro para intentar hacerle pasar por la puerta.

—Joder —dijo mientras se dejaba llevar—. Nosotros tomamos esas fotos; ¿no deberían darnos derechos de autor o algo?

Su habitación estaba en el piso superior, un espacio alto con un techo amplio entretejido con una membrana traslúcida de la Entraxrln, inclinada como una tienda

suelta sobre los palos y vigas de sujeción.

Hicieron el amor sentados en el borde de la cama, de cara a una pared de espejos; él debajo de ella y ella sobre su regazo, mirando en la misma dirección para poder verse bajo la tenue luz de la ciudad que se filtraba a través del tejado traslúcido, mientras él ponía sus brazos bajo los de ella, cogiéndola de los hombros, sosteniéndole los pechos, frotándole el vientre plano, deslizándose por los apretados rizos de su pelo y por la húmeda hendidura de más abajo, mientras ella movía la cabeza a un lado y después al otro, besándole mientras desplazaba las manos por el torso y los muslos de Miz, sosteniéndole los huevos mientras él se movía lentamente bajo ella, y ella se movía, apretando y soltando, arriba y abajo sobre él.

Estaban jadeantes, agotados, y se observaban el uno al otro con las miradas clavadas en el mismo lugar de la superficie del espejo, el cual observaban con una especie de ansiedad, con una solemnidad hambrienta mientras se concentraban, atrapados en el mismo momento que se acercaba, conscientes tan solo de ellos mismos y del otro; todo el mundo, todo el sistema y el universo se redujeron a aquella unión palpitante y centrada, y no había nada más, ningún otro lugar, ningún otro tiempo ni persona que importara, cuando los fuegos artificiales explotaron en el cielo.

La luz era violenta, chocante. Los dos dejaron de moverse para mirar con la boca abierta la membrana del techo. Después, cuando el ruido estalló y retumbó por la habitación, los dos volvieron a mirar al espejo y comenzaron a reírse. Cayeron en la cama, soltando risitas mientras las luces inundaban el suave tejado.

—Qué sincronización más horrenda —dijo Sharrow; se reía tan fuerte que hizo que él se saliera de ella—. Mierda.

—En la pantalla tonta hubieran hecho que los fuegos empezaran justo al corrernos —añadió él. Se movió bajo ella, y ella rodó a un lado.

Se quedó tumbada en la cama junto a él y le besó con cuidado un pezón.

—No irás a rendirte ahora, ¿verdad? —dijo Sharrow.

—¡Joder, no, no quiero! —dijo él con un gesto hacia el tejado, donde las luces estroboscópicas verdes y rojas brillaban, y el ruido se asemejaba a un tiroteo—. ¡Pero esto me desconcentra un montón!

Ella se quedó quieta un momento, después saltó de la cama.

—Tengo una idea —le dijo a Miz.

Se tapó los oídos con trocitos de pañuelos de papel mojados en saliva, y después hizo lo mismo con los oídos de Miz. El ruido de los fuegos artificiales quedó amortiguado, reducido.

Entonces cogió sus bragas, que estaban tiradas en el suelo a un lado de la cama, las sostuvo con ambas manos, y las rajó.

—Oye —lo oyó protestar, aunque la voz le llegaba apagada—. Que te las compré yo...

Ella se puso un dedo en la boca y sacudió la cabeza.

Rompió el material delicado y perfumado en dos tiras. Le puso una banda negra

en los ojos y se la ató detrás de la cabeza, de modo que lo dejó totalmente ciego. Después ella se hizo lo mismo. En aquella oscuridad artificial, compartida pero separada, y rodeados de aquel sonido distante, pesado, submarino, hicieron el amor guiándose tan solo por el tacto.

Estaba ciega. Ciega y rodeada de ruidos blandos y crepitantes, y sabía que había luces que explotaban a su alrededor. Parte de ella quería considerarlo divertido, porque había estado en una situación parecida no hacía mucho tiempo, pero no se podía reír.

De todos modos, no podía permitírselo, tenía que preocuparse por los demás. Preocuparse por todos ellos; ese era su trabajo.

Alguien la estaba llamando, gritaba su nombre en voz baja.

Tenía un sabor metálico en la boca. Olía a quemado. Sintió cómo otra parte de sí misma comenzaba a chillarle que se despertara; ¡quemado! ¡Incendio! ¡Corre! El ruido crepitante le llenaba la cabeza. ¡Corre!

Pero no había ningún sitio al que correr. Lo sabía.

También había otra cosa por la que preocuparse pero, aparte de saber que era importante, no podía recordar lo que era.

La voz de los oídos gritaba su nombre. ¿Por qué no la dejaban en paz? Se le inclinó la cabeza hacia delante; la notaba demasiado pesada y grande. Todavía notaba un olor a quemado, acre y fuerte.

Le picaba la nariz. Intentó levantar la mano para rascarse y, de repente, su brazo izquierdo se convirtió en una tubería llena de ácido que le suministraba dolor a borbotones. Intentó gritar, pero por alguna razón no podía. Estaba ahogándose.

Luchó por enderezar la cabeza. El casco chocó con fuerza contra algo que no debería haber estado allí. Claro; llevaba un casco. Pero no parecía estar bien.

—¡Sharrow! —gritó una voz diminuta a través del crepitar.

—Sí, sí —murmuró mientras tosía y escupía. Sin querer, intentó hacer un movimiento con el brazo izquierdo para indicar a la voz que se callase, y el dolor volvió a atravesarla. Aquella vez sí que pudo gritar.

Volvió a escupir. Los ruidos le tintineaban y zumbaban en los oídos, por encima del continuo crepitar y de las voces que la llamaban por su nombre. Al menos creía que era su nombre.

—¿Sharrow? —se oyó decir a sí misma.

—¡Sharrow! ¡Responde!... ¿Era ella?... ¡Mantén...! ¡Miz...! ¡...escombros!... ¡...desde este alcance! ¡...solo agua!... ¿Estás loco?

Cuánto parloteo, se dijo a sí misma, y pudo sentir cómo se le fruncía el ceño al

pensar: ¿Miz? ¿No se suponía que tenía que contarle algo, algún secreto?

Intentó abrir los ojos. Pero ni siquiera necesitaba hacerlo, ¿verdad?

Estaba exhausta. El brazo izquierdo no se le movía, se sentía increíblemente pesada y fría, y notaba muchos otros dolores e incomodidades que también pedían su atención a gritos.

—¡Sharrow! Vamos, Shar; responde, por favor; ¡despierta!

Callaos, les dijo ella. Es que ya no se puede ni descansar tranquila...

... Estaban navegando por un túnel. Estaba oscuro, pero un pequeño farolillo de papel brillaba sobre ellos, y el aire era dulce. Él se había reunido con ella en los almohadones, delgado y duro, ansioso y delicado. Después se habían quedado tumbados largo rato, y habían escuchado el borboteo del agua cálida bajo ellos y el débil zumbido de...

¡La nave! ¿Dónde estaba la nave? Tendría que estar allí, a su alrededor. Intentó moverse en el asiento duro e incómodo, pero volvió a sentir el dolor del brazo. Se oyó gritar.

—¡Sharrow! —le gritó claramente una voz en los oídos.

—¿Miz? —dijo ella. Era la voz de Miz. Se preguntó por qué estaba ciega y por qué la nave estaba hablando con ella.

—¿Sharrow? ¿Puedes oírme?

—¿Miz? —dijo ella más alto. Sentía rara la boca. El rugido de los oídos siguió palpitando, pesado e insistente, como una espuma de mar que le bañara las orejas a excesiva velocidad.

—Sharrow; ¡háblame!

—¡Vale! —gritó ella enfadada. ¿Es que estaba sordo?

—¡Gracias a los dioses! Escucha, pequeña; ¿cuál es tu estado?

—¿Estado? —preguntó ella, confundida—. No lo sé; ¿qué quieres...?

—Mierda. Vale; estás rotando. Primero tenemos que solucionar eso. Tienes que mantenerte despierta y detener la rotación.

—Rotación —dijo ella. ¿Rotación? ¿Tenía eso algo que ver con el secreto que le había estado ocultando? Se esforzó cuanto pudo por abrir los ojos. Pensaba que los tenía abiertos, pero seguía sin ver nada.

Levantó el brazo derecho; era increíblemente pesado. Intentó acercárselo a la cara, pero el brazo no se movía mucho. Cayó hacia atrás, se estrelló contra algo y le hizo daño.

Empezó a llorar.

—¡Sharrow! —dijo la voz—. ¡Contrólate, pequeña!

—¡No me llames pequeña!

—Te llamaré lo que me dé la gana hasta que consigas equilibrar esa nave, joder.

—Gilipollas —murmuró ella. Impulsó la cabeza hacia delante todo lo que pudo y levantó el brazo derecho. Unos dedos envueltos en gruesos guantes golpearon el visor. Parecía estar mal; forma incorrecta, lugar incorrecto. Le dolía la nariz. El brazo

temblaba por el esfuerzo que le suponía mantenerse apoyado en el casco. Palpó el borde del casco, respiró hondo y lo levantó.

Crac. Gritó del dolor. Le ardía la nariz; se le llenaba la boca de sangre. El brazo cayó de golpe en el regazo.

Pero volvía a ver la nave; estaba a su alrededor. Las pantallas de los párpados volvieron a enfocarse mientras los sistemas de la nave susurraban, tintineaban y se movían a través de ella, lograron llegar a su consciencia mientras el transceptor de su casco le hablaba a la placa implantada en la base del cráneo. Palpó a su alrededor, miró las pantallas de los párpados y escuchó la música de los indicadores de estado, conforme el rugido de los oídos se quedaba en un sordo ruido de fondo.

Ella era una fuerza en el núcleo de la sensación. Era como si flotara en el centro de una enorme esfera de color, movimiento y símbolos; una esfera hecha de pantallas holográficas, como ventanas a otras dimensiones, que le ofrecían un resumen de su estado y le cantaban una sola nota de la misma canción. Solo tenía que mirar una de aquellas ventanas para que cambiase y la llevase hasta allí, desde donde podía observar los detalles de aquel paisaje (a menudo compuesto por más ventanas secundarias), mientras el resto de las ventanas quedaban reducidas a manchas de colores en los límites de la visión, donde un relámpago de movimiento o un cambio asociado en sus armónicos indicaría que algo requería su atención. Flotaba en medio de todo aquello para hacer inventario.

—Putamierda —dijo—. Qué desastre.

—¿Qué? —le preguntó Miz.

—Tengo información de estado —dijo ella mirando a su alrededor. La nave era una ruina—. Hostia puta.

—¿Qué hacer primero?

—Reduce la rotación o te volverás a desmayar —le dijo Miz con urgencia.

—Ah, sí —respondió ella. La rotación era demencial; miró los tanques principales, pero estaban vacíos.

Todavía quedaba algo de agua en los propulsores de proa. Arrancó el motor, lo llevó a temperatura de operación e introdujo el combustible. No pasó nada.

¿Por qué no funcionaba la combustión?

Rotaba demasiado. Ruta equivocada. Cerró una válvula, abrió otra; el agua entró en la cámara de reacción y el plasma salió a chorro por el morro de la nave. Miz estaba gritándole algo, pero no podía oírlo. El peso se hizo peor, el rugido volvió y se convirtió en un ruido parecido a la oscuridad.

Sintió que algo crujía. ¡Dirección equivocada!, pensó, y vectorizó el propulsor justo hacia el lado contrario.

El peso fue disminuyendo poco a poco; el rugido volvió a su estado anterior, y después desapareció lentamente. El cuerpo empezó a flotarle sobre el asiento, y se deshizo de la postura aplastada y arrugada que había adquirido. Esperó otros diez segundos. Abrió los ojos. El interior del visor del casco estaba lleno de sangre. Cerró

los ojos, buscó la vista de traje de la pantalla de los párpados, y se metió en ella.

Los controles de emergencia brillaban con la luz de reserva. No había holos. Las pantallas de estado planas estaban destrozadas o parpadeaban en rojo. Giró la cabeza hacia la izquierda. La mampara de instrumentos de babor le había hecho una visita a su sillón.

Parecía que la parte de atrás del techo de babor había tenido la misma idea. Eso era lo que había evitado que se le fuera la cabeza hacia atrás; probablemente también era lo que casi le había arrancado el casco. El impacto había estado a punto de arrancar el asiento de su soporte, y había dejado atrapado su brazo izquierdo entre la mampara y el reposabrazos.

Se quedó mirando. ¿Era posible que esa cosa que se perdía entre toda aquella mierda destrozada fuera su brazo? Hizo caso omiso del recuerdo del dolor y tiró con fuerza.

Fue como si se hubiera golpeado con un hacha. Sacudió la cabeza dentro del casco; intentó ahogar el grito, pero consiguió abrirse paso de todos modos. Parpadeó para evitar las lágrimas. El brazo seguía atrapado. Menuda idea.

Movió la cabeza. Parecía que su brazo derecho tampoco estaba en muy buena forma. Intentó moverlo, pero no cooperaba. Insensible.

—Como quieras —murmuró, intentando parecer despreocupada.

Valiente en términos físicos, se dijo a sí misma. Valiente en términos físicos. Era la única frase ajustada que recordaba haber fisgoneado ilegalmente en su hoja de servicios (aunque estaba enterrada bajo un montón de tonterías sobre su impaciencia y arrogancia; ¿cómo se atrevían?). Valiente en términos físicos. Recuérdalo.

Apagó la vista del casco. El tanque de proa de la nave se agotó, las tuberías se vaciaron, y el motor se paró. Lo intentó con los tanques principales pero, claro, no tenían nada. Los tanques de reserva también estaban secos. La nave rotaba, pero solo una vez cada ocho segundos.

—¡Lo has conseguido! —le gritó Miz. Transmitía en radio; el láser de comunicaciones estaba muerto.

Intentó encontrarle algún sentido al galimatías de los equipos de la nave y trató de utilizar los detectores externos, pero solo ofrecían un gris borroso. Las reservas también estaban agotadas, salvo por una cámara no holográfica de proa, que estaba fija y miraba adelante. Solo mostraba nebulosas, un trocito de disco blanco con un disco dorado rojizo detrás de él, después más nebulosas, después de nuevo la combinación disco blanco/disco dorado rojizo, y así sucesivamente.

—¿Dónde demonios estoy? —preguntó.

—No te puedo ver —dijo Miz—. Abre un canal de datos.

—Solo tengo entrada —respondió ella—. Está abierta.

—Mierda —dijo él—. Vale, esto es lo que tengo.

El equipo de navegación volvía a actuar como debía ser. Seguía en el exterior de Fantasma de Nachtel, a un cuarto de segundo hacia el interior de la posición del

combate, y daba tumbos y vueltas hacia la luna.

—Vale —dijo ella—. Deja que me oriente un momento...

La vista exterior que tenía en aquel momento (marcada con mil aumentos) mostraba a un volador de impuestos destrozado que rotaba lentamente delante de ella, con el casco negro despellejado y agujereado, la parte trasera perdida; placas rotas se agitaban como tumores en la cintura de la nave y desaparecían a unos tres cuartos del final, para acabar en una masa de metal brillante.

Había algo biológico, casi sexual, en aquella nave destrozada, en su piel de color negro mate, como ropa oscura arrancada para revelar la carne escondida debajo, expuesta y abierta. Nunca había visto una nave tan dañada.

Pensó, pobre cabrón; desenganchad ese cubo de mierda y devolvedlo al almacén... Entonces se dio cuenta de que era la vista desde la nave de Miz; él la seguía, y lo que estaba viendo era su propia nave. Ella era el desgraciado piloto que quería condenar al olvido.

Seleccionó el pronóstico de trayectoria mientras miraba la ventana médica. La unidad médica parecía haberla dado por perdida. Entonces recordó el lugar donde llevaba enchufados los tubos médicos. Volvió a la vista del casco y miró fijamente el lugar en el que su antebrazo izquierdo desaparecía entre la hinchada mampara de instrumentos y el reposabrazos; el hueco era de unos tres centímetros. Hmm, pensó.

Volvió a la vista de navegación; iba directa hacia Fantasma de Nachtel. El pequeño mundo helado todavía estaba a casi una décima de segundo luz de distancia, pero iba a caer de cabeza en su pozo de gravedad. Incluso aunque lograra esquivar a Fantasma de Nachtel, acabaría apuntando a Nachtel y no tendría forma de esquivarlo; visto desde su luna casi inhabitable, el gigante de gas llenaba la mitad del cielo. Tendría que hacer un tiro de honda.

Instintivamente, volvió a intentar utilizar los tanques principales.

—Mierda —dijo. Miró el holograma de estado del grupo, que formaba parte de la descarga que le había enviado Miz.

—¡Miz! —gritó—. ¡Los otros!

—Vleit y Frot están muertos —respondió Miz rápidamente—. Zef está persiguiendo a Cara, pero no obtiene respuesta. Créeme, no hay nada que puedas...

—¡A ti también te han dado! —le dijo Sharrow.

—Sí, algunos disparos láser del crucero, y abrasiones de hielo por aquella pantalla de agua que dejaste atrás cuando te atacaron...

—Miz —susurró Sharrow—, ¿estás...?

—Estoy seguro, Sharrow —dijo Miz con la voz pastosa—. Muertos y perdidos. Probablemente ni siquiera lo vieron venir.

—¿Cómo han podido hacernos esto? —le preguntó ella.

—No lo sé —dijo Miz con cansancio—. Cenuij quiere solicitar que lo declaren Crimen de Guerra; dice que nadie reacciona tan rápido, y que debían de tener un IA al mando; yo creo que tuvimos mala suerte. El crucero sufrió algunos daños y avisó a su

base; ¡y olvídate ya del combate! ¿Tienes masa de reacción? Tenemos que ponerte en órbita alrededor del Fantasma.

Ella había cambiado a soporte vital.

—No serviría de nada —dijo ella—. El reciclador está destrozado, y estoy perdiendo gas; tengo para respirar unas... dos horas, nada más.

—¿En el traje o en la cabina?

—En el traje. La cabina tiene menos; fuga de presión.

—Mierda —dijo Miz. Sharrow casi podía oírlo pensar—. El equipo médico —dijo—. Podría ralentizar tu metabolismo y...

—El equipo médico está jodido —respondió Sharrow.

—Maldita sea —dijo él. Era una palabrota tan suave que a Sharrow le dieron ganas de reír—. ¿Podrías saltar? Podría ponerme a tu altura; tú podrías cruzar... o yo podría ir hasta ti...

—No creo que tengamos tiempo —respondió ella. Miró la vista del traje y le echó un vistazo al brazo atrapado y al brazo... ¿roto?, ¿dislocado?—. De todos modos, esa idea podría suponer otros problemas.

—¿Qué me dices de la masa de reacción? Ella miró a su alrededor.

—Nada.

—¡Vamos! ¡Tiene que haber algo! ¡Compruébalo!

Ella inició una rutina de comprobación y miró con cuidado cada uno de los grifos de los tanques. La rutina le decía que cero por todas partes y que seguiría así. Sus propios sentidos le decían lo mismo. Intentó probar la alimentación de cada tanque uno por uno, por si hubiera agua y se tratara de un error del detector o de las pantallas.

—Nada —le dijo a Miz—. Dice que están vacíos y actúan como si lo estuvieran.

—Piensa, piensa, piensa —oyó murmurar a Miz. Sospechaba que él no quería que lo oyera, o que simplemente no se daba cuenta de que hablaba en voz alta. De repente, sintió la necesidad de abrazarlo, y comenzó a llorar otra vez. Lo hizo en silencio, para que no la oyera.

—Puede que esto te parezca una locura —dijo Miz—, pero podría usar mi láser; te daría en el lugar correcto, y así obtendría algo de reacción...

—Parece una locura —respondió ella.

—¡Tiene que haber algo! —exclamó Miz. Sharrow podía notar la desesperación en su voz.

—Oye —le dijo ella—. ¿Quieres oír una locura?

—Cualquier cosa.

—Aterrizaje forzoso en el Fantasma.

—¿Qué?

—Entrar volando y hacer un aterrizaje forzoso, como un avión.

—¡No tienes alas!

—Tengo una forma que parece vagamente aerodinámica; algo parecido al

extremo de un cañón clavado. Y están los campos de nieve.

—¿Qué?

—Los campos de nieve —repitió ella—. Tienen cientos de metros de profundidad en el Fantasma, en algunos lugares; baja gravedad. Y hay aire.

—Un aire muy escaso.

—Sí, cada vez hay menos —coincidió ella—. Irrespirable dentro de unos mil años; hay mierda terraformándose... pero ahí está.

—Pero ¿cómo vas a volar?

—Oh, no puedo —dijo ella tras echarle otro vistazo a los sistemas de la nave desde el nivel más alto. Qué puto desastre. Si aquello fuera una simulación, ya la habría detenido para volver a probar desde el momento en que las cosas habían empezado a ir demasiado mal.

—Solo era una idea —le dijo a Miz—. Solía despertarme por la noche, así que intentaba imaginarme las distintas formas de salir de situaciones horribles para volver a dormirme, y una de mis ideas era usar los campos de nieve del Fantasma para un aterrizaje forzoso —suspiró—. Pero siempre había imaginado que tendría algún control en la entrada.

Sharrow sacudió la cabeza ante el desastre irreparable que la rodeaba, y volvió a la vista de navegación de corto alcance.

—Creo que estoy muerta, Miz. —Escuchó su propia voz, y le sorprendió comprobar lo fría que sonaba. Valiente en términos físicos.

—Olvídalo. Pasaré esa idea del aterrizaje forzoso por la máquina; veremos lo que piensa.

—Buf, no me arruines la fiesta —dijo ella—. Ni siquiera he podido pasarla por la mía...

—Joder —lo escuchó decir al cabo de un rato—. Mi máquina está tan loca como tú.

—¿Dice que funcionará?

—Em, tres cuartos de masa vacía... resistencia... necesita detalles técnicos sobre la compresión de la nieve, la profundidad a la que se convierte en hielo... depende del ángulo... no; la máquina no está tan loca como tú. Y necesitarías una puesta a punto al entrar en la atmósfera, al menos al principio...

—De todos modos, pasa una satelización por la máquina —le dijo Sharrow.

—La estoy pasando.

—Al menos sería espectacular —dijo ella—. Quemarse en la atmósfera o estrellarse contra la nieve. Mejor que ir apagándome poco a poco por la falta de oxígeno.

—¡No hables así!... Mierda, tiene que haber algo... Ella había recordado su secreto hacía rato.

—Oye —dijo suavemente—. ¿Miz?

—¿Qué?

—Escoge un número entre el uno y el dos.

—¿Qué?

—Escoge un número entero entre el uno y el dos. Por favor.

—Oh... uno —respondió él.

Ella sonrió con tristeza.

—¿Y bien? —le dijo él. Lo dijo de la misma forma en que lo había hecho la semana anterior, cuando lo había obligado a tirar la moneda en la puerta del Bistro Onomatopeya. Sacudió la cabeza, aunque le doliera y él no pudiera verlo.

—Nada —dijo Sharrow—. Te lo contaré después. —Cambió otra vez a la vista del equipo médico y bajó hasta las lecturas externas. Cabina fría, aire externo pobre y presión en picado. Dosis de radiación total... Oh, bueno. Sintió cómo se encogía de hombros e hizo una mueca, mientras su brazo izquierdo protestaba. De todos modos, iba a morir; no viviría lo bastante como para experimentar la radiopatía. Y, en cualquier caso, hubiera sido una madre patética, se dijo a sí misma.

Seguía queriendo pulsar el botón para repetir la simulación, para salir de aquel desastre y comenzar de nuevo, o simplemente romper la conexión y largarse con los chicos a tomar unas copas. No le parecía justo estar tan atrapada en aquella situación como su brazo en el asiento, aplastada allí por el peso de las circunstancias y el azar.

Al principio, recién alistada, creía que nunca sería una de las víctimas. Se decía a sí misma que tenían que haber cometido algún error, y ella no pensaba cometerlo.

Más tarde empezó a asustarse, al ver cómo morían pilotos que consideraba mejores que ella misma. ¿Se habría equivocado sobre lo buenos que eran? ¿O no era cierto que siempre la salvarían sus habilidades? Quizá no era así. Quizá la suerte también tenía algo que ver. Y aquello la asustaba, porque nadie sabía cómo entrenarse para eso. Podías llevar contigo un diente de la suerte o una carta especial, o asegurarte siempre de salir el último del comedor; conocía a gente que hacía ese tipo de cosas... Muchos de ellos también estaban muertos.

—Mira —le dijo Miz—. Todavía estoy intentando alcanzarte; igualaré nuestras velocidades. Llegaré hasta ti. Me puede llevar...

—Miz —dijo ella para tranquilizarlo—. No. —Dejó escapar un suspiro largo e irregular—. Estoy atrapada aquí. Tendrías que cortarme.

—Oh, mierda —gruñó él.

Por la forma en que lo había dicho, Sharrow supo que hablaba de otra cosa.

—¿Qué? —le preguntó a Miz.

—No necesitas tanto para entrar en la atmósfera del Fantasma en el ángulo correcto —respondió él—. Solo un empujoncito; una propulsión de unos cuantos segundos... ¡Oye! —parecía animado de nuevo—. ¡Yo te empujaré! Volaré a tu lado y...

—Olvídalo; solo conseguirás romper tu nave.

—Mira, si no podemos pensar nada más...

—Espera —dijo ella.

—¿Qué?

Sharrow examinó el sistema de tuberías de la nave, no encontró ninguna lectura para el tramo relevante de tubería, pero el registro de válvulas cerradas...

—Oye —le dijo a Miz—. Sabes que al principio le di a los propulsores hacia el lado contrario, que empeoré la rotación, ¿no?

—¿Sí?

—Me confundí porque antes había intentado enviar el agua por el circuito en dirección contraria a la rotación.

—¿Y?

—Así que puede que haya agua en el tramo cerrado del circuito.

—¿No aparece?

—No hay lectura.

—Mierda —dijo él—. Puede que haya algo ahí.

—Sí, y puede que esté helada —añadió ella tras pasar al desigual mapa de temperatura de la nave.

—Espera —le dijo Miz—. Lo pasaré... —Su voz se apagó. Se quedó sola unos instantes.

Siempre había esperado revivir su vida llegado aquel momento, pero no parecía estar pasando. Se sentía helada, dolorida y cansada. Se suponía que aquella alondra de combate no iba a ser más que un pequeño incidente exótico en su vida, algo que contarle a la gente cuando fuera vieja. Nunca había pretendido que se volviera tan importante, nunca había planeado que fuera tan crucial, espantoso y desesperado. Obviamente no podía ser el fin de todo. No era posible que acabara todo, ¿verdad?

Sí que es posible, pensó. De algún modo, nunca había pensado realmente sobre ello antes, pero sí; claro que era posible. Ya no se limitaba a aceptarlo; lo sabía. Qué buen momento para aprender la lección.

—¡Sí! —aulló Miz—. ¡Si está ahí, hay suficiente!

—Bueno —dijo ella—. No lo sabremos hasta que lo probemos.

—¡Pero tienes masa de reacción! —chilló él—. ¡Puedes hacerlo!

—Hace dos minutos me decías que estaba loca solo por pensarlo; y ahora es una gran idea.

—Es una oportunidad, pequeña —dijo él en voz más baja. Y había algo más en su voz; el equivalente a un brazo que escondiera una sorpresa tras la espalda y a una sonrisa astuta en la cara.

—¿Y? —quiso saber Sharrow.

—Acabo de pasar una rutina para comprobar tu control en atmósfera.

—Usando tu asombroso dominio del láser, conseguirás fabricarme un par de bastas aunque prácticas alas con...

—Calla, listilla; baja hasta el equipo no militar del volador.

—¿Cómo? Ah, vale. —Sharrow bajó por la raíz de los sistemas hasta ver la pantalla completa del volador. ¿Para qué se suponía que servía toda aquella mierda

civil? ¿Estaba intentando distraerla?

—¿Ves los giroscopios?

—¿Giroscopios? No.

—Etiquetados como Unidades de Compensación Fina, UCF 1 y 2.

—Sí —dijo ella—. Bueno, al menos el grupo de proa. Mierda, creía que los habían quitado cuando militarizaron las naves.

—Nunca llegaron a hacerlo —le dijo Miz—. Ahora, ¿puedes meterle potencia a ese grupo de proa?

—Sí. Pero ¿no sería mejor...?

—No; no importa que des tumbos en la satelización si sincronizamos bien la combustión, y quizá necesites todo el poder de maniobra de esos giroscopios.

—Vale, vale —dijo ella—. Los estoy alimentando.

—¡Vale! —le gritó él—. Volveremos a hacer números cuando estemos más cerca. Ahora voy a intentar igualar nuestra velocidad; eso debería darnos más precisión. Prepárate para el asombroso vuelo del Tecnorrey, y después disponte a leer montones de emocionantes números cuando esté a tu lado, a no ser que puedas arreglar el enlace de salida de las comunicaciones.

—Estoy impaciente —le dijo ella, mientras el cansancio hacía que le hormigueara el cuerpo. Solo quería dormir. Durante un segundo se olvidó del brazo izquierdo e intentó rascarse.

Cortó el grito de dolor lo antes que pudo.

—¿Qué? —dijo rápidamente Miz. Ella respiró hondo un par de veces.

—Acabo de recordar que ayer pagué la factura del comedor —mintió Sharrow.

—Guau —se rio Miz—. Realmente te gusta tentar al destino, ¿eh?

—Sí —dijo ella—. Debo de ser un hombre.

—Es lo más probable —dijo él—. Vale; veamos si podemos hacer que esta cosa gire y se retuerza como la tuya...

—Bueno —dijo Miz, y ella pudo escuchar el miedo en su voz—. Allá vamos, pequeña.

Habían estado hablándolo durante la última media hora; ella le había dado todos los datos posibles, él los había pasado por la máquina docenas de veces, y siempre salía el mismo resultado: quizá. Ella había puesto en marcha los giroscopios, los había frenado uno a uno, y la nave había respondido. Se había decidido por una rutina que le permitiría usar los giroscopios para controlar la nave durante el descenso a través de la atmósfera de Fantasma de Nachtel.

Habían probado una combustión de una décima de segundo desde las tuberías a la cámara de reacción, y había logrado potencia; había agua en la tubería, y no estaba helada. Recibieron un mapa reciente de los campos de nieve del Fantasma desde la base, a través de Dloan, que estaba escoltando la nave dañada de Cenuij de vuelta

allí; habían seleccionado un gran campo de nieve en el ecuador. Miz le había enseñado la vista que él tenía de la nave de Sharrow; estaba colocada en paralelo a la suya y rodaba lentamente, mientras el resto del sistema giraba a su alrededor. Ella lo había felicitado por su forma de pilotar, e intentó no fijarse demasiado en los daños.

Pero tenía que moverse ya, y tenía que realizar aquella última propulsión y esperar que el agua de las tuberías fuera suficiente, y que no se hubiese helado en algún punto superior del conducto, y que la bomba funcionara, y que la potencia no fallara, que ni siquiera fluctuase.

—Ten mucho cuidado, ¿vale? —le dijo Sharrow.

—No te preocupes —respondió Miz—. Treinta segundos.

—¿Yo? ¿Preocuparme? —dijo ella; intentó que Miz no notara el miedo y el dolor en su voz. Cada vez le pesaban más. El brazo le dolía mucho, y estaba asustada. Quería decirle a Miz que había un precedente, que con cinco años se había salvado gracias a una caída en la nieve, pero nunca había sido capaz de contarle toda la historia, y él nunca la había presionado para que lo hiciera. Quería decirle que lo amaba y que estaba embarazada de él, pero tampoco podía decirle aquello.

—Mira, ah... pequeña —le dijo él (y ella sabía que estaría sonriendo, y que si no tuviera puesto el casco se rascaría un lado de la cabeza)—. Sé que hay... ya sabes, cosas que no nos hemos dicho en los últimos meses; quiero decir, tú y yo, desde que estamos, bueno, ya sabes, juntos, pero...

—Estás haciéndote un lío, Miz —le dijo ella con voz neutra mientras se le llenaban los ojos de lágrimas—. No digas nada más ahora. Dímelo después. Diez segundos.

Él se quedó callado otros seis.

Al final, dijo:

—Buena suerte, Sharrow.

Ella todavía estaba pensando cómo responder cuando abrió la válvula, el motor rugió a lo lejos, y tuvo que concentrar toda su atención en las lecturas de altitud y dirección. Cambió a la vista de la única cámara plana del morro de la nave.

El planeta fue a su encuentro; una pared blanca doblada. La nave llegó a las capas exteriores de la atmósfera. Ella intentó usar la radio y oyó interferencias.

—¿Miz? —dijo.

—... bo de oírt...

Ella gritó:

—¡Si esto sale mal y abro un cráter, quiero que le pongan mi nombre!

Si Miz respondió, Sharrow nunca llegó a oírlo.

La nave que caía en picado se hundió más en la atmósfera del planeta, y comenzó a vibrar y gemir.

Los cinco estaban sentados en la terraza de una taberna a las afueras de la ciudad

de Pharpech, ella con sus recuerdos.

Los otros observaban al enorme stom que giraba y se inclinaba por encima de la zona interior, a un kilómetro al este de la taberna, para después volver a elevarse hacia la capa media de la membrana de Entraxrln de la que había descendido antes. Los pájaros come-monos lo acosaban, bajaban en picado formando círculos sobre su espalda y su cabeza, iban rápidamente de un lado a otro, zigzagueaban de forma errática, impredecible, con las alas como garfios en el aire. El stom, cuatro veces más grande que los come-monos y que se movía con una elegancia poderosa que casi parecía dignidad, agachó su enorme cabeza de reptil para realizar la única acción evasiva, laboriosa, casi amable, de la que era capaz.

—Vamos, cariño —dijo Zefla. Sharrow le había pasado los prismáticos; Miz miraba a través de otro par de gafas de campo.

—Esfuézate un poquito más —murmuró Miz. Sharrow miró a Dloan, que escudriñaba el cielo en la misma dirección. Estaba agarrado a la barandilla de corteza del porche de la taberna, y comprimía y distendía las manos inconscientemente. Ella observó el stom debatirse cada vez más alto, todavía acorralado por las pandillas camorristas de los come-monos. Uno de ellos todavía estaba cayendo.

Los cuatro habían salido a cenar en una taberna llamada La Uña Arrancada, en las afueras de la ciudad, tras pasar el día de turismo. Cenuij no se había puesto en contacto con ellos desde que lo dejaran en la puerta del hospedaje del monasterio la noche anterior; se suponía que intentaría conseguir una audiencia con el Rey. Les dejaría un mensaje en la posada si tenía algo de lo que informar.

Pharpech no había parecido tan mala a la luz del día. La gente parecía bastante amable, aunque era difícil entender su acento, y por la tarde habían decidido comprar ropas autóctonas al día siguiente; las suyas parecían demasiado llamativas, y la gente solía preguntarles (con aquellos extraños acentos y con un ápice de incredulidad) cómo se les había ocurrido ir a un lugar como Pharpech.

Una de las cosas a las que le había costado acostumbrarse era a lo difícil que resultaba conseguir información. Aquello significaba que la mayoría de las veces había que recurrir a métodos bastante obvios, como preguntarle a la gente el camino o qué era cierto edificio; sin embargo, resultaba inquietante y, a pesar de toda su supuesta madurez y sofisticación, tenía la desconcertante sensación de que había vuelto a la infancia, de que estaba atrapada en un mundo misterioso lleno de intenciones enigmáticas y significados arcanos, y de que siempre tenía que imaginarse cómo funcionaban las cosas, pero nunca sabía exactamente la pregunta correcta.

Siguiendo el consejo de sus dos guías, que volvían a la frontera aquella mañana,

lo primero que habían hecho era llevar a sus monturas yemeres a un establo a las afueras de la ciudad, donde pudieron venderlas (después de que Miz se pasara un buen rato regateando) por un poco más de lo que habían pagado por ellas. Después se convirtieron en turistas el resto del día.

Habían visto la gran plaza por la mañana, sus edificios planos, casi todos sin tejado, amontonados alrededor de los adoquines inclinados, como una extraña masa rectangular de gente, todos apretujados hombro con hombro y decididos a no perderse lo que estaba ocurriendo en la plaza. Pero a pesar de todo, casi todos los edificios estaban pintados de colores alegres y adornados con toldos brillantes y cerrados que escondían pequeños talleres y tenderetes, como zapatos lustrosos que asomaran por debajo de las faldas recién levantadas de sus doseles.

La gente también les parecía fascinante. Algunas personas montaban yemeres, aunque la mayoría iba a pie como ellos; gran parte de la multitud vestía con mucho colorido, aunque con sencillez, pero (aparte de su piel, pálida sin excepción) su variedad física era mucho mayor de lo que estaban acostumbrados: gente muy gorda, gente delgada hasta lo enfermizo, gente con harapos, gente con deformidades...

Habían visto el castillo desde el exterior; tres pisos de piedra que parecían medianamente simétricos, coronados por una excrescencia destartalada de madera de la Entraxrln que había sido apilada, clavada, amontonada e inclinada para crear un laberinto vertical de apartamentos, salones y alguna que otra concesión rencorosa a la defensa, en forma de torres desgarradas y tambaleantes, o de abandonadas extensiones de almenas, todo salpicado al azar de ventanas y salientes, y cubierto por unas cuantas torres endebles que apuntaban vacilantes a las capas de membrana de hoja, como en perpleja curiosidad.

El resto de la ciudad les había parecido confuso, repetitivo y ocasionalmente desenfrenado. La catedral era pequeña y decepcionante; incluso la campana, que sonaba cada hora, resultaba monótona. La única característica realmente interesante de la catedral era una estatua de piedra del Dios de Pharpech, colocada en el exterior del edificio; a su alrededor podían verse unas pequeñas figuras sonrientes de pharpechianos de aspecto diabólico que le hacían cosas desagradables con instrumentos agrícolas y de tortura.

Habían caminado por las estrechas calles, recorrido callejuelas angostas y callejones retorcidos, esquivado el agua que tiraban por las ventanas de los pisos superiores, pisoteado vegetales podridos y cosas peores, se habían perdido una y otra vez para volver a encontrarse en el punto de partida, y los habían seguido varios grupos de niños (de muchísimos niños) e incluso de adultos, muchos de los cuales parecían querer llevárselos a casa o enseñarles el lugar personalmente. Zefla sonreía con generosidad a los candidatos a guía más insistentes y hablaba con ellos en alto caltaspiano judicial, para después dejarlos haciendo reverencias tras ella, con aspecto de beatífica perplejidad.

A mediodía estaban exhaustos. Regresaron a la posada y, por la tarde, se limitaron

a recorrer las afueras de la ciudad; pasaron los altos muros de varios monasterios y prisiones, una escuela y un hospital. El hospedaje del monasterio donde Cenuij había recibido una cama para dormir parecía cerrado y desierto, aunque pudieron escuchar cánticos blasfemos en sordina al otro lado de los grandes muros.

Encontraron el zoo real, una triste putrefacción de jaulas y fosos, en los que los animales enfermos caminaban de un lado a otro o se tiraban entre rugidos contra los barrotes endurecidos a fuego. Un grupo de monos planeadores se acurrucaba en una esquina de su foso con techo de red, arrojados con las membranas que conectaban sus extremidades, como si fueran capas, mientras sus grandes ojos miraban asustados a su alrededor. Un diente enredado daba vueltas por su pequeña jaula, con la cabeza gacha; en los movimientos de su cuerpo demacrado solo quedaba el eco de la ágil fuerza del animal. Una jaula enorme y desnuda contenía a un stom adulto, sentado en cuclillas junto a una pared, con las alas atadas y entablilladas, y el hocico y las patas cubiertas de cicatrices y cortes. Mientras miraban, horrorizados por el tamaño del animal y la dolorosa sordidez de su situación, la bestia levantó la cabeza de un metro de largo, golpeó la pared con ella unas cuantas veces, y se hizo sangre, de color morado oscuro.

—¿Por qué tiene las alas entablilladas? —le preguntó Zefla a uno de los cuidadores del zoo.

—No están exactamente entablilladas, señora; están más bien atadas —le contestó el cuidador. Llevaba un cubo lleno de algo sangriento y humeante. Sharrow arrugó la nariz y se colocó en dirección contraria al viento. El cuidador sacudió la cabeza y se puso serio—. Verá, si no la atamos se pasa el día rugiendo y golpeando los barrotes de la jaula con las alas.

No se quedaron mucho rato en el zoo real.

La ciudad se convirtió en zona agrícola bastante rápido, las calles que salían de las distintas instituciones amuralladas se metían directamente en los campos, donde los lechos de membrana se estiraban a lo lejos como ordenadas líneas de heridas arrugadas y frescas, y las apretadas plantas de la ecología secundaria o terciaria de la Entraxrln se sentaban acanaladas e inmóviles. Un guarda forestal les recomendó la taberna, a un kilómetro de distancia por una de las cicatrizadas carreteras elevadas.

Estaban sentados en la terraza de La Uña Arrancada comiendo una carne con vegetales de sorprendente sutileza culinaria; entonces, Dloan señaló el stom, que descendía volando a la luz gris del atardecer desde un hueco distante en el segundo nivel más alto de la membrana; la bestia daba vueltas y cortaba el aire en dirección a un tronco compuesto y a las motas lejanas de un grupo de monos planeadores. Pero los pájaros come-monos, que estaban posados en una zona superior del espacio del tronco, habían visto al reptil y se habían lanzado sobre él con unos débiles aunque furiosos gritos que rasgaron el silencioso aire; comenzaron a acosar al gigante negro

solitario. La criatura se había dado la vuelta, y había algo resignado, aunque casi divertido, en sus movimientos delicados y lentos; un núcleo tranquilo de solidez entre los silbidos espasmódicos de los come-monos, como electrones alrededor de su pesado núcleo.

Sharrow supuso que aquello era lo que la gente consideraba una bestia noble, y que parte de su evidente autoridad se percibía en el hecho de que fuera una de las pocas especies de la fauna miykennsiana que tenía un nombre original y no un arreglo golteriano.

Notaba que los demás deseaban que el stom escapara indemne, como sin duda haría, pero pensó que solo ella había visto el diminuto punto gris verdoso de un come-monos que había volado demasiado cerca de la cabeza del stom; en aquel momento tenía los prismáticos de Zefla, así que había visto al pájaro pasar rozando con temeridad aquella enorme cabeza, y había tenido una fugaz visión de las mandíbulas al cerrarse de golpe sobre él y herirlo, haciéndolo volar por el aire, fuera de su curso, antes de conseguir escapar en una pequeña y breve nube gris verdoso y comenzar a caer.

Todavía caía.

Todavía podía verlo, ya sin prismáticos.

Bajaba rápidamente en espiral, quinientos metros por debajo del lugar en el que lo habían atacado; todavía intentaba volar, pero sólo conseguía un descenso helicoidal medio frenado hacia el suelo.

Sobre él, justo detrás, igualando su desesperada y desgarbada caída con una espiral más controlada y suave, otro pájaro se mantenía cerca de él, se negaba a abandonar a su compañero.

Ella los siguió con la mirada. Los dos puntos se perdieron en el paisaje de la ondulada estera de membrana. Cuando volvió a levantar la vista, el stom había logrado volver al hueco en la membrana de hojas, un kilómetro más arriba. Los otros come-monos habían abandonado la caza, y Miz, Zef y Dlo expresaban su alegría con ruiditos, mientras se sentaban de nuevo para seguir comiendo.

Ella también se sentó, al cabo de un rato.

Comió lentamente, sin unirse a la conversación, y miraba de vez en cuando la zona por la que había visto desaparecer a los dos pájaros; solo le dio un sorbo al vino cuando uno de los dos reapareció volando lento, como si estuviera cansado; aleteaba con esfuerzo para elevarse hacia la colonia en forma de columna que era su hogar, solo.

En la corte de los Reyes Inútiles

Su Majestad el rey Retar XVII, Señor del Rencor, Septuagésimo Cuarto de los Reyes Inútiles, Señor Protector y Amo de Pharpech, sus Dominios, Ciudadanos, Clases Inferiores, Animales y Mujeres, Primer Aborrecedor de Dios El Hechicero Infernal, Tesorero de los Pobres y Guardián de la Carta Imperial, estaba sentado en el Trono de Stom del Gran Salón del castillo y miraba con los ojos entrecerrados al monje flacucho y de aspecto sospechosamente inteligente que se arrodillaba a sus pies, en los escalones del trono.

La sala del trono era un lugar oscuro y lleno de humo. No tenía ventanas, para que Dios no pudiera ver su interior, y apestaba a perfumes empalagosos que emanaban de unos incensarios humeantes, porque aquello evitaba que entrara su inquieto espíritu. El trono estaba en un extremo de la habitación, y aproximadamente una docena de cortesanos y secretarios se sentaba en pequeños taburetes situados en los escalones del estrado cuadrado del trono; su nivel e importancia se expresaban a través de la altura de su posición en los escalones, y de lo cerca de la presencia real que se les permitía estar.

El Trono de Stom (tallado para representar a uno de aquellos grandes reptiles alados; las alas formaban los laterales del trono, el lomo era el asiento y la cabeza inclinada servía de reposapiés), que se balanceaba suavemente sobre el estrado, colgaba de unos cables fijos en el techo abovedado de la habitación, estaba ennegrecido por el incienso, y se encontraba a unos cuantos centímetros de la alfombra desgastada y deslustrada por los años que se extendía desde la parte superior del estrado.

Sus cortesanos decían que el trono estaba colgado de aquella forma para simbolizar su autoridad y elevación sobre el común de la plebe, pero a él le gustaba la forma en la que se mecía el trono si te impulsabas con fuerza adelante y atrás. Dos miembros de la Guardia Real, grandes y silenciosos, estaban de pie sobre la ancha cola del Trono de Stom, armados con carabinas láser disfrazadas de mosquetes; a veces hacía que se unieran a él en el balanceo. Si le pedía a sus súbditos que se arrodillaran cerca del trono y después comenzaba a mecerse mientras hablaban, podía darles en la cara o en el pecho con el gran pico curvo del Trono, lo que hacía que salieran del estrado y que, oficialmente, ya no tuviera por qué escucharlos. Estaba pensando en hacerle lo mismo a aquel monje.

Era poco corriente que una persona como aquella se presentara ante él; normalmente sus cortesanos los mantenían alejados. Siempre sospechaba de sus

cortesanos cuando hacían algo atípico. Sabía que (naturalmente) lo temían y respetaban, pero a veces pensaba que eran capaces de cuchichear a sus espaldas o de maquinarse sus propios planes.

De todos modos, no le gustaba la cara del monje. Había algo demasiado fino, agudo y penetrante en ella, y tenía una expresión de desprecio y sarcasmo que sugería que el Rey o su reino le parecían ridículos. Desconfió del monje al instante. Algunas personas habían muerto por menos. Por mucho menos.

Uno de los cortesanos le murmuró algo al oído sobre la misión del monje. El Rey se sintió ligeramente sorprendido por lo que le contaba, pero seguía sin confiar.

—Entonces —le dijo al monje—, perteneces a una orden que también desprecia al Gran Hechicero Infernal.

—Así es, vuestra graciosa Majestad —dijo el monje; bajó la mirada al suelo, con modestia. Su voz parecía respetuosa—. Nuestra Fe (quizá no muy distinta de vuestro propio credo, aunque menos venerable y con menos seguidores) nos dice que Dios es un Científico Loco, y que nosotros somos el objeto de sus experimentos, condenados para siempre a correr por el Laberinto de la Vida a través de castigos aleatorios y aparentemente injustos, a cambio de recompensas insignificantes y sin sentido, y sin ninguna buena razón discernible, salvo su placer malsano.

El Rey miró al monje flacucho. El acento del hombre era molesto y su lenguaje complicado, pero tenía la extraña sensación de que el monje acababa de elogiarle. Se inclinó hacia delante al oscilante ritmo del trono.

—¿También odiáis a Dios? —le preguntó mientras arrugaba la nariz y el entrecejo.

El monje flacucho, vestido con una sotana negra con el único adorno de una pequeña caja de metal atada a una tira de piel que llevaba al cuello, sonrió de forma extraña y dijo:

—Sí, Majestad. Lo odiamos con ganas.

—Bien —replicó el Rey. Se echó de nuevo hacia atrás y examinó al monje flacucho. El monje miró al cortesano que había informado al Rey, pero el cortesano sacudió la cabeza. No se le podía hablar al Rey hasta que el Rey se lo pidiera.

El Rey se enorgullecía de ser una especie de estadista; conocía el valor de los aliados, aunque el reino en sí fuera bastante autónomo y no sufriera ninguna amenaza externa inmediata. Había bandidos y rebeldes en el interior, como siempre, pero el Rey sabía cómo tratarlos; se lo preguntabas a un cortesano y hacías que averiguara cómo los habían tratado en el pasado. Pero los tiempos cambiaban en el exterior, aunque allí dentro no, y nunca hacía ningún daño hacer que la gente del mundo exterior simpatizara con Pharpech, ya que al Rey siempre le había molestado que tan pocas personas hubieran oído hablar de su reino.

Interrogaría al monje.

—¿Cuántos sois?

—¿Aquí en su reino, Majestad? Solo yo, de nuestra orden...

El Rey negó con la cabeza.

—No, en todas partes. ¿Cuántos sois en total? El monje flacucho pareció entristecerse. —Solamente somos unos cuantos miles en estos momentos, vuestra Majestad —admitió—. Aunque muchos de nosotros ostentamos puestos de cierto poder en los que, por supuesto, debemos mantener en secreto nuestras creencias. —Hmm —dijo el Rey—. ¿Quién es vuestro líder? —Majestad —dijo el monje, con aspecto turbado—, no tenemos líder. Tenemos un parlamento, una asamblea de iguales en la que cada hombre es su propio sumo sacerdote. Y ahí radica nuestro problema. —El monje flacucho levantó la mirada y le dedicó al Rey una sonrisa más cálida—. Veréis, vuestra Majestad, vengo humildemente, en nombre de mis compañeros, a pedirlos que os convirtáis en nuestro líder espiritual.

Peticiones, peticiones, peticiones. El Rey estaba más que harto de tantas peticiones. Pero al menos, aquella era de fuera de Pharpech, de gente que no le debía nada, así que tenía mucha cara al pedirle algo... No, aquella petición venía de personas que lo hacían por respeto a él y a lo que representaba. Le gustaba la idea.

—¿Líder espiritual? —repitió, intentando no sonar demasiado halagado por el título.

—Sí, vuestra Majestad —respondió el monje—. Nos gustaría que aprobarais nuestro humilde credo, ya que vos sois la cabeza de una fe similar que ha sobrevivido durante varios siglos, y (si fuerais tan amable de concedérnosla) que nos otorgarais la bendición final de convertirnos en el líder de nuestra iglesia. Nosotros nos comprometeríamos a no hacer nada que pudiera deshonar vuestro nombre, y a hacer todo lo posible por ayudaros a honrar el nombre de vuestra Majestad y del Reino de Pharpech. —La modestia del monje parecía conmovedora—. Majestad, por favor, creedme cuando os digo que no deseamos abusar de vuestra renombrada bondad y generosidad, pero tanto es el respeto que sentimos por vos y tan grande es nuestro deseo de obtener vuestra aprobación (a pesar de ser los indignos infelices que somos), que creímos que no intentarlo sería faltar a nuestra fe.

El Rey parecía desconcertado. No quería darles su bendición a unos indignos infelices. De esos ya tenía muchos.

—¿Qué? —Le dijo al monje—. ¿Me estás diciendo que sois unos indignos infelices? El monje flacucho pareció vacilar un instante, pero después inclinó la cabeza.

—Solo comparados con vos, vuestra Majestad. Comparados con los infieles somos los más dignos e ilustrados. Como suele decirse, la modestia es más eficaz cuando no te la pide nadie. —El monje le sonrió de nuevo. Sus ojos parecían húmedos.

El Rey no comprendió la última observación (probablemente a causa del extraño acento del monje), pero sabía que el hombrecillo creía haber dicho algo ingenioso, así que se rio con educación, miró a sus cortesanos, y les hizo un gesto con la cabeza para que también rieran y asintieran. El Rey se enorgullecía de saber hacer que la

gente se sintiera cómoda.

—Buen monje —le dijo mientras se retrepaba en el Trono de Stom y se ajustaba la toga de día a su alrededor, mientras el enorme trono se balanceaba suavemente—. Creo que aceptaré tu humilde petición. —El Rey sonrió—. Ya hablaremos con más calma. —Puso su cara de sabio, y el monje flacucho pareció tan contento que casi resultaba patético. Se limpió los ojos con el dorso de la mano.

¡Qué conmovedor!, pensó el Rey.

Hizo un gesto cortés con la mano y se formó un rizo en el espeso humo del incienso. Señaló a un par de secretarios que estaban de pie a un lado, con unos cojines en los que había varios objetos planos: cajas de metal recargado.

—Bueno, creo entender que nos has traído algunos regalos...

—Así es, vuestra Majestad —dijo el monje; miró atrás cuando los secretarios se acercaron arrastrando los pies. Se quedaron de pie a su lado. Él cogió la caja del primero de ellos y la sostuvo delante del Rey. Parecía una versión más grande de la pequeña caja que tenía colgada al cuello—. Es un libro, vuestra Majestad. —Jugueteó con el cierre de la caja metálica.

—¿Un libro? —exclamó el Rey. Se inclinó hacia delante en el trono y agarró los bordes de las alas del stom. Odiaba los libros—. ¿Un libro? —rugió. ¡Sus cortesanos sabían cuánto odiaba los libros! ¿Cómo habían podido dejar que aquel melindroso canalla se presentara ante él si sabían que le llevaba libros? Miró furioso a sus cortesanos más cercanos. Sus expresiones cambiaron al instante de una satisfacción sonriente a una indignación horrorizada.

—¡Pero es el libro de Dios, vuestra Majestad! —gimió el monje flacucho; la mandíbula le temblaba mientras luchaba por abrir el estuche de metal enjorjado del libro.

—¿El libro de Dios? —bramó el Rey, que se puso de pie sobre el Trono de Stom. Aquello era... ¿cómo se decía? ¡Sacrilegio! El gran trono se balanceó de un lado a otro mientras el Rey miraba con furia al desdichado monje—. ¿Has dicho el libro de Dios? —le gritó. Levantó una mano para ordenar que se llevaran de allí a aquel herético... hereje.

—Sí, vuestra Majestad —respondió el monje abriendo el libro de repente y pasando las hojas—. ¡Porque está en blanco!

Levantó el libro delante de él, como si fuera un escudo, y apartó la cara ante la furia del Rey, mientras las páginas blancas revoloteaban y se abrían como un abanico.

El Rey miró a sus cortesanos. Parecían sorprendidos y enfadados. Era consciente de que estaba de pie sobre el trono en movimiento, en una posición que habría hecho parecer imbécil a cualquier hombre de posición menos elevada.

Pensó con rapidez. Entonces se dio cuenta de que era bastante gracioso. Comenzó a reírse. Se sentó en el trono, todavía riéndose, y miró a sus cortesanos hasta que ellos

también hicieron lo propio.

—¿Cómo, buen monje? ¿Están todos en blanco?

—¡Sí, vuestra Majestad! —dijo el monje flacucho; tragó saliva y dejó el primer libro para coger el siguiente, que llevaba el segundo secretario—. ¿Veis? —Dejó aquel y cogió el siguiente, y el siguiente, y el último—. ¿Veis, vuestra Majestad? Veis, veis, ¡todos en blanco! Y mirad; las páginas son demasiado resbaladizas y brillantes como para escribir en ellas; ningún bolígrafo de tinta funcionará con ellas, los láser se limitarían a reflejarse. Ni siquiera se pueden usar como libretas en blanco. ¡Son unos auténticos Libros Inútiles!

—¿Qué? —gritó el Rey. Echó la cabeza atrás y se rio con ganas—. ¡Inútiles! —gritó, y se retrepó en el Trono de Stom mientras se reía con tanta fuerza que le dolían los costados—. ¡Inútiles! —Se siguió riendo hasta que empezó a toser. Apartó con un gesto a un cortesano que le llevaba un vaso de vino y se sentó derecho en el trono, desde donde sonrió al monje con amabilidad.

—Eres un buen tipo, pequeño monje, y un honor para tu orden. Puedes quedarte aquí como nuestro invitado, y ya continuaremos nuestra conversación. —Muy satisfecho consigo mismo por aquel elegante discurso, el Rey chasqueó los dedos para llamar a un secretario, que corrió a complacerlo con la pluma y el cuaderno listos, y la cabeza inclinada—. Asegúrate de que nuestro pequeño monje es bien recibido —le dijo el Rey—. Búscale un buen alojamiento.

—Sí, Majestad.

El secretario se llevó de allí al aliviado monje. El Rey examinó los libros de páginas brillantes. Soltó unas risillas y ordenó que los pusieran con los artículos inútiles más pequeños, en la galería de trofeos del castillo.

—Mierda —dijo Cenuij, sentado en la cama de la habitación de Miz y Dloan, con la vista fija en la pequeña pantalla adhesiva que Miz había desenrollado sobre las mantas. Mostraba una vista fantasmal de una vitrina de cristal con una colección de utensilios eléctricos anticuados.

—Parece el escaparate de un drama histórico —dijo Miz. Hizo girar la vista nocturna que ofrecía la joya falsa en la cubierta del libro, pero solo les mostró más utensilios de cocina inútiles.

—¿Es seguro transmitir esto? —dijo Dloan mientras escudriñaba la pantalla. Miz se encogió de hombros.

—Es pseudodireccional después de la primera descarga, y el transmisor va saltando entre frecuencias. Dudo que tengan algo que pueda detectar esto, aunque no estén tan faltos de tecnología como pretenden.

—Supongo que esto funciona según el mismo principio —dijo Cenuij, que tenía en la mano el libro en miniatura que llevaba colgado del cuello. Bajo los trapos que se había puesto para ir a El Cuello Roto llevaba el sencillo hábito negro que vestía

desde que había entrado en el reino.

—Sí —respondió Miz—, pero no lo uses salvo que se trate de una emergencia, por si acaso. —Probó con la vista sónica de otra joya engarzada en la cubierta del libro pinchado del castillo, pero lo único que mostraba la pantalla era un holograma en mono del interior de una pequeña vitrina. La última joya falsa, un detector de campo eléctrico, no registraba nada, ni siquiera la actividad de los aparatos eléctricos que la rodeaban. Estaba claro que las fuentes de alimentación de reserva que pudieran tener se habían agotado hacía mucho tiempo.

—Nada —dijo Miz; apagó la pantalla.

—Creía que los pondría con su único libro —admitió Cenuij. Se encogió de hombros—. Oh, bueno, gracias a ellos estoy en el castillo. Y tengo la confianza de su Majestad.

—¿Es un sitio divertido? —le preguntó Zefla, mientras servía bebidas para todos. Cenuij agitó un brazo.

—Lleno hasta arriba de tesoros, basura, celos mezquinos, tramas patéticas, superstición y sospechas —respondió.

—Debes sentirte como en casa, Cenuij —le dijo Sharrow.

—Totalmente —coincidió él—. No os estoy echando nada de menos.

—¿Has tenido ya alguna oportunidad de buscar el libro? —le preguntó Miz.

—Dame tiempo —dijo Cenuij enfadado—. Solo llevo allí dos días; es un poco pronto para empezar a preguntar por los tesoros del castillo. Hasta ahora solo me he reunido una vez con el Rey, y demasiadas veces con la Reina y un par de niños extremadamente desagradables, y he tenido que confraternizar con un puñado de cortesanos viciosos e insípidos y con otros tantos funcionarios religiosos bastante cretinos. La vida impía de Pharpech parece consistir básicamente en levantarse a una hora demasiado temprana y cantar blasfemias a Dios en capillas ventosas, entre comidas profundamente sosas y ratos de cuchicheos cuya inconcebible mezquindad solo es comparable con su venenosa malevolencia.

»Hasta ahora sólo he descubierto la situación aproximada de las cámaras del castillo. Sospecho que cuentan con una tecnología más avanzada que el resto de este miserable parque temático retro, pero todavía no sé nada más. —Cenuij se bebió su jarra de vino con rapidez—. Bueno, ¿qué han estado haciendo los turistas mientras yo me infiltraba en el mismo corazón del reino y me ganaba la confianza de su principal habitante, con gran riesgo para mi integridad física?

—Pues nada, haciendo el gilipollas por ahí —sonrió Miz.

—Comprobamos las armas y eso —dijo Dloan.

—Quemamos las páginas vacías que quedaban de los libros Inútiles —dijo Zefla —... al cabo de un rato.

—Miz ha identificado el lugar donde se divierte la fraternidad criminal del lugar, entre un acto de maldad y el siguiente —dijo Sharrow—. Dloan está organizando un viaje al interior del reino para entrar en contacto con los rebeldes, y Zefla y yo

estamos realizando discretas pesquisas sobre los distintos movimientos reformistas pro-derechos de los artesanos, comerciantes y mujeres.

—Bueno, al menos os mantenéis ocupados —dijo Cenuij. Sonrió.

—Sirve para pasar el tiempo mientras tú haces todo el trabajo, Cenny —le dijo Sharrow.

El reloj de la catedral repicó sin ganas a lo lejos. Cenuij apuró su jarra de vino.

—Claro. Bueno, toca a vísperas; llegó el momento de ir a cantar las maldiciones de Dios. Será mejor que vuelva y siga haciendo todo ese trabajo, ¿no? —Le dio la jarra a Sharrow—. Gracias por el vino.

—No hay de qué.

El ladrón se introdujo con sigilo en el reservado a través de las cortinas sucias que llegaban hasta el suelo y se sentó en el banco de caballete frente a Miz. El ruido de la cargada taberna solo disminuyó ligeramente cuando las pesadas cortinas se echaron hacia atrás. Un par de velas de llama amarilla, una en cada una de las estrechas paredes del reservado, vacilaron con la corriente.

El ladrón era pequeño para ser de Miykenns. Vestía de negro, con ropas corrientes, llevaba barba, varias cicatrices en la piel pálida, y tenía el pelo grasiento. La nariz era ancha, las fosas nasales se abrían sobre unos labios de sonrisa burlona. Tenía los ojos hundidos, escondidos.

—¿Querías verme, hombre de Golter? —Su voz era baja y ronca, pero tenía una extraña suavidad que a Miz le recordaba a la de una cuchilla contra la carne; la forma en la que se introducía, al principio sin dolor, casi desapercibida.

Miz se echó hacia atrás en el asiento, con la jarra de cerveza con especias en la mano.

—Sí —le dijo. Señaló la mesa con la cabeza—. ¿Quieres beber algo?

Los labios del ladrón esbozaron una breve sonrisa.

—Ya he pedido una; ¿por qué no me la pagas?

—Vale. —Miz sorbió su bebida, vio que el ladrón lo observaba con desprecio, y después abrió la garganta y se tragó la mitad de la cerveza de una vez; dejó la jarra en la basta mesa de madera con un golpe. Se limpió los labios con la manga, para redondear la actuación.

El hombre que tenía sentado enfrente no parecía impresionado. La cortina se abrió delante de él; el tipo se dio la vuelta, agarró la muñeca de la camarera que acababa de entrar, y le sonrió mientras ella dejaba la botella y la copa en la mesa. Ella le devolvió la sonrisa, nerviosa.

El ladrón se volvió a Miz.

—Bueno, paga a la chica.

Miz metió la mano en el bolsillo de su chaleco y le dio a la chica algunas monedas. Ella abrió la boca al ver lo que le daba; después intentó cerrar la mano y salir rápidamente de allí.

El ladrón todavía la tenía cogida por la muñeca; tiró de ella y la muchacha cayó sobre la mesa. Dejó escapar un pequeño grito de dolor. El ladrón le abrió los dedos y le quitó el dinero que Miz le había dado. Miró las monedas y pareció sorprenderse. Cogió dos de ellas y se las metió a la chica en el corpiño; después la puso derecha y le dio una palmada en el trasero para sacarla del reservado. Mordió una moneda y la puso con el resto, bajo su túnica oscura.

—Te has pasado con la propina —le dijo a Miz, tras romper el sello de la botella y servirse un licor de trax en la pequeña copa de corteza.

—Sí —respondió Miz—. Con eso y con la anticuada cortesía que se le muestra aquí a las mujeres, me está resultando muy difícil encajar.

El ladrón bebió de su copa y observó a Miz por encima del borde. Se le movía la garganta al tragar. Se llenó la copa de nuevo.

—He oído que los hombres de Golter le dan la polla a sus mujeres para que se la guarden cuando se unen a ellas.

—Solo los más afortunados —dijo Miz. El ladrón lo miró sin apartar la vista. Miz se encogió de hombros y extendió las manos—. Lo que no sabes es dónde las guardan.

El ladrón se bebió la segunda copa de trax y tiró en la mesa las últimas gotas del licor. Escupió en la pequeña copa, limpió el interior con el borde de su chaleco de piel y se inclinó hacia Miz con la copa entre las manos, como si fuera una joya.

—¿Bebes? —le dijo mientras ponía la otra mano en la botella.

Miz empujó la jarra hacia el otro hombre, cogió la copa de corteza y dejó que el ladrón se la llenara. Miz se bebió el trax de un trago. Era fuerte; intentó no toser. El ladrón apuró la jarra; después se echó hacia atrás, sacó la cabeza por la cortina y gritó algo.

La camarera volvió a través de la cortina con otra copa y dos jarras llenas de cerveza. Miró al ladrón, que miró a Miz.

Miz dijo:

—Oh, no, por favor, permíteme —y sacó más monedas de su chaleco.

Pagó a la chica más o menos lo que el ladrón le había dejado antes. Aún así, parecía contenta.

—Bueno —dijo el ladrón—. ¿Qué querías?

Miz sorbió su cerveza.

—Puede que me interese exportar algunas reliquias étnicas —contestó.

—Habla con el castillo —le dijo el ladrón.

Miz se encogió de hombros.

—La verdad es que las reliquias étnicas en las que estoy interesado... —Miz echó

la cabeza a un lado y miró al techo de la taberna, más allá del reservado—... no están a la venta. Pero le pagaría un buen precio a quien pudiera conseguírmelas.

El ladrón agitaba la cerveza dentro de la jarra.

—¿De qué cosas estás hablando? ¿Dónde están?

—Podría ser casi cualquier cosa —dijo Miz—. Algunas de ellas... —Imitó a ladrón y se puso a agitar la jarra de cerveza—... podrían estar en el castillo.

El ladrón lo miró a los ojos.

—¿El castillo? —dijo, sin entonación alguna.

Miz asintió.

—Sí. ¿Crees que sería posible que algo del castillo cayera en nuestras manos?

El ladrón asintió y pareció apartar la mirada. Se levantó lentamente, con la jarra en la mano.

—Espera aquí —le dijo—. Conozco a alguien que quizá pueda ayudarte. —Salió del reservado a través de las pesadas y feas cortinas.

Miz se quedó allí sentado un momento. Bebió cerveza. Observó el mugriento reservado. El lugar apestaba a sudor, a bebida derramada, posiblemente a sangre derramada, y a algo que Miz sospechaba se habría podrido hacía tiempo. El Ojo y El Atizador; había oído nombres más inspirados para una taberna. Aquella estaba en la zona menos fiable de la ciudad de Pharpech, bajando la empinada ladera de la colina que partía del castillo y torciendo al este en un área de crujiendo casas en ruinas, en las que había tenerías apestosas y fábricas de harina de huesos. A pesar de que llevaba una pistola en el bolsillo y una daga vibradora en la bota, se había sentido muy vulnerable al llegar allí.

Miró el borde superior de la pared del reservado, un metro por encima de su cabeza y un metro por debajo del techo con manchas amarillas del bar. Estaba seguro de que había estalactitas marrones colgando de allí.

Volvió su atención a la pared de corteza que tenía detrás. La miró con más atención y distinguió una clara línea negra grasienta más o menos a la altura de su cabeza, donde incontables cabezas sin lavar de cabellos probablemente habitados habían dejado su marca con el paso de los años. Miz chasqueó la lengua asqueado y se tocó la nuca. Cambió de postura en el asiento, levantó los pies y se sentó de lado en el banco, con la cabeza apoyada en la pared lateral del reservado.

El ruido del bar parecía haber disminuido. Giró la cabeza con el ceño fruncido.

Las pesadas cortinas se sacudieron. Tres flechas se incrustaron en la corteza de la parte de atrás del reservado, cerca de la parte inferior de la línea de grasa que había estado mirando segundos antes, donde había estado su cabeza.

Él las miró. Después sacó la pistola del bolsillo y empujó la jarra, que derramó cerveza por la mesa y salpicó con ella el suelo manchado; el charco llegó hasta el borde de la cortina, donde podrían verlo desde fuera.

Miz se puso de rodillas y se columpió en silencio para llegar al banco de enfrente, al otro lado de la mesa. Se sentó en la mesa, con los pies en el banco, a un lado del

reservado. El exterior seguía en silencio; solo unos cuantos susurros y el ruido de un par de sillas que arañaban los tablones irregulares del suelo. Había tres pequeños rasguños en las cortinas, por donde habían entrado los proyectiles. Los agujeros dejaban entrar diminutos rayos de luz ahumada.

Esperó, con la pistola preparada y el corazón a cien. La cortina se movió un milímetro; la luz de uno de los tres agujeros se apagó. Miz metió un brazo por la división de las cortinas y cogió al hombre que estaba fuera por el cuello, mientras se lanzaba hacia fuera. Aterrizó agachado, de espaldas a la estrecha división de corteza entre los dos reservados, con el brazo agarrado con fuerza al cuello del hombre que había cogido, que cayó sentado al suelo. Era el ladrón con el que había hablado; Miz le puso la pistola justo debajo de la oreja derecha.

El bar se había vaciado casi por completo; solo la neblina de humo y unas cuantas bebidas sin terminar daban fe de que el lugar había estado atestado tan solo unos minutos antes. De pie y de espaldas a la barra había tres hombres con arcos. Uno de ellos había recargado, otro estaba a punto de meter la flecha en la ranura, y el tercero se había quedado helado en el acto de tensar de nuevo el arco.

El que tenía el arco cargado lo apuntaba con él. Miz empujó la cabeza del ladrón hacia un lado con el cañón del láser. El ladrón olía a rancio; se resistió un poco, pero Miz apretó más el brazo que le sujetaba el cuello sin quitarle los ojos de encima al hombre del arco. El ladrón se quedó quieto. Respiraba con dificultad.

Todavía quedaba un par de hombres más en el bar, cerca de la entrada; los dos llevaban pistolas de aspecto pesado, pero parecían retroceder hacia la puerta. A Miz le preocupaba más el reservado que tenía junto a él. Le había parecido ver por el rabillo del ojo que las cortinas se movían. Se puso de espaldas a las cortinas del reservado en el que había estado antes.

—Bueno, chicos —dijo Miz sonriéndole al hombre del arco—. Seamos razonables y nadie saldrá herido. —Se levantó lentamente, manteniendo al ladrón entre él y los tres hombres con arco—. ¿Qué me decís?

Nadie dijo nada. El ladrón del que tiraba seguía resoplando. Miz podía sentir cómo el hombre intentaba tragar. Soltó un poco la presa.

—Quizá nuestro amigo tenga algo que decir —dijo Miz. Los dos hombres que estaban cerca de la puerta salieron. Miz volvió a pinchar al ladrón con la pistola.

—Di algo tranquilizador —añadió.

—Dejadlo ir —jadeó el ladrón. Seguía sin haber ninguna reacción.

Estos paletos están esperando algo, pensó Miz. Oyó un ruido detrás de él, en el reservado. ¡Habían pasado por encima! Se oyó un chapoteo en el suelo, a sus espaldas. Se dio la vuelta, con el ladrón todavía cogido por el cuello. Una hoja larga y delgada apareció entre las cortinas y se le clavó al ladrón en el torso, justo bajo el esternón; la punta reluciente salió por la espalda, a través de la túnica. Gruñó.

Miz ya se había agachado, lanzado y girado. El proyectil del arco le dio al ladrón en la nuca y envió al cadáver de golpe hacia delante a través de las cortinas, para caer

sobre el hombre que llevaba el cuchillo y tirarlo de espaldas sobre la mesa.

La pistola de Miz hizo un ruido entre crujido y chisporroteo. El hombre que había disparado la flecha se sacudió cuando los rayos le golpearon el pecho y las llamas le lamieron los bordes de los pequeños cráteres abiertos en la chaqueta. Soltó el arco y dejó caer la cabeza. Se quedó así un instante, mientras Miz se alejaba del reservado donde el hombre del cuchillo intentaba librarse de las cortinas y del cuerpo del ladrón. Entonces el hombre del arco cayó lentamente hacia atrás, se golpeó la cabeza en la barra y se derrumbó en el suelo. La sangre chisporroteaba al contacto con las llamas de la chaqueta.

Los otros dos arqueros se miraron el uno al otro. El que ya había cargado el arco sonrió nervioso a Miz. Señaló con la cabeza su pistola, mientras tragaba saliva.

—No nos habíamos dado cuenta de que eres del castillo —dijo y, con mucho cuidado, sacó la flecha de la ranura. El otro hombre relajó la tensión de su arco y lo dejó caer. Ambos miraron al hombre muerto que yacía en el suelo.

El hombre del reservado se quitó de encima el cadáver y gritó desde la cortina:

—¡Yo tampoco, señor! —Una cara barbuda aterrorizada salió lentamente del reservado.

Miz miró a su alrededor con desconfianza. Sonrió con hipocresía a los dos arqueros y al del cuchillo.

—Chicos, os vais a asegurar de que salga indemne de este barrio tan feo. —Miró al hombre del reservado—. Tú, ve a la puerta y dile a los héroes de ahí afuera que te den las pistolas.

El hombre barbudo tragó saliva. Salió de las cortinas y dejó el cuerpo del ladrón mitad dentro y mitad fuera del reservado. Fue hacia la puerta. La abrió con cuidado y gritó algo. Se oyó una conversación, que pareció calentarse, y después se oyó correr a alguien. El hombre de la barba sonrió a Miz de manera enfermiza.

—Han huido, señor —le dijo.

—¿Por qué no haces lo mismo?

El hombre no necesitó que se lo dijeran dos veces; en un instante había salido por la puerta. Miz se volvió hacia los otros dos.

—Muchachos, vosotros me vais a acompañar por la puerta de atrás.

Los dos hombres se miraron el uno al otro. Miz frunció el ceño al máximo.

—Tiene que haber una puerta de atrás —les dijo.

—Sí, señor —respondió uno de los hombres—, pero pasa a través de la tenería.

Miz olisqueó el aire.

—¿Eso es lo que huele? —preguntó—. Pensaba que la cerveza estaba pasada.

—Apesta.

—Échale la culpa a la tenería —le dijo Miz a Zefla mientras ella le secaba el pelo. Sharrow le dio un golpecito con la punta de la bota a una de las de Miz, fabricadas en

aquel lugar.

—Se están cayendo a pedazos —le dijo—. Creía que las habías comprado hace un par de días. Miz se encogió de hombros bajo la toalla, mientras Dloan le pasaba un vaso de vino.

—Sí; no sé qué demonios habré pisado.

—Entonces —le dijo Sharrow—, los rufianes locales no quieren jugar. Se sentó en el único sillón cómodo de la habitación de Miz y Dloan.

—Aparte de jugar a Perforemos la Cabeza de Miz, correcto —le respondió Miz. Miró a Sharrow mientras Zefla terminaba de secarle el pelo—. Estoy preocupado. Cenuij nos dijo que el Rey tenía espías e informadores; ¿qué pasa si en el castillo se enteran de esto?

Sharrow se encogió de hombros.

—¿Qué podemos hacer? Miz señaló a Dloan con la cabeza.

—¿Por qué no vamos todos con Dlo mañana? Lo tomaremos como un safari; saldremos de la ciudad unos días, acamparemos en algún lugar del interior profundo, dejaremos que Dlo (y quizá yo también) se interne y entre en contacto con esos revolucionarios.

—A Cenuij no le parece muy buena idea —dijo Zefla mientras le pasaba a Miz un vaporizador de perfume.

—Gracias —le dijo Miz—. Sí, bueno, ¿no, verdad? Creo que merece la pena aunque solo sea por salir un poco.

—¿Realmente crees que podemos estar en peligro después de esta noche? —le preguntó Sharrow.

—Es posible —le respondió Miz mientras se vaporizaba bajo los brazos.

—¿Y qué hay de Cenuij? —preguntó Dloan.

—No está en peligro —Sharrow agitó una mano—. Podemos dejarle un mensaje con el posadero; no merece la pena que nos arriesguemos a usar el equipo de comunicaciones. —Sharrow asintió y pareció pensativa—. Vale, nos iremos.

—Acampar al aire libre unas cuantas noches —dijo Zefla poniendo los ojos en blanco—. Ah, qué idea tan gloriosa.

El dirigible sobrevolaba la soleada jungla, como una burbuja blanca y azul recortada sobre los cielos blancos y azules de la zona tropical de Caltasp, después de la estación de las lluvias. La bóveda de hojas se deslizaba lentamente bajo él, las cimas de los árboles más altos estaban tan solo a unos cinco metros de la quilla de la barquilla abierta, donde ella, Geis, Breyguhn y el marcial de Geis estaban arrodillados y apuntaban con las largas pistolas por encima de la borda de la cesta con

forma de barco.

Los olores y sonidos de la jungla los rodeaban, misteriosos, emocionantes y un poco atemorizadores.

—Tenemos una orientación perfecta —les dijo Geis en voz baja a ella y a Breyguhn—. El viento nos lleva a una de las mejores zonas, y nuestra sombra nos sigue. —Miró al marcial, un hombre pequeño, regordete y siempre sonriente de Speyr, que parecía más un actor de comedia que un tutor de combate—. ¿No es así, marcial?

—Efectivamente, señor —respondió el marcial con una sonrisa—. Una orientación perfecta.

Cuando Geis les había presentado al marcial, en el cenador del Palacio de Otoño, le había pedido que les demostrara sus habilidades como creyera conveniente. El hombrecillo regordete había esbozado una sonrisa aún más amplia si cabe y, tras sacar de repente un estilete, le había dado la vuelta y lo había lanzado. Un ala blanca, que revoloteaba detrás de una espaldera a unos diez metros de allí, quedó clavado en la madera. Sharrow estaba impresionada y Geis encantado. Breyguhn sufrió una conmoción.

—¿Por qué has hecho eso? —dijo, casi a punto de romper a llorar; pero el hombrecillo levantó un dedo, caminó hacia la espaldera y sacó el cuchillo casi sin esfuerzo. El ala blanca, que solo estaba clavado a la madera por un ala, salió volando...

—¡Allí! —dijo Sharrow señalando el suelo del bosque.

Miraron abajo al pasar lentamente por el lateral de un claro. Había un agujero con agua y, en el terreno polvoriento cerca de él, yacía muerto un gran animal con una suave piel verde y las entrañas desparramadas por el suelo. Otro animal, más pequeño pero de aspecto poderoso, estaba de pie entre los intestinos, y mordía y tiraba de algo que estaba dentro de la cavidad de la barriga del herbívoro caído. El depredador alzó la cabeza para mirar el globo; tenía el pico rojo y dorado cubierto de sangre verde.

—¡Un rox! —susurró Geis—. ¡Maravilloso!

—Argh —dijo Breyguhn mientras lo observaba desde el otro lado de la barquilla.

El marcial sacó la caja de control del dirigible del bolsillo y le dio a un interruptor. La nave a la deriva zumbó sobre ellos de forma casi inaudible y se detuvo. El rox, todavía con las mandíbulas en movimiento para masticar su presa, los miró sin preocuparse. Puso la cabeza de lado, sin dejar de masticar.

—¿Prima? —le dijo Geis a Sharrow.

Sharrow sacudió la cabeza.

—No —respondió—. Tú. Geis parecía encantado. Se dio la vuelta y apuntó con la larga pistola de pólvora. Sharrow observó la mueca de Breyguhn, que miraba por encima del borde de la barquilla, pero que en realidad no disfrutaba de lo que estaba viendo. Sharrow se dio también la vuelta para mirar.

—La pistola, la línea de tiro, el blanco y tú mismo os convertís en uno solo —

susurró Geis mientras apuntaba (el marcial se quedó sentado y asintió sabiamente)—. Mierda; se ha metido otra vez dentro de las tripas de esa cosa.

—Puaj —dijo Breyguhn mientras se sentaba en el otro lado de la barquilla.

—¡No nos balancees! —susurró Geis con urgencia.

El marcial dejó los controles del dirigible, levantó ambas manos sobre la cabeza y dio unas fuertes palmadas. Sharrow se rio; la cabeza del rox salió, cubierta de verde, y los miró de nuevo.

—Te tengo —susurró Geis. La pistola rugió. Geis cayó hacia atrás dentro de la barquilla; una nube de humo bajó con el viento. El rox había dejado de masticar. Se derrumbó, y las rodillas delanteras cayeron en el polvo; una sangre rojo oscuro le salió de la cabeza mientras se caía, daba una patada y se quedaba inmóvil.

—¡Sí!

—Bien hecho.

—Buen disparo, señor.

—Agh. ¿Has acabado ya? ¿Hay mucha sangre?

—Llévanos allí, marcial. Quiero bajar a por un par de trofeos.

—Señor.

—Pobre animal; ¿qué oportunidad tenía? —dijo Breyguhn, mientras observaba desde la barquilla los dos cadáveres tumbados juntos.

—La oportunidad de no ser visto —dijo Geis, feliz, y se encogió de hombros.

—Ha sido rápido —le dijo Sharrow a Breyguhn, para intentar aliarse con la madurez de Geis en vez de con la juventud de su hermanastra, aunque en edad estaba más próxima a Brey, que solo tenía 12 años.

—Sí —dijo Geis mientras preparaba la escala de cuerda y el marcial guiaba el dirigible a través del aire cálido hacia el claro—. Ni siquiera habrá sabido lo que lo golpeaba.

—Sigue pareciéndome cruel —dijo Breyguhn con los brazos cruzados.

—En absoluto —le dijo Geis—. Él mató a ese heuskyn de ahí abajo; yo lo maté a él.

—Es la ley de la selva —le dijo Sharrow a Breyguhn. Geis se rio.

—Literalmente —dijo—. Y no sufrió tanto como debió de sufrir el heuskyn. —Puso cara de perplejidad e irritación—. Muchas veces he pensado que, ya sabes, que eso es lo que realmente importa; sufrir. No la muerte, el matar en sí. Si mueres en un instante, nada más que un instante, sin ningún aviso previo, ¿qué te estás perdiendo? Puede que, de todas formas, tu vida hubiese sido horrible desde ese momento al momento en el que tenías que morir de verdad. Claro que también podría haber sido estupenda, pero el hecho es que resulta imposible saberlo en un momento dado. Creo que no debería castigarse el asesinato instantáneo.

—Pero ¿qué hay de la gente que queda atrás, su familia y sus amigos? —protestó Breyguhn.

Geis se volvió a encoger de hombros y miró por encima del borde de la barquilla,

mientras paraban poco a poco.

—La ley no finge perseguir a los criminales por el efecto del asesinato en los seres queridos.

Él y el marcial tiraron la escala por la borda.

—Pero entonces —dijo Sharrow—, si la gente supiera que pueden matarla en cualquier momento y que su asesino quedaría libre, todo el mundo estaría siempre asustado. Mates a quien mates, siempre habrá sufrido. —Sharrow abrió las manos.

Geis la miró y frunció el ceño.

—Hmm —dijo con los labios tirantes—. Sí, es un buen punto. No había pensado en eso. —Miró al marcial, que le sonreía. Geis se encogió de hombros, le pasó al marcial su pistola y siguió hablando—. Oh, bueno. Habrá que volver a retocar esa idea.

Sacó su cuchillo de la vaina, lo sostuvo entre los dientes, y después pasó por encima del borde de la barquilla y bajó por la escala de cuerda. Sharrow lo observó descender. Salió de la sombra de la nave; la luz del sol se reflejaba en la hoja del cuchillo que llevaba en la boca. Se inclinó más y le apuntó a la coronilla con su pistola, mientras él bajaba por la escala hacia el suelo.

—Perdone, mi señora. —El marcial le quitó la pistola con una sonrisa de disculpa.

Ella se sentó en el asiento. Breyguhn sonrió. Sharrow intentó no sonrojarse.

—No iba a disparar de verdad, marcial.

—Lo sé, lady Sharrow —asintió él mientras sacaba un cartucho de la recámara y le devolvía la pistola—, pero es peligroso apuntar a la gente con pistolas.

—Lo sé —respondió ella—. Pero tenía puesto el seguro y lo siento mucho. No se lo diré a Geis, ¿verdad? —Sonrió con su sonrisa más encantadora.

—Dudo que sea necesario, señora —le respondió el marcial.

—Puede que él no lo haga —le dijo Breyguhn a Sharrow con una sonrisa.

—Bueno, de todos modos no se cree nada de lo que le dices, Brey —dijo Sharrow, desestimando a la chica con un movimiento de mano. Volvió a sonreír al marcial, que le devolvió la sonrisa. Breyguhn frunció el ceño.

—¡Eh, chicas! —gritó una voz débil y burlona—. ¿Os gustaría tener alguna parte en concreto de este animal?

Acamparon en una pendiente baja, al borde de lo que probablemente fuera una sierra de pequeñas colinas dentadas que le habían crecido a la Entraxrln tiempo atrás, lo que había dejado cañones atascados y cuevas oscuras y profundas que llevaban a unos escarpados barrancos en forma de «V»; unas altas agujas se extendían y propagaban por el paisaje, de una forma que parecía más geológica que vegetal; probablemente se tratara de pináculos rocosos envueltos en el íntimo abrazo de la vegetación y convertidos en puntos de fijación para los cables de la membrana. El

paisaje de las colinas y de más allá era todavía más oscuro y ahogado del que habían visto en los tres días que habían pasado desde que dejaran la ciudad. Habían dejado atrás unos cuantos pueblecitos y habían visto un par de pequeños castillos a lo lejos, hogares de nobles menores, pero no se habían cruzado con ningún viajero.

Leeskever, su guía (un trampero delgado, con locuaces conocimientos y espectacularmente feo que habían conocido en El Cuello Roto, y que llevaba un parche en el ojo que a Zefla le parecía muy elegante) les había dicho que si los caballeros deseaban ver salvajes o forajidos al final llegarían hasta ellos, pero que él no pensaba llevarlos más lejos. Estaban en territorio de bandidos.

Miz decidió que su misión era cuidar de las damas. Dloan siguió solo, a pie.

Dejaron que las monturas de yemer pastaran, y pasaron los siguientes dos días caminando cerca del campamento y trepando con cinturones los cables menos inclinados, mientras Leeskever hablaba sobre los miles de animales que había matado, y sobre la media docena de compañeros que había perdido en las garras de stoms, dientes enredados y algunos otros animales salvajes, y por culpa de los efectos de la gravedad al subir por los cables; todos ellos en lugares como aquel.

Sharrow se escabulló del campamento un par de veces, sin que Leeskever se diera cuenta, para internarse medio klick en la maleza de la Entraxrln y hacer prácticas de tiro. Le ponía el silenciador al cañón manual y colocaba algunas frutas ampolla a diez, veinte y cuarenta metros.

En la segunda visita a su campo de tiro privado oyó algo moverse en las alturas, detrás de ella, justo cuando recargaba; puso el cargador en su sitio, dio un paso a un lado y se giró. Le pareció ver algo que se lanzaba sobre ella y disparó.

El cargador que había metido era de dardos metálicos. Comprobó después la recámara; había disparado cuatro proyectiles.

No estaba segura de cuántos habían alcanzado a lo que la estaba atacando, pero desapareció en una nube de sangre morada y tuvo que saltar para esquivarla. Cuando se acercó para remover los restos calientes y humeantes con la bota, no pudo distinguir lo que era, salvo que tenía más pelaje que piel o escamas. El pedazo más grande de hueso con aspecto masticado era del tamaño de su meñique.

Decidió que no necesitaba más prácticas de tiro.

Estaban sentados, sujetos con cuerdas a clavos de corteza dura fijos en el cable de tres metros de ancho que se levantaba sobre ellos. Almorzaron y sintieron el túnel de viento cálido y olor a savia; miraban el suelo, a unos cien metros de ellos. La colina en la que habían montado el campamento se veía a un kilómetro de allí, entre el paisaje grotescamente deformado de la Entraxrln.

Leeskever clavó el grifo en una protuberancia con forma de vena de la superficie del cable. El agua clara se filtró a través de la membrana en el extremo del grifo y comenzó a llenar una pequeña taza colgada por el asa. Leeskever olió el viento.

—Ese viento atraerá al stom del Rey —dijo.

Todos lo miraron.

—Monos planeadores —dijo él—. El stom viene en las migraciones anuales; hay un grupo de machos que está medio domesticado; están posados en el tronco al norte de la ciudad.

—Pero no los montan de verdad, ¿no? —le preguntó Zefla.

Leeskever se rio.

—¡Na! Y tampoco lo han hecho nunca. No te creas lo que dice la gente. El stom prefiere comerte a olerte. Eso de volar montados en ellos es una leyenda. —Sorbió el agua de la pequeña taza y se la pasó a Zefla—. El Rey y su corte van hasta uno de los machos del grupo del tronco, miran las bestias, eligen una como propia, se acercan a ella de puntillas, le echan gas para dormirla y le ponen una marca. Los cortesanos y ministros más cobardes les piden a sus ayudantes que lo hagan; el resto finge ser valiente. —Leeskever aceptó la taza de Zefla y la colgó bajo el grifo goteante—. Después los dignatarios se sientan en sus miradores, observan cómo los stoms derriban a los monos y cada uno vitorea a su bestia. Un espectáculo muy civilizado.

—Eso parece —dijo Miz.

—¿Qué es eso? —dijo Zefla apuntado al suelo.

—¿Eh? —dijo Leeskever—. Ah; ese es uno de los dientes enredados de los que os hablaba.

—¿Ese es el animal que se comía a tus compañeros? —le preguntó Zefla.

—Quizá sea el mismo ejemplar y todo, por lo que sé —respondió Leeskever.

Observaron el lomo largo y a rayas del diente enredado, mientras el cuadrúpedo caminaba lentamente a través de la confusión de raíces, tallos y largos harapos de membrana del nivel inferior de la jungla.

Sharrow recordaba el dirigible y el animal al que Geis había matado. Cuando regresó ensangrentado a la barquilla, les había entregado a ella y a Breyguhn algo tan nocivo y espantoso como las orejas del animal.

Ella había aceptado agradecida su regalo, todavía caliente. Breyguhn no podía soportar tocar aquella cosa sangrienta. Sin embargo, mientras que Sharrow había tirado la suya el día que dejaron el Palacio de Otoño para regresar a sus respectivas escuelas, Breyguhn había guardado su trofeo durante varios años.

Dloan salió del interior profundo a la mañana siguiente, taciturno y fracasado. Había tenido que disparar a un par de bandidos ineptos pero, aparte de aquello, no había visto a nadie más. Puede que hubiera rebeldes y demás por allí, pero se habían mantenido fuera de su camino.

Volvieron a la ciudad aquella tarde, mientras el viento les soplaba suavemente la espalda. Varios grupos de stoms volaban sobre ellos un kilómetro más arriba, en la misma dirección. Leeskever asintió con aspecto de sabio.

Le pagaron en la misma taberna de las afueras de la ciudad en la que habían comido el día después de su llegada a Pharpech. Miz fue solo al centro, disfrazado. Les seguían guardando las habitaciones; un mendigo había preguntado por ellos y el posadero le había dado la nota que le habían dejado. Nadie más había preguntado por ellos.

—¡Una cama decente y agua caliente! —exclamó Zefla al entrar en la habitación que compartía con Sharrow—. ¡Un puto lujo!

Primero durmió bien, después se despertó en lo más profundo de la noche, se preguntó qué estaría pasando, y le dio la impresión de que algo largo y frío le recorría la piel de la garganta.

Se sentó en la cama con un gemido y se quitó el camisón; después se palpó la piel de la parte superior del pecho y, con las manos allí, mirando la profunda oscuridad y oyendo cómo Zefla se movía y hacía un ruidito de persona dormida, se dio cuenta de lo que pasaba.

Era su forma de decirle que seguían en contacto, incluso allí. Adiós a la idea de estar fuera de la red.

La sensación era como un dedo helado que le dibujara la piel, justo alrededor de la base del cuello, como un verdugo que marcara el lugar donde debía caer el hacha. Después otra línea, después otra y otra, cada vez más lejos.

Le dibujaron la forma del Apéndice de la Estrella de la Corona en la piel, hasta la última sarta, hasta el último planeta del sistema.

La larga órbita cerrada de Prensteleraf se le dibujó en el cuello y bajó hasta la parte superior de sus pechos. Después de un rato, al ver que no pasaba nada más, se tumbó de nuevo en la cama blanda y hundida.

La señal final, unos momentos después, fue una sorpresa: una sola línea gruesa, pero no dolorosa, dibujada alrededor de su cráneo, más o menos donde se apoyaría el borde de un sombrero, o de una corona.

Esto no es un sueño, se dijo a sí misma antes de volver a dormirse.

Pero a pesar de todo, por la mañana ya no estaba tan segura.

Trama vegetal

—No me puedo creer que esté haciendo esto —susurró Miz.

Dloan se encogió de hombros. Se rascó la cabeza, y miró la cola grande y ancha que yacía en el polvo de la jaula apestosa. Levantó la cola y después la dejó de nuevo en su sitio.

—Necesito algo para sostenerla en alto —susurró.

—¡Bueno, no me mires a mí! —siseó Miz, agachado junto al hocico de la stom con una bombona de gas. Manióbró la palanca unas cuantas veces y volvió a tirar del gatillo para rociar de gas las narices del animal.

Dloan miró a su alrededor.

—¡Date prisa! —Le dijo Miz—. ¡Este potingue me está dando sueño!

Dloan cogió su cuchillo y se dirigió al costado del animal; se levantó y comenzó a cortar las cuerdas que sujetaban el ala izquierda del animal a su cuerpo.

—¡Dlo! —dijo Miz con los ojos como platos—. ¿Estás loco?

Dloan no dijo nada; dejó que las cuerdas cayeran al apestoso suelo de la jaula. La enorme ala negra de la stom se desplegó lentamente, como una tienda de campaña plegable. El animal se movió un poco. Miz dio un respingo hacia atrás, tragó saliva y volvió a acercarse para rociar el hocico de la stom con más gas.

—¡Schist! Buena chica, buena chica...

Dloan cogió uno de los tablones que sujetaban el ala, lo llevó a la parte de atrás de la bestia y lo apoyó en el suelo, contra la pared de la jaula, para mantener la cola de la stom por encima del polvo. Después desapareció debajo de la cola.

Miz miró la parte delantera de la jaula. Incluso con las gafas intensificadoras, la noche era horriblemente oscura. Zefla controlaba la caseta del vigilante nocturno del zoo, pero Miz se sentía muy vulnerable metido en aquella jaula, agachado a pocos centímetros del hocico de un animal que parecía capaz de tragárselo de un bocado.

Aunque tampoco estaba seguro de querer cambiarse por Dloan. Observó cómo los pies de Dloan golpeaban el suelo conforme se metía bajo el cuerpo de la stom. Miz apartó la vista.

Observó el techo de barras de la jaula. De todas las cosas que se podría haber imaginado hacer en la vida, agacharse en una caja apestosa rodeado de los cadáveres podridos y medio comidos de monos planeadores, en plena noche, en la parte más remota y subdesarrollada de la Entraxrln de Miykenns, para drogar a un animal del tamaño de un pequeño avión, mientras un cómplice manoseaba los genitales de la bestia, no era la primera que le venía a la mente.

La stom emitió un profundo suspiro. Miz le echó más gas. Dloan salió arrastrándose bajo el animal.

—¿Lo tienes? —le preguntó Miz. Dloan asintió. Miz le dio unas palmaditas al animal en el hocico—. Pobrecita; acaba de pasar dormida por lo que probablemente sea la experiencia más agradable que haya tenido en años.

Dloan se quedó allí de pie con un rascador de madera y un pequeño tarro sellado, con los pantalones y el chaleco manchados. Tenía una expresión extraña en la cara.

Miz roció al animal con un último chorro de gas y se levantó.

—Bueno, vayámonos antes de que empiece a gritar que la han violado.

—No —dijo Dloan mientras se acercaba a él.

—¿No? —le preguntó Miz mientras dejaba que Dloan le quitara la lata de gas. Dloan dejó el rascador y el tarro en el suelo, y se agachó junto al hocico del animal; bombeó el gas para rociarle el hocico—. ¡Dloan! —dijo Miz, con incredulidad—. ¿Qué estás haciendo?

—Intento matarla —respondió Dloan. Siguió bombeando y rociando, mientras Miz sacudía la cabeza y caminaba en círculos, con la cabeza entre las manos, murmurando.

Dloan siguió bombeando hasta vaciar la lata y dejar un rocío de gotitas en evaporación alrededor de la nariz del animal. Pequeños riachuelos le caían del hocico y goteaban sobre el polvo. Dloan se mecía agachado en el suelo, rociando mecánicamente con la lata vacía; Miz fue hasta él y lo agarró, entre toses por la nube de gas. Tiró de los enormes hombros de Dloan y, finalmente, logró que se moviera; se cayeron de espaldas en el suelo de la jaula. Dloan volvió en sí y sacudió la cabeza.

—¡Buf! —resolló Miz—. ¡Quítate de encima!

Dloan se levantó tembloroso, mientras sacudía la cabeza. Se tambaleó y miró al silencioso animal, después recogió el tarro y el rascador de madera y anduvo a tumbos hasta la parte de atrás de la jaula. Miz lo siguió y barrió las huellas que los dos habían dejado en el polvo.

Volvieron a cerrar la puerta con un trozo de alambre doblado, recogieron a Zefla de su puesto de vigilancia cerca de la caseta del guarda, y se encontraron con Cenuij en la poterna de una zona del castillo que no tenía iluminación.

—Apesta —le dijo a Miz cuando le pasó el tarro sellado.

—Cállate —le respondió Miz.

Hileras de banderines colgaban sobre la plaza principal de la ciudad de Pharpech; puestos, vendedores y artistas eran el centro de atención de los grupos de gente que daba vueltas y se arremolinaba por allí en celebración de la migración anual de los monos planeadores, del regreso de los stom y, especialmente, del Grupo Real.

En el extremo de la plaza que daba al castillo se oía un gran estruendo, ya que un grupo de hombres que fingían ser stom bailaba en un escenario frente a la tribuna

real. Los bailarines levantaban los brazos para mostrar unas enormes alas negras hechas de membrana tintada y tiras de corteza elástica, mientras corrían y giraban los unos en torno a los otros rugiendo de forma poco creíble. Los sacerdotes y monjas que se sentaban en los niveles superiores de la tribuna, con sus ropajes ceremoniales, entonaban cánticos litúrgicos que describían los actos.

El Rey estaba sentado con la Reina e intentaba no quedarse dormido.

Sharrow le daba bocaditos a un sorbete de fruta ampolla, mientras ella y Miz caminaban entre la gente rechazando chollos y comida.

—No; simplemente creo que ya no podía más —dijo ella—. Las secreciones vaginales de un stom hembra —sacudió la cabeza—. Probablemente ni siquiera lo necesita; apuesto lo que quieras a que os ha gastado una broma a Dlo y a ti.

—Espero que no lleses razón —dijo Miz mientras entrecerraba los ojos—, porque si no será él el que sufra algunas experiencias desagradables mientras duerme.

Surgió un gran grito entre la multitud; unos niños disfrazados de monos planeadores corrieron al escenario delante de la tribuna y corretearon entre chillidos y risitas ante las enormes formas negras de los bailarines-stoms.

El Rey dio un salto al despertar de su ensueño. Aplaudió obediente la sobreactuación de los niños, que fingían morir moviendo las alas y retorciéndose sobre los adoquines del escenario, lo que provocó más vítores.

En las profundidades del castillo, dentro del taller del boticario, había una larga mesa de caballete con una colección de latas de metal batido, cada una de ellas con una tapa de quita y pon que contaba con palanca de bomba y gatillo. Un par de manos color lodo, de dedos delgados, levantaron con delicadeza la lata más decorada de la mesa (la que tenía el blasón real), la abrió, untó el fondo de la vasija a presión con un gel claro y grasiento, y la cerró con cuidado.

El nido de stoms machos, que era un enorme tronco ahuecado a seiscientos metros sobre la capa del suelo y a tres kilómetros al norte de la ciudad, era una caverna oscura y fétida. Para llegar hasta ella había que utilizar una jaula elevadora y unas escaleras internas que se alzaban a través de unos estrechos canales bloqueados por los que se drenaba el agua de lluvia. Antes de llegar a la percha en sí, había una antecámara donde se reunían el Rey, sus cortesanos, otros miembros de la familia real, los nobles y sus parásitos. Allí se apretujaban en un espacio oscuro iluminado con velas y de suelo elástico, y hablaban en voz baja mientras la Guardia Real comprobaba que los stoms machos del nido estaban callados y tranquilos, y que, en general, parecían dispuestos a comenzar una noche de descanso.

No resultaba sorprendente que hubiera tensión en la atmósfera; hasta Cenuij sentía que le afectaba. El aire era cálido y apestaba a stom macho y a nobles

sudorosos. Se deslizó entre la multitud de hombres con sus latas de pintura identificativa, sus pistolas y sus espadas. Se quedó detrás del arzoimpío del Rey mientras el sacerdote exorcizaba las latas de gas de cualquier influencia divina. Después se alejó para esconderse al final del nido, en busca de una posición estratégica.

Todavía entraba cierta de luz del atardecer. Cenuij se agachó y miró a través de una rendija vertical cortada en la parte de atrás de la caverna de la percha, rodeado por las botas y las piernas de los hombres que miraban a través de una rendija horizontal situada más arriba. Era como estar ciego. Se suponía que los miykensianos tenían mejor visión nocturna que los golterianos, pero se preguntaba cómo podían ver algo en aquella penumbra.

—Aquí estamos —dijo la voz rasposa y nasal de la Reina, y Cenuij sintió que alguien tropezaba con él. Se dio la vuelta.

La Reina (una criatura desaliñada con demasiado maquillaje, un gusto nulo y, al parecer, tan incapaz de decidir qué joyas ponerse cada día que al final se las ponía todas) empujaba a su hijo mayor para que avanzara.

—El nuevo chico del coro de papá cuidará de ti —susurró la Reina. Sonrió a Cenuij enseñando todos los dientes—. ¿Verdad?

Cenuij miró al niño; 6 o 7 años, gordo, todo encías y dietes agujereados, con una sonrisa idiota y un stom en miniatura en la mano. Alguna sustancia pegajosa y dulce le rodeaba la boca.

Cenuij sonrió con hipocresía a la Reina.

—Claro que sí —le dijo. El chico le dio el stom de juguete, trepó sobre él dejando un rastro pegajoso y se dejó caer sobre el regazo de Cenuij, con lo que acaparó la vista de la rendija y obligó a Cenuij a jadear; tuvo que levantar al niño un momento para sentarlo en una postura que no le aplastara los testículos.

—¡Asegúrate de que se quede callado! —le susurró la Reina.

El chico metió la nariz en la rendija y se limpió las manos en la sotana de Cenuij. Cenuij clavó la mirada en la nuca mugrienta del niño y pensó en varias formas distintas de cumplir la orden de la Reina.

Los primeros nobles y cortesanos eran los más valientes (o los que habían tenido la peor suerte), ya que habían elegido los stoms que estaban en el extremo más alejado de la percha, cerca de la salida con forma de boca. Se arrastraron por el centro de la caverna masticada y pasaron junto a las formas soñolientas de los stoms agachados, uno o dos de los cuales los observaron pasar y soltaron unos gruñidos profundos que inquietaron a sus vecinos; pero, por lo demás, los stoms no reaccionaron.

A Cenuij, que tenía un punto de observación bajo, y un niño obeso y pegajoso delante de él, le resultaba difícil ver lo que pasaba, aunque sus ojos ya se habían acostumbrado a la penumbra; pero sabía que el hombre en cuestión se acercaría a su stom, le rociaría el gas somnífero por el hocico y después le pintaría un par de zonas

del pecho desnudo con su pulverizador, justo debajo de la raíz del ala, por la parte delantera. A juzgar por los murmullos de aprobación generales y por la reaparición de todos los hombres en cuestión (todos con cara de experimentar un considerable alivio), todo iba según lo planeado.

Llegó el turno del Rey. Había seleccionado uno de los stom que se encontraban en la parte central de la caverna; una bestia grande y de mediana edad que, al parecer, había escogido dos años seguidos porque tenía una marca estupenda en el derribo de monos planeadores. Cenuij hizo caso omiso del olor dulzón del niño que tenía en el regazo y se acercó más a él para mirar por encima del pelo engrasado del chico. Observó cómo la figura de ropas oscuras se agachaba y caminaba entre los ronquidos y ruidos de los animales que dormían.

El Rey se acercó al stom que había elegido. Cenuij apenas pudo ver cómo movía la palanca de la bomba las dos últimas veces. Después apuntó al hocico del enorme animal dormido y lo roció durante un par de segundos.

El stom no reaccionó de inmediato. El Rey se arrastró hacia él, con la lata por delante.

El stom se sacudió; sacó la larga cabeza. El Rey se detuvo y dio un paso atrás. La gente que rodeaba a Cenuij se quedó muy quieta. El stom abrió la boca y bostezó. El Rey lo roció con gas durante cinco, diez segundos. El stom sacudió la cabeza, abrió la boca y rugió. Levantó las patas delanteras hasta casi tocar el techo de la caverna, desplegó las alas, y su bramido retumbó en el nido; los stom de la percha se agitaron y despertaron; los dos que había a cada lado del Rey también se despertaron, con los hocicos olisqueando el aire.

La gente comenzó a gritar y chillar. El chico que tenía en el regazo intentó meterle la cabeza a Cenuij delante de la barbilla para ver mejor; Cenuij apretó la cabeza del niño hacia abajo y se pegó a la rendija.

—¡Corred! —gritaba la gente—. ¡Corred, Majestad! —El stom que estaba delante del Rey vaciló y se tambaleó hacia delante; el Rey levantó la lata de gas y lo volvió a rociar; la bestia volvió a encabritarse y se quedó allí de pie, bamboleándose. Los dos stom que estaban a ambos lados también se levantaron; otros, al fondo de la caverna, salieron de sus nidos, avanzaron a rastras con los cuellos estirados e intentaron llegar al centro de la percha, con lo que bloquearon la vista desde el fondo de la cueva.

—¡Guardias! —gritó alguien. Cenuij sintió un delicioso escalofrío en las tripas. El niño empezó a llorar. El stom del Rey (apenas visible por encima de las cabezas de los otros animales) cayó lentamente hacia delante y desapareció. Se oyó un grito que venía del centro de la caverna. El suelo tembló. La gente chillaba y gritaba alrededor de Cenuij. Él cerró los puños. El chico se le escurrió y salió corriendo a través del bosque de piernas.

Los guardias reales corrieron hacia la cámara de la percha con las pistolas desfundadas. Dispararon a los animales que tenían más cerca, y las armas rugieron y chasquearon; las balas y los láser estallaron entre el grupo de animales, lo que

arrancó gritos, rugidos, y nubes de humo y piel vaporizada. Los tres stoms que se encontraban más atrás se giraron y cargaron contra los guardias, que siguieron disparando, aunque tuvieron que retirarse. Dos stoms cayeron al suelo entre aullidos, con las cabezas rotas y ensangrentadas; uno de ellos aplastó a un guardia bajo él, otro animal herido agarró a uno de los hombres, lo levantó y lo lanzó contra la pared curva de la cámara con un rápido movimiento de cabeza. Una lluvia de disparos le abrió el pecho y cayó. Detrás de él, el empuje hacia la entrada de la caverna se convirtió en marejada y después en estampida; el suelo vibraba con los enormes y sordos pasos de las bestias gigantes, y el aire se llenó de sus gritos y del ruido de las pistolas de los guardias, que seguían avanzando.

La gente que rodeaba a Cenuij chilló y pisoteó el suelo. Él apretó la cara contra la rendija para intentar ocultar su sonrisa.

El tiroteo continuó, con un ruido monótono y sin eco en aquella percha de paredes suaves. Tres stoms más cayeron mientras se alejaban hacia el extremo más alejado de la caverna e intentaban escapar entre chillidos de auxilio.

—¡El Rey! ¡El Rey! —gritaba la gente mientras los guardias se abrían paso hacia el centro de la caverna entre los cuerpos caídos de los stoms.

—El zoquete está muerto, pelotas descerebrados —susurró Cenuij. Los últimos stoms que pudieron escapar lo hicieron; se lanzaron desde la entrada de la caverna a la luz del anochecer. Los animales muertos y moribundos yacían ensangrentados o intentando moverse en el suelo de la percha. Los guardias llegaron al centro de la caverna.

Cenuij recompuso una expresión de abyecta desgracia y se dispuso a apartar la mirada de la rendija. Respiró hondo y cerró los ojos un instante.

—¡Mirad! —gritó una voz. Abrió de nuevo los ojos. Algo se movía sobre los guardias, en la pared del nido, cerca del tejado. Una figura diminuta que movía los brazos.

—¡El Rey! —Gritó alguien—. ¡Hurra! Se oyó un gran vítor. Cenuij se quedó mirando la escena, horrorizado.

La tumba era un cubo de granito negro parcialmente enterrado y situado, siguiendo órdenes de Gorko, en una colina más allá de los jardines tradicionales de la casa Tzant.

Ella recordaba el primer emplazamiento de la tumba; uno de los antiguos criados la había llevado después de la ceremonia, para que pudiera verla sin todos los demás. La carabina le había dicho que la tumba era importante, y que el abuelo Gorko quería que ella la viera así. Ni Sharrow ni la carabina sabían por qué. Después habían vuelto a la casa, a comer pasteles.

Los otros niños siempre le habían tenido miedo al sarcófago negro, porque a media altura, en uno de los laterales, había una pequeña ventana de cristal ahumado y,

si acercabas una linterna, podías enfocar al interior y ver el cadáver embalsamado del viejo abuelito Gorko montado en su motocicleta favorita, con sus mejor traje de cuero gastado por la velocidad, inclinado sobre el manillar como si siguiera vivo, mientras el casco negro y el visor reflejaban la luz de la linterna, con lo que parecía estar devolviéndote la mirada.

La mayoría de los niños de su edad huían chillando aterrados cuando veían el cadáver del viejo, pero ella recordaba haber pensado que era bonito que Gorko estuviera colocado en un lugar donde la pequeña ventana ahumada podía mostrarle los valles y colinas de los jardines de la casa, para que el abuelo siguiera disfrutando de unas vistas agradables después de la muerte. Y nunca olvidó que su abuelo Gorko había deseado que ella en concreto viera su tumba, aunque todavía no comprendiera el porqué.

Cuando (como solía pasar cada temporada, más o menos) la jauría de deudores que perseguía a su padre se acercaba demasiado a él, y tenían que abandonar el último hotel en mitad de la noche para dirigirse al santuario temporal de Tzant, a ella le gustaba visitar la tumba de la colina. Se subía a uno de los árboles más cercanos, se arrastraba por la rama más adecuada, y se dejaba caer para sentarse encima del sarcófago, escuchar el viento entre los árboles y mirar en la misma dirección que su abuelo.

A la sombra de los árboles, el granito negro era fresco al tacto, salvo en los días más calurosos, y a veces se quedaba allí sentada o tumbada varias horas, pensando. Había una frase (solo tres palabras) grabada en lo alto de la tumba; decía «LAS COSAS CAMBIARÁN» en letras del tamaño de una mano, con una profundidad de un dedo. A la gente le desconcertaba aquella frase; no era ni un dicho conocido ni una máxima de Gorko. Pero era lo que quería en su epitafio, así que allí estaba.

De vez en cuando limpiaba las hojas caídas, las ramas rotas y los insectos muertos de los pequeños surcos llenos de agua de la inscripción de la tumba. Un invierno había sacado los pedazos de hielo con forma de letra de aquellos surcos y se los había tirado todos a Breyguhn, que le lanzaba bolas de nieve desde el suelo; una de las letras le había dado en la mejilla y había salido corriendo hacia la casa.

Se quedó tumbada en la piedra fría, con la cabeza apoyada en el abrigo. Hacía años que no había estado allí. Miró el trazo de oscuridad que las hojas cobrizas dibujaban sobre el cielo verde azulado, y sintió la brisa cálida que le recorría los brazos y la cara. Cerró los ojos y recordó la primera vez que había hecho el amor al aire libre, unos meses antes, en el cenador de un patio en sombras y apartado de la extensa Facultad de Historia de Yada. Fue una noche de la Semana de Bienvenida, pensó. Intentó recordar el nombre del joven, pero no pudo.

Sacó una mano para palpar las letras cinceladas en la extraña inscripción del cubo.

Se decía que cambiarían la tumba de sitio cuando el Tribunal Mundial vendiera la casa Tzant al año siguiente. Esperaba que permitieran que se quedara donde estaba.

Probablemente otra familia noble compraría la propiedad, o algún nuevo rico, o una gran compañía, pero no veía razón alguna para que no quisieran que su abuelo descansara en paz en la tumba que había elegido, desde la que podía disfrutar de sus vistas favoritas. Podía entender que el nuevo dueño quisiera sentir el lugar como suyo pero, ¿de verdad le importaría dejar un pequeño rincón de la propiedad para que descansaran los restos del hombre que la había construido?

Cerró los ojos. Sí, quizá sí. El tamaño de la tumba y el hecho de que estuviera en un lugar donde no molestaba eran detalles irrelevantes; era un símbolo, y el tamaño físico de un símbolo no afectaba a su importancia... lo que importaba era la intención.

A pesar de todos sus miedos, el día no había ido demasiado mal. Había conseguido evitar a Geis y a Breyguhn en el funeral; de todos modos, Geis había llegado tarde, había tenido mucha suerte al conseguir un permiso por asuntos familiares cuando el fallecido no era un pariente cercano, y Breyguhn se había esforzado tanto por mantenerse fuera del alcance de Sharrow como Sharrow por evitarla.

Sharrow no había visto a Geis desde el baile en casa del padre de él, en Siynscen, hacía un año. Él la había llamado muchas veces desde entonces, sobre todo desde que ella había entrado en la universidad, pero ella siempre había encontrado la forma de evitar un encuentro cara a cara. Se decía a sí misma que era por el bien de Geis; como ella no tenía intención de llevar el asunto más lejos, si se había encaprichado con ella en el baile lo mejor sería que tuviera tiempo para olvidarla y encontrar a otra persona. A veces todavía se ruborizaba cuando pensaba en aquella noche.

No se arrepentía de haber dejado que Geis bailara con ella y todavía no creía haber hecho nada malo pero, para cualquiera que lo estuviese viendo, podría parecer que ella le había tirado los tejos a su primo, y aquello resultaba muy embarazoso. La idea de que quizá pareciera que quería seducirlo para fastidiar a Breyguhn era aún peor.

Allí tumbada sobre la roca negra pulida del sarcófago, Sharrow se restregó una pierna y recordó la puñalada de dolor frío que había sufrido hacía dos temporadas.

No había visto a Breyguhn desde el invierno septentrional, desde aquel mezquino ataque en la pista de trineos. Brey se había ido a la escuela femenina y su padre había seguido apostando, cada vez más hundido en las deudas y la desesperación; Sharrow prefería no saber nada de ninguno de los dos.

Oyó las voces como si fueran parte de un sueño. Eran Geis y Breyguhn.

—... seguro de que no entraremos en guerra —decía Geis—. Todos tienen mucho que perder. Breyguhn dijo algo que acababa en «¿... morir?». Geis se rio en voz baja.

—Claro —dijo—. Le pasa a todo el mundo. Para poder dar lo mejor de ti mismo tienes que sentir un poquito de miedo.

Las voces llegaron hasta el lateral izquierdo de la tumba, donde estaba el camino que subía desde el pequeño valle cubierto de maleza, que se encontraba entre la

colina donde estaba la tumba y el bancal que rodeaba los campos y jardines de la casa. Sharrow rodó en silencio sobre sí misma.

—Pero... nunca debes dejar que nadie sepa que estás asustado —dijo Geis. Sharrow oyó lo que podría haber sido una mano sobre una piedra.

—Este tipo, el viejo Gorko. Puede que tuviera pesadillas sobre la muerte cada vez que se dormía, por lo que sabemos, pero actuaba como si nada lo asustase. Sabía lo que quería y siempre estaba dispuesto a conseguirlo; y, aunque sabía que era peligroso, no dudaba un segundo. —Hubo una pausa—. Fue un gran hombre. De los mejores. Podríamos aprender mucho de él.

Otra pausa. Después:

—¿Nos sentamos? Pareces un poco cansada.

—Vale.

—Aquí; nos sentaremos sobre esto. Sharrow oyó algo agitarse y después crujir. Se preguntó si debería hacerles saber que estaba allí, o arrastrarse hasta el borde para observar a su primo y a su hermanastra. Se quedó allí, sin decidirse.

—Últimamente estás muy elegante —dijo Breyguhn con una risita.

—Ah —Geis se rio también—. Es el uniforme.

—No, no lo se; estoy segura de que un guarro en uniforme sigue siendo un guarro. —Sharrow apretó los dientes; es justo lo que le había dicho a Breyguhn hacía un año. Breyguhn no había estado de acuerdo, por supuesto.

Geis se volvió a reír con amabilidad.

—Bueno —dijo—. Hay chavales en mi curso que necesitarían alguna lección de aseo personal, no te lo niego. Algunos tipos pueden parecer desaliñados en cuanto su criado termina de vestirlos para el desfile. ¿Te importa que fume?

—Claro que no. ¿Eso también lo has aprendido en la Armada?

—Bueno, no es obligatorio —se rio Geis. Sharrow oyó un clic y después olió a humo; aquel suave narcótico estaba prohibido en Yada y era ilegal en algunas zonas de Caltasp. A ella no le iba mucho aquella sustancia; el subidón no era muy fuerte, y olía demasiado dulce.

—¿Qué es eso?

—¿Esto? Es shoan; de Speyr. Inofensivo; te pone un poco alegre, ya sabes.

—¿Puedo probarlo?

—Bueno, no estoy seguro de que tu...

—¿Qué?

—No estoy seguro de que tu edad...

—Ibas a decir que no estabas seguro de que mi padre lo aprobara, ¿verdad?

—Sí. Sí, es verdad.

—Bueno, ya no tiene importancia, ¿no?

Se produjo otra pausa, y lo que podría haber sido un suspiro o una aspiración.

—Brey... —dijo Geis.

—Venga, dame eso ya.

Al cabo de un rato, Breyguhn tosió; después paró.

—¿Estás segura...? —dijo Geis. Breyguhn volvió a toser.

—Guau —dijo al cabo de unos instantes.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Mira, la verdad es que no he tenido tiempo de decirte cuánto siento...

—Vamos, Geis, déjalo.

—Solo quería decirte...

—¡No, no lo hagas! —lloriqueó Breyguhn; después se oyó otro susurro de ropa, y Breyguhn dijo algo más, pero, de repente, sonaba ahogado.

—Vale, vale —decía Geis con suavidad, en una voz tan baja que Sharrow casi no podía oírla.

—Oh, Geis —dijo Breyguhn—. Siempre eres tan... yo siempre... siempre...

—Perdió el control y rompió en sollozos. El llanto se volvió a oír ahogado.

—Brey, Brey... —dijo Geis con suavidad. Se hizo el silencio, y después surgieron algunos sonidos; Sharrow no sabía si provenían de Geis y de Breyguhn, o de la hierba y los arbustos que la rodeaba y se movían con la brisa. Después una especie de gemido.

—Brey —dijo Geis, con cierto tono de censura.

—Oh, Geis, por favor... quiero... tanto...

¿Qué?, pensó Sharrow. Se arrastró hasta el borde del sarcófago, desde donde podía ver el sendero del valle y los arbustos de la ladera de la colina. Miró sobre el borde de la tumba.

Geis y Breyguhn se abrazaban y besaban, los dos arrodillados sobre la capa del uniforme de la Armada de la Alianza de Geis, que estaba extendido sobre la hierba junto a la tumba. Mientras Sharrow observaba, las manos de Breyguhn sacaron la camiseta de Geis de los pantalones y después desaparecieron dentro de ellos. Una de las manos de Geis se movió hacia la falda de Breyguhn, y se deslizó lentamente por su pierna mientras la tumbaba sobre la capa.

Sharrow observó asombrada la cara de Breyguhn durante un segundo, pero después se retiró al darse cuenta de que Brey solo tenía que abrir los ojos para ver que la estaba mirando desde allí arriba.

Sharrow se tumbó cerca del borde del cubo negro y escuchó cómo la respiración de Breyguhn y Geis se hacía más profunda y agitada; oyó el susurro de la ropa al moverse sobre la piel y sobre otra ropa. Las respiraciones se hicieron más audibles y comenzaron a parecer gemidos. Breyguhn gritó en cierto momento, y Geis murmuró algo, pero Brey susurró rápidamente y pronto volvían a gemir juntos, mientras Sharrow seguía tumbada, ruborizada a pesar de sí misma, con los ojos como platos, con la boca cerrada en torno a la muñeca derecha para mordérsela y evitar reírse o gritar y dejar que la descubrieran.

—¡Sharrow! —gritó Geis. Sharrow se quedó helada, con la piel de gallina.

La superficie negra del tejado del sarcófago de repente le pareció muy fría. ¿La había visto? ¿Cómo podía saber...? Pero entonces lo entendió y se relajó. Sonrió, pero se sintió demasiado petulante, así que frunció el ceño, sin saber muy bien si se trataba de un cumplido o un insulto. Escuchó cómo Geis jadeaba mientras decía:

—Brey; Brey; lo siento... Lo siento mucho. No sé lo que... Breyguhn aulló.

A Sharrow se le puso el vello de punta. Breyguhn sollozó algo, pero no pudo entender el qué. Se oyeron más ruidos de ropa; apresurados y urgentes.

—Brey; por favor. Quería decir...

—¡Déjame en paz! —chilló Breyguhn, y entonces Sharrow oyó pasos sobre el sendero de hierba y un último gemido de Geis. Breyguhn apareció donde Sharrow podía verla; se abrió paso entre los arbustos que crecían sobre el sendero; Sharrow comenzó a alejarse de aquel lado de la tumba, por si Brey se daba la vuelta y la veía. Pero Breyguhn no miró atrás; desapareció entre la maleza sin dejar de llorar, de camino a la casa.

Sharrow se quedó allí tumbada otros diez minutos, sin atreverse a moverse. Oyó cómo se vestía Geis, después olió otro cigarrillo de shoan. Le pareció oír que Geis se volvía a sentar y soltaba una pequeña carcajada.

Al final lo oyó levantarse y lo vio a él también alejarse por el sendero.

Se quedó allí un rato más antes de bajar al lugar donde ellos habían estado. Pensó que, por algún motivo, la hierba aplastada junto a la tumba parecía sórdida. Solo con mirarla se sabía lo que había pasado allí. Sonrió para sí y se agachó para coger una colilla medio fumada de shoan. La olisqueó y sopesó la idea de llevársela para después. Pero entonces pensó en los labios de Geis sobre ella, y en los de Breyguhn, y en los labios de Geis en los de Breyguhn...

—Puaj —se dijo a sí misma, y la soltó en la hierba.

Se volvió a poner sus zapatos grises de vestir y se colocó el abrigo color ceniza sobre los hombros. Tomó una ruta algo indirecta para volver a la casa, donde se estaba celebrando sin ella el silencioso ágape tras el funeral de su padre.

—Vamos, Cenuij, ánimo —le dijo Zefla. Le sirvió más vino.

—No me animaré —respondió él arrastrando las palabras.

Habían vuelto a La Uña Arrancada aquella noche; Cenuij había abandonado las festividades del castillo en cuanto había juzgado decentemente posible y se había unido a ellos.

Bebió de su copa.

—No me puedo creer que ese palurdo con cerebro de mosquito haya sobrevivido —dijo mientras sacudía lentamente la cabeza—. Trepó la pared. Cualquiera que se precie tendría que haberlo arrancado de allí como si se tratara de una fruta ampolla, ¡pero esa mierdecilla descerebrada ha sobrevivido! —Volvió a beber con ganas de la copa—. ¡Es ridículo de cojones! —dijo.

—¿Qué ha sido eso? —le preguntó Sharrow, que volvía a la mesa de la sala privada que habían reservado—. ¿Una evaluación autocrítica de tus últimas ideas, Cenuij?

Él la miró a los ojos, con los suyos lacrimosos. La señaló con la mano que llevaba la copa.

—Eso es... —dijo con ojos entrecerrados. La miró un instante. Después suspiró y sacudió la cabeza deprimido—. La verdad es que es un comentario casi justo —admitió mientras dejaba la copa en la mesa y ponía la cabeza entre las manos. Se quedó mirando la superficie de la mesa.

—Oye —dijo Zefla mientras le daba palmaditas en la espalda—. Lo has intentado, Cen. Dos veces.

—¡Dos veces! —dijo Cenuij tras abrir los brazos con las manos abiertas y mirar al techo, como si apelara a él—. ¡Por la sangre del profeta, dos veces!

—No te preocupes —le dijo Zefla.

—Pensaremos en otra cosa —dijo Miz, que se mecía en una silla.

—Al final saldrá todo bien —coincidió Dloan con un gesto de cabeza.

Cenuij miró primero a Zefla, después a Miz y por último a Dloan con ojos legañosos.

—Lo siento pero, ¿podríais ser un poquito más imprecisos? Odio que me bombardeen con detalles.

Miz sonrió y sacudió la cabeza. Dloan se quedó igual.

—Oh, Cenuij... —dijo Zefla mientras le ponía un brazo sobre los hombros.

—«Oh, Cenuij» —murmuró él en un intento por imitarla. Se sacudió su brazo y se levantó—. La naturaleza me reclama —dijo mientras se dirigía tambaleante a la puerta.

Al abrirla, el ruido del bar principal de la taberna (donde la gente celebraba, como era pertinente, el hecho de que el Rey siguiera vivo) subió de tono hasta convertirse en un rugido, y volvió a bajar hasta no ser más que un murmullo cuando se cerró la puerta.

Miz se encogió de hombros. Metió la mano en el chaleco y sacó un tubo inhalador. —Bueno, iba a guardar esto para cuando tuviéramos el maldito libro, pero...

—Ya —dijo Zefla mientras se le iluminaba la cara de forma espectacular—. Pero qué demonios, ¿no? Miz abrió el inhalador. Todos aspiraron un poco.

—De todos modos —dijo Sharrow después de espirar—, quizá esa cámara no sea tan inexpugnable como piensa Cenuij.

—Sí —dijo Miz entre toses—. Joder, reventamos la que guardaba el Apéndice; comparado con aquello, todo lo demás debería ser fácil.

—Conseguir el material es un problema por sí solo —dijo Dloan.

—Piensa en equipo —dijo Zefla con una ancha sonrisa. Le devolvió el tubo a Miz, que miraba la puerta de la habitación con el ceño fruncido—. ¿Qué pasa? —le

preguntó Zefla. Él señaló la puerta con la cabeza mientras se llevaba la mano al bolsillo.

—De repente está todo muy tranquilo ahí afuera —dijo. Los otros escucharon. El zumbido de fondo del bar había desaparecido. Miz se echó hacia delante en el asiento y sacó la pistola.

—La experiencia personal —dijo mientras se levantaba y caminaba hacia la puerta— me ha enseñado que es mala señal cuando los bares pharpechianos se quedan así de silenciosos. —Miró a Dloan e hizo un gesto hacia la puerta—. Ve a mirar, Dlo.

Dloan se levantó en silencio. Miz sonrió.

—Oye, que era broma...

Dloan levantó una mano.

—No, iré yo —dijo. Miz observó la expresión del hombretón.

—Sí —le respondió—. Ve tú. Cuando Dloan abría la puerta se oyeron unos gritos en el piso de abajo, y después unos gemidos y llantos terribles. Sharrow miró a los otros. Dloan salió. Miz lo observó bajar las escaleras que llevaban al bar. Los lamentos subían de tono. Cerró la puerta.

—¿Qué coño es eso? —dijo Zefla con la voz entrecortada.

—Puede que Cenuij haya contado un chiste —sugirió Sharrow. Metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó el cañón manual. Los lamentos siguieron. Dloan volvió indemne un par de minutos después, cerró la puerta tras él y se sentó en su silla.

—¿Y bien? —le preguntó Sharrow. Dloan la miró.

—El Rey está muerto —le dijo él.

—¿Qué? —exclamó Miz, que regresaba a la mesa.

Dloan lo explicó tal y como lo había oído.

El Rey le estaba demostrando a los invitados a su banquete cómo había escapado del stom aquella tarde. Trepó a lo alto de un enorme tapiz que colgaba de una de las paredes del salón de banquetes y se puso de pie en las vigas, mientras agitaba la copa de vino para describir su fuerza, destreza, valentía y equilibrio. Se resbaló, cayó y se golpeó la cabeza con la pesada mesa de banquete, desparramando sobre el décimo plato (el postre) una cantidad sorprendentemente grande de sesos.

—¡Sí! —exclamó Zefla no muy alto, y después se cubrió la boca con la mano. Miró a su alrededor con expresión culpable.

Miz le dio una última chupada al inhalante.

—El Rey está muerto —dijo tras pasarle el tubo a Zefla.

—Al menos eso animará a Cenuij —dijo Sharrow.

Cenuij abrió la puerta y entró. Cerró con llave, cruzó la habitación y abrió la ventana; después le dio una patada a un taburete que había bajo ella; se subió al

taburete y miró al exterior. Se dio la vuelta y los miró con una sonrisa escéptica.

Todos lo miraban.

—¿Cenuij? —le dijo Zefla—. ¿Estás bien?

—Claro —respondió él con voz ronca. Tenía la cara cubierta de sudor. Señaló la ventana con la cabeza—. Vámonos.

—¿Qué? —dijo Miz mientras guardaba la pistola en el chaleco.

—No guardes eso, puede que lo necesitemos —le dijo Cenuij—. Vamos, salgamos. Deja el dinero en la mesa.

—Cenuij —dijo Sharrow—. ¿Lo has oído? El Rey está muerto.

Él asintió rápidamente, irritado.

—Sí, sí, ya lo sé —dijo. Señaló la puerta con la cabeza—. Pero acaban de aparecer un montón de monjes pidiendo alojamiento.

—¿Y? —le preguntó Sharrow.

Cenuij tragó saliva.

—Son huhsz.

Cláusula de escape

Miz tiró un puñado de monedas sobre la mesa y salió al rellano para comprobar lo que decía Cenuij. Zefla cogió las dos últimas botellas de trax. Sharrow se metió el tubo inhalador en el bolsillo; le sorprendió comprobar que le temblaban las manos. Consiguieron convencer a Cenuij de que la caída desde la ventana era demasiado grande; Dloan comprobó el pasillo y encontró unas escaleras traseras.

Miz regresó tras echarle un vistazo al salón de la taberna.

—Sí —susurró—. Son los huhsz.

Un minuto más tarde ya estaban fuera; salieron por el patio trasero de la taberna y caminaron en dirección a un pequeño sendero que atravesaba un campo hasta llegar a la carretera de la ciudad.

Habían pagado a unos portadores de antorchas para que los acompañaran desde la ciudad hasta la taberna, pero no quisieron esperar a que los jóvenes se despertaran y salieran de las cocinas, ni tampoco llamar la atención de los huhsz con las luces. Todos tenían gafas de visión nocturna, salvo Zefla, que iba cogida de la mano de Dloan mientras caminaban a toda prisa por la carretera. Volvieron la vista atrás y vieron un alto carruaje rodeado de figuras oscuras que maniobraba para entrar por el arco del patio principal de la taberna.

—Hijos de puta —jadeó Miz—. He visto diez; ¿y tú? —le preguntó a Cenuij.

—Veinte, quizá más —le respondió Cenuij.

—Mierda —dijo Miz. Miró a Sharrow, un fantasma pálido que caminaba a su lado y disimulaba su cojera sin darse cuenta—. ¿Y ahora qué?

—Nos olvidamos del libro —respondió ella— y huimos.

—Tengo una idea mejor —dijo Cenuij. Sonrió a Sharrow cuando ella lo miró—. Primero frenamos a los huhsz y después huimos.

—¿Cómo? —le preguntó ella.

—Bastará con unas palabras en los oídos adecuados del castillo —dijo Cenuij—. Le diré al arzoimpío que he oído que los huhsz están aquí y que son unos republicanos adoradores de Dios. Eso hará que las autoridades religiosas de Pharpech sientan la ira divina. Sobre todo en estos momentos.

—Bueno, procura no tardar mucho —dijo Sharrow—. Conseguiremos las monturas más rápidas que haya y nos iremos en busca del ferrocarril.

—Puede que lo mejor sea no dividirnos —dijo Zefla—. ¿Y si esperan que Cenuij se quede en el castillo para unirse al duelo o algo así?

—Sí —dijo Sharrow, y miró a Cenuij—. ¿Y si?

—No te preocupes —le dijo él—. Vosotros preparad el transporte; yo retrasaré a los huhsz y saldré a tiempo.

—Dioses, parece caída libre.

Geis sonrió.

—Observa —dijo. Sacó una pluma del bolsillo de su chaqueta de gala de la Armada, la sostuvo delante de él y después la soltó. La pluma cayó lentamente hacia el suelo del ascensor. Geis recuperó la pluma cuando estaba casi a la altura de sus botas de caña alta y se la volvió a meter en el bolsillo.

Sharrow dio un pequeño saltó y flotó hasta el techo, después se impulsó hacia bajo con los dedos, entre risas.

—Se supone que no debes hacer eso —dijo Geis con una sonrisa mientras ella se bajaba el vestido, que se le había subido por las piernas.

—Ya veo por qué decías que teníamos que terminar las bebidas —dijo Sharrow; se agarró a los asideros de la pared. Geis todavía llevaba las copas de la fiesta, pero había insistido en bebérselas antes de entrar en el ascensor para examinar la galería.

El aire silbaba alrededor del ascensor como un grito distante.

Geis miró la pantalla de profundidad.

—Ahora debería empezar a frenar —dijo. El ascensor se sacudió ligeramente, el ruido chillón cambió de tono, y el peso regresó poco a poco.

—De todos modos, ¿qué era esto? —le preguntó Sharrow.

—Una vieja mina de oro —le contestó Geis mientras el ascensor frenaba y notaban el aumento de la gravedad. El grito se convirtió en gemido.

—Parece como si hubiésemos atravesado la corteza —dijo Sharrow mientras flexionaba las piernas.

—Qué va —dijo Geis—. Pero estamos a mucha profundidad; la suficiente como para que sea necesario refrigerar los túneles. —El ascensor se detuvo con suavidad y las puertas se abrieron.

—¿Dónde demonios está? —Sharrow miró el punto donde el primer atisbo del lento amanecer convertía el cielo de membrana en una capa de color azul claro y desigual.

Habían salido de El Cuello Roto casi tan rápido como de La Uña Arrancada. Regresaron al establo del otro lado de la ciudad y vendieron los yemeres. No habían tenido que golpear mucho la puerta para despertar a los propietarios; como la mayoría de habitantes de Pharpech, habían estado despiertos toda la noche, primero celebrando la milagrosa huida del Rey, y después lamentando su trágico fallecimiento. Se suponía que Cenuij se reuniría con ellos allí, pero ya llevaban dos horas esperando.

El establo se había quedado en silencio detrás de ellos. El propietario y su familia se habían acostado por fin. Esperaron fuera, en la calle. Zefla estaba dormida en posición fetal entre el equipaje, con la cabeza apoyada en una caja plana de corteza llena de jarras de cerveza vacías, dejada allí por el dueño del establo para que la recogiera la cervecería local. Dloan estaba sentado junto a ella y miraba la carretera por donde debía llegar Cenuij, mientras que Miz daba vueltas de un lado a otro, y Sharrow alternaba entre quedarse parada con los brazos cruzados y los pies inquietos, y caminar de un lado a otro. Sus cinco monturas y dos yemeres de carga resoplaban de forma irregular, dormidos junto a la carretera.

—Deja que lo llame —le dijo Miz a Sharrow, tras acercarse a ella con el transceptor en la mano. Ella negó con la cabeza.

—Nos llamará en cuanto pueda.

—Bueno, ¡entonces déjame ir para averiguar lo que pasa! —le rogó Miz, mientras señalaba el bulto bajo y oscuro de la ciudad, apenas visible sobre la oscuridad más iluminada que tenía detrás.

—No, Miz —dijo ella. Miz levantó los brazos en un gesto de desesperación.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Esperar aquí para siempre? ¿Irnos sin él?

—Esperar a que vuelva. No podemos dejarlo aquí con los huhsz. De todos modos —dijo Sharrow—, probablemente es el único que recuerda la ruta para volver al tren... —Dejó la frase en el aire al oír el zumbido del transceptor que Miz tenía en la mano.

Miz observó la pared oscura y sin ventanas del establo que tenía detrás, le dio la espalda y encendió el comunicador.

—¿Sí? —dijo en voz baja.

—Miz. —Era la voz de Cenuij—. ¿Tenéis los animales?

—Sí; te hemos dejado el más feo. ¿Qué te retrasa?

—Profanaciones. Escucha; reuníos conmigo detrás de la catedral en cuanto podáis.

—¿Qué? —dijo Miz, y miró a Sharrow.

—Detrás de la catedral. Entrad con los yemeres. Traed mi montura. Y algo del mismo tamaño que el libro.

—¿Del mismo...? —comenzó Miz. Sharrow le cogió la mano y habló al transceptor.

—Cenuij, ¿qué pasa con los huhsz?

—Ya me he encargado de ellos. Tengo que irme...

—¡Cenuij! —le dijo Sharrow—. Tranquilízame.

—¿Eh? —Se le notaba la impaciencia en la voz—. Ah... Es una trampa huhsz; huid si queréis salvar la vida. ¿Contenta?

—No —respondió ella—. Sal de ahí.

—Ni hablar. Detrás de la catedral; traed un libro.

Corto. El transceptor hizo un ruido y se quedó en silencio.

—Vuelve a llamarlo —dijo Sharrow. Miz lo intentó.

—Lo ha apagado. —Se encogió de hombros.

Sharrow miró furiosa el transceptor.

—Cabrón —dijo.

Miz se lo volvió a meter en el bolsillo y abrió los brazos.

—¿Y ahora qué?

El túnel que apareció detrás de las puertas del ascensor tenía cuatro metros de ancho y estaba suavemente iluminado. El aire del túnel era tan cálido como la brisa nocturna que soplaba en la terraza de la casa de campo, cinco kilómetros más arriba, sobre la ladera de una de las Colinas Azules de Pipham, donde la fiesta de Nochevieja todavía estaba en su apogeo. Geis la llevó hasta un pequeño jeep eléctrico. Sacó una pequeña botella de la chaqueta y llenó las copas con el licor de echn. Brindaron con solemnidad, y después él tomó los controles del jeep y el vehículo se puso en marcha; al hacerlo, a Sharrow se le derramó parte de la bebida en el escote del vestido.

—Aj —dijo, y eructó con decoro.

—Huy. —Geis sonrió y le pasó un pañuelo—. Lo siento —le dijo.

—No pasa nada —le respondió ella mientras se limpiaba el vestido. Las luces del pasillo pasaban lentamente junto a ellos conforme avanzaban hacia un conjunto de puertas de color azul acerado que tapaban el fondo del túnel. Ella volvió la vista atrás para mirar el ascensor—. Espero que no te echen de menos en la fiesta.

—Déjalos —dijo Geis. Sacó un paquete de cigarrillos de la chaqueta—. ¿Fumas? —le preguntó a Sharrow al frenar junto a las puertas.

—Shoan, ¿no?

—¿Cómo lo sabes?

—Soy un genio.

Geis sonrió y el jeep se paró; Geis saltó del vehículo, fue hacia las altas puertas, puso la mano en un panel y dio un paso atrás. Las puertas, de un metro de grosor, se abrieron hacia fuera con parsimonia y silencio, y dejaron al descubierto un corto tramo de túnel más estrecho, y después otro grupo similar de puertas.

—Geis —dijo Sharrow con un hipido tras darle una calada al cigarrillo para encenderlo—. Coleccionas puertas. Tu colección de arte consiste en varios grupos de puertas a prueba de bombas nucleares.

Geis volvió a subir al jeep y lo arrancó.

—Ahora que lo pienso —dijo—, sí que son Antigüedades. No había caído.

Ella se metió el cigarrillo entre los labios y alargó la mano hacia él cuando frenaban junto al segundo grupo de puertas.

—Exijo mis derechos de descubridora —le dijo a Geis.

Él le cogió la mano y se la besó.

—Después —dijo él. Salió del jeep de un salto y fue hasta las puertas.

Ella frunció el ceño y se miró la mano; después se dio la vuelta para mirar el primer grupo de puertas; se habían cerrado.

—Oye, Zef.

—¿Mmm? —Levántate, chica; necesitamos tu almohada.

—¿Qué?

La galería era una larga caverna con huecos en forma de cortos túneles, cada uno de ellos equipado con su propia puerta blindada; el techo gris de la galería estaba medio escondido entre tendidos de cables, tuberías y conductos. Geis encendió todas las luces y abrió las puertas de los huecos. Cada hueco contenía unos cuantos cuadros, estatuas, estanterías llenas o un aparato de tecnología antigua.

Ella bebió un sorbo de su copa y fumó el cigarrillo de shoan, mientras caminaba junto a él de hueco en hueco y examinaba la colección de tesoros, algunos de la rama familiar de Geis, otros propiedad de la casa Dascen en sí, no reclamados por el Tribunal Mundial, y algunos otros inversiones de las compañías de la familia de Geis.

Ella fingió mirarlo todo.

—No rescatarías la tumba del viejo Gorko cuando se la llevaron de Tzant, ¿no? —le preguntó con una sonrisa. Él negó con la cabeza.

—No pude. Todavía está bajo jurisdicción del Tribunal Mundial. —Si Geis relacionaba la tumba con su disfrute de Breyguhn durante la tarde del funeral, no lo demostraba—. Acabó en un almacén de Vembyr —le dijo a Sharrow—, si no recuerdo mal. Pujaré por ella, por supuesto, en cuanto se pueda... —Se calló y la miró, desconcertado—. ¿Por qué sonríes?

—Por nada —respondió ella desviando la mirada—. No creerás de verdad que todo esto está en peligro, ¿no? —le preguntó tras taparse los hombros desnudos con el chal, mientras pasaban bajo la corriente helada de una rejilla de ventilación.

—Bueno, solo es por precaución —dijo Geis, mirándola—. ¿Tienes frío? —le preguntó—. Toma, coge mi chaqueta.

—No seas tonto —le dijo ella; apartó la chaqueta que le ofrecía. Él se la colocó sobre el hombro.

—No creo que entremos en guerra. Y, aunque lo hagamos, probablemente acabará rápido, y probablemente se tratará de una guerra espacial; pero no se puede estar seguro. Pensé que lo mejor sería guardar estas cosas en lugar seguro mientras exista la amenaza. Puede que parezca exagerado, pero estas cosas no tienen precio; son irremplazables. Y son mi responsabilidad. —Le sonrió—. Por supuesto, no espero que una estudiante lo comprenda. Todos vosotros apoyáis al bando antiimpuestos, ¿no?

Ella resopló.

—Solo los que no dependen de becas del estado, los que no están demasiado

absortos en sus estudios y los que no están siempre colocados, sí —le contestó ella.

Él se detuvo delante de un hueco en el que brillaba una estatua de mármol pulido que representaba a dos amantes desnudos abrazándose. Geis volvió a llenar la copa de Sharrow.

—Bueno —dijo—. Yo también siento cierta simpatía por el bando antiimpuestos, pero...

—Estás en la Armada de la Alianza, primito —le recordó ella.

—Como enlace logístico, con encargos esporádicos —respondió él—. No es muy probable que participe en batallas espaciales.

—¿Y? —le preguntó ella con desdén.

—Creo que es mi obligación estar ahí —razonó él—. Para representar los intereses de la familia. Pero no quiero estar en posición de tener que...

—Luchar.

—Cometer un error que pueda costar vidas —dijo él con una sonrisa.

Ella apagó la colilla del cigarrillo con el tacón.

—Muy convincente.

Sharrow siguió andando. Geis se detuvo para aplastar de nuevo la colilla con su bota.

Dejaron a Zefla en el establo con su montura y los dos animales de carga, y cabalaron hasta la ciudad. Cenuij se reunió con ellos en una estrecha calle de adoquines situada entre la catedral y una alta e inestable casa de vecinos.

Estaba muy oscuro; no vieron a Cenuij hasta que salió de las sombras de un piso que sobresalía sobre el escaparate de una tienda.

Sharrow saltó de su montura y le agarró el cuello de la sotana con una mano. En la otra llevaba el cañón manual.

—Espero que esto merezca la pena, Mu.

—¡Que sí! —susurró él, mientras Miz y Dloan se unían a ellos. Cenuij señaló la catedral con una mano temblorosa—. ¡El libro está ahí! ¡En la catedral! ¡Ahora! ¡Y casi sin protección!

Miz se inclinó hacia delante y entrecerró los ojos.

—Define «casi».

—¿Dos guardias? —dijo Cenuij.

Miz se enderezó y se dio la vuelta para mirar el bulto oscuro de la catedral.

—Hmm —dijo.

—¿Habéis traído algo del mismo tamaño que el libro? —preguntó Cenuij cuando Sharrow le soltó el hábito.

—Sí —respondió ella.

—Perfecto. —Cenuij se frotó las manos.

—En cuanto al pequeño detalle de los huhsz, Cenuij... —dijo Sharrow.

Cenuij agitó una mano.

—Un destacamento de la Guardia Real fue a rodear la taberna hace más de una hora. Los huhsz se pasarán algún tiempo bajo custodia; estoy seguro de que no verán la luz del día hasta que coronen al Príncipe la semana que viene.

—Entonces, ¿por qué está el libro en la catedral si la coronación no es hasta la semana que viene? —preguntó Miz.

La sonrisa de Cenuij destacaba en la oscuridad.

—El testamento del difunto Rey ordenaba que cuando yaciera de cuerpo presente en la catedral lo pusieran con los pies sobre el libro. Es una posición de ignominia normalmente reservada a los cráneos de los enemigos y a las amantes infieles. La bibliofobia de su majestad al rescate. —Cenuij se colocó bien el hábito, se detuvo y siguió hablando muy remilgado—. Me pareció una oportunidad demasiado buena como para dejarla escapar.

—Será mejor que lleves razón sobre los huhsz —le dijo Sharrow—. ¿Dónde está el libro exactamente? —Seguidme.

—La verdad es que no tuve elección, Sharrow —dijo Geis con cansancio mientras la seguía por los huecos suavemente iluminados—. Tuve que unirme a la Armada por mi propia dignidad y porque, cuando tienes esta clase de poder, no puedes decidir no tenerlo cuando las decisiones se vuelven difíciles. No te puedes buscar evasivas ni delegar; tienes que comprometerte. No puedes permanecer imparcial; puedes decir que eres imparcial e intentar actuar como si lo fueras, pero esa imparcialidad siempre ayudará más a un bando que al otro; así funciona el poder... la influencia que ejerce. —Se encogió de hombros—. De todos modos, es mezquino y hasta deshonesto huir de algo así. Un bando tiene que llevar más razón que el otro, tiene que ser mejor para... para nosotros, y yo tengo la responsabilidad de intentar decidir cuál de los dos es y actuar en consecuencia. Tienes que apoyar a un bando o al otro. —Sonrió a modo de disculpa—. Ya sé que es duro estar en lo más bajo, y quizá por peores motivos, pero tampoco es fácil estar en lo más alto. Se goza de menos libertad de lo que la gente piensa.

—Si tú lo dices —dijo Sharrow, y se encogió de hombros. Llegaron a un hueco en el que había una gigantesca caja de embalar de plástico de un par de metros cuadrados, sobre un par de caballetes bajos.

—Mi última adquisición —dijo Geis dándole unos golpecitos a la caja—. ¿La abrimos?

—¿Por qué no?

Geis abrió los seguros, levantó una palanca y dio un paso atrás. El frontal de la caja se dividió y se abrió hacia afuera igual que las puertas blindadas; una ola blanca de diminutos cuadraditos de espuma salió del interior de la caja y lo inundó todo; se derramó sobre Geis y lo sumergió hasta el pecho; ella dio un gritito y dio un paso

atrás, mientras se reía y la avalancha blanca caía sobre ella; los cuadraditos le llegaron a la altura de las rodillas y le hicieron cosquillas antes de que la inundación se detuviera.

Geis se había dado la vuelta para mirarla, mientras se reía y se quitaba los cuadrados de espuma del pelo. Detrás de él, en la caja de embalaje, todavía sujeta con correas y cubierta de algunos cuadrados de espuma, había otra estatua a tamaño real de dos amantes. La estatua parecía ser parte de una serie; se veía que los amantes habían pasado de los simples besos a copular de verdad.

Geis abrió las manos.

—La marea de la historia —se rio. Ella sonrió. Él caminó entre la capa de espuma y se detuvo delante de ella, para observarla—. Eres tan guapa —le dijo en voz baja.

Dejó caer la chaqueta detrás de él.

—Geis —dijo ella.

—Sharrow... —Le puso una mano detrás del cuello, la atrajo hacia él y la besó. Ella le puso una mano contra el pecho e intentó alejarlo. Los labios de Geis cubrían los suyos, su lengua intentaba abrirse paso. Se acercó más, la rodeó con el otro brazo y la atrajo hacia él.

Ella consiguió apartar la cabeza a un lado durante un instante y tragó saliva.

—Geis —dijo con una risa nerviosa.

Él volvió a apretarla y le besó el cuello, las orejas y la cara, mientras murmuraba cosas que ella no pudo recordar después; y mientras ella intentaba empujarlo, medio riendo, él le recorría la espalda con las manos, bajo el chal, y entre el chal y el fino vestido. Los labios de Geis volvieron a encontrar los suyos cuando ella empezaba a decir su nombre de nuevo, y la lengua de Geis se deslizó dentro de su boca. Ella casi se ahogó, luchaba por mantener la cabeza apartada mientras él se inclinaba sobre ella; soltó la copa para empujarlo con las dos manos.

—G... —intentó decir antes de que los dos cayeran de espaldas en la colina de espuma blanca.

Había dos guardias en la sacristía de la catedral; los habían dejado para que vigilaran el odiado y quizá sagrado libro mientras preparaban a toda prisa la nave de la catedral para aceptar el cadáver del Rey, cuya cabeza estaban intentando rellenar y coser en la enfermería del castillo para que tuviera una fisiología medianamente aceptable.

Uno de los guardias abrió la puerta cuando Cenuij llamó.

—Hijo mío; vengo a exorcizar el libro —le dijo Cenuij.

El guardia frunció el ceño, pero abrió la puerta. Cenuij entró. El guardia asomó la cabeza para echar un vistazo al claustro de fuera. Miz le puso la pistola en la cabeza, con amabilidad, justo debajo de la oreja, y el hombre se quedó muy quieto. Cenuij sacó su propia pistola mientras el otro guardia se levantaba y cogía su carabina.

Geis se puso a horcajadas sobre ella sin dejar de besarla y, de repente, apartó la cabeza, entre jadeos, le abrió el chal con las manos y las metió dentro del vestido, sobre sus pechos y su vientre.

—No pasa nada —dijo él sin aliento, con una sonrisa—. No pasa nada.

Ella empujó la pelvis hacia arriba para intentar tirarlo; se le hundieron los brazos en las suaves profundidades de cuadraditos de espuma.

—Sí que pasa —jadeó ella.

Él se abrió la camisa haciendo saltar los botones.

—No te preocupes —dijo él. Le cogió el vestido y se lo levantó por encima de sus muslos con medias.

—¡Geis!

Él volvió a caer sobre ella, y movió la cabeza rápidamente de un lado a otro para intentar volver a besarla. Le agarró los brazos con las manos, después le sujetó las muñecas con una mano y comenzó a desabrocharse los pantalones.

—No pasa nada, Sharrow —dijo Geis sin aliento.

—¡Geis! —gritó ella—. ¡NO!

—No te preocupes; te quiero. —Geis intentaba bajarse la ropa interior. Ella se quedó quieta.

—Es muy simple —le dijo Miz a los dos guardias que estaban sentados en el suelo de la sacristía. Cenuij estaba de pie junto a la puerta cerrada. Sharrow y Dloan levantaron el libro de su palanquín y lo pusieron en la caja cubierta de vestimentas del altar. Dloan cortó las puntadas de la cubierta de piel del libro con una daga vibradora. Los guardias observaban con los ojos como platos.

—Vamos a llevarnos este libro inútil —les dijo Miz— y lo vamos a reemplazar por esta atractiva caja de jarras de cerveza vacías. —Miz señaló la achaparrada caja de cerveza. Los guardias la miraron y después lo miraron a él—. Y vosotros no vais a decir nada porque, si lo hacéis y nos cogen, destruiremos el libro. Así que tenéis que elegir; podéis dar la alarma y admitir que nos dejasteis llevarnos este artículo de valor supuestamente incalculable sin defenderos, o podéis no decir nada. —Miz abrió las manos y sonrió con alegría—. Y así podréis vivir para disfrutar de estas pequeñas muestras de agradecimiento por vuestra colaboración. —Contó algunas monedas de plata y se las metió a los guardias en los bolsillos.

Sharrow sostuvo la cubierta de piel mientras Dloan abría el libro. La caja que surgió debajo estaba fabricada en acero inoxidable con suaves piedras engarzadas de jacinto, sardónice, crisoberilo y turmalina, y con incrustaciones de espiras doradas. Dloan probó el mecanismo de cierre. Sonrió.

Cenuij lo apartó, puso las manos sobre la caja del libro y le dio la vuelta con cuidado. Había un único glifo en lo que parecía ser el lomo de la caja metálica. Los

demás no reconocieron la escritura, pero la cara de Cenuij irradió felicidad al verlo.

—Sí —susurró mientras acariciaba la superficie del estuche.

—¿Es el libro? —preguntó Miz en voz baja. Cenuij miró a los dos guardias que se alejaban sonrientes hacia sus puestos junto a la puerta.

Sharrow puso la caja de cerveza en el altar. Sacudió la caja haciéndola sonar, se agachó hasta alcanzar el más bajo de los cajones de dos metros de largo y poco fondo, lo abrió y sacó la toga blanca llena de bordados que había dentro. Le quitó parte de la cola con la daga vibradora, después rompió el material en tiras y las metió entre las rechonchas jarras de cerveza. Volvió a agitar la caja, pareció satisfecha con su silencio, le puso la tapa y la deslizó dentro de la cubierta de piel del libro, al mismo tiempo que le daba una patada al cajón de las vestiduras para cerrarlo.

Dloan había encontrado agujas e hilo.

—¿Cómo es tu zurcido invisible? —le preguntó a Sharrow.

Ella negó con la cabeza.

—Más que invisible es inexistente.

Dloan se encogió de hombros.

—Permíteme —dijo con modestia antes de chupar el extremo del hilo.

—Te quiero, te quiero —murmuraba Geis, mientras intentaba meterle la mano dentro de las bragas.

Ella se quedó inmóvil.

—Geis —dijo, tranquila y sumisa.

—¿Qué? —jadeó él. La miró con la cara enrojecida, preocupado.

—¡Quítate de encima! —rugió ella; levantó la cabeza para romperle la nariz, mientras le estrellaba una rodilla entre las piernas.

No pudo darle con la rodilla porque los pantalones de Geis estaban en medio, pero golpeó la nariz y la boca de Geis con la frente. Él gritó. Ella pudo soltarse las manos, se retorció para darse la vuelta bajo él, y pasar brazos y piernas a través del mar de cuadraditos de espuma. Encontró el suelo debajo y, medio arrastrándose y medio nadando, se tambaleó hasta llegar a una pared, donde se puso de pie.

Geis estaba sentado en medio de la cuña de espuma blanca. Se tocó la punta de la nariz, y la miró furioso y con la respiración entrecortada.

—Eso no ha sido muy agradable, primita —le dijo. La voz era suave y monótona. Sus ojos la evaluaban como un depredador, y aquello hizo que Sharrow sintiera un escalofrío. Por primera vez en su vida sentía miedo de un hombre. El labio inferior empezó a temblarle, así que cerró la mandíbula de golpe, levantó la cabeza y le devolvió la mirada a Geis. Se sostuvieron las miradas durante un rato.

Él miró al techo.

—Hay una distancia importante hasta la superficie —dijo en voz baja—. Estamos muy solos. —Comenzó a deslizarse hacia ella a través de la colina de espuma blanca.

Ella tragó saliva.

—Olvídalo, Geis —dijo, y se sintió aliviada al ver que su voz sonaba estable y tranquila, incluso con el terror que sentía—. Ponme un dedo encima y te juro que te arrancaré a mordiscos la garganta, cabrón. —No estaba segura de no decirlo de forma totalmente literal, pero a ella le sonó absurdo y patético. El corazón le latía con fuerza y no podía respirar.

Geis dejó de moverse. La miró un momento más, con la misma expresión de cálculo depredador, como si llevara una máscara sobre los ojos.

Ella jadeó e intentó volver a tragar, con la garganta seca.

Entonces Geis soltó una pequeña carcajada, se relajó y puso cara de estar avergonzado. Sorbió por la nariz, se examinó los dedos en busca de sangre, e intentó mover las dos paletas.

—Bueno, primita —dijo—. Entiendo que la respuesta es «no». —Sonrió.

Ella se volvió a colocar en chal sobre los hombros.

—No ha tenido gracia, Geis —le dijo. Él se rio.

—La idea no era que tuviera gracia —dijo—. Divertido, sí, pero gracioso, no.

—Bueno, pues tampoco —dijo ella mientras se volvía a poner un zapato y miraba a su alrededor en busca del otro—. Encuentra mi zapato y llévame de vuelta a la fiesta.

—Sí, señor —dijo Geis con un suspiro.

Regresaron a la fiesta de Nochevieja en el jeep, el túnel y el ascensor. Geis bromeó, estuvo encantador y se disculpó sin ceremonias por lo ocurrido. Le ofreció una copa de la botella de echirn y otro cigarrillo de shoan; ella se quedó mirando la pared del ascensor y respondió con monosílabos. Geis se rio de ella por aguantar tan mal una broma.

Sharrow se unió a las fuerzas antiimpuestos un mes después.

—La verdad es que nunca pretendí dedicarme al crimen —le dijo Miz a los dos guardias, mientras miraba el reloj. Los otros se habían ido hacía cinco minutos. Les estaba dando una ventaja de diez minutos. Los guardias seguían sentados en el suelo y lo observaban. Él les había quitado los cargadores a sus carabinas de proyectiles, y caminaba por la sacristía con los cargadores en una mano y su pistola en la otra.

Miró un armario alto y después a los guardias.

—Pero tuve malas compañías de joven...

Se subió a un escritorio de aspecto robusto que estaba junto al armario, sin dejar de apuntar a los guardias ni un segundo.

—Mi familia. Miró rápidamente la parte superior del armario, después puso allí los cargadores y saltó al suelo.

—Por supuesto —dijo—, la culpa es de la sociedad...

Estaban sentados juntos bajo las pieles de la parte trasera del trineo descubierto, que atravesaba a toda prisa los escarpados bancos de nieve. El conductor del trineo restallaba el látigo sobre las cabezas de los siales gemelos que tiraban de sus tintineantes correas; la brisa agitaba las copas de los árboles, y hacía caer nieve en polvo y balancearse las luces que colgaban de sus cables sobre la carretera.

—De verdad que vi un VTOL —le dijo Miz cuando el hotel estuvo a la vista, al torcer en la ladera de la colina. El hotel y los otros edificios del pequeño pueblo estaban salpicados de luces que creaban charcos de color ámbar, amarillo y blanco en la nieve y, detrás del hotel, en la pista descubierta de balonmano, relucía la forma elegante y plateada de un jet privado. De la sala de baile del hotel surgía música tradicional, que se mezclaba con los sonidos modernos que salían de las ventanas abiertas del bar; la combinación cacofónica retumbaba en los acantilados que se encontraban detrás del pueblo.

Había gente envuelta en pieles y ropas de esquí sentada en los escalones delanteros del hotel, bebiendo cuencos humeantes con vino de invierno; la respiración de los siales formaba grandes nubes blancas cuando el trineo se detuvo.

Sharrow miró el cuerpo esbelto del jet privado y frunció el ceño.

Estaban esperando a cinco kilómetros del pueblo, donde la carretera formaba una cresta y una serie de tubos de raíz pasaban en diagonal sobre las vías en enormes caballetes de corteza, lo que dejaba el espacio justo para que un jinete pasara por debajo sin agacharse.

Dloan subió a lo alto de uno de los tubos y observó la carretera que llevaba de vuelta a la ciudad. Vio cómo se acercaba un solo jinete. Nadie lo seguía.

—¿Todo bien? —le preguntó Sharrow mientras Miz frenaba al yemer.

Él negó con la cabeza.

—No, joder —dijo rascándose el trasero—. Estas cosas te dejan el culo machacado cuando galopan, ¿verdad?

—¡Sharrow! ¡Primita! ¡Hola!

El bar del hotel estaba abarrotado; Geis tuvo que abrirse paso a través de la multitud para llegar hasta ella, y gritar por encima del estruendo de la música de los altavoces para hacerse oír. Llevaba pantalones cortos y una ligera camisa de verano que parecía extraña entre los trajes de esquí y la ropa de invierno que llevaba todo el mundo. Estaba bronceado, y parecía más atlético y mejor proporcionado de lo que Sharrow recordaba.

—Hola, Geis. Geis; Miz —dijo Sharrow, mientras señalaba con la cabeza a uno y a otro. Vio a Breyguhn moverse hacia ellos a través de la masa de gente—. Mierda —dijo Sharrow entre dientes; apartó la mirada mientras se quitaba el abrigo. Habían

pasado dos años desde la última vez que había visto a Geis, aquella noche en la mina de oro convertida en cámara acorazada, en las profundidades de las Colinas Azules de Piphram. Hacía mucho más tiempo que no veía a Brey, desde el funeral de su padre.

—Señor Kuma —decía Geis con la sombra de una sonrisa, tras detenerse. Miz asintió.

—Encantado —dijo.

—Sharrow —dijo Geis poniéndose entre ella y Miz—. ¡Felices fiestas! —Ella giró la cabeza y dejó que le besara la mejilla—. ¡Una gran fiesta! —gritó—. ¿Tuya?

—No —respondió ella—. Solo del hotel.

Geis hizo un gesto hacia Breyguhn, que se acercaba, y después se volvió a Sharrow.

—No te veo desde la guerra —vociferó—. Nos tuviste muy preocupados cuando oímos que te habían herido. ¿Por qué no respondiste a mis llamadas?

—Estábamos en bandos opuestos, Geis —le recordó ella.

—Bueno —se rio Geis—. Ya está todo olvidado...

—Hola, Sharrow.

—Brey; hola. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Te diviertes aquí? —Breyguhn llevaba un vestido blanco transparente de verano y el pelo recogido con rizos y mechones ingeniosos. Estaba cuidadosamente maquillada y su cara era de una elegante delgadez. Sharrow se preguntó si se habría operado o si habría pasado por algún tratamiento genético de la zona gris.

—Sí —le dijo Sharrow—. Estoy pasando unas buenas vacaciones. ¿Qué os trae por aquí?

Breyguhn se encogió de hombros.

—Bueno —dijo—, un capricho.

—Miró a Geis, que le dedicaba una ancha sonrisa a Miz mientras hacía gestos hacia el bar—. No ha sido idea mía —siguió Brey—. Había una fiesta familiar en Piph, y Geis decidió de repente que sería divertido dejarnos caer por aquí para veros a ti y a tus amigos, y deseáros feliz año nuevo. Nadie más quiso venir, pero yo quise hacerle compañía. —Se encogió de hombros—. Era una fiesta muy aburrida.

—Piphram —dijo Sharrow asintiendo con la cabeza—. Por eso lleváis ropa de verano. —Como he dicho, fue todo muy precipi...

—He pedido algunas bebidas —gritó Geis, que se dispuso a guiarlos hacia una esquina del bar abarrotado—. Debería haber un reservado por aquí para nosotros...

Breyguhn miró a Sharrow de arriba abajo lo mejor que pudo dada la situación.

—De todos modos, tienes buen aspecto. ¿Te has recuperado del todo de las heridas de guerra? —le preguntó a Sharrow.

—Poco más o menos —respondió ella.

—¿Y cómo va el negocio de las Antigüedades? —le preguntó Breyguhn mientras avanzaban entre la alegre calidez y los empujones de los juerguistas.

—Paga las facturas, Brey —dijo Sharrow. Llegaron a un reservado que les estaba guardando un hombre grandote con traje de vestir y gafas de espejo, que inclinó la cabeza ante Geis y se hizo a un lado. Miz le guiñó un ojo al guardaespaldas. Se sentaron en el reservado.

—Debería haber espacio para tres más —dijo Geis—. Tus otros compañeros están aquí, ¿no? —le preguntó a Sharrow mientras servía copas con una enorme jarra de vino.

—Están por ahí —dijo Sharrow; dejó el abrigo, los guantes y el gorro en el banco, junto a ella—. Zef estará bailando. Iré a buscarla.

—No, tranquila —dijo Geis—. No hace... Sharrow salió del reservado, pasó delante del guardaespaldas y se metió entre la multitud de camino a la pista de baile.

—Oh —dijo Sharrow. Miraba el mensaje en el polvo. Miz lo miró también.

—Muy gracioso —dijo. Cruzó la habitación del hotel para llegar hasta el bar; abrió la nevera y examinó los contenidos—. La hostia de gracioso.

Cenuij se había quedado pálido. El sudor brillaba entre el vello de su labio superior. Las manos le temblaban cuando tocó el interior de la caja.

—¡No! —exclamó con un susurro ronco. Metió una mano en el polvo y lo removió como si buscara algo más debajo; después se llevó la misma mano temblorosa a la frente y se quedó mirando las palabras grabadas en el reluciente acero inoxidable. Sacudió la cabeza. Zefla lo cogió por los hombros cuando retrocedía para sentarse; se derrumbó en un asiento. Miraba al frente. Zefla se agachó a su lado y le dio palmaditas en los hombros. Él puso las manos, todavía temblorosas, en el regazo. El polvo le dejó una marca en la sien.

Dloan se encogió de hombros, y comenzó a guardar el equipo que él y Miz habían usado para comprobar y después abrir el cierre del estuche del libro. Sharrow le dio la vuelta a la portada y la cubierta interior de la caja.

Los Principios Universales,

decía la leyenda grabada en la cubierta de lámina de titanio, con una antigua versión de la escritura estándar golteriana.

Por orden de la emperatriz viuda Echenestria,
bendita por Jonolri y Golter, para mayor gloria
del Verdadero Dios Thrial, en este año solar de seis mil
trescientos treinta y siete se ofrece este Libro,

en el que se recogen las disposiciones del Primer y Segundo
Sínodo Interuniversitario Postcismático (históricas,
filosóficas, teológicas, cosmológicas), y también la última
recapitulación de la condenada Máquina Impía
Parsemius, las elegías de los estimados poetas imperiales Folldar y
Creeäsunn el Joven, y el comentario principal
de la Corte del Sistema Sagen.

Declarado Perpetuamente Único
por el máximo Decreto Judicial, a imagen de la única Deidad,
estos son los Principios Universales.

Los grabados de las siguientes cuatro páginas de hoja de diamante mostraban primero un Thrial con manchas simétricas, seguido de un diagrama de todo el sistema, después una nebulosa ampliada y, finalmente, una vista de delgados filamentos y membranas con aspecto de burbujas; líneas de diminutos hoyos que picaban la suave y dura hoja de diamante frío. Sharrow recorrió con los dedos los arañosos de la segunda página.

—Puede que todavía esté aquí —dijo Sharrow—. En algún lugar. Grabado de algún modo. Cenuij guardó silencio. Miz sacudió la cabeza mientras cogía una botella de la nevera.

—No sé por qué, pero lo dudo.

—Sí —suspiró Sharrow—. De hecho —dijo tras poner una mano sobre la caja vacía y coger parte del polvo de papel del fondo—, yo también. —Dejó que el polvo le cayera entre los dedos.

—¿Y qué pasa con el mensaje que se supone que dejó Gorko? —preguntó Zefla en voz baja mientras acariciaba los hombros de Cenuij—. ¿Ha desaparecido también, si es que estuvo ahí alguna vez?

Sharrow dejó de mirar las líneas que formaban sus dedos en el polvo marrón grisáceo y centro su atención en las tres palabras grabadas debajo.

—Bueno, está aquí —dijo mientras observaba la frase atentamente—. Siempre ha estado aquí. Pero no era un mensaje antes de que Gorko lo usara en otra parte. Pero ahora creo saber adónde nos dirige.

—¿Ah, sí? —le preguntó Miz, sorprendido y contento—. ¿Adónde?

—Vembyr —dijo ella—. La ciudad de los androides. —Dejó que la caja se cerrara de golpe.

Zefla y Dloan estaban absortos en un complicado baile de grupo en la pista;

Sharrow los dejó bailar. Encontró a Cenuij en el bar y lo condujo hacia el reservado.

Cenuij se tambaleó y casi se cayó sobre una mesa mientras se metían entre la multitud. Se rio con crueldad y le dijo a la gente que estaba allí sentada que la mesa no estaba en el sitio correcto; ¿cómo se atrevían a mover la mesa?

Ella se lo llevó a rastras.

—Te has emborrachado rápido —le dijo.

—Te cuento el secreto si me invitas a una copa.

—Mañana tenemos que levantarnos temprano, ¿recuerdas?

—¡Pues por eso he empezado temprano! —dijo Cenuij gesticulando como loco y tirando la bebida de alguien—. ¡Oye, que después tienen que fregar el suelo!

—Lo siento —le dijo Sharrow a la mujer con una sonrisa, tras empujar a Cenuij hacia delante; después lo siguió.

—Búscame una copa —le dijo Cenuij.

—Después. Ven a conocer a mis espantosos parientes.

—¿Quieres decir que son peores que tú? —dijo Cenuij, horrorizado.

Llegaron al reservado; ella le presentó a Geis y a Breyguhn. Los dos hombres intercambiaron saludos formales, y después Cenuij se volvió a Breyguhn.

—Señorita Dascen —dijo con cuidado. Cogió la mano de Breyguhn y la besó. Cenuij sabía que, técnicamente, Brey no era del todo una Dascen; Sharrow suponía que la había llamado así más para molestarla a ella que para alagar a Breyguhn.

—Vaya, señor Mu —dijo Breyguhn; sonrió a Cenuij y después miró a Sharrow. Cenuij respiró hondo y pareció recuperarse.

—Su hermana me ha hablado mucho de usted —dijo. Sharrow apretó los dientes para evitar decir nada—. Yo, por supuesto, me lo creí todo —siguió— y siempre he querido conocerla. —Cenuij sonrió. Todavía sostenía la mano de Breyguhn—. Para mí sería un honor que me concediera el próximo baile. —Hizo un gesto grandilocuente en la dirección aproximada de la pista de baile.

Breyguhn se rio y se puso de pie.

—Encantada. —Sonrió a Sharrow mientras ella y Cenuij se abrían paso de nuevo a través de la multitud que vociferaba y reía.

Sharrow los observó alejarse, con los ojos entrecerrados.

COMIENZO TEXTO MENSAJE DIRIGIDO SIN FUENTE MIYKENNS/
GOLTER ANON/ETORREON. MAXENCRIIP COMERCIAL.

Ref... COntratO nº 0083347100232 (ETORREON).

Les informamos que contrato no completamente satisfecho. Tenemos artículo, pero solo caja y dedicatoria ya conocida siguen intactas. Otro texto impreso en papel se ha convertido en polvo en últimos doce siglos. Naturaleza de cerradura temporizada de caja y composición química de polvo de papel indican que puede haber sido intencionado. Examen detallado de caja y contenidos restantes no revela

otro medio de almacenamiento salvo (a simple vista) mensaje grabado en parte de atrás de caja, cita LAS COSAS CAMBIARÁN, fin cita. Se cree que caja de finales de Terhama'a (Golteriana) Sociedad Limitada, con piedras preciosas y semipreciosas, y oro sobre acero, más cuatro portadas de grabados en hoja de diamante. Valor total estimado conservadoramente 10MnT. Por favor, informen. Contesten CME a dest. dirigido de un solo uso nº MS94473.3449.1[1] FIN TEXTO

COMIENZO TEXTO MENSAJE DIRIGIDO GOLTER/MIYKENNS ETORREON/ANON. MAXENCRIP COMERCIAL.

Ref... OSHD nº MS94473.3449.1[0]

Restos intactos aceptables según cláusula 37.1 de Contrato. Por favor, entreguen a través de buque Victoria, Base de vehículos oruga subterráneos de Mina Siete, Región Ecuatorial, FN, lo antes posible.

FIN TEXTO

COMIENZO TEXTO MENSAJE DIRIGIDO SIN FUENTE MIYKENNS/ GOLTER ANON/CASA (S. JALISTRE) MAXENCRIP COMERCIAL.

Ref... COntratO nº 0083347100232 (ETORREON) Señor, adjuntamos mensaje de agencia. Confirme propiedad para entrega en Fantasma de Nachtel.

Conteste CME a dest. dirigido de un solo uso nº MS97821.7702.1[1]

FIN TEXTO

COMIENZO TEXTO MENSAJE DIRIGIDO GOLTER/MIYKENNS CASA/ ANON. MAXENCRIP COMERCIAL. Ref.: OSHD nº MS97821.7702.1[0] Destino confirmado. Por favor, entreguen a nuestros agentes en FN tal y como se indicó.

FIN TEXTO

Salió de la oficina de alquiler y caminó de vuelta a través de la hora punta de la mañana, llena de bicicletas, tranvías y coches. Las calles estaban concurridas. VistaCelestial, por el contrario que Malishu, no prohibía el transporte privado, aunque no alentaba su uso.

La ciudad estaba encaramada en una meseta que sobresalía medio kilómetro por encima del mar circundante de ondas de la Entraxrln como una enorme verruga sobre una piel pálida. Era un lugar frío y crudo, a pesar de estar tan solo a un par de kilómetros del ecuador y a menos de doscientos metros sobre el nivel del mar. Como VistaCelestial no disfrutaba del autoclima relativamente suave de la Entraxrln, VistaCelestial dependía totalmente de Thrial para calentarse, y el sol era bastante más

pequeño en aquel cielo que desde la superficie de Golter.

La oficina de alquiler estaba cerca de la estación principal de funiculares, donde habían llegado por primera vez a la ciudad hacía tres días, tras salir de la penumbra morada de la noche de la Entraxrln y encontrarse con la gloria de un crepúsculo miykennsiano de color cereza brillante. En aquel momento los trabajadores que llegaban de las afueras y que habían hecho el mismo viaje la arrastraron con ellos a través de una mañana fresca, seca y sin nubes.

Había enviado el primer mensaje a primera hora de la noche anterior y había recibido la respuesta después de la cena. Había pedido confirmación a la Casa del Mar en cuestión de minutos, pero no había esperado a una respuesta; había un retardo de señal de retorno de tres horas, y en Golter era muy temprano. Dudaba que el señor Jalistre fuera madrugador.

Leyó de nuevo ambas respuestas, mientras esperaba en una isleta de tráfico entre los zumbidos de los coches y el traqueteo de los tranvías. Alzó la cara al sol en busca de la débil calidez, casi hambrienta de ella después de las semanas pasadas en la perpetua penumbra de Pharpech. La luz brillaba sobre el cañón de la calle y se reflejaba en los altos edificios de cristal a cada lado, para después derramarse sobre el río de tráfico y la multitud. «FN, lo antes posible», leyó de nuevo, y después se metió los fragmentos de papel cebolla en el bolsillo.

¿Por qué allí?, se dijo a sí misma. El aliento formaba nubes de vaho delante de su cara. Se puso los guantes y se ajustó la chaqueta; el tráfico se detuvo y ella cruzó la carretera entre la muchedumbre.

Observó un enorme avión marino rugir sobre ella; se inclinaba de lado sobre la ciudad al iniciar su aproximación. Probablemente el lago de la meseta todavía no se había helado. Observó cómo desaparecía detrás de los edificios con una expresión entre la nostalgia y la amargura.

Fantasma de Nachtel. Querían que fuera a entregar el libro a Fantasma de Nachtel; hacia el exterior, en los límites del sistema, no hacia el interior, hacia Golter, donde estaba la Casa del Mar. Caminó de vuelta al hotel y se detuvo en tiendas y puestos por el camino, para asegurarse de que no la seguían. Vio su reflejo en un escaparate, y tenía un aspecto ojeroso y pálido. Examinó su cara y vio de nuevo el mensaje en el polvo de lo que antes fuera el Principios Universales:

LAS COSAS CAMBIARÁN.

Se ajustó más la chaqueta y recordó la fresca superficie de granito de la tumba de su abuelo cuando todavía estaba en Tzant y el frío helado del Fantasma; aquella caída inolvidable en aquel otoño inolvidable. Tembló.

El Fantasma

Valiente en términos físicos, pensaba mientras la nave alquilada vibraba al entrar en la fina, fría y evaporada atmósfera de Fantasma de Nachtel. Valiente en términos físicos.

Había dejado a los otros en VistaCelestial. Esperarían allí hasta que hubiera acabado en Fantasma de Nachtel, y decidirían dónde reunirse después. Tenían noticias de Golter; habían inmovilizado todos los activos de Miz mientras la Troncada intentaba conseguir una orden judicial para su arresto, en relación con un delito sin especificar dentro de su jurisdicción. Miz tenía a sus abogados trabajando en el caso y, de todos modos, contaba con fondos de emergencia a los que tenía acceso, pero no hasta estar presente en Golter. Sharrow había usado casi todas las dietas para gastos del contrato para fletar una nave privada que la llevase de VistaCelestial a Fantasma de Nachtel; tanto los cotilleos de la red de comunicaciones como los boletines de noticias decían que los huhsz esperaban en Isla Embarque, y ella había viajado tanto con el nombre de Ysul Demri que era bastante probable que conocieran su pseudónimo.

No había regresado al Fantasma desde el aterrizaje forzoso que la había salvado y, al mismo tiempo, casi había acabado con ella. El cortador de impuestos tullido había caído como un meteorito a través del aire gastado del pequeño planeta-luna, frenando e inclinándose sin dejar de girar, temblar y desintegrarse en su largo descenso en arco hacia la superficie nevada del planeta. No podía recordar nada de lo sucedido después de gritarle a Miz que quería que le pusieran su nombre al cráter que abriera. De todos modos, Miz no lo había oído.

El informe posterior del accidente concluyó que probablemente se quedara sin potencia de maniobra de giroscopios a diez kilómetros, cuando la nave todavía viajaba a más de un kilómetro por segundo. Había empezado a dar tumbos y a hacerse pedazos inmediatamente después, y solo la suerte la había salvado. La zona central de la nave (donde estaba el casco presurizado de combate, los sistemas de soporte vital y la central eléctrica principal de plasma) estaba relativamente intacta, reducida a una forma irregular y aproximadamente esférica que siguió frenando conforme daba volteretas y dejaba caer restos más pequeños por el aire, como si fuera

metralla ardiendo.

No podía recordar nada de aquellos últimos minutos, y tampoco del aterrizaje en sí, cuando el trozo de nave en el que estaba se enterró dentro de una ola de nieve, una de las miles que migraban sobre la superficie de los campos de nieve ecuatoriales del planeta, como dunas de arena en el desierto.

Un vehículo oruga con unos suministros mínimos se encontraba a un par de kilómetros. La tripulación la había encontrado unos minutos antes de que fuera demasiado tarde, aplastada y doblada dentro de las ruinas humeantes y contaminadas por la radiación, enterrada doscientos metros por debajo de la superficie de la ola de nieve, al final de un túnel derruido de hielo y nieve.

La tripulación del oruga la había sacado de allí; los doctores de la mina Primer Corte habían tratado las heridas físicas, y habían conseguido algunos sistemas especializados embargados durante la guerra, traídos de Ciudad Trinchera, la capital del planeta, para tratar la radiopatía que había estado a punto de matarla.

Tardaron dos meses en llegar a pensar que merecía la pena devolverle la consciencia. Cuando se despertó, la guerra había finalizado hacía un mes, y le habían quitado el disco militar estándar que llevaba en la cabeza. Los efectos del virus sincroneurovinculado eran irreversibles; no le quitaron las técnicas de nanotecnología y clonación de tejidos que habían reparado los estragos del impulso radiactivo hasta que terminó el tratamiento.

Y quizá le añadieran algo más; el virus de cristal que había crecido a lo largo de los años, y que después había quedado latente dentro de su cráneo hasta hacía unas semanas, cuando huía con los otros por el tanque seco de un antiguo petrolero de la Troncada.

Sus recuerdos del hospital del complejo minero eran confusos. Recordaba el hospital de la prisión militar de Tenaus mucho mejor; se recuperó poco a poco, esperó a que se llegara al acuerdo de paz definitivo, y comenzó a hacer ejercicio en el gimnasio para recuperar la forma física perdida y a ejercitar su cerebro siempre que podía; para ello, recordó (de forma obsesiva, parecía temer el psicólogo de la prisión) todos los detalles que pudo sonsacarle a su memoria de los cinco años en delante, porque la aterraba que el tratamiento la hubiera alterado, que la hubiera convertido en alguien distinto al destruir sus recuerdos.

Quería recordarlo todo e intentar evaluar si los recuerdos que había encontrado dentro de sí misma eran los que tenía antes; le parecía que una forma de comprobar el tipo de modificaciones que temía era que el acto de recordar un recuerdo dejara así mismo otro recuerdo, y que ese recuerdo pudiera compararse con la experiencia de recordar en el presente.

Al final, no había ninguna forma segura de saberlo, pero no encontró ningún agujero obvio en su memoria. Cuando le permitieron enviar y recibir comunicaciones, la gente que le escribía parecía relacionarse con ella de la forma que recordaba. Nadie pareció notar ningún cambio; al menos, no mencionaron ninguno.

Tuvieron que escribirle, porque las visitas no estaban permitidas, y el retardo luz desde el hábitat Tenaus a casi cualquier otra parte era demasiado grande para las conversaciones en vivo. Había hablado por teléfono con Miz, que llamaba desde PorFinEnCasa, en órbita sobre Miykenns. En cierto modo, había sido la mejor conversación telefónica de su vida; los minutos de espera que transcurrían mientras la señal que llevaba las palabras viajaba hasta su destino significaba que tenía que quedarse allí, sentada, mirando la imagen de la otra persona. En otras llamadas se había entretenido viendo la pantalla o leyendo algo, pero con Miz se había limitado a mirarlo. Estuvieron una hora; en realidad solo habían sido diez minutos, y había parecido uno solo.

¿Le habrían puesto el virus de cristal allí, en Tenaus? Fantasma de Nachtel parecía el lugar más obvio, mientras flotaba cerca de la muerte en un estado más parecido a la animación suspendida que a cualquier otra cosa, más allá del estímulo, la sensación o los sueños... Pero quizá había sido en Tenaus. ¿Por qué querría una compañía minera neutral implantarle un virus transceptor a un piloto militar estrellado y cercano a la muerte?

Pero por otro lado, ¿por qué querría alguien en el hospital de una prisión militar hacer lo mismo? ¿Por qué querría hacer nadie semejante cosa?

Un viento frío y fuerte cortaba un cielo del color del verdín. El sol colgaba como una desdichada bola de Navidad que suministraba pequeñas cantidades de luz. A sotavento, el tren oscuro de una tormenta al alejarse dejaba sus nevados faldones tras de sí, arriba, en las cambiantes mareas de luz. El acantilado de nieve que tenía a sus espaldas se encabritaba como una enorme ola, lista para romperse sobre la inclinada playa negra en las laderas del volcán en escudo.

El oruga que la había llevado hasta allí volvió ruidosamente sobre sus pasos, por encima de la escoria de hulla y de las rampas de ceniza llevadas por el viento, marcha atrás para adentrarse en el túnel de nieve. Observó su reluciente caparazón de metal y su morro con máser introducirse de nuevo en el interior de la base del precipicio de nieve, y rodar adelante y atrás hasta que la cuesta del túnel lo apartó de su vista.

Se dio la vuelta y miró la cuesta casi imperceptible del volcán, a través de los velos del vapor que subía hacia los restos en ruinas de los edificios de la vieja estación geotérmica, un conjunto de bloques rotos de hormigón distribuidos al azar por el oscuro y lustroso campo de lava. Los charcos cubiertos de nieve marcaban las depresiones en la lava, y en la distancia (a unos veinte kilómetros), el último respiradero del volcán acumulaba vapor blanco y humo en el cielo. Miró arriba. Sobre ella, Nachtel, el gigante de gas, seguía colgado del cielo y llenaba una cuarta parte de él con su forma hemisférica y su color dorado pálido y naranja brumoso.

Se ajustó mejor la capucha de la chaqueta para protegerse del viento débil y helado, y comenzó a andar por el campo de lava roto y de color negro grisáceo, hacia

los edificios en ruinas en la parte superior de la pendiente, con el libro vacío pegado al pecho.

Cuando llegó a los fortines aplastados le faltaba la respiración; la atmósfera era muy pobre, aunque no hacía falta demasiado esfuerzo para caminar en la escasa gravedad del Fantasma. La agorafobia era endémica en los visitantes del planetaluna que se aventuraban a salir al aire libre; el aire parecía tan pobre y Nachtel se veía tan grande, que parecía como si a cada paso el caminante pudiera salir volando de la superficie, arrastrado hacia el cielo verde y sublime.

—¿Hola? —dijo ella.

El eco de su voz sonó en las paredes de hormigón del primer edificio derruido. Los terremotos habían dejado inclinadas y escoradas todas las estructuras de gruesas paredes y sin ventanas, y la plataforma de hormigón sobre la que habían sido construidas estaba rajada y rota; trozos irregulares de material sobresalían como dientes rotos, con las oxidadas barras de armadura enmarañadas o arrancadas como un aparato dental defectuoso.

Sostuvo el libro junto al pecho y caminó hasta las losas de hormigón inclinadas que había entre un edificio y otro, aunque se tenía que detener de vez en cuando para apoyarse con la mano libre en aquellos sitios en los que la fracturada geometría de las ruinas hacía que andar, incluso con baja gravedad, resultara imposible.

El siguiente edificio de la pendiente era el más grande del complejo; atravesó el dintel caído de su amplia entrada.

Aunque las paredes de la estructura estuvieran intactas, el techo se había doblado por la mitad, y después se había derrumbado y caído para crear una «V» baja de hormigón que descendía hasta un charco medio helado de agua estancada que, quizá por estar todavía conectado a la red abandonada de tuberías térmicas enterradas en el volcán, se encontraba lo bastante caliente como para producir perezosas nubes de vapor en el tranquilo aire bajo cero.

Había una estrecha playa de escoria de hulla negra en una esquina de las ruinas, en la pared más alejada.

Allí había dos hombres. Los reconoció.

Solo llevaban puesto el bañador y estaban sentados en las mismas tumbonas que recordaba haber visto en el petrolero. Habían clavado en la negra playa que tenían detrás una sombrilla de flores, en un ángulo alegre, y había una pequeña mesa plegable con botellas y vasos entre sus asientos.

El de la derecha se levantó y la saludó con la mano.

—¡Me alegro de que puedas unirme a nosotros! —le dijo; después dio un par de pasos para meterse en el agua y se sumergió ágilmente, casi sin salpicar. Las olas parecían altas y extrañas en la piscina.

Ella se metió la mano izquierda en el bolsillo y caminó por la suave pendiente del techo derrumbado. El hombre joven y calvo que se había metido en el agua nadó junto a ella, sonriente, y la saludó con la mano. El otro bebía de un vaso alto. Observó

a su compañero mientras este llegaba al otro extremo de la piscina, donde estaba la entrada, y después se volvía para regresar.

—Siéntate, muñeca —le dijo el joven con amabilidad, mientras señalaba la tumbona que había dejado libre su gemelo. Ella la miró, después miró a su alrededor, y se sentó. Dejó la mano izquierda en el bolsillo. Tenía el libro en el regazo. Se quitó la capucha de la chaqueta.

—Ah, rojo —dijo el joven mirándole el pelo con una sonrisa—. Muy atractivo; te pega.

Su cuerpo pálido parecía en forma y musculoso. No tenía la carne de gallina. El bañador era de ropa óptica y mostraba unos cuantos segundos de una escena de playa tropical; arena dorada, una sola ola gigante y una elegante surfista que avanzaba por el rizado túnel azul de la ola.

El otro joven salió chorreante del agua y caminó por la playa, con la piel echando humo. En su bañador se veía a alguien tirándose desde un helicóptero para hacer submarinismo en una gran fisura de una costa rocosa, justo cuando una enorme ola de espuma se levantaba del canal.

El hombre con el bañador de la surfista metió la mano bajo la tumbona y le tiró una toalla a su compañero. Este se secó un poco y después se sentó con las piernas cruzadas en la escoria de hulla de la playa, frente a ellos, con la toalla echada sobre los hombros. Le dedicó una sonrisa al otro hombre.

—Confío en que hayas tenido un viaje agradable, lady Sharrow —dijo el de la tumbona. Ella asintió lentamente.

—Aceptable —le dijo.

—Lo siento —dijo él tras darse un golpecito en la cabeza. Cogió un vaso de la bandeja de botellas de licor de la mesa que había entre los dos—. ¿Quieres beber algo?

—No, gracias —le contestó ella.

—¿Te importa...? —preguntó el otro; se inclinó hacia ella y señaló con la cabeza el libro que tenía en el regazo.

Ella inclinó el libro para poder sostenerlo con la mano enguantada que tenía libre y se lo entregó. Él sonrió, tolerante, y lo aceptó.

—No pasa nada, lady Sharrow —dijo tras abrir la caja de metal—. No necesitarás la pistola.

Ella dejó la mano en el bolsillo a pesar del comentario, sin soltar el cañón manual. El hombre sentado en la playa miró brevemente el interior del libro, y estudió la portada y las chapas de hoja de diamante durante dos segundos cada una. Sonrió al leer las palabras grabadas en la parte de atrás de la caja y sostuvo el libro en alto para que su compañero de la tumbona pudiera leer también la inscripción. Los dos se rieron alegremente.

—Es terrible, ¿no? —le dijo el de la tumbona—. Qué pérdida. En fin. El que llevaba el libro lo puso del revés para que el polvo de papel cayera al suelo y se

posara sobre la playa negra formando una sola veta de gris.

—Somos tan descuidados con nuestros tesoros —dijo el hombre. Cerró el libro y lo dejó a un lado.

—Confundimos lo inestimable con lo despreciable —coincidió el que estaba en la tumbona, mientras llenaba su vaso de una botella de trax.

—Debo decir —siguió hablando el de la playa— que no pareces muy sorprendida de encontrarnos aquí, lady Sharrow. —Parecía decepcionado. Aceptó un vaso alto de manos de su gemelo, y después bebió y sonrió a Sharrow—. Teníamos la esperanza de que lo estuvieras.

Ella se encogió de hombros.

—Es típico, ¿verdad? —le dijo el de la tumbona a su gemelo—. Las mujeres solo se callan cuando quieres oír lo que tienen que decir.

El otro la miró y sacudió la cabeza con pesar.

—De todos modos —dijo el hombre de la tumbona—, en nombre de la agencia y de nuestros clientes (los Hermanos Tristes, en este caso), gracias por el libro. Pero ahora, como ya habrás adivinado, queremos que encuentres la última Pistola Vaga, si no te importa.

Ella lo miró.

—¿Ninguna pregunta? —le preguntó el hombre. Ella negó con la cabeza. El joven se rio con regocijo—. Y nosotros que pensábamos que tendrías un montón. En fin. —Esbozó una amplia sonrisa y agitó el vaso—. Ah, por cierto, ¿recibiste nuestro mensaje en...? —Frunció el ceño y miró al otro hombre.

—Pharpech —le ayudó el gemelo.

—Ah, sí, Pharpech —dijo el joven, pronunciándolo con exagerado detenimiento y una especie de sonrisa cómplice—. ¿Recibiste nuestra señal?

Ella pensó antes de responder.

—¿El collar? —preguntó—. Sí.

El joven de la tumbona parecía contento.

—Genial —dijo—. Solo queríamos que no pensaras que estar fuera de la red suponía perder el contacto con nosotros. —Dejó la bebida en la mesa y se retrepó en la tumbona, con las manos detrás de la cabeza. Tenía las axilas lisas y sin vello. El pelo del resto del cuerpo parecía fino y blanco; solo las cejas rubias tenían algo de color. Ella miró al hombre de la playa. La luz del sol brillaba sobre la cúpula de su cráneo. Tampoco parecía tener la piel de gallina.

—Bueno, no queremos entretenerte, lady Sharrow —dijo el hombre de la playa. Le dio unos golpecitos al libro—. Gracias por entregar la pieza, tal y como estipula el contrato. Estaremos en contacto, quizá. O quizá no.

—No te hagas de rogar —dijo el de la tumbona, todavía tumbado y absorbiendo la escasa luz del sol, con los ojos cerrados.

—Y que no te cojan —añadió el otro.

Se puso de pie lentamente. El hombre que tenía a una chica haciendo surf en el

bañador se quedó allí tumbado, con las manos detrás de la cabeza calva, los ojos cerrados y las piernas un poco abiertas. El que estaba sentado en la playa con las piernas cruzadas se inclinó hacia delante, silbando, y comenzó a construir una pequeña torre de escoria de hulla, pero se le derrumbaba.

—Bon voyage —dijo el de la tumbona sin abrir los ojos.

Ella se alejó cinco pasos y después volvió. Seguían en el mismo sitio. Sacó el cañón manual y apuntó al de la escena del helicóptero, que transcurría en la parte de atrás de su pantalón, igual que antes lo hiciera por la arrugada parte de delante.

Se quedó allí de pie durante casi medio minuto. Al final, el hombre al que apuntaba la miró.

—¿Sí, lady Sharrow?

El de la tumbona abrió los ojos, parpadeó y pareció algo sorprendido.

Ella dijo:

—Estaba pensando en descubrir a lo bestia si los dos sois androides o no.

Los dos hombres se miraron el uno al otro. El de la tumbona se encogió de hombros y dijo:

—¿Androides? ¿Qué más da si alguno de los dos es un androide? Ella lo apuntó con la pistola.

—Llámalo simple curiosidad —dijo—. O venganza por lo que ocurrió en el petrolero y en la casa de Bencil Dornay.

—Pero nosotros solo te hicimos daño —protestó el de la tumbona.

—Sí, y fuiste muy grosera con nosotros en Stager —dijo el de la playa, mientras fruncía el ceño, apretaba los labios y asentía con la cabeza para añadir énfasis—. Nosotros solo queríamos decirte que habíamos adquirido el contrato de los Hermanos Tristes y que nos verías aquí si conseguías el libro, pero fuiste muy antipática con nosotros, así que no te lo dijimos.

Ella siguió apuntando al que estaba en la tumbona, después bajó el arma. Apuntó a la caja de metal. El de la tumbona dio un salto con los brazos y las manos extendidos hacia ella. Pasó por encima de su gemelo y se tumbó encorvado sobre el libro.

—Bueno, bueno, lady Sharrow —dijo—. No hace falta ponerse vandálico. —Sonrió nervioso.

Ella respiró hondo y se guardó la pistola.

—La verdad es que no consigo entenderos, chicos —dijo ella. El que estaba de pie delante de ella, con el bañador que repetía la escena de surf, pareció perplejo y satisfecho a la vez. Ella se dio la vuelta y se alejó entre las escamas de hormigón, de vuelta a la entrada.

El cráneo y la espalda le cosquillearon durante todo el camino, de nuevo a la espera de un disparo, del dolor; pero, cuando se dio la vuelta al llegar a la entrada, seguían en el mismo sitio; uno acurrucado en posición fetal alrededor de la caja del libro y el otro de pie delante de su gemelo, observándola.

Ella bajó por las destrozadas rampas de hormigón y por la selva de lava rota, de vuelta al precipicio de nieve y al túnel en el que esperaba el oruga.

El oruga la llevó de vuelta a Mina Siete; el tiempo seguía lo bastante despejado como para coger un avión a Ciudad Trinchera, donde la esperaba la nave alquilada. Usó su terminal para ponerse en contacto con los otros. No podía ponerse en contacto con ellos directamente, pero había un mensaje archivado de Zefla en el que decía que todo iba bien en VistaCelestial. Dejó una nota en la columna de anuncios personales de la Gaceta de la Red para que supieran que había hecho la entrega. Al pensar en mensajes crípticos, se le ocurrió comprobar los resultados de las carreras de Tile de la semana anterior.

Un sial llamado Libro Hueco había ganado la carrera hacía tres días, justo cuando habían salido de Miykenns.

Examinó las otras monturas que aparecían, mientras se preguntaba si sería una coincidencia. ¿Bailarín Tímido? ¿Maravilla? ¿El Pequeño Resheril Va al Norte? ¿Mujerzuelas Varias? ¿Crepúsculo Prestado? ¿El Torreón de Molgarin? ¿De Frente? ¿Tritura Esa Carne? ¿Ráspalo Todo? ¿Aplasta Ese Culo? ¿¡Bip!?!... Los demás nombres no parecían significar nada. A no ser que Bailarín Tímido fuese otra referencia a Bencil Dornay, claro... y Maravilla podría referirse a la Pistola Vaga, y... se rindió; si le daba las suficientes vueltas, podía encontrarle mucho o ningún sentido a todos los nombres, y no había forma de saber dónde trazar la línea.

Siguió pensando en el accidente y en el tiempo que había pasado en el hospital minero. Intentó introducirse en los bancos de datos relevantes de Trinchera, pero no podía accederse a los registros de los tiempos de la guerra desde fuera del complejo minero donde los guardaban. Dejó en marcha el contador de la nave de alquiler, la Trapichera (y dejó que las dos mujeres que componían su tripulación, Tenel y Choss Erup, perdieran más dinero en los casinos y bares de juego de Trinchera), y cogió un metro a la mina Primer Corte, donde la habían hospitalizado por primera vez, después del accidente.

La mina de Primer Corte había sido la primera operación minera a gran escala establecida en el Fantasma. El suministro de metales pesados en el área inmediata se había terminado casi por completo hacía milenios, y las grandes compañías se habían marchado en busca de pastos más verdes, con lo que los pequeños negocios se habían quedado para trabajar las pequeñas vetas de minerales que todavía quedaban. Los barrios residenciales de Primer Corte llevaban bastante tiempo abandonados, y la ciudad subterránea había quedado reducida a un pueblo.

—Ysul Demri —dijo ella, tras sentarse en la silla que le había indicado la oficinista—. Me interesa saber más sobre el papel que el Fantasma desempeñó en la

Guerra del Cinco por Ciento, y me gustaría tener acceso a los registros del complejo de aquellos años.

La oficinista era una mujer grande, de piel manchada, que dirigía su departamento de asuntos administrativos del barrio de Primer Corte desde el reservado de una pequeña y humeante cafetería de Rastra Tres, una de las principales calles-pasillo del barrio. La gente pasaba junto a la cafetería, algunos empujaban carros y tenderetes; en el centro de la calle zumbaban pequeños coches y sonaban las alarmas. La oficinista la observó con un ojo; el otro lo tenía cerrado para mirar la pantalla de párpado.

—En los archivos de la ciudad solo están disponibles los resúmenes y las interpretaciones —dijo.

Un telar de ocho tuberías de pequeño diámetro salía de las cisternas de samovar de la barra, rodeaba las paredes del café para meterse en los distintos reservados y seguía por el techo para meterse en las mesas centrales. La oficinista había puesto su taza bajo uno de los pequeños grifos de latón de la pared y se había servido algo que olía a dulce.

—Lo sé —dijo Sharrow. Ella cogió también su taza y la llenó del mismo grifo que la oficinista—. La verdad es que esperaba llegar a los datos en bruto.

La oficinista se quedó callada y quieta durante un par de segundos, después bebió de su taza.

—Se refiere a la Fundación —le dijo a Sharrow—. Se hicieron cargo de las bases de datos cuando el hospital se trasladó a una nueva sede, justo después de la guerra; el hospital les arrienda lo que necesita, como nosotros.

Sharrow sorbió el líquido templado y agridulce.

—¿La Fundación? —preguntó.

—Fundación de la Mancomunidad —dijo la oficinista, tras abrir los dos ojos por un instante y poner cara de sorpresa—. La Gente. ¿No ha oído hablar de ellos?

—Lo siento, no —dijo Sharrow. La oficinista cerró los dos ojos durante un instante.

—Supongo que no. Aquí fuera tendemos a olvidarlo —dijo la mujer. Abrió un ojo—. Nivel Siete e inferiores, en cualquier pozo. Les diré que va para allá.

—Gracias —le dijo Sharrow.

—Pero no suelen entregar nada sin una buena razón. Le deseo la mejor de las suertes.

—Resumiendo, la historia de Golter y del sistema es una búsqueda continua de la estabilidad. Es una búsqueda que ha ayudado constantemente a destruir la cualidad que pretendía descubrir. Es posible que hayamos probado ya todos los sistemas concebibles de gestión del poder político; ninguno de ellos ha sobrevivido conceptualmente y mantenido cierto grado de credibilidad, e incluso el último intento

a gran escala de imponer una autoridad central, por medio de la dinastía Ladyr, fue más un pastiche de moda retro de las pasadas eras imperiales (que ni siquiera los participantes conseguían tomarse en serio) que un intento serio por establecer una hegemonía duradera en las funciones de poder del sistema.

»El punto muerto en el que nos encontramos, entre las fuerzas progresivas y regresivas, nos ha supuesto setecientos años de estreñimiento burocrático del Tribunal Mundial y de su Consejo asociado, prácticamente simbólico. Hoy en día el poder está en manos de los abogados. Aunque su función debería consistir meramente en ayudar a regular (después de que se echaran atrás aquellos con el derecho y la procedencia histórica necesarios para el liderazgo), en la práctica han llegado a legislar. Por su propia naturaleza, ahora que tienen las riendas del poder se asegurarán de que no puedan quitárselas legalmente.

»Lo que deben recordar aquellos que se preocupan por el futuro y por la historia de nuestra especie es que la ley no es más que una abstracción de la justicia; una expresión de la voluntad política y los conceptos filosóficos de una sociedad. Cierto es que el derecho y la justicia son procesos, no estados. Son funciones dinámicas que solo pueden expresarse y comprenderse a través de la acción... Y es posible que se acerque el momento de la acción. Gracias.

El joven profesor hizo una breve reverencia a la sala abarrotada. El salón estalló en aplausos, lo que la sorprendió mucho. Estaba al fondo de la sala de conferencias; agarraba su mochila y miraba a su alrededor, a las aproximadamente dos mil personas que atestaban el espacio. Todos estaban en pie, aplaudían, vitoreaban y daban patadas en el suelo.

Las clases en Yadayeypon nunca eran así, pensó. El profesor (un hombre joven delgado y de altura media, con rizos oscuros y ojos aún más oscuros) salió de la parte delantera de la sala escoltado por una barrera de guardias de seguridad de aspecto eficiente y vestidos con uniformes blancos, que habían estado sentados en la primera fila del auditorio. Los guardias tenían que mantener alejadas a unas cien personas de la puerta por la que acababa de salir el joven; los protagonistas del asedio blandían cuadernos, cámaras y grabadoras, y les suplicaban a los guardias de expresión impasible que los dejaran pasar.

Se quedó allí de pie un rato, empujada de vez en cuando por la multitud de gente que llenaba la sala de conferencias, compuesta en su mayor parte por jóvenes y personas muy amables. Intentaba recordar si había visto alguna vez a un orador tan carismático, pero no pudo. Un sorprendente zumbido de emoción había recorrido la sala durante la hora de clase que había presenciado, aunque las cosas que el joven había estado diciendo no eran especialmente originales ni espectaculares. Sin embargo, el sentimiento era contagioso e innegable. Ella había sentido la misma emoción, la misma «inminencia» que a veces sentía cuando oía a una nueva banda o a un nuevo cantante de singular talento, o cuando leía a un poeta especialmente prometedor, o cuando veía a algún prodigio de la pantalla o del escenario por primera

vez. Era algo parecido a la primera y lujuriosa etapa del amor obsesivo.

Se sacudió la sensación y miró la hora. Podría coger otro metro de vuelta a Trinchera en una hora. Dudaba mucho que lograra ver a aquel tipo que parecía controlar el acceso a todo, incluidos los registros hospitalarios de hacía quince años, pero, de todos modos, tenía que ver a las autoridades para que le devolvieran la pistola; se la habían quitado al entrar en la sala de conferencias.

La Fundación de la Mancomunidad parecía ser en parte benéfica, en parte Universidad Irregular y en parte partido político. Se había hecho cargo de la mayoría del barrio inferior abandonado de Primer Corte, y aquel joven, Girmeyn, tenía toda la pinta de ser su líder, aunque nadie se dirigía nunca a él como tal.

—Girmeyn la recibirá, señorita Demri —dijo el guardia de uniforme blanco.

Ella estaba viendo pantalla, sentada en la sala de espera de una cueva de cálidas corrientes, con otras doscientas personas que deseaban ver al hombre.

Levantó la mirada, sorprendida. Había abandonado toda esperanza de ver a Girmeyn cuando había visto a la muchedumbre. Solo quería recuperar el Cañón Manual.

—¿En serio? —dijo. La gente que se sentaba junto a ella la miraba fijamente.

—Por favor, sígame —dijo el guardia.

Siguió al guardia de uniforme, que la condujo hasta el extremo de la sala de espera, y después entró por un pasillo. El pasillo terminaba en una cámara larga y de muebles cómodos, con vistas a una enorme caverna.

La caverna tenía paredes de roca negra desnuda. El suelo liso estaba cubierto de antigua maquinaria reluciente, con una altura de veinte metros, casi al mismo nivel que las ventanas de la galería. Las complicadas e indescifrables máquinas (de un diseño enrevesado tan ambiguo que podrían haber sido turbinas, generadores, reactores nucleares o químicos, o agentes de otros cien procesos distintos) relucían bajo las brillantes luces del techo. Unas enormes estalactitas pálidas colgaban como péndulos del techo de la caverna, en húmedos pliegues de roca sedimentaria, con el contrapunto de las estalagmitas del suelo. En aquellos lugares en los que se interponía la maquinaria, las columnas de metro de ancho, como mínimo, se unían y mezclaban de forma íntima con las silenciosas máquinas.

Se quedó mirando la escena unos segundos, mareada por el simple peso del tiempo implícito en la hundida topología de los pálidos pilares que envolvían aquella tecnología.

—¿Señorita Demri? —le dijo un guardia de uniforme blanco de más edad. Ella se dio la vuelta.

—¿Sí?

—Por aquí.

La cogió de la mano. Girmeyn estaba sentado detrás de un enorme escritorio al

otro extremo de la habitación, rodeado de varias personas con pantallas de yema y de mano, proyectores de frente, pantallas de parche y, a juzgar por el aspecto tuerto de un par de ellos, pantallas de párpado. La condujeron hasta una gran silla que estaba a un lado del escritorio, junto a una mesa más pequeña y frente a otro asiento similar, justo al lado de las ventanas que daban a la caverna.

Se quedó allí sentada unos minutos y observó una escena muy parecida a la de un príncipe atendiendo a sus asuntos de estado, hasta que el joven se levantó del escritorio, saludó con una inclinación de cabeza a la gente con la que trataba y se unió a ella. Casi todos los hombres y mujeres que rodeaban el escritorio se quedaron donde estaban; algunos se sentaron en sillas y otros en el suelo. Sharrow se levantó para estrecharle la mano. Su apretón de manos era firme y cálido.

—Señorita Demri —dijo. Su voz era más grave de lo que ella esperaba. La saludó con la cabeza y se sentó en la otra silla. Llevaba la misma conservadora toga negra académica que había vestido durante la conferencia, una hora antes. Era todavía más joven de lo que había creído en un principio; veintipocos en vez de veintimuchos. Tenía una media melena exquisitamente enredada de color negro azulado, y la depilada piel tostada era suave y perfecta. Tenía labios carnosos y expresivos bajo una nariz larga y delicada. La mandíbula era fuerte, y lucía un hoyuelo en la barbilla. Se sentó relajado, aunque formal, en el asiento, y la examinó con los ojos.

—Es usted muy amable al recibirme —le dijo Sharrow—, pero solo necesito acceso a unos registros del hospital de hace unos quince años. —Miró detrás de ella—. Hay tanta gente esperando ahí fuera que siento que no merezco tanto honor.

—¿Estudia usted la Guerra del Cinco por Ciento, señorita Demri? —le preguntó él. La estudiada soltura con la que hablaba pertenecía a alguien de inmensa experiencia y autoridad, tres veces mayor que él. Su voz se derramó sobre Sharrow.

—Sí —respondió—. Lo soy.

—¿Puedo preguntar dónde?

—Bueno, asistí a Yadayeypon hace algún tiempo. Pero ahora soy independiente; es más un hobby... Él sonrió y dejó al descubierto unos dientes perfectos.

—Debo de haber llevado una vida más protegida de lo que pensaba, señorita Demri, porque no sabía que los estudiantes llevaran un armamento tan pesado. —Miró el escritorio e hizo un gesto con la mano. El guardia de más edad, el que la había saludado al llegar, les llevó el cañón manual.

—Puede manipularlo sin peligro, señor —le dijo a Girmeyn; este examinó el arma.

Por la forma en la que la sostenía, ella supo que probablemente no hubiera utilizado una pistola en su vida.

El guardia mayor se inclinó junto a ella; llevaba el cargador de la pistola en una mano y, en la otra, cogido entre dos dedos, un proyectil multiusos. Ella miró el proyectil y después al guardia.

—No debería llevar una bala en la recámara, señora —le dijo él—. Es peligroso.

—Eso dicen —dijo ella con un suspiro. El guardia regresó al escritorio. Girmeyn le entregó el cañón manual a Sharrow igual que el guardia se lo había entregado a él. Ella se lo metió en el bolsillo.

—Gracias —le dijo. Él parecía estar esperando algo más. Ella se encogió de hombros—. La competición por las becas de investigación está siendo especialmente dura este año.

Él sonrió.

—¿Cree que esos registros hospitalarios la ayudarán en sus estudios?

Ella empezaba a preguntárselo. Tenía la sensación (muy clara pero profundamente vaga a la vez) de que allí estaba pasando algo importante, pero no tenía ni idea de lo que podía ser.

—Puede que sí —dijo ella—. No puedo evitar pensar que todo esto es exagerado. Diría que no es una petición muy importante, y es evidente que está muy ocupado... —Agitó una mano.

—Pero los detalles son importantes, ¿no cree? —dijo él—. A veces lo que parecen ser actos sin mayor trascendencia provocan enormes resultados. Es el fulcro sobre el que descansan las palancas de la acción.

Ella soltó una pequeña carcajada.

—¿Siempre habla en epigramas, señor Girmeyn?

Él esbozó una sonrisa amplia y deslumbrante.

—Gajes del oficio —dijo abriendo las manos—. Permítame que atenúe mi solemnidad.

Ella sonrió y bajó la mirada.

—He oído la última parte de su clase —le dijo—. Ha sido muy impresionante.

—¿Por el contenido o por la forma? —preguntó él mientras pasaba un brazo por detrás del respaldo de la silla.

—Por la forma, sin duda —le dijo ella—. En cuanto al contenido... —se encogió de hombros—. Por usar una frase que puede que no le guste, el jurado todavía lo está deliberando.

—Hmm —dijo él frunciendo el ceño y sonriendo a la vez—. Normalmente suelen contestarme «por ambos».

Ella miró a la gente que rodeaba el escritorio, la mayoría de los cuales fingía no mirarlos a ellos.

—Seguro que sí —le dijo.

—Entonces, ¿mis argumentos no la han convencido? —Parecía triste. Ella tuvo la breve, vertiginosa y reveladora sensación de que podría enamorarse fácilmente de aquel hombre, y de que no solo lo habían hecho ya cientos o quizá miles de personas, sino que, además, todavía quedaban muchos por hacerlo.

Se aclaró la garganta. —Me preocupan. Suenan como lo que la gente quiere escuchar; lo que muchos creen que dirían si supieran expresarse con mayor facilidad.

—Por usar su propia terminología —dijo él en voz baja—, tengo que declararme

culpable. Y mi defensa particular es que yo llevo razón y la ley actual se equivoca. — Sonrió.

—Creo —dijo ella con cuidado— que quizá haya demasiada gente que quiere que las cosas sean sencillas, cuando no lo son y no pueden serlo. Alentar ese deseo es seductor y gratificante, pero también peligroso.

Él desvió un poco la mirada, como si examinara algo a lo lejos, por encima del hombro izquierdo de Sharrow. Asintió lentamente unos instantes.

—Creo que el poder siempre ha sido así —dijo en voz baja.

—Tengo un... pariente —dijo ella— que creo que se ha vuelto loco en los últimos años, en gran medida por culpa del entorno. —Miró a Girmeyn a los ojos y observó la oscuridad de su interior—. Tengo la inquietante sensación de que no habría discrepado con nada de lo que ha dicho usted hoy.

Él se encogió de hombros con una lentitud exagerada.

—Pero no se alarme, señorita Demri —dijo—. No soy más que un humilde funcionario. De hecho, técnicamente, todavía soy un estudiante. —Sonrió, sin dejar de sostener su mirada—. Hace dos años me pidieron que diese una clase; el año pasado comenzaron a llamarme profesor, y ahora la gente viene a verme y a pedirme ayuda, y algunos me invitan a visitarlos y a aconsejarlos... por todo el Fantasma. — Sonrió—. Pero sigo siendo un estudiante; sigo aprendiendo.

—¿Y el próximo año, el sistema? Él pareció desconcertado, pero después le dedicó otra amplia y encantadora sonrisa.

—¡Como mínimo! —se rio. Sharrow no pudo evitar reírse también, sin dejar de mirarlo. Él no desvió la mirada. Sharrow se la sostuvo y bebió de ella. Al final, Sharrow empezó a pensar en apartarla primero porque, si no, podían quedarse allí sentados durante el resto del día. Entonces, el guardia mayor se acercó de nuevo. Se quedó a un lado y tosió.

—¿Sí? —le preguntó Girmeyn, riéndose un poco mientras miraba al otro hombre.

—Lo siento, señor —dijo el guardia mirando a Sharrow—. La cena de esta noche; el tren está esperando. Girmeyn parecía realmente enfadado. Levantó las palmas de las manos delante de ella.

—Debo irme, señorita Demri. ¿Puedo convencerla para que me acompañe? ¿O para que me espere aquí? Me encantaría seguir hablando con usted.

—Creo que será mejor que me vaya —respondió Sharrow—. Tengo que irme del Fantasma muy pronto. —Una voz dentro de ella gritaba «¡Sí!, ¡Sí! ¡Di que sí, idiota!». Pero no le hizo caso.

Él suspiró.

—Es una lástima —dijo mientras se levantaba. Ella también se levantó. Se dieron la mano. Él sostuvo la de Sharrow mientras seguía hablando—. Espero que nos volvamos a encontrar.

—Yo también —dijo ella. Sonrió, todavía cogida a su mano—. No sé por qué digo esto —añadió mientras sentía cómo se le calentaba la cara, el cuello y el pecho

—, pero creo que es usted la persona más excepcional que he conocido.

Él soltó un bufido de risa y bajó la mirada. Ella le soltó la mano, y él escondió ambas tras la espalda. Levantó la cabeza para volver a mirarla.

—Y usted es la primera persona en unos diez años que consigue ruborizarme. — Se inclinó con formalidad—. Hasta la próxima, señorita Demri —le dijo.

Ella asintió.

—Hasta la próxima.

Él comenzó a alejarse, y después dijo:

—Ah, puede consultar sus registros.

—Gracias.

Él se dio la vuelta y se alejó. Ella lo observó detenerse a un par de pasos. Se dio la vuelta para mirarla, con las manos todavía unidas en la espalda.

—¿Por qué ha venido aquí realmente, señorita Demri? —le preguntó.

Ella se encogió de hombros.

—Algo que no me podía quitar de la cabeza —le respondió.

Él lo pensó; después sacudió la cabeza una vez y atravesó una puerta que estaba en la pared detrás del escritorio, seguido de sus funcionarios y asistentes.

Ella se quedó allí de pie un momento, mientras se preguntaba qué era exactamente lo que estaba sintiendo. Entonces se le acercó el guardia, le entregó un chip de datos, el cargador del cañón manual y el proyectil extra, y la acompañó a la salida. Conforme caminaba hacia las puertas, miró la caverna silenciosa y reluciente del otro lado del cristal.

Durante unos minutos se había olvidado de su existencia.

Cogió el siguiente metro a Ciudad Trinchera y se sentó en el tren con una gran sonrisa en la cara, inundada de la sensación extraña y emocionante de que había experimentado algo de consumada importancia, cuyo significado le estaba oculto, pero que crecía. Le costó un gran esfuerzo de voluntad ejecutar el chip de datos que le habían dado en su pantalla de muñeca.

Los registros no le dijeron nada. Si había algo excepcional en el hospital en el que la habían tratado, o en su personal y sistemas, no pudo encontrarlo. La misma mina Primer Corte no era más que otro complejo de minero propiedad, como siempre, de una Corpo anónima que alquilaba los pozos y los depósitos restantes a cooperativas, colectivos y empresarios más pequeños.

Dejó el chip y se quedó allí sentada, pensando en la enorme caverna y en sus máquinas misteriosas y antiguas, mientras aquel oscuro espacio subterráneo en el que habitaban resonaba en su interior como un acorde imponente.

Sacó a rastras de un sex-shop femenino de Trinchera a su tripulación de mujeres,

y se marchó a Golter aquella misma tarde.

—Hola, muñeca. Solo quería responder tu mensaje. Nos ha dejado perplejos. Hemos investigado esa compañía, El Torreón, y no hemos llegado a ninguna parte. Parece nueva; no tiene trabajos previos, ni contratos... nada. Las mejores referencias comerciales que he visto, pero sin ninguna pauta. Se dice que han hecho una oferta líder con pérdidas para el contrato del libro; hicieron que las otras agencias se cagaran en los pantalones, pero no se sabe nada de ellos desde entonces. No tienen dirección física, ni tampoco hay constancia de quién trabaja para ellos. No podemos saber cómo llegaron a contratar a los espeluznantes gemelos que te encontraste en el petrolero. No veo ninguna razón por la que no puedas preguntarle a los Hermanos Tristes por qué eligieron a esa agencia en concreto, como tú sugeriste, pero algo me dice que no te va a servir de nada. Todo esto apesta. Como la Casa del Mar, ahora que lo pienso.

»Ninguno de nosotros ha oído hablar de Girmeyn, ni de la Fundación de la Mancomunidad. Los registros de acceso público parecen bastante inocuos. He iniciado una investigación legal, pero por ahora está más seca que un bar de Ciudad Abstinencia.

»El chip de información que te dieron; si tiene tantos datos sin clasificar, lo único que se nos ocurre es que se lo des a un IA; contrata a uno o pídele un favor a tu primo... aunque imagino que tendrás que decirles lo que buscas, lo que puede que no sea muy inteligente. Pero supongo que ya lo habrás pensado.

»Siento serte de tan poca ayuda. Emm... Todos estamos bien; no parece haber actividad religiosa por las inmediaciones. Nos marcharemos pronto. Nos vemos en el lugar acordado. Muchos besos de todos. Bueno, menos de Cenuij, quizá. Ah, mierda... —Zefla puso cara de pena y sacudió la cabeza—. Puedes llamarme doña Tacto. Qué coño; que tengas buen viaje. Nos vemos, muñeca.

La imagen se desvaneció dentro de la pantalla holográfica. Sharrow se dio cuenta de que se había tensado un poco mientras veía la señal; soltó los brazos del asiento y dejó que su cuerpo flotara en la silla.

Las pantallas de control y de datos de la nave espacial chárter Trapichera relucían débilmente a su alrededor. El puente, como el resto de la nave, estaba más tranquilo de lo normal; la nave acababa de pasar el punto medio de su viaje a Golter, en caída libre un par de horas antes de que volviera a encender los motores y comenzara a frenar. También contribuía a la relativa calma que las dos tripulantes de la nave, a las que le gustaba la música industro-trash dura, estaban profundamente dormidas en sus literas.

Sharrow se quedó un rato mirando las irreales profundidades grises de la pantalla holográfica, y después suspiró.

—¿Nave?

- Lista, cliente lady Sharrow —dijo el ordenador con voz monótona.
- No eres una IA, ¿verdad?
- No soy una Inteligencia Artificial. Soy una semi...
- No importa. Vale; gracias, ya he acabado.

Parte 3

El trofeo de una antigua disputa

Conciencia de prisioneros

Una cálida lluvia caía sobre Ikueshleng. La nave privada Trapichera bajaba a través de la oscuridad de Jonolrey Exterior hacia el parche de luz de cincuenta kilómetros de diámetro que presidía el puerto. La nave atravesó las nubes de llovizna que lo rodeaban, y su casco, que brillaba con una luz de color rojo oscuro, dejó una estela de vapor en el oscuro aire detrás de él, para después relucir con un brillo de oro líquido al entrar en el pozo de luz solar reflejada desde los espejos orbitales y proyectada sobre el enclave, a través del filtro de nubes.

La nave expulsó vapor al ajustar la caída y flexionó las rechonchas patas. Dio contra una pista de hormigón y rodó por ella, a las afueras del puerto. Frenó, se dio la vuelta y avanzó con dificultad hacia un holograma que parpadeaba débilmente, en el que se mostraban unas líneas descendentes rojas y unas líneas verdes horizontales, que se detenían al llegar al centro del holo.

El cuadrado de hormigón del suelo tenía una suave pendiente y se llevaba a la nave con él.

—¡Mierda! —Dijo Tenel tras mirar la pantalla detrás de la esclusa—. Inspección aleatoria.

Sharrow comprobó la pantalla. En el hangar al que habían sido trasladadas había un cansado oficial, con el mono de la Inspección Portuaria y una tablilla con sujetapapeles.

—Ay, piensa, hombre —dijo Choss—. No pienso pagar los putos impuestos de importación de Ik por esta mierda. —Comenzó a sacar botellas de trax de la mochila y a dejarlas en el pasillo, junto a la esclusa.

Sharrow observó cómo bostezaba el oficial del hangar y cómo hablaba después con la tablilla; la voz salió de la pantalla.

—Hola, personas de la nave Trapichera —dijo—. Comprobación de normas de transporte y aduanas; por favor, tengan lista la documentación del vehículo, y el equipaje preparado para la inspección.

—Sí, sí —dijo Tenel con el dedo en el botón de transmisión de la pantalla—. Ya vamos.

—Uno a uno por favor —dijo el oficial con voz de aburrimiento—. La tripulación primero.

Tenel sacó un chip de datos de la ranura de la pantalla y entró en la esclusa

sacudiendo la cabeza; la puerta se abrió. La esclusa tenía un diseño cilíndrico giratorio estándar de apertura única, lo que quería decir que no podías abrir ambas puertas a la vez. La puerta se volvió a cerrar y oyeron el manguito interior y la puerta exterior rotar al mismo tiempo.

Sharrow y Choss observaron cómo el oficial le hacía un gesto con la cabeza a Tenel al salir de la rampa de acceso externa, cogía el chip de datos y lo metía en la tablilla; después examinó su mochila y le pasó la tablilla por todo el cuerpo un par de veces. Tecleó una entrada en la tablilla.

—El siguiente —dijo.

—Cuánta mierda, tío —murmuró Choss. Hizo una pedorreta con la boca y se metió en la esclusa. Sharrow estaba mirando el cañón manual mientras intentaba recordar si Ikueshleng exigía licencia para entrar con armas. No lo recordaba y no estaba segura de que fuese buena idea ir a por el arma que había dejado en consigna. Se encogió de hombros. Lo peor que podía pasar era que la confiscaran. Se la metió otra vez en la mochila.

—El siguiente, por favor —dijo la voz del hombre. La esclusa se abrió; ella entró. El cierre rotó a medias y después se detuvo.

Se quedó allí, atrapada en aquel espacio de un metro de diámetro. Pulsó los cuadros de control. No pasó nada. Sacó la pistola de la mochila, se colgó la mochila a la espalda y se agachó.

Le pareció escuchar algo, y después la puerta empezó a girar muy lentamente. El metal del casco de la nave quedó a la vista en la parte delantera de la abertura de la puerta. La puerta volvió a detenerse. Ella apuntó la pistola al filo.

La puerta se movió de repente y abrió un hueco de unos diez centímetros. Ella pudo vislumbrar una astilla vertical de hangar vacío. La granada de gas entró por la parte superior de la puerta y golpeó la cubierta a su derecha cuando la puerta volvió a cerrarse y la dejó allí encerrada. Ella observó, horrorizada y paralizada, la granada que hacía tictac en el suelo. Durante un instante volvió a tener 5 años.

Una lluvia cálida caía sobre Ikueshleng. Las naves iban y venían, volaban con sus alas, confiaban en la forma de sus cuerpos para elevarse o aterrizar verticalmente, entre rugidos de motores. Otros rugidos esporádicos eran los de las naves que partían, mientras que, de vez en cuando, surgía un impulso casi subsónico, seguido de una gran explosión de sonido y del bramido distante de los motores al encenderse, lo que indicaba que un tubo de inducción llevaba a una nave a la atmósfera.

Cerca de uno de los extremos de la meseta artificial del puerto había un largo rectángulo de hormigón con bisagra, que formaba la rampa baja de entrada a un espacio bien iluminado. Un vehículo alto y rectangular que rodaba sobre cuatro ruedas de tres metros de altura salió con estruendo de las profundidades del puerto y entró en la pista resbaladiza por el agua; estaba unido a otro que lo seguía a través de

la llovizna, y este a su vez precedía a otro, y a otro, y a otro.

El Coche Terrestre de veinte secciones comenzó a girar antes de que los últimos vagones hubieran subido a la superficie de hormigón. Las ruedas delanteras del vehículo pasaron sobre los charcos de barro de la pista y crearon olas que bañaron las orillas de las pequeñas depresiones. Las olas de agua mugrienta regresaron al interior cuando pasaban las ruedas, solo para volver a salir una y otra vez conforme rodaban sobre ellas los neumáticos del Coche, que aceleraba y pasaba con sus bandas de rodadura cruzadas exactamente por el mismo camino que sus predecesores.

El Coche Terrestre llegó al borde del hormigón, donde una puerta en la valla del perímetro de Ikueshleng daba acceso a la desaliñada maleza del otro lado. La caída era de dos metros o más, pero el Coche no se detuvo; su sección delantera describió un elegante arco al caer hacia el suelo húmedo, y los eslabones que la unían a la sección que llevaba detrás se tensaron para soportarla. Las ruedas tocaron el suelo y recibieron de nuevo el peso de la sección, mientras el resto del Coche la seguía, y cada uno de los vagones daba un pequeño golpe y creaba una onda de movimiento que recorría los doscientos metros de largo del vehículo, como una serpiente que se trasladara de rama en rama. El vehículo avanzó a través de los finos velos de lluvia hacia la línea de oscuridad a un kilómetro de distancia, donde el mediodía artificial del puerto daba paso a la penumbra previa al amanecer de una nublada mañana tropical.

Sharrow observó cómo la lluvia se acumulaba en la ventana de su celda, más allá de los barrotes de acero cubiertos de plástico. Las gotas de lluvia se convirtieron en un pequeño riachuelo inclinado al acelerar el Coche. El paisaje al otro lado del grueso cristal y de la humedad que se deslizaba como un río era llano, cubierto de arbustos irregulares y de retazos de hierba que parecían necesitar la lluvia. Miró la nota de papel que el carcelero le había metido en la ventanilla para la comida que tenía en la puerta.

«He oído que tú también estás a bordo. La policía del Tribunal nos cogió en Stager con el absurdo pretexto de haber asesinado a unos Vigilantes. Al parecer, la próxima parada es Yada. ¿Quién te cogió a ti?

Besos y abrazos: Miz y la panda».

Ella no tenía nada con lo que escribir. Arrugó la nota en la mano. En el exterior, la luz reflejada del sol desaparecía como si la hubiesen apagado. El Coche Terrestre avanzaba con estruendo por la oscuridad.

Los cazadores que la habían cogido eran un equipo de madre e hijo; el hijo había trabajado para la Autoridad Portuaria de Ikueshleng y tenía contactos en el puerto espacial de Ciudad Trinchera. Los huhsz habían filtrado el detalle de que Sharrow viajaba con el nombre de Ysul Demri en una base de datos empleada por personal de seguridad, asesinos con licencia, guardaespaldas y cazadores de recompensas. En

comparación, averiguar en qué nave estaba y conseguir que le prestaran el uniforme relevante había sido bastante fácil.

El vehículo en el que estaba formaba parte de una flota de Transportistas de Superficie de Mercancías Protegidas y Personas Detenidas, con licencia del Tribunal Mundial, aunque todo el mundo los llamaba simplemente «Coches Terrestres». Aquel, el Lección aprendida, hacía de forma regular el trayecto entre Ikueshleng y Yadayeypon con mercancía y gente que las líneas aéreas, los servicios de ferrocarril y las autoridades de carreteras preferían no manejar.

El Lección aprendida era propiedad de los Hijos del Agotamiento, una de las cada vez más abundantes Órdenes Heridas seculares que parecían formar parte de una nueva metamoda golteriana. Todos los tripulantes del Coche Terrestre habían decidido voluntariamente ser sordos y mudos. Varios de los carceleros que había visto habían ido aún más lejos y llevaban las bocas cosidas; Sharrow suponía que los alimentarían por goteo o que les meterían un tubo por la nariz.

Otros tenían también cosido un ojo, y a un hombre, un oficial por el uniforme, le habían tapado quirúrgicamente la boca y los dos ojos. Un ayudante que podía ver lo guiaba por todo el coche, y su única forma de comunicación era a través del código por contacto privado de la Orden, en el que las puntas de los dedos del emisor se movían sobre el dorso de la mano del receptor, como si se tratara de un teclado de carne.

Un Coche Terrestre. Recordaba que Miz había mencionado haber robado el cargamento de uno de ellos, pero había sido en Speyr, en territorio de bandidos. Aquello era Golter, y nadie atacaba un vehículo con licencia del Tribunal a no ser que fuera un suicida o un loco. Ni Geis podría ayudarla ya.

El hijo del equipo de cazadores de recompensas fue a verla después del alba. De cerca era un individuo de cara pálida y aspecto enfermizo. Hizo una mueca al sentarse en el asiento plegable, al otro extremo de la celda acolchada de suelo blando. La apuntó todo el rato con una pistola aturdidora. Ella estaba sentada con las piernas cruzadas en la litera, vestida con el mono de prisionera del Coche Terrestre. Todavía le dolía la cabeza por el gas que habían usado en la granada, fuera el que fuera.

—Solo quería que supieras que no hay nada personal en todo esto —le dijo el hombre con una débil sonrisa. Quizá tuviera veintimuchos, era delgado y estaba recién afeitado.

—Ah —dijo ella—. Gracias.

—Ni siquiera intentó esconder la amargura de su voz.

—Lo sé todo sobre ti —dijo el hombre, con una tos—. Siempre leo todo lo que puedo sobre nuestros blancos y, en cierto modo, te admiro, de verdad.

—Todo esto me hace sentir mucho mejor —le dijo ella—. Joder, si tanto me admiras, déjame salir de aquí. Él sacudió la cabeza.

—No puedo hacer eso —le dijo—. Hay demasiado en juego. Le hemos dicho a los huhsz que te tenemos; nos esperan para hacer el intercambio en Yada. Si no

aparecemos contigo van a mosquearse muuucho —añadió con una sonrisa. Ella lo miró y echó la cabeza un poco hacia atrás.

—Sal de aquí, cretino.

—No puedes hablarme así, Lady —dijo él con el ceño fruncido—. Puedo quedarme aquí y hablar todo lo que quiera. Podría usar esta pistola —dijo haciendo un gesto con la pistola aturdidora. Miró la puerta, y después la miró a ella—. Podría volver a gasearte; podría hacer contigo todo lo que quisiera.

—Inténtalo, gilipollas —le contestó ella.

El hombre esbozó una sonrisa burlona. Se levantó.

—Vaya, una aristo orgullosa, ¿no? —Alargó las manos. La piel de las palmas estaba inflamada y llena de ampollas—. Cogí los pasaportes con mis manos, Lady. Los he visto. He visto lo que va a matarte. Pensaré en ti y en todo ese orgullo cuando te maten; lentamente, espero.

Ella tenía el ceño fruncido.

El hombre llamó a la puerta. Se abrió.

—Que pases un buen y largo viaje a Yadayeypon, Lady —le dijo.

—Espera —dijo ella mientras levantaba una mano.

Él hizo caso omiso.

—Tienes tiempo de sobra para pensar en lo que esos huhsz te harán cuando te pillen.

—¡Espera! —exclamó ella mientras él salía por la puerta. Saltó de la litera—. ¿Has dicho que...?

—Adiós —dijo el cazador de recompensas mientras el Hijo del Agotamiento sordo y mudo de fuera cerraba otra vez la puerta.

El Lección aprendida rodó por la sabana de la península de Chey Nar todo el día, en dirección norte por antiguos caminos que atravesaban los campos cultivados. Al caer la tarde, el Coche Terrestre había llegado a las estribaciones de las Montañas Cathrivacianas, y comenzaba el largo camino para rodearlas y evitar un paso en el que había que pagar un caro peaje, por lo que tenía que atravesar los bosques de luz de Undalt y Tazdectedy Inferior; se elevaba sobre sus suspensiones para rozar las copas de los pequeños árboles con la parte inferior, mientras trepaba por las nubes de la meseta del Alto Marden.

El tráfico se detuvo en el peaje de Shruprov-Takandra a la mañana siguiente, cuando el Coche pasó por él; todos los conjuntos de ruedas se elevaron sobre la valla del peaje y después volvieron a bajar para avanzar por la carretera en sí.

Una de las personas del atasco (siempre solía haber una, como mínimo) decidió divertirse un rato saltándose el semáforo y pasando por debajo del Coche Terrestre, en un intento por cronometrar su aproximación y pasar así por debajo de las ruedas. En aquella ocasión el conductor falló; su pequeño coche quedó atrapado en el borde

de uno de los neumáticos del lado izquierdo del Lección aprendida, giró y rebotó en el interior de las ruedas del otro lado, de modo que acabó debajo del borde del coche; los neumáticos del Lección aprendida rodaron sobre el automóvil, y lo aplastaron y comprimieron hasta convertirlo en un sándwich de basura de medio metro de alto.

El Coche Terrestre no se detuvo, ni siquiera frenó; la Orden tenía indemnizaciones establecidas para aquel tipo de cosas.

Vadeó el río Vounty cerca de Ca-Blay en medio de una tormenta de lluvia y giró al sudoeste; aquel rumbo lo llevaría a través de la meseta hacia Mar Scarp y las colinas y valles del condado de Marden, en la frontera de la provincia de Yadayeypon.

Le llevaban la comida en tajaderos o platos desechables. Intentó que los guardias le llevaran algo para escribir, pero no lo consiguió; hizo tinta con algunos frutos secos que venían como guarnición, y usó una uña afilada con los dientes para escribir en la otra cara de la nota de Miz; después la puso en la ranura de la puerta justo antes de la comida de la noche. Todavía seguía allí cuando apareció la comida. Llamó al timbre de la puerta, pero no contestó nadie. Examinó cada rincón de la celda; no parecía haber ninguna forma de salir sin ayuda ni equipo. No había pantalla. Se pasaba la mayor parte del tiempo mirando por la pequeña ventana.

El cazador de recompensas había dicho que había cogido los pasaportes en sus manos. Y parecía enfermo. Ella conocía los síntomas de la radiación desde hacía tiempo; era una de las primeras cosas que el doctor les había contado al unirse a la Armada Antiimpuestos.

Hacía milenios se había puesto de moda el asesinato con plutonio entre las clases gobernantes del sistema (bolígrafos, medallas y artículos de vestir eran los sistemas preferidos para su administración); durante siglos nadie con poder iba sin su monitor de radiación personal, pero se había abandonado la práctica, prohibida e ilegalizada, por ese orden, hacía mucho tiempo. Solo unas cuantas Corpos, administraciones y viejas Casas con buena memoria seguían tomando dichas precauciones.

Ni a ella, ni a Miz, ni a los demás se les había pasado por la cabeza que los huhsz pudieran limitarse a pasar por alto el hecho de que los pasaportes estuvieran contaminados. No se le había ocurrido decírselo a nadie.

No era de extrañar que las misiones de los huhsz se hubieran movido tan rápido. No se habían molestado en llevar ningún mecanismo de contención; simplemente llevaban los pasaportes consigo como si nada y dejaban que los agujeros transmisores de energía que contenían infectaran a quien entrara dentro de su radio de acción con su empapado tributo de antiguo veneno.

Pero ¿por qué Geis no se había dado cuenta? Parecía haber seguido muy de cerca todo lo que había estado pasando; ¿por qué no lo había visto? No lo entendía. Tenía que haberlo sabido...

No importaba. Al margen de lo que hubiera pasado, todo empezaba de nuevo. Había vuelto a hacerlo. Había hecho (o estaba haciendo) que la gente muriera por la radiación. Otra vez. Ocho años después de Ciudad Labio y de la autodestrucción de la Pistola Vaga.

—Maldita —susurró, cuando se dio cuenta. Pensaba o esperaba haber hablado lo bastante bajo como para que el micrófono de la celda no lo hubiese captado.

Estoy maldita, pensó mientras sacudía la cabeza y se volvía de nuevo hacia la ventana de barrotes, negándose a revivir aquel instante de comprensión de hacía ocho años, en la habitación de hotel iluminada por el amanecer, cuando el placer había quedado contaminado para siempre por la culpa.

El Coche Terrestre se movía con mayor lentitud en el Alto Marden, donde el paisaje estaba cortado y dividido en pequeñas parcelas y el campo cubierto de aldeas y pueblos, por lo que había que dar amplios rodeos para evitarlos tanto a ellos como a los estados y enclaves que le hubieran exigido un peaje al Coche.

El Lección aprendida no paraba de cruzar paredes en Marden. Cuando las paredes eran especialmente altas, las grandes ruedas bajo la celda se elevaban tanto que le tapaban la vista.

Los pueblos y aldeas quedaban atrás; las casas eran puntos blancos y de colores que salpicaban las laderas verdes. El Coche Terrestre se metió dos veces en distintos ríos, dio tumbos y se retorció por sus cursos, se agachó bajo puentes, chapoteó en los bajíos y pasó por encima de los estanques más profundos, mientras los eslabones rígidos entre los vagones soportaban a cada uno de ellos, según correspondía.

A la luz del atardecer, el Coche pasó por la orilla del Mar Scodde, sobre campos de gravilla y praderas abiertas en los que distintos animales que pastaban salieron huyendo; las manadas botaban y saltaban sobre la hierba entre balidos y bramidos. Cuando el Coche tomó una curva para rodear la pared de una granja, vio que algunas formas marrones corrían bajo el vagón de cabeza del Lección aprendida, entre los dos primeros grupos de ruedas gigantes.

Había oído que algunos animales corrían delante o debajo de los Coches Terrestres durante horas, hasta que se quedaban sin fuerzas o sus corazones cedían y caían.

Apartó la mirada.

Se levantó el último día que pasaría dentro del Coche. Una línea de nubes blancas colmadas resaltaba las Montañas Airthit, más adelante; detrás estaba Yadayeypon. Las colinas y bosques se fueron quedando sin las tierras de cultivo del condado de Marden conforme el Lección aprendida comenzaba a ganar altura de nuevo. Sharrow

había dejado de intentar que le pasaran mensajes; todavía no habían respondido al timbre de la puerta.

Observó cómo los árboles escaseaban y desaparecían; cuando las nubes desgarradas por el viento se abrieron, revelaron picos distantes, afilados y de color blanco brillante. El aire de la celda se enfrió y empezó a costarle respirar. Después atravesaron el paso y descendieron de nuevo hasta los árboles. El Lección aprendida había entrado en la provincia de Yadayeypon.

Se quedó sentada en la celda, que estaba muy inclinada, y tragó y bostezó de vez en cuando para destaponarse los oídos al aumentar la presión, mientras pensaba en cómo podría suicidarse.

Pero no podía ver el suicidio como una forma de burlarlos; sería más parecido a rendirse. Probablemente era lo más sensato, pero sería vergonzoso. Le pareció entender los viejos códigos guerreros que sostenían que, cuando a uno le quitaban toda opción y libertad, todavía era posible confundir al enemigo con una muerte digna, independientemente del terror que se sintiera. Lo cierto es que no se había sentido tan falta de esperanza desde que su nave cayera impotente hacia Fantasma de Nachtel, hacía quince años, pero había sobrevivido a aquello. Por un precio, quizá, pero había sobrevivido.

No había dormido bien por la noche, ya que cada revolución de aquellas enormes ruedas la llevaba más cerca de Yadayeypon, y el miedo y la desesperación crecían en su interior. Se sentó con las piernas cruzadas en la litera e intentó animarse, hasta que la misma desesperación de sus intentos se volvió patética y lloró.

Al cabo de un rato se quedó dormida de nuevo, débil y exhausta, apoyada en el mamparo inclinado que había detrás de su estrecho colchón.

Se despertó de repente y no se atrevió a pensar que aquello fuera lo que parecía. Una explosión sacudió la celda e hizo que le crujieran los dientes; pasó del miedo a la euforia y de nuevo al miedo en un segundo.

Una sacudida la envió directa al techo; aterrizó a cuatro patas sobre el suelo. Podía oír disparos. La celda se inclinó mientras el vagón traqueteaba y daba botes por una cuesta, tirándola a ella y a todas las cosas que tenía dentro. Subió como pudo por la celda para llegar a la litera y se agarró a los barrotes de la ventana para intentar mirar afuera.

La alta sombra del Coche Terrestre salió disparada desde una colina escarpada y cubierta de hierba hasta una lejana línea de árboles; el vehículo iba a estrellarse contra lo que parecían unas paredes de piedra seca. Una estela humeante apareció de repente por debajo del vagón delantero, cruzó un pequeño campo, y se estrelló contra una pared creando una sucia fuente de tierra y piedra. Una onda sacudió la celda e hizo que vibraran los barrotes que tenía entre las manos, mientras que una parte de la sombra del Lección aprendida, a unos cinco o seis vagones de distancia, quedó

oscurecida por una nube negra y floreciente. Un relámpago de luz surgió de un extremo de la línea de árboles. Algo explotó en el vagón delante del suyo, y los restos volaron por todas partes: la celda saltó a su alrededor. Un tanque ligero con un deslumbrante camuflaje apareció entre los árboles y bajó a toda velocidad por la ladera hacia el Coche Terrestre; la tierra explotó en el aire delante de él.

Oyó un terrible choque detrás de ella, le pareció distinguir brevemente que la parte delantera de la sombra del Coche se retorció y que el tanque ligero volvía a disparar, y después la celda se sacudió y levantó, tirándola de un lado a otro como si fuera un dado dentro de un cubilete.

El vagón rodó hacia la derecha seis veces. Ella estuvo consciente todo el tiempo. Luchó contra el deseo de abrazarse y se quedó quieta; se dio golpes por toda la celda, mientras el colchón de la cama y el saco de dormir caían una y otra vez a su alrededor; era como estar atrapada en una secadora. Tuvo tiempo para reflexionar que había mucho que decir en favor de las celdas acolchadas, y que se podía saber cuándo golpeaban el suelo las ruedas, porque el bote era ligeramente distinto.

Se detuvo; permaneció ingrávida un instante, y después se dio contra el suelo acolchado de la celda y se hizo daño en el hombro izquierdo.

El colchón y el saco de dormir le cayeron encima.

Otro golpe enorme sacudió todo el vagón.

Se hizo el silencio.

Se puso de pie con torpeza, se restregó el hombro y se palpó la cabeza en busca de moretones o sangre. Se oían disparos a lo lejos.

Intentó subirse a la litera, pero no había nada a lo que agarrarse. Saltó, se colgó de los barrotes de la ventana y se impulsó hacia arriba haciendo caso omiso del dolor del hombro, pero solo podía ver el cielo azul oscuro de la tarde. Se dejó caer al suelo inclinado en el que se habían convertido la puerta de la celda y la pared del pasillo. Más disparos. Siguió durante un rato; un par de detonaciones sordas sacudieron el vagón.

Intentó llamar al timbre de la puerta, pero no parecía funcionar.

Al cabo de un rato oyó movimiento en el exterior, y después el zumbido del cierre. Se echó a un lado para apartarse de la puerta. Voces.

—Vuélala —oyó decir a un hombre.

Se resguardó bajo el colchón de la cama y se metió los dedos en las orejas; la explosión resonó en la celda con un tono metálico e hizo que le zumbaran los oídos.

Levantó la vista y se encontró en una niebla gris. La puerta había desaparecido. Empezó a toser por los humos acres de la explosión. Donde antes estaba la puerta aparecieron una pistola y la cara de un hombre.

El hombre llevaba un casco blindado pintado con un diseño alucinógeno de color morado y verde. Llevaba unos multivisores negro mate en los ojos y un pequeño círculo pintado en la frente con las palabras «APUNTE AQUÍ» escritas debajo, y una flecha. Frunció el ceño al mirarla.

—¿No nos conocemos? —dijo el hombre.

Ella tosió y se rio.

—Me preguntaba quién podría estar lo bastante loco como para atacar un Coche Terrestre.

Apareció otro hombre. Tenía una cara oscura y redonda, y no llevaba nada en la cabeza, salvo un pañuelo de color amarillo chillón con la palabra «REAL» pintada en ella con lo que parecía ser sangre seca. Frunció el ceño enérgicamente.

Ella lo saludó con la mano.

—Educación —le dijo.

—Educación —contestó Elson Roa con un gesto de cabeza.

El aire de última hora de la tarde era cálido y húmedo; estaban en el trópico y la altitud era de menos de quinientos metros, aunque los vientos predominantes (que se derramaban de los glaciares del corazón del continente) mantenían una temperatura moderada.

Estaba de pie sobre lo que había sido una de las secciones de celdas del Lección aprendida; otro vagón yacía boca arriba sobre su tejado. El fino mono de la prisión se agitaba con la suave brisa, y podía sentir cómo se movía el aire sobre su cabeza rapada. Miró a su alrededor, sonriente, mientras observaba cómo Thrial desaparecía sobre la cresta de la montaña, al oeste.

Algunos segmentos del Coche Terrestre destrozado yacían dispersos por el fondo de un valle seco y escarpado, como piezas de un juguete después de la rabieta de un niño. Algunos vagones estaban boca arriba, y sus componentes de suspensión parecían desnudos y vulnerables, mientras que las ruedas apuntaban patéticamente al cielo cubierto de parches de nubes. El humo y el vapor bajaban del valle con el viento.

Los solipsistas, con sus uniformes chillones, se arrastraban por el enredado collar de cajas abiertas del Lección aprendida. Un par de tanques ligeros y cinco semiorugas estaban quietos sobre las pendientes de hierba que rodeaban el valle central, con los ruidosos motores en punto muerto.

Un grupo de aturdidos Hijos del Agotamiento estaba sentado sobre la hierba, con las manos en el cuello, vigilados por dos solipsistas que parecían estar desnudos bajo la pintura corporal. Había cadáveres cerca de uno de los vagones todavía humeante.

La cabeza de Roa salió de una ventana rota; ella alargó la mano y lo ayudó a salir. Llevaba un pequeño maletín y su mochila.

—Esto es tuyo —le dijo, y le pasó la mochila.

—Gracias —le dijo ella mientras se pasaba la correa por la cabeza. Roa y los otros solipsistas que la habían rescatado se quedaron mirando la escena; Roa se encogió de hombros.

—Vámonos —dijo. Bajaron al suelo por los componentes de la suspensión del

vagón. Por todas partes había hombres con uniformes chillones y cuerpos pintados que salían dando tumbos de los restos del Coche para llegar a sus propios vehículos, cargados con el botín.

Siguió a Roa, que se agachó bajo uno de los pasillos de conexión doblados del Coche Terrestre al otro lado, donde un enorme semioruga abierto les esperaba; una unidad de radar giraba sobre un delgado mástil en la parte superior del vehículo. Una cara rubia sonrió desde la parte de atrás cuando vio acercarse a Sharrow.

—Vale, ahora me creo lo de los solipsistas —le dijo Zefla.

—¡Hola, pequeña! —le gritó Miz mientras se daba la vuelta.

—¿Son estas tus apariencias? —le preguntó Elson Roa al subir al semioruga detrás de ella. Sharrow estaba abrazando a Zefla; los otros estaban vestidos como ella, con el mono de la prisión. Miz le sopló un beso; Cenuij chasqueó la lengua y se dio unos golpecitos en un corte de la frente con un pañuelo, mientras que Dloan se quedó sentado cuan grande era y le dedicó una gran sonrisa.

Keteo, el conductor que los había llevado a ella y a Roa a Aïs hacía un mes, estaba sentado en el asiento central del vehículo, agarrado al volante. Se dio la vuelta, la vio, y cerró los ojos mientras canturreaba detrás de su casco de acero pintado de magenta y blanco. La chaqueta de combate era rosa chillón. Un solipsista desnudo (salvo por una boina) y con el cuerpo pintado estaba sentado a la izquierda de Keteo, con un micrófono en la mano.

—Sí —respondió a Roa con una sonrisa, todavía en brazos de Zefla—. Son mis apariencias.

—Vaya, gracias —murmuró Cenuij.

—Entonces será mejor que nos las llevemos también —dijo Roa con el ceño fruncido.

Keteo se dio la vuelta, con aspecto enfadado.

—Molgarin no dijo nada sobre... —comenzó.

Roa le dio un golpe en el casco blindado.

—Conduce —le dijo.

Miz se levantó del asiento trasero del semioruga para abrazar también a Sharrow, pero se vio obligado a volver a sentarse cuando el semioruga dio un salto sobre la hierba. Sharrow y Zefla cayeron sobre el asiento, entre risas. Roa se agarró al soporte de seguridad del semioruga, en el que había una pequeña pantalla holográfica, un par de metrallas pesadas y un lanzacohetes manchado de hollín.

El semioruga avanzó entre botes y sacudidas por el irregular terreno, valle abajo hacia algunos árboles. Roa estudió la pantalla y le dio un golpecito al solipsista con el cuerpo pintado que estaba en el asiento delantero.

—Dile a todos que se acercan aviones —le dijo al hombre tembloroso.

—¡Atención todos! —gritó el hombre pintado al micrófono. Hizo una pausa—. ¡Cuidado con el cielo! —chilló; dejó el micrófono en el asiento y se tiró al hueco para los pies.

Roa sacudió la cabeza.

Un solipsista vestido de violeta y lima que arrastraba una caja larga y negra corrió hacia ellos agitando los brazos. Roa le dio otro golpe al sombrero de lata de Keteo; el semioruga patinó hasta detenerse, escupió césped por las orugas e hizo que todos se cayeran del asiento.

—¡Uf! —dijo Roa al caer sobre el soporte de seguridad. Miró con furia la nuca de lata de Keteo, y después sacó el brazo para meter la caja larga y negra en el semioruga. Le dio otro golpecito a Keteo en el casco y se agarró con aspecto serio cuando el semioruga arrancó con un salto.

Sharrow se agarró al mástil del radar que estaba detrás del asiento y se volvió para observar a los solipsistas que corrían para alejarse del Corre Terrestre y meterse dando tumbos en los semiorugas. Los dos tanques ligeros de colores chillones ya estaban botando sobre la hierba, detrás del vehículo de Roa.

—¿Estás bien? —gritó Miz por encima del ruido del motor de la máquina.

—Sí —respondió Sharrow.

Un avión rugió sobre ellos. Ella se agachó por instinto. Todos observaron la lustrosa forma gris desaparecer sobre las cimas teñidas de ocaso de las colinas de la derecha. Otros tres aviones brillaron sobre el valle, más arriba.

—Ay, mierda —dijo Cenuij.

Roa preparó las metralletas gemelas.

El semioruga se deslizó por la hierba hasta llegar a un camino con marcas de ruedas estrechas, que bajaba hasta un pequeño bosque. El polvo daba vueltas en el aire detrás de ellos.

Oyeron de nuevo el ruido de los reactores, y después una serie de fuertes sonidos de roce. La radio del semioruga graznaba y chillaba.

El camino se hizo más escarpado y comenzó a torcer para seguir un rocoso cauce descendente. Keteo evitó un gran canto rodado que había junto al camino por un centímetro escaso, patinó y casi lanzó la máquina por encima del barranco; después volvió a ponerla derecha y aceleró.

Roa se dio la vuelta y miró el camino por el que el primer tanque ligero había aparecido con su propia nube de polvo. Una serie de fuertes explosiones estallaron tras él. Keteo se salió del camino y se metió en un tramo de hierba en pendiente para esquivar un pájaro muerto.

—Interesante técnica de conducción —le gritó Miz a Sharrow mientras asentía con la cabeza en señal de aprobación. Cenuij cerró los ojos.

—Me sentía más seguro en el puto Coche Terrestre.

Detrás de ellos, el humo se elevó en el cielo azul oscuro, por encima de los árboles. El camino dejaba el bosque y se introducía en la ladera de un amplio valle verde cruzado por muros de piedra y bisecado por un arroyo que salía de una pequeña ladera del valle. El final del valle estaba a medio kilómetro.

—Oh, oh —dijo Dloan, y se dio la vuelta para mirar detrás de ellos. Cenuij

miraba con recelo la larga caja negra que Roa tenía a sus pies. Roa metió la mano bajo el soporte de protección y sacó el micrófono del asiento delantero.

—Hola, Solo... —dijo. Un gran estruendo cayó sobre ellos; todos volvieron a agacharse. Sharrow vio al reactor rasgar el cielo sobre ellos. Roa tiró el micro, cogió las metralletas y disparó al avión, ya lejano, con lo que esparció cartuchos vacíos por el hueco trasero para los pies.

—¿Dónde están los misiles? —chilló Roa.

—¡Bajo el asiento! —chilló Keteo. Un zumbido llenó el aire. Sharrow miró a Dloan; se había puesto las manos en los ojos.

Un relámpago de luz los bañó desde detrás. Sharrow medio vio, medio oyó una confusión de movimiento al caer algo sobre la hierba a un lado del camino. Entonces la larga capota del semioruga explotó.

Todo se detuvo. Silencio, mientras los restos caían dando tumbos desde el cielo y lo que quedaba del semioruga se estrellaba contra el camino en una ola de polvo y pequeñas piedras.

El sonido regresó lentamente; empezaron a zumbarle los oídos. Hubo otras cuantas explosiones amortiguadas en la confusión, hasta que el semioruga roto se detuvo por fin. Sharrow estaba en el hueco de los pies e intentaba levantarse; Roa estaba sobre ella, con aspecto aturdido y la cara ensangrentada.

Había humo por todas partes. Vio a Miz; él la ayudó a ponerse de pie y le gritó algo. Dloan ayudó a Zefla a salir del vehículo. Cenuij estaba sentado y parpadeaba con cara de sorpresa.

Después se encontró sobre la hierba y corrió dando tumbos. Creyó haber dejado la mochila atrás, pero la tenía con ella, le daba golpes en la cadera. Siguió a Dloan y a Zef; Miz corría junto a ella. Más atrás, los dos tanques ligeros ardían con violencia convertidos en charcos de brillante fuego naranja bajo las columnas de humo con forma de champiñón.

Otro avión rugió sobre ellos. Las explosiones recorrieron el valle. Sharrow mantuvo la cabeza baja y oyó cómo la metralla siseaba por el aire y se hundía en la hierba.

Corrieron hacia un pequeño corral junto al arroyo. Dloan y Zefla se metieron bajo la pared de piedra del corral. Cenuij la saltó; Sharrow saltó y cayó sobre el círculo de hierba del otro lado. Miró atrás, hacia los restos del semioruga en llamas. Miz estaba ayudando a Keteo a llevar una larga mochila de aspecto pesado. Ella se limpió el sudor de los ojos y miró arriba.

En el cielo sobre las colinas volaba un gran avión, delante de las nubes rojas iluminadas por el sol. Una fila de formas teñidas de rubí cayó de la parte de atrás del avión y se fue oscureciendo a medida que entraba en la sombra de la colina, para florecer en forma de paracaídas antes de esconderse en las colinas en sí.

—Mucho más seguro en el Coche Terrestre, sin duda —murmuró Cenuij.

—Un excelente tiempo de respuesta —murmuró Dloan.

—¿Los reconoces? —preguntó Zefla.

—No —respondió Dloan mientras Miz y Keteo (que cojeaba ostensiblemente y tenía la cara cubierta de sangre) pasaban la mochila por encima de la pared del corral y se derrumbaban sobre ella.

—¿Con quién estamos tratando? —preguntó Miz sin resuello.

—Un ejército mercenario —respondió Dloan—, por decir algo; no los reconozco.

—¿Dónde está Roa? —preguntó Keteo mientras se limpiaba la sangre de los ojos. Zefla miró por encima de las piedras hacia el semioruga destrozado.

—No lo veo —dijo. Miró a Keteo—. ¿Y el chico de la radio? —le preguntó.

Keteo sacudió la cabeza.

—Nada —dijo; después se arrodilló y miró por encima del parapeto de piedra. Miz estaba abriendo la mochila, sin dejar de echar vistazos al cielo y a su alrededor.

—¿Con qué nos dieron? —preguntó Sharrow.

—¡Abajo! —gritó Miz. Oyeron el chillido de un reactor casi al instante. El suelo tembló bajo sus pies y algunas rocas cayeron del muro de piedra. Esperaron a que los escombros dejaran de caer y levantaron la mirada. Habían abierto un cráter en el lecho del río, unos veinte metros aguas arriba; el agua se empezaba a acumular en el agujero humeante, envuelto en humo.

—Mierda —dijo Cenuij con la pierna en la mano.

—¿Escombros? —le preguntó Zefla mientras se deslizaba hacia él.

Cenuij hizo una mueca. Levantó la pierna y flexionó el tobillo.

—Sobreviviré.

—Los detectores del tanque... —dijo Dloan, pero dejó la frase a medias mientras observaba a Miz sacar una enorme arma de la mochila. Keteo se acercó y sacó otra arma con forma de tubo. Dloan se unió a ellos con los ojos como platos.

Sharrow se sacudió; abrió su mochila y vio el cañón manual. Sacó la pistola y rebuscó entre los cargadores que le quedaban en el fondo de la mochila. Su peluca pelirroja también estaba allí, pero no le prestó atención.

—Mierda, ahí viene otro —dijo Cenuij.

El avión bajó en barrena directamente sobre ellos. Miz levantó la pistola que había encontrado, intentó dispararla, pero no lo consiguió. Sharrow encontró el cargador de proyectiles bipropulsantes, pero era demasiado tarde. Algo cayó del avión dando tumbos. Disparó de todas formas al avión, y la pistola le golpeó la mano mientras el reactor recorría el cielo sobre ellos. Algo silbó en el aire, justo delante del rugido del reactor que se acercaba.

Sharrow se tiró al suelo. Las explosiones hicieron temblar la tierra y la hierba; un ruido como el de un millón de petardos explotó en el aire. Los escombros eran diminutos y sonaban a metálico. Levantó la cabeza primero. Más explosiones resonaron aguas abajo.

—Una puntería horrorosa —dijo Dloan junto a ella mientras cogía una enorme pistola. Sacó un cargador de la mochila, después otro, y después otro.

—¡Bombas de racimo! —dijo Cenuij, y tragó saliva al mirar la zona en la que todavía brillaban y crujían las últimas detonaciones, en la parte inferior del valle—. ¿Son legales?

Keteo le dio un golpe al arma de tubo que llevaba, entre murmullos.

—Se convierten en legales —dijo Zefla— cuando haces algo como atacar un Coche Terrestre con licencia del Tribunal.

Sharrow tiró el cargador vacío y colocó el de proyectiles bipropulsantes.

—¿Creéis que dejarán de bombardearnos? —preguntó mientras buscaba el otro cargador de cohetes en la mochila—. Esos paracas deben estar muy cerca. Miz comprobó la pistola que llevaba.

—No lo creo —respondió.

—Ninguno de estos proyectiles tiene el calibre correcto —dijo Dloan mientras revolvía la otra mochila. Parecía decepcionado.

—Dos más —dijo Zefla, que miraba hacia arriba. Dos formas angulosas y oscuras giraban sobre la escasa luz de la tarde, después parecieron quedarse quietas, cada vez más grandes.

—No deberíamos haber traído esa caja —dijo Cenuij—. Esa caja negra. El Tribunal...

—¡Solo! —chilló Keteo. Señaló el valle.

Sharrow vio dos luces brillantes; se elevaban en el aire sobre dos mástiles, encima de una gran forma oscura. Había más luces encendidas, y la forma oscura se convirtió en un aerodeslizador, con dos (y después, al girar brevemente, cuatro) grandes hélices visibles sobre él.

Keteo gritó de alegría. Dloan se quedó mirando el aerodeslizador.

—¿Cómo han podido traer esa cosa hasta aquí arriba? —preguntó.

—¡Ríos! —dijo Keteo con aire de listillo.

Sharrow volvió la vista atrás, hacia los dos reactores que se acercaban dejando dos delgados tubos grises de vapor detrás de ellos, que se rizaban desde las puntas de las alas en el húmedo aire de la tarde. Miz intentó disparar a los aviones, pero la pistola no funcionaba.

—Mierda —dijo—. Esta cosa necesita una puta batería...

Dloan se volvió para mirar los reactores, dejó la pistola que tenía en la mano y observó las naves, justo cuando una tercera forma giraba en el aire sobre el extremo del valle y se unía a la ruta del bombardeo. Sacudió la cabeza.

—No importa —dijo en voz baja.

Los aviones flotaron más cerca. Sharrow sostuvo el cañón manual con ambas manos, preparada. Dos formas negras colgaban bajo cada una de las alas de los aviones. Los cilindros se soltaron y comenzaron a caer, dando vueltas en el aire hacia ellos.

—Ay, joder... —oyó decir a Miz.

—Adiós —dijo Dloan en voz baja.

De repente, los dos aviones se convirtieron en esferas de color cereza. Los cilindros brillaron con una luz rosa en el mismo instante.

La luz era demasiado brillante. Sharrow cerró los ojos, sin comprender nada. Dloan gritó algo, después chocó con ella, cayó sobre ella y apagó la luz. El mundo vibró y tembló, las ondas de choque le machacaron los oídos, que ya le zumbaban de antes.

El peso que tenía encima se levantó. Abrió los ojos. Dloan estaba de pie junto a ella, con los ojos saltones y la boca abierta.

—¡Dloan! —le gritó ella—. ¡Agáchate!

Dloan se volvió, con la boca todavía abierta. Keteo se puso de pie detrás de él, también con la boca abierta. Miraba el semioruga. Sharrow se puso de rodillas junto a Dloan.

Los dos reactores habían desaparecido. Diminutos restos relucientes caían por doquier y aterrizaban humeantes sobre la hierba que los rodeaba, siseantes en el agua y tintineantes sobre las piedras del corral, como una especie de granizo estrafalario. Zefla soltó un grito y se sacudió un fragmento al rojo vivo del brazo. Los ecos retumbaban en el valle. Había un largo cráter humeante delante de ellos, en la falda de la colina, deshilachadas serpientes de humo salían de algunas hogueras aguas abajo del corral, y una oscura nube negra surgía de la pendiente de más allá y tapaba en parte la vista del valle hacia el Solo.

El tercer reactor barrió el cielo sobre ellos, subiendo y girando como loco. También él se convirtió en una intensa bola de luz; la explosión sacudió la tierra y los restos cayeron con elegancia sobre la colina en mil piezas ardientes que dejaban un rastro de humo negro tras ellas, como unos enormes fuegos artificiales que hubieran salido mal.

Keteo dio un salto en el aire.

—¡Roa! —chilló mientras blandía en el aire el arma en forma de tubo sin usar.

Sharrow fue hasta el parapeto del corral que estaba cuesta abajo. Parecían estar rodeados de columnas de humo. Valle abajo, más allá de la columna dejada por uno de los aviones estrellados, podían ver el Solo, detenido a unos cientos de metros con los motores encendidos.

El semioruga estaba quieto, todavía ardiendo, en la penumbra bajo la oscura colina. Una luz violeta echaba chispas justo detrás. Se dio la vuelta y miró sobre la ladera, donde ardían los restos. Un punto distante en el cielo estalló en una explosión de luz.

—¡Roa! —chilló Keteo de nuevo. Sonrió a Sharrow, después pareció avergonzado y se encogió de hombros—. Bueno, yo, en realidad —dijo.

Ella sacudió la cabeza.

—¡Joder! —dijo Dloan mirando a su alrededor—. ¡Joder!

—Eso es lo que había en la caja —dijo Cenuij con decisión. Resopló—. Los milagros de la tecnología antigua.

—Oh, tío —dijo Zefla—. Ese loco de Roa se ha metido en una buena.

La luz se extendía por la ladera sobre los restos en llamas del tercer avión. Los impactos rebotaban con un zumbido en una pared cercana.

—Los paracas están aquí —dijo Dloan, y todos se agacharon otra vez.

—Puedo ver a Roa moverse —dijo Zefla, que miraba por un agujero de la pared.

El fuego de respuesta desde el aerodeslizador arrancaba ecos en el valle.

Salieron más disparos de la cresta de la colina y cayeron a su alrededor.

Miz estaba agachado junto a Keteo.

—¿Tienes un comunicador? —le preguntó al joven.

—¡Sí! —le respondió él.

—¿Qué te parece usarlo para decirle a tus compañeros del aerodeslizador que estamos en camino?

—¡Buena idea! —dijo Keteo. Sacó un pequeño dispositivo de la chaqueta rosa de combate—. ¿Solo? —dijo.

Miz se acercó con cuidado a Sharrow, que estaba con el arma apuntando a la cima de la colina.

—¿Arroyo abajo? —le preguntó Miz.

Keteo charlaba muy animado con alguien del Solo.

—Sí —respondió ella—. Arroyo abajo. Cuando quieras. —Se levantó lo justo para disparar a la ladera. Un soldado descuidado bajaba por el horizonte, así que murió recortado sobre él. Sharrow se agachó de nuevo y cambió el cargador.

—¿Todo bien? —le preguntó Miz a Keteo por encima del ruido de las balas que se estrellaban contra el suelo y las piedras.

—¡Todo bien! —chilló el chico—. Nos esperan.

—Vamos —dijo Miz—. Bajemos por el lecho del río. —Señaló con la cabeza la chaqueta rosa de Keteo que, incluso en la oscuridad que empezaba a asentarse, se veía muy pálida—. Esa chaqueta te hace algo llamativo, chico; será mejor que la dejes.

Keteo miró a Miz como si estuviera loco.

Sharrow sacó los bipropulsantes.

Miz la observó y se rascó la cabeza.

—¿Por qué no dejas de jugar con ella y la disparas de una vez? —le dijo.

Ella lo miró con furia.

—Son BP —le respondió—. No sirven para infantería y son demasiado fáciles de rastrear.

—Ah, perdona —dijo Miz mientras la observaba meter un cargador distinto.

Una pequeña explosión levantó la tierra a diez metros aguas arriba.

—Granada de fusil —dijo Dloan.

Estaba lista para disparar. Miró a los otros.

—¡Vamos! —chilló. Comenzó a disparar. Zefla y Dloan, seguidos muy de cerca por Keteo y después Cenuij, saltaron la pared del corral que daba al arroyo.

Sharrow se volvió a agachar. Cambió de nuevo el cargador, con un zumbido en los oídos y las muñecas doloridas. Miz estaba sentado a un metro de ella, la cara apenas visible, sonriente.

—¡Sal! —le gritó Sharrow.

—Sal tú —le dijo él. Sacó la mano para que le diera la pistola.

—No —respondió ella.

Se dio la vuelta y comenzó a disparar. Algo cayó dentro del corral a un par de metros; Miz se lanzó, la cogió, y tiró la granada de rifle hacia el camino; explotó antes de caer.

Ella miró a su alrededor; la metralla rebotaba en la pared más alejada. Las balas se estrellaban contra las piedras detrás de las que estaban agachados.

—Salgamos los dos —sugirió Miz.

Saltaron la pared, se tambalearon por la hierba hacia el río poco profundo y se metieron en él; se resbalaron con las rocas sumergidas mientras las balas silbaban sobre sus cabezas.

El Solo era invisible, estaba escondido en la hondonada que había dejado al caer uno de los aviones derribados. Las brillantes luces del aerodeslizador iluminaron el polvo que tenían delante y la hierba a ambos lados del arroyo. Un impulso bajo el agua casi los derriba; una granada creó una forma explosiva blanca en el arroyo, más atrás, cerca del corral.

Llegaron al borde de una pequeña cascada y consiguieron subir a la hierba, para después correr hasta la hondonada en la que los restos del avión ardían en pequeños cráteres y el Solo esperaba, con la alta popa girada hacia ellos; la rampa posterior estaba cerrada, pero había una pequeña puerta abierta sobre una escalera de red. Elson Roa trepaba la escalera sobre el volumen de la cubierta del aerodeslizador, que era tan alta como una persona. Los Franck estaban justo detrás de él. Keteo ayudaba a Cenuij, que cojeaba.

Sharrow y Miz corrieron a través de la gran estela de la hélice del aerodeslizador.

—Ojalá apagarán esas malditas luces —jadeó Miz.

Chapotearon por el arroyo otra vez mientras Zefla trepaba hasta la puerta. Cada vez que caía una bala entre ellos lo sabían por la altura del agua que levantaba y por las chispas que saltaban de la parte de atrás del aerodeslizador; el aire silbaba al salir de los pequeños e irregulares agujeros de la cubierta. Dloan esperó a Keteo, después lo recogió y lanzó al chico hasta la mitad de la escalera. El muchacho logró trepar el resto.

Cenuij fue el siguiente y consiguió trepar con las manos.

Sharrow y Miz llegaron a la curva negra de la cubierta del aerodeslizador. Dloan intentó ayudarla, pero ella le hizo un gesto con la cabeza para que subiera él antes. Dloan se detuvo en la subida cuando algo tiró de la tela oscura que le cubría la pierna derecha, pero después siguió avanzando.

—¡Ah! —dijo Miz, y se dio la vuelta. Sharrow miró atrás y vio que él se miraba

una mano y después se la escondía detrás de la espalda y la miraba a ella—. Nada — gritó por encima del ruido de los motores, con una sonrisa. La sangre goteaba en el agua detrás de él. Hizo un gesto con la cabeza hacia la escalera—. Después de ti —le chilló.

Sharrow se puso la pistola en la boca, se cogió a la escalera y trepó. Miz estaba justo detrás. Cenuij los esperaba junto a la puerta y la ayudó a subir. Parecía furioso.

—¿Te lo puedes creer? —Dijo mientras le cogía la mano—. ¡Lo tiró! ¡Pensaba que había dejado de funcionar, así que lo tiró!

Cenuij tiró de ella. Roa estaba más adentro y le chillaba a un comunicador. Dloan estaba sentado en el suelo y se sostenía la pierna. El aerodeslizador se movía. Los disparos rebotaban en la puerta abierta.

Sharrow se puso de pie en el umbral y se agachó para ayudar a Miz. Al principio pensó que Cenuij estaba haciendo lo mismo, pero entonces se desplomó sobre ella y cayó por la puerta.

Ella intentó cogerlo, pero falló; Cenuij cayó junto a Miz, rebotó en la cubierta del aerodeslizador y aterrizó inmóvil sobre la orilla verde del arroyo, con las extremidades inmóviles y abiertas.

Miz vaciló, miró abajo y atrás, mientras la espuma salía despedida bajo la cubierta del aerodeslizador. Cenuij yacía sobre la hierba, mirando el cielo, con los ojos abiertos y las sienes ensangrentadas.

El aerodeslizador siguió avanzando y aceleró; expulsaba grandes nubes envolventes de espuma hacia la hondonada frente a la cascada, y abría enormes agujeros en el humo de los escombros ardientes, todo iluminado por las llamas y por las brillantes luces del aerodeslizador. Roa seguía gritando. Unas manos sostuvieron los hombros de Sharrow.

Vio cómo Miz se ponía tenso y miraba a Cenuij, listo para saltar de la escalera.

—¡Miz! —le gritó ella. Él la miró. La espuma se elevaba sobre él conforme el aerodeslizador aceleraba, entre los ladridos y traqueteos de los motores.

Cenuij seguía quieto; a diez, veinte metros de ellos conforme los latidos de luz se apagaba a su alrededor. Entonces las luces del aerodeslizador se apagaron del todo.

—¡Miz! —le gritó Sharrow a las sombras. Bajó una mano, sintió la de Miz y tiró de él. Ella y Zefla lo metieron por la puerta. La pequeña cascada reflejaba las llamas moribundas de los restos del avión; la hondonada se convirtió en un cuenco de sombras al alejarse el Solo. El cadáver de Cenuij yacía inmóvil en el suelo, una «X» oscura, como algo crucificado, sacrificado a la oscuridad invasora.

La ciudad oscura

El androide cruzó la plaza central y caminó por la tranquila calle, a través de madejas y parches de neblina, junto a las estructuras de los altos edificios sin tejado, llenas de acuosa luz matinal. El androide era delgado y de altura un poco por debajo de la media masculina en Golter; su sustancia exterior era de metal y plástico, y no llevaba ropa. Habían esculpido su cuerpo para que guardase cierta semejanza con una figura masculina bastante idealizada, aunque sin genitales. Se solía decir que su pecho recordaba al peto de una antigua armadura. Tenía dos micrófonos con forma de orejas en la cabeza, dos ojos como cristales de sol redondos, una nariz chata con dos rendijas nasales sensoriales y un pequeño altavoz con forma de dos labios ligeramente abiertos.

Cuando los edificios dieron paso a un pequeño parque, el androide giró y descendió un amplio tramo de escalones en curva, pasó junto a las galerías comerciales con sus toldos descoloridos y destrozados, y bajó hacia las aguas llenas de niebla del silencioso puerto. Al llegar al paseo marítimo, giró y se dirigió al Barrio de Invitados. La luz del sol proyectaba su sombra larga y delgada detrás de él, sobre unos adoquines limpios y sin basura, pero agrietados y repletos de agujeros.

El androide llevaba una fina carpeta de plástico en la mano; el plástico le golpeó el muslo también cubierto de plástico durante unos cuantos pasos al levantarse una ligera brisa, y entonces la alta figura movió un poco el brazo para que la carpeta no le tocara la pierna. El ruido se detuvo.

Vembyr era una ciudad con muchas torres y agujas, y con bellos y antiguos edificios que se inclinaban sobre una pintoresca bahía, detrás de la cual se encontraban las altas colinas boscosas del suroeste de Jonolrey. Los humanos la habían abandonado hacía cinco milenios tras la explosión de una central nuclear más abajo, junto a la costa, al soplar el viento en aquella dirección. La lluvia radiactiva había cubierto la ciudad y había obligado a su evacuación. Quedó abandonada durante varios siglos, por lo que se había ido deteriorando poco a poco; solo la visitaban de vez en cuando algunos científicos para realizar la supervisión remota de los niveles de radiación, que descendían lentamente, hasta que los androides finalmente ganaron la batalla legal por sus derechos civiles y comenzaron a buscar un hogar en Golter.

La facción androide separatista firmó un contrato de arrendamiento de diez mil años para vivir en la ciudad, por una suma poco más que simbólica.

Al otro lado del puerto, el androide dejó el paseo marítimo y subió otro amplio tramo de escalones en curva, a través de una nube de bruma que se elevaba poco a poco. A medio camino se detuvo para mirar a otro androide que caminaba por un solo escalón. Caminaba vacilante, arrastrando los pies, y cruzaba de un extremo del alto escalón al otro. El androide que caminaba por el escalón pasó a un metro del otro, no pareció darse cuenta y siguió su vacilante camino hasta el otro extremo del escalón; después se dio la vuelta y regresó lentamente por donde había venido. El primer androide lo observó pasar de nuevo y después siguió subiendo. El otro había abierto un pequeño surco en el mármol blanco del escalón, aproximadamente de un centímetro de profundidad.

El androide con la carpeta de plástico se alejó por la galería comercial desierta que había al final de los escalones y desapareció en la niebla silenciosa.

En la calle en la que se encontraba la Embajada Irregular, un grupo de androides de distintos modelos estaban desmontando un brillante tubo de metal que cruzaba la calle a diez metros del suelo, entre dos edificios de piedra de decoración recargada que habían sido restaurados recientemente. Un par de grandes volquetes estaban colocados en medio de la calle; sus grúas elevaban secciones del tubo del sistema de tránsito conforme iban soltando las piezas. Un androide con un brazo soldador cortaba la superficie reluciente del tubo y producía una cascada de chispas que descendían por la niebla ligera y dorada al final de la calle, como gotas de luz solar moribunda.

El androide entró en la embajada. Su cliente esperaba en el jardín del patio.

Estaba sentada en un pequeño banco de piedra, junto a una melodiosa fuente. Tenía una calva artificial, era un poco más alta de la media y se sentaba más erguida que la mayoría de los humanos. Llevaba unas botas pesadas, una falda gruesa plisada de color verde oscuro, una chaqueta de montar de piel clara y una camisa blanca. Había un gorro de pelo junto a ella, en el banco, con dos guantes de piel encima.

Se levantó para saludarlo cuando entró en el patio.

—Lady Sharrow —le dijo el androide. Captó un ligero movimiento en el brazo de Sharrow y extendió el suyo como cabía esperar, para darle la mano—. Me llamo Feril —le dijo—. Estoy aquí para representarla. Encantado de conocerla.

—Encantada —le respondió ella con un gesto de cabeza. Se sentaron en el banco de piedra. La fuente jugaba con un ruido tranquilo, como un repiqueteo. Con aquella

luz brumosa, el jardín parecía brillar a su alrededor; estaban rodeados de una cuidadosa abundancia de flores diminutas de vivos colores.

—Tengo noticias de sus amigos —le dijo Feril—. Su vista parece ir bien.

Ella sonrió. En su cara se notaban indicios de recientes alteraciones; había una ligera inflamación en el rabillo de los ojos, donde habían bajado la piel, y las cejas rubias mostraban una fracción de milímetro de raíces oscuras. El androide había visto una imagen suya en el servicio de noticias de la ciudad a su llegada, una semana antes, y le parecía que la nariz también era distinta.

—¿Ah, sí? —dijo ella—. Bien.

—Sí. La señorita Franck es una abogada competente, y el señor Kuma ha podido usar su enorme riqueza personal para contratar a algunos cerebros legales muy brillantes. La naturaleza de los testigos es su mayor ventaja, según creo, ya que los tribunales no suelen sentirse inclinados a confiar en las declaraciones del personal de seguridad contratado. Han fijado el juicio para bihelion, el año que viene.

La mujer parecía sorprendida.

—Se toman su tiempo, ¿no?

—Creo que es porque usted también está acusada, pero no pueden juzgarla hasta que los pasaportes de los huhsz hayan caducado.

Ella se rio con tranquilidad, con la cabeza echada hacia atrás y mirando más allá de las brillantes tejas de la embajada, hacia el suave cielo luminoso.

—Qué caballeroso por su parte. —Miró al androide—. ¿El juicio será en la Troncada o en Yada?

—La señorita Franck intenta hacer que lo trasladen a Yadayeypon.

Ella sonrió.

—¿Se ha nombrado a los jueces?

—Se han sugerido algunos.

—¿Todos hombres y ancianos?

—Eso creo.

Ella chasqueó la lengua y guiñó un ojo.

—Mi querida Zef —dijo.

—No cabe duda de que habrá disputas sobre el lugar del proceso, pero creo que sus amigos podrán regresar en cuatro o cinco días.

—Bien. —Suspiró y se puso las manos entrelazadas en el regazo—. ¿Y qué hay de los pasaportes?

—Han sido confiscados en una terminal de cuarentena en Ikueshleng, y también son objeto de una compleja disputa legal sobre la contaminación radiactiva, pero siguen siendo operativos. —Se quedó callado por si ella quería decir algo, y después siguió—. Debo decir que dentro de unos quince días la ciudad de Vembyr tendrá que entregarla a los huhsz.

—Pero mientras, ¿puedo irme si quiero? —le preguntó ella. Lo miró, primero a un ojo y después al otro, como solían hacer los humanos, como si buscara algo.

El androide asintió.

—Sí. He dejado los papeles de la liberación en la embajada. Los términos de su visado exigen que me informe de sus movimientos dentro de los límites de la ciudad, pero puede dejarlos en cualquier momento.

—Hmm. ¿Puedo examinar algunos de los materiales confiscados por el Tribunal que se guardan aquí? —le preguntó ella. El androide se quedó callado. Como vio que no reaccionaba, siguió hablando—. Mi abuelo, Gorko; creo que parte de sus cosas están aquí. ¿Puedo verlas?

—Ah, sí —dijo el androide, y asintió con la cabeza—. Tenemos a nuestro cargo algunos bienes que pertenecían a su familia; una vez que se resuelvan ciertas complicaciones legales, el material bajo jurisdicción del Tribunal será subastado. Creo que puedo arreglarlo para que examine la cámara, si lo desea.

—Sí, gracias —asintió ella, y apartó la mirada.

—Puede que tarde unos cuantos días en obtener el permiso. ¿Cuánto tiempo pretende pasar en Vembyr, si me permite la pregunta?

—Unos cuantos días —respondió ella con una débil sonrisa—. Puede que me resulte conveniente encontrarme aquí con mis amigos. ¿Habría algún problema?

—Bueno, como supongo que sabrá, es aconsejable que los humanos no pasen más de cuarenta días en Vembyr para evitar una exposición excesiva a la contaminación radiactiva, pero me han pedido que la informe de que, aunque se tomarán todas las precauciones razonables, la administración de la ciudad se siente incapaz de garantizar su seguridad si decidiera quedarse. Además de los pasaportes huhsz en sí, existe una recompensa substancial por su vida y, aunque resulta poco probable que un androide desee dicha remuneración, es posible que una agencia exterior intente secuestrarla o atacarla aquí.

—Bueno, no me supone ningún cambio.

—También debería señalar a este respecto que dentro de cuatro días se celebrará la subasta mensual, lo que siempre supone una considerable afluencia de gente. Como la subasta de este mes consiste principalmente en artículos militares y de tecnología gris, las partes interesadas que esperamos recibir bien podrían incluir el tipo de personas que le desean algún daño.

—¿Me está diciendo que debería irme antes? —le preguntó la mujer. A Feril le pareció que su voz sonaba cansada.

—No necesariamente. Hay unos cuantos pisos seguros dentro de la vieja fortaleza de Jeraight, en el distrito Chine —le dijo—. Puede que desee quedarse allí.

Ella se levantó y caminó lentamente hasta la fuente. Miró el estanque de agua en movimiento, y después se inclinó y metió la mano en el agua para recoger parte del fluido en la mano. Sacudió la cabeza.

—Lo sé —dijo. Movié la cabeza para señalar el edificio de la embajada, detrás de ella—. Me los enseñaron. —Se levantó—. Se parece demasiado a una prisión —dijo mientras se sacudía el agua de la mano—. ¿Hay algún hotel?, ¿pisos?

—Me temo que el City Hotel se ha negado educadamente a alojarla. Ella soltó una pequeña carcajada.

—No puedo decir que los culpe —le dijo.

—Pero si la seguridad no es su prioridad, existen muchos pisos vacíos —le dijo el androide—. Hay uno en mi edificio; como su representante legal y custodio, puede que le resulte conveniente vivir allí. Ella le dedicó una extraña sonrisa, con el ceño ligeramente fruncido.

—¿No le importa? —le preguntó ella—. Como bien dice, últimamente suelo atraer demasiada atención molesta.

—No me importa. Su pasado me intriga e interesa, al igual que el carácter que revela.

—Hizo una pausa. Ella parecía divertirse cada vez más. El androide siguió—. Parece que nos llevamos bastante bien, según mi impresión inicial. —Se encogió de hombros—. Sería agradable.

—Agradable —repitió ella con una sonrisa—. De acuerdo entonces, Feril.

El Solo había bajado por el valle a través de la oscuridad, por encima de muros y carreteras, demoliendo establos de granjas, destrozando un granero, provocando varios accidentes de tráfico y aterrorizando a cientos de animales, sobre todo a los que aplastaba. Le había llevado una hora llegar hasta el río Yallam, donde se lanzó sobre las olas desde una orilla a tres o cuatro metros de altura; solo su velocidad lo salvó de volcar en los remolinos de agua negra. Rugió río abajo. El radar indicaba que varios aviones lo seguían, pero ninguno se acercó a más de diez kilómetros.

Dloan había sacudido la cabeza cuando Elson Roa admitió que había tirado la fabulosa arma que había derribado de un solo tiro dos aviones y la artillería que ya habían lanzado. El líder solipsista había intentado usar el arma contra las tropas terrestres al otro lado del valle y, al ver que no funcionaba, había decidido que el arma tenía un número limitado de disparos y que los había usado todos.

Dloan se mordió la lengua y no comentó que las armas antiguas a veces eran más inteligentes que la gente que las usaba. Pensó que Cenuij no habría tenido tanto tacto, y aquel pensamiento le dolió más que la insignificante herida de la pierna.

Zefla no podía dejar de temblar, aunque no hacía frío dentro del gran aerodeslizador. Únicamente quedaban unos veinte solipsistas a bordo. Nadie más había conseguido regresar al Solo después del ataque al Coche Terrestre, aunque se pensaba que algunos habían sido capturados y no asesinados. Zefla no podía comprender cómo Roa podía ser tan flemático sobre la pérdida de la mayoría de sus fuerzas y sobre la inevitable pérdida del Solo, o sobre el hecho de que al usar el arma antiaérea embargada y atacar un Coche Terrestre protegido por el Tribunal no había hecho una, sino dos cosas por las que el Tribunal Supremo lo perseguiría hasta el fin del sistema y lo encarcelaría para siempre, como mínimo.

Miz estaba sentado en el camarote médico del aerodeslizador y observaba a Sharrow, mientras ella le curaba la herida de la mano. La bala había atravesado el músculo en la base del pulgar; todavía le quedaba el cincuenta por ciento de su uso y recuperaría el cien por cien en un mes aproximadamente. Era el tipo de herida de un millón de thriales con la que soñaban los reclutas en las peores guerras. Intentó bromear con Sharrow sobre ello, pero después se encontró un poco de sangre en el pelo, probablemente de Cenuij, y vomitó al instante.

Aquella noche, Sharrow sintió cómo Cenuij caía sobre ella, observó su cuerpo caer desde la puerta y rebotar en la cubierta del aerodeslizador unas cien veces, mientras el aerodeslizador avanzaba por el Yallam.

El desastre se produjo en Eph, donde el río atravesaba la ciudad y salía por el otro lado a través de un estrecho desfiladero. Las fuertes lluvias río arriba de hacía unos días habían hecho que el río creciera un par de metros desde el paso en dirección contraria de los solipsistas, así que el Solo perdió sus cuatro hélices bajo el primer puente del tren.

Vagaron a la deriva río abajo, con los motores todavía rugiendo, mientras el timonel de Roa intentaba usar los muñones de las hojas destrozadas de las hélices para mantener cierto rumbo en el vehículo. No funcionó; el Solo se dio contra barcas, puntales de puentes y embarcaderos de toda la ciudad, mientras los habitantes lo observaban y una pequeña flotilla de brillantes barcos de recreo los seguía, controlados por un par de barcos de la policía.

—¿Por qué? —le preguntó Sharrow a Roa cuando el solipsista bajó tambaleante los escalones que llevaban al espacio de aparcamiento del aerodeslizador.

—¿Por qué qué? —le gritó él por encima del rugido de los motores, con aspecto cansado y desconcertado.

—¿Por qué atacaste el Coche Terrestre? —le chilló ella, que intentaba mantenerse en pie apoyada en el mamparo, mientras el aerodeslizador daba tumbos—. ¿Para qué?

—Nos contrataron —gritó Roa, con el ceño fruncido, como si le pareciera obvio.

—¿Quién?

—No lo sé —contestó Roa en voz baja, así que ella vio las palabras más que oírlas. El líder solipsista cerró los ojos y comenzó a canturrear. El aerodeslizador volvió a dar un bandazo y Roa se dio contra el mamparo. Se rodeó el cuerpo con un brazo y después siguió hablando—. Perdóname —dijo, y desapareció de vuelta por las escaleras que subían a cubierta.

Roa no puso ninguna objeción cuando le propusieron comprarle un par de lanchas de asalto inflables que habían encontrado en el garaje del aerodeslizador. Aceptó un cheque. Se metieron en las olas en cuanto llegaron a la laguna de las Tierras del Circo de Stramph-Veddick, y entraron en el enclave a pesar de un helicóptero zángano de cuerpo negro, casi silencioso y de aspecto armado, que bajó para echarles un largo vistazo mientras daban botes por las oscuras y agitadas aguas hacia las fabulosas luces del Circo.

El Solo siguió navegando abandonado en la oscuridad. Los solipsistas habían vuelto a encender las luces, y lo último que vieron del viejo aerodeslizador fue que se raspaba contra algunos árboles en su camino río abajo, con lo que perdió lo que le quedaba de las hélices en las ramas que colgaban, en medio de una lejana explosión de sonido.

Miz tenía contactos de negocios en el Circo; consiguió sacarles algo de dinero y meter al grupo en un vuelo chárter de turistas que salían aquella mañana del parque temático. Recogió dinero en la oficina de uno de sus directores al aterrizar en Bo-Chen, al sur de Jonolrey, y alquiló un coche automático. Durmieron casi todo el camino hasta Vembyr y, cuando se despertó Zefla, les dijo que lo había consultado con la almohada y opinaba que, a excepción de Sharrow, lo mejor sería que fueran voluntariamente a Yadayeypon para responder ante los cargos.

Llevó unos cuantos días convencer a Miz.

—Siento que perdieras a tu amigo —dijo Feril.

—Amigo —repitió ella con el ceño ligeramente fruncido—. No estoy segura de que Cenuij fuera realmente un amigo —siguió diciendo—. Pero... —Soltó una carcajada breve y extraña—... estábamos muy unidos.

Se puso de pie sobre una vieja lona salpicada de diminutas manchas de escayola seca. Una sola bombilla eléctrica desnuda iluminaba con fuerza desde el centro de la habitación y proyectaba una profunda sombra en el suelo, detrás de ella. Estaba pensando en dar un paseo. Había algo inexplicablemente tranquilizador en observar trabajar al androide, pero también había algo en la dureza de la luz que hacía que se sintiera incómoda.

La ventana, alta y ancha, daba a la oscuridad.

—¿Conservas muchos recuerdos felices de él? —le preguntó Feril. El androide estaba encaramado a una escalera plegable, con un pequeño cubo en una mano y una paleta en la otra.

—No muchos —dijo ella intentando recordar—. Bueno, sí; algunos. —Parecía irritada—. Discutíamos mucho... pero nunca me he negado a una buena discusión.

—Dijiste que era el clasicista del equipo. ¿Tendréis que buscar otro?

Ella negó con la cabeza.

—No funciona así.

—Ah —dijo Feril. Levantó un pegote reluciente de escayola del cubo con la paleta y después dejó el cubo en el escalón superior de la escalera.

—¿Puedo pedirte un favor? —le preguntó ella.

—Sí —respondió Feril. Un recargado friso de escayola con forma de una larga

espaldera de flores llenaba el ángulo entre la pared y el techo de media habitación, comenzando por la esquina de la puerta y terminando en el lugar donde estaba el androide subido a la escalera. Aplicó con cuidado la escayola al final del friso.

—Me gustaría averiguar si algún androide ha desaparecido de Vembyr recientemente; sobre todo parejas de androides. Androides que podrían pasar por humanos muy de cerca.

El androide se quedó callado un par de segundos, mientras usaba con paciencia la paleta para mantener en su sitio el pegote de escayola. Después dijo:

—No, no se sabe de ninguno que haya dejado la ciudad en los últimos nueve años.

—Hmm. ¿Y antes de eso?

La máquina hizo una breve pausa.

—Los archivos de la ciudad abarcan cinco milenios —dijo la máquina, en tono de disculpa—. Durante ese tiempo la población androide de Vembyr ha permanecido aproximadamente estática en los veintitrés mil habitantes, y quizá haya una décima parte de esa cantidad repartida por el resto del sistema. Solo se han construido unos cuantos cientos de androides que puedan pasar por humanos. Ninguno vive en la ciudad, y algunos (unos cuarenta más o menos) están oficialmente desaparecidos, sin rastro. De hecho, la mayoría de los androides desaparecidos eran simulacros humanos. Se cree que los raptaron contra su voluntad, probablemente individuos ricos que los usaban para... distintos actos, todos ellos ilegales si se cometen contra humanos.

—Ya me imagino —dijo ella. Se puso una mano bajo la axila y la otra en la boca, y se empezó a dar golpecitos en los dientes—. ¿Existe todavía alguien que fabrique androides?

—Oh, no —respondió la máquina mientras se volvía para mirarla—. Lleva prohibido los últimos doce años. Nosotros solo podemos reparar los modelos existentes, aunque creemos que el Tribunal Mundial nos dará permiso para fabricar unos cien androides con las piezas de repuesto disponibles antes de que acabe el próximo siglo.

Se volvió otra vez hacia la escayola y, como en los últimos minutos le había dado tiempo a secarse, comenzó a trabajar poco a poco los pliegues todavía blandos del material para darle la forma de una delicada flor blanca, con un tramo de espaldera de fondo.

Antes de que acabe el próximo siglo, pensó Sharrow. Obviamente solo faltaban ciento un años, pero seguía resultándole extraño darse cuenta de la escala en la que pensaban los androides. Era como si su habilidad para pensar mil pensamientos en el tiempo en el que un humano pensaría uno y su capacidad para existir de forma indefinida les hubieran permitido abandonar lo que la humanidad consideraba los cálculos normales del tiempo, para existir en lo que eran (de nuevo, para la mente humana, a no ser que uno fuera un científico acostumbrado a trabajar con

nanosegundos o con billones de años) los extremos de la temporalidad.

Feril hizo una pausa y examinó su trabajo. La miró a ella un instante, y después recogió otra paleta de escayola del cubo y la aplicó en el friso.

—¿De verdad te gusta hacer esto, Feril? —le preguntó Sharrow.

—¿Esto? —dijo él a su vez, mientras toqueteaba la escayola con las manos—. ¿Restaurar las molduras?

—Restaurarlo todo.

—Sí —respondió él—. Es agradable. Hago literalmente lo que los humanos afirman figuradamente; desconecto ciertas partes de mi mente. A veces, en vez de ello, pienso en otra cosa; muchas veces, cuando trabajo con escayola, revivo viejas historias humanas de aventuras, las vuelvo a experimentar en libros antiguos o en viejos trabajos para pantalla plana, o en obras más modernas.

—¿Historias de aventuras? —preguntó ella con una sonrisa.

—Claro —dijo el androide mientras modelaba la escayola medio seca, para producir un efecto de onda en la superficie de una fruta de cáscara dura y aspecto globular que acababa de esculpir—. Es en extremo satisfactorio hacer molduras, o marquetería, o tallar madera; es muy divertido conducir un vehículo que uno mismo ha reconstruido, o dar una vuelta, o mirar un edificio que ha pasado de ser una estructura a un lugar habitable gracias a ti, pero los procesos que eso conlleva no suelen ser directamente gratificantes, así que creo que entretenerse con aventuras de hazañas heroicas es un contrapunto agradable. —Se dio la vuelta y la miró—. Tu propia vida será una historia de aventuras algún día, sin duda, lady Sharrow. Yo... —Dejó la frase incompleta, se dio la vuelta lentamente y siguió trabajando.

Ella frunció el ceño, después sonrió débilmente y miró las tablas del suelo durante un instante.

—No todos los humanos envidiamos vuestra longevidad solo porque nos hayamos dado cuenta de que no podemos concedernos ese don, Feril —dijo ella—. Me halaga que pienses que mi vida pueda llegar a merecer tu lectura cuando lleve mucho tiempo muerta y tú sigas vivo.

El androide se detuvo y después la miró de nuevo.

—Lo siento mucho de todos modos, lady Sharrow —le dijo—. Nos hicieron, yo incluido, a imagen y semejanza de la humanidad, y con el entusiasmo del momento he demostrado, como mínimo, desconsideración y, posiblemente, crueldad. Siempre hemos considerado nuestro deber reflejar lo mejor de la humanidad, ya que somos el fruto de vuestros intelectos y no del proceso de la evolución ciega, aunque la naturaleza pueda tener sus objetivos en dicha ceguera, y aunque sus resultados puedan ser nobles y sofisticados. Soy culpable de no haber alcanzado los niveles que nos exigimos a nosotros mismos, y los que la humanidad tiene derecho a esperar de nosotros, así que me disculpo.

Ella miró a la máquina, colocada con una pose de perfecta inmovilidad en lo alto de la escalera, con el cuerpo salpicado de trocitos de escayola. Sharrow sonrió un

poco. Puede que sacudiera la cabeza un milímetro.

—Una contrición tan elegante —dijo ella tras una pausa— no necesita ser madre de un daño que merezca su existencia, y lo que fue concebido para calmar el daño es igual de adecuado para sumarse a la satisfacción.

El androide la miró un instante.

—Vitrelian —dijo—. Las tribulaciones de un hombre paciente; quinto acto, escena tercera. Lady Sharrow; he admirado las emociones de tu vida y hasta te he envidiado en cierta manera, pero ahora descubro que también eres culta. —Sacudió la cabeza con parsimonia—. Me abrumba la admiración.

Ella se rio.

—Feril —dijo ella—. Menos mal que no eres un hombre; romperías mil corazones si te lo propusieras.

Feril agitó la mano con expresividad antes de regresar a su trabajo.

—Creo que también necesitaría ciertas glándulas y apéndices; la coordinación necesaria desconcertaría a mi humilde persona.

—Hipócrita —le dijo ella, y se rio. El eco del ruido en la habitación desnuda sonaba extraño. Sintió una punzada de culpa por haber olvidado la muerte de Cenuij, aunque hubiese sido por un instante.

Se levantó y se estiró, mientras observaba cómo se movía su sombra por la habitación, con las extremidades alargadas y ampliadas.

—Creo —le dijo al androide— que me voy a dar una vuelta.

—Por favor, ten cuidado —le dijo el androide, y la miró de nuevo.

—No te preocupes por mí —le respondió ella dándose un golpecito en el bolsillo de la chaqueta, donde llevaba el cañón manual.

Caminó por la ciudad oscura durante una hora o más, por caminos de sirga y a través de túneles, junto a ruinas oscuras y edificios iluminados, por carreteras y bulevares desiertos, y por altos puentes y acueductos. Se encontró con muy pocos androides y con ningún humano. Un grupo de androides limpiaba la fachada de un alto edificio de piedra en la oscuridad; otro grupo elevaba una vieja barcaza de un canal, con un ruidoso elevador de barcos de hierro y guindaleza, todo iluminado con focos.

Caminaba casi sin ver la ciudad. En su cabeza se repetía la destrucción del Lección aprendida y los sucesos que la siguieron; intentaba recordarlo todo, pero estaba segura de fallar en algo, de que había algo importante allí y se le había pasado.

No había intentado recordar apostá el ataque al Coche Terrestre desde aquel día; ya había sido bastante duro saber que cada vez que se durmiera viviría de nuevo los últimos segundos en la puerta de atrás del viejo aerodeslizador, y que sentiría cómo Cenuij se resbalaba y caía junto a ella, cómo intentaba cogerlo, cómo llamaba a Miz y veía el cadáver de Cenuij bajo la parpadeante luz naranja; y después, incluso sabiendo que era un sueño, lo vivía una y otra vez, pero era Miz quien caía junto a ella, herido de bala y moribundo, o Miz y Cenuij cambiaban de posición, y uno caía

junto al otro, y después se asomaba a la puerta y descubría que, aunque había sido Cenuij el que había caído, era Miz el que yacía en la hierba. Unas cuantas veces (suficientes para despertarla al instante, con la frente mojada y el pulso desbocado), el cuerpo que yacía junto a la pequeña cascada era el suyo; miraba desde el aerodeslizador que se alejaba a su propia cara sin expresión, con la mirada ciega y muerta perdida en la ardiente oscuridad del cielo.

Las galerías y centros comerciales de Vembyr hacían retumbar sus pasos como entradas a oscuras minas en la montañosa geografía de la ciudad.

Usó una pequeña linterna para iluminar algunas zonas, y todo el tiempo intentó averiguar qué era lo que le fastidiaba; algún detalle, algún diminuto incidente o algún comentario sin importancia que no había significado nada en su momento, pero que en aquellos instantes le gritaba desde el fondo de su memoria, insistente e importante.

Pero no lo podía recordar, así que regresó igual que se había marchado y se encontró con un mensaje de Breyguhn, que Feril le pasó en su mano manchada de escayola sin una palabra.

Estaba impreso en tinta sobre papel perforado.

Desde la Casa del Mar de los Hermanos Tristes del Peso Mantenido.

LO HAS MATADO. ME QUEDO AQUÍ.

BREYGUHN

El día del quince cumpleaños de la chica, el padre de Breyguhn hizo que un circo ambulante se acercara a los jardines del viejo Palacio de Verano de la familia en las colinas de Zault, donde los Dascen más ricos y sus invitados solían pasar la temporada cálida, si es que se encontraban en el hemisferio norte de Golter en aquellos momentos.

Breyguhn acababa de terminar la escuela preparatoria y en otoño iría a la escuela femenina (suponiendo que su padre se lo pudiera permitir). Sharrow había reducido algo su selección de instituciones al haber sido expulsada ya de las tres mejores, todas ellas en Claäv; todas ellas la habían expulsado en circunstancias de tal evidente (aunque misteriosa) depravación, que las escuelas en cuestión se negaban siguiera a aprobar el ingreso de otra chica de la misma familia, aunque solo compartieran un progenitor.

Breyguhn consideraba que aquello era un hecho penoso y vergonzoso, e incluso un malicioso intento por limitar su libertad y sus posibilidades, así que aquella circunstancia no había contribuido a unirlos más; sin embargo, las dos habían jurado intentar al menos llevarse bien por su padre una llorosa noche hacía algunas semanas, después de que él perdiera las últimas joyas de la difunta madre de Sharrow en un juego de dados.

Al volver de aquel desastre, había recibido dos sobres del recepcionista del hotel: uno con una última reclamación de la dirección del hotel y otro con un mensaje de la madre de Breyguhn (de la que llevaba cinco años separado), en la que insinuaba que se había enamorado de nuevo y quería el divorcio.

El hombre había sacado una pistola, había llorado y había hablado de suicidio, lo que había aterrorizado adecuadamente a ambas chicas y asegurado su conformidad a la demanda de un acuerdo de paz.

La visita al Palacio de Verano sería la primera prueba a largo plazo del pacto.

Su padre había tenido suerte en los casinos aquel mes y, aunque el gesto de trasladar el circo durante unos días acabó con la mayoría de sus fondos y le dejó sus muchas deudas sin pagar, se había convencido a sí mismo de que su fortuna había cambiado de forma estratégica con aquella serie de victorias, por lo que gastar el dinero en su hija menor no era una extravagancia, sino una inversión; aquello le garantizaría que la suerte le seguiría sonriendo. En cierto modo, como un sacrificio.

Sharrow recordaba muy bien las circunstancias de su decimoquinto cumpleaños en el que, en vez de recibir una lluvia de regalos, lo único que había recibido eran disculpas y la petición de que le diera a su padre el vestido de tela de platino y joyas, que era la única posesión de su madre que no estaba ni empeñada ni vendida, para poder pagar una deuda de juego urgente. Por tanto, la chica no había demostrado demasiado entusiasmo al desearle feliz cumpleaños a su hermanastra.

Sharrow se consoló con la idea de que, obviamente, Breyguhn pensaba que el circo alquilado no era un buen regalo para la mujer que se enorgullecía de ser, sino para una niña más pequeña (aunque también estaba decidida a disfrutar lo más posible del regalo). También se alegraba de no tener que quedarse mucho en el Palacio de Verano después de soportar las celebraciones del cumpleaños de Breyguhn; la habían invitado a esquiar en Throsse, con la familia de un joven que había conocido en un día de puertas abiertas de su última escuela femenina.

Era el hermano de otra de las chicas, el hijo del propietario de un ejército comercial, y Sharrow pensaba que estaba pero que muy bien. Casi se había acostado con él aquel primer día; lo único que había evitado el colofón de su cita era que dos chicas los habían encontrado en el armario. Probablemente la habrían expulsado de nuevo si no hubiera logrado sobornar después a las dos chicas. Desde entonces se habían estado carteando, y ella se había derretido de placer al recibir la invitación para unirse con su familia en el chalet.

El esquí no le gustaba demasiado, aunque se había decidido (de mala gana) a convertirse en una experta durante su estancia en Claäv; para estar con aquel joven en concreto habría pasado alegremente cualquier prueba, sufrido cualquier tormento. Su padre había condicionado su aceptación del viaje de esquí a que asistiera al cumpleaños de Breyguhn, pero sufrir a su hermanastra un par de días era un pequeño precio por el ansiado éxtasis que la esperaba en Throsse. Comparado con aquello, hasta el sentimiento de victoriosa alegría por la beca que le habían concedido para

asistir a la Universidad de Yadayeypón el semestre siguiente se quedaba corto.

—Si tan estupendísima eres con los ordenadores, Shar, ¿por qué no te introduces en un banco y haces a papá rico de nuevo?

—Porque son prácticamente inexpugnables, a no ser que trabajes en uno, claro — contestó ella con desdén—. Cualquiera idiota lo sabría.

—Bueno, al menos tú sí. —Ah, perdona, ¿se supone que eso era divertido?

—No me creo que pudieras piratear ni una... calculadora.

—¿Ah, no? Qué interesante.

Las colinas onduladas iluminadas por el sol de la propiedad se mezclaban con el horizonte azul, como unas suaves olas rizadas de fragante vegetación verde y amarilla, bajo un cielo azul sin nubes. Los lagos brillaban a lo lejos.

Estaban sentadas juntas en un compartimento que giraba lentamente alrededor de una noria gigante. Varios niños y adultos residentes en la casa durante el verano estaban sentados en otros compartimentos. Con ellos, los criados y sus hijos (felizmente invitados por el padre de Breyguhn para que compartieran la diversión, aunque Brey había recibido la idea con disgusto, pero en silencio), la feria temporal que habían montado en el campo de hierba estaba casi llena.

—¿Chicas? Hola, chicas.

Las dos se volvieron con la sonrisa puesta para mirar a su padre, que estaba en el compartimento de atrás. Su mayordomo androide, Skave, sentado a su lado, resultaba incongruente con el formal traje de criado que a su padre le gustaba que llevara. Tenía un sombrero redondo y negro de mayordomo en la desnuda cabeza de metal.

Skave tenía la mirada fija en la distancia y se agarraba a la barrera de seguridad con sus manos de metal. La barrera de metal tubular parecía ligeramente abollada por las manos de Skave, lo que probablemente indicara una ligera avería y no el equivalente androide del miedo; la máquina era antigua, de la primera era golteriana en la que se habían inventado y creado los androides. Las deudas de su padre habían evitado que recibiera el mantenimiento oportuno durante los últimos años, así que su coordinación y sus movimientos se habían vuelto erráticos.

—¿Qué, papá?

—¿Os divertís?

—¿Cómo?

—Que si os divertís.

—Ah, sí.

—Sí, es muy divertido; increíble.

—¡Fantástico! Se están divirtiendo; ¿no es estupendo, Skave?

—Por supuesto, señor.

—¿Recuerdas ese viejo tiovivo de la sala de baile? ¿Sharrow?

Breyguhn le dio un codazo en las costillas. Sharrow suspiró enfadada y se dio la

vuelta para mirar a su padre y sacudir la cabeza mientras se golpeaba una oreja.

—¡No te oigo! —le gritó.

Cuando terminó la vuelta, la noria dio marcha atrás para dejar salir a la gente; su padre y Skave fueron los primeros en salir de su compartimento y entrar en el paseo entablado; después les tocó bajar a ellas. Su padre cogió a Breyguhn de la mano; Skave cogió la de Sharrow.

Sharrow gritó cuando los dedos metálicos del androide aplastaron los suyos.

La vieja máquina los soltó de inmediato y se tambaleó como si fuera a caerse, mientras le temblaba la cabeza dentro del cuello de la camisa. Sharrow se dobló por la mitad, sobre sus dedos doloridos.

—¡Máquina estúpida! —gimoteó—. ¡Me has roto los dedos!

—Señorita, señorita, señorita... —decía el androide con voz lastimera, todavía tembloroso. Se miró la mano, como si estuviera desconcertado.

Breyguhn dio un paso atrás y lo observó todo.

Su padre sostuvo los hombros de Sharrow, después le cogió con delicadeza la mano y se la besó, mientras le abría los dedos.

—Ya está —le dijo—. No están rotos, mi amor. Están bien, ¿ves? Están bien, son unos dedos perfectos y preciosos. Mmm. Hechos para besarlos. Mmm. Vaya dedos. Muy apetecibles. ¿Lo ves? Skave, viejo tonto. Tengo que engrasarlo, o lo que sea. Míralo; está temblando, el viejo bobo. Skave, discúlpate.

—Señorita —dijo el viejo androide, con la voz temblorosa—. Lo siento mucho. Mucho, muchísimo.

Ella parpadeó y miró la máquinas entre las lágrimas, consciente de que Breyguhn la miraba. Intentó no llorar.

—¡Idiota! —le gritó a Skave.

El androide volvió a vibrar, con las manos temblorosas.

—Oh, amor mío, amorcito; el viejo Skave no quería hacerlo. Venga, otro beso...

—Vale —dijo Sharrow al entrar en el dormitorio de Breyguhn cuando su hermanastra se cepillaba la larga melena castaña delante del espejo. Breyguhn observó cómo Sharrow se tiraba en su cama y desenrollaba un sencillo ordenador adhesivo. Se apartó el pelo y encendió la máquina con un par de teclas—. Querías ver a una pirata en acción; ¡pues lo vas a ver!

Breyguhn terminó de arreglarse el pelo y se lo recogió, después se unió a la chica mayor en la cama. Miró la pantalla. Estaba llena de números y letras.

—Muy emocionante, seguro. ¿Qué intentas hacer exactamente, Shar?

Sharrow usó la mano derecha para pulsar la superficie gastada del teclado. La mano izquierda todavía le dolía, pero la usó para pulsar la tecla de mayúsculas de vez en cuando.

—Me estoy metiendo en la tarjeta principal de Skave. Voy a provocarle una

pesadilla a esa ruina incompetente.

—¿De verdad? —preguntó Breyguhn; rodó sobre la cama para darse la vuelta, y el camisón se le enrolló. La pantalla seguía siendo aburrida.

—Sí —respondió Sharrow—. Skave es tan antiguo que le programaron algo parecido al sueño, de modo que pudiera asimilar lo que pasaba durante el día y corregir sus propios programas. Está tan viejo y anticuado que ya no necesita hacerlo, pero se ha convertido en un hábito. Voy a convertir su estúpida siesta en un juego de Pesadilla. —Sus dedos representaron un ballet sobre el teclado.

—¿Qué? —dijo Breyguhn, con cara de interés mientras se deslizaba para acercarse más sobre las sábanas—. ¿Una de esas cosas que sueña la gente para ver cuánto tiempo lo soporta?

—Esa es la idea —respondió Sharrow, mientras observaba saltar en la pantalla adhesiva, como una sierra policromática, el holograma de pliegues complejos de la arquitectura de una base de datos profunda. La tocó, deslizó los dedos por la imagen, cambió parte del paisaje y chasqueó la lengua para sí mientras sus dedos todavía doloridos manipulaban los bits que no eran, para volver a corregirlos después. Finalmente se sintió satisfecha e introdujo el código de holo-glifos.

La forma plegada desapareció y fue inmediatamente sustituida por un pasillo infinito que desaparecía en el interior de la pantalla. Sonrió y metió la mano, mientras con el dedo gordo de la otra mano mantenía pulsada la tecla de mayúsculas exponenciales.

—Vamos a darle al viejo Skave una noche que recordará para siempre —le dijo a Breyguhn mientras seleccionaba un tramo del largo pasillo y se detenía en él—. Solo que para él durará mil noches y no podrá despertarse.

—¿Mil noches? —preguntó Breyguhn mientras intentaba ver más en la imagen. Sharrow puso los ojos en blanco.

—Porque piensan mil veces más rápido que nosotros, cerebro de mosquito —le respondió Sharrow.

Pulso Carga Automática; ya tenía bien mapeado y listo el sistema de la propiedad, que era inteligente, pero no sentiente. Los glifos surgieron y desaparecieron, pantallas de figuras corrían y parpadeaban por la pantalla.

—Ya está —dijo Sharrow cuando la pantalla se quedó quieta.

—¿Eso es todo? —preguntó Breyguhn, decepcionada. Sharrow la miró.

—Niña, lo que acabo de hacer es interrumpir el sistema de un androide que lleva aquí unos siete mil años. —Cerró de golpe el ordenador adhesivo—. Obsérvalo en el desayuno mañana y no pidas nada, a no ser que te guste comer de la falda.

Le puso una mano a Breyguhn sobre el pelo y se lo alborotó con energía, sacudiéndole la cabeza. Breyguhn sacó una mano y apartó a Sharrow.

Su padre estaba angustiado.

—¡Skave! —gritaba—. ¡Skave! —Todavía tenía la servilleta en la camisa y daba vueltas por el comedor de desayunos mientras se retorció las manos—. ¡Después de todos estos años! No me lo puedo perdonar. Tendría que haberlo mantenido mejor. ¡Es culpa mía!

Se acercó de nuevo a la ventana. Fuera, dos androides fortachones y un hombre con mono de técnico cerraban las puertas de la furgoneta de seguridad que se llevaría el cuerpo inerte de Skave.

Habían descubierto al androide todavía con el cuello de descarga puesto, en el sótano mecánico de la casa, con los ojos abiertos y mirando al frente, y la cabeza vibrando de un lado a otro. Una exploración de diagnóstico reveló que le habían borrado la personalidad, junto con la mayoría de su programación, y hasta parte del juego de funciones que, en teoría, estaban cableadas.

La compañía de gestión y alquiler de androides/IA a la que habían pedido ayuda les había avisado de que solo un error nanofísico extraño y (después de tantos milenios) muy improbable podría haber causado la fuga, o que (más probable, según su experiencia), alguien hubiera entrado en la base de datos principal del androide y hubiera frito sus sesos geriátricos.

Sharrow estaba sentada con aspecto contrariado, aunque se sentía muy satisfecha, mientras su padre se retorció las manos, daba vueltas por la habitación y no dejaba que sus familiares lo reconfortasen. Sintió una punzada de culpa cuando pensó en lo que le había ocurrido a Skave, pero la aplastó con la pura totalidad de su éxito al probarle a Breyguhn sus habilidades como pirata informática (aquello tendría que haberle metido el miedo en el cuerpo), y con la reconfortante idea de que Skave estaba viejo e inútil y que, por tanto, ya había llegado el momento de su jubilación, o de lo que fuera que hacían con los robots anticuados.

Puso las manos bajo la mesa y se apretó la izquierda con la derecha para quitarse de la cabeza lo que había hecho, y para recordarse a sí misma parte de la razón por la que lo había hecho. Observó cómo su padre se retorció las manos mientras caminaba de un lado a otro y sintió las punzadas de dolor que le subían por los brazos. Se apretó más fuerte y mantuvo la expresión inalterable, hasta que sintió ganas de llorar; entonces, paró.

Breyguhn parecía realmente conmocionada. Sharrow observó cómo las miradas de alegre complicidad se alternaban con algo parecido al horror, mientras permanecían sentadas a la mesa del desayuno con el resto de la familia, y observaban a su padre preocuparse y lamentarse.

—¡Lo hemos perdido! ¡Lo hemos perdido después de tantos años! ¡Lleva un milenio en la familia y lo hemos perdido durante mi custodia! ¡Nuestro último activo! ¡Qué vergüenza!

Sharrow se serenó, sacudió la cabeza con amargura y cogió pan helado del refrigerador de la mesa. Breyguhn se quedó sentada, mirándola, con los ojos como platos.

Sharrow accedió al sistema de la casa y vio el informe que la gente que se había llevado a Skave le había enviado a su padre. También enviaban el informe en una carta personal. No podría interceptarlo de ninguna forma.

Comprobó con alivio que no la implicaban a ella ni a nadie más de la casa; la compañía de gestión y alquiler de androides consideraba que alguien había entrado en el sistema desde fuera (aconsejaban que se actualizaran concienzudamente los sistemas de la propiedad, y comentaban que para ellos sería un placer ofrecer un presupuesto con las tarifas más razonables del mercado). Se sintió orgullosa durante un breve instante al leer que pensaban que el trabajo parecía obra de un profesional, porque había cubierto muy bien su rastro.

El informe concluía que el androide necesitaba un cerebro nuevo y que, por tanto, tendría que considerarse una pérdida total, a no ser que se produjera un cambio radical y extremadamente improbable en las leyes. Como todos los androides privados eran muy valiosos al margen de su estado, suponían que el siguiente paso sería presentar una importante reclamación al seguro del androide, y añadían que se quedarían con la máquina en sus instalaciones en caso necesario y que cooperarían con cualquier investigador del seguro.

Sharrow se puso la cabeza entre las manos al leer aquella parte. Sabía que su padre ya no pagaba el seguro de Skave... ¿Por qué pagar por algo que no se había estropeado en siete mil años, cuando podría usar el mismo dinero para ganar un millón en los juegos de dados? Bueno, sería un desperdicio.

Apagó el ordenador adhesivo y dejó que se enrollara solo.

—¡Esa máquina estúpida era parte de nuestra herencia! —le siseó Breyguhn. Estaban en la pista de trineos esperando entre un viaje y otro, mientras los demás niños y adultos salían de sus pequeños coches y caminaban sobre el suelo de la pista de nieve compacta hacia las barreras laterales, para dejar sitio a los nuevos conductores. Más allá de la pequeña cuenca de la pista refrigerada el tiempo era caluroso y soleado; de vez en cuando, una suave y cálida ráfaga de viento llevaba el aroma de las flores y la hierba sobre el frío del fuerte perfume a invierno de la pista.

Breyguhn se había divertido lanzándose contra el trineo de Sharrow varias veces durante el último viaje. El método de conducción de trineos que prefería Sharrow

consistía en evitar todas las colisiones, de modo que aquella forma de fastidiarla con choques constantes estaba resultando más eficaz que la mayoría de las estrategias de Breyguhn.

—¿Sí? ¿Y qué? —le dijo Sharrow mientras miraba a su alrededor para asegurarse de que nadie la oyera—. El viejo imbécil habría acabado vendiendo a Skave; nunca habríamos visto el dinero que valía.

—¡Puede que sí! —insistió Breyguhn, mientras las últimas personas encontraban coche y sonaba el claxon que advertía de que la señal para arrancar los motores de los trineos estaba a punto de transmitirse.

—¡Puede! —se rio Sharrow—. Ni en un millón de años, niña. Habría empeñado a Skave en la siguiente apuesta que lo dejara en la ruina. Vendería cualquier cosa para sacar dinero para apostar. Nos vendería a nosotras si pudiera. —Sharrow miró muy despacio a su hermanastra de arriba abajo—. Bueno, al menos puede que le dieran un buen precio por mí.

—Amaba a Skave —dijo Breyguhn—. Nunca lo hubiese vendido.

—Y una mierda —respondió Sharrow con un desdén prodigioso.

—¡No lo sabes!

—Solo sé —respondió Sharrow con frialdad cuando el claxon sonó y los trineos se volvieron a poner en marcha— que eres una pesada y que estoy deseando salir de aquí para irme... —Agitó las pestañas y movió la pelvis hacia delante— a esquiar.

Le dio la vuelta al coche para alejarse por la superficie blanca, evitó la torpe embestida de Breyguhn y la bañó con una lluvia de nieve al alejarse por la pista ovalada.

Al coche de Sharrow se le cayó la oruga de la base un minuto después y dejó el enorme brazalete de metal tirado en la nieve detrás de él, como la cola de un extraño vestido. Sharrow apretó el acelerador, pero el sistema automático del trineo había parado el motor. Le dio un golpe a la rueda, hizo una mueca de dolor cuando su mano izquierda protestó y le envió calambrazos de dolor por el brazo, y después se levantó en el coche, esperó a que se detuviera el tráfico de veloces trineos y gente que chillaba y gritaba feliz, y caminó con cuidado pero con rapidez por la superficie blanca, hacia el lateral.

Breyguhn afirmó después que se había vuelto en dirección contraria al tráfico para ver si podía ayudar a Sharrow, al darse cuenta de que su trineo se había parado. Sabía que iba en contra de las reglas, pero no se había parado a pensarlo. Entonces su acelerador se atascó y le entró el pánico. Se sentía muy mal por haber atropellado a Sharrow, y por haberla aplastado contra la barrera y romperle una pierna.

Sobre todo porque no podría irse de vacaciones a esquiar.

Sharrow se sentó en la cama, rodeada de cojines. Su padre la sostenía en brazos y le daba palmaditas en la espalda.

—Ya lo sé, ya lo sé, amor mío. Todo está en nuestra contra, ¿verdad? Se llevan al pobre Skave; tu traviesa pierna va y se rompe, la pobre Brey no puede dormir porque cree que es culpa suya, y yo estoy aquí con dos hijas desgraciadas.

Le dio unas palmaditas en la cabeza, y ella apoyó la barbilla en su hombro y miró a Breyguhn, que estaba sentada en una pequeña silla junto a la puerta. Breyguhn puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza cuando su padre mencionó a Skave; fingió gritar en silencio y se cogió el muslo cuando habló sobre la pierna de Sharrow; y después cerró los ojos e inclinó la cabeza como si estuviera pacíficamente dormida cuando su padre la mencionó a ella.

—Pero estaremos bien, ¿a que sí, cariñito? Los médicos te arreglarán esa pierna tonta en un segundo, ¿verdad? Breyguhn hizo como si una pierna torcida y débil se estirara de repente; la meneó por todas partes. —Por supuesto que sí. Será como si nunca hubiese ocurrido, ¿eh?, ¿verdad? Se te olvidará pronto, ¿a que sí? Breyguhn imitó a alguien a quien se le olvidaba todo de repente llevándose un dedo a los labios y poniendo una serie de expresiones de perplejidad teatral. Sharrow sonrió débilmente mientras su padre le daba palmaditas en la espalda. Miró a Breyguhn y sacudió la cabeza con lentitud. Breyguhn cruzó los brazos y se quedó allí sentada, con cara de desprecio.

Sharrow se acostó con uno de los médicos más jóvenes cuando todavía llevaba la escayola puesta, y logró que le asegurara que su pierna nunca volvería a ser perfecta; siempre andaría con un ligero cojeo, y así no lo olvidaría nunca.

Su padre no podía entender por qué su hija seguía coja. Amenazó con demandar a la franquicia médica, pero no podía permitírselo.

En la universidad, el cojeo de Sharrow se convirtió en una marca, un talismán, su insignia; como un parche en el ojo o la cicatriz de un duelo.

Siempre se negó a recibir más tratamiento.

Su padre no entendía nada.

Puja sustraída

El androide y la mujer estaban de pie junto a un automóvil anticuado, en un muelle cubierto de algas del viejo puerto, mirando al mar. El antiguo coche siseaba de vez en cuando y dejaba escapar vapor. Detrás de él, más allá de las estructuras de los almacenes en ruinas, la niebla se elevaba perpetua sobre las aguas cálidas de la cala, subía y volvía a subir los planos gris escarcha de un cielo sin vida. Thrial era una fruta roja envuelta en tejido de niebla. Los edificios, a lo lejos, temblaban en los límites de la visibilidad.

El helicóptero llegó balanceándose alrededor de la península, los motores rugían como metralla por los arrecifes y los edificios que surgían entre la bruma. La máquina frenó al cruzar el malecón del puerto, después giró en el aire y aterrizó con rapidez y elegancia formando un retorcido cuenco de jirones de niebla, y una pequeña tormenta de piedras diminutas y hojas muertas llevadas por el viento.

Ella se meció de pie. El androide permanecía inmóvil.

Miz saltó del asiento del piloto, se quitó el aparato de control de la oreja y le pasó el instrumento a un hombre uniformado que se estaba pasando al asiento que acababa de dejar. Miz parecía satisfecho de sí mismo. Tenía una fina venda en la mano derecha. Zefla y Dloan aparecieron por el lado opuesto del helicóptero; Dloan cojeaba un poco.

Zefla sonrió al ver a Sharrow.

—Es Yada, a finales del año que viene, con tres encantadores viejos —dijo cuando se abrazaron.

—Lo he oído. Hola, Dloan.

—Buen aterrizaje, ¿eh?

—Maravilloso, Miz. Este es Feril; mi legalista y custodio mientras estemos aquí.

—Hola a todos —dijo el androide. Señaló al viejo y ruidoso coche de vapor mientras se ponía unas gafas de conducir—. Permitidme que os lleve a los alojamientos de lady Sharrow.

Miz miraba la ciudad brumosa. El bloque de pisos de fachada de arenisca azabache estaba a medio camino de una colina construida que daba a la vieja cuenca de un canal, conectada por un tramo de esclusas y un plano inclinado al puerto interior de la ciudad. Las habitaciones de Sharrow estaban en el piso de arriba, un piso por encima del piso en el que vivía Feril. El androide se acababa de mudar desde

el piso de arriba, después de acabar su restauración.

La intención del androide era hacer que la ciudad de Vembyr volviera a un estado parecido al que tenía durante los tiempos de la Corte Lagarto, cuando la ciudad estaba, según todos, en su momento cultural más vibrante y en su momento arquitectónico más coherente. Además de reconstruir el antiguo automóvil de vapor que había usado para transportarlos desde el puerto, Feril había restaurado otros dos bloques de pisos en las últimas décadas; aquel era el tercero.

Todas las habitaciones eran altas. Paneles de madera tallada con complejos diseños abstractos subían desde los suelos de madera pulida hasta los frisos de ágata y mármol, de los que surgían las paredes de enlucido blanco liso, rematadas con fabulosos frisos de escayola compuestos por hojas, vides y pequeñas caras de lagartos curiosos. La habitación en la que estaban tenía muy pocos muebles, de madera negra y piel, que parecían tan gravemente formales como extrañamente orgánicos.

—¿Cuánto? —preguntó Sharrow.

—Diez millones —dijo Zefla asintiendo con la cabeza. Estaba de pie junto a una pared de madera y la recorría con la mano. Miz abrió los brazos al volverse de la ventana. Se quedó allí, recortado sobre ella.

—¡Y el tipo ni se inmutó! —exclamó.

—La jueza sí —dijo Zefla mientras observaba el panel con atención—. Se notaba que pensaba que una fianza tan alta no era más que una formalidad. Tuvo que consultar al IA del Tribunal allí mismo, delante de todos, probablemente para preguntarle si podía volver a fijar la fianza para situarla fuera del alcance de todo el mundo, pero las reglas dicen que no. Así que Roa salió libre.

—¿Quién se arriesgaría a invertir diez millones en un loco como ese? —preguntó Miz.

—Supongo que no tendréis ninguna pista, ¿no? —preguntó Sharrow. Zefla dejó los paneles de madera y fue a sentarse con Sharrow en un largo sofá.

Se encogió de hombros.

—Compañía de fianzas. Tenían el dinero allí en una hora, en un chip aprobado en efectivo. Ni idea de quién estará detrás.

—Quizá sea el mismo hijo de puta que llamó Menos el Quinto al ganador de la carrera de Tile del mediodía de ayer —dijo Miz tras apoyar la espalda en la ventana.

—Ay, Miz —dijo Zefla, y lo miró con el ceño fruncido.

—Sí —dijo él—, lo sé, me estoy volviendo paranoico. Sharrow sintió cómo regresaba aquella sensación molesta; aquella sensación que le decía que se le había escapado algo, algo importante.

—¿Miz? —le dijo Sharrow.

—¿Hmm?

—Apártate de la ventana, ¿vale?

—¿Qué? —dijo Miz con el ceño fruncido; se volvió a mirar a su espalda. Se movió hacia delante, apartó el peso del cristal y dio un paso.

Sharrow era consciente de que todos la miraban. Miz miró de nuevo la ciudad al otro lado de la ventana. Sharrow se descubrió buscando a Cenuij por la habitación. Hizo un gesto medio irritado, medio desesperado con los brazos.

—Lo siento; soy yo la que está paranoica. —Señaló la ventana y se dirigió a Miz—. Estoy segura de que no hay ningún francotirador ahí afuera y de que el cristal no cederá bajo tu peso.

Miz sonrió, aunque primero de forma vacilante, y después se sentó en una silla de piel pálida.

—De todos modos —dijo Dloan mientras flexionaba un poco la pierna herida—, estamos aquí. ¿Qué hemos venido a ver?

—Algo que dejó Gorko —le dijo Sharrow. Miró a los demás y sintió que algo iba mal; se dio cuenta de que estaba buscando de nuevo a Cenuij, para captar su mirada—. Iremos al almacén esta noche —dijo.

—¿Un almacén? —preguntó Miz.

—Muchas de las posesiones de mi familia están almacenadas aquí, por cortesía del Tribunal Mundial —dijo Sharrow.

—Las tarifas de almacenamiento son bajas —le explicó Zefla a Miz, que todavía parecía perplejo.

—Parte de las cosas son de Gorko —le dijo Sharrow—, pero todavía no han podido venderlas y algunas todavía están impugnadas; el Tribunal dice que son suyas, mi familia dice que son nuestras.

—¿En qué categoría entra lo que hemos venido a buscar? —le preguntó Zefla.

—En la última —dijo Sharrow—. Es la tumba de Gorko.

—¿Su tumba? —preguntó Miz.

Sharrow asintió.

Zefla parecía pasmada.

—¿Cómo nos ha llevado el libro hasta la tumba?

Sharrow miró la habitación amplia y blanca, con los ojos entrecerrados.

—Te lo diré en otra parte —respondió.

—¿No confías en tu nuevo amigo? —le preguntó Miz.

—Oh, sí que confío en él —respondió Sharrow mientras observaba las delicadas hojas, frondas, tallos y flores trazados en la escayola decorada que llenaba el ángulo entre la pared y el techo—. Pero ¿quién sabe...?

La habitación se quedó en silencio durante un rato. Entonces Zefla dio una palmada y dijo:

—¿Dónde puede tomarse una copa por aquí?

—Buena idea —dijo Sharrow mientras se levantaba—. Probemos en el City Hotel; de todos modos, tenéis que registraros. No me dejan quedarme allí, pero supongo que no me habrán prohibido la entrada al bar.

El almacén se perdía en la distancia; sección tras sección, pasillo tras pasillo, estante tras estante, tras estante. Sharrow se quedó de pie con los otros junto a la entrada, mientras Feril y el androide conserje del almacén encendían todas las luces de un gran panel lleno de interruptores, con lo que la caverna se llenó lentamente de charcos amarillos de iluminación.

—Jooo —dijo Zefla tras apoyar un codo en el hombro de Sharrow—. ¿Toda esta mierda es de Gorko?

—Sí —respondió Sharrow.

—¿Cómo? ¿Toda?

Sharrow miró despacio a su alrededor mientras las últimas luces se encendían a lo lejos.

—Aquí solo está lo de una casa —respondió.

—Madre mía —dijo Miz.

—Lady Sharrow —dijo Feril—. ¿Querías ver la tumba de tu difunto abuelo?

—Por favor —dijo ella asintiendo con la cabeza.

—Por aquí.

Caminaron a través los polvorientos escombros del pasado de su familia, entre las pilas de cajones y las cajas amontonadas, entre las etiquetas desvaídas y las listas amarillentas atadas y pinchadas en los diversos contenedores. Los artículos que no estaban en cajas estaban cubiertos con envolturas de plástico translúcido, aseguradas con los sellos codificados del Tribunal Mundial.

Después de un corto paseo, llegaron a la sección del almacén dominada por un gran cubo cubierto de plástico, de unos cuatro metros cuadrados, de pie sobre un palé metálico y rodeado de cajones, cajas y una amplia variedad de artículos sueltos, también envueltos en envolturas translúcidas.

—Esta es la tumba —dijo Feril, y señaló el cubo oscuro.

—Oh —dijo Miz. Parecía decepcionado—. Casi pensaba que sería más grande.

—Esto es todo lo que hay —le dijo Sharrow. Feril logró llegar hasta el cubo; lo siguieron.

—Le quitaré la envoltura —les dijo. Encontró el sello del Tribunal en la capa de plástico y pasó los dedos por la superficie de entrada de datos. La capa de plástico se dividió alrededor del sarcófago, y Feril y Dloan tiraron de ella para dejar al descubierto la superficie de espejo negro del granito pulido de la tumba. Sharrow acercó un cajón y se subió a él para mirar por la pequeña ventana ahumada que estaba en medio de una de las paredes negras.

Se puso una mano sobre la mejilla para tapar la luz del almacén, después cogió una pequeña linterna que llevaba en el bolsillo y apuntó con ella a la ventana. Miró a

los otros.

—Está vacía —dijo, intentando no parecer conmocionada.

—El cadáver de tu abuelo está en el Templo de Noble, en Yadayeypou —dijo Feril—. Se pensó que un almacén no era el lugar más adecuado para unos restos humanos.

—Lo mismo se podría decir de Yada —murmuró Miz.

—No lo sabía —admitió Sharrow. Escudriñó el interior de la tumba a través de la ventana.

—El Tribunal Mundial no hizo público el traslado de los restos de tu abuelo —dijo Feril.

—¿Se llevaron también su moto a Yada? —le preguntó Sharrow.

—¿Su moto? —repitió Feril—. Ah, el vehículo que había en la tumba con él. No. Eso está... aquí —dijo el androide mientras se daba la vuelta y señalaba un fardo largo y translúcido.

—Ah, bien —dijo Sharrow; apagó la linterna y bajó del palé. Miró a su alrededor—. La verdad es que quería presentarle mis respetos al viejo, pero...

—Lo siento —dijo Feril—. Tenía que haberme dado cuenta. Pediste ver la tumba y... —Sus pálidos ojos de espejo la miraron a los suyos, con el reflejo de la tumba negra que tenía detrás—. Qué tonto. Mis disculpas.

—No pasa nada —suspiró Sharrow, mientras miraba las otras cajas. Se encogió de hombros—. ¿Te importa que le eche un vistazo a todo esto? Conocía bien la casa Tzant...

—Por supuesto —dijo el androide. Abrió los sellos de varios cajones y paquetes cercanos, mientras Dloan y Miz quitaban los envoltorios.

—Así está bien —dijo Sharrow después de que el androide hubiera abierto unos veinte fardos de plástico y, lejos de mostrar intención alguna de detenerse, pareciera estar cogiendo velocidad.

Feril, agachado para quitarle el sello a un cajón alto, se enderezó de inmediato, se inclinó ante Sharrow y dijo:

—Por favor, tómate tu tiempo. A no ser que necesites algo más de mí, esperaré junto a la puerta.

—Gracias.

El androide se alejó y desapareció entre las pilas de cajas.

—Nunca antes había visto a un androide avergonzado —dijo Zefla al cabo de un rato.

—Idiota —dijo Miz, y se sentó en un aparador bajo hecho de palisandro y grano marino, con bordes de platino pulido con incrustaciones de ópalos.

—En fin —dijo Dloan—. Al menos algunas cosas parecen interesantes... —Miró los paquetes abiertos.

—Entiendo que esto acaba con el plan —dijo Miz.

—Hmm —dijo Sharrow con el ceño fruncido. Acarició una pesada capa de pieles

plateada con adornos en negro, drapeada sobre un enorme cuenco de cristal con joyas engarzadas y flecos de metales preciosos; las dos cosas estaban sobre una alfombra de espejo que cubría un antiguo holotankue.

Zefla caminó hacia un armario de madera tallada con esmero y abrió una puerta.

—¡Yupi! —exclamó, y sacó una botella—. Una bodega de pie. —Se sentó en el aparador con Miz.

—Mira lo que he encontrado —le dijo.

—Asombroso —respondió Miz mientras sacudía la cabeza y miraba atentamente a Zefla—. ¿Hay algún lugar donde no puedas encontrar bebida, Zef?

—Sinceramente, espero que no. —Zefla agitó la polvorienta botella de vino en dirección a Sharrow—. ¿Te apetece acabar con el inventario?

—¿Es legal? —le preguntó Sharrow. Zefla sacudió la cabeza con energía.

—Ni siquiera de lejos.

—Entonces sí —respondió Sharrow, mientras Zefla se sacaba un cuchillo del bolsillo y empezaba a abrir la botella.

—Que nos demanden —dijo Miz.

Bebieron el vino de la botella. Dloan examinaba un juego de presentación de rifles de caza. Miz calculaba el valor de salida del aparador en el que estaba sentado. Zefla se puso la capa de pieles y arrastró su dobladillo de un metro de largo por el polvoriento suelo del almacén.

—Dioses, pesa —dijo tras quitarse la capa y colocarla de nuevo encima del cuenco ceremonial—. ¿De verdad se ponen estas cosas? —Sacudió la cabeza—. El peso de la tradición.

Sharrow estaba sentada de lado en la motocicleta desenvuelta, con aspecto triste.

—Oye —le dijo Zefla—. ¿Tienes más noticias de Breyguhn?

—Se queda donde está —respondió Sharrow.

—Qué locura —dijo Miz. Sharrow asintió.

—Intenté llamarla; los hermanos dijeron que ahora está allí como invitada. Dicen que no quiere hablar conmigo.

Zefla sacudió la cabeza

—¿Crees que es verdad? Sharrow se encogió de hombros.

—No lo sé. Puede que mientan, o puede que Breyguhn realmente quiera quedarse; por la forma en la que estaba cuando la vi por última vez, resulta casi creíble.

—¿Crees que saber lo de Cenuij la ha hecho cruzar el límite? —le preguntó Zefla.

—Si no lo había hecho ya —contestó Sharrow. Se bajó de la moto y caminó hacia el cubo negro de la tumba, escudriñándolo—. Dloan —dijo—, ¿crees que podrías subirme ahí arriba?

—Claro. —Dloan puso uno de los rifles de caza en su funda, caminó hacia el lateral de la tumba y formó un estribo con las manos. Subió a Sharrow a la parte de arriba del sarcófago, y ella se empujó hasta ponerse encima.

—Ten cuidado ahí arriba —le gritó Miz.

—Sí, claro —dijo Sharrow, mientras observaba la superficie del cubo de granito negro—. Me pregunto si podríamos abrir esta co... —La frase se quedó colgada en el aire cuando miró la moto en la que había estado sentada.

—¿Shar? —preguntó Zefla con el ceño fruncido. Sharrow miró por el almacén. Se sentó en el borde del cubo negro, se dio la vuelta, se sujetó al borde con las manos y se dejó caer al suelo del almacén.

Caminó hasta la moto con una expresión extraña en la cara. Los demás parecían perplejos. Sharrow puso una mano sobre el carenado delantero de la moto y se quedó mirando la máquina.

La moto era larga, baja, y tenía un solo asiento muy conformado, detrás de un abultado depósito de gasolina, sobre un reluciente motor de hidrógeno de V4. Sus dos ruedas eran oscuros receptáculos toroidales de metal flexible, con profundas curvas de agarre transversales.

Sobre la curva del guardabarros de la rueda delantera, lo que parecía ser el juego de luces y la bitácora de instrumentos de la moto era una masa voluminosa cubierta por un carenado fino y aerodinámico. Dos cilindros recortados sobresalían de la plata mate de la cubierta principal y acababan en un par de lentes oscuras y bulbosas. Un par de extrañas palancas sin ninguna utilidad sobresalían de la cubierta, una correa sin propósito aparente cruzaba el depósito de gasolina, y los dos indicadores de instrumentos principales de la parte posterior de la bitácora parecían clavados con tachuelas.

Sharrow se arrodilló junto a la rueda delantera inclinada y le dio un golpecito a la reforzada superficie de plata sobre las dos lentes oscuras.

Miz se encogió de hombros. Dloan seguía perplejo. Zefla le dio otro trago a la botella. Su expresión cambió de repente; pasó de la incomprensión al asombro. Escupió vino y señaló la moto.

—¿Es eso la Pistola Va...? —Tosió, y después se golpeó el pecho.

—¿Qué? —dijo Miz en voz alta, para después mirar a su alrededor con expresión culpable.

Dloan pareció perplejo un instante más, pero después sonrió y asintió lentamente.

Sharrow sacudió la cabeza, se levantó y examinó el punto en el que los dos indicadores de instrumentos desaparecían en unos agujeros cortados en la bitácora.

—No —respondió ella, tras insertar una uña en el hueco y deslizarla arriba y abajo—. El objeto real no dejaría que le hicieras estos agujeros. —Dio un paso atrás y cruzó los brazos, mientras observaba la moto de arriba abajo—. Pero alguien se ha tomado muchas molestias para hacer que lo parezca.

Los otros se reunieron en torno a la moto.

Miz miró con atención los instrumentos.

—Quizá si te subes encima y la arrancas te lleve a donde está escondida la real —dijo.

—Como unos zapatos mágicos de cuento —asintió Zefla.

—Quizá —dijo Sharrow.

Dloan se acercó más y examinó los instrumentos. Frunció el ceño y después le dio unos golpecitos a los paneles de lectura principales. Eran anticuados indicadores electromecánicos, con delgadas agujas de plástico que señalaban unos números impresos alrededor de las superficies redondas de los instrumentos.

—Hmm —dijo Dloan mientras cogía los indicadores y los sacudía; se movieron en la bitácora.

—¿Qué? —le preguntó Zefla.

—Según estos instrumentos —dijo Dloan mientras se enderezaba—, en estos momentos la moto va a cincuenta clicks por hora, y a sesenta revoluciones por segundo.

—Nunca te fíes de una Pistola Vaga —murmuró Zefla.

—¿De verdad? —preguntó Sharrow—. Veamos... —Puso una mano en cada uno de los indicadores, y tiró.

—Eh, ten cuidado... —dijo Zefla tras dar un paso atrás.

Los indicadores salieron de la bitácora limpiamente. No tenían ningún cable conectado. Sharrow les dio la vuelta; los instrumentos no tenían ninguna conexión visible en ninguna parte de sus superficies de acero inoxidable.

—Una aguja se está moviendo —dijo Dloan en voz baja.

Sharrow puso el instrumento delante de ella. La aguja del velocímetro se movió un poco y después se estabilizó. La aguja del tacómetro se movió por el indicador, pero siguió apuntando en la misma dirección, hacia una de las paredes del almacén. Sharrow señaló con la cabeza hacia el lugar que indicaba la aguja. —Entonces vayamos hasta allí, ¿no?

Se tropezaron con Feril cuando caminaban por el pasillo, atentos a los dos instrumentos. Sharrow sonrió incómoda y giró la superficie de los instrumentos hacia su pecho. El androide se quedó allí de pie.

—¿Puedo ayudar? —preguntó. Sharrow sonrió.

—¿Podemos coger prestado tu coche un rato?

—El vehículo es un poco temperamental —les dijo Feril, compungido—. Si me lo permitís, quizá pueda llevaros a donde queráis ir.

Sharrow y los otros intercambiaron miradas. Feril miró al techo y dijo:

—Sé que ni se os pasaría por la cabeza pero, suponiendo que estuvierais pensando en llevaros algo de la cámara, sería aconsejable no dejar que el conserje os vea. Por mi parte, soy bastante neutral en el asunto.

Sharrow se abrió la chaqueta y escondió los voluminosos indicadores dentro lo mejor que pudo.

—Aceptaremos tu oferta de llevarnos, Feril, muchas gracias.

—Es un placer —dijo el androide.

Olas grises bañaban los negros cantos rodados; la espuma volaba, encendida por el crepúsculo, para soplar sobre la caída de piedras en rápidos velos de niebla color rosa grisáceo, y después caer y girar en las grietas entre las rocas.

El viento le soplaba en la cara, fuerte, fresco y húmedo. El crepúsculo era una amplia mancha roja al borde del océano. Se dio la vuelta y miró arriba, hacia la cuesta de hierba que llevaba a la carretera, donde el coche esperaba siseando casi en silencio. El rizado viento desgarraba los hilos de vapor que salían de la parte inferior del vehículo. Había una luz en el compartimento trasero del automóvil y, a través de la puerta abierta, podía ver a Miz y a Dloan mirar la pantalla que habían desenrollado sobre el suelo del coche.

Feril y Zefla estaban sentados en un par de cantos rodados junto a la carretera, a unos cincuenta metros, y observaban el mar mientras charlaban.

Miz salió del coche y caminó hasta ella. Se puso a su lado y respiró teatralmente el aire salpicado de salmuera.

—¿Y bien? —le preguntó Sharrow.

—Te lo diré si me dices cómo te llevó el libro hasta la tumba —le respondió Miz con una débil sonrisa.

Sharrow se encogió de hombros.

—El mensaje de la caja —le dijo.

Miz frunció el ceño un instante.

—¿Cuál? ¿«Las cosas cambiarán»?

Sharrow asintió.

—Es la inscripción de la tumba de Gorko.

—Pero la tumba solo tiene... ¿cuánto?

—Treinta años —respondió ella—. Y el libro lleva perdido doce siglos. —Sonrió débilmente bajo el crepúsculo—. Gorko debió de descubrir lo que ponía en la caja, aunque nunca llegara a tener el libro en sí. Quizá solo fuera un buen trabajo de investigación de Antigüedades; quizá uno de sus agentes pudo examinar el libro o realizar un escaneado remoto mientras estaba en Pharpech. Pero de algún modo, averiguó lo que decía la inscripción y la duplicó en su tumba.

Miz parecía vagamente decepcionado.

—Ajá —dijo.

Ella lo miró y vio que asentía lentamente.

—Entonces —le dijo Sharrow—, ¿adónde señalan los indicadores?

—Al mar y más allá —respondió Miz.

—¿Caltasp? —preguntó ella.

—Más o menos —dijo él. La miró—. Las Áreas —añadió.

Ella cerró los ojos un instante.

—¿Estás seguro?

—Ven a verlo.

Caminaron de vuelta al coche. Se quedó junto a la puerta abierta, con una mano sobre el techo de listones de madera del coche.

La pantalla flexible que estaba extendida sobre el suelo mostraba un mapa plano del hemisferio sur de Golter, distorsionado para indicar la dirección real. Ambos observaron cómo Dloan trazaba una línea desde un punto de una rosa de los vientos del sur de Jonolrey y atravesaba Phirar hasta la región entre Caltasp y Lantskaar.

—Depende de lo precisas que sean estas galgas —dijo Dloan mientras metía números en la pantalla de la calculadora que había a un lado del mapa—. Y de si la pantalla de dirección funciona con GPS o es magnética. Pero si el velocímetro muestra la dirección real, y el cuentarrevoluciones cuenta un kilómetro por cada cien, son las Áreas Embargadas.

—Mierda —jadeó Sharrow.

Se habían alejado de Vembyr unos ochenta kilómetros a lo largo de la agujereada superficie de la desierta autovía costera, en dirección suroeste. Habían pasado las ruinas enterradas de un antiguo reactor hacía un par de kilómetros, justo antes del atajo para llegar hasta él. Estaban a unos cincuenta kilómetros más al oeste que en la ciudad, y la aguja del falso tacómetro de la moto se había movido media división en su escala, por lo que indicaba cincuenta y nueve revoluciones y media por segundo, en vez de las sesenta que mostraba en el almacén.

—Podemos conseguir una lectura más precisa con un mapa mejor —dijo Dloan mientras colocaba la pantalla rígida por la estática sobre los indicadores y después la volvía transparente durante un instante—. Y quizá podamos triangularla si obtenemos una lectura desde algún punto que esté lo bastante al norte de la ciudad.

—Le diré al helicóptero que vuelva —le dijo Miz a Sharrow, y asintió con la cabeza.

—Así deberíamos reducir bastante las posibilidades —dijo Dloan mientras introducía más números y estudiaba el resultado—. Pero según estos datos, si no está bajo el océano, estará en algún lugar de los fiordos, en las Áreas.

Sharrow miró a Zefla y Feril, carretera arriba. Los dos estaban de pie; Zefla señalaba el mar, y el pelo largo y rubio soplaba dividido en nubes por el viento. La luz roja se reflejaba en las superficies pulidas de la cabeza y el cuerpo del androide.

Una ráfaga de aire hizo que Sharrow se meciera sobre los pies. La falda le golpeó las botas, y ella se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y sintió el peso frío de la pistola en la mano izquierda.

Vio a Zefla mirar el coche y la llamó con la mano. La mujer y el androide caminaron de vuelta al coche.

Aquella noche no soñó con Cenuij, sino con que se le moría el brazo; el brazo

izquierdo se le paralizaba y entumecía, después comenzaba a marchitarse y a encogerse pero, de algún modo, seguía siendo del mismo tamaño que antes, aunque estaba muerto, así que tenía que encontrar a alguien que se lo enterrara, y vagó por una ciudad que parecía repleta, pero solo podía encontrar gente que parecían ser como ella, pero no lo eran, y nadie quería enterrarle el brazo.

Finalmente intentó hacer una caja, un ataúd para el brazo, para llevarlo metido dentro, pero era difícil fabricarlo con un solo brazo.

Se despertó en mitad de la noche, en una cama ancha y blanca, bajo las sombras de la alta y blanca habitación del bloque de pisos que Feril estaba restaurando. Estaba tumbada sobre el brazo izquierdo, que se le había quedado dormido. Se levantó y se sentó en una silla junto a la cama durante un rato, mientras bebía un vaso de agua y se masajeaba el brazo hormigueante a la espera de que regresara a él la sangre y la sensibilidad.

Pensaba que se quedaría despierta el resto de la noche, pero se quedó dormida allí mismo, y se despertó agarrotada y dolorida por la mañana, con la mano derecha todavía agarrada al otro brazo, como si lo consolara.

La subasta mensual comenzaba al día siguiente. Llegaron aviones de todo Golter, y el City Hotel se llenó de jefes mercenarios, traficantes de armas, coleccionistas de artículos militares, gestores de fondos de armas, representantes de ejércitos mercenarios y unos cuantos periodistas de medios especializados. El salón donde se realizaba la subasta era un viejo centro de conferencias a tres manzanas del almacén donde se guardaba el tesoro de la casa Tzant.

Sharrow se había negado a esconderse mientras tenía lugar la subasta, así que ella y Zefla, con sombreros con velo y trajes sosos y holgados, estaban sentadas en un pequeño salón de bebidas anexo al centro de conferencias y observaban a la gente pasar.

Miz y Dloan habían dejado la ciudad para viajar por la costa en uno de los helicópteros de la compañía de Miz y obtener otro fijo en la posición que marcaban los indicadores de la moto. Si la triangulación confirmaba que los indicadores señalaban adonde parecía, Dloan asistiría a la subasta el segundo y último día para comprar el equipo que necesitarían si tenían que montar una expedición a las Áreas.

—Estás loca —dijo Zefla en voz baja, mientras se levantaba el velo para beber de su vaso y se inclinaba sobre Sharrow—. Tendrías que estar escondida. —Sorbió su bebida y la terminó—. Y yo también estoy loca por dejarte convencerme. Tendría que habérselo dicho a Dloan o a Miz, o podría haberte encerrado. Me convences para hacer cada cosa...

—Venga, deja de quejarte y ve a por más bebida —le susurró Sharrow. Zefla se echó atrás de golpe, dejó escapar un gruñido y empezó a levantarse.

—¡Santo cielo! —exclamó Sharrow mientras cogía a Zefla del brazo—. Mira

quién está aquí.

Elson Roa estaba de pie en el bar. Estaba vestido con una seria toga de negocios y llevaba un prudente sombrero. Junta a Roa había una joven a la que no reconocieron, con un atuendo similar y un maletín.

—Me preguntó para qué habrá venido —dijo Zefla.

—Sí —dijo Sharrow mientras deslizaba el vaso tras el velo para sorber la bebida—. Yo también.

Observaron la subasta toda la tarde; iban y volvían del salón al vestíbulo principal, y seguían lo que pasaba en las pantallas de circuito cerrado del centro.

Los diversos artículos salían a la venta y se adjudicaban; todos ellos alcanzaban fácilmente su precio de salida, lo que significaba (según un periodista al que oyeron presentar un informe) que los comerciantes estaban confirmando los pesimistas pronósticos que se empezaban a escuchar sobre un conflicto a gran escala. Los futuros de las armas subieron otro punto aquella tarde.

Elson Roa no parecía comprar nada, pero él y su ayudante parecían observar a todo el mundo con tanto cuidado como Sharrow y Zefla.

El primer día de venta acabó tarde. Sharrow y Zefla pasearon por el puerto; después se sentaron en un par de noráis, como si quisieran absorber el sol de última hora de la tarde, mientras observaban partir en varios aviones a los asistentes a la subasta, en dirección a los yates que los esperaban alejados de la costa, o a hoteles de regiones cercanas con niveles de radiación dentro de lo que se consideraba normal en Golter.

Observaron cómo Elson Roa y su ayudante se acercaban a un reactor alquilado de despegue y aterrizaje vertical, y después Sharrow sacudió la cabeza.

—¿Qué está haciendo? —preguntó y se volvió a Zefla—. Cúbreme —le dijo. Se levantó, desoyó las protestas de Zefla y se dispuso a interceptar al líder solipsista.

—Educación —dijo ella, mientras se quitaba el velo.

Elson Roa la miró con expresión extraña, como si no la reconociera, pero después se inclinó un poco y dijo:

—Sí, hola.

—Felicidades por tu fianza —dijo ella mientras estudiaba la expresión de Roa. Él pareció ligeramente sorprendido—. He oído que has establecido un nuevo récord. Debes de tener amigos ricos.

Roa sacudió la cabeza con energía.

—Una voluntad fuerte —dijo alzando la voz para contrarrestar el ruido de un reactor al despegar—. Creo que estoy empezando a alterar la realidad.

—Supongo que sí —coincidió ella—. ¿Y tiene nombre tu alteración?

—Creo que no necesita ninguno —dijo con calma el alto solipsista.

—Quizá no —respondió ella. Sonrió—. Bueno, ¿qué te ha traído a la subasta?

Roa pareció desconcertado; señaló el reactor.

—Eso —dijo.

Sharrow lo miró a los ojos. Tenía la deprimente sensación de que Roa no se daba cuenta de que aquello era una broma que la mayoría de la gente dejaba de hacer al entrar en el instituto.

Ella sacudió la cabeza.

—No importa. —Miró a la ayudante de Roa, sin saber con certeza si la reconocía o no—. ¿Cómo está Keteo? No lo veo por aquí.

Roa frunció el ceño.

—Se ha ido de mí; parece que solo era una apariencia temporal.

—¿Sí? ¿Qué parece haberle pasado?

—Parece que se volvió religioso y se unió a una fe decamilenialista. Creo que estaré mejor sin esa parte de mi personalidad.

—Ajá —dijo ella.

Roa miró a su ayudante y después al reactor que los esperaba.

—Tengo que irme. Adiós. —Inclinó la cabeza.

Ella levantó una mano.

—Que tengas un buen viaje. Cuidado con los puentes bajos.

Roa pareció no escuchar el comentario de camino al avión.

Sharrow volvió junto a Zefla.

—¿Algo? —le preguntó Zefla.

—Nada —le respondió Sharrow.

El avión de Roa rodó hacia la plataforma de despegue y desapareció a los pocos minutos.

Se encontraron con Miz y Dloan en el hotel, y cenaron en su habitación. Los hombres habían reducido la posición que marcaban los indicadores de la moto a un círculo de diez kilómetros de diámetro cerca de la punta de un fiordo de noventa kilómetros de largo, en lo más profundo de las Áreas Embargadas.

Más tarde, Sharrow subió las escaleras de servicio para salir del abarrotado y ruidoso hotel y volver a su piso a través de las calles en calma. Se perdió un poco, pero después vio el coche de vapor de Feril aparcado en la calle, bajo un charco de luz proyectado por el brillante vestíbulo del edificio. Las luces estaban encendidas en el piso que Feril estaba restaurando, justo debajo del de ella.

Se quedó de pie en el vestíbulo esperando al ascensor y silbando para sí. En cierto momento le pareció oír el clac-clac de las pisadas del androide en la escalera, así que miró hacia los escalones que rodeaban el ascensor esperando ver aparecer a Feril, pero el ruido se detuvo un poco más arriba.

El ascensor se detuvo y la llevó hasta su planta. Estaba a punto de abrir la puerta de su piso, cuando escuchó una puerta que se abría en la planta de abajo.

—¿Lady Sharrow? —oyó decir a Feril.

Sharrow miró las escaleras. La cabeza de Feril asomó junto al ascensor.

—¿Sí, Feril?

—Creo que vino alguien a verte —le dijo el androide. Parecía perplejo—. Pero ha sido muy extraño.

—¿Por qué? —quiso saber ella.

—Esa persona parecía un androide, pero era un humano disfrazado de androide; no respondían a mi transceptor y una simple exploración electromagnética...

—¿Entraron aquí? —preguntó Sharrow rápidamente mientras apuntaba con el dedo gordo la puerta de su piso.

—Creo que sí —dijo Feril—. Pensé que podría ser algún conocido tuyo.

Ella miró la puerta de su piso.

—Espera aquí —le dijo ella. Pulsó el botón del ascensor y lo oyó retumbar en su hueco.

Miró al androide.

—Pensándolo mejor —dijo Sharrow—, no me esperes aquí. Solo por estar seguros; sal del edificio.

Las puertas del ascensor se abrieron con un siseo.

—¿Cree que...? —oyó decir a Feril mientras ella entraba en el ascensor y pulsaba el botón del primer piso. El ascensor descendió. Comprobó el cañón manual.

No había nadie en el primer piso, ni en el vestíbulo. Mantuvo la espalda pegada a la pared y se dirigió a las puertas; no había ninguna forma discreta de salir a la calle por allí. Se movió con sigilo hasta la parte de atrás del vestíbulo, y atravesó una oficina polvorienta y un corto pasillo hasta llegar a un callejón oscuro.

Caminó a paso rápido hasta la esquina del edificio, intentando en todo momento no tocar la acera con los tacones de las botas para evitar el ruido. Miró al otro lado. La luz del vestíbulo del edificio proyectaba un suave brillo que iluminaba medio bloque en todas direcciones. Después de unos segundos, Sharrow distinguió una figura pálida agachada en las sombras, al otro lado de la calle, en diagonal, en un portal con toldo que se encontraba bajo otro edificio. La figura (parecía un androide bastante fornido) miraba arriba, hacia la parte superior del edificio de pisos, y parecía sostener algo con ambas manos.

Sharrow notó movimiento a su izquierda, en las puertas del edificio; vio cómo la figura del portal bajaba la vista rápidamente del edificio y la dirigía a las puertas.

Sharrow miró a su izquierda y vio a Feril salir del vestíbulo y quedarse de pie en la acera, entre las puertas y el silencioso bulto del antiguo coche de vapor. Feril miró al otro lado de la calle y vio a la figura agachada en el portal, después levantó una mano.

La figura sacó una pistola y disparó a Feril. El androide movió la cabeza a un lado; una luz brilló en la mampostería que tenía justo detrás, y se oyó un ruido estallar en la calle; Feril cayó sobre los adoquines. Sharrow apuntó el cañón manual justo cuando la figura levantaba la otra mano y parecía sacudir algo. Sharrow disparó.

La luz parpadeó sobre ella un instante antes de que el disparo saliera del cañón de

una pistola. La pared junto a Sharrow tembló mientras la pistola rugía. Un fuerte golpe le atravesó las suelas de las botas, y después un impulso de sonido abrumador y apabullante rodó bajo ella y amortiguó el ladrido de la percusión de la pistola.

Cayó al suelo, en parte a posta, y después rodó por la acera hacia el edificio en busca de la cobertura de un ancho alféizar, mientras la explosión creaba ecos en los edificios cercanos y se mezclaba en un ruido terrible y desgarrador. Trozos de mampostería y enormes fragmentos de cristal comenzaron a caer y a estrellarse contra la calle y la acera.

El polvo le tapaba las fosas nasales; el rugiente sonido le inundaba los oídos con un zumbido insistente y cacofónico. Cuando todo paró, salvo el zumbido, se levantó y se sacudió polvo y desconchones de la chaqueta y de la falda.

Miró arriba a través de una nube de polvo gris iluminado por la luna. La parte superior del edificio había desaparecido. La mayor parte había caído sobre la calle delante de él, bloqueándola por completo y enterrando las puertas del vestíbulo y el antiguo coche de vapor bajo una pila de escombros polvorientos de diez metros de alto; no había ni rastro de Feril.

Intentó volver por donde había venido, pero el oscuro pasillo estaba lleno de escombros que bloqueaban la entrada a la oficina; su pequeña linterna dibujaba un pequeño cono blanco en el polvo seco y rasposo. Salió de nuevo al exterior, entre toses y medio ahogada, y trepó sobre los escombros hacia la entrada, donde había estado agachada la figura.

Fuera quien fuera, el disparo de Sharrow lo había matado; el pecho de metal y plástico solo tenía un pequeño orificio cerca del centro, pero había una porquería roja pegajosa a un metro de altura en la pared de detrás, donde la persona había estado agachada, y un charco de color rojo oscuro cada vez más grande se abría paso iluminando el suelo lleno de polvo y escombros del portal, y su espesa y brillante superficie recogía por el camino pequeñas partículas de polvo a la deriva.

Le dio una patada a algunos restos del edificio y tiró de la cabeza de la figura. La cabeza/casco salió después de darle medio giro. Un hombre. Al principio, con una extraña sensación de alivio, creyó no reconocerlo.

Pero entonces le echó otro vistazo a aquella cara joven y sin vida y, con una tristeza que después se convirtió en rabia y después en una especie de desesperación, reconoció a Keteo.

No estaba segura de si quería llorar o darle un puñetazo a aquella cara muerta, suave e infantil. Entonces, justo cuando estaba a punto de volver a poner el casco de cabeza de androide en la cabeza del antiguo solipsista, vio algo que brillaba en el cuello de la camiseta verde oliva que llevaba.

Sacó la delgada cadena.

De ella colgaba un pequeño medallón con un pequeño planeta y una luna, el símbolo de los novicios laicos internos de los huhsz.

Miró de nuevo los ojos muertos del joven, y después dejó caer el medallón sobre

su pecho. Se levantó y dejó que la cabeza vacía del androide cayera junto a él.

Un gran camión frenó en la calle detrás de ella; sus ruedas patinaron a través de las ruinas de cristal y piedra, delante de la pila de escombros principal. Las luces del camión iluminaron los restos envueltos en polvo del edificio. Dos androides saltaron del vehículo y miraron la pila, después se acercaron a una parte de ella y empezaron a levantar trozos de mampostería a toda velocidad y a tirarlos detrás de ellos, hasta excavar una zanja en los escombros.

Sharrow dejó a Keteo tirado en el portal y caminó hasta los dos androides, manteniéndose fuera del alcance de los trozos de edificio que tiraban por los aires. Otro camión apareció al fondo de la calle y rugió hacia las ruinas. Uno de los androides dejó de trabajar al verla.

—Usted debe de ser lady Sharrow —le dijo. Hizo una pausa—. Le he dicho a Feril que sigue viva y que tiene buen aspecto.

—¿Quiere decir que está vivo ahí abajo? —preguntó ella, incrédula, mientras señalaba la pila de escombros; el segundo camión se detuvo y dejó salir a media docena de androides con equipo de construcción.

—Sí —respondió el androide mientras se apartaba para dejar que dos androides de mayor tamaño llegaran al punto de la excavación—. Feril está debajo del coche, entre los ejes; aunque está atrapado y un poco abollado, no corre ningún peligro inmediato.

Ella miró lo que quedaba del edificio a través del polvo; unas ventanas oscuras y sin cristales dejaban a la vista la estructura vacía. Los cuatro pisos superiores habían caído a la calle o se habían derrumbado dentro del resto del edificio. Las vigas sobresalían de los escombros como huesos rotos. Un trozo blanco de escayola yacía junto a sus pies, con la talla de flores y espaldas agrietada y cubierta de gris. Uno de los androides que trabajaban entre los restos tiró algo que parecía una pieza del techo de listones del coche de vapor. Ella sacudió la cabeza.

—Dígale a Feril —le dijo al androide que estaba junto a ella— que... —Se encogió de hombros y sacudió la cabeza; después se sentó en los escombros polvorientos y se puso las temblorosas manos en la cabeza— lo siento —dijo, casi en un gemido.

—¡Sharrow! Gracias a los dioses que estás viva. No tienes ni idea de lo difícil que es sacar información fiable de esa ciudad. ¿Estás bien?

—Estoy bien. ¿Y tú, Geis?

—Estoy bien.

—¿Y? —le preguntó ella—. Me dejaste un mensaje; ¿qué quieres?

—Sí, lo hice, y gracias por llamar. —La imagen plana del viejo teléfono de pared de lo que antes fuera la Oficina Central de Correos de Vembyr agitó una mano para quitar importancia—. Pero maldita sea, Sharrow, me tienes preocupado. Por última vez, por favor, deja que te ayude. Sigo estando a tu servicio.

—Y yo sigo agradeciéndotelo, Geis —le respondió ella mientras miraba las

paredes de la vieja cabina con cortinas para escapar a la intensidad de aquella mirada—. Pero todavía me quedan unas cuantas ideas que investigar.

Geis pareció vacilar.

—Pero Sharrow, sean cuales sean tus planes, ¿pueden ser más fiables o más seguros que aceptar mi ayuda? Ella se encogió de hombros.

—¿Quién puede saberlo, Geis? Puso cara de sentirse dolido.

—Sentí mucho lo de Cenuij Mu, pero al menos los demás siguen vivos. Si no es por ti, hazlo por ellos, reconsidéralo.

—Lo hemos pensado bien, Geis. Sabemos lo que hacemos.

Geis se echó atrás y sacudió la cabeza. Suspiró y jugueteó con algo que tenía sobre el escritorio, delante de él.

—Bueno, no lo sé; ahora Breyguhn no quiere dejar la Casa del Mar. —Levantó la mirada—. Si quieres, puedo conseguir que la saquen de allí, apartarla de su influencia y llevarla a alguna parte donde puedan curarla. —Parecía ansioso—. ¿Quieres que lo haga?

Sharrow negó con la cabeza.

—Por mí no. Si ella es feliz, déjala estar. Durante un instante, a Geis pareció hacerle gracia.

—¿Feliz? —preguntó—. ¿En ese lugar?

—Creo que siempre ha sido un término relativo. —Se encogió de hombros—. Y quizá piense que allí podrá digerir mejor la muerte de Cenuij. De todos modos, tal y como yo lo veo, los Hermanos Tristes no hicieron una oferta con fecha de caducidad; puede irse cuando quiera.

—Ah, sí —dijo Geis mientras jugueteaba con el bolígrafo de su escritorio—. Pero no puede hacerle ningún bien quedarse allí encerrada.

—Es su elección, Geis.

Geis la miró a los ojos un instante. Parecía triste y cansado.

—Elección —dijo con dificultad. Una pequeña sonrisa le alteró la expresión—. Todos creemos que tenemos mucha, ¿verdad? Ella apartó la mirada un momento.

—Sí, un mundo terrible, ¿verdad? —Miró la pantalla con la hora—. Mira, Geis, tengo que irme. Me voy a reunir con los otros. Agradezco tu oferta, de verdad, pero déjanos hacer esto lo mejor que sabemos.

Él miró la pantalla con intensidad durante un momento, como si intentara estudiar bien la imagen de Sharrow para fijarla en su memoria. Después dejó caer un poco los hombros y asintió.

—Sí. Siempre fuiste muy decidida, muy dura, ¿no? —Sonrió y respiró hondo—. Buena suerte, Sharrow —le dijo.

—Gracias, Geis. Tú también.

Él abrió la boca para decir algo más, pero se limitó a asentir con la cabeza. Alargó una mano. La pantalla se volvió gris y ella se quedó sola en la cabina a oscuras.

Aquel invierno había un tiovivo en el gran salón de baile del ala este de la casa Tzant. Estaba colocado en el centro del antiguo suelo cartográfico de madera de la enorme habitación y era magnífico, pintado de alegres colores y adornado con banderines competía en brillantez con las extravagantes tallas doradas de los espejos y las espléndidas arañas de luces del salón de baile. La más magnífica de las arañas, que solía colgar como una fuente incandescente invertida del centro de la sala, había sido guardada en uno de los establos para hacer sitio para el tiovivo. La atracción de feria funcionaba con electricidad y dejaba escapar un sonoro zumbido al dar vueltas. A Sharrow le gustaba aquel zumbido más que la música de órgano que solía tocar el tiovivo mientras daba vueltas.

Había ochenta animales distintos en la atracción, todos a tamaño natural y míticos o extintos. Solía montarse en el trafe, un pájaro extinto de aspecto fiero que no sabía volar, de cerca de tres metros de alto, con un pico serrado y enormes garras.

Estaba prácticamente sola en el tiovivo aquel día, agarrada al cuello del trafe mientras la atracción daba vueltas, en silencio salvo por el estruendo del motor eléctrico, que llenaba la habitación. Observaba cómo su reflejo pasaba junto a ella en cada uno de los altos espejos de marco dorado. El zumbido del motor parecía atravesar el cuerpo de madera del pájaro extinto y retumbarle dentro, intenso, paralizador y consolador. A veces se quedaba dormida sobre el pájaro fabuloso y viajaba largo rato a través del aire cálido del salón de baile, entre los enormes espejos de una pared y las cortinas cerradas de las ventanas de la otra.

Prefería las cortinas cerradas porque era invierno y fuera había nieve, blanca, fría y suave.

El lomo del trafe del tiovivo era el único lugar en el que sabía que podía dormir segura. Si soñaba mientras cabalgaba sobre el gran pájaro tenía buenos sueños, cálidos, acogedores y llenos de abrazos; soñaba que su madre la sacaba de la bañera, que la secaba con unas enormes toallas perfumadas y que la llevaba a la cama mientras le cantaba suavemente.

Demasiado a menudo, en la cama de la habitación que le habían dado junto a la de su padre, podía sentir el blanco de las sábanas, ver aquella fría ausencia incluso con las luces apagadas y, tras dormirse dentro de aquella blancura rolliza, tenía pesadillas; aquella fría pesadilla en la que daba vueltas y vaciaba los pulmones al ver a su madre tirada en el suelo del teleférico, con la sangre cayendo de su cuerpo destrozado, y en la que su madre le ponía un brazo en el pecho y la empujaba fuera, al frío y a la nieve, y ella caía, gritando, con los ojos muy abiertos, y veía cómo el telecabina explotaba sobre ella en una crujiente ola de sonido, un instante antes de que ella cayera en las heladas garras de la nieve.

—¿Sharrow?

Se sentó en el lomo del pájaro y vio que se acercaba su padre desde el otro extremo del salón. Llevaba a una niña pequeña de la mano, quizá un par de años menor que ella. La niña parecía tímida y no muy guapa. Sharrow giró la cabeza para

seguir mirándolos mientras el tiovivo continuaba con su vuelta, pero después los perdió de vista.

—¡Skave! —oyó gritar a su padre—. Apaga esa cosa. El viejo androide, de pie en el centro del tiovivo, cortó la alimentación y frenó. Sharrow observó a su padre y a la niña pequeña acercarse, caminar sobre el suelo de mapa, por encima del grano marino de los océanos de Golter y de las maderas nativas de sus continentes.

El tiovivo frenó lentamente hasta detenerse y se quedó en silencio. El pájaro en el que estaba montada acabó en el extremo más alejado de su padre y de la niña pequeña. Sharrow esperó a que ellos se acercaran. Cuando llegaron, su padre sonrió y miró a la niña que llevaba de la mano.

—Mira, cariño —le dijo a Sharrow—. Esta es la sorpresa que te prometí: ¡una hermanita pequeña! Sharrow miró a la otra niña. Su padre se inclinó, cogió a la niña en brazos y la levantó sobre su cabeza.

—¿No es un encanto? —le preguntó a Sharrow, mientras su cara ansiosa e hinchada se asomaba entre las faldas de la niña. La niña le volvió la cara a Sharrow—. Se llama Breyguhn —le dijo su padre—. Breyguhn —dijo tras bajar un poco a la niña, hasta ponerla a la altura de su cabeza—, esta es Sharrow. Es tu hermana mayor. —Miró a Sharrow de nuevo—. Vais a ser muy buenas amigas, ¿verdad?

Sharrow miró a la otra niña, que había escondido la cara detrás de la cabeza de su padre.

—¿Quién es su mamá? —dijo Sharrow al final. Su padre pareció primero consternado y después alegre.

—Su mamá va a ser tu nueva mamá —dijo—. Es una vieja amiga mía... de mamá y mía, y... —Esbozó una amplia sonrisa y tragó saliva—. Es muy agradable. Y Breyguhn también, ¿verdad, Brey? ¿Hmm? Oh, no llores; ¿por qué lloras? Vamos, dile hola a tu hermana mayor. Sharrow; dile hola a... ¿Sharrow?

Se había bajado del trafe y rodeaba el tiovivo para llegar a los controles. Miró con rabia a Skave y lo apartó a un lado.

—No, no, señorita Sharrow... —le dijo el viejo androide, que había dado un paso atrás, a punto de caerse. Ella había visto cómo manejaba los controles el androide. Levantó la palanca del freno y giró la manivela de la potencia. El tiovivo zumbó y comenzó a moverse.

—¿Sharrow? —dijo su padre mientras caminaba hasta ella, todavía con la niña llorona en brazos.

—No, no, señorita Sharrow —decía Skave mientras ella volvía a empujarlo entre el grupo de extrañas criaturas, monstruos y animales extintos del pasado real e imaginario de Golter. Las manos del viejo androide revolotearon delante de su pecho mientras ella seguía empujándolo—. No, no, señorita Sharrow. No, no... ¡ah!

Skave cayó por el borde de la atracción, que giraba a una velocidad sorprendente, y aterrizó indemne a cuatro patas, con aspecto sorprendido.

—¡Sharrow! —gritó su padre—. ¡Sharrow! ¡Qué crees que estás haciendo!

¡Vuelve aquí! ¡Sharrow!

Aumentó el zumbido del tiovivo hasta alcanzar la velocidad máxima, como una antigua peonza.

—¡Sharrow! ¡Sharrow!

Ella trepó de nuevo al cuello del trafe y cerró los ojos.

Estaba de pie en la plaza, apoyada en la barandilla de mármol, y miraba el viejo tiovivo de piedra soplada que había en la terraza de abajo. Los androides que restauraban la atracción intentaban arrancar sus antiguos motores hidráulicos por primera vez en siglos; en general, lo que hacían era localizar dónde se encontraban todas sus fugas y sus sellos y juntas mal cerrados, así que cada nuevo intento acababa con algún chorro de agua saliendo de una nueva parte de la complicadísima y vistosa vieja atracción de feria. La terraza que la rodeaba estaba cubierta de agua.

Observó cómo otra media revolución del antiguo tiovivo, tras crujir y gruñir, culminaba en otra explosión húmeda y una fuente siseante que formaba un arco en el aire.

Miró a los demás, que estaban sentados, aburridos, en la acera de una cafetería restaurada pero cerrada al otro lado de la piazza, y después se volvió hacia Feril.

—Vamos a las Áreas Embargadas —le dijo al androide— a buscar la última Pistola Vaga.

Feril bajó la vista.

—No tenías por qué decírmelo.

—Sospechaba que ya lo habías adivinado.

—Por supuesto —dijo Feril—. Tengo que admitirlo.

Ella se aclaró la garganta.

—Feril, he hablado del tema con los otros y nos gustaría que vinieras con nosotros, si quieres.

Feril la miró en silencio durante lo que pareció un buen rato.

—Ya veo —dijo. Miró abajo, hacia el viejo tiovivo de la terraza, y observó cómo sus compañeros se movían sobre él para hacer ajustes—. ¿Por qué? —le preguntó.

—Porque creemos que podrías resultarnos útil —dijo ella—, y porque creemos que necesitamos a otra persona, y porque yo creo que podrías beneficiarte de la experiencia, y porque... nos caes bien. —Apartó la vista un momento—. Aunque será peligroso. —Arqueó una ceja—. Quizá si realmente nos cayeras bien no se nos ocurriría invitarte a una viaje en el que probablemente te maten.

Feril se encogió de hombros.

—Si os acompañara, guardaría mi personalidad actual en la ciudad —dijo—. Si me destruyeran, solo perdería la memoria de las experiencias ocurridas tras salir de viaje. Seguiría existiendo como entidad dentro del grupo de IA de la ciudad y obtendría una garantía que me permitiera vivir de nuevo cuando nos dejen construir

el siguiente lote de androides.

Ella se quedó mirándolo en silencio.

—¿Estás segura —le dijo el androide— de que a los demás miembros del equipo no les molesta mi presencia?

Ella miró a Zefla, Miz y Dloan otra vez. Dloan y Zefla hablaban. Miz la observaba con la barbilla apoyada en la mano indemne.

—Confían en quien yo confíe —le dijo a la máquina—. Cualquiera de ellos podría haber vetado la idea. Todos queremos que vengas con nosotros.

El androide dio unos golpecitos en el mármol con un dedo de acero y plástico, después asintió con la cabeza al volverse hacia ella.

—Gracias. Acepto. Iré con vosotros.

Ella le ofreció la mano a la máquina.

—Espero que no tengas que arrepentirte —le dijo Sharrow con una sonrisa.

Él le cogió la mano con delicadeza.

—El arrepentimiento es para los humanos —le dijo.

Ella se rio.

—¿De verdad?

La máquina se encogió de hombros y le soltó la mano.

—Oh, no. Solo es algo que nos decimos a nosotros mismos.

La orilla tranquila

Había árboles en densa y oscura profusión desde la cima de la montaña hasta la línea de la marea. El océano yacía liso, negro e inmóvil sobre la orilla silenciosa, como si hubiera caído bajo el pesado hechizo verde del bosque. Un pájaro volaba lentamente sobre el agua, en paralelo a la orilla, como una astilla pálida de las suaves nubes grises, expulsada del cielo y buscando la forma de volver.

A medio kilómetro de la boca del fiordo, la superficie del océano giraba y echaba espuma, para después hincharse y derramarse desde tres formas oscuras y bulbosas.

El submarino de tres cascos subió a la superficie y flotó inmóvil durante un instante; el agua le caía de las aletas y de la rechoncha torre central. Después, una serie de sordos sonidos metálicos repicaron en el agua y, con un remolino que se agitó alrededor de sus lisos flancos negros, la sección central y el casco de estribor se deslizaron lentamente hacia popa y dejaron el casco de babor flotando solo en frente de la orilla.

Una vez situado detrás del casco simple, el submarino volvió a avanzar; usó los delicados impulsos de potencia de proa para introducir su morro redondeado en la popa del casco. Un gran chorro de agua lenta mojaba la parte de atrás del submarino al dirigirse a la orilla, empujando el casco delante de él.

El casco delantero varó en los bajíos de una pequeña playa de arena, en el extremo sur de la boca del fiordo, y su morro negro hemisférico se elevó al empujar una ancha ola a lo largo de los pocos metros de agua que quedaban hasta la pálida cuesta de medialuna. La espuma bañaba la playa y las rocas a ambos lados.

—Espero que lo entiendan; por supuesto, lo he pensado mucho, pero lo cierto es que la seguridad de mi barco y de mi tripulación es lo primero. Por supuesto, está cubierto en el contrato...

—Por supuesto.

—... pero si los llevara más adentro me buscaría problemas. El fiordo es bastante profundo (aunque hay crestas submarinas en ciertos lugares, según nuestro radar) pero es demasiado estrecho; un barco de este tamaño no podría maniobrar. Con el evidente peligro de acciones hostiles, sería temerario aventurarse más. Como digo, tengo que pensar en mi tripulación. Y ahora, si pudiera firmarme aquí... Quiero decir, muchos tienen familias...

—Por supuesto.

—Me alegro mucho de que lo entienda. Nuestros aseguradores nos tienen muy controlados este ejercicio fiscal, se lo juro, y sospecharían con solo apagar el registro

gráfico. Créame, ese truco solo funciona las primeras veces. Ah... aquí y aquí...

El capitán sostuvo la tablilla para que firmara los papeles de rescisión del contrato. Sharrow se quitó un guante, cogió la estilográfica y garabateó su nombre. Llevaba un mono de combate aislado y botas hasta la rodilla; se cubría la cabeza con un cálido gorro de pieles balistizado, con las orejeras subidas. Ella y el capitán estaban de pie en la cubierta, cerca de la proa del casco varado de babor; su única hemipuerta estaba abierta, y una rampa había sido desplegada desde el interior hacia el bajío. El primero de los dos grandes camiones todoterreno de seis ruedas arrancó y salió lentamente del casco, bajó la rampa, atravesó el agua y subió a la playa de arenas blancas. La cubierta se movió bajo ellos al pasar el peso del vehículo del casco a tierra firme.

El camuflaje gris y verde del todoterreno parpadeó vacilante durante unos momentos hasta ajustarse, y después se decidió por un insípido conjunto de tonos interfoliados que coincidía de forma perfecta con el color de la arena y de las sombras bajo los árboles. Sobre una de las dos escotillas de la cabina se elevaba un cañón de morro recortado.

El capitán pasó un par de páginas.

—Y aquí, y aquí, por favor —dijo. Sacudió la cabeza y chasqueó la lengua—. ¡Si el fiordo fuera un poco más ancho! —Miró preocupado la boca del fiordo, como si intentara obligar a las laderas de las crestas montañosas a que se retiraran de las aguas oscuras. Suspiró, y su aliento formó vaho en el aire frío y tranquilo.

—Sí, bueno —dijo Sharrow.

El segundo todoterreno salió lentamente de la sección frontal del casco y entró en la playa, con lo que el casco volvió a sacudirse. Zefla hacía señas con el brazo desde la escotilla del tejado de uno de los vehículos.

—Y una última firma aquí... —dijo el capitán, mientras doblaba las copias sobre la tablilla. Sharrow volvió a firmar.

—Ya —dijo.

—Gracias, lady Sharrow —le dijo el capitán con una sonrisa. Se volvió a poner los guantes y le hizo una profunda reverencia. Las gafas de sol que no había necesitado ponerse al salir a la superficie se le cayeron del bolsillo de su chaqueta acolchada. Se agachó para recogerlas, pero sus guantes dificultaban la operación.

Se enderezó y vio que ella le dedicaba una fría sonrisa, con la mano extendida. Él se metió las gafas en la boca, se puso la tablilla bajo el brazo y se volvió a quitar un guante. Le dio la mano.

—Un placer, lady Sharrow —le dijo—. Y permítame que le desee lo mejor en... —Su mirada vagó por los bosques tranquilos y las altas montañas—... lo que sea que la haya traído aquí.

—Gracias.

—Bueno, nos vemos en cuatro días, a no ser que tengamos noticias antes —dijo con una sonrisa.

—De acuerdo —respondió ella mientras se daba la vuelta—. Hasta entonces.

—¡Buena caza! —le gritó él.

Sharrow bajó por una delgada escalera de metal hasta el interior del casco, donde la tripulación de cubierta del submarino se preparaba para recoger la rampa y cerrar de nuevo la puerta; comprobó que no se dejaban nada, y después caminó por la rampa hasta la orilla, donde sus botas se hundieron en la arena.

Justo cuando se volvía para mirar la redonda boca abierta del casco, un chorro blanco de vapor voló por el aire detrás de él, procedente de la torre de mando del submarino. El aullido de la sirena de alarma del navío sacudió el aire sobre la playa y se detuvo mientras la pluma blanca de vapor se quedaba quieta y comenzaba a flotar por el aire. Los hombres que estaban junto a la boca de la sección abierta del casco se quedaron helados. Una voz resonó sobre ellos; la del capitán, sin aliento y nervioso.

—¡Alerta aérea! —gritó por los altavoces—. ¡Se acercan aviones! Repito; ¡se acercan aviones! ¡Abandonen los cascos! ¡Barrenen los dos!

—¡Mierda! —dijo Sharrow mientras giraba sobre sus talones.

Los hombres del casco subieron en tropel la escalera para llegar a cubierta; Sharrow se metió en la cabina del segundo todoterreno. Zefla estaba de pie en el asiento, con la cabeza y el torso asomados por la escotilla para observar el cielo sobre el mar con unos prismáticos de campo de largo alcance. Feril estaba al volante, con aspecto sereno y delicado entre los macizos y prácticos controles del todoterreno.

—Putra mierda —la voz de Miz decía por el comunicador—, ha sido rápido. Creía que no ya no se ocupaban mucho de los satélites de vigilancia.

—Quizá hayamos tenido mala suerte —dijo Sharrow mientras observaba al androide; el todoterreno escupía arena por los seis grandes neumáticos y se arrastraba playa arriba hacia las rocas que rodeaban los arbolillos y la hierba del borde del bosque—. Sigue a Miz —le dijo a Feril. El androide asintió y metió la primera.

El camión dio un salto adelante tras el otro todoterreno y se dirigió a los árboles. Sharrow miró por la ventana lateral para observar cómo los últimos miembros de la tripulación saltaban de la sección varada del casco hacia el casco principal, y después vio cómo el agua que rodeaba la parte de atrás del gordo bote se agitaba, mientras la embarcación abandonaba ambos cascos y se impulsaba hacia popa, rodeándose de espuma. Las pequeñas figuras corrieron por el casco, desaparecieron por una escotilla y la cerraron. El submarino volvía siguiendo su propia estela, y empezó a girar y a sumergirse al mismo tiempo; la sección varada del casco se movía con la espuma, mientras el casco de estribor del que se habían desecho se balanceaba adelante y atrás, en suaves subidas y bajadas al ritmo de las olas.

—¡No hay forma de entrar en esos árboles, joder! —chilló Miz.

—Pues invéntatela —le dijo Sharrow.

—No —oyeron decir tranquilamente a Dloan—. Mirad.

—Hmm —contestó Miz—. Estrecho... —El primer todoterreno giró a la derecha.

—¿Zef? —dijo Sharrow mientras levantaba la vista—. ¿Zef? —gritó. Zefla se

agachó sacudiendo la cabeza, con el pelo recogido en una gorra de combate.

—Todavía nada —dijo; cogió un auricular de comunicaciones y se lo puso en la oreja antes de volver a enderezarse.

El todoterreno que tenían delante saltaba sobre las rocas y avanzaba sobre la hierba hacia los árboles; los neumáticos abrían zanjas en la hierba y les echaban tierra encima, mientras subían sobre los elásticos arbolillos y se comprimían entre los troncos más altos que había detrás. Terrones y piedras golpeaban y pegaban en la inclinada barbilla y en la pantalla del todoterreno.

Sharrow miró atrás; el submarino estaba sumergido, salvo por la torre, y se hundía rápidamente en las aguas arremolinadas, mientras continuaba girando hacia popa desde la orilla.

El todoterreno de Miz y Dloan se abría paso a codazos entre los árboles, cada vez más lento.

—Lo tengo —dijo Zefla a través del comunicador—. Un solo avión. Bajo; parece grande... bastante lento.

—¿Crees que nos han visto? —le preguntó Sharrow mientras Feril maniobraba el morro de su todoterreno hasta estar a un metro del vehículo delantero.

—Es difícil saberlo —dijo Zefla. Miz estaba girando su vehículo para entrar en un pequeño claro a la derecha; el camuflaje moteado del todoterreno se oscureció al meterse cada vez más bajo las ramas.

—No hay ninguna señal de que nos hayan visto... —dijo Zefla en voz baja.

—Ya no podemos ir más lejos —dijo Miz. El primer todoterreno se detuvo; Feril paró el suyo justo detrás. Sharrow metió la mano en el hueco de los pies y abrió una larga bolsa con un tosco símbolo antiaéreo garabateado. Sacó un lanzamisiles y se puso de pie en el asiento, abrió la escotilla y sacó la cabeza y los hombros por ella.

El avión era una mota oscura y grumosa que volaba bajo sobre el agua. Donde antes estuviera el submarino, se veía un parche de agua removida cerca del casco flotante abandonado. La imagen del avión se agrandó en la mira del lanzamisiles, se vio borrosa un instante y después destacó con nitidez; le quitó el seguro.

Entonces, algo se movió en la mira, cerca, desenfocado y oscureciendo parcialmente el avión. Sharrow frunció el ceño y apartó los ojos de la mira del lanzamisiles; algunos de los árboles jóvenes que tenían detrás se habían levantado tras quedar atrapados bajo los todoterrenos, y habían formado una delgada pantalla entre ellos y la orilla.

Volvió a escudriñar por la mira, y observó la silueta del avión inclinarse y espesarse. Era un barco volador, más o menos del tamaño de un antiguo bombardero; un par de motores sobre cada raíz de ala y un flotador con puntales en «V» cerca de la punta de cada ala. Seis pequeños misiles bajo las alas. El avión se alejó lentamente, casi con languidez. Ella lo siguió con la mirada hasta que desapareció tras los árboles.

Sharrow escuchó el ruido de los reactores del avión y el eco distante en las montañas. Volvió a poner el lanzamisiles en espera.

—¿Adónde ha ido? —preguntó Miz.

—Creo que ha bajado por el fiordo —dijo Dloan. Sharrow se volvió y vio a Dloan en la escotilla del primer todoterreno, que tenía el morro metido en los árboles. Estaba apuntando el cañón hacia arriba, hacia el punto donde había estado el avión.

—¿Ves alguna marca? —le preguntó Sharrow a Zefla.

Zefla sacudió la cabeza.

—No me pareció un vehículo de la Franquicia.

—Vi una de esas viejas cosas en el Muelle Beagh —dijo Dloan—. Mientras negociábamos con el submarino.

—¿Crees que podría ser otra compañía privada? —le preguntó Miz. Lo oyeron gruñir cuando el todoterreno se inclinó un poco hacia atrás e intentó volver a avanzar, para encontrarse de nuevo con la resistencia de los flexibles troncos de los árboles—. Bueno, esto es lo que yo llamo despreciar las leyes de las Áreas —dijo, casi como si se divirtiera—. Entrar en barrena con una antigüedad que parece sacada de un museo de la aviación. Mierda, podríamos haber usado aerodeslizadores, después de todo.

—Da igual —dijo Sharrow—. Podría volver. Vayamos hacia la costa y encontremos un escondite mejor.

—Aquí estamos bastante escondidos —señaló Zefla.

—No del todo —dijo Miz—. Y si alguien nos busca, ese casco les dirá dónde empezar.

—Nuestro valiente capitán dijo algo sobre barrenar los cascos —dijo Zefla.

—Sí, pero el de la playa no va a hundirse mucho.

—¿Zef? —preguntó Sharrow—. ¿Qué crees? ¿Nos ha visto el avión?

Zefla se encogió de hombros.

—En resumen, probablemente... sí.

—Entonces, vámonos —dijo Sharrow.

Dieron marcha atrás con los dos todoterrenos para salir del bosque. La popa del casco varado del submarino se había quedado parada; su cavernosa boca abierta se elevaba sobre la pequeña playa como una expresión de silenciosa sorpresa. El casco desprendido había rodado sobre su parte trasera, y se mecía adelante y atrás mientras se hundía lentamente en el agua oscura.

Los dos todoterrenos se abrieron paso a través de la línea de rocas revueltas y hierba harapienta, entre el agua y los árboles.

El avión había dejado una débil línea de humo de escape de unos cien metros por encima del centro del ancho fiordo. Zefla se quedó vigilando; Sharrow se acomodó en su asiento con el lanzamisiles en el regazo. Miraba a Feril, que estaba sentado, al parecer muy tranquilo, guiando el todoterreno detrás del de Miz y Dloan.

—Perdona todo esto —le dijo Sharrow.

—Por favor, no te disculpes —le respondió el androide, que se giró para mirarla un instante—. Es muy emocionante.

Sharrow sacudió la cabeza con una sonrisa.

—Podría volverse todavía más emocionante si no encontramos dónde escondernos.

—Oh, bueno —dijo Feril, y se volvió de nuevo para mirar el fiordo a su derecha y las altas montañas boscosas que tenían a ambos lados—. De todos modos —dijo mientras manejaba el volante del todoterreno y se abría camino entre los cantos rodados que llenaban la costa pedregosa—. Es un paisaje bastante bello, ¿verdad?

Sharrow sonrió y sacudió brevemente la cabeza. Después intentó relajarse, y le echó un lento y deliberado vistazo al silencio líquido de las tranquilas aguas negras, a la inclinada abundancia de los tupidos bosques y a la morfología rizada y medio escondida de las laderas colmadas de árboles, con sus bordes irregulares recortados sobre la desolación pálida del cielo.

—Sí —suspiró y asintió—. Sí, es bello.

Habían bajado menos de un kilómetro por la ladera del fiordo y no habían encontrado ninguna brecha entre los árboles, ningún canto rodado caído lo bastante grande para esconderlos, ni ninguna otra forma de ponerse a cubierto, cuando Zefla gritó.

—¡Ya vuelve! El barco flotante apareció de nuevo, una mota gris sobre las montañas oscuras, hacia la cabeza del fiordo.

—Por los dientes del diablo —gruñó Miz. Sharrow observó el barco flotante inclinarse y girar hasta ir directamente hacia ellos.

Sacudió la cabeza.

—Esto no es bueno...

—¡Está disparando! —chilló Zefla. Dos explosiones de humo se rizaron bajo las raíces de las alas del avión.

—¡Para! —le dijo Sharrow al androide. Cogió su mochila de debajo del asiento—. ¡Todos fuera!

—Mierda —dijo Miz. Ambos todoterrenos patinaron hasta detenerse.

—Id hacia los putos árboles —murmuró Zefla; se dejó caer de la escotilla, rebotó en el asiento y abrió la puerta de una patada. Saltó al suelo con una pequeña mochila, seguida de Feril. Sharrow saltó desde la otra puerta. Miz salió del primer todoterreno y también corrió hacia los árboles.

—¡Fuera, Dloan! —chilló Sharrow. Iba en dirección a unas grandes rocas cerca del borde del agua. Le quitó el seguro al lanzamisiles.

Dloan estaba de pie en la escotilla del primer todoterreno y apuntaba al avión con el cañón; los dos misiles eran puntos brillantes al final de unas estelas de humo y corrían cerca del agua tranquila y oscura.

—¡Dloan! —chilló. Se tiró entre dos rocas y apuntó con el lanzamisiles.

Los misiles se acercaron como rayos; pasaron de largo de los dos todoterrenos con un chillido y se estrellaron en el bosque, unos cincuenta metros detrás de ellos. Dloan empezó a disparar el cañón; Sharrow pudo ver cada uno de los ocho proyectiles trazadores salir formando un arco para caer en el agua, a unos cien metros

del avión, formando salpicaduras blancas, distantes y diminutas. Disparó el misil; se oyó un bang al estremecerse el tubo contra su hombro, después vio un destello y oyó un trueno cuando el misil se encendió, y un pfiucando salió volando.

El avión seguía volando perezoso sobre el centro del fiordo, quizá a unos dos mil metros; el misil se puso en trayectoria de interceptación.

Dloan había dejado de disparar el cañón.

El misil estaba a un kilómetro, después a quinientos metros.

—En fin —se dijo Sharrow a sí misma—. No le hagáis caso si no queréis, imbéciles.

Una luz lanzó destellos alrededor del morro del barco volador.

El misil voló en pedazos; brilló, se desintegró en el aire y creó una espesa zarpa negra de humo, desde la que docenas de pequeñas garras se arrastraban hacia fuera y hacia abajo, para después caer en el agua formando una nevisca de altas salpicaduras.

—Hijo de puta —jadeó Sharrow. El avión se inclinó hacia ellos una vez más.

Dloan disparó de nuevo el cañón, y las chispas formaron arcos ascendentes. El barco flotante volaba atravesando el creciente bulbo de humo dejado por el misil interceptado. El avión disparó dos de sus propios misiles.

Sharrow miró el todoterreno.

—¡Dloan! —gritó. Lo vio agacharse un poco detrás del cañón. Disparó una última ráfaga de proyectiles, y después abrió la escotilla y corrió por el tejado del todoterreno. Sharrow podría haber jurado que tenía una gran sonrisa en la cara.

Dloan saltó los tres metros que lo separaban del suelo, rodó y se puso a cubierto medio segundo antes de que los dos misiles se estrellasen contra los todoterrenos y los redujesen a astillas.

Debía de haberse agachado. Levantó la cabeza y vio humo y llamas. Los dos vehículos habían quedado arrasados. El suyo yacía de espaldas y ardía con fuerza. El otro todavía parecía poder mantenerse en pie, pero tenía la carrocería medio arrancada, levantada de tal forma que se le veían los tres motores entre los neumáticos despellejados y en llamas. Lo que quedaba se sacudía y crujía con detonaciones secundarias; se volvió a agachar y observó cómo el avión marino se alejaba a medio kilómetros de ellos.

Una línea de humo negro salía de su motor de estribor. Perdía altura y parecía maltrecho y traqueteante. Alguien saltó de los árboles.

Ella se miró la mano izquierda, que tenía apoyada en el suelo. Le dolía. La sacó y miró la sangre; después la sacudió para quitarse la tierra del corte. No parecía serio.

—¡Yuju! —gritó la misma voz desde los árboles. Dloan.

El barco volador se desplazó con dificultad por el aire durante otro kilómetro y ganó altura; después se inclinó y bajó en barrena, se dio la vuelta y se dirigió de nuevo al fiordo, esta vez en busca de la otra orilla, mientras el humo negro detrás de

él se hacía cada vez más espeso, y el avión se acercaba más y más al agua.

El aire crujió y zumbó con las explosiones de los dos todoterrenos destrozados; el humo subía hacia el cielo.

—¿Sharrow? —gritó Miz en un momento de respiro.

—¡Aquí! —respondió ella—. Estoy bien.

El barco volador se estrelló contra el agua, rebotó en una doble cortina de espuma y volvió a caer, se detuvo rápidamente y giró de forma brusca para quedar con la parte delantera en su dirección, a unos mil quinientos metros.

Sharrow se echó la mochila a la espalda y se alejó a rastras de las rocas cercanas a la playa, siempre bajo el cobijo de algunos cantos rodados de pequeño tamaño, hasta llegar cerca de los árboles; entonces se levantó y corrió agachada hasta el punto donde se escondían los demás, mientras observaban arder los todoterrenos y el barco volador hundirse en la otra orilla. Su morro vidrioso y complicado ya miraba al cielo; uno de los flotadores de las alas estaba inclinado fuera del agua, y el otro sumergido.

Se tiró al suelo junto a los otros.

—¿Estás bien? —le preguntó Zefla.

—Sí. Buen disparo, Dloan —dijo Sharrow, mientras se limpiaba la mano ensangrentada en los pantalones del mono.

—Gracias —respondió Dloan con una sonrisa—. Su moderno láser interceptor de misiles no pudo con los anticuados proyectiles de cañón. —Suspiró con fuerza, con expresión de felicidad.

—Sí pero, ¿ahora qué hacemos? —preguntó Miz, mirándola—. ¿Nadar durante el resto del camino?

—Oh —dijo Feril—, mirad. Qué camuflaje más poco ortodoxo. Sharrow miró. Zefla lo hizo con los prismáticos. Gruñó.

—No me lo puedo creer, joder —dijo. Le pasó los prismáticos a Sharrow—. No, no es cierto. —Sacudió la cabeza—. Sí que me lo creo.

Sharrow miró a través de los cristales; el morro de varias caras del barco volador estaba ya muy alto, apuntando al cielo. De las puertas bajo las raíces de las alas podían verse salir a unas tres docenas de pequeñas figuras, que trepaban para entrar en lo que parecían ser botes inflables. Todo parecía un poco confuso.

Sharrow podía distinguir fácilmente las figuras, porque llevaban uniformes de color rosa chillón, verde lima, rojo sangre, violeta brillante y amarillo limón, que resultaban más fuertes y obvios que los botes naranjas en los que se estaban metiendo. Dejó los prismáticos.

—Están locos de verdad —dijo, más para sí misma que para los demás—. Elson Roa y su banda.

—¿Ese maníaco? —dijo Miz con los ojos muy abiertos. Hizo un gesto hacia el avión que se hundía, cuyo fuselaje estaba vertical con respecto al cielo y sumergido casi hasta las alas. Dos brillantes núcleos de color eran apenas visibles a simple vista y se alejaban lentamente del avión hundido para dirigirse a la espesa manta verde de

los árboles de la otra orilla—. ¿Es él? —preguntó Miz—. ¿Otra vez?

Sharrow asintió lentamente y dejó los prismáticos en el suelo.

—Sí —respondió—. Otra vez.

La munición de los todoterrenos que ardían siguió explotando durante unos cuantos minutos más; después el fuego empezó a apagarse y las detonaciones cesaron. Se aventuraron a salir de los árboles y buscaron entre los restos de los dos todoterrenos, hasta que oyeron una serie de ruidos apagados y vieron surgir delgadas fuentes en el agua cercana.

—Metralletas —dijo Dloan, mientras observaba la otra orilla del fiordo. El aire crujió y zumbó; pequeñas nubes de polvo saltaban de las rocas que los rodeaban. Se retiraron rápidamente al bosque.

Tenían una tienda de emergencia ligera y raciones de supervivencia en una pequeña mochila que Zefla había rescatado; Sharrow tenía la suya, en la que llevaba el cañón manual, los dos indicadores de la vieja moto y un equipo de primeros auxilios. Miz había rescatado una metralleta mediana y un solo misil antiaéreo. Habían encontrado algo de ropa y unos cuantos paquetes de comida más entre los escombros. Aparte de eso, lo único que tenían era lo que llevaban puesto; monos de trabajo o trajes de excursionismo, una pistola cada uno, un par de cuchillos, un pequeño equipo médico y lo que llevaran en los bolsillos.

—Tendría que haberlo pensado —dijo Sharrow mientras se daba golpes en las sienes con las palmas de las manos. Hizo una mueca de dolor cuando usó la mano izquierda; se había lavado la herida en un arroyo y se había puesto esparadrapo, pero todavía le dolía. Miz también seguía llevando una pequeña venda en la mano, y Dloan cojeaba un poco, igual que ella.

Estamos empezando a parecernos todos, pensó.

Se sentaron en una pequeña hondonada, alrededor de una fogata humeante y débil que finalmente habían conseguido encender con un láser. Aunque era última hora de la tarde, parecía de noche por culpa de los altos árboles que los rodeaban.

—Tendría que haberlo pensado —repitió Sharrow—. Podríamos haber sacado más cosas de los todoterrenos mientras buscábamos un lugar donde escondernos. —Sacudió la cabeza.

—Mira —dijo Miz—. Estamos todos vivos; tenemos una tienda, algo de comida y nuestras pistolas; podemos cazar para comer. —Hizo un gesto hacia el bosque—. Tiene que haber mucha caza por ahí. O peces. —Le dio un golpecito a uno de los bolsillos de su elegante chaqueta de excursionista, que estaba repleta de ellos—. Tengo anzuelos y algo de sedal; podemos hacer una caña.

Sharrow parecía dudar.

—Sí. Mientras tanto, tenemos cuatro días para caminar doscientos clicks —dijo— y llegar a una reunión a la que nuestro capitán probablemente ni siquiera intente

asistir.

—Podríamos dejar a alguien aquí —dijo Zefla. Tenía su gorra de combate en la punta de un palo y la acercaba al fuego para secarla. Estaba sentada con las piernas cruzadas, a sus anchas. Dloan tenía la pierna herida estirada delante de él. Miz había acercado una roca para sentarse; el androide estaba en cuclillas y parecía esqueléticamente puntiagudo y anguloso—. Parte de nosotros podríamos ir hasta el extremo del fiordo —siguió Zefla—, mientras alguien se queda detrás para recibir al submarino y decirles que vengan más tarde.

—No tenemos nada para hacerles señales —dijo Sharrow mientras sacaba su teléfono de bolsillo de la chaqueta—. Los cacharros dedicados de comunicaciones estaban en los todoterrenos, y estos no funcionan aquí.

—Bueno —dijo Dloan—, técnicamente sí funcionan, pero las llamadas se transfieren a la Franquicia de Seguridad, así que vendrían a investigar la fuente.

—Sí, Dloan —dijo Sharrow—. Gracias.

—Yo podría hacerle señales al submarino —dijo Feril. Se dio un golpecito en el pecho—. Tengo un comunicador; no es de largo alcance, pero no tengo que utilizar frecuencias de teléfono. Podría comunicarme con el submarino si se acerca a unos cuantos kilómetros, aunque esté bajo el agua.

—¿Podrías ponerte en contacto con él ahora? —le preguntó Miz.

—Sospecho que no —admitió el androide.

—¿Y qué hay de los solipsistas? —preguntó Dloan—. Quizá no se hayan dado cuenta de quiénes somos.

—Miró a Sharrow—. Podríamos intentar llamarles por radio. Ella sacudió la cabeza.

—Por alguna razón, creo que saben exactamente quiénes somos —dijo ella—. De todos modos, no merece la pena romper el silencio.

—Oh, vamos —dijo Miz mientras azuzaba el fuego con una rama—. La gente de la Franquicia no puede haberse perdido el espectáculo. —Asintió en dirección a los todoterrenos destrozados, que ardían sin llama en la orilla, a unos cien metros, detrás de los árboles—. Probablemente estén de camino para recogerlos.

—Claro que puede que prefieran lanzarnos una bomba nuclear —dijo Dloan. Sharrow lo miró con furia.

—Entonces, ¿vamos a pie hasta lo que haya al extremo del fiordo o qué? —preguntó Zefla. Sharrow asintió.

—Será mejor que lo hagamos, o Elson y sus chicos llegarán antes que nosotros.

Sacó de la mochila los dos indicadores de la moto.

—Todavía señalan hacia allí; el rango se ha reducido a unos cien clicks. Si los mapas estaba bien y estas cosas son precisas, lo que señalan está en la punta del fiordo. —Guardó los indicadores—. O estaba.

—Qué pena que hayamos perdido los mapas —dijo Dloan mientras flexionaba la pierna.

—Bueno, lo cierto —dijo Feril mientras alargaba a una mano con indecisión— es que he memorizado el mapa de la zona.

—¿Ah, sí? —Miz miró al androide con escepticismo—. Entonces, ¿cuánta distancia hay hasta el extremo del fiordo?

—Yendo por la costa, aproximadamente ochenta y nueve kilómetros —les dijo el androide—. Aunque hay un par de ríos bastante grandes que habría que vadear.

—Dos días de ida y dos de vuelta —dijo Dloan.

—Si me permitís —comenzó el androide. Lo miraron—. Quizá pueda llegar allí y volver en unas veinte horas. —Miró a su alrededor y después se encogió de hombros, casi con modestia.

—Entonces Feril podría adelantarse para explorar —dijo Zefla—. Pero ¿qué hacemos cuando los demás lleguemos allí?

—Si encontramos la Pistola Vaga —dijo Sharrow—, solo tenemos que llamar por teléfono. Cuando las fuerzas de la Franquicia vengan a investigar, les quitamos el medio de transporte que traigan; un avión, probablemente.

—¿Así, sin más? —preguntó Zefla.

—Tendremos la Pistola Vaga —dijo Miz con una sonrisa.

—¿Y si la Pistola no está ahí? —preguntó Feril.

Sharrow miró al androide.

—Entonces tendremos que pensar otra cosa.

—Cogió un trozo de rama y la tiró al humeante corazón del fuego.

Se mantuvieron cerca de los árboles, todo lo lejos posible de la costa, a unos diez metros. El interior del bosque estaba muy tranquilo. El único ruido que oyeron en aquellas primeras horas, mientras la luz de principios de invierno se apagaba poco a poco a su alrededor, fue el del agua que corría por los empinados arroyos salpicados de rocas que cruzaban, y el sonido de las ramas y ramitas que se rompían bajo sus pies.

El suelo del bosque estaba cubierto de árboles viejos y troncos podridos; los árboles estaban inclinados en distintos ángulos, lo que creaba enredos que tenían que rodear. Los claros abiertos por los árboles caídos estaban erizados de nuevos crecimientos y les permitían ver retazos de cielo gris y oscuro.

—Está un poco desorganizado, ¿no? —le comentó Miz a Sharrow, mientras se agachaba bajo un tronco caído, sostenido sobre el suelo por los árboles inclinados que tenía cerca—. Pensaba que los bosques eran solo troncos y agradables alfombras de suave... ¡mierda! —La capucha de su chaqueta se enganchó en una rama y casi lo levantó en volandas. La soltó y miró furioso a Sharrow antes de seguir hablando—. Troncos y una agradable alfombra de suaves agujas.

Ella se agachó bajo el tronco.

—Eso es en las plantaciones, Miz —le dijo—. Esto es el bosque; el de verdad.

—Bueno, pues está muy desordenado, joder —dijo él mientras se sacudía la madera podrida de la capucha de la chaqueta—. Es como si estuviéramos en la puta Entraxrln. —Miró a su alrededor—. De todos modos, habríamos tenido muchos problemas para meter aquí los todoterrenos; puede que hubiéramos tenido que quedarnos en la orilla, con o sin satélites. —Se resbaló con una raíz escondida en la capa de agujas y ramas caídas del suelo, y se tambaleó. Sacudió la cabeza—. Putos solipsistas.

Sharrow sonrió.

Acamparon cuando la luz fue demasiado escasa para ver bien; tenían dos juegos de gafas con visión nocturna, pero dos personas se hubieran quedado sin ellas y no podrían haber viajado muy rápido. De todos modos, estaban cansados tras solo un par de horas de caminata; encontraron una zona llana junto a un arroyo, escondido del otro lado del fiordo gracias a la orilla, y decidieron parar allí.

Sharrow cambió el vendaje de su mano cortada. Dloan averiguó cómo montar la delgada tienda de emergencia. Zefla fue a buscar leña para hacer un fuego. Miz se sentó en una piedra y comenzó a desatarse los cordones de las botas. Tenía los pies rozados; había cojeado la última media hora.

Feril puso leña junto al círculo de piedras que había colocado y después intentó ayudar a Dloan con la tienda, hasta que el hombre lo ahuyentó. Se acercó a Miz y se acuclilló junto a él.

—Malditas botas —dijo Miz mientras intentaba desatar los cordones. Parecían haberse apretado más después de mojarse. Había creído que las botas tenían una pinta muy chula en la tienda de Bahía Beagh; macizas, duras y muy de aire libre, de piel y con cordones de verdad, como algo sacado de una fotografía antigua; pero en aquellos momentos empezaba a desear haberse comprado un par más moderno, con añadidos de espuma con memoria, elementos calefactores y hebillas de apertura rápida. Por supuesto, no había escogido aquellas botas pensando en que tendría que andar de verdad con ellas.

—Supongo que tú no tendrás este problema —gruñó Miz, y miró al androide mientras tiraba de los cordones.

—La verdad es que no —dijo Feril—. Aunque sí tengo almohadillas en los pies que necesito cambiar cada varios años. —Se miró los pies.

—Qué puto lugar olvidado de la mano del destino —jadeó Miz mientras miraba a su alrededor, hacia los oscuros recintos de árboles. Feril también miró a su alrededor.

—Bueno, no lo sé —dijo—. Yo creo que es bastante bonito.

—Ya —dijo Miz mientras intentaba desenredar un cordón que estaba bajo otro—. Bueno, quizá tú veas las cosas de forma distinta.

—Sí —dijo el androide—. Supongo que sí. —Observó cómo Zefla soltaba una carga de madera en el suelo junto al fuego y cómo amontonaba algunos trozos en el

centro del círculo de piedra. Usó su pistola láser en baja potencia y haz ancho para secar y después encender las ramas; empezaron a quemarse formando mucho humo.

—Oye —le dijo Miz al androide, con aspecto avergonzado—. Se me están enfriando los pies. ¿Podrías echarme una mano? Feril no dijo nada antes de arrodillarse delante de Miz y desatarle los cordones.

Se sentaron alrededor del fuego en la negra oscuridad de un profundo bosque, bajo unas espesas nubes, a cuatrocientos kilómetros de la huella de espejo de luz solar, la farola o el faro más cercanos. Masticaron sus raciones militares de emergencia. Tenían suficiente para, quizá, un par de días más.

—Cazaremos algo mañana —dijo Miz mientras mascaba una tableta de comida y miraba a los demás, cuyas caras parecían moverse de forma extraña a la parpadeante luz naranja de la hoguera. Asintió—. Mañana abatiremos algo grande y tendremos un asado de verdad, carne de verdad.

—Puaj —dijo Zefla.

—Por ahora no hemos visto nada de nada —le dijo Sharrow.

—Ya —dijo Miz meneando la tableta de comida a medio masticar delante de ella—. Pero tiene que haber todo tipo de presas de gran tamaño en estas montañas. Encontraremos algo.

—Perdonadme —dijo Feril desde lo alto de la orilla del río, a un par de metros por encima de ellos. Su cara de metal y plástico los miró desde arriba, reluciente a la luz del fuego. Se había presentado voluntario para vigilar mientras comían.

—¿Sí, Feril? —le preguntó Sharrow.

—Algo que parece ser un bote inflable acaba de dejar la otra orilla; viene en esta dirección.

Dloan cogió la metralleta y se levantó. Se puso un par de gafas de visión nocturna.

—¿A qué distancia está? —le preguntó Sharrow.

—A unos cien metros de la otra orilla —contestó Feril.

—Vamos a echar un vistazo —dijo Sharrow.

Bajaron en grupo hasta los árboles que daban a la orilla. Dloan guiaba a Zefla y Sharrow guiaba a Miz, que tropezó un par de veces al pisarse los cordones. Se tumbaron en el suelo; con los visores nocturnos en infrarrojo, Sharrow y Dloan podían ver la firma de calor de la gente del bote.

Dloan encontró un canto rodado y apoyó en él la metralleta, con el cañón apuntando casi a cuarenta y cinco grados.

—Deben estar más o menos a tiro —dijo—. Será mejor que retrocedáis —le dijo a los otros—, por si tienen algo con lo que trazar esto.

Retrocedieron un poco entre los árboles.

Dloan disparó una docena de cartuchos y llenó la noche de luz y sonido; Sharrow

tuvo que apagar las gafas debido al brillo de los disparos. No había trazadores en los cartuchos pero, cuando volvió a mirar, pudo ver con las gafas las diminutas chispas de las balas hasta casi la mitad del camino en arco que trazaban sobre el fiordo. Al enfriarse, desaparecían.

—Justo por encima de ellos y a la izquierda —gritó Feril.

Dloan ajustó la puntería y volvió a disparar. Oyeron el sonido de la pistola rebotar en las montañas y precipicios lejanos. Un repiqueteo y un ruido cortante anunciaron que Dloan estaba cambiando el cargador.

—Todavía un poco a la izquierda —le dijo Feril.

Dloan volvió a disparar. Sharrow no vio ningún cambio en la imagen borrosa del visor.

—¡Sí! —exclamó Feril.

Dloan hizo una pausa y disparó de nuevo.

—¡Derecha! ¡A la derecha! —gritó Feril mientras Dloan disparaba. La metralleta quedó en silencio.

—Creo que tienen dificultades —dijo Feril.

Sharrow observó cómo cambiaba la imagen brumosa de las gafas; se hacía más pequeña y, finalmente, al cabo de un minuto, se redujo a la sombra de unas diminutas fuentes de calor en el agua.

—Su embarcación se ha hundido —anunció Feril—. Parece que vuelven nadando a la orilla.

—Buen disparo, otra vez —le dijo Sharrow a Dloan.

—Hmm —dijo él, con tono de sentirse satisfecho.

Se acercó a ellos desde la orilla. Sharrow se dio la vuelta para marcharse cuando Dloan los pasaba, y entonces vio al androide con la vista todavía fija en el otro lado del fiordo. Se puso las gafas, pero solo le mostraban los mismos puntos de calor indefinidos en el revoltijo gris de las frías aguas del fiordo.

Observó unos momentos al androide. No pareció darse cuenta.

—¿Feril? —dijo Sharrow. Él se volvió.

—¿Sí?

—¿Qué pasa? —le preguntó. Miz hizo un ruidito de disgusto y le cogió la mano a Zefla, para seguirla a ella, que a su vez seguía a Dloan de vuelta al campamento.

—Oh —dijo el androide tras una brevísima pausa. Volvió a mirar el agua oscura—. Solo estaba pensando; dado que habría unas ocho o nueve personas en el bote, y que solo siete están nadando hacia la costa, y que lo que parecen ser un par de cuerpos están flotando donde se hundió el bote... —Se dio la vuelta para mirarla a la cara... creo que acabo de colaborar en un asesinato; dos asesinatos, quizá.

Ella se quedó en silencio. El androide volvió a mirar el agua, y después a ella.

—¿Y cómo te sientes? —le preguntó ella. Él se encogió de hombros.

—Todavía no estoy seguro —dijo, al parecer perplejo—. Tendré que pensar sobre ello. Ella examinó su imagen en las gafas. A aquella distancia, la gente parecía brillar

vital, llamativa y obvia al mirarla con las gafas de visión nocturna. El androide era un vago bosquejo de luz en comparación, el cuerpo solo estaba un poco más caliente que lo que lo rodeaba.

—Lo siento —le dijo ella al fin.

—¿El qué? —le preguntó el androide.

—Haberte metido en todo esto.

—Me encantó que me lo pidieras —le recordó él.

—Lo sé —dijo ella—. Aún así.

—Por favor, no lo sientas —le dijo el androide—. Todo esto es... extremadamente interesante para mí. Estoy grabando mucho de lo que ha sucedido recientemente a saturación máxima, para poder reproducirlo, disfrutarlo y analizarlo después. No suelo tener muchas oportunidades para hacerlo. Es una novedad. Me estoy divirtiendo. —Hizo un gesto humano con las manos, las levantó brevemente, con las palmas hacia arriba, desde los costados.

—Diversión —dijo ella con una pequeña sonrisa.

—En cierto modo —dijo Feril.

Ella sacudió la cabeza y miró la débil y filtrada calidez del suelo del bosque.

—¿Debo hacer mi expedición de reconocimiento? —preguntó el androide—. ¿Debo ir a la cabeza del fiordo?

—Todavía no —le dijo ella. Se dio la vuelta para mirar la débil y casi transparente firma de la columna de humo de su hoguera, a treinta metros de ellos, en el interior del bosque—. Me gustaría que vigilaras esta noche, si no te importa.

—Claro que no —dijo Feril. Se dio la vuelta para volver a mirar el fiordo—. Te preocupa que haya otro bote y que intenten repetir el ataque que acabamos de frustrar.

—Exactamente —sonrió—. Has hablado como uno del equipo. —Se rio un poco—. Bueno, más o menos.

Feril retrocedió un poco.

—Gracias —dijo. Asintió en dirección a la cuesta—. Vigilaré desde allí, para poder ver el fiordo y los alrededores.

Fueron hasta allí. El androide se volvió y se puso en cuclillas en el punto que determinó como el de mejor vista.

—Ajá —dijo.

Ella miró también.

Había dos hogueras ardiendo al otro lado del fiordo; dos diminutas motas amarillo fuerte vibraban en la oscuridad granulada. Al quitarse las gafas podía seguir viéndolas por el rabillo del ojo.

Se las volvió a poner.

—Han avanzado más que nosotros —dijo Sharrow.

—Unos tres kilómetros —dijo Feril.

—Hmm —dijo ella. Todavía tenemos otro misil infrarrojo. Podríamos enviarles un desagradable regalo de buenas noches.

—Claro —dijo Feril—. Aunque podrían ser señuelos.

Ella observó las hogueras distantes.

—¿Cuánto les queda para llegar al final del fiordo?

—Ciento nueve kilómetros —dijo Feril—. Hay dos pequeños fiordos que salen del principal por su lado.

—Aunque probablemente todavía tengan un bote inflable.

—Sí; podrían usarlo para cruzar las bocas de los fiordos laterales, aunque podrían ser vulnerables a un ataque con la metralleta.

—Hmm —dijo ella, y bostezó—. Bueno. Es hora de irse a la cama para mí. — Sharrow miró la hondonada donde estaba la pequeña tienda inflable. Se suponía que era cómoda para dos personas y que podría albergar a tres bien apretadas. Solo valía para cuatro si todos se llevaban pero que muy bien.

—Ah —dijo ella—. ¿Te gustaría tener una pistola mientras montas guardia?

—Creo que no —Feril la vio bostezar de nuevo—. Buenas noches, lady Sharrow —le dijo. Sonaba muy formal.

—Buenas noches —le respondió ella.

Cenuij estaba sentado en el camión ardiendo, parecía hosco y suspiraba mucho. Las llamas y la munición que explotaba no parecían dañarlo. Estaba acunando entre los brazos algo envuelto en un chal. Ella reconoció el chal; era uno de los chales de nacimiento de su familia. A ella lo habían envuelto en uno cuando era un bebé, al igual que a su madre, y a la suya antes que a ella... Se preguntaba de dónde lo habría sacado Cenuij y le preocupaba que el bebé que había dentro del chal se quemara con las llamas del camión.

Le gritó a Cenuij, pero él no parecía oírla.

Cuando intentaba rodear el camión para mirar el interior del chal y ver quién era el bebé, Cenuij se movía también, giraba y se agachaba para esconder al niño con el hombro.

Ella le tiró algo; le rebotó en la cabeza y Cenuij se dio la vuelta, enfadado; le tiró el chal y lo que había dentro, y ella alargó los brazos para cogerlo, mientras el chal se abría para dejar al descubierto el fardo volador y caer en las llamas. Lo que ella cogió al vuelo era la Pistola Vaga.

El chal ardía con fuerza entre los escombros; después se elevó y voló descarado por el cielo, como un pájaro herido de láser. Ella acunó la Pistola en los brazos y le cantó en voz baja.

Se despertó con el olor rancio, medio repelente y medio consolador, que desprenden los cuerpos humanos. Se sentó y el sueño se desvaneció de su memoria. Se sentía rígida y cansada; el suelo, en apariencia suave bajo la tienda, escondía

rocas, raíces o algo que hacía que tumbarse resultara incómodo, independientemente de la postura. Al girarse se despertaba y (estrajada entre los demás, que dormían igual de mal) probablemente los hubiera despertado también a ellos, igual que ellos a ella. Tenía frío en la parte que daba al lateral de la tienda; la única manta que tenían para todos había desaparecido de su lado al inicio de la noche. Se hizo una nota mental para aceptar la próxima vez la oferta de los chicos de quedarse con los dos sitios exteriores. La herida cubierta de esparadrapo que tenía en la mano le latía con un dolor sordo.

Trepó sobre los otros y abrió la tienda, para encontrarse con una mañana helada y con el sonido del viento que rugía sobre las copas de los árboles. Se estiró y gruñó con hambre y preguntándose qué demonios iban a usar como papel higiénico. Feril la saludó desde su puesto en lo alto de la orilla.

Se cambió la venda de la mano y se echó más antiséptico, consciente de que estaba gastando los suministros del equipo médico más rápido de lo que hubiese querido.

Pareció llevarles un buen rato levantarse a todos y prepararse para salir; tenía la deprimente impresión de que los solipsistas, a pesar de toda su excentricidad marcial, se habrían levantado al alba y ya llevarían un buen rato de marcha; ella los imaginaba cantando canciones militares y tocando tambores.

Por fin dejaron el campamento y avanzaron por el bosque bajo las copas oscilantes y rugientes de los árboles. Les sonaba la barriga. El desayuno había consistido en un cuarto de tableta de comida cada uno; les quedaban siete de aquellas barras sosas, aunque alimenticias.

El fiordo era una extensión gris agitada por el viento y a veces salpicada de blanco que se encontraba al otro lado de los oscuros árboles, a su derecha.

Caminaban por el día. Una vez llovió durante una hora, y las gotas ligeras y rotas los salpicaban a través de los claros de la capa de árboles. Miz quiso parar y buscar cobijo, pero siguieron avanzando. Caminaron por turnos cerca del borde de los árboles, sin dejar de observar la orilla lejana, pero no vieron nada. Habían avistado algunos pájaros, atisbado movimiento en las ramas más altas de los árboles y oído muchos crujidos rápidos y diminutos entre la maleza, pero no habían encontrado ningún animal grande.

El almuerzo consistió en media tableta para cada uno y en toda el agua helada del arroyo que sus estómagos pudieran resistir. Tenían que beber con las manos; Sharrow sintió que se le quedaban dormidas tras la segunda vez. Para cuando terminó de beber, lo único que podía sentir era el corte de la mano izquierda, todavía palpitante.

El androide se sentó paciente junto al arroyo. Zefla estaba en la orilla; Dloan había desaparecido en el bosque, y Miz estaba sentado en una raíz expuesta intentando volver a atarse las botas entre gruñidos.

Sharrow se sentó junto al androide. Le dolían los pies.

—¿Cuánto hemos recorrido hasta ahora, Feril?

—Diecisiete kilómetros —contestó él.

—Solo quedan setenta —dijo ella, cansada—. Demasiado lento. ¿Cuánto tardarías en llegar al final del fiordo y volver desde aquí?

—Estimo que unas dieciséis horas —contestó Feril.

Ella se quedó allí sentada, hambrienta y sucia; le picaba el cuerpo y tenía los pies rozados, la herida de la mano le molestaba como un dolor de dientes. El androide tenía el mismo aspecto de siempre; delicado y poderoso a la vez, suave y duro. Tenía unas cuantas agujas de árbol pegadas en la parte inferior de las piernas pero, aparte de eso, su piel de metal y plástico parecía imaculada.

—Si vas —dijo ella—, será mejor que te lleves una pistola.

—Si crees que debo hacerlo, lo haré.

—Creo que debes.

—¿Haréis guardia vosotros mismos esta noche?

—Montaremos algún tipo de turnos.

Les contó a los demás que Feril se iba a adelantar. Miz era reacio a dejarle una pistola y pensaba que era peligroso darle también al androide los indicadores, pero todos lo acordaron.

—Ten mucho cuidado —le dijo Sharrow al androide mientras le entregaba los indicadores—. No sabemos lo que hay ahí arriba pero, sea lo que sea, probablemente esté bien guardado.

—Sí —dijo Miz—. Las viejas automáticas pueden llegar a tener el gatillo fácil.

—Tendré cuidado, creedme —dijo el androide.

Sharrow le puso la mano buena en el hombro. El metal cubierto de plástico estaba frío al tacto.

—Buena suerte.

—Gracias —respondió Feril—. Os veré mañana. —Se dio la vuelta y se marchó, con los indicadores y una pequeña pistola láser agarrados al pecho. Corría con rapidez y elegancia entre los troncos de los árboles, y las almohadillas pálidas de los pies relucían con un brillo apagado en la penumbra del bosque. Desapareció.

—Espero que podamos confiar en esa cosa —dijo Miz.

—Podría habernos asesinado a todos mientras dormíamos anoche, si hubiera querido —le dijo Zefla.

—Pero no es tan fácil, ¿verdad? —dijo Miz mirando a Sharrow, que se encogió de hombros.

—Se ha hecho mucho más fácil desde que destruyeron los vehículos —dijo ella—. Veamos qué encuentra Feril allí arriba.

—Si vuelve —dijo Miz mientras cogía la pequeña mochila.

—Ay, deja de quejarte —le dijo Sharrow; se giró para seguir al androide—. Vamos.

Se quedó dormida durante su guardia aquella noche, y tuvo un sueño de fuego y muerte en el que ella y Cenuij caminaban de la mano a través de una oscuridad en terrible silencio; al despertar se encontró con truenos y el parpadeo de los relámpagos entre las nubes y cimas del otro lado del fiordo.

La lluvia fría, que en su sueño había sido sangre caliente, le salpicó la cara. El árbol en el que estaba apoyada crujió y gruñó al viento, fuerte y furioso en la capa de más arriba.

Tembló y se puso de pie, rígida y dolorida. Un dolor de cabeza le latía sordo sobre los ojos. Miró a su alrededor para ver si todo iba bien. El fiordo era una superficie escabrosa y azotada por el viento, visible entre los troncos de los árboles. Al menos, el tiempo hacía poco probable que los solipsistas volvieran a atacarlos desde el agua.

La tienda, detrás de ella en un pequeño declive del terreno, brillaba con una calidez suave y envolvente. Miró la hora en el visor nocturno. Todavía quedaba una hora para poder despertar a Miz y reclamar su espacio entre los otros dos durmientes.

Caminó un poco para intentar mantenerse despierta y caliente. La mano hinchada le enviaba mensajes regulares de dolor por el brazo. La lluvia daba tumbos entre las ramas en grandes gotas, y hacía plaf al caerle en la gorra y en los hombros mojándole la cara. El mono de camuflaje era impermeable, pero algunas gotas le habían resbalado por el cuello, quizá mientras dormía; podía sentir las insinuar su camino por la espalda y entre los pechos, con una intimidad fría e incómoda.

Se sentó en un tronco caído, con la vista puesta en la superficie del fiordo, agitada por el agua, y escuchó cómo las ráfagas de viento salían de la noche oscura y nublada. La lluvia amainó un rato y reveló los detalles del otro lado del fiordo, de modo que pudo ver el lugar donde habían ardido las hogueras de los solipsistas aquella noche. Aquel par de intensas motas había brillado toda la noche como ojos hoscos desde las profundidades de un antiguo mito y, a pesar de que la orilla por la que viajaban los solipsistas parecía más accidentada y mellada que la suya, las hogueras de los otros brillaban más adelante.

Una gran ráfaga de viento sacudió los árboles sobre ella y soltó unas gotas que le cayeron en la cara. Se las limpió de las lentes de las gafas con la palma de la mano buena.

En el lugar en el que habían ardido los fuegos gemelos de los solipsistas, recortados sobre la oscura alfombra inclinada de bosque, solo quedaba una débil imagen; la última memoria moribunda de la calidez en la ruidosa noche, como si uno de aquellos ojos se cerrara lentamente, sin vida dentro de él.

Observó aquella imagen borrosa e incierta, y (a pesar de que era el producto y el símbolo de la gente que, sin ninguna buena razón aparente, se había convertido en el enemigo) deseó que aquella memoria distante de ascuas prevaleciera frente al frío que se filtraba y hacía que le castañetearan los dientes y le temblara el cuerpo, y

frente a las leyes que gobernaban el universo, el mundo y todas las cosas y los cuerpos dentro de él; las leyes de la decadencia, el consumo, el agotamiento y la muerte.

Entonces volvió la lluvia y se abrió paso por el fiordo en altas sábanas, y en aquel barrido intruso extinguió, si no las mismas ascuas moribundas, sí la imagen proyectada de aquel fuego en sus ojos.

Un corto paseo

—Pero ¿cómo es él?

—Bueno... atractivo, supongo.

—¿Cómo? ¿Alto, moreno y guapo? ¿Cachas?

—Todo lo anterior. Bueno, quizá no esté cachas... Pero no es eso; es su... forma de conducirse. Cuando lo oyes, parece algo entre la filosofía y la política y, aunque no estés de acuerdo con lo que dice, no puedes evitar sentirte impresionada por la forma en la que lo dice. Es como si supiera incluso más de lo que está diciendo, como si lo supiera todo, pero necesitara realmente tu aprobación, tu consentimiento, para hacerlo realidad, y tú no tuvieras más remedio que dárselo. Te sientes halagada, privilegiada... seducida.

»Parece como si allí hubiera una gran organización, aunque algo indefinida; algo que hubiera crecido de forma orgánica a su alrededor. Y aunque la mayoría de las personas que vi eran jóvenes, había también mucha gente mayor, y me dio la impresión de que le hablaba al sistema del Fantasma; o quizá al de más allá. Pero era simplemente una persona asombrosa.

—Es obvio —dijo Zefla con una sonrisa mientras caminaban.

Hacía frío. El tiempo había cambiado justo antes de amanecer, las pesadas nubes de lluvia se habían alejado por un cielo helado y claro, que repartía luz de luna y de chatarra espacial sobre las montañas boscosas del fiordo y las cubría de una plata silenciosa. Después salió Thrial y proyectó un rico brillo, como de oro rosa, sobre el fiordo.

Después de un desayuno de dimensiones miserables que los había dejado a todos hambrientos y con un solo cuarto de tableta para cada uno, Miz y Dloan habían decidido hacer un esfuerzo serio por matar algo comestible para el almuerzo. Los dos hombres habían subido colina arriba cuando levantaron el campamento por la mañana, y esperaban encontrar caza en la parte más alta del bosque.

Sharrow y Zefla caminaban por parches de escarcha y charcos cubiertos de una crujiente capa de hielo delgado y claro como el cristal. Su aliento formaba nubes en el aire.

Sharrow se sentía atontada, difusa y algo entumecida; seguía temblando, aunque realmente no sentía frío. Se lo achacó a la falta de comida. Le avergonzaba ver lo mimada que se había vuelto; no se había dado cuenta de lo mucho que significaban para ella las cosas simples, como el papel higiénico y un cepillo de dientes, y se sentía humillada al pensar en lo mucho que su ausencia podía importarle.

La mano le palpitaba con un dolor sordo debajo del guante; se había tomado algunos analgésicos. No había cambiado la venda aquella mañana, porque la mano se le había hinchado demasiado durante la noche y le había dolido mucho al intentar sacarse el guante. Había decidido dejarla estar; quizá se pusiera mejor por sus propios medios.

—Probablemente acabe como uno de esos sórdidos líderes de cultos —dijo Zefla después de un rato, mientras avanzaban con dificultad por un área desnuda del bosque, en la que un incendio había dejado a miles de troncos de árboles de pie y sin hojas, postes negros ya rodeados de árboles más jóvenes y esbeltos, que se abrían paso a la fuerza hacia el cielo—. Ya sabes, impulsará cualquier mezcolanza rara de chorradas más que trilladas y vivirá en un palacio, mientras sus seguidores duermen por turnos, hacen la calle, y te dedican enormes sonrisas monótonas cuando les dices dónde pueden meterse sus folletos.

—No —dijo Sharrow, y sacudió la cabeza (y se sintió mareada al hacerlo, por lo que tropezó con una rama ennegrecida cubierta de blanco)—. No, no lo creo. No creo que sea eso lo que le va a pasar a ese chico, en absoluto.

Zefla la miró mientras andaban, con cara de preocupación.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—¡Hambrienta! —se rio Sharrow. Asintió para sí, respiró hondo el aire helado y miró la extensión de cielo azul sobre sus cabezas—. ¿Y tú?

—Nunca he estado mejor —dijo Zefla mientras se rascaba el pelo recogido para calmar el picor del cuero cabelludo—. Pero no me vendría mal una ducha. —Le echó otro vistazo a Sharrow cuando la vio volver a tropezar—. Quizá deberíamos parar otra vez dentro de un rato.

—Sí —dijo Sharrow tras sacudir un poco la cabeza, como si intentara aclarársela—. ¿Por qué no?

Caminaron penosamente entre los árboles jóvenes y los muertos quemados.

Sharrow y Zefla se detuvieron en un pequeño claro cerca de la orilla para comerse lo que les quedaba de comida, y después esperaron a que Miz y Dloan se unieran a ellas. Sharrow siguió negando que le pasara nada, y después se quedó dormida, apoyada en un tronco de árbol. Zefla estaba preocupada; pensaba que Sharrow parecía enferma. La cara gris y hundida se movió con un tic nervioso mientras Zefla la observaba, y los labios se agitaron.

Zefla miró las laderas de las montañas. Le sorprendía no haber escuchado ningún disparo. Dejó a Sharrow durmiendo y bajó a la playa de guijarros. Puso allí la pequeña mochila para que Miz y Dloan no las pasaran de largo. Después volvió a sentarse con Sharrow.

Los hombres llegaron una hora más tarde. Los dos cojeaban; Dloan por la bala que había recibido la noche de la muerte de Cenuij, y Miz por la combinación de

botas duras y pies blandos.

Llegaron con las manos vacías. Zefla pensaba que traían algo, pero no era más que la mochila que había dejado en la playa. Habían disparado a unos cuantos pájaros con las pistolas láser y habían matado a uno; pero, cuando llegaron hasta él, estaba cubierto de parásitos y habían pensado que no merecía la pena comérselo. Seguían sin ver ningún animal grande, aunque habían oído impresionantes ruidos más arriba.

—Peces —dijo Miz mientras él y Dloan le daban bocados a la última de sus tabletas, y Sharrow los miraba adormilada, con el ceño fruncido y restregándose el guante izquierdo—. Pescaremos algo. —Sonrió a los otros—. Peces; comeremos pescado esta noche. —Le dio un golpecito al bolsillo de su elegante chaqueta de cazador, en la que llevaba el equipo de pesca.

Oyeron algo que parecían tiros justo cuando se disponían a seguir avanzando; un traqueteo amortiguado por la distancia que parecía venir de más adelante, en la dirección en la que iban.

Corrieron hasta la orilla y se quedaron allí, mirando al fiordo.

—Mierda —dijo Miz—. Me pregunto qué significa.

Nadie sugirió nada.

Llevaban andando una hora, cuando vieron a Feril correr hacia ellos a través de los árboles.

—Bienvenido —le dijo Zefla. Sharrow se quedó allí de pie, sonriendo al androide.

—Gracias —dijo Feril. Todavía tenía los indicadores y el láser que le habían dado; se los entregó a Zefla.

—¿Y? —le preguntó Miz.

—He estado en el extremo del fiordo —comenzó a decir el androide.

—Caminemos y escuchemos al mismo tiempo, ¿vale? —dijo Zefla. Siguieron andando; Feril caminaba de espaldas delante de ellos, sin tropezar ni una sola vez, lo que resultaba desconcertante, aunque también bastante impresionante.

—El terreno entre este punto y el extremo del fiordo —le dijo a los demás— es similar a lo que ya habéis atravesado. Hay que cruzar dos arroyos bastante grandes, uno de los cuales tiene un árbol caído que lo atraviesa, con lo cual es bastante fácil; el segundo es más difícil y hay que vadearlo. Hay un lugar en el que tendremos que cruzar una playa muy expuesta a tan solo un kilómetro del otro lado, o dar un rodeo de cuatro o cinco kilómetros para esquivar unos acantilados.

—¿Qué hiciste tú? —le preguntó Zefla.

—En el viaje de ida —le dijo Feril— crucé la playa sin incidentes; en el de vuelta, comencé a cruzar la playa de nuevo. Pero entonces empezaron a dispararme. —La parte superior de su cuerpo dio un cuarto de giro para mostrar el roce de una bala en un hombro. Siguió andando—. Devolví los disparos con la pistola láser, pero

después decidí que mi posición estaba demasiado expuesta, así que entré en el agua. Completé esa parte del viaje arrastrándome justo bajo la superficie del fiordo.

Zefla sonrió. Miz sacudió la cabeza. Dloan parecía vagamente impresionado. Sharrow se limitó a parpadear y decir:

—Hmm.

—¿Dónde está la playa? —le preguntó Dloan.

—A unos diez kilómetros de aquí.

Dloan asintió.

—Oímos los disparos.

—Entonces, ¿tanta ventaja nos llevan? —dijo Zefla.

—Creo que solo han dejado un francotirador en el punto frente a la playa —dijo Feril—. Creo que vi el grueso de los solipsistas antes, a unos tres kilómetros más abajo del fiordo; estaban cruzando la boca de un fiordo lateral en un bote inflable. Intenté disparar al bote, pero el alcance era de unos cuatro kilómetros, y no pude observar ningún efecto.

Dloan sacudió la cabeza con comprensión.

—Entonces —dijo Miz—, ¿qué podemos esperar, aparte de encontrar allí primero a los solipsistas?

—No hay ningún obstáculo importante después de la playa que he mencionado, aunque hay que escalar una pequeña colina y evitar un acantilado que baja vertical hasta el agua. El final del fiordo tiene muchas islas y rocas pequeñas al llegar a unos diez kilómetros de la cabeza; creo que por eso el barco volador no aterrizó de inmediato. El final del fiordo es bastante repentino; no hay ninguna estrechez significativa, solo las islas y después una extensión casi recta de orilla frente a una llanura pantanosa, que parece el resultado de un reacondicionamiento de tierra.

»Creo que la Pistola está en una torre de piedra. La torre tiene unos quince metros de altura y siete metros de diámetro, y está rematada por una cúpula negra hemisférica de una substancia sin determinar. Está en el centro de una plaza de piedra de unos quince metros de lado; la plaza tiene una pared circular de medio metro de alto, que toca el punto medio de cada borde de la plaza, con un poste de piedra de un metro en cada esquina. Un pequeño delta se forma en el límite más alejado de la plaza; en este lado hay un campo de altos juncos.

»La torre de piedra está rodeada de numerosos cadáveres humanos, trozos de equipos y escombros; casi todos están dentro del muro de piedra circular. A juzgar por el estado de descomposición, diría que algunos de los cadáveres y escombros llevan ahí varias décadas. Los cuerpos cercanos más recientes parecen ser los de dos jóvenes que deben de ser solipsistas, a juzgar por el uniforme. Ambos cadáveres estaban unidos a unos paracaídas; uno yacía apoyado en el interior del muro circular, con el paracaídas enganchado en un pequeño árbol justo fuera de la plaza; el otro paracaidista parecía haber sido arrastrado cierta distancia a través de los juncos antes de que lo detuvieran las rocas, y pude determinar que lo había matado algún

dispositivo láser que le había cortado la cabeza. También le había dejado un agujero en el pecho y otro en la ingle, y el tamaño del agujero coincidía con un haz de sesenta milímetros. Deduje que la cúpula de la torre albergaba dicho dispositivo, quizá junto con el equipo de detección y seguimiento concomitante que debe necesitar.

—Una deducción asombrosa —murmuró Miz. Miró a Sharrow, pero ella no parecía haberlo oído.

—Me di cuenta —siguió Feril— de que los pocos pájaros que sobrevolaban el área se mantenían alejados de la torre, aunque había algunos cadáveres de aves de distintas especies repartidos a su alrededor, junto con los de numerosos animales de pequeño tamaño. Los insectos parecen ser tolerados. Realicé un breve experimento con trozos de madera, y descubrí que cualquier cosa que se mueva en un radio de veinticinco metros del centro de la torre con un área frontal de más de dos centímetros cuadrados será atacado por las defensas de la torre. Creo que se trata de un potente rayo X, aunque el haz empleado en los trozos de madera que tiré en la zona era bastante más pequeño que el que mató a los dos paracaidistas solipsistas. También me di cuenta de que cuando el paracaidista muerto que estaba apoyado en el muro se movía (cuando una ráfaga de viento movía el paracaídas), el haz que lo golpeaba era estrecho y amortiguado, y uno de las muchas docenas que parecían haberle acertado después de su muerte, mientras se supone que estaba en el mismo estado de movilidad mórbida.

—Bueno —dijo Sharrow—. Parecen ser buenas y malas noticias. —Parecía distraída y hacía muecas mientras se restregaba el guante izquierdo—. Supongamos que lo que hay en la torre está... intacto, pero...

—Pero ¿cómo demonios vamos a entrar si nadie ha podido hacerlo hasta ahora? —preguntó Miz mientras le daba una patada a una raíz podrida.

—Ah —dijo el androide. Levantó un dedo—. Mencioné los postes de piedra en cada esquina de la plaza.

—¿Y? —preguntó Zefla.

—Bajo la cubierta de la parte superior de cada poste —dijo Feril— hay una placa con una cerradura de mano; un dispositivo de seguridad con forma de una mano con dos pulgares. Por su construcción, diría que la diseñaron para reaccionar ante algún patrón químico o genético, y no ante una huella normal. Al menos dos de los postes parecen estar en funcionamiento, aunque los otros dos han sido en parte desmantelados. Los cuatro llevan la leyenda «Línea femenina».

Sharrow se detuvo; todos lo hicieron. Zefla la miró.

—Parece que se trata otra vez de Gorko —dijo—. Puede que apague esa cosa para ti, ¿no, chica?

Sharrow se estaba mirando los pies. Después miró a Zefla y pareció temblar; después sonrió y asintió.

—Sí —dijo. Se miró la mano izquierda y la sostuvo con torpeza—. Sí, puede que sí.

—Entonces, aunque los solipsistas lleguen allí primero —dijo Miz—, no podrán hacer nada.

—Sí —dijo Zefla—. Pero si llegan allí antes que nosotros, pueden hacer que también nos resulte imposible hacer nada a nosotros. Sharrow se balanceó, parpadeó e intentó pensar. Había algo más. Le costaba tanto pensar... Zefla miró a Feril.

—¿Cuándo tendrás que marcharte para poder encontrarte con el submarino? (Sí, eso es, pensó Sharrow).

—Dentro de unas treinta horas —respondió Feril.

Zefla asintió y miró a Sharrow.

—¿Seguimos? —le preguntó.

Sharrow tragó saliva.

—Seguimos —respondió.

Le dolía la mano. Tenía hambre y náuseas al mismo tiempo. Recordaba que Miz había hablado sobre comer pescado, y de repente se le llenó la boca de saliva al recordar el sabor del pescado con especias y ennegrecido. Aquello había sido en Shouxaine, en Tile, hacía muchos años. Se había sentado en las toscas mesas de madera con los demás, bajo los farolillos, las tiras de petardos y las cuerdas brillantes. Habían comido peces pescados en el lago aquella tarde y bebido mucho vino; después, ella y Miz se habían ido a la cama y, mientras hacían el amor, los fuegos artificiales habían comenzado, y después ella estaba allí de nuevo, en el hotel de Malishu, en la cama bajo el techo de membrana, frente a los altos espejos; pero, incluso mientras lo pensaba, algo la arrastró adelante, la transportó al mismo tiempo hacia delante y hacia atrás, hasta aquel tranquilo hotel de las montañas, con la vista sobre las colinas y las ventanas abiertas para recibir la fresca brisa que inflaba las cortinas de gasa blanca y hacía que le cosquilleara la piel y se le secara el sudor, mientras que a Miz le ponía la piel de gallina, y las manos de ella lo acariciaban, los dedos lo acariciaban, tersaban la piel de su espalda, y de sus costados, y de sus hombros, y de detrás, y del pecho, y lo alentaban, lo controlaban, lo movían, y él era una bella forma gris sobre ella a la primera luz del alba, y una presencia que latía lentamente dentro de ella, un balanceo suave y duro que la llevaba más y más cerca de un borde, como el borde de un balcón, de piedra rosa grisácea a través de la bruma de las cortinas, empujando, apretando y acercándola cada vez más, y las respiraciones de él y de ella eran como el ruido de la espuma, así que recordó haber construido castillos de arena en la playa una vez, cuando era pequeña.

Breyguhn y ella; cada una había construido un castillo y lo había hecho lo más alto y fuerte que pudo, uno al lado del otro; las dos habían colocado unas banderas de papel en la torre más alta de sus castillos y habían esperado a ver qué castillo se derrumbaba primero; la marea de las dos lunas había llegado fuerte y rápida, y las olas golpearon los muros que habían construido las dos, y ella había visto cómo su

castillo comenzaba a deshacerse por los bordes, pero sabía que lo había construido mejor, y observaba con atención el de Breyguhn deseando que las olas golpearan la base de aquel muro de cara al mar, y observó ola, tras ola, tras ola golpear la arena, llevar al muro hasta el punto de derrumbe, pero sin socavarlo lo suficiente, y lentamente una sensación increíble de espera y frustración se le había formado en el pecho y en la barriga, junto con la furia al ver que el mar tenía el poder de concederle fácilmente la victoria, pero que no se la concedía (mientras, el poder y la fuerza de las olas pareció disminuir brevemente y no se produjeron más daños), y comenzó a creer que nunca sucedería, que ninguno de los castillos caería, pero entonces vio las olas llegar de nuevo con fuerza, romperse, avanzar y succionar los muros de los castillos y, finalmente, finalmente, finalmente, con un último y repentino empujón de las olas (olas que siguieron llegando y se apilaron en la arena una vez terminada la misión y decidida la competición), todo el muro del castillo de Breyguhn se derrumbó y cayó, se inclinó y se rompió en el aire, y se desintegró dentro de las olas, volviéndolas de color marrón dorado al caer la espuma dando tumbos sobre las ruinas y explotar contra la basta vulnerabilidad de la arena que reveló en el interior, y la suavizó, y se deslizó de vuelta, y volvió a avanzar, derrumbando la torre de Breyguhn y tirando la bandera al agua.

Pero entonces la luz brilló, bella y terrible, sublime y enfermiza, hizo erupción sobre la playa y las montañas, mientras la nave reluciente y reventada giraba una y otra vez de camino al planeta frío, donde ella caería para siempre hacia la nieve; un copo de nieve en la nevada.

Durmió mal otra noche más; intentaba hacerse un ovillo en torno a la mano herida, sostenerla como un tesoro para intentar que el dolor parase y la dejase dormir, hasta que, finalmente, cayó en una especie de coma de puro cansancio, un duermevela en el que soñó con las lejanas chispas de dos fuegos que parpadeaban entre los árboles al otro lado del fiordo, tan lejos de ellos ya que apenas podían verse a simple vista. Le pareció escuchar a Cenuij llamarlos desde los árboles de más adelante, pero al menos no había aparecido del todo en el sueño.

Entonces se despertó con los demás otro día de frío helado, en el que el suelo de aguas calmas y grises y el techo de nubes calmas y grises se unían en cadenas de aguanieve, y en los claros espacios entre el granizo y los chaparrones de aguanieve podían ver que las cimas de las montañas estaban cubiertas de blanco.

Siguió caminando, hablaba con los demás y con ella misma, y cada vez tenía más hambre y pensaba más en comida, y cada vez deseaba más que la mano dejara de dolerle, y le decía a los demás que estaba bien, aunque no lo estaba. Dieron el rodeo que les había sugerido el androide, alrededor de la playa frente al acantilado, cerca del punto al otro lado del fiordo, y después cruzaron gracias al árbol caído el primero de los dos grandes arroyos de los que les había hablado el androide. Miz cortó

algunas ramas con el láser para que la travesía resultara más fácil, pero aun así ella estuvo a punto de caerse.

El bosque era un lugar frío, oscuro y húmedo, y lo odiaba. Odiaba su mano por dolerle, y su estómago por estar vacío, y su cabeza por estar dolorida y mareada, y su ano y su vagina por picarle, y sus ojos por no enfocar, y su cerebro por no trabajar como era debido.

El androide cargó con ella para cruzar el segundo arroyo, y las aguas frías le salpicaron el pecho metálico.

Siguieron andando y el tiempo se empezó a aclarar, pero después se volvió más frío al acumularse unas nubes oscuras y altas en la dirección del viento y dirigirse hacia ellos. A veces se le olvidaba qué día era, y dónde estaban exactamente, y qué estaban buscando, y por qué lo buscaban.

Avanzar lo era todo; todo su ser se concentró en aquel flujo y reflujo de respiración, en las pisadas de sus pies en el suelo, uno tras otro, en el movimiento de subida y bajada, subida y bajada de sus piernas, que le enviaban ondas de vibración por el cuerpo, aunque a ella parecían llegarle de lejos y a cámara lenta. Hasta su voz sonaba distante y no realmente suya. Se escuchaba a sí misma responder las cosas que le preguntaban los demás, pero no sabía lo que estaba diciendo, y realmente no le importaba; solo importaba seguir caminando, solo aquellas pisadas lentas que eran sus pies y su corazón, y el latido hiriente de su dolor venenoso.

Estaba sola. Estaba totalmente sola. Caminaba por una orilla helada en medio de la nada, y solo la soledad la acechaba a ambos lados; comenzó a preguntarse si no sería ella una solipsista, la traidora del grupo.

Un cerebro en un cuerpo; un conjunto de células conectadas con otras células, que se abría paso en un zoo de otros conjuntos de células, animales y vegetales, que vagaban por el mismo tosco globo con su propio cargamento mudo de minerales, sustancias químicas y fluidos, transportados y atrapados en aquella jaula de células, temporalmente, siempre parte de todo, pero siempre en absoluta soledad.

Como Golter; como el pobre, pobre, Golter.

Se había encontrado solo, y se había extendido todo lo posible y producido mucho, pero seguía siendo poco más que nada.

Habían crecido (si lo hubiesen sabido) en una habitación de una casa vacía. Cuando empezaron a comprender que era una casa, pensaron que tendría que haber otros cerca; habían pensado que quizá estuviesen en las afueras, o incluso en una parte bien escondida de la ciudad; pero, aunque habían colonizado aquellas habitaciones, habían mirado por la ventana más lejana y por los tragaluces más altos, y habían descubierto (con horror, con un horror que tan solo su mayor capacidad de comprensión les permitía apreciar en su totalidad) que estaban verdaderamente solos.

Podían ver las nebulosas, bellas, distantes y atractivas, y podían saber que aquellas otras galaxias estaban compuestas por soles, otras estrellas como Thrial, e incluso adivinar que algunos de aquellos soles podrían tener también planetas a su

alrededor... pero buscaron en vano alguna estrella cercana a la suya.

El cielo estaba lleno de oscuridad. Había planetas y lunas, y los diminutos remolinos en forma de pluma de tenues nebulosas, y ellos mismos lo habían llenado de chatarra estelar, tráfico y emblemas en mil idiomas distintos, pero no podían crear los cielos de un planeta dentro de una galaxia, y no podían esperar nunca, dentro de las probabilidades razonables que pudieran imaginar, llegar a viajar algún día fuera de su propio sistema, o al siempre inútil golfo de espacio que rodeaba su estrella aislada y anormal.

Hasta una distancia que no bajaba del millón de años luz en cualquier dirección, Thrial (a pesar de su extravagante dispersión de poder vivificador y de su fértil cultivo de planetas hijos), era huérfano.

Había una pared. Ella se dirigía despacio a la pared plana. La pared era blanca y gris, y tachonada de pequeñas piedras redondas; a un lado había un gran canto rodado con forma de gigantesco pomo de puerta. Se preguntó si la pared sería en realidad una puerta. Por alguna razón, estaba segura de que Cenuij estaba al otro lado. Podía ver hielo y escarcha en ella. La pared se acercaba cada vez más, y parecía muy alta; no creía ser capaz de ver el extremo superior. Siguió avanzando hacia ella, aunque estaba segura de que había dejado de andar. Andar había sido lo único que importaba durante más tiempo del que podía recordar; había sido su universo, su existencia, su única razón de ser, pero entonces se había parado, aunque la pared seguía avanzando hacia ella. Estaba ya muy cerca; podía ver gotas heladas de agua entre las pequeñas piedras y lo que podrían ser pequeñas plantas heladas. Buscó el ojo de Cenuij, que la observaba desde el otro lado. Alguien más debía de haber encontrado la pared, porque le pareció oír un grito lejano.

Se dio contra ella. Parecía tener una barandilla de seguridad. Pero se dio de cabeza contra la pared de todos modos, y todo se volvió oscuro.

El androide la vio caer y corrió hacia ella, mientras Miz gritaba. No podía salvarla del todo, pero estaba lo bastante cerca como para estirar una pierna y meter un pie bajo la parte superior de su pecho, lo que ralentizaría su descenso un poquito, antes de que su peso al caer la derribara y cayera sobre la playa de piedras, y yaciera allí, boca abajo e inmóvil.

Feril dio un salto, se desequilibró, y después se arrodilló con los demás, que se habían reunido rápidamente junto a ella.

—¿Está herida? —preguntó Miz, mientras Zefla y Dloan le daban la vuelta con cuidado. Tenía un pequeño rasguño en la mejilla y otro en la frente. La cara parecía vieja e hinchada. La boca colgaba abierta. Miz le quitó el guante derecho y le masajeó la mano. Feril le tocó el guante izquierdo.

—Está metida en el agua —dijo Zefla—. Llémosla a los árboles. La llevaron al interior del bosque y la tumbaron. Feril le pasó los dedos de nuevo sobre el tirante

guante izquierdo.

—Parece que algo va mal con su mano —dijo. Los otros miraron el guante.

—Se cortó la mano hace un par de días —dijo Zefla.

Dloan intentó sacarle el guante. Al final tuvieron que cortarlo. La mano estaba hinchada y descolorida; la herida original supuraba bajo un pequeño esparadrapo empapado. Miz hizo una mueca. Zefla aguantó la respiración.

—Oh, oh —dijo—. Pero serás tonta, cariño...

—Tocó la piel hinchada. Sharrow gimió. Dloan sacó su láser, abrió la empuñadura y ajustó los controles.

—¿Para qué es eso? —preguntó Miz con la mirada fija en el arma.

Dloan volvió a cerrar la empuñadura, se dio la vuelta y disparó la pistola contra un montón de agujas que tenía a sus pies; empezó a arder un ascua roja, diminuta y continua. Dloan, con aspecto satisfecho, apagó la pistola.

—Veneno —dijo Dloan, mientras cogía con delicadeza la mano herida de Sharrow y la colocaba lo más plana posible en el suelo—. ¿Antiséptico? ¿Vendas? —dijo.

Zefla estaba rebuscando en la mochila de Sharrow.

—Aquí —dijo.

—Puede que se despierte —dijo Dloan, arrodillado para poder coger la mano de Sharrow con fuerza—. ¿Quieres sujetarla?

—Mierda —dijo Miz, y le cogió los pies. Feril le sujetó la otra mano y los hombros; Zefla le pasó la mano por la frente.

Dloan apuntó la pistola láser a la mano herida de Sharrow y apretó el gatillo. La carne se manchó, se ennegreció y se abrió, partida como la piel de una fruta podrida. Sharrow gimió y se agitó mientras el líquido del interior se derramaba, escupía y humeaba bajo la energía del láser. Miz apartó la vista.

Zefla se mecía atrás y adelante, mientras acariciaba la cabeza y las mejillas de Sharrow; Dloan hizo una mueca y se restregó los ojos cuando llegaron hasta él los vapores que burbujeaban en la herida, pero mantuvo el láser apuntado a la mano para agrandar la incisión. El androide miraba, fascinado, mientras la mujer gemía y se movía débilmente bajo él.

Encendieron una hoguera. Zefla tenía un último trozo de tableta de comida que había estado guardando; lo calentaron con el láser e intentaron que Sharrow se lo comiera. Usaron un láser para calentar agua en el hueco de una piedra, empaparon con ella un pañuelo e hicieron que lo chupase. La cara parecía menos hinchada, y la respiración se hizo más lenta y profunda. Pasó de la inconsciencia a algo más parecido al sueño. El olor a antiséptico se propagó por la hondonada.

Solo habían avanzado diez kilómetros desde el último campamento; todavía les quedaban treinta para llegar a la torre que estaba al final del fiordo. Feril pensaba que,

dado el estado del suelo al otro lado del fiordo, los solipsistas podrían retrasarse bastante; pero la cosa estaría muy ajustada y, aunque podía cargar con Sharrow hasta el siguiente campamento, tendría que irse poco después de anochecer para regresar a la boca del fiordo a tiempo para intentar contactar con el submarino.

—Supongo que no tenemos otro remedio —dijo Miz. Todavía se sentía enfermo tras presenciar lo que le habían hecho a la mano infectada de Sharrow. Le dolían los pies y sentía como si el estómago se estuviera devorando a sí mismo; estaba mareado y temblaba de hambre. No podía dejar de pensar en comida. Pero al menos el dolor de andar lo ayudaba a quitarse la barriga vacía de la cabeza.

—¿Estás seguro de que puedes llevarla con seguridad? —preguntó Zefla.

—Sí.

—Yo podría relevarte —le dijo Dloan.

El androide hizo una pausa.

—Gracias —respondió.

—Vale —dijo Zefla. Cogió la mochila—. Vámonos.

El pequeño grupo de gente caminaba por la fría y gris orilla bajo un cielo oscuro y cada vez más bajo. La alta figura que lo lideraba caminaba con ligereza, casi con elegancia, pero el que lo seguía parecía demasiado pequeño para llevar aquella carga en sus brazos con la facilidad que aparentaba, y los dos últimos del grupo cojeaban.

Sobre ellos, un cielo del color del metal de las pistolas dejó escapar los primeros copos diminutos de nieve.

Elson Roa observaba desde lo alto de un acantilado, a través de unos prismáticos de gran alcance. Vio cómo la figura que lideraba el grupo al otro lado del fiordo cogía un objeto de una mochila y se detenía brevemente para examinarlo. Después volvió a colocar el objeto en la bolsa.

Roa apagó los estabilizadores de los prismáticos y escuchó cómo moría su zumbido, mientras el aire sobre las aguas del fiordo comenzaba a llenarse de nieve y barría la vista en una arremolinada confusión gris de silencio. La francotiradora que tenía junto a él comprobó la lectura del alcance de su rifle de nuevo y sacudió la cabeza mientras hacía un ruidito de negación.

Roa miró detrás de él, donde estaban sus camaradas, sanos, alerta y a la espera. Un poco de nieve salió flotando de la monótona extensión de nubes que colgaba entre las montañas y se depositó con cuidado en sus uniformes sucios, aunque todavía chillones.

Se movían a través de un mundo limitado; la nieve que caía lo borraba todo, salvo un círculo de quizá diez metros de diámetro, que consistía en el borde del bosque, la orilla rocosa y las aguas en calma. El trozo de superficie negra del fiordo que podían ver se manchaba continuamente de copos blancos, que se desvanecían en el mismo instante de tocar aquella oscuridad. Las olas no batían. Cuando los copos de nieve

tocaban el suelo, se sentaban entre las rocas y guijarros durante un breve instante, y después se fundían. El cielo se había ido, como si hubieran tirado de él hasta convertirlo en un techo bajo indeterminado, donde la masa de copos blancos grisáceos se unía en una sola nube de movimiento caótico y atestado.

Feril seguía a Zefla Franck, ponía los pies donde los había puesto ella. Sharrow era una ligera carga en sus brazos; su peso extra significaba que tenía que echarse un poco hacia atrás al caminar para mantener su centro de equilibrio vertical, pero podría continuar así de forma indefinida si tenía que hacerlo. Seguía mirando a su alrededor, aunque había poco que ver. Seguía con su barrido sónico, por si escuchaba algo extraño.

A Sharrow le habían puesto la capucha encima de la cara antes de salir; cuando Feril miró abajo en cierto momento, vio que se le había caído la capucha y que algunos copos de nieve le caían en la cara dormida. Las suaves migajas blancas le tocaban las mejillas y se convertían en diminutos parches de humedad. Cuando le caían en las pestañas, duraban lo suficiente para que el androide pudiera ver la forma de los cristales individuales, antes de que cada forma única se disolviera por el calor del cuerpo y fluyera por la piel que le rodeaba los ojos, como si fueran lágrimas.

Feril la observó durante un momento; después le volvió a colocar la capucha para protegerla.

Zefla Franck estaba dejando huellas; la nieve que se derramaba del cielo cerrado y pesado empezaba a asentarse, a recoger cada uno de aquellos copos diminutos sobre las rocas, los guijarros y las bastas superficies de los troncos de los árboles al borde del bosque, y formar pequeños puentes de suavidad sobre hendiduras y riachuelos, los cuales ya habían empezado a helarse.

La orilla se hizo demasiado escarpada y la nieve demasiado pesada; regresaron al bosque y caminaron entre los árboles bajo un filtro de copos escasos, animado de vez en cuando por un terrón de nieve que caía súbitamente de la capa de árboles, a través de las ramas, hasta llegar al suelo del bosque.

Zefla utilizó el láser para abrirse paso entre la maraña y las ramas caídas que se encontraban, por lo que dejaba tras de sí un olor a madera chamuscada que se retorció en una nube de humo y vapor.

Sharrow dejaba escapar algún que otro pequeño gemido y se movía en brazos de Feril.

Caminaron hasta que estuvo demasiado oscuro para ver, y después se detuvieron a descansar. Sharrow siguió durmiendo, Zefla se sentó muy quieta, Miz se quejó de los pies y Dloan se ofreció para cargar a Sharrow. Feril dijo que no hacía falta. Después siguieron andando, todos con gafas de visión nocturna, salvo Dloan. Él los seguía justo detrás de Miz. La nieve caída empezó a desaparecer, pero después recuperó grosor.

Feril podía ver cómo el paso de Zefla Franck, antes bien equilibrado, comenzaba a volverse irregular y torpe, y oyó cómo Miz Gattse Kuma respiraba con dificultad detrás. Dloan se resbaló y cayó dos veces. Solo estaban a unos nueve kilómetros de la cabeza del fiordo, pero el terreno que les quedaba por delante era escabroso y casi todo cuesta arriba. Feril sugirió que se detuvieran y montaran el campamento.

Se sentaron, exhaustos, en un tronco caído. Sharrow estaba tumbada sobre sus regazos, con la cabeza entre los brazos de Zefla. Feril encontró madera y usó un láser para encender el fuego. También les montó la tienda. Metieron a Sharrow dentro; Zefla la arropó con la manta. Miz y Dloan se sentaron junto al fuego.

—Yo podría recorrer los últimos nueve mil metros con lady Sharrow —les dijo Feril cuando estuvieron todos reunidos junto al fuego—. Aunque no se despierte, su palma aplicada a uno de los postes de la plaza de piedra de la torre debería abrirla.

Ninguno parecía tener fuerzas para responder; se limitaron a mirar las llamas. Los copos de nieve caían hacia ellas, pero quedaban atrapados en la corriente ascendente y se alejaban en un remolino. La nieve parecía empezar a disminuir otra vez.

—Como alternativa —les dijo Feril—, podría regresar a la costa y hacerle señales al submarino. Aunque tendría que irme ya.

—O podrías quedarte y montar guardia —dijo Zefla desde la tienda, mientras le ponía a Sharrow la mochila bajo la cabeza, a modo de almohada.

—O podría volver a la torre —dijo Dloan—. Puede que con una pistola sea capaz de frenar a los solipsistas durante un tiempo.

—Todavía pienso que deberíamos ponernos en contacto con el exterior —dijo Miz—. Hacer que el submarino pida soporte aéreo. Joder, la gente de la Franquicia de Seguridad no se molestó por el puto gran barco volador de Roa, y solo necesitaríamos un triste caza-bombardero.

—Nadie en su sano juicio querría venir —dijo Zefla tras asegurarse de que Sharrow estaba cómoda. Se agachó al otro lado de la fogata, y su voz sonaba lejana, distorsionada por la columna de aire caliente que se elevaba entre ellos—. Total, necesitamos comunicarnos con el exterior, necesitamos alguien que monte guardia esta noche y también necesitamos vigilar la torre, para evitar que Roa entre primero.

—Todas esas cosas son posibles —dijo Feril—. ¿Cuál queréis que haga? Todos se miraron unos a otros; y todos miraron a Sharrow uno a uno, a su forma acurrucada dentro de la tienda.

—Votemos —dijo Zefla—. Yo digo... bueno, que vigile la torre. Dloan asintió.

—Yo también.

Miz chasqueó la lengua y apartó la mirada.

—¿Feril? —dijo Zefla.

—¿Sí? —Feril la miró.

—¿Qué hay de ti?

—¿Qué...? Oh, yo me abstengo. Zefla miró otra vez la tienda.

—Entonces, toca vigilancia de la torre. Le dieron una pistola láser al androide; la nieve se había parado y el cielo se estaba aclarando.

El fiordo era negro puro. Una clara luz azul descendía de Doncella, casi llena en el cielo; cubría de un color plata fantasmal las montañas y las docenas de pequeñas islas cubiertas de nieve. La luz de la chatarra espacial relucía en los cielos del norte, hacia el ecuador. No había hogueras en la otra orilla del agua.

El androide se alejó entre los árboles, silencioso y rápido.

La torre silenciosa

Zefla se despertó en mitad de la noche, con la vejiga llena. Había intentado evitar las punzadas de hambre bebiendo grandes cantidades de agua, obtenida tras fundir la nieve. Miz había hablado sobre hacer pesca nocturna a través de un agujero en el arroyo helado, pero se había quedado dormido.

Acurrucada entre el calor de Dloan y Sharrow, no quería salir de la tienda, pero sabía que tenía que hacerlo. Observó a Sharrow, que parecía respirar pacíficamente, y después se levantó con todo el cuidado que pudo para salir de entre los demás y deslizarse por la puerta de la tienda. Alguien (probablemente Miz, que estaba tumbado con la metralleta entre los brazos) murmuró detrás de ella, y ella susurró:

—Lo siento.

El fuego seguía ardiendo. Todavía daba suficiente luz para ver sin las gafas. Caminó colina abajo a través de la silenciosa alfombra de nieve y se puso en cuclillas entre los árboles cercanos a la orilla. La noche era tranquila, fría y clara. Oyó un par de crujidos amortiguados a lo lejos y supuso que se trataría de la nieve al caer de los árboles.

Se levantó y se abrochó el mono. El vapor formó una capa que se elevó en el aire tras ella, apenas visible a la luz de la luna. Doncella se veía grande y plateada sobre las montañas al otro lado del fiordo; desaparecería pronto. La miró durante unos instantes, pensó en lo bello que era aquel lugar y deseó que se desvanecieran el dolor de sus músculos, el hambre y el miedo que le roía las entrañas para poder disfrutarlo.

Se dio la vuelta y regresó al campamento.

Las dos figuras estaban a unos veinte metros de la tienda. Llevaban trajes de color negro mate que les cubrían la cara, y los dos llevaban pequeñas pistolas. Se arrastraban hacia la tienda, tras llegar desde la cabeza del fiordo a través de una pequeña cresta.

Su mente se aceleró. La pistola estaba en la tienda. Las dos figuras todavía no habían disparado, aunque ya tenían la tienda a su alcance y debían de haberse dado cuenta de que no había ningún guardia apostado. No parecían haberla visto. Si gritaba para despertar a Miz y Dloan, las dos figuras podrían disparar directamente a la tienda.

Retrocedió y se agachó; después corrió colina abajo y dio la vuelta para ponerse detrás de ellos. Intentó avanzar lo más lentamente posible; se resbaló dos veces con las ramas enterradas, pero no hizo ningún ruido apreciable. Se encontró en la parte de atrás de la cresta y corrió hacia ella, agazapada.

Las dos figuras negras estaban justo delante y todavía se arrastraban hacia la tienda. Se quedó donde estaba un momento para recuperar el aliento, con la boca bien abierta para no hacer ruido al respirar.

Las dos figuras se estaban separando; una se quedó donde estaba, apoyada en una rodilla, con la pistola apuntando a la tienda, mientras que la otra empezó a rodearla.

Zefla se quitó los dos guantes, los colocó sobre la nieve y se arrastró hacia la figura arrodillada, con las manos delante de ella. Sentía un cosquilleo en la garganta, probablemente porque había estado jadeando. Dioses, chica, se dijo a sí misma, no es momento para toser, ni para estornudar, ni para que te dé hipo... Se acercó a cinco metros de la figura agazapada, y entonces algo crujió dentro de la hoguera y formó una nube de chispas naranjas que giraron en el aire.

Ella se detuvo de inmediato. Y la figura que estaba rodeando la parte delantera de la tienda hizo lo mismo. Si se volvía para mirar a la figura agachada que tenía delante, seguro que la veía a ella. No estaba lo bastante cerca como para lanzarse sobre aquel tipo. Observó al que estaba cerca de la tienda, con el corazón en un puño.

La figura siguió con la mirada fija en la tienda, y después se acercó más. Zefla se relajó un poco y siguió arrastrándose hacia la figura arrodillada, respirando en silencio. El cosquilleo de la garganta ya no era tan fuerte. Cuatro metros; llegaría a la figura arrodillada con la pistola antes de que el otro entrara en la tienda; tres metros.

La nieve cayó sin previo aviso del árbol que tenía justo detrás.

La oyó, comenzó a enderezarse al pensar que podría tener a otro atacante detrás, y después (al darse cuenta, aunque sabía que era demasiado tarde), se abalanzó con un grito sobre el hombre que tenía delante, mientras él se daba la vuelta con la pistola levantada y disparaba antes de tirarse al suelo.

Miz se había despertado de un sueño. Se dio cuenta de que alguien salía de la tienda. Se sentía rígido, dolorido e increíblemente hambriento. Todavía tenía la metralleta entre los brazos. Comenzó a cambiar de postura brazos y hombros, y entonces oyó un ruido sibilante, un golpe, seguido inmediatamente de un grito y dos disparos. Abrió de un tirón la tienda de campaña y vio una figura vestida de negro justo delante de él; la figura miraba a un lado, pero se giró para apuntarlo con una pistola.

Se había dormido soñando con aquello; el pulgar quitó el seguro un instante antes de que el dedo apretara el gatillo. La pistola tembló y rugió en sus brazos, como si intentara abrirle un agujero con el retroceso, y lanzó a la figura hacia atrás; la pistola del otro disparó a los árboles.

Miz se lanzó al exterior de la tienda. Sintió que Dloan lo seguía.

Había un cuerpo tendido en la nieve y la sombra de un movimiento colina abajo. Miz corrió detrás de la figura que huía. La figura del traje negro soltó la pistola que llevaba, se tiró al agua y nadó unos segundos; después se sumergió y desapareció en

un remolino negro de agua iluminada por la luna.

Miz levantó la metralleta y apuntó al lugar donde había desaparecido el traje negro; después subió la metralleta un poco. Tras unos instantes, vio una pequeña turbulencia al lado del lugar al que apuntaba; corrigió la puntería y disparó moviendo la pistola como si removiera aquella lejana fuente de agua. El cargador se agotó, y el arma quedó en silencio.

Recordó que tenían visor nocturno, así que se lo colocó. El cuerpo del agua flotaba oscuro y derramaba calor.

Miz dejó caer la metralleta al suelo; después la cogió y comenzó a caminar de vuelta a la tienda, tembloroso. Se acababa de dar cuenta: el cuerpo tendido en la nieve llevaba un mono, y Zefla no estaba en la tienda.

En su estómago se formaron unas náuseas peores que cualquier hambre mientras andaba y después corría colina arriba, hacia la tienda.

Sharrow se había despertado con el ruido, todavía atontada; entonces había visto la cara pálida, inconsciente y sin vida de Zefla, y la sangre que le rezumaba por las heridas del pecho y la cabeza.

Sus papeles anteriores se invirtieron, y Sharrow se arrodilló en la tienda para atender a la temblorosa Zefla, a la que le costaba mucho respirar. Dloan la miraba y temblaba más que su hermana. Le sostenía la mano y le miraba la cara con los ojos muy abiertos y aterrados.

—Pide ayuda —le dijo Sharrow a Miz.

—¿Qué? —dijo él.

—Claro —dijo Dloan con los ojos brillantes—. La Franquicia. Podemos llamar a los franquiciadores.

—Pero... —empezó a decir Miz; entonces miró la cara de Sharrow y después la de Zefla. Sacudió la cabeza—. Oh, dioses —dijo con un gemido. Sacó su teléfono de un bolsillo y lo abrió. Intentó pulsar unos cuantos botones, con el ceño fruncido. Sharrow sacó el suyo de la mochila y encontró el de Zefla.

Ninguno funcionaba; era como si los hubiesen apagado desde fuera.

No había mucho que pudieran hacer por Zefla. La bala que tenía en el pecho la había atravesado y le había perforado un pulmón; la herida de entrada burbujeaba cada vez que tomaba un poco de aire. La bala que le había dado en la cabeza le había dejado una marca larga en la sien, de un centímetro de profundidad; diminutos fragmentos de hueso marcaban los bordes. No podían saber si el proyectil había perforado el cráneo o solo lo había rozado. Le pusieron antiséptico en las heridas y la vendaron.

Feril llegó veinte minutos después; había oído el ruido desde su puesto junto a la torre. Intentó transmitir un mensaje de socorro con su unidad de comunicaciones, pero no tenía mucha esperanza de que la captara nadie, a no ser que alguien estuviera

mirando apostado mediante un satélite dirigido.

Puso las manos con suavidad en la cabeza de Zefla y palpó con cuidado; les dijo que tenía una bala alojada en el cráneo, cerca de la base.

El androide sugirió encargarse de las guardias. Miz le dio la metralleta. Feril cerró la tienda y los dejó solos para que atendieran a la mujer herida lo mejor que pudieran.

Sabía que tendría que haber dado su opinión antes, cuando intentaban decidir qué hacer; tendría que haber sugerido quedarse allí, de guardia, pero había creído que no era quién para decir nada. Ellos tenían experiencia con aquel tipo de situaciones, sus vidas estaban más en peligro que la suya propia, y no había querido que pensarán que era impertinente o que los trataba con condescendencia.

Idiota, idiota, se dijo a sí mismo, mientras le quitaba el seguro a la metralleta. Idiota, Feril; idiota.

Se sentó sobre un montón de nieve recién caída, cerca de la cumbre de una pequeña cresta que daba al campamento, y acunó el arma hasta que llegó el amargo amanecer.

Partieron justo después del alba y dejaron a Dloan en la tienda con Zefla. Todavía respiraba con dificultad. La venda que le rodeaba el pecho estaba empapada de rojo, y tenían que mantenerla de lado para que pudiera toser la sangre sin ahogarse. Dloan se limitaba a quedarse allí sentado, con unos ojos infantiles muy abiertos y asustados; le acariciaba las manos y le susurraba.

—Se pondrá bien —le dijo Sharrow; no se lo creía, pero sentía que era la única forma de calmar la desesperación de Dloan. El hombre, grande y poderoso, parecía tener 5 años.

Dloan no dijo nada, pero miró a Sharrow con una sonrisa débil y trémula, y siguió acariciando la mano de Zefla. Sharrow pasó la mano por la pálida y caliente cara de Zefla y le acarició la mejilla.

—Saldrás de esta, ¿verdad, chica? —Intentó que no se le ahogara la voz; después se apartó y se quedó temblando en la puerta de la tienda, donde Miz y Feril la esperaban.

Dudó, y después se dirigió al cadáver que yacía helado en el montículo junto a la tienda; los disparos de la metralleta lo habían partido casi por la mitad. Sharrow le quitó la máscara negra de la cabeza y recordó a Keteo. Era una cara de mujer.

De nuevo, primero pensó que no la conocía; entonces recordó a la mujer que estaba junto a Roa en Vembyr, durante la subasta, y también más tarde, en el puerto. Era ella. Dejó que la máscara volviera a su sitio y se reunió con Miz y Feril.

—Vámonos —les dijo. Se introdujeron en el silencioso bosque de nieve, bajo un cielo que parecía de leche.

Feril conocía la ruta más directa; se movieron lo más rápido posible, colina arriba a través de cantos rodados rotos y árboles deformes y sacudidos por el viento. Sharrow caminó hasta que el androide vio que empezaba a tambalearse y a respirar con dificultad; entonces se ofreció a llevarla.

Ella no dijo nada durante un instante. Se quedó quieta, con la respiración ruidosa y la mano vendada colgando a un lado. Por un momento, Feril pensó que podría haber realizado la oferta en mal momento, pero entonces Sharrow asintió.

Feril la levantó con facilidad y siguió caminando entre los árboles. Miz se esforzaba por seguirlos; el aire era como agua helada en la garganta, tenía las piernas débiles y le temblaban de hambre y cansancio.

Estaban a quinientos metros cuando oyeron los disparos más adelante.

Se detuvieron un momento, y Sharrow bajó de los brazos del androide. Las metralletas traqueteaban y el fuego de láser disparaba; se oían fuertes explosiones que podrían ser de granada o de mortero, y una resonante onda de fuego que podría haber sido causada por una munición en racimo. Los árboles que los rodeaban reaccionaron ante el temblor del aire y derramaron cortinas de nieve en polvo.

—¿Qué —jadeó Miz— ha sido eso? —Su respiración le formaba nubes de vaho delante de la cara—. Los solipsistas... no pueden tener... artillería tan pesada... ¿no?

—Creo que he oído motores de reactor —dijo Feril.

Los disparos y las explosiones se fueron apagando; los ecos se desvanecieron lentamente hasta que el silencio reinó entre las montañas.

Escucharon un poco más, y después Sharrow se encogió de hombros.

—Solo hay una forma de averiguarlo. —Miraron al camino que habían seguido, como si intentara ver la tienda. Dejó que Feril la levantara cuando se ofreció a llevarla en brazos de nuevo.

Unos cuantos minutos después podían ver el humo que salía sobre los árboles y que se amontonaba en silencio en los cielos tranquilos, para repartirse y desplegarse por el espacio brillante sobre los picos.

Llegaron a la torre un cuarto de hora después.

Los árboles acababan a cuatrocientos metros de la torre; la cuesta descendía hasta un delta de juncos altos. La plaza de piedra, en la que estaba el bajo círculo amurallado con la torre rechoncha en el centro, era justo como lo había descrito el androide, cerca del borde recto del extremo del fiordo, con el delta trenzado del río detrás.

Observaron la devastación. Todo el pequeño estuario que rodeaba la plaza de piedra y la torre estaba salpicado de figuras achicharradas, cadáveres y vehículos destrozados. Las superestructuras en descomposición de un par de botes naufragados

hacía tiempo descansaban por encima de sus imágenes inmóviles en las apacibles aguas del tranquilo fiordo.

Al principio resultaba difícil distinguir las ruinas antiguas de la nueva carnicería, pero después el androide señaló el rastro de cadáveres que conducía desde un claro de los árboles hasta el otro extremo del delta del río, y que se extendía hacia la torre. Varios cadáveres todavía echaban humo.

—¿Esos son los solipsistas? —le preguntó Miz. La mayor parte de los cuerpos estaban demasiado calcinados para distinguir los colores.

El androide tardó un momento en responder.

—Sí —dijo al fin.

Podían ver a los dos paracaidistas de Roa; parecía que habían recibido más disparos, porque los dos cadáveres también ardían. La brisa llevó hasta Sharrow el olor de las piras individuales, y se sintió enferma. Solo había otra figura de uniforme chillón visible, echada en la esquina de la plaza de piedra que se encontraba más cerca de ellos.

—¿Quién ha hecho todo esto? —preguntó Sharrow—. ¿Han sido solo las defensas de la torre? El androide levantó una mano y señaló el valle boscoso tras el estuario; después pareció flaquear.

—Creo... —empezó, con la voz débil; después cayó sin fuerzas, se dio contra el suelo y rodó un poco cuesta abajo, con las extremidades dando tumbos.

—¿Qué...? —dijo Miz mientras avanzaba a trompicones tras el androide con Sharrow. Levantaron la cabeza de Feril.

—Dioses —dijo Sharrow—. ¿Cómo se reanima a una de estas cosas?

—No veo ningún interruptor —dijo Miz—. ¿Crees que ha sido natural? Ya sabes, ¿un fallo del androide?, ¿no? Ella miró a su alrededor, las silenciosas montañas, el valle y el delta del río.

—No —respondió—. No, no lo creo. Se miraron el uno al otro. La cara de Miz parecía cansada y gris. Sharrow nunca lo había visto tan viejo y afectado por las preocupaciones. Quería cogerle la cabeza entre las manos y besar su pobre cara.

—Esto no me gusta, pequeña —dijo Miz—. No es bueno. —Miró la torre y se apretó más la chaqueta de cazador—. No es un buen lugar. Ella desenganchó la metralleta que llevaba el androide al hombro, la soltó y se la dio a Miz.

—Te entiendo —dijo—. Pero no hay ningún otro sitio adónde ir, ¿verdad? —Miró la torre—. Al menos si queremos sacar a Zef de aquí. Miz cogió la metralleta y la comprobó. Sacudió la cabeza.

—Odio darte la razón. Ella preparó el cañón manual, aunque la mano derecha lo cogía con torpeza; dejaron a Feril donde había caído y bajaron hacia la plaza de piedra y la torre; un basto tocón de piedra coronado de negro.

Pasaron junto a antiguos tanques quemados y oxidados todoterrenos y motos,

helicópteros caídos y estructuras de pequeños aerodeslizadores. Casi todos los cadáveres se habían descompuesto hacía tiempo y habían quedado reducidos a huesos blanqueados y harapos desteñidos, en vez de las ropas y uniformes que antes fueran; todo destrozado.

Cruzaron el campo de altos juncos, que llegaban hasta la barbilla, mientras las botas hacían crujir los charcos secos por el hielo. Miz se izó para subir al plinto de la plaza de piedra, cerca de una esquina; bajó un brazo y levantó a Sharrow.

Caminaron por la llana extensión de nieve hasta uno de los pequeños postes de piedra, colocado en una esquina de la plaza. Era como un modelo diminuto de la torre central de piedra; un tocón que subía hasta tocar un hemisferio negro.

Un cadáver con un abigarrado uniforme de colores chillones yacía delante de él, boca abajo, con las extremidades extendidas; la nieve de aquel lugar estaba salpicada de limpios agujeros que acababan en los cráteres negros y poco profundos de las losas. Miz le dio la vuelta al cadáver con un pie, sin dejar de apuntarlo con la pistola.

La cara muerta de Elson Roa miró al cielo. Tenía el pecho abierto y quemado por un láser. Parecía sorprendido.

Miz miró a Sharrow, pero ella se limitó a sacudir la cabeza.

Empujó el cadáver de Roa por el borde de la plaza, para que cayera en los juncos de abajo.

Fue fácil echar atrás la cubierta de metal agujereada que había en lo alto del poste. Estaba sobre un muelle; Sharrow la sostuvo con la mano vendada. La huella de dos lados estaba allí, justo como había dicho Feril.

Sharrow le dio el cañón manual a Miz, se quitó el guante de la mano derecha con los dientes y después, tras mirar la huella y la críptica leyenda, puso la mano con decisión sobre la fría suavidad de la plantilla de plástico.

No ocurrió nada durante unos instantes. Entonces, el plástico que tenía bajo la mano se encendió y brilló suavemente; una malla de cuatro por cinco formada por pequeños puntos apareció en el panel sobre el dedo corazón de Sharrow y empezó a desaparecer a razón de uno por segundo.

Miz y Sharrow se miraron, después miraron el estuario; se sentían expuestos y vulnerables. Un viento subió desde el valle y agitó las copas de los árboles, que dejaron caer la nieve.

Desapareció el último punto.

Oyeron un crujido detrás de ellos; se dieron la vuelta rápidamente y vieron dos puertas de metal brillante en forma de concha que surgían a cada lado de la torre, para cubrir poco a poco el hemisferio negro que se encontraba en la cima de la estructura achaparrada y encontrarse con un golpe metálico.

Oyeron otro ruido que salía del lateral de la torre que no daba al fiordo. Sharrow se quitó el guante de la boca y lo tiró por encima del muro de piedra bajo, hacia el círculo. El guante aterrizó indemne sobre la nieve. Ella se encogió de hombros, pasó por encima del muro (que le llegaba a la rodilla) y comenzó a caminar hacia la torre.

Miz la siguió.

En el lateral de la torre que daba al valle, una puerta había caído en vertical hacia el suelo y había dejado al descubierto lo que parecía ser otra puerta de cristal negro. Parecía haber un espacio pequeño detrás de la puerta de cristal negro, pero la luz del sol no hacía mucho por iluminarlo. Desde la entrada de la torre llegaba un olor a plástico. Mientras miraban, las luces del interior se encendieron; la Pistola Vaga estaba en un pedestal, en el centro de la habitación, y brillaba.

—Sí —dijo Miz entre dientes.

Sharrow se movió hacia delante; otra huella apareció a la altura de su cara, en la superficie de la puerta de cristal negro. Puso la palma sobre ella y, casi sin una pausa, aquella puerta también se hundió en el suelo.

Miró a Miz. Él asintió con la cabeza.

—Entra tú; yo me quedo aquí.

Ella avanzó y entró en la torre. Pasó rápidamente a través de las puertas que se habían hundido en el suelo y fue hacia la Pistola Vaga. Parecía real. La levantó de su plinto y la movió. Era ligera, aunque compacta; una sensación extraña y perturbadora, como algo salido de un sueño.

Así que era real. Aquella era la octava y última Pistola Vaga. La cabeza le daba vueltas; se sentía mareada. Puso la Pistola de nuevo en el pedestal y caminó hasta un agujero en el suelo, del que salía una rampa ancha que se internaba bajo la torre.

Bajó media rampa hacia el piso de abajo; un espacio con iluminación suave, quizá del tamaño de la plaza de piedra de fuera, se extendía a su alrededor. Vio equipos de cien tipos distintos, y cajas y cajones que podrían esconder cien más; un billón más, según el tamaño. Había un extraño dispositivo con forma de coche junto al pie de los escalones, apoyado en una rueda inclinada, con la cabina de un solo pasajero abierta. Cerca había algo parecido a un traje blindado de fabulosa tecnología. Un estante lleno de armas de complejidad desconcertante se encontraba al lado de lo que podría ser un grupo de satélites de cuerpo negro, recogidos para formar un carrusel. Algo parecido a una antigua unidad de radar estaba colocado en la parte de atrás de lo que debía de ser un pequeño aerodeslizador.

Todavía estaba buscando algo que tuviera alguna semejanza, aunque fuera remota, a un dispositivo de comunicaciones, cuando oyó los disparos.

Miz observó a Sharrow entrar en la torre. Estaba nervioso; había demasiada gente muerta a su alrededor. Hasta el androide se había desplomado al acercarse a medio click de aquel lugar.

El viento sopló y levantó la nieve de los árboles del valle que había detrás de la torre y de la misma plaza de piedra, para esparcirla por la plaza y meterla en los ojos de Miz. Parpadeó.

Oyó algo, como un ruido de pisadas, que se acercaba a él por detrás. Se dio la

vuelta y miró a través de la nube de nieve flotante.

Un enorme animal negro de cuatro patas cargaba contra él con la cabeza gacha. Le brillaba algo en la cabeza. Miz se quedó mirando. El animal estaba a treinta metros. Un sial; un corredor; una de las cosas que corrían en Tile, una de las bestias que alguien había estado bautizando en honor a sus derrotas y contratiempos desde hacía aproximadamente medio año.

Parpadeó; no podía estar pasando. El animal siguió avanzando; la cálida respiración le salía de las negras fosas nasales y formaba espirales en el aire. Miz levantó la metralleta y disparó.

El animal se desvaneció por completo. El ruido de los cascos se perdió en un segundo, pero después regresó, de nuevo a su espalda.

Se dio la vuelta; otro sial negro como la noche, con algo brillante en la cabeza. Apuntó con el arma. Cuando la bestia estuvo a unos diez metros de él, cuando podría haber jurado que sentía cada una de sus pisadas temblorosas a través de los adoquines bajo las botas y distinguir el gran pincho plateado que tenía atado a la frente mediante un arnés, disparó; el animal desapareció también, como si fuera un holograma.

El ruido se desvaneció y se giró para colocarse a su espalda. Miz se dio la vuelta de nuevo: dos animales corrían hacia él, con las cabezas gachas. Notó un movimiento en el portal de la torre y vio a Sharrow. Ella se deslizó por la pared del portal y cayó en la nieve.

—¡Es un puto montaje! —rugió Miz.

Miró a los dos animales que atravesaban la nieve en su dirección, mientras las pezuñas lanzaban por los aires arcos de nieve en polvo. Disparó, vio cómo la imagen parpadeaba hasta desaparecer, y se dio la vuelta para ver a otras dos bestias que se acercaban desde la otra dirección. También les disparó, hasta que la metralleta se quedó sin munición y corrió hacia el portal.

Entonces se dio cuenta de que solo había visto desaparecer a uno de los siales del primer par. Vislumbró algo que se abalanzaba sobre él por la derecha. Se dio la vuelta para utilizar la metralleta a modo de porra y metió la mano en el bolsillo en busca del láser.

Los disparos volvieron antes de que Sharrow pudiera salir dando tumbos de la rampa para llegar al portal; cuando llegó allí, vio a Miz disparar a una nube borrosa de nieve empujada por el viento. Abrió la boca para gritar, y entonces la golpeó el dolor, incandescente. Un instante después, el dolor se paró de repente y lo reemplazó una terrible parálisis, justo como si alguien la atacara con un arma aturdidora. El brazo en el que llevaba el cañón manual no se movía. Se le doblaron las piernas y se dio contra el lateral de la puerta, para después caer en la nieve.

Podía mover los ojos, parpadear y tragar; nada más. Se le había vaciado la vejiga, y si hubiera comido algo los últimos días también habría vaciado los intestinos. El

corazón sufría espasmos, latía con rapidez y de forma irregular. La respiración era superficial e incontrolable. Tenía que mirar adelante, a través de la plaza cubierta de nieve, hacia el bajo muro circular y las uves invertidas de las montañas boscosas que, negro sobre blanco, se encontraban más allá.

Sintió cómo las piedras temblaban bajo la nieve al ritmo de los cascos de las bestias, como un redoble de tambores, y vislumbró movimiento por el rabillo del ojo.

Se oyó un grito y un terrible desgarró, y después unos grandes cascos que se alejaban; un par de piernas con ropa de camuflaje daban patadas y forcejeaban en el aire delante de los brillantes cascos; después el grito se convirtió en borboteo y cesó.

Ella cerró los ojos.

Se oyó un solo grito, y después un golpe irregular a unos cuantos metros. Abrió los ojos y vio cómo las patas y el lomo negros de la gran bestia caían en la nieve. Un solo brazo enchaquetado se agitaba en el suelo detrás de la cabeza del animal.

Un sial. Una de las cosas que corrían en Tile, con cerebro de criminal. Se quedó mirando el brazo que yacía suelto en la nieve y vio movimiento. Observó cómo apretaba los dedos, para después abrirse lentamente y quedarse inertes.

La piel del sial desprendía un suave vapor en el aire fresco. Podía ver sangre en la nieve, en el lugar en el que el animal había pasado delante de ella.

Esperó. La parálisis continuó. Entonces oyó los chirridos y crujidos de alguien que caminaba hacia ella por la nieve. Dos pares de pisadas.

Vio dos pares idénticos de botas; un par fue hasta el sial caído. Podía ver a la persona que las llevaba hasta la mitad del muslo; estaba de pie junto al brazo inmóvil de Miz. Apoyaba en la nieve la culata de un enorme rifle de caza. Sharrow podía oír otras pisadas, pero solo veía aquel único par de botas. El par que tenía enfrente se inclinó al agacharse la persona que las llevaba. Vio rodillas, después unas manos entrelazadas delante de una elegante chaqueta de uniforme del color de la sangre seca, decorada con una insignia que Sharrow no reconoció; y después, una cara.

El joven se echó la gorra hacia atrás para dejar al descubierto una cara brillante de cejas rubias y un cráneo calvo. Le dedicó a Sharrow una sonrisa enorme.

—¡Vaya, lady Sharrow! —exclamó—. ¡Qué pequeño es el mundo! —Miró al punto en el que estaba agachado su gemelo, todavía con el rifle de caza apoyado en el suelo y observando al animal muerto.

El del rifle vio que ella lo miraba y la saludó alegremente con la mano. Levantó el brazo sin vida que yacía en la nieve y lo sacudió también, como si saludara. La mano de Miz se movió arriba y abajo. A Sharrow se le saltaron las lágrimas. El joven dijo: —Sí, y te has traído a algunos de tus amiguitos. Qué bonito. ¡Qué pena que el señor Kuma se haya tomado nuestras críticas tan a pecho! Se rio, y ella sintió cómo la levantaba por las axilas hasta quedar casi de rodillas. El joven se puso detrás de ella para sostenerla. —Ah, mira —dijo el hombre—. ¿No es una pena? —Le hizo cosquillas en las axilas—. Pero Molgarin estará encantado. Molgarin, pensó ella medio atontada. Molgarin; aquello quería decir algo; aquello era lo que intentaba

recordar. Molgarin... Miró por encima del cadáver abultado y todavía caliente del sial muerto, hacia el lugar en el que Miz estaba tumbado en la nieve, unido a él.

El sial tenía una especie de gran pincho de metal atado a la frente mediante una correa que le rodeaba el cuello y la cabeza. El pincho tenía metro y medio de largo, y quizá diez centímetros de diámetro en la base. El cuerno artificial había atravesado a Miz por el pecho; le sobresalía casi un metro por detrás de la chaqueta de caza. La nieve que lo rodeaba estaba brillante de sangre. La expresión era similar a la de Roa; ligeramente sorprendida.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Entonces el joven la dejó en el suelo y la tumbó con cuidado de espaldas. Sharrow tuvo tiempo de ver cómo unos hombres con trajes de camuflaje y pistolas al hombro salían de la torre con cajas, y vislumbró dos formas oscuras, impecables y muy lustrosas que se acercaban por el aire sobre el valle; mientras las observaba, frenaron y bajaron, y pudo oír el ruido de sus reactores.

En cuanto su espalda tocó la nieve, la lengua empezó a resbalársele por la garganta, pero el joven regresó para ponerla de lado, con lo que pudo volver a respirar.

—No te vayas todavía —lo oyó decir. Las pisadas sonaban en la nieve y se desvanecían detrás de ella.

La había tumbado para que pudiera ver la cara de Miz. Ella quería mirarla un poco más.

Entonces el que estaba agachado junto a él sacó un largo cuchillo de hoja vibradora y se lo puso al cuello. Ella cerró los ojos.

Cuando acabó el zumbido, al cabo de unos cuantos segundos, abrió los ojos de nuevo y vio que el segundo hombre caminaba junto a ella con una bolsa.

El ruido de los reactores estaba de repente muy cerca. Los motores chillaron, y una gran nube activa y agitada de blanco polvoriento rodó sobre la plaza de piedra.

El cadáver decapitado de Miz derramaba sangre sobre la nieve.

Las lágrimas de Sharrow también cayeron sobre la nieve. La parálisis hacía que no pudiera sollozar.

La tumbaron en una camilla y la llevaron hasta la bodega de bombas de uno de los dos pesados bombarderos de despegue y aterrizaje vertical, junto con el botín de la torre y el cuerpo, también paralizado, de Feril.

Todavía estaba tumbada de lado cuando cruzaron la plaza con ella, así que fue la primera en ver a Dloan sentado en el inicio de los árboles, no muy lejos de donde ella, Miz y el androide habían salido un cuarto de hora antes.

Dloan estaba sentado y observaba la escena al descubierto, donde era fácil verlo, y al parecer desarmado. Incluso desde aquella distancia, a Sharrow le pareció que, por la forma en la que estaba sentado, por la postura y el porte, se sentía perdido, aterrado y solo.

Lo contempló observarlos a todos, sin ninguna lágrima más que llorar.

Alguien vio a Dloan; Sharrow oyó disparos. Las pistolas se volvieron hacia él. Dloan se levantó despacio, como si estuviera cansado. Sacó algo del bolsillo y apuntó con parsimonia a los hombres de la plaza de piedra.

No tuvo que disparar; Sharrow oyó rifles de proyectiles y láser por todas partes, y vio a Dloan sacudirse, temblar y caer en una pequeña tormenta de nieve agitada.

Los disparos terminaron rápidamente y él se quedó quieto.

La metieron en la panza del gran avión oscuro.

Todos los castillos de arena

—Por supuesto, personalmente, ninguno de los dos tenemos nada contra el señor Kuma. Pero ya sabes cómo es esto; las órdenes son las órdenes, ¿eh? También es una pena lo de los solipsistas, pero así es la vida; se metieron más de lo que debían. Solo los contratamos para atacar el Coche Terrestre, pero empezaron a gestar sus propias ideas para llegar antes que vosotros a la Pistola. Tendrían que haberse retirado cuando se lo dijimos. Pero bueno, otra vez estoy igual; no quiero adelantarme a lo que tenga que decirte Molgarin. Allí vamos, mi señora, al Torreón de Molgarin, en el frío desierto más allá de las Áreas Embargadas, ¡en Lantskaar! —dijo, pronunciando la palabra con una especie de afectado deleite—. Emocionante, ¿verdad?

Había dieciséis personas en la bodega del primer bombardero, sujetas con correas a las paredes dentro de asientos envolventes: Sharrow, Feril, los dos emisarios idénticos con sus elegantes uniformes marrón rojizo, y doce hombres de anónima eficiencia, con trajes de camuflaje en blanco, casi todos armados con láser y microrrifles. Uno llevaba un rifle aturdidor; seguramente el que habían usado con ella. Solo veía bien porque estaba sujeta con las correas, con la cabeza pegada al mamparo que tenía detrás mediante un arnés. No era ninguna medida de seguridad especial para ella; el resto de los pasajeros estaban igual de atados. Lo único que Sharrow y Feril no tenían era el tirador de desenganche rápido.

El botín de la torre estaba sujeto por cinchas y tensado delante de ellos, en el centro de la bodega. Las cajas y los distintos aparatos indescifrables botaban y se golpeaban contra sus sujeciones, mientras el fuselaje que los rodeaba corcoveaba y viraba, se hundía y elevaba, todo ello acompañado por un enorme ruido, entre grito y desgarró.

El joven emisario tenía que gritar por encima del alboroto.

—No te preocupes por las fuerzas de los Estados Rebeldes, ni por los dueños de la Franquicia de Seguridad; con los primeros tenemos un acuerdo, y los segundos no pueden rastrearnos. —Movi6 los ojos para indicar el avión—. Ahora mismo vamos a unas tres veces la velocidad del sonido, un poco más altos que los árboles. Me dicen que viajar a esta velocidad tan cerca del suelo es una experiencia tan aterradora para los pilotos (y que las posibilidades de que los sistemas automáticos de seguimiento del terreno corrijan un error son tan remotas), ¡que se considera más amable tapar todas las pantallas de la cabina!

Se quedó un instante en silencio, después se rio cuando una maniobra especialmente violenta los aplastó a él y a Sharrow contra la pared de metal. El

equipo de la torre parecía colgar sobre ellos; Sharrow podía ver cómo se tensaban las cinchas que lo sujetaban y cómo comenzaban a estirarse.

—Jolines —dijo el joven; su voz sonaba forzada, ya que le costaba hablar por culpa de la tensión de la fuerza G. Un rugido mayor que el de los motores del bombardero le ahogaba la voz de todos modos—. Espero que esas cosas estén bien sujetas. ¿Verdad, lady Sharrow? ¡Si no, nos van a hacer carne picada!

Sharrow seguía intentando averiguar si aquello quería decir que no era un androide cuando se desmayó.

Se despertó al aire libre, con la discordante sensación de los sentidos al regresar; punzadas de dolor le recorrían el cuerpo, como un millón de alfileres. Le dolían hasta los dientes. La llevaban dos soldados; uno la cogía por las rodillas y el otro por las axilas. Uno de los jóvenes emisarios estaba a su lado; respiraba hondo y se daba golpes en el pecho, para después frotarse las manos.

La sacaban de la sombra del bombardero. Había aterrizado en un desierto arenoso y polvoriento; el aire estaba seco y muy frío. Había unas montañas bajas de color gris ceniza a unos cuantos kilómetros, y formaban una hondonada alrededor de la llanura de escorias de hulla, vacía salvo por los dos aviones negros y lustrosos, y unos cuantos camiones y vehículos diversos. Vio otras formas más pequeñas que trazaban arcos por los pesados cielos grises, sobre las montañas que los rodeaban.

El emisario la vio intentar mover la cabeza y le dedicó una espléndida sonrisa, mientras los dos soldados la metían en un pequeño vagón abierto.

—¿De nuevo con nosotros, lady Sharrow? —Abrió los brazos todo lo que pudo y dio una vuelta sobre sí mismo, mientras las botas comprimían la gravilla—. ¡Bienvenida a Lantskaar! —exclamó. Se inclinó sobre el lateral del pequeño vagón abierto—. Y al Torreón de Molgarin.

Vio que Sharrow intentaba mirar a su alrededor para ver el monótono desierto y las colinas áridas que lo rodeaban. Se rio.

—Está todo bajo tierra —dijo mientras subía junto a ella. Sharrow vio que un cuarteto de soldados sacaban a Feril de la bodega del bombardero—. Aunque hay —añadió el joven emisario con un movimiento de cejas— algunos muros proyectores de campos de fuerza increíblemente antiguos que pueden activarse y pillar a los desprevenidos en caso de ataque. —El coche dio un salto y comenzó a rodar en dirección a un largo agujero rectangular de la llanura—. Créeme —dijo el joven—, no es buena idea toparse con una de esas cosas cuando se encienden, no señor.

Se rio de nuevo, mientras el coche bajaba por una rampa para entrar en un túnel poco iluminado. El túnel tomaba una curva y se introducía en espiral en el suelo; una serie de enormes puertas de un metro de grosor se abrieron delante de ellos, tanto al estilo batiente como iris. El motor del coche zumbaba; detrás podía oír las notas más profundas de lo que imaginaba serían los camiones. Al cabo de un rato se le

destaparon los oídos. El joven emisario empezó a silbar.

Había un enorme aparcamiento subterráneo con mucho eco, lleno de coches, camiones, vehículos ligeros blindados y tanques. La llevaron a un ascensor que descendía hasta lo que parecía ser el vestíbulo de un hotel. La piel todavía le cosquilleaba y los músculos parecían gelatina cuando la sentaron en una silla de ruedas, la ataron y la empujaron por un pasillo suavemente iluminado, que olía como una clínica.

Un enfermero se levantó detrás de un escritorio y asintió con la cabeza al emisario, que le dio una palmadita a Sharrow y dijo:

—Es toda tuya, compi.

La metieron en una enfermería. El corazón le latió con fuerza al ver una mesa de operaciones a través de una pantalla verde. Aparecieron una doctora y dos celadoras, y procedieron a ponerse unos guantes.

La doctora le puso algo frío en la nuca, murmuró algo, después la rodeó y se puso en cuclillas delante de ella.

—Creo que puedes oírme —le dijo en voz bastante alta—. Solo vamos a lavarte y limpiarte, hacerte un chequeo adecuado y dejarte dormir un rato. ¿Vale?

Ella se quedó mirando a la mujer; de mediana edad, un poco rellenita, pelo recogido en un moño; ojos castaños. No tenía ni idea de si le decía la verdad o no.

Las dos celadoras la desnudaron, le quitaron la venda de la mano, limpiaron la herida y le pusieron un vendaje provisional antes de lavarla en una piscina de agua templada. La secaron con toallas; de forma eficiente, sin amabilidad ni brusquedad. La ayudaron a levantarse y le pusieron un sencillo camisón blanco por la cabeza. La sujetaron por ambos lados e hicieron que diera unos cuantos pasos vacilantes; después la llevaron hasta un sofá. La doctora que había visto antes le realizó unas cuantas pruebas de respuesta nerviosa que le hicieron cosquillas, pero no le dolieron. Le volvió a vendar la herida de la mano y le tomó una pequeña muestra de sangre en un frasco, que después introdujo en un analizador. La doctora le pidió que hablara. Ella lo intentó, pero no hizo más que babear. La doctora le dio una palmadita en el brazo.

—No importa; por la mañana estarás recuperada. —Preparó una jeringuilla de gas y se la inyectó en el cuello.

Lo último que recordaba eran las suaves sacudidas de la silla de ruedas al empujarla por un pasillo invisible, que parecía durar para siempre.

Se despertó en una cama cómoda. Vio una pantalla de tiempo en la oscuridad que indicaba que era primera hora de la noche. El parche que brillaba junto a ella resultó ser el interruptor de la luz.

Estaba en una pequeña habitación amueblada como un camarote. Estaba tumbada de lado, echa un ovillo en una cama nido, con una baranda baja de madera en el lado abierto. Llevaba puesto el camisón con el que la habían vestido antes. Intentó mover los brazos y las piernas, después se sentó y, tras una pausa, pasó las piernas por el borde de la cama y se agarró a la pared para ponerse de pie.

La alfombra que tenía bajo los pies era gruesa y suntuosa. El aire era cálido. La habitación tenía una estantería llena de libros reproductores, un escritorio y una mesa, una pantalla que no funcionaba y un armario lleno de ropa, toda de su talla. Al lado había un cuarto de baño con varios artículos de aseo, aunque nada que pudiera cortar.

No había ventanas; el aire entraba en silencio por unas tejas porosas del techo. La tranquilidad era tal, que podía escuchar el latido de su corazón. Había un trozo de cristal negro del tamaño de un globo ocular metido en una de las esquinas superiores de la habitación; desde allí podían verlo todo, salvo el cuarto de baño.

Intentó abrir la puerta; estaba cerrada. Se sintió débil y se sentó en la cama; después se tumbó y se volvió a quedar dormida.

La Pistola Vaga fue a ella en sueños. Parecía un hombre, pero ella sabía que era la Pistola Vaga. Estaban sentados en el pequeño camarote del Torreón de Molgarin en el que ella dormía.

Hola

... Hola Bueno, ¿qué te gustaría saber?, le dijo la Pistola.

¿A qué te refieres?

¿Qué te gustaría saber?, repitió la Pistola con paciencia.

Ella miró a su alrededor. ¿Dónde está Cenuij?, le preguntó.

Muerto, por supuesto, respondió la Pistola. ¿Qué más?

¿Y los otros?

También están muertos.

Lo sé pero, ¿dónde están?

Los muertos no están en ninguna parte. A no ser que cuentes el pasado.

¿No los volveré a ver?

Solo en sueños. O en grabaciones.

Ella comenzó a llorar.

Eres la última, le dijo la Pistola.

¿Qué?

Eres la última. Eres la última de los ocho últimos. Eres como yo; yo también soy

la última de las ocho. Tú eres yo y yo soy tú. Somos una.

No, no lo soy, yo soy yo.

Sí, tú eres tú, coincidió la Pistola. Pero también eres yo. Y yo soy tú.

Ella siguió llorando, sin saber qué decir. Quería despertarse, pero no sabía cómo.

Escucha, le dijo la Pistola. ¿Puedo hacer algo por ti?

¿Qué?

¿Puedo hacer algo por ti? Solo tienes que decirlo.

¿Qué puedes hacer?

Destruir cosas. Lo único que puedo hacer es destruir cosas. Es lo único que se me da bien. ¿Quieres que destruya algo?

¡Quiero que lo destruyas todo!, gritó ella. ¡Cada puta cosa! ¡A todos los hombres malvados y a todas las mujeres sumisas, todos los ejércitos, compañías, cultos, fes y órdenes, y a todos los estúpidos hijos de puta que los componen! ¡A todos! ¡Todo!

No puedo destruir todo en general, pero sí puedo destruir gran parte de ello. No seas estúpida. No; podría destruir muchas cosas y personas, pero no a todas ellas. Estás loca, dijo Sharrow, con más ganas de despertarse que nunca. Ninguna de las dos lo estamos, lady Sharrow, le dijo la Pistola. El hombre se levantó para salir del camarote. De todos modos, veremos lo que podemos hacer. ¿Qué quieres decir?, le preguntó ella. Respecto a destruirlo todo. Veremos lo que podemos hacer. Ella apretó la mano herida e intentó despertarse con el dolor, pero no la tenía lo bastante inflamada. ¿Qué eres?, le preguntó a la Pistola. El hombre estaba junto a la puerta. Yo soy tú, le dijo la Pistola. Soy la última de las ocho. Le guiñó un ojo. Veremos lo que podemos hacer. Ahora, duérmete.

Se despertó y olía a comida; vio una bandeja cargada sobre el escritorio. No había visto a la persona que se la había llevado; la puerta de la habitación se cerró con un clic sólido y macizo, y se cerró herméticamente.

Ella se quedó tumbada, pensó en el sueño que había tenido y tembló. Entonces el olor que le llegaba desde la bandeja la arrastró de vuelta al presente.

La bandeja contenía un desayuno lo bastante grande para dos personas hambrientas; se lo comió todo. Era media mañana. La pantalla estaba funcionando, así que vio las noticias.

Los huhsz tenían problemas, porque habían contaminado a importantes cargos de Golter, Miykenns y Fantasma de Nachtel; el Tribunal Mundial estaba recibiendo presiones para que permitiera que los burócratas enfermos terminales tuvieran acceso a tecnología médica limitada a tiempos de guerra. El Tribunal, a su vez, estaba presionando a los huhsz en busca de disculpas, cabezas de turco, indemnizaciones económicas y garantías de comportamientos futuros, a lo que la orden parecía comprensiblemente reacia. El Santuario Mundial estaba casi sitiado, y se decía que se había usado la fuerza; las defensas del cantón huhsz y los marciales de la Reserva

Laica de todo el sistema habían sido movilizados.

Se había establecido un bloqueo informativo alrededor de las Áreas Embargadas y la Franquicia de Seguridad, y había rumores sobre un enfrentamiento aéreo entre las fuerzas de la Franquicia y los Estados Rebeldes. Se habían restringido los viajes al extremo sur de Caltasp.

Parecía que la gente seguía comentando el intento de asesinato (visto en directo en las pantallas de Fantasma de Nachtel, y repetido una y otra vez en todo el sistema) de un nuevo gurú filósofo del Fantasma llamado Girmeyn.

Se sentó más cerca de la pantalla, marcó un archivo de noticias y encontró el artículo guardado hacía un par de días; un estudio, un debate en directo; políticos y representantes religiosos discutían con Girmeyn, pero él salía victorioso; encantador, pero firme.

Girmeyn tenía el mismo aspecto que ella recordaba; pelo negro, ojos oscuros y aquella extraña sensación de sabia tranquilidad. Entonces una figura se lanzó desde la audiencia y se estiró sobre una mesa blandiendo algo. Confusión, gritos y una secuencia de breves y demenciales ángulos de cámara, la mayoría de ellos con gente en medio; un plano de un cuchillo de sacrificio de aspecto peligroso manchado de sangre sobre un escritorio y de unos agentes de seguridad que blandían sus pistolas tras él; Girmeyn sangraba de una herida en la cabeza, se llevaba una mano a la herida para tocarla y le pedía a sus ayudantes y a los demás que se apartaran con la otra mano, mientras hablaba con el hombre al que habían detenido.

Entonces mostraron una toma silenciosa detrás del cristal, en la que se veía a Girmeyn, con la cabeza discretamente vendada, en una habitación con el mismo hombre; solo ellos dos, sentados en dos pequeños asientos, cara a cara, hablando; entonces el hombre se derrumbó, metió la cabeza entre las manos, y Girmeyn vaciló, alargó su propia mano y tocó al atacante en el hombro.

Ella lo volvió a ver de nuevo, y después una tercera vez. Lo último que se sabía sobre Girmeyn era que se había retirado a un hábitat asteroide.

Volvió a las noticias recientes. Las pequeñas guerras y conflictos civiles de siempre, desastres de mayor y menor tamaño, y alguna noticia de relleno para levantar el espíritu.

Se retrepó en el asiento y volvió a ver las noticias principales. Estaba mareada, igual que cuando había visto la Pistola Vaga y todo aquel almacén de antiguos tesoros bajo la torre de piedra.

Al cabo de un rato, sacudió la cabeza y apagó la pantalla.

Se duchó y después se vio de refilón en el espejo de cuerpo entero del cuarto de baño, mientras se secaba la espalda con la toalla. Se detuvo y se miró. Una mujer de mediana edad con una calva artificial. Una venda en una mano. Piel oscura bajo los ojos. Una cara que se había avejentado en poco tiempo.

Sola, pensó. Sola.

Se preguntó quién estaría detrás del espejo, mirándola.

Se vistió con un traje oscuro de pantalón y chaqueta, y con un par de zapatos pesados y prácticos. Mientras se vestía registró a conciencia la habitación, pero no encontró nada que pudiera servirle de arma.

Al final, se sentó y se puso a ver la pantalla; una vieja comedia de payasadas a buen ritmo, que la ayudó a no pensar demasiado. Los jóvenes emisarios, con sus elegantes uniformes, llamaron a su puerta media hora después y la invitaron a una audiencia con Molgarin.

Tenía a un joven a cada lado. Dos guardias los seguían unos cuantos pasos más atrás. Un ascensor los llevó aún más abajo y realizó alguna que otra parada, mientras que unos ruidos sordos, de zumbidos y golpes, anunciaban lo que parecían ser compuertas a prueba de bombas al abrirse y cerrarse.

Finalmente, un corto pasillo lleno de puertas enrollables los condujo hasta una rampa baja que se introducía en la oscuridad. Los guardias se quedaron al pie de la pendiente. Ella siguió caminando entre los dos jóvenes emisarios; cada uno la cogió por un brazo, amables pero firmes. Un ruido sordo apagó la luz tras ellos.

El espacio en el que habían llegado era un gigantesco búnker circular, negro como el carbón, salvo por una serie de unas veinte proyecciones en forma de ranura repartidas de forma regular por las paredes, al parecer con vistas al frío desierto gris y al distante anillo de montañas de color ceniza que había visto el día anterior. Se preguntó si las proyecciones serían grabaciones, pero imaginó que las reproducirían en tiempo real. El cielo sobre las montañas era claro, fino y azul.

Era difícil calcular la distancia pero, mientras la conducían al centro del búnker, imaginó que tendría al menos cuarenta metros de diámetro. La oscuridad hacía que las vistas del desierto que la rodeaban brillasen y le dañaran los ojos.

Los dos emisarios se detuvieron; Sharrow también lo hizo, y le soltaron los brazos.

Los focos del techo brillaban delante de ella e iluminaban una tribuna negra circular; los escalones eran apenas visibles, gradaciones de sombras sobre sombras. La tribuna culminaba en un trono alto y sencillo hecho de un material negro brillante, que podría haber sido cristal, azabache o incluso madera muy pulida.

El hombre sentado en el trono estaba vestido con una suntuosa toga multicolor, aunque predominaban el morado y el dorado. La gruesa toga escondía su silueta; podría ser cualquier cosa, desde constitución media a obeso. La cara parecía rellena, pero saludable; estaba bien afeitado y la cabeza, cubierta de rizos cortos y negros, estaba desnuda. Tenía al menos un anillo en cada dedo, y llevaba dos pares de pendientes en las orejas y un par de ellos en la nariz. Un broche le brillaba en la ceja

del ojo izquierdo.

Los dedos lanzaron espléndidos destellos al entrelazar las manos con indiferencia. Sonrió.

—Lady Sharrow —dijo—. Mi nombre es Molgarin. Nos conocimos una vez hace ya mucho tiempo, pero no espero que lo recuerdes; eras muy joven.

Su voz era uniforme y tranquila; sonaba más viejo de lo que parecía.

—No, no lo recuerdo —dijo ella. Le pareció que su propia voz no tenía entonación alguna—. ¿Por qué mataste así a Miz?

Molgarin agitó una mano con desdén.

—Me estafó con algo que era mío por derecho, hace muchos años. Una de las habilidades que se desarrollan cuando se ha vivido mucho es la de saber disfrutar de la venganza, y la de planear y llevar a cabo actos merecedores de dicha habilidad. —Molgarin sonrió—. Pero al final, lo cierto es que hice que lo mataran para verte sufrir. —La sonrisa desapareció—. Por favor, siéntate.

Los dos jóvenes emisarios la volvieron a coger de los brazos y la obligaron a avanzar; los tres se sentaron en el último escalón de la tribuna, con el cuerpo ligeramente torcido para poder ver a Molgarin. Él se llevó los brazos a los costados lentamente.

—Creo que insultaste a mis emisarios —dijo Molgarin, mientras los dos jóvenes sonreían a Sharrow con satisfacción—. Y, a través de ellos —siguió Molgarin—, a mí. —Se encogió de hombros—. Así que te castigué. Siempre insisto en castigar a los que me insultan.

—Sí —dijo el emisario que Sharrow tenía delante—. Deberías ver lo que tiene pensado para ese primo tuyo.

Molgarin se aclaró la garganta, y el joven lo miró; después miró de nuevo a Sharrow con una sonrisa conspiradora. Los focos se reflejaban en su calva.

—En fin —dijo Molgarin—, ese canalla está muerto. Pero por favor, no creas que he hecho todo esto para molestarte, o por venganza contra Kuma. Mi propósito tiene un poco más de substancia.

Molgarin se echó atrás en su trono y volvió a entrelazar las manos.

—Como ya te imaginarás, lady Sharrow, te hemos utilizado. Pero lo hemos hecho con un objetivo mucho más valioso que el simple lucro o la gloria individual. Los intereses a los que tengo el gusto de representar, y yo mismo, no tenemos ningún interés en la parafernalia del poder. Estamos más preocupados por la salud de Golter y de su sistema; por el bien de nuestra especie.

—¿Entonces, no eres otro gilipollas con ansias de poder? —dijo ella en tono impersonal—. Bueno, entonces no hay problema.

Molgarin sacudió la cabeza.

—Ay, ay —dijo él—. Algo peor que el cinismo debe acecharnos cuando ni siquiera nuestra aristocracia es capaz de aceptar que los ricos y poderosos puedan estar motivados por algo que no sea la simple adquisición de mayores influencias y

riquezas. —Ladeó la cabeza, como si estuviera realmente perplejo—. ¿Es que no lo ves, lady Sharrow? Cuando uno ya cuenta con cierta cantidad de ambas cosas, recurre a las aficiones, a las buenas obras o a la filosofía. Algunos se convierten en mecenas de las artes o se dedican a la beneficencia. Sepuede decir, siendo benévolo, que otros elevan sus propias vidas a la condición de obras de arte, y se comportan como las masas piensan que se comportarían si ellas mismas tuvieran la oportunidad. Y algunos de nosotros intentamos no limitarnos a entender nuestra historia, y deseamos ejercer una influencia real en el transcurso de los acontecimientos futuros.

»Reconozco que, en mi caso, al estar fuera de la jurisdicción del cáncer al que llamamos Tribunal Mundial, me interesa más el futuro que a la mayoría, ya que espero vivir para verlo, pero... —Molgarin vaciló, ya que esperaba una reacción en ella que no obtuvo. Siguió hablando—. Sí, soy lo que hemos decidido llamar inmortal. Llevo siéndolo unos cuatro siglos y espero seguir siéndolo durante mucho más tiempo... Pero veo que no te impresiono. Probablemente no me creas. —Agitó una mano—. No importa.

—Sí que lo es, ¿sabes? —susurró el emisario que Sharrow tenía detrás.

—Los chiquillos románticos, como tu primo —siguió diciendo Molgarin—, querrían que volviéramos a una edad dorada que nunca existió, en la que la gente respetaba a la aristocracia, y el poder estaba seguro en manos de unos cuantos individuos. Mis colegas y yo creemos que se necesita un estilo más emprendedor y corporativo: uno que libere el espíritu ingenioso y emprendedor connatural al hombre; que lo libere de la mano muerta del Tribunal Mundial y de sus miserables y castrantes restricciones.

»Por ello, nosotros, como tu primo, pensamos que sería prudente reunir todos los tesoros y logros posibles, legado de eras anteriores y más progresistas, sobre todo dada la atmósfera ciertamente febril que empieza a generarse con la llegada del decamilenio. Aunque, en nuestro caso, este repentino arranque acaparador pretende tanto evitar que dichas reliquias caigan en manos imprudentes como las de tu primo, como utilizarlas para nuestros propios planes, que no tienen por qué depender tanto de esos detalles físicos tan vulnerables.

Molgarin se encogió de hombros.

—La verdad es que es una pena; en cierto momento creímos que tu primo podría pensar como nosotros. Hasta lo invitamos a seguirnos, pero demostró tener esas ideas propias tan tontas y vanidosas. Francamente, nos ha supuesto unas molestias considerables. —Molgarin se encogió de hombros—. No importa. Ahora que tenemos todo lo que nos ha proporcionado tan amablemente, podemos tratar con él como nos plazca. Estos... artilugios nos servirán de cebo, como mínimo. —Molgarin sonrió levemente—. Tu amigo Elson Roa descubrió lo que pasa cuando alguien coopera y después se enfrenta a nosotros; tu primo también aprenderá la lección por las malas, aunque pretendo alargar el proceso un poco más en su caso. Por otro lado, los que nos ayudan (como el señor Jalistre, a quien creo que conoces de la Casa del

Mar), reciben una considerable recompensa. Creo que debería regalarle algo de esta selección.

Molgarin miró a un lado. Se encendieron más luces del techo, y Sharrow pudo ver a Feril de pie a unos diez metros, con una voluminosa abrazadera en el cuello. La Pistola Vaga estaba cerca, sobre una gruesa columna de cristal claro, junto al extraño vehículo de una sola rueda inclinada que había visto bajo la torre, y una docena de otros fragmentos y piezas de lo que parecía ser una tecnología antigua y exótica; no pudo reconocer nada.

—Llámame sentimental —dijo Molgarin—. Pero pensé que sería justo rescatar todo lo que tenía la torre y su cámara subterránea, aunque el resto no son más que baratijas comparadas con la Pistola Vaga. ¿Ves?; hasta trajimos a tu pequeño amigo androide. —Molgarin elevó un poco la voz—. Puedes saludar, máquina.

Feril levantó una rígida mano y saludó.

—Le preocupa el collar de seguridad —le explicó Molgarin a Sharrow con una sonrisa—. La verdad es que resulta seguro, siempre que no dé más de un paso en cualquier dirección.

Molgarin se levantó del trono y se acercó a la Pistola Vaga. Estaba un poco menos gordo y era un poco más alto de lo que Sharrow se había imaginado. Le dio unos golpecitos a la reluciente caja de plata bruñida. Sharrow se dio cuenta de que también tenía una especie de dispositivo; una gruesa barra de metal retorcida alrededor de la empuñadura de la mano derecha, asegurada con un candado, para evitar el acceso al mecanismo del gatillo.

—Cuando llegue el momento oportuno —dijo Molgarin—, esto hará que nuestra vida sea mucho más fácil. —Se dio la vuelta para dedicarle una sonrisa a Sharrow—. La verdad es que tu familia ha hecho mucho por nuestra causa, a pesar de que se nos haya enfrentado casi en todo momento; tanto es así, que casi me siento mezquino por haber tenido que hacer lo que se ha hecho. —Se alejó de la Pistola, aunque no se acercó a su tribuna—. Por no mencionar lo que hay que hacer.

Se encendió otro foco y apareció una figura de pie junto a Molgarin. Era ella.

Sharrow se miró a sí misma. Su imagen parpadeaba por la fuerte luz del foco del techo y miraba a Molgarin con una expresión entre el miedo y la perplejidad.

Aquella nueva Sharrow todavía tenía su cabello largo, negro y rizado; llevaba un traje negro, largo y conservador, idéntico al que Sharrow había decidido ponerse.

Molgarin acercó una mano a la otra Sharrow; la mujer le ofreció la mano izquierda. Molgarin la cogió con la suya.

Sharrow sintió cómo los dedos de su propia mano izquierda empezaban a dolerle. Intentó levantarse, pero el joven que tenía detrás la cogió por el cuello, mientras el que tenía delante la agarraba por los pies.

Su imagen, con la mano aplastada dentro de la de Molgarin, gritó justo antes de que lo hiciera ella.

El dolor desapareció de golpe. Sharrow vio cómo su imagen lloraba y se tocaba la

mano herida con la otra.

Molgarin sacudió la cabeza y le dedicó una radiante sonrisa a la Sharrow real.

—Si supieras el autocontrol que tengo que ejercer con este juguete —le dijo. Se dio la vuelta y acarició la mejilla de la mujer. Ella no pareció darse cuenta—. Aunque, por supuesto, he disfrutado de ella —dijo Molgarin. Miró a Sharrow—. Está totalmente vacía —dijo señalando a su imagen con la cabeza—. Su mente está totalmente vacía. —Sonrió con más ganas—. Como debe ser, claro.

Sacó algo de la toga. Era el cañón manual.

—Permíteme que te presente a tu clon, lady Sharrow —dijo Molgarin. Apuntó con la pistola a la cara de la mujer—. Clon de Sharrow —dijo dulcemente—. Este es el cañón manual de Sharrow.

La mujer miró la boca del arma, desconcertada.

Sharrow intentó soltarse.

—¡Hijo de puta! —gritó.

El clon la miró al oírla gritar, y después volvió a apartar la mirada. No daba la impresión de haberse reconocido a sí misma en Sharrow.

—Oh, me temo que nunca nos hemos molestado en enseñarle ningún idioma, lady Sharrow —le explicó Molgarin—. Tampoco le hemos enseñado nunca un espejo —dijo con voz ausente. Dirigió la pistola justo al ojo de la mujer. Ella echó la cabeza un poco atrás.

—Mi pequeña flor de un día es una dulzura, ¿verdad? —preguntó Molgarin, mientras movía la pistola de un ojo al otro. La mujer se ponía bizca al seguir el movimiento de la pistola.

—La he tenido durante un par de años —dijo Molgarin en tono familiar—. Solo siento no haber recogido las células necesarias en aquel hospital minero de Fantasma de Nachtel, cuando implanté el virus de cristal. Pero bueno.

Molgarin siguió moviendo la pistola de un lado a otro, y después dijo:

—Sí; he disfrutado de su compañía durante los últimos dos años, más o menos.

Pero ahora tengo a la de verdad. Disparó a la mujer en el ojo derecho. Sharrow dio un respingo, se mordió para no gritar y sintió que se le cerraban los ojos al ver cómo la parte de atrás de la cabeza de la mujer desaparecía en una nube roja, y cómo su cuerpo volaba hacia atrás en la oscuridad. Mantuvo los ojos cerrados y sintió que temblaba sin control; intentó controlarse, pero no podía.

El joven que tenía detrás la sacudió.

—¡Huy! —le susurró. Ella abrió los ojos, todavía temblorosa, con el pecho jadeante. Reprimió los sollozos, escuchó su propia respiración y miró a través de las lágrimas a Molgarin, que se acercaba a ella.

—Oh, ahórrate tu pena, lady Sharrow —le dijo mientras se guardaba la pistola en la toga, con una pequeña arruga en la frente que se unió a la débil sonrisa de los labios—. Era una página en blanco —dijo Molgarin extendiendo los brazos—. Una nada; ni siquiera humana. —Se rio con ligereza—. Si te sirve de algo.

Se quedó de pie delante de ella un momento, después se dio la vuelta y regresó a su trono. Se sentó con una pierna cruzada sobre la otra.

—¿Qué, lady Sharrow? —dijo tras una pausa—. ¿Ningún insulto, ninguna amenaza, ninguna palabrota, ninguna bravata? —Sacudió la cabeza—. Te lo advierto, no me sentiré satisfecho hasta que me llames algo espantoso (con alguna de esas palabras desagradables, sin duda) y se te ocurra algún destino improbable y doloroso que solo podrás desearme, aunque yo tenga todos los medios (y, por lo que sabe, la intención) de hacértelo sufrir a ti. —Parecía terriblemente satisfecho de su sentido del humor.

Ella seguía respirando con dificultad; intentaba reprimir su terror, intentaba sacar fuerzas de alguna parte, de cualquier parte. Se quedó mirándolo, sin saber cómo expresar lo que sentía.

Molgarin la miró con tolerancia y paciencia, como si se divirtiera. Después su expresión cambió. Frunció el ceño y miró las vistas del desierto que se desplegaban en un amplio círculo por la cámara.

—¿Qué? —exclamó Molgarin. Parecía distraído. Observó las pantallas y se dio la vuelta para mirar las que tenía detrás—. ¿Qué? —repitió, y se llevó una mano a uno de los pendientes—. ¿Cómo?

Ella levantó la mirada. Las vistas alargadas del desierto ya no eran secciones estáticas de un panorama pacífico. Unos puntos bailaban por el cielo sobre las montañas, en tres direcciones distintas. Una especie de carga de caballería tenía lugar en dos de las pantallas; los guardias del Torreón huían de las tropas montadas y tiraban las armas.

—¡Bueno, pues hazlo! —exclamó Molgarin, todavía con la mano en la oreja y sin mirar a Sharrow—. ¡Ahora! —gritó—. ¡Lo que sea!

Sharrow vio que el emisario que tenía delante miraba preocupado al que le sostenía los brazos. El que tenía a los pies la soltó y sacó una pequeña pistola láser de la chaqueta de su uniforme.

Se produjo un movimiento repentino en varias pantallas. Una serie de grandes explosiones grises se elevaron lentamente de la superficie del desierto. Siguieron expandiéndose y levantándose. Parecían tan inmensas que esperaba poder oírlas a pesar de la profundidad a la que se encontraban, pero comenzaron a decaer en silencio.

Molgarin se dio la vuelta. Miró a los dos emisarios, y después le dedicó una sonrisa temblorosa a ella.

—Parece que nos están... —empezó.

El suelo tembló, y una tercera parte de las vistas alargadas se oscureció de repente. Feril miraba concentrado las confusas escenas que aparecían en las que quedaban. Molgarin le echó un vistazo a las pantallas oscuras. El emisario del láser las miró también.

—Parece que nos están atacando, lady Sharrow —le dijo Molgarin—.

Probablemente ese irritante primo tuyo. —Parecía que le costaba tragar—. Te prometo que este será su último melodrama romántico, mi lady. Sufrirá por ello, y tú lo verás sufrir. —Molgarin miró a los dos emisarios—. Vigiladla —les dijo; después apoyó la cabeza en la espalda del trono y se agarró con fuerza a los reposabrazos.

El escalón superior de la tribuna se levantó y se llevó el trono con una gran ráfaga de aire y una atronadora vibración que salió del suelo de la cámara; el trono desapareció por el techo, a unos diez metros de altura, y dejó una sólida columna negra en el centro de la habitación circular.

Antes de que los dos emisarios pudieran reaccionar, toda la cámara tembló, las otras vistas alargadas se oscurecieron, y todas las luces del lugar se apagaron y dejaron la habitación en tinieblas.

Ella se arrastró, se retorció, se agachó y tiró por encima de ella al emisario que le sujetaba los brazos.

—¡No! —gritó el hombre.

Se oyó un súbito chasquido, la luz parpadeó una vez y después, mientras ella se lanzaba a un lado y el emisario rodaba lejos, se oyó un grito que se convirtió en chisporroteo y borboteo. Ella se quedó tumbada, en silencio, sobre los escalones. Olía a carne asada.

—¿Gemelo? —preguntó una voz trémula y vacilante. Le respondió un gorgoteo. Ella comenzó a moverse—. ¿Gemelo? —repitió la voz, ya con una nota de pánico. Otro borboteo. Ella se acercó más, corrigió, anticipó. Un temblor sacudió el búnker; se oyó un crac tremendo, y un ruido de rotura y tintineo a un lado—. ¡Gemelo! —gritó la voz.

El último chillido angustiado fue suficiente. Ella se levantó en silencio, cerró los ojos y lanzó una patada.

—¡Geme... uf! —se cortó la voz.

Sharrow dio un paso a un lado; el parpadeo del disparo de láser, que llenó de luz blanca el lugar donde acababa de estar, bastó para que ella pudiera verlos a los dos, capturados como en la caída de un rayo; el que la había sujetado estaba tendido en el suelo al pie de los escalones que llevaban a la columna negra, y el otro estaba agachado de lado en el suelo, delante de ella, y miraba los escalones con el láser en una mano y la otra mano en el pecho.

Levantó el pie izquierdo para golpearle la cabeza. El zapato pesado y práctico dio en su objetivo con una fuerza que le sacudió toda la pierna. Sharrow cayó al suelo.

El borboteo surgió otra vez a unos metros de ella, y después oyó un ruido, como un ronquido, más cerca. El búnker se sacudió de nuevo, y Sharrow escuchó lo que parecían ser escombros cayendo por alguna parte.

—¿Lady Sharrow? —dijo una voz distante. Feril. Ella no dijo nada.

—Lady Sharrow —dijo Feril con calma—. Te puedo ver. La pistola láser que

llevaba el hombre al que acabas de golpear le salió volando de la mano y se encuentra aproximadamente a unos siete metros a tu derecha. —Feril hizo una pausa—. No creo que ninguno de los dos jóvenes te moleste de momento —añadió.

Ella se levantó y caminó con rapidez hacia su derecha, todavía en silencio.

—Solo dos pasos más —dijo Feril—. Para. La pistola está a un metro a tu izquierda.

—La tengo —dijo ella al levantar el arma.

—Creo que uno de los jóvenes a los que has inutilizado tiene la llave electrónica del collar de seguridad explosivo que tengo puesto —dijo Feril mientras otro temblor sacudía el suelo bajo sus pies—. Si pretendes quitármelo, claro —añadió. Como si se disculpara.

Ella se dio la vuelta y comenzó a caminar a través de aquella oscuridad absoluta.

—¿Voy bien?

—Para —dijo Feril—. Sí; estás a un paso del joven al que le has dado la patada. Ella palpó el suelo.

—Así que no eran androides —dijo Sharrow.

—No, creo que son clones, pero por lo demás son seres humanos normales —dijo Feril. Hizo una pausa—. Bueno... El hombre respiraba con dificultad; ella apuntó al lugar de donde venía la respiración y después le registró la chaqueta.

—Esto parece una llave electrónica. El androide la guió hasta él.

—La ranura está por detrás —le dijo. La llave entró, el collar emitió un zumbido alarmante, y después una pequeña luz blanca se iluminó y el collar se abrió con un clic. Ella se lo quitó y lo dejó en el suelo, que volvió a temblar mientras lo hacía. Se oían más ruidos de destrozos a lo lejos.

—¿Cómo llego hasta la Pistola Vaga? —preguntó Sharrow.

—¿Tu mano? —le pidió Feril. Ella tembló y apretó los dientes al extender la mano en la oscuridad. Feril le sostuvo la mano vendada con delicadeza; caminaron hacia el frente—. Aquí está —le dijo el androide.

Ella palpó la pared y cogió el dispositivo.

—Genial —dijo—. Ahora solo tenemos que intentar encontrar la forma de salir de aquí.

—Si me permites una sugerencia —dijo Feril, con voz tranquila—. Mientras estaba cerca de él antes, tuve la oportunidad de escanear el vehículo monorrueda que sacaron de la torre. Parece que funciona.

—Hmm —dijo ella—. O podríamos esperar aquí a que aparezca mi primo.

—Ah —dijo Feril con cuidado—. No estoy muy seguro de eso.

—¿No?

—Pude observar la acción que tenía lugar en la superficie desértica y en las colinas cercanas mediante las pantallas de alta definición integradas en las paredes de este lugar. La primera oleada de atacantes con armas relativamente ligeras no era identificable. Sin embargo, los de la segunda oleada, que parecían luchar tanto contra

las fuerzas defensivas del Torreón como contra la primera oleada de atacantes, eran huhsz, casi con total seguridad.

—¿Huhsz? —le preguntó ella a la oscuridad.

—Creo que sí. Había ciertas insignias en las alas de los aviones que formaban...

—¿Estás seguro? —le preguntó ella.

—Estoy seguro de lo que vi en las pantallas —dijo Feril con cautela.

—Dioses —dijo ella—. Pero si Geis está lo bastante loco como para cruzar las Áreas, seguro que ellos también. —Se llevó la Pistola a la cadera, para sostenerla como si fuera un niño—. ¿Dónde está el monorrueda?

—Por aquí.

El suelo se combó bajo sus pies y estuvo a punto de derribarla. Otro estruendo devastador sonó en una lejana parte del búnker.

El androide la ayudó a subir a la cabina abierta del vehículo monorrueda. Ella metió la Pistola Vaga en el largo hueco para los pies, junto a lo que parecía ser un par de pedales colgantes, y después se sentó. Había un pequeño compartimento justo detrás de la cabina; Feril subió y metió las piernas en él, sentado en la parte de atrás del vehículo, justo frente a la rueda inclinada. El vehículo se movió un poco, con la sombra de un zumbido.

—¿Y ahora qué? —preguntó Sharrow, que tuvo que elevar la voz por encima de un rugido que surgía de algún lugar de la oscuridad que tenían delante. Una ráfaga de aire caliente soplaba a su alrededor y le lanzaba polvo a la cara. Cerró los ojos.

—Prueba con esto —dijo Feril—. Perdona. —Sharrow sintió cómo se inclinaba sobre ella y la doblaba hacia delante; oyó un clic, y las luces se iluminaron. El androide se volvió a echar atrás. Ella se dio la vuelta para mirarlo; su cara brillaba suavemente a la luz verde que derramaban la pantalla y los instrumentos del vehículo.

—Quizá debas conducir tú —le dijo Sharrow.

—Esta posición queda un poco al descubierto —le dijo él—. Permíteme que te dirija.

—Vale. —Se dio la vuelta y estudió los controles; un volante con dos palancas de mando y botones integrados en ellas, dos pedales para los pies; distintos indicadores, pantallas y hologramas táctiles, y una pantalla que parecía flotar en el aire frente a sus ojos.

Pisó un pedal; el morro del monorrueda bajó. El otro pedal lo equilibró de nuevo. Cogió los controles y apretó los dos; tenía la mano izquierda rígida y le dolía un poco, pero podía soportarlo. Los instrumentos pitaban. No pasó nada más hasta que soltó la palanca de la izquierda. El monorrueda dio un salto adelante, y ella se golpeó la cabeza contra el reposacabezas de su asiento.

—¡Para! —chilló Feril. Ella soltó la palanca y se detuvieron al instante. Sharrow sintió que el androide se daba la vuelta detrás de ella.

—Oh, bueno —dijo Feril tras volver a mirar adelante—. De todos modos, supongo que no le tenías mucho aprecio a ese joven.

—¿Muerto? —le preguntó ella.

—Totalmente —respondió Feril. Ella encontró las luces y otra pantalla holográfica, que podía cambiarse a radar, ultrasonido o electromagnética pasiva.

—Joder —dijo Sharrow—. Una vez tuve una unidad como esta en una moto. —Seleccionó la pantalla electromagnética y la ajustó a nivel «óptimo».

Estaba sentada sobre el cinturón de seguridad; se levantó, sacó las correas y se las ajustó. La pantalla holográfica le mostró todo el búnker que tenía delante en tonos grises; el techo se había derrumbado en dos lugares, como mínimo. La rampa por la que habían entrado estaba caída a su izquierda.

Se oyó un ruido amortiguado arriba, seguido de otra ráfaga de aire caliente.

—Creo que deberíamos irnos de aquí con cierta rapidez —dijo Feril.

—Yo también —dijo ella—. ¿Listo?

—Listo. Te sugiero que te dirijas a la rampa.

—Allá voy. —Presionó un poco la palanca de la derecha y el monorrueda avanzó por encima del suelo con un zumbido; después inclinó la rueda y el vehículo se giró. Ella observó el cuerpo aplastado del joven emisario al que había golpeado y después atropellado. Estaba claro que el monorrueda pesaba bastante.

El otro emisario estaba tumbado inmóvil al pie de la tribuna. El pecho, el cuello y la cara seguían calientes. Le pareció oírlo gemir. Sacó el láser de la chaqueta, asomó el brazo por el lateral de la cabina y le disparó dos veces en la cabeza. Se detuvo una vez más junto al otro cuerpo que se enfriaba en el suelo; después dejó a su imagen allí tumbada y aceleró el monorrueda por la rampa. Había una puerta.

—Un minuto —dijo Feril—. Creo que solo necesita un código de radio bastante simple.

La puerta rodó a un lado y dejó al descubierto el corto pasillo lleno de puertas enrollables.

—Bien hecho —dijo Sharrow mientras hacía que el monorrueda avanzara.

—Es un placer. —La segunda puerta enrollable de la izquierda se arrugó, al mismo tiempo que oían un estruendo a su alrededor—. Creo que es la puerta que está frente a esta —dijo Feril—. Necesitaremos el cañón del vehículo.

—¿Cañón? —preguntó ella mientras se giraba para mirar al androide.

Él asintió.

—Creo que esto era un cazador robotanque; un vehículo deportivo usado por los magnates vrosal tras la...

Otra explosión sacudió la puerta enrollable.

—¿Controles de puntería y disparo? —preguntó ella con rapidez.

—Apuntas todo el vehículo —respondió Feril—. Los pedales controlan el ángulo del morro, el cursor rojo de la pantalla del parabrisas tiene el blanco, y el botón rojo encima de la palanca de la izquierda sirve para disparar.

Ella disparó a la puerta; vieron una explosión de luz que surgía de la parte inferior del vehículo, se oyó un estallido que le hizo zumbar los oídos, y apareció un solo agujero diminuto en la puerta enrollable. Un instante después, la puerta se combó y explotó al hacerlo también el proyectil que tenía incrustado.

Los escombros saltaron hacia ellos; Sharrow se agachó, miró a Feril, que parecía ileso, y pasó con el monorrueda sobre los restos de la puerta. El vehículo rodaba con una misteriosa suavidad sobre un túnel circular con raíles gemelos de metal dentado. Había unos automotores de plataforma en los raíles; más allá, el túnel subía en espiral.

—Así es cómo me trajeron —dijo Feril—. Creo que conduce hasta un lugar justo por debajo de la superficie.

—Quizá pero, ¿cómo pasamos por encima de esos vagones de plataforma?

—Creo que este vehículo es bastante sofisticado para nuestros tiempos; sugiero que pases por encima de ellos.

—Vale —dijo Sharrow. Avanzó despacio con el monorrueda; el vehículo trepó sobre los vagones como si no estuvieran allí. Sharrow miró atrás y se encogió de hombros, después siguió avanzando a mayor velocidad por el túnel en espiral.

Había puertas blindadas, pero habían abierto todas.

El monorrueda siguió zumbando por el túnel en espiral durante varios minutos sin incidentes, y al final salió a una estación de clasificación subterránea. Oyó disparos de gran calibre que retumbaban a lo lejos y vio relámpagos reflejados en el hormigón gris acanalado del techo.

—Por ahí, creo —dijo Feril mientras señalaba unas columnas de soporte, lejos de los disparos, pero hacia una zona de la estación que estaba nublada por el humo.

El monorrueda corrió sobre una tracería de vías y mantuvo una estabilidad perfecta. El vehículo cruzó un puente sobre otro nivel de la estación subterránea, que estaba cubierto de humo; después del humo, encontraron los cadáveres de un guardia del Torreón y de uno de los atacantes originales. El guardia del Torreón todavía estaba agarrado a su rifle. Lo habían decapitado, probablemente con la espada ensangrentada que colgaba de una cuerda prendida alrededor de la mano del otro hombre muerto, que yacía sobre los raíles del puente subterráneo con la túnica casi arrancada por la explosión de la granada que lo había matado. Sharrow se quedó mirando el brazo derecho desnudo al pasar y frenó para verlo mejor. Sacudió la cabeza y volvió a acelerar. La boca negra de otro túnel se abrió para tragarse al veloz monorrueda.

El Equipo de Mando Táctico Avanzado entró en la Ciudadela Profunda a través de una abertura en el techo. Estaban cubiertos de polvo y apestaban a humo. Un par de ellos tenía heridas leves, aunque casi no habían encontrado resistencia. Los propios defensores del Torreón parecían haber sido eficazmente desarmados por los

atacantes originales, que a su vez no habían estado equipados con armamento pesado.

Uno de los defensores del Torreón había sido capturado y obligado a cooperar; los había guiado hasta allí, hasta la sala del trono.

El trono en sí había desaparecido, había huido a través del tejado; los equipos técnicos todavía intentaban entrar en los túneles seguros de los dos niveles inmediatamente superiores. Sospechaban que el señor de aquel laberinto subterráneo había escapado volando y que se había llevado a su presa con él. Había muchos túneles y vías de escape que daban al desierto o a las montañas que lo rodeaban, y no habían podido encontrar todos en el poco tiempo del que habían dispuesto entre el momento en el que les habían concedido el permiso para la incursión y el inicio del ataque en sí, precipitado por la llegada de las fuerzas que los habían precedido, provistas de pintorescas monturas y armas ligeras.

Exploraron los restos de la cámara circular con visores nocturnos. Fantasmas, pensó el sacerdote coronel. Somos como fantasmas. Estaban casi a un kilómetro bajo tierra, y temían que todo se destruyera una vez que el hombre que había dirigido aquella fortaleza hundida hubiera escapado.

—¡Señor! —gritó un novato desde el otro lado de la columna negra que llenaba la mitad de la cámara oscura. El sacerdote coronel y sus ayudantes se acercaron al novato, que estaba de pie y señalaba con una pistola temblorosa el cadáver del suelo. Todos lo observaron durante un rato. Dos de sus hombres lloraron; varios ofrecieron plegarias silenciosas dando gracias.

—Es ella —dijo una voz.

—Análisis —dijo el sacerdote coronel.

Un ayudante se agachó junto al cadáver y desenganchó un voluminoso equipo de su mochila.

—Envía los resultados directamente al Santuario —dijo el sacerdote coronel. Otro ayudante se arrodilló y sacó una potente unidad de comunicaciones.

El sacerdote coronel se arrodilló también y se quitó los guantes blindados. Tocó la mano pálida y fría de la mujer muerta.

—Quiero que envíen inmediatamente muestras de tejido físico al Santuario —dijo—. El primer ayudante sacó un pequeño frasco de la túnica y arrancó una pequeña tira de carne cerca de lo que había sido el ojo derecho de la mujer. Selló el resto sangriento en el frasco y se lo pasó a otro creyente, el joven novato que había encontrado el cadáver.

—Llévate mi nave —le dijo el sacerdote coronel, tras quitarse un anillo del dedo y entregárselo al novato—. Vuela directamente al Santuario. Que Dios sea contigo.

El novato saludó y salió corriendo.

El sacerdote coronel se quedó mirando el cadáver del suelo, mientras la máquina de análisis genético zumbaba y emitía chasquidos.

La batalla se había extendido a lo largo de una amplia zona. Las tropas montadas en bandamyion habían descendido de sus transportes preparadas para el ataque y acababan de comenzar su avance tras desactivar las defensas del Torreón, cuando ellas mismas habían sido superadas por las fuerzas huhsz; su cañón de arnés ligero, sus carabinas láser, pistolas y espadas ceremoniales no eran rival para las armas de proyectiles de alta velocidad, los misiles inteligentes, las cargas de demolición de túneles con forma de impulso y los láser de rayos X aéreos de los huhsz.

El monorrueda atravesó a toda velocidad el destrozado iris de una puerta en la parte baja de las estribaciones sobre el desierto, después se giró con elegancia y aceleró ladera arriba; cada cresta y canto rodado que atravesaban era una suave onda de movimiento, como si la rueda flotara, o como si su carrocería saltara sobre los obstáculos y dejara tan solo un débil rastro de polvo detrás, mientras su cuerpo camuflado fluía en un constante cambio de dibujos y tonos ocres y grises. El aire rugía; la pantalla transparente de la cabina se elevaba líquida alrededor de ella con voluntad propia para reducir el impacto del viento.

Presionó un poco más la palanca del acelerador; el monorrueda subió aún más rápido y la obligó a echar la cabeza atrás sobre el asiento. Ella dejó escapar la palanca; el vehículo empezó a frenar por inercia hacia la cima de la cresta.

Lo frenó con la palanca izquierda. El vehículo se detuvo con un ronroneo, y después se quedó totalmente inmóvil y silencioso sobre su rueda inclinada.

La mujer y el androide observaron la hondonada del desierto. La batalla era una columna grande, ancha y lenta de humo y polvo sobre el centro de la depresión. Habían abierto una docena de cráteres en la superficie del desierto, cada uno de ellos de unos cien metros o más de diámetro y la mitad de profundo; el humo salía de tres de ellos.

Mientras observaban, una forma gris surgió rápidamente de uno de los otros cráteres, dio una vuelta en el aire y se alejó de allí; subió rápidamente conforme giraba al nordeste y adoptaba el color del cielo. Su estampido sónico parecía casi suave en comparación con las chisporroteantes detonaciones de la munición en el desierto.

Sharrow observó cómo se alejaba el avión hasta que su perfil entrevisto desapareció sobre los picos iluminados de rosa de las montañas; después se dio la vuelta y miró abajo. Sacó la Pistola Vaga del hueco de los pies y apuntó con ella sobre la cabina del monorrueda, tras bajar el visor a la altura de los ojos.

Había unas diez docenas de bandamyions repartidos por el desierto, en pequeños grupos. Unos cuantos jinetes seguían disparando, otros usaban los cadáveres de sus monturas para cubrirse de forma poco eficaz de las tropas armadas de los huhsz.

Levantó la mirada para ver las plataformas armadas de los huhsz que volaban sobre el campo de batalla y disparaban bimisiles de monofilamento y ráfagas de racimo casi con indiferencia sobre la refriega; cada una de sus descargas convertía a unos cuantos bandamyion en carne picada y mataba a un par de jinetes.

Dos siluetas con forma de flecha volaban en círculos a gran altura, negro sobre azul. Al sur, más allá de una distante filigrana de estelas de condensación, el cielo brillaba esporádicamente. La Pistola Vaga no mostraba más detalles.

Avanzó con el monorrueda unos quince metros más por la cresta, hasta donde yacía un jinete de bandamyion muerto, aplastado bajo su montura. Miró con el ceño fruncido el brazo que tenía estirado.

—Parece que ellos están mejor armados —dijo Feril. Ella se dio la vuelta y vio un último grupo de jinetes; solo unos puntos negros sobre el gris ceniza de las colinas, a cuatro o cinco kilómetros de allí. Una plataforma armada huhsz explotó en el aire cerca del grupo de jinetes y cayó al suelo echando humo.

Ella miró de nuevo a través de la Pistola Vaga, tras aumentar la imagen.

La vista parpadeaba. Los jinetes a bandamyion eran como fantasmas sobre la temblorosa imagen de la desolada tierra de las montañas. El grupo de diez jinetes ascendió con rapidez hasta un paso en las montañas y después se detuvo. Uno de ellos se levantó sobre su silla. Otro se puso algo en el hombro y lanzó una llama rosa que tapó la visión de la Pistola durante un momento; Sharrow desvió la mirada y vio cómo una y después las dos siluetas con forma de flecha florecían en un fuego silencioso sobre el azul y empezaban a caer.

Volvió a mirar por el visor de la Pistola.

El jinete que estaba de pie sobre la silla (cuya silueta se veía recortada sobre el inicio de la puesta de sol, el cuerpo adelgazado y con forma de palillo a causa del baño de luz pastel que le llegaba desde atrás) pareció mirar hacia el desierto.

A ella le pareció que sacudía la cabeza, pero la imagen temblorosa hacía que resultara difícil estar segura. —Quizá sea tu primo —dijo Feril en voz baja—. Creo que puedo ponerme en contacto con él, si lo deseas. Ella miró al androide y después al jinete aplastado bajo su montura. —No —dijo tras bajar la Pistola—. No lo hagas. —El grupo de jinetes del paso de las montañas eran puntos casi invisibles, un diminuto desperfecto oscuro en la pálida luz del atardecer—. Espera un momento —le dijo.

El monorrueda se inclinó un milímetro y dejó escapar un ruido diminuto cuando Sharrow se bajó y caminó hasta el brazo que el hombre muerto había extendido sobre el polvo, bajo el pellejo leonado del bandamyion muerto. La pistola del jinete estaba al lado.

Levantó la mano fría y gris del jinete; la manga de la túnica cayó hacia atrás. Ella examinó la marca de la muñeca.

—¿Qué ves, Feril? —le preguntó Sharrow.

—Veo una zona de piel ligeramente erosionada y dura, que creo que forma un

anillo de dos centímetros de ancho alrededor de la muñeca del hombre muerto —dijo Feril—. Hay otros dos anillos exteriores adyacentes al primero que parecen formar los límites de una banda más ancha de dureza antigua.

—Sí —dijo Sharrow—. Eso es lo que veo yo también.

Dejó caer la mano del hombre muerto sobre el polvo y recogió la ligera carabina láser que se le había caído.

Caminó alrededor del bandamyion en busca de cualquier otra cosa y vio el cadáver uniformado de un guardia del Torreón, tirado con medio cuerpo saliendo de una zanja poco profunda colina abajo. Le dio la vuelta; le habían disparado con un láser de poco calibre.

Intentó disparar la pistola del guardia, pero solo hizo clic.

Miró a lo lejos.

—Bomba mental —susurró.

Regresó al otro lado del animal muerto y miró la bóveda azul del cielo, cada vez más oscura, y después al androide, que estaba sentado pacientemente en la parte de atrás de la cabina de aquel vehículo de inmovilidad perfecta, cuya rueda inclinada se curvaba hacia fuera detrás del cuerpo esbelto de Feril, como una aleta redondeada.

—¿Sabes aproximadamente dónde estamos? —le preguntó Sharrow.

—Solo con un margen de error de cien o doscientos kilómetros —respondió Feril disculpándose.

—Bastará —dijo ella—. ¿Crees que este monociclo con pretensiones podría llevarme hasta Udeste? —Se sacudió el polvo de las manos mientras caminaba hacia el vehículo.

—¿Udeste? —la cabeza de Feril se movió un milímetro.

—Sí —respondió ella—. Estaba pensando en avanzar hacia la puesta de sol y girar a la derecha cuando viera el océano, pero quizá tú puedas encontrar una ruta más directa, si esta cosa tiene tanto alcance.

—Bueno —dijo Feril—. Supongo que yo podría hacerlo, y supongo que esta cosa podría llevarte, técnicamente. Pero ¿no hay facciones entre aquí y allí que pueden detenernos?

—Sí que las hay —respondió ella tras subir a la cabina. Le dio un golpecito a la Pistola Vaga—. Aunque si puedo quitarle el seguro a esto, no podrán detenernos.

—No estoy muy seguro de que vaya a resultar sencillo —dijo Feril—. ¿Y si no podemos quitarle el seguro al arma?

Ella miró los ojos de cristal oscuro de la máquina y se vio reflejada dos veces. Observó cómo sus imágenes diminutas y distorsionadas se encogían de hombros.

—Si nos cogen, cogen también la Pistola, así que una explosión nos borrará del mapa a todos. —Metió la Pistola Vaga en el hueco para los pies y se sentó en el asiento mientras levantaba el cinturón—. A decir verdad, Feril —siguió diciendo Sharrow—, ya no me importa. —Miró al androide—. Pero tú no tienes por qué venir; indícame el camino. Te dejaré donde quieras. Puedes decir que te secuestraron;

llegarás a casa.

Feril se quedó en silencio durante un instante y después dijo:

—No, te acompañaré, si no te importa. Dado que tú estás dispuesta a arriesgar la vida, sería poco elegante por mi parte no jugarme los recuerdos de una semana. Ella se volvió a encoger de hombros, y después miró la puesta de sol y el paso de las montañas.

Los jinetes se habían ido. Antes de apartar la mirada, un solo avión de gran tamaño se elevó en el cielo y puso rumbo noroeste, giró en la puesta de sol y derribó a otra silueta distante con forma de flecha, como si fuera una idea de última hora.

El vehículo monorrueda giró y bajó rodando por el otro lado de la cresta, cogió velocidad al descender hacia un valle seco, aceleró suavemente para alejarse, y dejó atrás una estela de polvo helado y flotante.

Caída al mar

La luz de la tarde se hacía cada vez más profunda conforme el monorrueda giraba rápidamente para bajar por una serie de bajos valles de escoria de hulla, sin nieve, sin vegetación y sin ningún obstáculo relevante, hacia una cadena montañosa; después salió a un ancho golfo situado entre picos irregulares, cuyas cimas todavía mostraban restos de un crepúsculo teñido de nieve rosa. Encontraron un amplio arrecife de arena y gravilla que trazaba el contorno estéril de aquel gran valle, y condujeron por él; tras unos cuantos kilómetros, su superficie se cubrió de polvo de nieve, que se fue espesando conforme avanzaban. La línea de los árboles estaba cincuenta metros más abajo.

—¿Es esto una carretera? —preguntó Sharrow, perpleja, mientras atravesaban el largo y estrecho valle lateral, que a ella le había parecido más fácil de cruzar por la boca.

—Creo que es lo que se conoce como carretera paralela —dijo Feril—. Creada por las aguas de un lago temporal, probablemente formado cuando el bloque de un glacial...

Feril se quedó en silencio, y después dijo:

—Impulso electromagnético.

—¿Qué?

Las cimas de las montañas del otro lado del ancho valle brillaron de repente con una luz blanca.

Sharrow detuvo el monorrueda.

Se dieron la vuelta para mirar lo que tenían detrás, pero los hombros nevados de la montaña les tapaban casi todo el cielo.

—Creo que el Torreón ha sido destruido con un dispositivo termonuclear —dijo Feril.

Ella observó durante un instante cómo las altas y ligeras nubes que cubrían las montañas desaparecían lentamente en tonos amarillentos; después arrancó de nuevo el monorrueda y avanzó por la carretera de arena y gravilla.

El temblor de tierra llegó un poco después. El monorrueda absorbió el impulso sin un solo murmullo, pero vieron cómo el suelo cubierto de nieve que los rodeaba temblaba y se ondulaba.

Sharrow y Feril miraron las blancas laderas de las montañas a su derecha y las vieron cubiertas de unas brumosas nubes blancas, que se extendían y alargaban poco a poco.

—Oh, mierda.

—Creo que son avalanchas.

—Yo también. Agárrate.

Avanzaron a toda velocidad por el arrecife blanco de la antigua playa hacia un saliente rocoso. Las avalanchas eran un rugido que crecía suavemente y terminaba en una explosión de aire helado y un repentino oscurecimiento de la luz del atardecer; el cielo sobre la cima del saliente desapareció. Una vertiginosa y tenue nube gris fluyó alrededor de la pared rocosa que los protegía, y un silbido atravesó el gutural bramido de la avalancha. De repente, se vieron rodeados por los remolinos de su propia nevada particular.

Un ruido similar a un trueno se oyó ladera abajo cuando el tsunami de nieve y hielo golpeó el bosque.

Cuando paró el rugido y los últimos copos cayeron a su alrededor, se sacudieron la ropa y atravesaron con cuidado una oscura niebla blanca que cubría los montículos de nieve salpicados de hielo que se estaban aposentando. Encontró el control de la calefacción de la cabina y la encendió.

Feril se asomó por el lateral del vehículo y miró bajo él mientras atravesaban una de las almohadas de nieve, tan grande como una casa.

—Impresionante —oyó Sharrow decir al androide. Miró atrás—. La rueda de abajo se ha inflado hasta alcanzar este ancho —dijo Feril mientras abría los brazos para señalar una distancia de medio metro—, y parece que le salen pinchos cuando entra en contacto con la superficie. —La sección de rueda en ángulo que sobresalía detrás de Feril era delgada como una cuchilla.

—Sí —dijo ella, y se volvió de nuevo para mirar al frente—. Bueno, no te apoyes atrás.

La carretera paralela había desaparecido casi por completo bajo los escombros de hielo y los desprendimientos de rocas. Colina abajo, a través de una bruma de nieve en plena caída, gran parte del bosque había desaparecido bajo las corrientes blancas; los troncos destrozados de los árboles sobresalían desordenados de la nieve, como huesos rotos.

Sharrow mantuvo el monorrueda en lo que parecía ser el nivel correcto, hasta que vio una enorme flauta de hielo y nieve, como un derrumbadero que bajaba a través del bosque destrozado hacia el suelo plano del valle. Metió el vehículo por allí y bajó hasta que los restos de la luz del día se filtraron a través del cielo.

Siguieron el río helado durante una hora por aquella oscuridad iluminada por la luna, y después se detuvieron.

Aparcó la máquina junto a la autopista blanca del río, bajo la protección de una bahía de rocas con forma de «C», culminada por árboles cubiertos de nieve. Feril estudió el cierre de la Pistola Vaga, mientras ella estiraba las piernas y examinaba el monorrueda todo lo que le permitía la luz de luna.

La rueda estaba torcida en un ángulo de unos treinta grados con la vertical;

parecía sólida, pero no podía serlo. Recordó la moto del depósito de Vembyr, pero ni siquiera el metal flexible podía hacer lo que parecía poder hacer aquel material. Hizo que Feril moviera un poco el vehículo hacia delante. La rueda parecía fluir más que girar. Era del color del mercurio pálido; su banda de rodadura con forma de galones ondulados parecía una gigantesca rueda dentada.

La boca del cañón estaba abierta en la barbilla del vehículo, en la línea de centros. Los tubos brillantes que salían de la parte de atrás, que había tomado por escapes del motor, eran los orificios de gas de aquella arma sin retroceso. Feril examinó la pantalla de estado del arma y avisó de que le quedaban otros treinta y un proyectiles de distintos tipos.

—Me temo que el cañón seguirá siendo nuestra mejor arma —dijo Feril con tristeza, tras dejar la Pistola Vaga y darle unos golpecitos al cierre del gatillo—. Es un cierre de código criptogenético. Es imposible abrirla sin la clave de secuencia base correcta.

—Bueno, no importa —dijo ella—. Siempre fue una posibilidad remota.

—Lo siento —dijo Feril—. Sin embargo, creo que he averiguado cuál es la relación entre tu interés por la muñeca del hombre al que viste antes y la razón por la que deseas ir a la provincia de Udeste.

Ella se volvió a meter en el vehículo.

—Te ha llevado un rato —dijo ella con un bostezo.

—Sí —respondió Feril, pensativo—. Yo también estoy un poco decepcionado.

—Bueno —dijo Sharrow—, puedes redimirte haciéndote cargo del turno de noche. Estoy cansada.

—Conduciré con toda la prudencia y atención necesarias.

—Sí —dijo Sharrow mientras se deslizaba hacia el hueco de los pies, entre bostezos—. Bienvenido a Lantskaar, conduzca con cuidado.

Metieron la Pistola Vaga en el compartimento detrás de la cabina; Feril se sentó sobre la Pistola, con una pierna a cada lado del asiento del conductor. Tras experimentar un poco, Sharrow descubrió una forma cómoda de acurrucarse en el hueco de los pies, mientras el androide se inclinaba sobre los controles en una postura que hubiese resultado tortuosamente incómoda para un humano, pero con la que él aseguraba sentirse totalmente satisfecho.

Sharrow durmió mientras Feril conducía a través de la noche.

Por ahora, todo bien.

¿Eh? ¿Qué?

He dicho que, por ahora, todo bien.

El hombre que era realmente la Pistola Vaga estaba sentado junto a ella en la cabina del monorrueda. No había sitio para él, pero allí estaba.

¿Y ahora qué quieres?, le preguntó a la Pistola. Quiero dormir.

Lo siento. Solo quería decirte que has hecho un buen trabajo. Siento no poder destruir nada todavía pero, como te dije, veremos lo que podemos hacer...

Sí, sí, dijo ella. Ahora vete, estoy cansada.

Vale. Buenas noches, lady Sharrow.

Bien... Dioses, no me lo puedo creer; estoy dándole las buenas noches a mi propio subconsciente.

Claro que sí, le dijo la Pistola.

Ahora, duérmete.

El aire era cálido a su alrededor mientras giraba por él, segura en medio del frío que la rodeaba. El androide llevaba los controles. La antigua máquina zumbaba bajo ella y la transportaba entre reflejos.

En su sueño, abrazaba el ancho cuello del trafe.

El cielo era de un azul demencial; una curva interminable de tierra moría delante de la rueda, siempre retrocediendo hacia un horizonte que se dilataba. Las montañas se convirtieron en colinas cubiertas de polvo de nieve, que a su vez se convirtieron en tundra. Rodaron por las llanuras de lagos helados entre las montañas, encontraron viejos caminos a través de las colinas y rodearon la tundra pantanosa hasta que encontraron una vieja autopista de peaje, con el firme agrietado como la superficie de un cuadro antiguo y salpicado de las ampollas abiertas de los montículos de hielo.

Evitaron los lugares habitados y, tras salir de un trecho mejor mantenido de la tundra para dejar pasar a un tren de carretera con suministros militares, no vieron más rastro de gente. El conocimiento interno de Feril sobre la geografía de Golter no contaba con muchos detalles sobre la región norte de Lantskaar y las Áreas Embargadas, y el monorrueda no parecía tener ningún sistema de navegación estratégica; pero el androide estaba, según decía, seguro con reservas de que se encontraban cerca del centro de las Áreas, junto a la costa de Farvel, a mil kilómetros al oeste del fiordo en el que habían encontrado la Pistola. Habían viajado aproximadamente setecientos kilómetros desde el Torreón.

Vieron muchas estelas de condensación de aviones y, en una ocasión, oyeron sin ver unos reactores que volaban bajo a toda velocidad a través del bosque de un largo lago.

El monorrueda absorbía los golpes de baches y cantos rodeados, saltaba las depresiones de mayor tamaño y giraba la rueda formando una alta elipse para vadear ríos. Una vez, mientras subía rápido por la pendiente baja de una ladera hacia un largo puente que había caído por un barranco, el vehículo se detuvo de golpe mientras ella todavía intentaba ver el borde de hormigón roto y pensaba en frenar.

Se dio la vuelta para mirar a Feril.

—¿Lo has hecho tú?

—No —respondió el androide—. El vehículo parece ser lo que a veces se conoce como «inteligente». —Feril sonaba un poco condescendiente—. Aunque no sentiente, por supuesto.

—Por supuesto.

—Yo mismo estaba a punto de sugerir que frenaras.

—Claro —dijo ella. Buscó la forma de bajar el barranco; después le dio la vuelta al monorrueda para dirigirse a una carretera lateral muy cerrada que descendía hacia el bosque.

Sharrow caminaba junto a una cascada y giraba los brazos rígidos como si fuera un molinete; se encontraban en las bajas colinas que, según calculaban, debían de estar cerca de los límites noroccidentales de las Áreas. El androide se había puesto de pie en el estanque, al pie de la cascada, y las olas le acariciaban los muslos. Ella estaba decidida a preguntarle por qué lo hacía.

—Oye —dijo Sharrow mientras miraba bajo la parte trasera del vehículo—. Aquí hay una marca, una muesca o algo así. —Miró al androide—. ¿Qué pasó con eso de toda la precaución y la atención necesarias?

—Oh —respondió Feril con tranquilidad, mientras miraba el agua—. Es una marca de bala.

—¿Una marca de bala? —preguntó ella.

Feril asintió lentamente, todavía mirando el agua.

—La recibimos anoche, en la frontera de Lantskaar. —La miró un instante, mientras movía suavemente la cabeza adelante y atrás—. Todo pasó muy deprisa —le dijo para tranquilizarla—. Para cuando tuve la oportunidad de despertarte, ya estábamos fuera de peligro. Pensé que sería mejor dejarte dormir —su voz era suave.

Sharrow no sabía muy bien qué decir.

Feril se agachó, metió una mano rápidamente en el agua, se enderezó y caminó hacia ella con un pez de medio metro de largo dándole fuertes coletazos en la mano.

Ella lo miró.

—Habías dicho que tenías hambre —explicó Feril—. Sugiero que aemos el pez con el láser.

Ella asintió y se preguntó por qué no se les habría ocurrido pedirle ayuda al androide cuando se morían de hambre en el fiordo.

—Gracias, Feril —dijo. Ya no tenía hambre, pero supuso que debía comer—. Cogeré la pistola.

Llegaron a la franja de la Franquicia de Seguridad aquella tarde, tras atravesar varias carreteras militares en las colinas boscosas, mientras Feril vigilaba las fugas de las longitudes de onda de comunicaciones y militares. Así los había guiado lejos de las carreteras y zonas en las que había mayores concentraciones electromagnéticas; siguieron caminos, después senderos, y después el mismo suelo del bosque, lleno de escamas de hojas y cantos rodados cubiertos de musgo.

Cruzaron lo que suponían era la frontera para entrar en Caltasp vadeando un veloz arroyo con el monorrueda, bajo una ruinoso valla electrificada; en cierto punto el vehículo redujo el trozo de rueda que tenía bajo la carrocería hasta la mínima expresión, y en otro flotó en un oscuro estanque bajo los árboles de hoja perenne. Incluso entonces, mantuvo una estabilidad y un equilibrio perfectos en el agua, mientras los giroscopios zumbaban vagamente. Una luz se iluminó en los instrumentos, y Feril sugirió que presionara el área iluminada; al hacerlo, el monorrueda se lanzó veloz a través del agua dejando una estela espumosa.

La máquina salió ronroneando del agua, se elevó suavemente hasta la orilla fangosa y volvió a meterse en el bosque.

—Un juguete estupendo —dijo Sharrow.

—Sin duda.

Atravesaron las capas concéntricas de superficie por las que viajaba la civilización para regresar a los caminos del bosque, después a los senderos, después a las serpenteantes carreteras asfaltadas de las estribaciones, y después a una estrecha autopista de peaje, para atravesar en línea recta las plantaciones de bosques bajos de cultivo. Las estelas de vapor tejían una red en el cielo azul, y en otras dos ocasiones oyeron reactores volando bajo.

Un tercer grupo de reactores fue directo hacia ellos; aquella vez no oyeron ningún ruido creciente que los advirtiera, solo la impresión de sus sombras (un único parpadeo en la carretera), seguida de una bofetada asombrosa y titánica de sonido, y del grito de sus motores al alejarse en ambas direcciones a la vez, mientras los árboles a cada lado de la carretera se inclinaban adelante y atrás con la súbita tormenta, y perdían escamas, hojas y ramas enteras. El monorrueda reaccionó ante la ráfaga de aire agachándose ligeramente, pero por lo demás permaneció estable.

Siguieron rodando. Sharrow nunca había visto una autopista tan desierta en Caltasp.

—¿Dónde está todo el mundo?

—Es un poco preocupante —dijo Feril por encima del ruido de la estela—. He estado controlando los canales públicos de transmisión y muchos de ellos parecen limitarse a emitir una banda sonora de algo que creo que se llama música militar. Otros canales solo muestran viejos programas de entretenimiento. También he notado un par de débiles impulsos electromagnéticos en la última hora.

Ella se dio la vuelta para mirarlo.

—¿Quieres decir bombas nucleares? —le preguntó.

—Quizá no; también puede haberlos causado un arma de partículas cargadas.

Ella se volvió de nuevo y observó los árboles que pasaban a ambos lados.

—Es lo mismo —dijo Sharrow. Esquivaron dos convoyes militares; el primero metiéndose en el bosque, y el segundo en la tundra en forma de montículo.

La autopista de peaje evitaba por norma ciudades y otros asentamientos. La tundra se convirtió en enormes praderas de cereales. Araron un paso a través de un gran campo para evitar un bloqueo de carretera, después aceleraron en una carretera normal y recta para adelantar a un helicóptero que parecía intentar seguirlos. Sharrow cambió de carretera varias veces después de aquello, siempre en dirección norte u oeste bajo la luz moribunda de la fría tarde.

Finalmente, el tráfico militar se hizo tan denso que dejaron las carreteras asfaltadas. Siguieron los caminos y cortafuegos del bosque, las viejas vías de entrada y caminos de sirga. Pasaron aldeas de las colinas y pueblos de aspecto oscuro, viejos huertos y recintos amurallados; el monorrueda subía y bajaba, caía, se inclinaba y avanzaba por el crepúsculo.

A Sharrow le pareció oler algo en el aire cuando bajaban por el lecho de un río medio seco, por encima de prados de agua y orillas de arena, y a través de limpios bajíos entre colinas que brillaban claras en aquel anochecer invernal. El río se separaba y se hacía más profundo para convertirse en un estuario de tres brazos; subieron a la orilla, y después coronaron una duna de arena.

Estaban frente al mar.

Feril condujo a través de las profundidades de la noche cuando ella se fue a dormir. Habían hecho un buen tiempo por las frías playas de la costa, y habían visto cómo los cielos al sur y al este parpadeaban y vibraban con luces de muchos colores. Feril captó retransmisiones de informes oficiales sobre pequeños enfrentamientos entre las unidades de la Franquicia de Seguridad (respaldadas por las fuerzas autorizadas del Tribunal Mundial) y los servicios armados de Lantskaar, tras los actos de agresión e invasión de estos últimos; la situación estaba controlada y no había ningún motivo de alarma. La retransmisión terminó de forma abrupta con otro fuerte impulso electromagnético.

Estirado sobre la cabina, Feril solo miraba la pantalla de visión nocturna del monorrueda de vez en cuando para comprobar su sensibilidad. Mar, espuma, playa y dunas se veían brillantes bajo la luz lunar. La playa era llana y suave en algunas zonas, y salpicada de arroyos entrelazados y estanques poco profundos en otras; el monorrueda repiqueteaba sobre ella como si aplastara cristal.

Estaba en un andén de la estación, en medio de una llanura nevada. Un viejo tren

de vapor resoplaba detrás de la multitud. La Pistola estaba allí otra vez, pero no decía nada; se quedaba en el fondo, mientras ella le decía adiós a Miz, Dloan, Zefla y Cenuij. Estaban enteros y en forma, como a ella le hubiera gustado recordarlos. Intentó no llorar mientras los abrazaba y se despedía de ellos. No dejaba de pensar que allí había alguien más; alguien a quien solo podía ver por el rabillo del ojo, una figura sin cara en una silla de ruedas; pero siempre que se daba la vuelta para verla, desaparecía.

Entonces vio a Froterin, a Cara y a Vleit de pie detrás de los otros, y tenían un aspecto estupendo, y no habían envejecido nada, y ella se rio, lloró y los abrazó también a ellos, y todos hablaban a la vez, y todos abrazaban a todos, felices de poder volver a verse tras tanto tiempo, pero pronto llegó el momento de irse, y los ojos de Sharrow se llenaron de tantas lágrimas que no veía bien cuando los demás subieron al tren, la saludaron con la mano y sonrieron con tristeza, mientras el viejo motor resoplaba y resoplaba, y tiraba poco a poco de los oscuros vagones para alejarlos de la pequeña estación y adentrarse en la nieve.

Ella y la Pistola observaron cómo el tren desaparecía en la distancia blanca. Entonces ella miró a la Pistola, y la Pistola le sonrió.

La mujer dormida se agitó bajo el androide, suspiró y se dio la vuelta en sueños. Feril aceleró al pasar junto a una ciudad que ardía en la oscuridad. Más luces iluminaron el cielo al sur, y la amplia banda de chatarra espacial lanzaba destellos intermitentes.

El monorrueda vadeó dos ríos y nadó por otros tres.

Lady Sharrow se despertó al alba.

El cielo era un sudario de nubes bajas; caía una suave llovizna. Pasaron como un rayo por la orilla húmeda de marea, y dejaron su críptico rastro de una sola rueda tras ellos en la playa invernal. El cielo era oscuro, sólido y cierto, tras el azul hueco y la indeterminación gris que habían visto antes.

La playa se extendía a lo lejos, y Sharrow dejó que la velocidad aumentara hasta que el monorrueda no pudo acelerar más. La cabina se cerró y el ruido siguió siendo colosal. La arena rayada y el agua brillaban ante ellos y bajo ellos, apretadas o salpicadas, formaban arcos y caían en el remolino que el vehículo dejaba detrás, mientras chillaba por la orilla con toda la carrocería zumbando y vibrando como un animal tembloroso y en tensión; la velocidad era tan grande que la suspensión finalmente registraba baches y pequeños golpes. El velocímetro indicaba que viajaban a un setenta por ciento de la velocidad del sonido.

Feril estaba encorvado sobre la parte de atrás del cristal líquido. Ella se arriesgó a echarle un vistazo. El rostro sin expresión del androide no desvelaba nada sobre sus emociones.

La playa se llenó de baches hasta resultar incómoda, y cambió a una mezcla de

arena y gravilla; la llovizna sonaba sobre el parabrisas como violentos disparos. Sharrow se relajó y frenó el coche hasta que el cristal de la cabina abrió un agujero sobre su cabeza. El ruido seguía siendo terrible.

—¿Estás bien? —le gritó a Feril.

—¡Extremadamente! —respondió Feril en voz alta, y parecía decirlo en serio—. ¡Qué experiencia tan estimulante!

Ella siguió conduciendo; de repente, trescientos kilómetros por hora parecían muy pocos. La espuma retumbaba por la izquierda, mientras la llovizna se convertía en lluvia y las nubes se espesaban. Llevó el monorrueda hasta las dunas bajo un mediodía nublado y oscuro.

Al otro lado de un pantano maloliente guardado por unos antiguos y ruinosos monolitos de hormigón y por una serie de lagunas llenas de algas, llegaron hasta la valla. Parecía desvencijada, pero seguía siendo fuerte. Cerca de ella había una torre de vigilancia, pero estaba vacía y llena de algas llevadas por el viento.

El viento frío gemía a través de los hexágonos de la valla y de las patas metálicas de apoyo de la torre.

Salieron del vehículo. Feril no detectó dispositivos de vigilancia. Ella pensó en usar el cañón para ahorrar tiempo, pero hubiese sido ruidoso; cortó la malla de acero de la valla hilo a hilo con el láser. El monorrueda hizo una reverencia para atravesar el agujero, y rodaron a través de los helados niveles de tierras pantanosas que había al otro lado.

Sacó el vehículo entre chapoteos de un arroyo grasiento y contaminado, y subió por la arena oscura de humedad hasta llegar al fondo de una depresión entre dos altas dunas.

La Casa del Mar esperaba en la distancia apagada por la lluvia, con su oscuro volumen envuelto en agua y nubes. No se podían ver los cien metros superiores; las agujas y las torres se desvanecían en las tinieblas como los troncos gigantes de un bosque petrificado.

El viento frío siguió soplando; un hedor a algas podridas flotaba alrededor del vehículo parado, como una mano viscosa que lo acariciara.

—Ajá —dijo Feril.

—Sí —dijo Sharrow mientras inclinaba la rueda hacia la pendiente de la playa de gravilla que tenían debajo y apretaba el acelerador—. Ajá de los cojones.

El monorrueda se deslizó fácilmente por encima de las algas y charcos de la bahía, subió las piedras grasientas de los escarpados laterales de la carretera elevada sin detenerse y se paró junto al centro del istmo, frente a la Casa del Mar, absurdo sobre su único disco, como si fuera un pájaro descansando. Sharrow salió; Feril se quedó en el vehículo.

Sharrow caminó cojeando hasta la gran puerta de hierro que colgaba sobre la

cuesta, al final de la carretera elevada. Tenía las manos vacías; temblaban. Le gruñía la barriga y se sentía débil. La sangre le bombeaba y fluía dentro y, con cada latido de su corazón, el enorme edificio parecía vibrar, temblar y sacudirse, como si a pesar de su solidez montañosa la Casa del Mar no fuera más que una proyección, algo que se mantuviera por la sola voluntad de sus ojos acelerados por la sangre.

Al parecer nadie había notado su llegada. Las nubes se arremolinaban alrededor de las pendientes almenadas de la Casa, se enganchaban en ellas y se alejaban de nuevo. Sentía la lluvia fría en la cara. Llegó hasta la caseta de entrada y encontró una gran piedra. Golpeó la roca contra la gran puerta de hierro varias veces. Lascas de piedra y óxido cayeron sobre los adoquines mojados. Le dolían los músculos; los huesos de los brazos parecían resonar con cada temblorosa conmoción.

—¡Vale! ¡Vale! —dijo una voz. Ella soltó la roca y se inclinó sobre la rejilla abierta.

—¿Qué quieres? —le preguntó una voz desde la oscuridad.

—Entrar —respondió ella.

—¿Qué?

—Déjame entrar —dijo ella.

—¿Quién eres? ¿Cómo te llamas? ¿Tienes una cita?

—No. Déjame entrar. Por favor, déjame entrar. Es muy importante.

—¿Qué? ¿Sin cita? Es una vergüenza. Por supuesto que no, vete. Y si ese es tu coche, no puedes aparcar ahí.

—Apártate de la puerta —dijo ella mientras daba un lento paso atrás.

—¿Qué? —exclamó la pequeña voz chirriante.

—Apártate de la puerta si quieres vivir —le gritó ella, todavía caminando de espaldas—. ¡Apártate!

Sharrow se dio la vuelta y corrió, le hizo un gesto al androide, que estaba en el monorrueda, y después se lanzó sobre los adoquines de la carretera elevada, con los brazos sobre la cabeza.

El cañón del monorrueda disparó ocho veces seguidas; justo después del primer disparo, comenzó la secuencia de respuesta de ocho atronadoras explosiones. Después de la última, Sharrow se levantó y corrió hacia el monorrueda, que ya había empezado a moverse hacia ella. Feril sacó una mano y la subió fácilmente a la cabina.

Ella tomó los controles y Feril se echó atrás; avanzó con el monorrueda por la carretera elevada, mientras los escombros seguían cayendo de la caseta destrozada. El monorrueda pasaba sobre los charcos, entre las algas del fondo de la carretera, cuando la gran puerta de hierro de la Casa del Mar cayó boca abajo en una sola pieza enorme, polvorienta y humeante, se dio contra la pendiente, rajó la carretera elevada, y lanzó losas y adoquines por los aires. El resto de la fachada de la caseta se desmenuzó, cayó en una pila humeante alrededor de la puerta caída y dejó una enorme nube de polvo sobre una rampa de escombros y una oscura brecha abierta.

El monorrueda avanzó a toda velocidad y se lanzó a través de la curva de la bahía

frente al muro cortina de la Casa del Mar, para entrar en las flojas aguas en retirada de la vieja marea y vadearlas, hasta recorrer una tercera parte del camino alrededor de la estructura, a partir de la caseta destrozada.

—Ahí —dijo Feril. Ella dio la vuelta al vehículo para dirigirlo hacia la zanja abierta de un túnel cubierto de algas en las altas paredes de granito.

El monorrueda se arrastró por el apestoso desagüe hacia un rastrillo de barras de acero corroído. Un torrente de agua sucia caía desde la mitad de la rejilla de dos metros de diámetro. Sharrow cogió el láser.

—Parece muy oxidada —dijo Feril—. Intenta derribarla.

Sharrow avanzó con el monorrueda; el marco de hierro crujió y se movió. Le dio la vuelta rápidamente al monorrueda. El rastrillo cayó hacia delante, salpicó todo el túnel y liberó el estanque embalsado de aguas negras que tenía detrás. Sharrow lo oyó pasar junto a ellos y casi se desmayó por el olor.

Avanzaron otros veinte metros por la alcantarilla antes de llegar a un cruce, más allá del cual las tuberías eran demasiado estrechas para el monorrueda. Miraron arriba; una luz gris se filtraba a través de una reja. Feril se subió al techo del vehículo y empujó la reja hacia fuera.

El androide salió; ella le pasó la Pistola Vaga, y después Feril la ayudó a subir junto a él. Sharrow se sujetó la Pistola Vaga al cuerpo, mientras Feril volvía a colocar la reja. Le pasó a Feril el rifle y se quedó la pistola para ella.

Estaban en una galería ancha y húmeda; las altas ventanas que había a un lado no tenían ni un cristal indemne. La lluvia entraba por ellas. El musgo crecía en los apagados mosaicos que la mujer y el androide pisaban en su carrera hacia la oscuridad de un portal. Doblaron una esquina y se dieron contra un pequeño monje que caminaba hacia ellos, con una mano esposada a la pared con una cadena de hierro y la mirada fija en el cuenco humeante que transportaba.

Sharrow tropezó con el monje y le derramó las gachas por el hábito y la pared. Durante un instante pareció enfadarse, pero entonces abrió la boca al ver al androide. Frunció el ceño al mirar sus manos sin esposas. Tuvo tiempo de asustarse brevemente antes de que Sharrow le rompiera la cabeza contra las piedras que había por encima de su circuito de cadenas; se deslizó inconsciente por la pared.

Feril volvió la vista para mirar a la figura boca abajo mientras seguían corriendo.

Subieron lo que parecía ser una espiral interminable de escalones que partían de una enorme galería, llegaban hasta lo alto de una gigantesca torre de piedra y cruzaban hasta la Casa principal por encima de un delgado puente de piedra, muy por encima del antiguo muelle abandonado, en el que yacían unas cajas desvencijadas agujereadas por el óxido y cubiertas de musgo. Unas cuerdas gruesas como muslos estaban enrolladas en los podridos laterales del muelle, como enormes lombricompuestos.

Siguieron el sistema de cadenas a través de pasillos con corrientes de aire y salones oscuros; cambiaban de dirección cada vez que el número de raíles disminuía.

Tuvieron que esconderse un par de veces al encontrarse con otros monjes en los tenebrosos pasillos. El segundo grupo llevaba rifles y corría en dirección a la lejana caseta de vigilancia.

La jerarquía establecida del sistema de cadenas los llevaba siempre hacia arriba y hacia dentro; subían anchos tramos de escalones en sombras que ascendían en espiral y zigzagueaban cada vez más alto en los niveles medio y superior de la Casa. Salones y balcones, túneles y pasillos llenaban el espacio de piedra; sus pisadas sonaban sobre losetas, planchas de madera, baldosas de cerámica y metal perforado. Las guías de las paredes se redujeron a dos y después a una conforme se introducían en el vasto edificio.

Finalmente, encontraron un pasillo con unas paredes bastante suaves, sin ningún raíl. Entraron con precaución en un pequeño patio amurallado con techo de fría niebla gris, donde la humedad perlaba y pesaba sobre unas plantas desaliñadas. En el centro del patio había algo que parecía ser un pozo y que daba a un enorme salón, en el que dos figuras diminutas se movían adelante y atrás. Una rancia corriente de aire salió del pozo y les llevó el ruido de pequeñas voces alarmadas.

Miraron por las ventanas que daban al jardín escondido. Feril señaló con la cabeza una puerta en una esquina.

No estaba cerrada. Entraron en un corto pasillo lleno de hologramas pornográficos. Feril se detuvo frente a una puerta. Sharrow también podía escuchar ya las voces.

Entraron. La chica de la cama chilló y se escondió bajo las sábanas. El hombre gordo y desnudo que estaba sentado frente a la pantalla se dio la vuelta, con los ojos como platos. Había un hábito de hermano mayor doblado en una silla. Ella disparó a la pantalla con el láser; solo tenía puesto el sonido. El hombre desnudo levantó las manos para protegerse de los restos de la pantalla rota.

—Tienes cinco minutos —le dijo Sharrow— para llevarnos hasta cualquier «invitado de honor» que haya llegado aquí en los últimos tres días. —Miró a Feril—. Empieza a contar.

El hombre gordo se sentó e intentó recuperar su dignidad. Respiró hondo.

—Y será mejor que sepas de quién coño te hablo —le dijo ella antes de que pudiera hablar—, o te convierto en carne asada.

—Hija —dijo el hombre mientras se ponía de pie, con voz confiada y controlada. Señaló el hábito de la silla—. Permíteme al menos que...

—Oh, de al menos nada —dijo ella, sintiéndose de repente muy cabreada. Disparó al suelo entre los pies del hombre. Saltaron astillas de la madera barnizada. Se oyó un gañido bajo las sábanas, y el hombre gordo saltó sobre un pie, con el otro en la mano. Sus ojos habían enloquecido de nuevo—. ¡Muévete! —le gritó Sharrow.

Caminaron a través de los apartamentos; el hermano gordo cojeaba y dejaba un rastro de sangre. Ella cojeaba detrás de él, con el ceño fruncido al ver las manchas rojas que estaban dejando tras ellos. No paraba de mirar atrás. Subieron escalones,

cruzaron una terraza bajo un techo de vidrieras, y después el hombre gordo señaló una puerta con mano temblorosa.

Ella lo colocó a dos metros de la puerta y se llevó un dedo a los labios.

—Que se quede aquí —le dijo a Feril en voz baja. El androide se colocó detrás del hombre desnudo y le cogió de los temblorosos hombros. Ella fue hasta la pared junto a la puerta y probó el pomo. Se giró y ella empujó; la puerta se abrió de par en par.

—¡No! —gritó el hombre gordo, un instante antes de que su torso explotara con un gigantesco cráter rojo en el estómago. Le salía sangre de la boca, los ojos se le pusieron en blanco y se le derramaron las entrañas. Sharrow se agachó y rodó delante de la puerta, mientras disparaba.

Feril soltó al hombre y dio un paso a un lado. Sharrow se levantó de un salto y asomó la cabeza por la puerta; Molgarin estaba tumbado en el suelo y gritaba.

—¿Tú? —dijo ella con el ceño fruncido.

Molgarin estaba apoyado en los codos y aullaba. Llevaba un hábito gris; el cañón manual estaba donde él lo había soltado. El láser le había hecho un agujero en la espinilla y le había destrozado la otra; la sangre se derramaba por la alfombra oscura.

Él la vio.

—¡No me mates! —gritó—. ¡No me mates! ¡No soy inmortal! ¡Soy un actor, no un señor de la guerra! ¡Me llamo Lefin Chrolleser! ¡Trabajaba en una compañía de reproducción en Tront! ¡Lo juro! ¡Por compasión, por favor! ¡Él me obligó a hacerlo! ¡Él me obligó! ¡Te llevaré hasta él! ¡Por favor, no me mates! —Echó la cabeza atrás, mientras sollozaba y farfullaba—. ¡Dios, mis piernas! ¡Mis piernas! —La miró a ella, con los ojos llenos de lágrimas, y gimió—. Oh, por favor, no me mates, por favor... Te prometo que te llevaré hasta él...

Sharrow miró a Feril.

—¿Podrías llevarlo? —le preguntó.

El androide asintió.

—Creo que sí.

Sharrow quemó la herida de la pierna del hombre con el láser para detener la sangre. Sus gritos retumbaron por las vidrieras de las habitaciones.

Caminaron sin encontrar obstáculos entre los encadenados. Nadie los siguió. Feril llevaba al hombre, que no dejaba de gemir. Ella cojeaba delante y seguía las instrucciones que le susurraba.

Cogieron un ascensor antiguo y chirriante, y descendieron hasta las entrañas de la Casa por un pozo circular.

Observó la escena de la caseta en el monitor. Monjes armados pululaban entre los

escombros y corrían por las paredes. Destaparon antiguas armas guardadas bajo lonas dentro de torres abandonadas; sacaron tanques geriátricos de sus almacenes y los colocaron en aquellos sitios donde los oxidados cañones pudieran cubrir la brecha del muro.

Él sacudió la cabeza. Tendría que haber prestado atención a aquello. Había sido una estupidez confiar tanto en la reputación de aquel lugar, en su capacidad para espantar a la gente.

Miró de nuevo la fila de monitores de retransmisiones públicas y por haz de suscripción. Casi todas las estaciones del sur de Caltasp estaban en blanco. El resto de Golter informaba de la pequeña guerra que había estallado con los Estados Rebeldes. El Tribunal escondía con una sorprendente eficacia los hechos relevantes. Su propia información le decía que la guerra había entrado en un nivel nuclear táctico, y que no se podían descartar armas más potentes. No era el fin del mundo, pero era deprimente y alentador al mismo tiempo; otra guerra sin sentido, otro aumento del nivel lamentablemente alto de radiación de fondo de Golter y un poco más de destrucción... Pero podría ser el principio del fin del Tribunal Mundial. Quizá se acercara el momento.

Miró las pantallas de vigilancia de la Casa. Tendrían que tener una vigilancia de seguridad de verdad. Ni siquiera había quedado una grabación de lo que había pasado exactamente en la puerta; el aparato de grabación estaba dentro de la caseta.

La puerta interior trasera de la cámara pitó. Comprobó el monitor.

Era aquel imbécil de Chrolleser... Empezó a apartar la mirada.

... y Sharrow.

Volvió a mirar, atónito.

Chrolleser parecía enfebrecido y sudoroso; llevaba el cañón manual que había querido quedarse tras el fiasco del Torreón. Apuntaba a la cabeza de Sharrow.

—¡Señor! —dijo tragando saliva—. ¡Señor; mirad! ¡La tengo! ¡Y ha traído la Pistola!

Él cerró la boca; al parecer se le había quedado abierta. Hizo retroceder la cámara del monitor. Los dos estaban solos en el largo pasillo que llevaba hasta el viejo hueco del ascensor. Sharrow tenía la Pistola sujeta al costado. Sus ojos parecían viejos y vencidos, la cara gris y apagada. ¡Así que era ella la que había destrozado la puerta! Tendría que haberlo supuesto.

—¡Entra! —chilló mientras pulsaba los botones de la puerta. Llamó a la Biblioteca Restringida, encendió la cámara del escritorio y dirigió la transmisión a la Biblioteca; después saltó del asiento y corrió a través de la cámara, subió el tramo de escalones de piedra y pasó el balcón para llegar hasta la puerta que se abría.

Se detuvo de golpe delante de ella cuando Sharrow metió un cargador en el cañón manual, lo amartilló y le apuntó entre los ojos.

Detrás de ella, Chrolleser parecía haberse desmayado; tenía la cabeza caída a un lado, aunque seguía de pie. Entonces, algo se movió bajo su voluminoso hábito y

Chrolleser se inclinó hacia delante. El actor se derrumbó en el suelo, entre gemidos; el androide que el equipo se había llevado de Vembyr salió del hábito de Chrolleser con un rifle láser en la mano.

Era consciente de que se le había vuelto a abrir la boca. Miró a Sharrow, después a Chrolleser y después al androide; finalmente miró a Sharrow de nuevo. Ella sonrió.

—Hola, Geis —le dijo. El cañón manual que llevaba en la mano vendada casi ni se inmutó cuando le dio un puñetazo en la mandíbula con la otra mano.

—¡No! ¡No, Sharrow! ¡Lo has entendido todo mal! Yo capturé a Molgarin. Es mi prisionero. Mira, ¡me alegro de que estés a salvo! —se rio—. Tienes un gancho de derecha estupendo, pero vamos, esto es ridículo. Sharrow. Desátame.

La cámara era grande, con una forma irregular a varias alturas, y de techo alto. Estaba tan llena de tesoros que parecía poco más que un gigantesco bazar de baratijas. Geis estaba atado a una silla, Molgarin, o Chrolleser, o como quiera que se llamase estaba en otra. El androide estaba de pie delante de ellos, con el rifle láser en la mano. La comisura de los labios de Geis había sangrado un poco. Movía la barbilla de vez en cuando mientras hablaba con ella. El otro hombre estaba farfullando, casi inconsciente.

Sharrow caminaba alrededor de la gran mesa de piedra que dominaba el área central de la cámara, en la que había depositado la Pistola Vaga. La enorme mesa estaba llena a rebosar de todo un cargamento de tesoros; los peores artículos no tenían un valor totalmente incalculable.

Levantó la mirada de la caja del Principios Universales y la llevó hasta un estante de armas que reconoció como perteneciente a la cripta de la torre del fiordo. Un sistema de poleas mantenía un grupo de arcos enjambados suspendido sobre la mesa. Los arcos parecían del tamaño adecuado para un bandamyion. En la pared de atrás había un par de iconos gigantes de hoja de diamante, de la época de la Corte Lagarto. Eran del tamaño de casas y había leído sobre ellos en la escuela; llevaban perdidos tres mil años. Había una pequeña puerta bajo los dos iconos, con raíles que salían de ella; el sistema de cadenas llegaba incluso hasta allí.

Sharrow pasó una mano sobre la cubierta de cerámica de un libro, probablemente lo bastante viejo como para ser anterior al primer milenio, y volvió a mirar la cámara mientras se frotaba los dedos. Le pareció reconocer algunos de los tesoros más clásicos del antiguo almacén de la mina de oro, bajo las Colinas Azules de Pipfram.

—Siempre te han gustado los trastos, ¿no, Geis?

—Sharrow, por favor —dijo Geis—. Estás cometiendo un terrible error.

Ella se dio la vuelta y lo miró con el ceño fruncido.

—Santo cielo —dijo—. ¿La gente dice eso de verdad? Vaya, vaya.

Abrió la caja del Principios Universales. El Apéndice de la Estrella de la Corona estaba dentro, alrededor de lo que parecía ser un trozo de cristal tallado del tamaño y

la forma aproximada de una corona.

—¿Qué es esto? —preguntó Sharrow mientras sacaba el pesado y muy reluciente anillo. Tenía una especie de escritura grabada en el borde; no reconoció el alfabeto.

—Eso —dijo Geis— es la Estrella de la Corona.

—¿Este pedazo de cristal? —No intentó ocultar su decepción. Las supuestas puntas de la Estrella de la Corona estaban descentradas, como una serie de escarpas afiladas e inclinadas.

—No es cristal —dijo Geis con un suspiro—. Es diamante. Un solo diamante puro y perfecto. Ten cuidado con él.

—Ajá —dijo ella con escepticismo—. ¿Feril?

El androide miró el toro que Sharrow tenía en las manos.

—Es un diamante —dijo.

—¿Ves? —le dijo Geis a Sharrow con una sonrisa—. La Estrella de la Corona.

—Bueno —dijo Feril con cierto tono de disculpa en la voz—, puede que sea eso también, pero originalmente formaba parte de una broca de diamantes de tres filamentos para perforación a gran profundidad.

—¿Qué? —exclamó Geis, que miraba al androide como si estuviera loco.

—Cuarto milenio —dijo Feril—. Perdieron una broca a noventa kilómetros de profundidad, bajo las montañas Blaist, y el recambio nunca se usó. Esto debe ser parte del cabezal de reserva.

—¿Y qué pasa con la inscripción? —protestó Geis—. ¿Las runas?

—Números de serie —dijo Feril.

—¡Tonterías! —dijo Geis. Parecía furioso, pero no siguió con la discusión. Molgarin/Chrolleser gruñó en el asiento contiguo—. ¡Oh, cállate ya!

Sharrow dejó la Estrella de la Corona en la caja, junto al Apéndice, y cerró la tapa.

Siguió dando vueltas alrededor de la mesa. Sacó una espada adornada con incrustaciones de joyas de una vaina con la misma falta de sentido práctico. Los filos de la espada eran gruesos y planos. Sacudió la cabeza y volvió a meter la espada en su vaina.

—¿Qué es exactamente este lugar, Geis? —le preguntó mientras seguía mirando a su alrededor—. ¿Una especie de guarida?

—Breyguhn lo encontró —dijo Geis con aire cansado— cuando llegó aquí en busca del Principios Universales. Cuando los Hermanos Tristes se negaron a aceptar un rescate por ella, quise que usaran este lugar para su alojamiento, aunque ellos insistieron en que debía seguir encadenada. Después retiraron también esa concesión, pero para entonces yo ya buscaba un lugar seguro, así que llegué a un acuerdo con ellos.

—¿Y dónde está Brey? —le preguntó Geis. Geis miró las pantallas de la pared.

—¿Ahora? Probablemente tendrá que escuchar la canción de la marea; después la dejan comer con los demás prisioneros.

Sharrow miró los altos espacios en sombras de la cámara.

—Y pensabas darle todo esto a Brey, ¿verdad?

—Sí —respondió Geis—. Porque es familia, Sharrow. Como tú.

—Vale. Y, por supuesto, nunca se te ocurriría hacerme nada horrible, ¿verdad?

—Sharrow —dijo Geis—. Llevo intentando ayudarte desde el principio; te he ayudado desde el principio. Intenté rescatarte de este... monstruo, en su Torreón. —Geis señaló con la cabeza al hombre atado a la otra silla—. No fue culpa mía que los huhsz atacaran al mismo tiempo. No tenía ni idea de que estuvieran allí. —Geis parecía amargado—. Parte de mis hombres lograron entrar y encontraron este material; consiguieron recuperarlo y me lo trajeron. Algunos hombres valientes murieron por rescatar esta colección, Sharrow. No deberías bromear con eso.

—Geis —le dijo ella sin mirarlo—, has tenido minutos enteros para pensar una excusa mejor. Estoy decepcionada. Geis cerró los ojos un momento.

—Tú, como te llames —le dijo Geis con cansancio a Feril—. Debes ser capaz de razonar. Por favor, intenta que mi prima entre en razón.

—Me temo que, por lo que veo, las sospechas de lady Sharrow pueden estar bien justificadas, conde Geis —dijo Feril con pesar.

—Puto montón de chatarra —rugió Geis mientras sacudía la silla a la que estaba atado—. ¡Desátame!

Geis respiraba con agitación y tenía la cara roja. Cuando llegaron llevaba pantalones y una túnica corta ajustada sobre una camisa blanca; Sharrow había hecho jirones la camisa para atarlo a él y a Molgarin/Chrolleser. No se había molestado en volver a ponerle la túnica, así que parecía patético y vulnerable, desnudo hasta la cintura. Ella frunció el ceño al verle el estómago.

—Geis —le dijo—. ¿Es eso el comienzo de una panza?

—¡Sharrow! —gritó Geis mientras metía barriga—. ¡Detén esta estupidez! ¡Suéltame!

—Quizá —dijo ella—. Cuando me des la llave de la Pistola Vaga.

—No tengo la llave —dijo él—. Tengo médicos... que quizá podrían deshacerse de esa horrible cosa que tienes en el cráneo y que...

—No tienes la llave —lo interrumpió Sharrow—, pero sí tienes médicos que podrían averiguar el código genético del cierre y fabricar una llave, ¿no es así, Geis? —dijo ella con una sonrisa—. Salvo que se supone que tú no sabes qué tipo de llave necesita el cierre. Aunque quizá sí lo sepas; el viejo Molgarin podría haberte contado que era un cierre genético. No hacía falta que te inventaras una tapadera para eso, pero lo has hecho. —Ella sacudió la cabeza—. Estás teniendo muchos deslices, Geis. —Puso cara de desaprobación—. Debo decir que estás avergonzando a toda la familia.

—Sharrow... —dijo Geis con voz tranquila.

—Vamos, Geis, admítelo de una vez. Has seguido los pasos del viejo Gorko, has recogido todas las cosas que él intentó recoger, has intentado completar su trabajo y,

de algún modo (no sé cuál es en realidad tu absurdo plan), has logrado al menos debilitar al Tribunal Mundial, aunque no puedas destruirlo del todo. —Miró la fila de pantallas que llenaban el hueco de una de las paredes de la cámara—. Oh; ¿cómo va nuestra última guerra? —le preguntó—. ¿Encaja en tus planes o no?

—Sharrow —dijo de nuevo Geis, luchando por controlar la voz—. Sé que lo has pasado mal últimamente...

(Ella hizo una mueca y sacudió la cabeza, mientras hacía un gesto con la mano que decía «bueno, no tanto»).

—... ¡Pero la verdad es que te has vuelto totalmente paranoica!

—Qué maravillosa debió de parecerle la idea —dijo ella haciendo caso omiso de Geis y cruzando los brazos, mientras se sentaba en la gran mesa de piedra— de volver a hacer el truco de la bomba mental. Ya sabes; el que Ethce Lebmellin hizo por ti, en el que una señal desconecta las armas de todo el mundo. Pero la segunda vez lo hiciste con una fortaleza entera, y eso significaba que tus chicos (bueno, tus chicos no, porque no podías arriesgarte a que cogieran a tu gente, sino la gente que podías usar sin que nadie supiera que era tuya; los Hermanos Tristes) tenían que entrar como los caballeros de antaño; ¡con bandamyions! ¡Y espadas! ¡Con las capas al viento!

Ella dio unas palmadas.

—Lo ibas a tener todo, ¿verdad Geis? A Miz muerto; lo habías provocado e insultado durante meses con todas aquellas tonterías sobre las carreras de siales en Tile, para que todos pensaran que estaba paranoico... ¡y después matarlo con la paranoia hecha realidad! Vaya, seguro que te manchaste los pantalones de gusto cuando se te ocurrió. Y tendrías todo lo que buscábamos, todas las cosas que querías pero que no podías buscar por ti mismo, y pusiste a esta marioneta... —Señaló con la cabeza a Molgarin/Chrolleser—... para que fuera tu cabeza de turco y así poder culparlo de todo. Seguro que le dijiste que saldría de esta pero, ¿lo iba a hacer? ¿Dejarías que estuviera siempre ahí fuera para tener algo de lo que salvarme? ¿O pensabas rebanarlo con tu poderoso sable, solo por mí?

Geis la miró, horrorizado.

—Y se suponía que yo estaría agradecida de la hostia, ¿no, Geis? —dijo ella mientras sacudía la cabeza—. Se suponía que caería en tus brazos. ¿O me estoy haciendo ilusiones? —Puso cara de desconcierto—. ¿Era eso parte del trato o no?

—Te amaba, Sharrow —dijo Geis, que parecía más triste que otra cosa—. Todavía te amo. Suéltame y te lo probaré todo. Te amo y amo a esta familia, y a nuestra raza... Oh, mírame con esa sonrisa cínica si quieres, Sharrow, pero lo digo en serio. Todo lo que he hecho lo he hecho por amor.

Feril miró a Sharrow y le dijo:

—Creo que viene alguien. —Señaló con la cabeza la pequeña puerta bajo los dos gigantescos iconos de hoja de diamante.

Sharrow se dio la vuelta para ponerse de cara a la puerta y la apuntó con la

pistola. Oyó el tintineo de una cadena y adivinó quién podía ser.

La puerta se abrió y entró Breyguhn. Estaba vestida igual que recordaba Sharrow, con un camisón sencillo y gris, aunque el vestido estaba más sucio que antes. Los ojos parecían enloquecidos; cuando miró a Sharrow, después al androide y después a Geis lo hizo con una expresión vacía. Llevaba una torpe pila de libros entre los brazos. La mano derecha todavía estaba unida al raíl de la pared con una esposa y una cadena, pero era de acero, y no de hierro.

Sharrow bajó la pistola.

—Hola de nuevo —le dijo—. Feril; esta es mi hermanastra, Breyguhn. Feril se dio la vuelta y le hizo una ligera reverencia. Breyguhn soltó los libros en aquel preciso instante y dejó al descubierto una pistola. Disparó a la cabeza de Sharrow, mientras Geis se incorporaba a medias y se daba la vuelta para estrellar las patas traseras de la silla a la que estaba atado contra las piernas del androide.

Sharrow sintió que algo le golpeaba un lado de la cabeza y la hacía girar. Cayó contra la mesa, intentó sacar el láser para apuntar a Breyguhn, y después cayó sobre las losetas y la pistola se le cayó entre los dedos flácidos.

Se quedó allí, tumbada. Tenía la cabeza dolorida. Como a través de una fina niebla, vio que Feril se tambaleaba por el golpe que Geis le había dado con la silla. Breyguhn disparó al androide; la pierna derecha de Feril voló a la altura del muslo. El androide daba saltitos sobre una pierna para intentar mantenerse en pie. Otro disparo le atravesó el pecho y lanzó chispas. Siguió saltando. Todavía tenía el rifle láser, pero no parecía querer usarlo. Sharrow intentó gritarle que disparara a aquellos sucios cabrones, pero su boca no quería moverse. Feril siguió saltando y saltando, se dio contra la mesa de piedra y se tambaleó, con el rifle todavía en la mano.

Entonces Geis gritó algo y cayó al suelo todavía atado a la silla. Breyguhn se acercó y mantuvo la pistola fija en el androide mientras tiraba de los jirones de camisa que sujetaban a Geis.

En cuanto estuvo libre, Geis se levantó, sacó la espada de hoja roma de su vaina, pulsó una de sus joyas para que los filos de la hoja brillaran con un fuego rosa y golpeó con ella al androide, que seguía dando saltos.

No fue un gran golpe, pero separó la cabeza de Feril de su tronco, como si el cuello fuera de papel. Feril había levantado un brazo por encima de la cabeza para intentar mantener el equilibrio, así que también se lo cortó con el mismo golpe. La cabeza cayó al suelo y rodó bajo la mesa; el brazo cayó en la mesa. El cuerpo sin cabeza del androide se tambaleó un instante sobre su única pierna. Geis levantó la espada sobre su cabeza y la bajó de golpe. El cuerpo de Feril se partió por el centro y se dividió en dos mitades, como en unos dibujos animados.

Sharrow intentó levantar la cabeza por última vez, pero después se rindió. Cerró los ojos.

¿Estás bien?... ¿Hola? He dicho que si estás bien....Tú... Tú otra vez... ¿Qué quieres ahora? Esto no va como esperábamos, ¿verdad?

... No.

¿Y bien?

Dioses... ¿A quién le importa?

A nadie, si no te importa a ti. Es tu vida.

... Exactamente. Oh, estoy cansada. Joder, déjame morir.

No, no creo que hayamos destruido lo suficiente. Una de las dos tiene que hacerlo. Somos la misma, después de todo. Somos las últimas de ocho.

Oh, joder, sí, claro... Veremos lo que podemos hacer...

Eso está bien. Ahora, levántate.

No quiero levantarme.

He dicho que te levantes.

No, no quiero.

¡Levántate!

No, no...

¡Ahora!

No.

¡Ah...!

Había gente discutiendo. Le dolía la cabeza y había gente discutiendo. Odiaba que la gente discutiera. Les gritó, les dijo que se callaran; ya era bastante malo que la Pistola no la dejara en paz. Gritar hizo que le doliera más la cabeza. Y, de todos modos, ellos no parecieron oírla.

—Tienes que matarla.

—¡No! No hace falta; casi la tenía convencida antes de que llegaras.

—Oh, ahora es culpa mía, ¿no? Te salvo el pellejo y...

—¡No he dicho eso! No quería decir eso.

—Mátala. Mátala ahora. Si tú no puedes, lo haré yo.

—¡Cómo puedes decir eso! ¡Eres su hermana!

Hermanastra, pensó Sharrow.

—¡Porque sé cómo es, por eso!

¡Callaos, callaos!, les gritó Sharrow.

—Está volviendo en sí. Ha dicho algo.

—No. Mírala; ha tenido suerte de que no le volaras los sesos.

—Es lo que intentaba.

—Bueno, no te voy a dejar hacerlo.

Estaba atada. Atada a la silla, como Geis antes. Con las manos y los pies atados

con una cuerda; no, con cinta adhesiva. Y también tenía una en la boca. La cabeza le colgaba sobre el pecho. Le dolía. Quería decirles otra vez que se callaran, pero no lo hizo. Levantó la cabeza y los miró.

Estaban de pie delante de la mesa y discutían. Breyguhn todavía estaba unida a su cadena de la pared. Sharrow no entendía la cadena; Brey debía de tener algún lugar especial donde cambiar del sistema principal a una especie de línea privada. Al menos le habían dado una cadena de acero, en vez de hierro. Probablemente había sido una concesión realmente generosa de la Casa del Mar...

Tuvo que dejar caer la cabeza de nuevo. De todos modos, no parecían haberse dado cuenta. Todo se volvió gris otra vez. Pero seguía oyendo.

—Mátala, Geis. Por favor, no metas tus sentimientos personales en esto; esto es por...

—¿Que no meta mis sentimientos personales? ¡Bueno, eso tiene gracia viniendo de ti!

—¡Me quedé aquí por ti! Por todos los dioses; ¡vine aquí por ti! ¿Quién te descubrió este sitio? Y podría haberme ido; pero me quedé por ti, por ti y por la familia. No dejaré que ella lo arruine todo. Sabes que lo hará, Geis; sabes cómo es. No perdonará; ¡no sabe perdonar! Geis, por favor, mátala. Por mí. Por favor. Por favor...

—No te pedí que te quedaras; tú quisiste hacerlo.

—Lo sé, pero por favor, por mí... Oh, Geis...

—¡Apártate de mí! Te quedaste porque quisiste, no por mí ni por la familia. ¡Estás más atada a esa cadena que yo!

A Sharrow le pareció oír que alguien tomaba aire. Quiso reírse, pero no podía echar la cabeza atrás. Oh, Geis, pensó, siempre demasiado literal.

—¡Cómo te atreves! ¡Estás asustado! Vale, ¡te enseñaré cómo se hace!

—¡Brey! ¡No! ¡Baja esa...!

Ruidos de lucha. Se oyó un disparo; la bala rebotó cerca de Sharrow. El ruido de una bofetada. Silencio, después un grito, después mucho llanto y algunas palabras entre sollozos que no pudo distinguir.

—Brey...

—¡Pues quédate con ella! —gritó Breyguhn—. De todos modos, siempre la has querido a ella. Bueno, ¡haz lo que quieras!

Después el ruido de una cadena, seguido de una puerta al cerrarse. Una puerta en un lugar en el que se suponía que no debía haber ninguna. Pero ya había visto montones de puertas aquel día. Montones y montones de puertas... Empezaba a alejarse otra vez.

De repente, tenía algo bajo la nariz y respiraba un vapor fuerte y repugnante, y la cabeza pareció aclarársele, y había un zumbido extraño en alguna parte. Geis estaba agachado frente a ella.

—¿Sharrow? —dijo. Ella levantó la cabeza y arqueó las cejas.

—Sharrow —dijo Geis—. Solo quiero que sepas que siempre te he querido, que siempre he querido que seas feliz y que formes parte de la familia. Tu sitio está conmigo, no con ese criminal de Kuma, ni con ninguno de los otros. Ellos no importan; ninguno de ellos importaba. Te perdono por ellos. Lo entiendo. Pero tú también debes comprender. Las cosas que se han hecho no las he hecho solo yo; había gente que pensaba que estaba haciendo lo que yo quería, pero no que no sabían nada. A veces ni siquiera yo sabía lo que estaba pasando. La gente puede ser demasiado leal, ¿sabes, Sharrow? Fue así, lo juro.

Geis miró al hombre que seguía atado al asiento junto al de ella, el hombre cuyo nombre Sharrow había olvidado, pero que no era Molgarin. Parecía muerto.

—Esta gente lo hizo —dijo Geis—. Se pasaron de la raya, no lo niego. Pero su intención era buena. Como el virus de cristal; te lo pusieron en Fantasma de Nachtel, pero yo no sabía cómo se usaría después. No sabía que Molgarin intentaría construir su propia base de poder y que te usaría para hacerlo. No sabía que te torturarían. — Geis parecía estar sufriendo. Sharrow se dio cuenta de que había vuelto a ponerse la túnica—. Pero al menos sabía que era seguro —dijo intentando esbozar una sonrisa valiente—. Yo también tengo uno de esos implantado en la cabeza, ¿lo sabías?

Ella sacudió la cabeza. Claro que no lo sabía.

—Sí —dijo Geis asintiendo con la suya—. Un método a prueba de fallos; una forma de llevármelo todo conmigo hasta que decida desactivar el sistema. —Geis se dio un golpecito en la cabeza—. Si muero, la red del virus de cristal siente mi muerte y envía una señal codificada; todo lo que tengo se destruye. Todo está cableado para explotar: asteroides, naves, minas, edificios, vehículos, hasta los bolígrafos que ciertos políticos y ejecutivos de las Corps llevan en los bolsillos; estallan. ¿Lo ves? Aunque me cojan, aunque el Tribunal me coja, puede que empiecen una guerra. Solo con las reclamaciones al seguro y las perturbaciones políticas podría desbaratarlo todo. ¿Ves lo importante que puede ser una sola persona? ¿Lo entiendes ahora?

Ella emitió un pequeño gemido bajo la cinta. Él se la despegó con cuidado de la boca. Aún así, le dolió.

—Lo entiendo —dijo ella en tono sentimentaloides. Él parecía contento—. Entiendo —siguió ella— que estás como una puta cabra, igual que Breyguhn, primo.

Suspiró y apartó la mirada, mientras esperaba a que Geis le diese una bofetada o un puñetazo. Miró la mesa. La Pistola Vaga seguía allí. Parecía distinta. Le habían quitado el cierre. Geis tenía la llave. Por supuesto que la tenía.

Algo se movió sobre la mesa a un metro de la Pistola. Empezó a fruncir el ceño, pero una mano le levantó la barbilla mientras Geis le ponía la cinta de nuevo en la boca con la otra mano.

—No, Sharrow —dijo Geis—. No; loco no. Solo perspicaz. Llevo preparando esto mucho tiempo, preparé tu papel en ello hace muchos, muchos años. —Geis hizo una pausa. Tenía un aspecto muy serio. A ella le dio la impresión de que estaba pensándose si debía decirle algo importante. Sharrow sacudió la cabeza lentamente,

como si intentara aclarársela.

Algo se movía en la mesa de piedra, detrás de Geis.

Él la cogió por las rodillas.

—Somos el pasado, Sharrow —dijo Geis—. Lo sé. Todo esto... —Miró a su alrededor, y ella pensó que vería el movimiento sobre la mesa pero, fuera lo que fuese, se detuvo justo cuando Geis volvió la cabeza—. Puede que todo esto ayude a lo que he preparado, puede que sirvan como puntos de encuentro, como estandartes de batalla, como sobornos, como distracciones... lo que sea. Pero solo un nuevo orden puede salvar al pobre Golter, solo un nuevo mensaje puede ganarse los corazones y las mentes de los hombres. Todo lo que ves aquí, aunque sea valioso para nosotros, puede que deba sacrificarse. Quizá necesitemos un nuevo comienzo; empezar de cero. Quizá sea nuestra única esperanza. —Estaba hablando en voz baja. El zumbido de los oídos empezaba a desaparecer, y Sharrow se sentía un poco más fuerte y menos atontada. Podía centrarse en lo que se movía sobre la mesa de piedra.

¡Por todos los dioses, era la mano del androide!

Su antebrazo, el que le había cortado Geis del mismo golpe que la cabeza. El brazo había caído en la mesa y allí estaba, se arrastraba por la superficie muy lentamente y en silencio, y se impulsaba con los dedos.

Ella notó que los ojos se le abrían de par en par, así que procuró convertir el movimiento en otro intento por aclararse la cabeza. Geis pareció preocuparse y después dijo con delicadeza:

—Sharrow, todo esto es mucho para que lo digieras en este momento, pero debes creerme cuando te digo que me he asegurado de que tu nombre viva para siempre. —Sonrió con misterio—. No como te puedas haber imaginado, pero...

Dioses, el brazo iba a por la Pistola Vaga. Sharrow fijó la mirada en Geis y sonrió como una tonta.

—... bueno, de una forma de la que podrás sentirte muy orgullosa, incluso aunque no sea la que te hubieses imaginado.

Ella miró la cabeza de Feril. No estaba bajo la mesa, donde había caído. Su cuerpo tampoco estaba desmembrado en el suelo. Entonces lo vio: las dos mitades del cuerpo estaban apoyadas en lo que parecía ser una enorme caja de conexiones eléctricas, situada en una esquina, cerca de la puerta por la que había entrado Breyguhn. La cabeza...

La cabeza, la cabeza de Feril, estaba pinchada en el extremo de un poste en la estantería de armas de la torre del fiordo, en medio de la gran mesa de piedra. Desde donde estaba colocada (y suponiendo que la cabeza del androide todavía pudiera ver) tenía una vista perfecta de la Pistola Vaga y de la mano, que estaba ya a menos de medio metro del mecanismo de disparo abierto de la Pistola.

Geis seguía hablando.

—... me odies por lo que he hecho, al menos al principio, pero sé, estoy seguro de que al final, cuando haya pasado todo lo que tiene que pasar, sabrás que hice lo

correcto.

¿De qué estaba hablando aquel idiota? Intentó concentrarse en la cara de su primo y hacer caso omiso de la mano del androide, que se abría paso a arañazos por la superficie de la mesa de piedra hacia el cuerpo de plata mate de la Pistola.

¿Qué podía hacer la mano cuando llegara allí? Se suponía que el gatillo no era especialmente duro pero, ¿cómo apuntaría? ¿Tendría el medio metro de brazo y mano la fuerza suficiente para girar la Pistola, suponiendo que Feril pudiera apuntar con ella con la cabeza a tres metros de distancia? ¿A qué apuntaría el visor? ¿Qué amplitud de campo tendría? Feril tendría que apuntar con la Pistola a Geis; en aquel momento apuntaba a...

... al estuche del Principios Universales.

Se quedó mirando a Geis sin escucharlo.

Joder, pensó Sharrow; aunque Geis considerara prescindible el estuche del Principios Universales, seguro que no pensaba lo mismo del Apéndice y de su ridícula Estrella de la Corona.

Dioses, puede que saliera de aquella. Sintió que se le saltaban las lágrimas y se enfureció consigo misma. La esperanza podía doler más que la desesperación.

—Oh, Sharrow —dijo Geis con ternura—, no llores. —Parecía compasivo. Sharrow pensó que Geis iba a echarse a llorar también. Al menos, aquella interpretación hacía que centrara en ella su atención y la apartara de la mesa—... todavía puede acabar bien —le dijo—. Estamos juntos, ¿no lo ves? Es un comienzo...

El brazo y la mano que se arrastraban por la mesa ya casi habían llegado al gatillo de la Pistola. Sharrow intentaba observarlo por el rabillo del ojo, mientras miraba con los ojos muy abiertos a Geis y sentía el absurdo temor de que la intensidad de su mirada le hiciera sospechar que realmente no estaba escuchando ni una palabra de lo que le decía.

—... me alegro de que llegaras aquí, me alegro de que hayas visto este lugar; no, de verdad, me alegro. Porque este es mi lugar más privado, mi sanctasanctórum, el único lugar donde puedo ser yo mismo, sin estar rodeado de lacayos, aduladores y...

Se descubrió pensando dónde estaría el cerebro de Feril; si estaría dentro de la cabeza o en otra parte de su cuerpo. Suponía que estaba mirando con los ojos de la cabeza y que le decía a su brazo qué hacer mediante un enlace de comunicaciones pero, ¿desde dónde? Para, para, para, se dijo a sí misma. No importaba.

—... seremos felices de nuevo —dijo Geis—. Todos seremos felices. Está en nuestras manos el serlo, y tú y yo vamos a conseguir que suceda. Incluso el criminal que tanto te importaba, incluso él, tendrá algo más de lo que se merecía para conmemorarlo. Porque todos tenemos un pasado criminal, ¿verdad, Sharrow? Eso es lo que le pesa en la consciencia al pobre Golter desde hace diez mil años, ¿no? Aquella primera guerra y los billones de personas que murieron.

»Año cero, después de veinte mil años de civilización. Eso es lo que nunca hemos sido capaces de olvidar, ¿verdad? Pero nuestra sentencia casi ha concluido, Sharrow.

El decamilenio. Será un día como cualquier otro, todos lo sabemos. Pero estos símbolos importan, ¿no es así? Por eso ha pasado todo esto, desde el principio; símbolos. ¿Verdad? —Parecía enfadado. Acercó la mano a la cinta que tapaba la boca de Sharrow, pero después dudó—. Oh, Sharrow —dijo—. Dime tan solo que lo entiendes, dime que no me odias a muerte. ¿Por favor? ¿Lo harás? —Parecía como si no estuviera seguro de poder confiar en ella.

Ella empujó la cabeza hacia delante en una serie de pequeños asentimientos, mientras soltaba pequeños gemidos.

Los ojos de Geis se estrecharon, después le quitó la cinta de la boca otra vez.

—Ahora —dijo ella—, quítame el resto de la cinta o el androide se cargará el Apéndice, la Estrella de la Corona y la caja del PU.

Geis la miró sin comprender. Se rio.

—¿Cómo? —le dijo.

—Ya lo has oído —dijo ella—. Date la vuelta muy despacio y echa un vistazo; la mano del androide está en el gatillo de la Pistola Vaga. —Sonrió—. Habló en serio, Geis.

Él se dio la vuelta muy despacio. Uno de los dedos de la mano del androide que sostenían el gatillo de la Pistola Vaga se apartó un momento y saludó. Geis se quedó muy quieto.

—Conde Geis —susurró una voz diminuta en la quietud de la cámara. Era la voz de Feril—. Siento terriblemente todo esto, pero estoy bastante preparado para hacer lo que dice lady Sharrow. —La voz siniestra y casi inaudible que salía de la cabeza colocada sobre la estantería de las armas parecía triste.

Geis seguía agachado. Giró despacio en cuclillas para mirar otra vez a Sharrow.

Tragó saliva.

—No hables, Geis —le dijo ella—. Límitate a hacerlo.

Él acercó las manos lentamente a la espalda de Sharrow y empezó a despegar la cinta que le sujetaba los brazos. Sharrow miró la cabeza de Feril, que estaba en la parte superior de la estantería de las armas.

—No tenía ni idea de que tuvieras integrado un grado tan alto de instinto de supervivencia, Feril —dijo ella mientras Geis le soltaba una de las manos.

—Nunca había resultado relevante —susurró Feril, su voz casi ahogada por el ruido de la cinta al despegarse de los pies de Sharrow. Geis se detuvo. Sharrow tenía libres una mano y una pierna. Le dio un golpe en el hombro con la rodilla.

—Sigue —dijo Sharrow. Geis se levantó y sacudió la cabeza.

—No —dijo—. No. Rodeó la silla.

—¿Qué? —exclamó ella mientras miraba la cabeza de Feril—. Geis... Él se puso detrás de ella con una daga vibradora en la mano; cogió la parte de atrás de la pequeña silla con la otra—. No, creo que lo vaya a hacer, pero si lo hace...

—Le puso la mano en el cuello de la camisa y el cuchillo en la garganta.

—Geis... —dijo ella.

—¡Breyguhn! —rugió él. Comenzó a arrastrar a Sharrow en el asiento hacia la puerta. Ella acercó la mano libre al brazo en el que Geis llevaba el cuchillo, pero no tenía fuerza para apartarlo. Solo podía sujetarlo—. ¡Breyguhn! —gritó Geis de nuevo.

—Geis... —dijo Sharrow. Le pareció oír a Feril decir algo también, pero había demasiado ruido para saber qué.

—¡Breyguhn! ¡Sé que estás ahí! ¡Deja de enfurruñarte! ¡Entra aquí! ¡Brey! — Geis se acercó a la puerta. Sharrow miró la mesa; la cabeza de Feril no podía verlos, pero la mano y el antebrazo que sujetaban la pistola estaban dando saltos, se arrastraban en una dirección y después se sacudían en la otra como una serpiente ensartada, para darle la vuelta poco a poco a la Pistola y apuntar hacia ella y Geis—. ¡Brey! —rugió Geis.

Se oyó un tintineo al otro lado de la puerta. Al mismo tiempo, una de las mitades del cuerpo de Feril, apoyada en una esquina cerca de la puerta, se puso rígida de repente y apartó sus restos de la caja de conexiones para que cayeran con estrépito a los pies de Geis. Él gritó del susto justo cuando Breyguhn entraba por la puerta con expresión malhumorada. Todavía tenía la pistola en la mano.

Geis se giró para alejarse y dejó el asiento de Sharrow caer de lado al suelo; cortó con la daga vibradora los nerviosos restos del androide, y después lo tiró lejos y se lanzó sobre la mesa de piedra para coger la espada que había usado antes. La usó con las piezas que se movían por el suelo.

La mano que sostenía la Pistola Vaga se contrajo. La caja de conexiones que estaba detrás de Geis se iluminó y retumbó. Las luces de la cámara se encendieron más y después se apagaron. Las esferas de iluminación de emergencia brillaban débilmente. Geis atacó con la gran espada la mitad del cuerpo del androide que se retorció en el suelo, cortó metal y plástico, y abrió surcos en las losetas del suelo. Breyguhn gritaba. Sharrow usó el brazo y la pierna izquierdos, que estaban libres, para empujarse bajo la mesa de piedra; después intentó rodar y tirar de la cinta que todavía la ataba a la silla, mientras buscaba la daga que Geis había tirado.

Oyó disparos y más gritos, después brilló una luz azul y se oyó un ruido como el de un trueno, y un sonido como el de un millón de ventanas rompiéndose a la vez.

Breyguhn lanzó un grito fuerte y agudo:

—¡Páralo! ¡Páralo!

—¡Lo estoy intentando! —gritó Geis.

Un gran golpe hizo que el suelo bajo Sharrow temblara, mientras ella se liberaba finalmente del último trozo de cinta y se escabullía de su escondite bajo la mesa.

Sus pies chapotearon. Miró abajo, después arriba. El agua caía dentro de la cámara débilmente iluminada a través de un agujero de medio metro de ancho abierto en la pared. Geis todavía cortaba el cuerpo del androide; Breyguhn sostenía su pistola con ambas manos y apuntaba a la cabeza del androide; la mano que tenía la Pistola parecía abrirse y cerrarse de forma espasmódica y sin control, y giraba y disparaba

cada segundo, más o menos. Uno de los iconos de hoja de diamante estaba destrozado; yacía en un talud de brillantes fragmentos entre la puerta y los chispeantes restos de la caja de conexiones. Molgarin/Chrolleser estaba muerto, echado hacia atrás en el asiento con los ojos mirando al techo; tenía un juego de grandes huesos de mandíbula agarrados al cuello, como una trampa para hombres, y sangraba por el lugar que habían perforado los dientes curvos. Mientras Sharrow la miraba, la mandíbula desapareció de nuevo.

El agua que chorreaba por la brecha de la pared le llegaba a Sharrow a los tobillos. Cogió la primera arma que vio en la mesa de piedra; el cañón manual.

Breyguhn disparó de nuevo la pistola; el tiro hizo que la cabeza de Feril diera vueltas en el poste. La Pistola Vaga también giró, y el brazo que la sujetaba se quedó atascado en la caja del Principios Universales. La Pistola apuntaba directamente a Sharrow; se agachó bajo la mesa y se metió en el agua. Un titánico impulso de sonido sacudió el aire, seguido de un enorme ruido de algo al romperse y derrumbarse. Una nube de polvo surgió de la pared, seguida de una ola de agua sucia que empujó a Sharrow hacia el otro lado de la mesa. Estaba flotando; se golpeó la cabeza contra la parte inferior de la mampostería. Se impulsó hacia delante mientras el ruido sordo que tenía detrás disminuía. Miró el extremo contrario de la mesa para intentar ver las piernas de Breyguhn al otro lado de la habitación inundada, pero el aire oscuro estaba lleno de polvo.

Un relámpago surgió de un lateral, y el cuadro que cubría una pared comenzó a arder. La cámara llena de polvo había encogido. La mitad de ella, incluida la puerta por la que ella y Feril habían entrado, y el balcón donde se habían encontrado con Geis se había convertido en un montón de escombros, caídos de las capas y niveles superiores, donde el techo se internaba en la oscuridad; de las alturas caían chispas y agua. El cuadro que estaba ardiendo iluminó la polvorienta cámara con una luz amarilla y vacilante. Seguía sin poder ver a Breyguhn ni a Geis. La Pistola Vaga estaba escondida bajo la pila de tesoros del centro de la mesa. La estantería de las armas en la que estaba la cabeza de Feril había desaparecido.

Algo salió dando tumbos de la oscuridad sobre su cabeza; se echó a un lado para zambullirse en el agua, que ya le llegaba a la cintura, justo cuando una enorme pieza de mampostería cayó con un silbido y se estrelló contra la mesa de piedra, astillándola y tirándolo todo por los aires. Una pared de agua se derramó sobre ella; el agua la lanzó hacia la pequeña puerta bajo el icono de hoja de diamante que quedaba intacto.

Una vibración terrible y atronadora le subió por las piernas mientras las olas golpeaban y siseaban sobre la caja de conexiones eléctricas, donde antes estuviera el cuerpo de Feril.

Sharrow caminó por el agua, se resbaló con el montículo de restos de diamante que tenía bajo los pies, abrió la puerta tras vencer la carga de succión y salió dando tumbos a un pasillo oscuro e inclinado. Comprobó el cañón manual mientras andaba,

ya que le parecía que tenía algo raro, y maldijo en voz alta al ver que no tenía cargador. Se lo metió en el bolsillo.

Sintió otra estremecedora explosión de sonido bajo los pies, y un enorme puño oscuro de humo salió de la cámara y se extendió por la superficie del techo.

El pasillo subió; el agua que le rodeaba las piernas se hizo menos profunda. Los cables que colgaban del techo se balanceaban adelante y atrás, y hacían que le resultara difícil avanzar atravesando paredes, tendidos de cables y cajas de metal siseantes. El humo la precedía a lo largo del pasillo en sombras, hasta que finalmente subió algunos escalones y se alejó del agua.

Se agachó bajo los cables que colgaban y emitían zumbidos, atravesó una niebla de humo acre, y notó el hedor a aislamiento quemado y el crujido de las chispas cuando el extremo roto de un cable se balanceó sobre las losetas húmedas.

Se enderezó en el otro extremo y vio a Breyguhn de pie cinco metros más allá, con la muñeca derecha encadenada a la pared y una pistola en esa misma mano. Sangraba por una herida en la cabeza. La débil luz amarilla la hacía parecer mortalmente pálida.

Breyguhn apuntó a Sharrow con la pistola.

—Se ha ido, Sharrow —dijo con tristeza Breyguhn—. Ha cogido su estúpida espada y se ha ido. —Se encogió de hombros—. Lo asustaba que la Pistola hiciera algo irresponsable... —Breyguhn esbozó una fría sonrisa.

Dio un paso hacia Sharrow, que retrocedió a su vez un paso y se estremeció al meterse entre los cables colgantes. El cable que tenía junto a los pies lanzaba chispas y crujía.

—Ha cogido su estúpida espada y se ha ido... —dijo Breyguhn con una voz infantil y cantarina. Apuntó a la cara de Sharrow. La cadena chirrió.

Sharrow se agachó cuando Breyguhn disparó la pistola, cogió el cable vivo y metió el extremo expuesto en el raíl de cadenas de la pared.

Breyguhn gritó. La pistola incrustó las balas que le quedaban en la pared mientras ella se sacudía y su muñeca echaba humo.

Cuando la pistola dejó de disparar, Sharrow sacó el cable del raíl.

Breyguhn se derrumbó como un montón de trapos; solo la muñeca achicharrada seguía erguida, sujeta a la pared por la cadena.

Sharrow se acercó a ella y sintió náuseas al oler a carne quemada. Volvió la cara de Breyguhn hacia la luz y le buscó el pulso. Los ojos de su hermanastra miraban el techo del túnel, inmóviles. Sharrow sacudió la cabeza y soltó el brazo de la otra mujer.

En la cámara que tenía detrás se produjo otra explosión que la levantó del suelo y la lanzó por el túnel.

Empezó a correr.

Vio otra puerta en la que desaparecía el raíl de cadenas; pasó por delante de ella y corrió cojeando por el túnel, con la cabeza latiéndole y la respiración irregular. Acababa en un alto espacio iluminado desde arriba (y desde la pendiente en descenso que tenía delante) por la luz gris del día. Apestaba a rancio y el suelo de piedra estaba cubierto de paja. Vio grandes compartimentos de establo a ambos lados; arreos, bridas y altas sillas colgaban de las paredes. No había animales en ninguno de los compartimentos. La luz gris de la pendiente que tenía delante salía de otro túnel corto y de techo alto.

Bajó cojeando por él, pasó por debajo de los dientes de púas de dos enormes rastrillos y salió a la fría llovizna del día.

Estaba en una colina ahogada de algas que llevaba desde el pie de las altas paredes de la Casa del Mar hasta el suelo de arena y gravilla de la bahía. El mar era una línea en la distancia, gris claro sobre negro. Una ancha rampa de piedra se introducía en los montones de arena y los bancos de gravilla que la marea había dejado al descubierto. El agua gris formaba pilas y montículos a lo lejos, hacia el mar. No había tierra a la vista.

Un gran animal con un solo jinete avanzaba por los jorobados montículos de gravilla más allá de una franja de arena salpicada de charquitos, en los que el animal había dejado sus huellas. Cuando el jinete miró atrás, el viento le levantó la capa de montar y se la echó a un lado.

Sharrow bajó corriendo la colina, patinó con las algas y pisó el primer charco de arena. A lo lejos se vislumbraba vagamente una astilla de terreno lleno de dunas, que rodeaba las oscuras paredes de la Casa.

Ella corrió un trecho, pero después se detuvo.

¿Qué estaba haciendo? El bandamyion levantó las patas delanteras y se dio la vuelta; caminó con delicadeza a través del banco de gravilla, hasta que volvió a encontrar la firmeza relativa de la arena.

Idiota, se dijo a sí misma. Tienes una pistola vacía en el bolsillo. ¿Qué coño piensas hacer con ella? ¿Tirársela? Tendrías que haber corrido en dirección contraria, rodear las paredes hacia el desagüe; podrías haber cogido el monorrueda para perseguir con él a ese capullo y a su estúpido animal.

Geis hizo que el bandamyion trotara hacia ella. Estaba a unos treinta metros. Tiró de las riendas de la bestia. El animal se detuvo y sacudió la cabeza ancha y leonada. Geis se inclinó sobre la silla y la miró.

—¿Satisfecha, Sharrow? —le preguntó. Su voz parecía débil y aflautada frente al viento frío y salado—. ¿Sabes lo que has hecho? Ella se quedó allí de pie. Se preguntaba qué más podía hacer. El agua fría se le metía en los zapatos.

—¿Lo sabes? —le gritó Geis. Ella volvió la cabeza para mirar la Casa del Mar. Era la misma silueta voluminosa de siempre. Si la Pistola Vaga seguía causando

estragos dentro, al menos todavía no había decidido destruirlo todo. Miró de nuevo a Geis y se encogió de hombros.

—Y pensar que antes creía amarte —dijo Geis mientras sacudía la cabeza.

Lo dijo con una voz tan baja que Sharrow casi ni lo oyó. Geis sacó la espada con joyas engarzadas de la vaina de la silla y la encendió; los bordes se iluminaron súbitamente con un fuego rosa.

—Te voy a convertir en la madre de Dios, Sharrow —dijo Geis mientras hacía avanzar al bandamyion un par de pasos. Ella no estaba segura de haberlo oído bien.

—Girmeyn —dijo Geis—. Girmeyn, el de Fantasma de Nachtel. Será el Mesías; una nueva voz para una nueva era, una línea que subraye todo lo que hemos hecho en los últimos diez mil años, y una nueva esperanza para los próximos diez mil.

»Es mío. Yo hice que lo educaran; yo sostuve su vida, todo lo que era, en mi mano —dijo Geis mientras levantaba la mano en la que llevaba las riendas del bandamyion—. Hice que lo criaran, entrenaran, educaran. Todo lo que has destruido hoy aquí —dijo Geis mientras señalaba con la cabeza la Casa que había detrás de ella— debía ser suyo por derecho, era mi último regalo para él. Pero tú se lo has arrebatado. Ahora está en un asteroide de la Fundación; uno de los míos. Allí está Girmeyn, Sharrow, y es tu hijo.

¿Hijo?, pensó ella. El bandamyion trotó hacia ella.

—Tu hijo —gritó él—. ¡Tuyo y de tu amigo ladrón! Te lo sacaron cuando te estrellaste en el Fantasma; lo guardamos mientras mis médicos buscaban la forma de salvarlo, y después le dieron vida en forma de clon, solo que, en realidad, nació hace diez años. Pero lo han envejecido en el tanque y lo han alimentado con la sabiduría de diez milenios, y con un perfecto conjunto de estímulos optimizados por un IA dedicado a tal efecto; y todo siguiendo mis instrucciones. Así que él es mío, quizá más mío que de nadie. Pero biológicamente, es tuyo, Sharrow. No te quepa duda.

¿Hijo?, pensó ella. ¿Girmeyn?

Geis avanzaba despacio con el bandamyion; las pesadas pezuñas hacían saltar el agua de los charcos.

—Pero tú lo estropearías todo, ¿verdad, Sharrow? —dijo Geis sin dejar de avanzar—. Destrozarías mi plan como has destrozado todo lo demás, ¿verdad?

¿Quién, yo?, pensó ella.

Podía ver las distintas facetas de los oscuros ojos del bandamyion, brillos apagados bajo la luz gris. Dio un paso atrás, después otro. Estaba claro que tenía que haber ido a por el monorrueda.

—Te convertiría en la madre del Mesías, en la madre de Dios, y tú me escupirías a la cara, ¿verdad, Sharrow? —Geis hincó los talones en los flancos del bandamyion. Los terminales de las espuelas zumbaron y el animal trotó mientras balanceaba la gran cabeza. Ella dio un paso atrás.

La espada que colgaba de la mano de Geis emitió un zumbido; la llovizna escupía y siseaba al caer sobre los bordes proyectados en rosa, y producía pequeñas volutas

de vapor. Del hocico del bandamyion también salía vapor, al descargar su calor en el aire frío.

—Estamos a punto de lograrlo, Sharrow —dijo Geis alzando un poco la voz—. ¿No lo ves? —Olisqueó la brisa de forma exagerada—. ¿No lo hueles? Estamos al comienzo de algo mejor, algo nuevo y fresco, y todo lo que he hecho ha sido para prepararlo y hacer que su nacimiento fuera más fácil. Pero tú también destrozarias eso, ¿verdad, Sharrow? Dejarías que tu vanidad, que tu orgullo, que tu necesidad mezquina de venganza se interpusiera en el camino de un nuevo futuro para todos, ¿verdad?

Sí, pensó ella, sí. He sido egoísta; es lo único que he sido. ¿Y qué pasa si este estúpido lleva razón y nos espera un mundo nuevo? Los dioses saben que es un viejo estribillo; siempre pensamos que hay algo mejor justo al doblar la esquina y siempre nos decepciona, pero alguna vez tendremos que acertar, ¿no?

—Eso no puede pasar —dijo Geis en voz baja al acercarse más. Asintió lentamente—. No estás armada —dijo—. Supongo que debería sentirme agradecido. Ni siquiera estoy seguro de que te hubiera detenido saber que él es tu hijo y que moriría con todos los demás, ¿sabes?

Ella miró la enorme y pesada cara del bandamyion, y después los ojos de Geis. Oh, sí, el virus de cristal que decía haberse implantado para aquel archipreparado acto final de petulancia. No sabía si Geis había dicho la verdad, pero sonaba lo bastante psicótico como para formar parte de su repertorio.

Y Girmeyn, Girmeyn estaba en uno de los hábitats espaciales de Geis. Aunque no fuera su hijo, ¿cómo iba a matarlo?

Fácilmente, pensó Sharrow allí de pie, con los pies hundidos en la arena acuosa y la brisa fétida soplando a su alrededor. Todos ellos, todo; fácilmente.

¿Cuántos tiranos habían empezado siendo encantadores, seductores, atractivos? Y todos habían acabado igual.

Somos una raza dada a los monstruos, pensó, y cuando producimos uno, lo adoramos. ¿Qué clase de mundo, qué interpretación de la bondad podría salir de todo lo que había sucedido allí?

Los vio morir a todos de nuevo: a Miz acurrucado en la nieve, atravesado; a Zefla, pálida y moribunda en una patética tiendecita de campaña; a Dloan cayendo sobre la fría ladera; a Cenuij pasando junto a ella en su caída hacia la noche (y a Feril, cortado, volado en pedazos, destrozado, aunque en el futuro pudieran revivir una copia una semana más joven... y a Breyguhn también, sacrificada a los planes de Geis, y a todos ellos; Keteo y Lebmellin, Retar y Roa, Chrolleser y Bencil Dornay, a dios sabe cuántos solipsistas, monjes huhsz y anónimos lanceros más; a todos los que habían sufrido y muerto desde aquel día en la orilla de cristal de Issier, con Geis).

Y a mi madre, pensó Sharrow, mientras algo dentro de ella cedía a la presión de tantas muertes recordadas, y de nuevo volvía a tener 5 años y estaba de pie en el teleférico destrozado, rodeada de humo, sangre y cristales rotos, entre llantos y gritos,

perpleja y aterrada, mientras su madre la levantaba en el aire, con el cuerpo roto y masacrado, levantaba una mano (ella creía que para tocarla, para consolarla, para acariciarla, estaba segura) y la empujaba por la puerta para lanzarla hacia aquel golfo frío y gris.

Recordaba a la mujer sin cara de la silla de ruedas, en su sueño, y la pequeña estación de tren en la nieve, y el tren que esperaba y que hacía puf, puf, y que cada expulsión vertical de humo y vapor era como un aliento, como una bomba.

Disparos. Era la primera cosa que recordaba bien; aquel ruido escarificador y duro, mientras el teleférico se mecía, se rompía, y la cabeza del guardaespaldas se abría de golpe. Era como si su vida hubiese empezado en aquel instante; siempre había sido así. Antes de aquello recordaba la vaga sensación de una madre, de calor y seguridad, pero eran cosas que le habían pasado a otra persona; la persona que era había nacido viendo gente morir, observando cómo su madre, destrozada por una bala de alta velocidad, reunía las fuerzas suficientes para empujarla por la puerta un segundo antes de que explotara la granada.

Todo lo que soy y he sido es fruto de las armas y la muerte. No estoy armada, pensó. Yo soy la Pistola Vaga, la última de ocho, y no estoy armada, joder, solo tengo esta estúpida pistola vacía...

Se metió la mano en el bolsillo. Los dedos se cerraron en torno al cañón manual, y sintió la extraña ligereza de la pistola y la ranura totalmente vacía donde debería haber un cargador.

Por supuesto, puede que hubiera una bala en la recámara. Una bala en la recámara, pensó. No podía recordar si antes había amartillado la pistola. Había sacado el cargador del cañón manual cuando le había dado la pistola a Molgarin/Chrolleser, y se lo había vuelto a poner cuando Geis se había acercado a ellos por el balcón pero, ¿había amartillado la pistola? ¿Había enviado una bala a la recámara?

No tenía ni idea. Aunque lo hubiera hecho, seguía sin saber si la persona que había vuelto a sacar el cargador había sacado también la bala de la recámara. ¿Y qué pasa si puedo matarlo? ¿Si hay una bala en la recámara? ¿Cuánta gente morirá si está diciendo la verdad?

—Lo siento, Sharrow —dijo Geis; sacudió la cabeza. Los terminales de las espuelas volvieron a crujir; el bandamyion trotó hacia ella.

¿Que lo siente? Claro que lo siente. La gente siempre lo siente. Siente haber hecho lo que ha hecho, siente haber estado haciendo lo que estaba haciendo, siente tener que hacer lo que va a hacer; pero lo hace de todas formas. Lamentarlo nunca la detenía; solo hacía que se sintiera mejor. Y así nunca acababan los lamentos. Dioses, estoy cansada de todo esto.

Geis golpeó los flancos del bandamyion una vez más, y el animal se dirigió a ella a medio galope. Geis levantó la espada y la balanceó adelante y atrás.

Malditos sea todos los lamentos y todos tus planes. Que se jodan los fieles, que se

jodan los comprometidos, los dedicados, los verdaderos creyentes; que se jodan todos los poseedores de la verdad absoluta que estén dispuestos a mutilar y asesinar a quien se interponga en su camino; que se jodan todas las causas que terminan con un asesinato y los gritos de un niño.

Se dio la vuelta y corrió.

Dentro del bolsillo, la mano se cerró en torno a la empuñadura de la pistola.

Puede que la bala siguiera allí. ¿Cómo iba a dejar pasar la oportunidad?

Cuando oyó los cascos del bandamyion justo detrás de ella, se echó a un lado e hincó una rodilla en el suelo.

Sacó el cañón manual, apuntó y apretó el gatillo.

El bandamyion estaba girando hacia ella. En el necesario impulso físico del instante, no tenía ni idea de a qué había apuntado, solo sabía que había apoyado una rodilla y que había apretado el gatillo. La pistola se disparó, saltó en su mano, y ella se lanzó a un lado y la tiró al mismo tiempo; se dio la vuelta mientras caía, y cerró los ojos al caer y acurrucarse.

Se oyó un ruido rápido y agudo de algo al cortarse.

Algo se estrelló contra su costado. El dolor le recorrió todo el cuerpo e hizo que gritara. Cayó en un charco poco profundo.

El agua estaba fría. Se le había quedado dormido un lado de la cara y del cuerpo. Levantó la cabeza e intentó sentarse.

Sintió un latigazo de dolor y jadeó. Se agachó, se dio la vuelta dentro del charco arenoso y se quedó encorvada; el dolor desapareció.

Tenía al menos una costilla rota; reconoció el dolor por las heridas que había sufrido en la infancia y la adolescencia.

Se sentó con cuidado, temblorosa, y miró hacia la Casa del Mar. El bandamyion estaba agachado cerca de la entrada de los establos subterráneos y se lamía la sangre de una pata. La silla colgaba medio suelta, torcida sobre las patas.

Miró al otro lado y vio a Geis tumbado a unos cuantos metros de ella, en la dirección hacia la que cargaba el animal. Sharrow se levantó, y gritó cuando regresó el dolor. Sostuvo el brazo sobre el pecho, esperó a que se le aclarara la cabeza y cojeó hacia el hombre.

La espada estaba junto a él, en la arena. Estaba apagada, el fuego rosa que le rodeaba la hoja había desaparecido. Por las marcas de la arena, parecía que el bandamyion se había caído. Sharrow examinó el lado de la chaqueta donde le dolía el costado. No había ningún corte; la espada debía de haber fallado, y el golpe que había recibido era el de los cascos del bandamyion. Le dolía el costado; parecía que tenía más de una costilla rota. Suponía que, a pesar de todo, había tenido suerte.

Avanzó cojeando sobre manchas de sangre.

Geis estaba boca abajo en un charco poco profundo; tenía la capa pegada por la

humedad a los hombros y la cabeza. Ella la retiró; el agua del charco se llenaba de rojo. El proyectil multiusos le había volado casi todo el cuello.

Tenía la cara bajo agua. Sharrow tiró de él y le dio la vuelta. Le salía sangre de un agujero del tamaño de un puño que tenía en el cuello. La cabeza colgaba laxa; tenía los ojos medio cerrados y le caía agua rosa de la boca. Ella lo sacó del agua y lo tumbó boca arriba sobre la arena, al lado del charco manchado de rojo.

Se oyó una explosión amortiguada en la Casa del Mar. Se dio la vuelta; el bandamyion saltaba y corcoveaba cerca de la entrada de los establos; le ardía algo en los cuartos traseros. Una última patada lanzó la humeante silla del animal hacia las rocas. El bandamyion giró la cabeza y se lamió un trozo de piel abrasada.

Otra explosión retumbó en la Casa, y después otra y otra. Sharrow vio volar los escombros, que después cayeron entre algunas torres lejanas tras una de las explosiones, y el humo comenzó a elevarse sobre el enorme edificio por una docena de sitios distintos.

Miró de nuevo la cara floja y muerta de Geis.

Un temblor sacudió la arena bajo sus pies. El bandamyion, que acababa de empezar a agacharse de nuevo, se puso en pie de un salto y miró a un lado y otro, entre gruñidos de angustia.

Ella cerró los ojos y esperó a que se produjera la despedida nuclear de la Pistola Vaga.

Durante unos segundos se percibió un ruido sordo, casi inaudible, algo cercano al infrasonido que se sentía en los huesos, en el agua y en los ventrículos del corazón y el cerebro.

Después, nada.

Abrió los ojos. La Casa del Mar seguía allí. Unas cuantas volutas de humo salían de ella. Una nube de color marrón grisáceo salió de la entrada de los establos y se fue con la brisa. El bandamyion se había agachado otra vez, por lo que pareció sentirse molesto al tener que levantarse y alejarse del humo. Trotó por la pendiente llena de algas que se encontraba bajo las altas paredes de granito, mientras sacudía la cabeza y resoplaba.

Sharrow se quedó sentada un rato sobre las arenas frías junto al hombre muerto, bajo el viento fétido y la engañosa llovizna. Al final se levantó despacio para no cargar el costado herido. Miró a su alrededor. El bandamyion todavía era un punto leonado en movi miento a medio camino de una de los laterales de la Casa del Mar. Unas cuantas espirales de humo se elevaban sobre la intacta topografía de torres del edificio. A lo lejos, las olas de una nueva marea formaban arrugas grises en el horizonte.

No podía ver nada más que se moviera. Cojeó hasta la espada que yacía en la arena. Intentó encenderla, pero los bordes planos siguieron apagados. La dejó caer de nuevo.

Levantó la cara bajo la llovizna y la tarde gris, y miró la llana extensión de cielo

pálido, como si intentara escuchar algo.

Bajó la cabeza y se quedó de pie un instante. Paseó la mirada por la arena que tenía a los pies, por los charcos y por encima de los bancos de gravilla, las algas y la espuma de mar que había detrás, y más allá, sobre las vetas grises de gravilla y la arena ahogada en algas que se adentraba en las altas dunas.

Sacudió la cabeza y cojeó por la arena hacia el cañón manual. Recogió el arma, le dio la vuelta en la mano buena, le sopló la arena y se la metió en el bolsillo de la chaqueta.

Después regresó a los impasibles muros de granito de la Casa del Mar siguiendo sus propios pasos.

Sacó un pañuelo del bolsillo del pecho mientras caminaba, y comenzó a atárselo sobre la nariz y la boca con una sola mano; durante todo el proceso murmuró palabrotas, de las que se apoderaba la fría brisa para llevárselas con ella.

Poco después, el vehículo monorrueda dio la vuelta para salir del desagüe del alcantarillado, realizó una pirueta vertical como si fuera una montura saludando al público, viró para bajar por la cuesta grasienta de piedras al pie de los muros de la Casa, esquivó los disparos irregulares de una torre cercana y aceleró rápidamente para alejarse a través de las arenas que ya inundaba la marea.